



Las patrias ausentes

Estudio sobre historia y memoria de
las migraciones ibéricas (1830-1960)

Xoxé M. Núñez Seixas



genuève
EDICIONES

Las patrias ausentes

**Estudios sobre historia y
memoria de las migraciones
ibéricas (1830-1960)**

Colección
Ciencias Sociales y
Humanidades, 12

Las patrias ausentes

Estudios sobre historia y memoria de las migraciones ibéricas (1830-1960)

Xosé M. Núñez Seixas



2014

NÚÑEZ SEIXA, Xosé M.

Las patrias ausentes: estudios sobre historia y memoria de las migraciones ibéricas (1830-1960) / Xosé M. Núñez Seixas.– [Oviedo, etc.]: Genuve Ediciones, 2014.

512 p.; 24 cm.– (Ciencias Sociales y Humanidades; 12)

ISBN: 978-84-945814-2-7 (pdf)

ISBN 978-84-942533-1-7 (rústica)

1. Españoles. 2. Gallegos. 3. Emigración e inmigración. 4. Historia. 5. España. 6. América Latina. 7. Siglos XIX-XX. I. Título II. Serie.

314.743 (460) “18/19”

JFFN – IBIC 1.1

1DSE – IBIC 1.1

1KL – IBIC 1.1 3JH

– IBIC 1.1

3JK – IBIC 1.1



Licencia Creative Commons Atribución/Reconocimiento-
NoComercial-SinDerivados 4.0 Internacional

Esta obra ha sido sometida a evaluación externa, aprobada por el Consejo Científico y ratificada por el Comité Editorial de acuerdo con el Reglamento de GENUEVE EDICIONES.

Director de la colección: Ciencias Sociales y Humanidades
Javier Moreno Luzón

Consejo científico Antonio

Aparicio Pérez M^a

Isidoro Reguera

Begoña Arrúe Ugarte

Leonardo Romero Tobar

Juan Ignacio Palacio Morena Jaume Rosselló

Manuel Suárez Cortina

Diseño de la colección y de la cubierta: Genuve Ediciones por J. A. Perona
Digitalización: emeaov

© Xosé M. Núñez Seixas, 2014

© de esta edición: Genuve Ediciones

ISBN: 978-84-945814-2-7 (PDF)

ISBN: 978-84-942533-1-7 (RÚSTICA)

D.L. AS 3400-2014

DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.14857412>

Hecho en España (U.E.) - *Made in Spain*

Prólogo

El libro que el lector tiene entre sus manos reúne trece estudios sobre las migraciones, de España en general y de Galicia en particular, a las Américas ibéricas. Su autor, Xosé Manoel Núñez Seixas, uno de los más destacados historiadores contemporaneístas europeos de su generación, nos advierte que fueron escritos en distintos momentos (en un marco temporal más que decenal) y que por lo tanto no todas las perspectivas propuestas en los distintos artículos son coincidentes. Justa observación, los historiadores que escriben la historia están también en ella y por ende sus miradas cambian a lo largo del tiempo al igual que las de la historiografía toda, que si no es una pura entelequia es la suma de personas en movimiento intelectual que se dedican a esa profesión. En este sentido, el libro podría haberse llamado también «de la memoria a la historia de las migraciones», ya que el autor (en especial si contemplamos su obra en una perspectiva temporal más larga) parece haber ido desplazándose del terreno del «nosotros» memorial al del los «otros» historiográfico o, en otros términos, del observador participante a ras del suelo a aquel que mira desde lo alto de una colina el vasto terreno subyacente y busca comprenderlo, no en la imposibilidad de sus fragmentos inmediatos sino en un conjunto perceptible solo desde cierta distancia. Desde luego que a las discordancias temporales podrían agregarse las espaciales: los distintos trabajos aquí reunidos no fueron pensados para serlo, sino que cada uno de ello fue realizado para un contexto académico específico.

Si pese a todo ello, que no es privativo de esta obra sino de todos los *readers*, el libro tiene una unidad de temas y problemas, ello se debe no solamente a la calidad del Núñez historiador, sino a que todos están vinculados a cuestiones que exceden en mucho las preguntas banales que suelen formularse los historiadores profesionales (cuando se formulan una). Más que un problema historiográfico, es un problema experiencial, o si se prefiere, con una palabra más antigua, vital, explorado desde distintos ángulos que pueden reputarse complementarios.

En este sentido, a la pregunta abordada por el mismo Núñez Seixas acerca de si la historiografía occidental ha pasado de una fase nacional a otra transnacional en el nuevo siglo, la respuesta debe ser ambigua. Es (o mejor dicho debería ser) transnacional en los abordajes, en los métodos, en las técnicas y desde luego en el conocimiento bibliográfico; pero es, o debería ser, nacional (cualquiera que sea la forma en que definamos el término) en sus preguntas, al menos mientras seamos parte de comunidades o sociedades así delimitadas.

Empero, ¿no es ese el mismo itinerario de Núñez Seixas? Una formación europea, en Galicia, en Francia, en Alemania y en especial en ese laboratorio cosmopolita de Fiesole que es el Instituto Universitario Europeo, pero una problemática que quisiera definir gallega. Con ello se quiere decir no simplemente que Núñez nació, estudió y enseñó durante buena parte de su vida en Santiago de Compostela, sino que sus preguntas han estado orientadas por la problemática que tanto afectó a su generación: la de la identidad y la nacionalidad gallega. Si lo hubiésemos olvidado, ahí está siempre Max Weber para recordarnos que en el comienzo de cualquier investigación hay algo ineliminable: la referencia a valores que son propios de cada estudioso en un momento histórico determinado. Los valores están al inicio y es bueno que allí estén, ya que la ilusoria idea rankeana de un historiador que debiera ser sordo, mudo, insensible, impasible en su perfecta neutralidad no solo es un sueño imposible (lo sabemos desde mucho antes, al menos desde Chladenius), sino que daría como resultado en el mejor de los casos una crónica seguramente inútil. Supongo que en este sentido deben leerse las reiteradas críticas que en el texto Núñez propina al «positivis-

mo» historiográfico. Sin preguntas no hay historia, insistían Lucien Febvre, desde ella, o Gilbert K. Chesterton y Alfonso Reyes, desde fuera. Empero, también lo sabemos, luego de aquel momento inicial, el historiador debe lidiar con sus preguntas desde un oficio de historiador y desde un esfuerzo empírico que darán la verdadera medida y la plausibilidad de sus respuestas.

¿Cuáles han sido esas preguntas que han organizado de modo coherente la trayectoria del Núñez historiador? Sugeriría que dos: la pregunta por la identidad y la pregunta por la frontera. La cuestión de la identidad aúna a la vez las dos grandes líneas de investigación desplegada por Núñez: la de los nacionalismos ibéricos y europeos y la de las migraciones españolas y su experiencia vivida, si se prefiere su *Erlebnis*. Y en la búsqueda de respuestas acerca de la construcción de identidades Núñez se ha adentrado en aquellas dos líneas que describe en uno de los artículos de este libro: aquellas que proceden de las elaboraciones estatales y aquellas que proceden de la sociedad civil, con una predominancia de esta última. Predominancia que puede ser puesta en relación con la tradición de la Historia Social que está en la base de las opciones historiográficas de Núñez Seixas. Ahora esa identidad es, como bien lo muestra el autor en todos los trabajos de este libro, siempre una pluralidad, un juego de identidades que opera en cada individuo de manera compleja e inarmónica. Por poner un ejemplo: gallegos, españoles, latinos, europeos, euro-argentinos y tantas otras.

Y aquí encontramos el segundo problema que me parece central en los trabajos de Núñez: las fronteras. Central en un doble sentido. Por una parte, las fronteras (si se prefiere los bordes, los límites) entre las múltiples identidades que coexisten en las personas. Pero, por la otra, las identidades en situaciones de frontera cultural, como eran los países iberoamericanos en la época de la inmigración de masas. Es a menudo en las situaciones límite, de contacto entre numerosos grupos humanos, donde las personas se reconocen, las identidades se visibilizan y donde más evidentes son los procesos de construcción de las mismas desde la sociedad civil. Empero, también esa situación de contacto, de interacciones y conflictos se da en el caso de los retornados, uno de los temas a los que el autor ha dedicado alguno de sus mejores esfuerzos.

Si hemos delimitado las que son, en nuestra perspectiva, las preguntas y los problemas centrales de las reflexiones de Núñez Seixas, es hora que esbochemos algunas reflexiones sobre su oficio de historiador y en especial su colocación en el contexto de la historiografía de las migraciones. Es quizás útil comenzar por algunos deslindes. Entre aquella historiografía interesada por las representaciones, como si ellas fuesen los únicos objetos de conocimiento posible, y aquella orientada a conocer algo que podríamos denominar (a falta de expresión mejor) lo realmente existente, creo que debemos colocar felizmente a Núñez entre los segundos. Eso se percibe rápidamente en el intenso tratamiento que le dedica a las fuentes, sus posibilidades, sus límites, sus «trampas», en la creencia en que de ellas pueden extraerse núcleos de conocimiento cierto de los procesos históricos. La cuestión puede observarse muy bien en el magnífico artículo metodológico dedicado a las cartas de los emigrantes. Entre aquellas tradiciones historiográficas que enfatizan la exploración de las formas (como los estudios sobre la historia de la lectura) y aquellas que lo hacen con el contenido, Núñez Seixas se inclina por estos últimos, ciertamente sin olvidar las enseñanzas metodológicas que pueden extraerse de los primeros. Y no podrá objetarse a ello el interés evidente de Núñez por las imágenes y los estereotipos. Estos son explorados como condensación de procesos de interacción social, mucho más que como fenómenos en sí autónomos.

Un segundo deslinde sería aquel, especialmente evidente en los estudios sobre migraciones donde los enfoques posmodernos han hecho muy pocos progresos, entre los partidarios de aproximaciones nomológicas, modelísticas y formalizadoras y los que, bajo la insignia de la antigua historia sociopolítica, se mantienen en un plano mucho menos esquemático, pero a la vez menos sistemático. Es decir, mucho más hermenéutico que analítico y, aunque Núñez expone permanentemente la preocupación acerca de la representatividad y la relevancia de los fenómenos que estudia, no es menos cierto que la cuestión puede ser problematizada y tal vez acotada pero nunca del todo resuelta. Entre los primeros están desde luego los economistas y los demógrafos históricos, y entre los segundos los historiadores sociales que apuestan por la complejidad antes que por

la fría ilusión de la correlación de variables reconstruidas a partir de datos cuidadosamente recortados.

El retrato que ofrecemos de Núñez, muy siglo xx, puede parecer a algunos el retrato de un historiador tradicional, pero por este camino terminaríamos por considerar tal, por ejemplo, incluso al gran Marc Bloch de la *Apología por la historia*. Acertado o no, el mismo retrato es, sin embargo, incompleto. Tres dimensiones notables deben remarcarse: su interés por las reflexiones de las ciencias sociales, su atención a las dimensiones comparativas y su enorme conocimiento de la historiografía internacional sobre los temas que aborda. Acerca de lo primero, varias observaciones pueden hacerse. Ante todo, podría señalarse que ese interés, por ejemplo por los modelos de la Sociología, no deja de ir acompañado de una distancia crítica hacia la aplicación indiscriminada de los mismos. En este sentido, debe remarcarse la permanente atención del autor hacia los contextos espaciales y temporales como factores que condicionan decisivamente tanto la aplicabilidad de ciertos modelos como el significado de los resultados que pueden obtenerse con los mismos. En este plano son muy ilustrativas las inteligentes observaciones de Núñez en un territorio en el que ha avanzado mucho más que otros: la cuestión de las élites de las comunidades de emigrantes.

Toda otra serie de cuestiones abre la *vexata quaestio* de la historia comparada. Va de suyo, como observó nuevamente Max Weber en su conocida polémica con Edward Meyer, que toda afirmación histórica reposa sobre una comparación implícita. El interés de Núñez parece dirigirse a convertir esa comparación implícita en explícita. Desde luego que ello parece colocarse mucho más en el terreno de lo que ha sido llamado una comparación para «identificar la diferencia» (o en otra terminología percibir mejor la originalidad o no del propio caso en estudio) que en cualquier otro plano más sistemático con aspiraciones legalizadoras. Un tipo de comparación en el que se movió el mejor Max Weber o el mismo Marc Bloch.

El tercer aspecto, el extenso conocimiento de la bibliografía internacional, no necesita ser argumentado. El lector puede recorrer las páginas del libro y comprobarlo inmediatamente. Esas apelaciones no son ni gratuitas ni decorativas, por el contrario aparecen funcionales a una estrategia me-

todológica que aspira a pensar nuevamente desde las fronteras historiográficas. Solo se señalará aquí que en ese conjunto vasto y heterogéneo sobresalen cuatro historiografías: la norteamericana, la italiana, la gallega y la argentina. Ciencias sociales e internacionalización historiográfica: he ahí el complemento del sólido historiador.

Es hora de dejar estas líneas aquí. Como escribió el gran Francisco de Quevedo: «Dios te libre, lector, de prólogos largos y de malos epítetos». El lector podrá encontrar por sí solo en este libro tantos enfoques innovadores, tantas perspectivas originales y tanta complejización de antiguos enfoques en torno a ese abigarrado mundo migratorio pensado (mertonianamente) a la manera de lo que Marcel Mauss había llamado un «hecho social total».

Fernando J. Devoto
Universidad de Buenos Aires
Buenos Aires, mayo de 2013

Índice

I. Teoría, historiografía y comparación	23
1. La historiografía de las migraciones ultramarinas españolas: Una visión global.....	23
2. ¿Cartas sin respuesta? La fuente epistolar y algunos desafíos de la historiografía de las migraciones ibéricas.....	53
3. Remesas visibles e invisibles: La emigración transoceánica de retorno y sus efectos en las sociedades ibéricas, 1850-1950.....	81
4. Modelos de liderazgo en comunidades emigradas. Algunas reflexiones a partir de los españoles en América (1870-1940).....	115
II. Identidades e imaginarios de la emigración transoceánica.....	143
5. Sueños de redención: Liderazgo étnico, exilio político y etnonacionalismo en las colectividades de emigrantes ibéricos en América Latina (1880-1960)	143
6. El competidor imaginario: Los inmigrantes italianos según la colectividad española de la Argentina (1900-1940).....	173
7. Españoles y «Gallegos» en la Argentina del Primer Centenario.....	215
8. Gaitas y tangos: Las fiestas de los inmigrantes gallegos en Buenos Aires (1890-1930)	241
9. Una Aproximación a la imagen social del emigrante retornado de América en la Península Ibérica (siglos XVI-XX).....	275

III. Sobre la emigración gallega en Latinoamérica	307
10. Un panorama social de la inmigración gallega en Buenos Aires, 1750-1930	307
11. Redes sociales y asociacionismo: las «parroquias» gallegas de Buenos Aires (1904-1936)	335
12. Inmigrantes gallegos en Cuba: Algunas notas sobre política y asociacionismo (1898-1936)	361
13. Periodismo, patriotismo «regional» y estrategias de liderazgo: Fortunato Cruces, José R. Lence y los gallegos de Buenos Aires (1900-1936)	413
Bibliografía.....	453

Procedencia de los textos

- 1.º «La historiografía de las migraciones ultramarinas españolas: Una visión global», publicado en portugués en *Maracanan*, Rio de Janeiro, 6 (2010), pp. 11-45.
- 2.º «¿Cartas sin respuesta? La fuente epistolar y los desafíos de la historia de la emigración», publicado en gallego en X. M. Núñez Seixas y D. González Lopo (eds.), *Amarra de tinta. Emigración transoceánica e escrita popular na Península Ibérica, séculos XIX-XX*, Santiago de Compostela: Consello da Cultura Galega, 2011, pp. 19-52, y en inglés [versión más reducida] en *Anuário do Centro de Estudos de História do Atlântico*, Funchal (Madeira), 2 (2010), pp. 834-48.
- 3.º «Remesas visibles e invisibles: La emigración transoceánica de retorno y sus efectos en las sociedades ibéricas, 1850-1950», publicado en inglés en *Przegląd Polonijny*, Cracovia, Vol. 31:1 (2005), pp. 117-42 [número monográfico: *Papers presented during the Session ST 19th of the XXth International Congress of Historical Sciences, Sydney 2005*, editado por Adam Walaszek].
- 4.º «Modelos de liderazgo en comunidades emigradas. Algunas reflexiones a partir de los españoles en América (1870-1940)», publicado en Alicia Bernasconi y Carina Frid (eds.), *De Europa a las Américas. Dirigentes y liderazgos (1880-1960)*, Buenos Aires: Biblos, 2006, pp. 17-41.
- 5.º «Sueños de redención: Liderazgo étnico, exilio político y etnonacionalismo en las colectividades de emigrantes ibéricos en América Latina (1880-1960)», publicado en francés en Fernando Devoto y P. González-Bernaldo (eds.), *Émigration politique. Une perspective comparée. Italiens et Espagnols en Argentine et en France (XIXe - XXe siècles)*, París: L'Harmattan/Cemla, 2001, pp. 263-94.

- 6.º «El competidor imaginario: los inmigrantes italianos según la colectividad española de la Argentina (1900-1940)», publicado en *Spagna Contemporanea*, 23 (2003), pp. 23-67.
- 7.º «Españoles y ‘gallegos’ en la Argentina del I Centenario», en Tomás Pérez Vejo (coord.), *Enemigos íntimos. España, lo español y los españoles en la configuración nacional hispanoamericana, 1810-1910*, México D. F.: El Colegio de México, 2011, pp. 273-308.
- 8.º «Gaitas y tangos: Las fiestas de los inmigrantes gallegos en Buenos Aires (1890-1930)», publicado en *Ayer*, 43 (2001), pp. 193-225.
- 9.º «Una Aproximación a la imagen social del emigrante retornado de América en la Península Ibérica (siglos XVI-XX)», publicado en Josefina Cuesta Bustillo (ed.), *El retorno. De migraciones y exilios*, Madrid: Fundación Largo Caballero, 1999, pp. 1-38.
- 10.º «Un panorama social de la inmigración gallega en Buenos Aires, 1750-1930», publicado en Ruy Farías (comp.), *Buenos Aires Gallega: Inmigración, pasado y presente*, Buenos Aires: Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2007, pp. 25-44.
- 11.º «Redes sociales y asociacionismo: las «parroquias» gallegas de Buenos Aires (1904-1936)», publicado en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Tel-Aviv, 11:1 (2000), 23-44 (versión francesa en *Hommes et Migrations*, París, 1256, juillet-août 2005, pp. 6-24).
- 12.º «Inmigrantes gallegos en Cuba: Algunas notas sobre política y asociacionismo (1898-1936)», publicado en Pilar Cagiao Vila y Sergio Guerra Vilaboy (eds.), *De raíz profunda: Galicia y lo gallego en Cuba*, Santiago de Compostela: USC / Xunta de Galicia, 2007, pp. 89-120.
- 13.º «Periodismo, patriotismo “regional” y liderazgo étnico: Fortunato Cruces y José R. Lence», publicado en Marcela García Sebastiani (ed.), *Patriotas entre naciones. Élités emigrantes españolas en Argentina (1870-1940)*, Madrid: Editorial Complutense, 2010, pp. 273-305.

Nota previa

Se recogen en este volumen varios trabajos que, dispersos en varias revistas y volúmenes colectivos publicados en Europa y América y publicados entre los finales de la última década del siglo xx y la primera década del siglo xxi, han tenido como denominador común los estudios migratorios, y muy en particular la historia de las migraciones ibéricas y, en especial, las migraciones gallegas a América entre 1850 y 1960, combinándola con una voluntad de reflexión teórica y comparativa. Por esa razón, hemos agrupado los textos en torno a tres ejes temáticos. En un primer grupo se han seleccionado artículos que versaron sobre la reflexión historiográfica acerca del pasado de las migraciones españolas, los desafíos teóricos y metodológicos del estudio de las migraciones de retorno en el contexto ibérico, el uso de la fuente epistolar en los estudios de Historia de las migraciones, y el estudio de las dinámicas asociativas y del liderazgo étnico en las comunidades de inmigrantes.

En un segundo bloque hemos reunido varios artículos sobre otra preocupación temática que también ha guiado nuestra aproximación a los estudios migratorios: el estudio de las imágenes, los estereotipos y las representaciones de los colectivos migrantes, la interacción entre comunidades emigrantes en América, particularmente la Argentina, y el estudio de sus manifestaciones grupales como ventana a través de la que observar la evolución de sus sentimientos identitarios. Se tratan aquí temas como una comparación de los proyectos nacionalistas subestatales vasco, catalán y ga-

llego y su reflejo entre los emigrantes en América Latina; la interacción y competición simbólica entre los gallegos y españoles (colectivo de fronteras diluidas e intercambiables, sobre todo en la América Latina y en el periodo considerado), y entre ellos y la sociedad receptora, así como otras comunidades inmigrantes, en la Argentina de entresiglos y del primer tercio del siglo xx; las manifestaciones simbólicas e identitarias expresadas a través de las fiestas y la sociabilidad, en el caso gallego en Buenos Aires; y, finalmente, la evolución del otro lado del espejo, cuál era la imagen de los emigrantes y en particular de los retornados en las sociedades de partida, mediante el ejemplo de la evolución de la imagen social y literaria de los *americanos*, *indianos* y *brasileiros* en la Península Ibérica.

En un tercer bloque, centrado en la inmigración gallega en América Latina, y siempre con los referidos vectores temáticos como preocupación fundamental, nos ocupamos de la estructura e inserción social del colectivo de inmigrantes gallegos en la Argentina en la *longue durée*; la reproducción de lazos y redes sociales trasplantadas y construidas a través de la articulación de espacios asociativos microterritoriales por parte de los gallegos en Buenos Aires durante el primer tercio del siglo xx; la vinculación entre un fenómeno similar y las dinámicas de movilización sociopolítica, esta vez entre los inmigrantes gallegos en Cuba; y, finalmente, un ejercicio de vidas paralelas entre dos influyentes periodistas de la colectividad inmigrante galaica de Buenos Aires.

Los trabajos aquí agrupados, a pesar de su inicial dispersión temática, están guiados por un enfoque centrado en la historia sociocultural y política del fenómeno migratorio, la preocupación por abrir vías complementarias a las visiones tradicionalmente dominantes (de índole demográfica y cuantitativa) dentro de los estudios migratorios, y la consideración del hecho migratorio, como afirmaba Robert Merton (1970) en la senda de Marcel Mauss, como un «hecho social total», un momento caleidoscópico en el que el desplazamiento de los colectivos humanos permite apreciar mejor muchas de las dinámicas sociales, grupales e identitarias mediante un enfoque que combine lo local con lo global, la microhistoria con la reflexión teórica. De ahí que nos interese por el estudio de las colectividades emigrantes

en sí mismas, por sus dinámicas asociativas, por la conformación de un espacio de interacción social y de reproducción de imaginarios culturales, tanto hacia dentro como hacia fuera; en relación con sus ámbitos sociales de origen, la sociedad de destino en la que se insertan y los distintos grupos étnicos y nacionalidades con que entraron en contacto y/o conflicto en sociedades de inmigración masiva. Y también que situemos en el centro de nuestra atención a los migrantes individuales y sus estrategias, que están detrás del hecho migratorio, tanto como a las élites emigrantes que fueron cruciales en el proceso de definición de los imaginarios que definieron las fronteras de las colectividades inmigrantes, sus intereses y sus cosmovisiones. Los textos han sido sometidos a una revisión estilística, además de traducir al castellano los publicados originalmente en otras lenguas; se han intentado evitar igualmente las redundancias abusivas, y en algunos casos se ha procedido a una ligera actualización bibliográfica. Sin embargo, cada uno de ellos respondía a las opiniones del autor, y al estado de la historiografía migratoria de cada momento, por lo que una revisión exhaustiva habría supuesto, en la práctica, escribirlos de nuevo.

A lo largo de cuatro lustros han sido muchas las personas, tanto en Europa como en América, que han contribuido a enriquecer y ampliar mi perspectiva de análisis, y que me han ayudado, con sus consejos, su magisterio o su amistad a abrir puertas mentales y a ampliar los horizontes de comprensión de un hecho fundamental, aparentemente simple pero profundamente complejo: por qué se mueve la gente, por qué unas personas deciden o se ven impelidas a abandonar los lugares en que han crecido y a los que se sienten vinculadas afectivamente, y se desplazan a vivir y trabajar, a establecer nuevos vínculos y a sufrir toda la vida de nostalgias y *saudades* en otro lugar. Conocer emigrantes de carne y hueso, con sus vivencias y sus representaciones, durante mis numerosas estancias en Argentina, pero también en Montevideo, São Paulo o Nueva York, me ha servido tanto o más para aproximarme a la historia de las migraciones que miles de páginas escritas por especialistas, observadores y protagonistas de las migraciones. Gracias a ellos, también, puedo considerar que algunos de esos lugares, y en particular Buenos Aires, han sido y siguen siendo una segunda casa para mí.

Entre los numerosos colegas cuya amistad, crítica e intercambio intelectual me ha honrado y enriquecido en el plano académico y personal durante todos estos años, quiero mencionar aquí de modo especial a Óscar Álvarez Gila, Alicia Bernasconi, Pilar Cagiao, Luis Cortese, M.^a Liliana Da Orden, Nadia de Cristóforis, Fernando Devoto, Ángel Duarte, Alejandro E. Fernández, Carina Frid, Marcela García Sebastiani, Pilar González-Bernaldo, Marcelino Iriani, José C. Moya, Hernán Otero, Vicente Peña, Matteo Sanfilippo, Alexandre Vázquez (+), Ramón Villares y Adam Walaszek. Las tareas compartidas del Arquivo da Emigración Galega (Consello da Cultura Galega, Santiago de Compostela), así como de la redacción de las revistas *Estudios Migratorios Latinoamericanos* (Buenos Aires) y de *Estudos Migratorios* (Santiago de Compostela) han sido igualmente una fuente constante de aprendizaje. E, igualmente, mis antiguos doctorandos galaicos y galai-co-americanos Erica Sarmiento, Ruy Farías, Anxo Lugilde y Raúl Soutelo me han aportado a través de sus respectivos trabajos e investigaciones, de sus inquietudes y de sus comentarios críticos importantes vías de reflexión e intercambio intelectual, aderezados con algún que otro cocido o *asadito* transatlántico y más de un –casi siempre– amable apremio a avanzar en sus tesis. Estos trabajos también deben mucho a todos ellos, generación transoceánica de historiadores que toma el relevo.

Finalmente, deseo manifestar mi sincera gratitud a la editorial Genuève por acoger este proyecto de libro, en unos tiempos poco dados a la lírica y sí mucho a la migración, a los anónimos evaluadores del manuscrito por sus útiles observaciones, y al profesor Javier Moreno Luzón por su interés en que esta publicación saliese adelante. Gustavo Hervella y M.^a Xesús Martínez prestaron una inestimable ayuda en las traducciones del francés, del gallego y del portugués, revisaron el manuscrito y homogeneizaron la bibliografía. Errores u omisiones son, como es natural, únicamente achacables a mis propias limitaciones.

Os Ánxeles (Brión), mayo de 2012, y Stockdorf (Baviera), enero de 2013.

I. Teoría, historiografía y comparación

I.- LA HISTORIOGRAFÍA DE LAS MIGRACIONES ULTRAMARINAS ESPAÑOLAS: UNA VISIÓN GLOBAL

El objetivo de este artículo no es llevar a cabo un análisis exhaustivo de todas y cada una de las monografías sobre tema migratorio, y particularmente sobre emigración ultramarina, aparecidas en la historiografía española en los últimos años. Tampoco lo es ofrecer un recuento pormenorizado de novedades y aportaciones bibliográficas, entre otras razones porque la extrema dispersión regional imperante en la historiografía ibérica (no solo española, sino también portuguesa) hace tal empresa virtualmente irrealizable. Por el contrario, nos proponemos analizar algunas de las principales tendencias observables en la historiografía sobre migraciones hispánicas hacia América a lo largo de la última década, y en la medida de lo posible situarlas en el contexto más global de los estudios migratorios.¹

Cabe advertir de entrada un hecho obvio: los estudios migratorios en España no constituyen un oasis o un compartimento estanco y aislado de la evolución y de las tendencias imperantes en el conjunto de la historiografía ibérica reciente. Muchas de las características definitorias, interpretaciones y lagunas detectables en la historiografía migratoria también son atribuibles o achacables a la mayor parte de la historiografía (y otras

1 Para un análisis del estado de la cuestión hasta la última década del siglo xx, vid. Núñez Seixas, 2001b: 269-295.

ciencias sociales) españolas. Se ha señalado acertadamente que, además del peso de la pobre herencia intelectual y universitaria del franquismo, la historiografía española adolece de algunos defectos estructurales que no invitan a la innovación. Entre ellos destacarían la obsesión por las celebraciones y aniversarios, la permanente seducción de los cantos de sirena de los poderes locales, y la relativa escasez de plataformas de discusión regulares (Casanova, 1991: 164-66). Como resultado de ello, y de la permanente miopía teórica de la formación de la mayoría de los historiadores españoles hasta fechas recientes, la historiografía hispánica, de modo desigual según los ámbitos temáticos y con cierto retraso la mayoría de las veces, sigue siendo deudora de tendencias importadas de otras historiografías europeas.

Este fenómeno es tanto más apreciable cuanto que los estudios migratorios, como campo interdisciplinar en el que pueden confluír enfoques propios de la Historia Social y Política, de la Historia Económica, de la Antropología Social, de la Sociología y de la Demografía (histórica o no), están poco consolidados y aún carecen de una «marca de fábrica», de una etiqueta definitoria dentro del mundo académico español. Con la relativa excepción de algunos núcleos regionales o autonómicos, se puede afirmar que a los estudios migratorios se les puede aplicar la conocida metáfora de las «mesas separadas» (*separate tables*) que utilizan los politólogos norteamericanos.² Demógrafos, historiadores económicos, historiadores sociales y políticos, sociólogos y antropólogos estudian el tema migratorio, sí, pero con escasa conexión entre ellos. Incluso dentro de la corporación de los historiadores se puede afirmar que entre modernistas y contemporáneos el divorcio y la ignorancia mutua tienden a predominar sobre la colaboración o el enriquecimiento recíproco nacido del contraste de perspectivas. Lo mismo ocurre entre metodologías cuantitativas y metodologías que ponen el énfasis en el análisis cualitativo, entre quienes desprecian lo no numéricamente cuantificable y quienes ignoran las variables cuantitativas.

2 La metáfora, aplicada al ámbito de la ciencia política, proviene como es sabido de G. Almond (1988).

Algo semejante acaece, con no demasiadas excepciones, entre los historiadores contemporáneos y los hispanoamericanistas, cuyas perspectivas de análisis e interrogantes no siempre coinciden con los de los dos grupos anteriores. Y lo mismo ocurre a menudo a la hora de considerar no ya divisiones entre épocas, sino incluso entre campos temáticos. Unos se ocupan sobre todo de la ecuación entre población y recursos y se interesan fundamentalmente por los factores de salida o de expulsión. Otros se centran en el análisis de estadísticas de entradas y salidas de pasajeros por mar. Otros más se ocupan preferentemente de las dinámicas sociales de inserción sociolaboral en los países de acogida mediante métodos cuantitativos y/o cualitativos. En fin, también hay historiadores que prefieren convertir en el objeto de su análisis las formas de articulación comunitaria y asociativa de los emigrantes, o su impronta colectiva e individual en la sociedad de origen. Pocos, en cambio, son capaces de combinar todos los aportes de modo auténticamente interdisciplinario y transtemático. Es más, podríamos decir que se yergue una suerte de barrera invisible entre los especialistas en exilio y los especialistas en emigración. Quienes se dedican al estudio del exilio republicano de 1939, quizás influidos por el predominio casi aplastante de las perspectivas típicas de la historia de la literatura en ese campo, apenas tienen en cuenta los debates que se plantean en el campo de los estudios migratorios de índole historiográfica o sociológica, y rara vez se preguntan por la interrelación existente entre inmigrantes «económicos» y exiliados, y por las diferencias igualmente existentes entre ambos grupos.³

Como ya es conocido, con anterioridad al año 1992 –gran efeméride del Quinto Centenario del descubrimiento de América– el retraso de la historiografía y de los estudios migratorios hispanos dentro del contexto internacional era evidente. Se trataba de una historiografía caracterizada por un marcado positivismo, un gran peso del que podríamos denominar «paradigma hispanoamericanista tradicional» y la falta tanto de carácter interdisciplinario como también de diálogo comparativo con otras historio-

3 Los historiadores mexicanos que se han ocupado de esta cuestión profundizaron mucho más en ese aspecto, a lo que ha ayudado la mayor y mejor disponibilidad de fuentes nominativas sobre el exilio en ese país. Vid. Pla Brugat (1994, 1999, 2007) y Lida (1997). Igualmente, para un ensayo de tipología de los emigrantes y de los exiliados, Núñez Seixas (2006).

grafías migratorias, en particular la norteamericana, en parte por el hecho de que la emigración española a los EE. UU. ha sido numéricamente poco relevante. Un proceso semejante se registra en el caso de la historiografía italiana, a pesar de su mayor difusión en España desde la década de 1980 o, incluso, con las propias historiografías migratorias de los países receptores de inmigrantes españolas, varias de las cuales, como la argentina o la mexicana, ya habían despegado con creces con anterioridad a 1992. En muchos casos se trataba aún de crónicas, biografías y recopilaciones de datos, más que de auténticos estudios monográficos. Dentro de un panorama semidesértico emergían, empero, varios oasis, como bien mostraba la recopilación de estudios por Nicolás Sánchez Albornoz en 1988 *Españoles en América* (Sánchez Albornoz 1988) o los primeros trabajos de una nueva generación de autores (Blanca Sánchez Alonso, César Yáñez, Alejandro Vázquez, Antonio Macías, Pilar Cagiao, etc.) que se consagraron plenamente en la década de 1990.

Ese retraso relativo, como en 1993 ya bien señalaba Fernando Devoto, presentaba también algunas potencialidades de futuro, transformando, probablemente, la necesidad en virtud. Llegar el último tendría algunas ventajas, pues permitiría seleccionar lo mejor de las varias tradiciones historiográficas y de estudios migratorios existentes, ser sabiamente ecléctico y evitar incurrir en los errores de los pioneros. Entre estos errores evitables estarían, por ejemplo, las divisorias rígidas entre Edad Moderna y Contemporánea, el peso del paradigma neomalthusiano (desequilibrio población-recursos), el excesivo énfasis en la *labor history* de la historiografía migratoria estadounidense, la acusada preferencia por el Estado-nación como marco espacial de análisis, y la escasa incidencia relativa de los estudios basados en análisis de redes y en premisas microhistóricas (Devoto 1993). Características estas que, entre tanto, no están tan alejadas de lo señalado por otros autores para el «estado de la cuestión» de los estudios sobre la emigración italiana, que gozan de una tradición más establecida y de un diálogo muy fructífero, principalmente con la historiografía migratoria norteamericana (Sanfilippo 2005; Franzina 1999).

En 1992-93, coincidiendo con la conmemoración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América, se publicaron decenas de monografías, catálogos de exposiciones y se celebraron algunos coloquios, contando con un generoso apoyo institucional, tanto a escala estatal como autonómica y, a veces, municipal. Resultado de ello fueron, por ejemplo, la publicación de una completa *Historia General de la Emigración Española a Iberoamérica* en dos volúmenes (VV. AA. 1992), desarrollando diversos ejes temáticos y, sobre todo, la emigración desde diversas comunidades autónomas actuales del Estado español. Igualmente, varias administraciones autonómicas promovieron publicaciones centradas en los aragoneses, los vascos, los andaluces o los gallegos en América, hasta completar el mapa autonómico instaurado en 1978.⁴ El tema migratorio, gracias a ello, adquirió una mayor *visibilidad* dentro de la investigación histórica hispánica, en un campo temático –la presencia de españoles en América, o en otros destinos– que hasta entonces había sido cultivado sobre todo en lo referente al exilio republicano de 1936-39. Algo perfectamente comprensible en la coyuntura política de la Transición y la primera fase de la Consolidación Democrática española (1975-82).

El legado de los fastos del Quinto Centenario fue ambivalente. En buena parte se trató de una oportunidad perdida. Como bien ha señalado Nuria Tabanera (1998), se multiplicó el número de monografías, se incrementó notablemente el volumen de información publicada sobre los españoles en América, y se avanzó en el conocimiento de parcelas temáticas y épocas cronológicas. Pero se hizo, en general, de modo caótico y reproduciendo los vicios teóricos y metodológicos de la historiografía anterior, como la falta de interrogantes y pobreza teórica acompañada por positivismo estéril, todo ello acentuado por la regionalización –acrítica–

4 Por ejemplo, la colección *Amerika eta Euskaldunak*, auspiciada por el Gobierno Vasco; la *Commissió Catalana del Quint Centenari* promovió la publicación de un *Diccionari dels Catalans d'Amèrica* en cuatro volúmenes; la *Comisión Galega do Quinto Centenario*, constituida ya en 1988, promovió igualmente la publicación de una revista de vida breve, la *Revista da Comisión Galega do Quinto Centenario*, y más tarde el Consello da Cultura Galega acometió la organización de una exitosa exposición, *Galicia e América: Cinco séculos de Historia*, a la que acompañó el catálogo del mismo nombre, publicado en gallego, inglés y español.

de los marcos de análisis impuesto por la nueva estructuración territorial del Estado de las autonomías.⁵

Apenas se dieron pasos de cierta consideración en la dirección de un mayor diálogo interdisciplinario, de una depuración y actualización de marcos teóricos de análisis y de una apertura hacia otras historiografías o tradiciones de estudios migratorios. Es más, buena parte de las monografías publicadas en 1992-93 con amplio apoyo institucional y privado ni siquiera versaron sobre tema migratorio, centrándose en la aportación de tal o cual región a la conquista y colonización de América en la Edad Moderna, reproduciendo algunas de ellas prolijos recuentos biográficos de misioneros y conquistadores, así como de prohombres americanos de ascendencia regional.⁶ Por otro lado, se puede afirmar que, salvo excepciones, las lagunas preexistentes se reprodujeron exponencialmente a pequeña escala: el positivismo regional y local de nuevo cuño sucedió al ya conocido de escala estatal, con el agravante añadido de que muy a menudo las monografías regionales se ignoran mutuamente entre sí. Esto obedecía a una concepción de la Historia como disciplina y del propio oficio de historiador, muy arraigada al Sur de los Pirineos: el considerar la investigación histórica y en ciencias sociales como una suerte de gran puzle temático, un mosaico en el que es preferible operar por acumulación de conocimiento de estudios de caso delimitados territorialmente de modo diverso, y según las demarcaciones administrativas actuales, que aportar ideas nuevas.

5 Algo bien patente, sobre todo, en la proliferación de monografías sobre los *cántabros* o los *riojanos* en América, o incluso sobre el exilio de ambas comunidades autónomas, que no existían con anterioridad más que como provincias (Santander y Logroño), sin gran especificidad identitaria. Del mismo modo, también se estudiará, sin problematización previa de la escala de análisis, el exilio político *cántabro* o *valenciano* de 1936-39 en América, sin tener en cuenta necesariamente que la distribución regional de los exiliados obedeció en buena parte al azar geográfico. Aquellas regiones que continuaron en poder de la República en julio-agosto de 1936 proporcionaron, lógicamente, los mayores contingentes de exiliados (Girona y Mancebo, 1995). Desde un punto de vista metodológico, sobresale sin embargo por su cuidada elaboración y por plantearse cuestiones que hasta la fecha nadie había abordado —como las modalidades de inserción socioprofesional de los exiliados y su relación con los emigrantes «económicos»— (Soldevilla Oria 1998).

6 Caso, por ejemplo, de la colección sufragada por la compañía de seguros MAPFRE con motivo del Quinto Centenario: Asín (1992); Cuesta (1992); Ballesteros Gaibrois (1992) y Sáenz Díez (1992).

Ello, sin embargo, no solucionaría el problema básico que en el fondo seguía aquejando a buena parte de la producción historiográfica española: un acusado *ensimismamiento* camuflado de positivismo local, y su falta de integración de perspectivas comparativas, dando lugar a una multiplicación de monografías regionales y/o locales que a su vez apenas muestran preocupación por plantear *problemas*, por mucho que se insista en presentar sus grandes virtudes *per se*, como granos de arena que contribuyen a conocer mejor hechos y fenómenos de modo factual, sin plantearse el *para qué* se regionaliza. Esa circunstancia se multiplicó en la primera década del siglo *xxi*, cuando, al calor de las facilidades para la investigación en temas locales y regionales ofrecidas por algunos Gobiernos autonómicos, el pasado migratorio de territorios como Castilla y León, La Rioja e incluso de la provincia de Zamora fue redescubierto, sin que las perspectivas analíticas hayan avanzado siempre en la misma medida.⁷

Ese *ensimismamiento* doblado de positivismo, con ser general, ha afectado a algunos campos de la historiografía española con más intensidad que a otros. Uno de ellos, en nuestra opinión, es el hispanoamericanismo historiográfico, particularmente en sus centros tradicionales (las universidades de Madrid y Sevilla, y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas), aun sin minusvalorar los importantes avances que se están dando en ese campo desde otros núcleos, como el de Barcelona (Tabanera García 1998). En primer lugar, porque sus presupuestos teórico-metodológicos siguen muy vinculados a los paradigmas clásicos de la investigación en Historia colonial, y su aplicación mecánica a los temas migratorios, tanto en la Edad Moderna como en la Contemporánea, suele ser problemática. Por poner un ejemplo, varias de las monografías sobre la emigración de españoles a América en la época colonial se siguen limitando a la explotación de la documentación existente en el Archivo de Indias de Sevilla sobre el periodo colonial, procediendo a un minucioso análisis estadístico de las listas de pasajeros, con sus correspondientes desgloses por provincias y regiones de origen. Sin embargo, apenas se abordan cuestiones e interrogantes que vayan más allá de esa mera reproducción de gráficos y tablas.⁸

7 Cf., por ejemplo, García Álvarez y Blanco Rodríguez (2009).

8 Vid. las, por otro lado, exhaustivas monografías de Márquez Macías (1995) y Macías Domínguez (1999).

Por otro lado, buena parte de las monografías publicadas, muchas de ellas provenientes de la tradición de estudios basados en la Demografía Histórica o en la Historia Agraria modernista, obedecían a un paradigma clásico de la escuela de los *Annales*, que ha permanecido de modo casi inamovible desde entonces: la preferencia por los modelos estructurales y holistas, que apenas conferían capacidad de decisión y margen de elección a los actores individuales, y que eran aplicados para detallar los factores de expulsión de la emigración transoceánica. Por lo tanto, estos y otros estudios suelen insistir en la consabida ecuación entre población y recursos como factor causal de la emigración, con especial preferencia e insistencia en las crisis agrarias y momentos de depresión económica, malas cosechas, etcétera, como desencadenantes inmediatos de oleadas migratorias y de movimientos de población. A ello se añadiría, en el caso de muchos historiadores de la economía, un factor complementario: el análisis del diferencial de salarios y de la presencia o ausencia de industrialización en la región o comarca de origen. Todo ello permitía configurar un gran puzle del que salían los saldos migratorios.

Este modelo, como ya apuntamos, tendía a ser reproducido en las monografías regionales: los factores de expulsión paradigmáticos se explicaban y exponían a nivel mesoterritorial o microterritorial, sin mayor reflexión ulterior. De este modo, las posibles ventajas de la regionalización (el tomar en consideración más variables en un ámbito manejable, el profundizar en el *ojo de la aguja* y en el *guardare piccolo* para estudiar mejor la multiplicidad de factores que pueden intervenir en el hecho migratorio) tendieron a diluirse en el paradigma general.⁹ En consecuencia, hubo más un *cercare il piccolo* que un *guardare piccolo*. Se buscaron y encontraron numerosas minucias, variaciones locales y detalles; pero no se añadieron ingredientes a las recetas ya conocidas. En definitiva: apenas se analizó con mayor profundidad gracias a reducir la escala. Con ello, en el fondo, se tendía hacia rendimientos historiográficos decrecientes.

El balance de 1992 y sus secuelas era, de este modo, pesimista. Sin embargo, como reza el refrán castellano, no suele haber mal que por bien no

9 Para una reflexión sintética sobre esta cuestión, vid. Devoto (1997).

venga; o, dicho de otro modo, todo dependía de si queríamos ver la botella medio vacía o medio llena. Es indudable que algo quedó, a pesar del reflujo presupuestario posterior a 1992-93, que en buena medida perdura hasta la actualidad.

De entrada, la década de 1990 nos legó una serie de monografías sólidas, a nivel tanto estatal como regional, que marcaron algunas rutas nuevas y contribuyeron a introducir el tema migratorio en los debates más contemporáneos de historia social y económica, así como en la política española de la década de los noventa. Por otro lado, algunas iniciativas de institucionalización de los estudios migratorios a nivel regional tuvieron una continuidad apreciable, como fueron, por un lado, los coloquios y monografías editadas por el Archivo de Indianos de Colombres (Asturias) hasta 1998-99; y, por otro, la constitución del *Arquivo da Emigración Galega* en el seno del Consello da Cultura Galega (Santiago de Compostela), que en 1997 dio a la luz la primera revista especializada en estudios migratorios en España con vocación interdisciplinaria, *Estudos Migratorios*, que ha tenido continuidad, en una segunda etapa coeditada en lengua gallega con la Universidade de Santiago de Compostela.

Además de ello, en la segunda mitad de los noventa se manifestó la voluntad de construir algunos puentes de diálogo entre los enfoques historiográficos y sociológicos centrados en el exilio republicano de 1939, y las perspectivas analíticas empleadas para estudiar los fenómenos migratorios de los siglos XIX y XX. Fruto de ese movimiento fue la Asociación para el Estudio de las Migraciones y los Exilios Ibéricos (AEMIC) en 1996, resultado de la conjunción de historiadores dedicados al estudio del exilio ibérico (antifranquista y antisalazarista principalmente) en Francia –tradición consolidada en el hispanismo francés–, en España y en Portugal, así como algunos historiadores más interesados en las migraciones masivas que en el exilio de 1936-39. Un resultado de la constitución de esa asociación han sido hasta ahora la edición de dos revistas: la hispanofrancesa *Exils et Migrations Ibériques au XXe siècle*, publicada por el CIREMI de la Universidad de París VII, que ha dedicado una mayor atención al exilio que a las migraciones; y la española *Exilios y Migraciones*, nacida en 2000.

Aún queda mucho camino por recorrer hacia una cierta concordancia de criterios y búsqueda de un mínimo denominador común de intereses entre, por un lado, la historiografía del exilio, y, por otro lado, los estudios migratorios de índole historiográfica. Eso incluye la divergencia entre enfoques más centrados en la historia social y política, las perspectivas de análisis sociológico y antropológico, también preponderantes en el estudio de las migraciones europeas (y de la inmigración en España), y las aproximaciones que abordan ante todo la producción literaria sobre el exilio. Estos últimos privilegian, por supuesto, el estudio de la opinión publicada y de las minorías de exiliados (intelectuales, artistas y profesionales) que adquirieron renombre en actividades artísticas y creativas, además de la descripción (y a veces análisis) de las actividades políticas de los exiliados comprometidos con sus partidos y organizaciones. Su proyección al conjunto de estudios históricos sobre el exilio lleva igualmente a la preponderancia de lo que podríamos denominar un paradigma de empatía emocional con el objeto de estudio, que se traduce frecuentemente en la reproducción de biografías o prosopografías heroicas. La reconstrucción acrítica de la memoria de los exiliados y su producción escrita, o de sus biografías individualizadas, continúa predominando sobre el análisis de sus trayectorias sociales, de su inserción socioprofesional o su experiencia colectiva.¹⁰

Ciertamente, algunos de los frutos positivos de la cosecha de 1992, y que llegaron a su maduración a mediados de la década de los noventa, no han tenido mucha continuidad. Tras la publicación de su tesis doctoral en 1995, por ejemplo, autores como Sánchez Alonso han tardado en profundizar más o en diversificar sus intereses y producción científica en el tema migratorio (Sánchez Alonso 1995, 2000). El relativo distanciamiento por parte de autores como el historiador chileno, radicado en Barcelona, César Yáñez Gallardo, quien cultivó inicialmente la perspectiva macro y el enfoque estadístico, para pasar a continuación a un fructífero enfoque mixto que combina, en nuestra opinión, numerosas ventajas de ambas perspectivas, también parecían ahondar en esta dirección (Yáñez 1992, 1994, 1995, 1996).

10 Para una panorámica historiográfica hasta 2001, vid. Pla Brugat (2002).

Con ello, los enfoques globales sobre la emigración española a ultramar han perdido peso, mientras parecían ganarlo, curiosamente, en la investigación extrahispánica sobre migrantes españoles en América o en otros países, generalmente favorecida por la concentración del esfuerzo investigador y del objeto de estudio en la inmigración española en un determinado punto de destino. Así lo confirman las contribuciones de investigadores ya consolidados, como José C. Moya, Alejandro Fernández o M.^a Lilitiana Da Orden en Argentina; de Clara Lida, M. Cerutti, Tomás Pérez Vejo y otros autores en México; de Marília Klaumann de Cánovas en Brasil, o de Carmen Norambuena en Chile; además de la emergencia de algunos nuevos autores y obras que vienen a completar algunos vacíos temáticos en los países de destino, como puede ser en el caso de Costa Rica, Venezuela, Colombia o Perú.¹¹

El enfoque *micro* o preferentemente regional, o bien concentrado en un grupo étnico no-estatal, también se ha abierto paso en la investigación histórica de los países receptores. Lo muestran claramente, por ejemplo, las monografías sobre los vascos en diversos países, comenzando por Argentina, pero también las varias contribuciones sobre inmigrantes gallegos (en Argentina, Uruguay o Brasil), o catalanes en varios destinos.¹² Las escasas contribuciones que desde la historiografía hispánica se han centrado en el colectivo inmigrante español (en sentido genérico) hacia algún país de acogida aparecerán, con alguna y notoria excepción,¹³ en los años noventa. Pero no siempre han tenido en cuenta los aportes de la historiografía sobre temática migratoria de los países que estudiaban, ni siquiera en el caso de volúmenes consagrados al estudio de la inmigración española en los Estados Unidos.¹⁴

11 Vid., sin ser exhaustivos: Moya, 1998; Fernández y Moya, 1999; Zubillaga (1997, 1998); Oyamburu (1997); Fausto (2000); VV. AA. (1994, 2002); Vejarano Alvarado, Martínez Gorroño y Hoyos Uribe (2004).

12 Vid. por ejemplo Iriani (2000) y Núñez Seixas (2001a). No contamos aquí los diversos estudios sobre colectivos de inmigrantes españoles realizados por historiadores brasileños, argentinos, uruguayos, mexicanos, etcétera, de Carlos Zubillaga sobre la presencia gallega en Uruguay de Rosario S. Albán sobre los gallegos en Bahía (Brasil) de Marília Klaumann sobre los españoles en São Paulo y un largo etcétera.

13 Por ejemplo Sánchez Alonso (1992).

14 Prueba de esto es la mirada positivista de Rueda (1993).

A partir de la segunda mitad de los años noventa, sin embargo, parece que nos hallamos ante la consolidación relativa, no tanto de una única escuela migratoria hispánica, sino de varios focos o núcleos regionales/autónomos que se han centrado en el estudio de la emigración ultramarina, y en parte europea e interior, en sus respectivas regiones, y asimismo han llevado a cabo algunos esfuerzos para insertarse en un marco general de análisis más amplio. Nos referimos, en primer lugar, a las consolidadas escuelas canaria y gallega. Junto a ellas, se mantiene un cierto nivel de producción y debate en Asturias y en el País Vasco, y tímidos, casi balbuceantes intentos de otorgar entidad al tema migratorio en otras zonas. Tal puede ser el caso de las Islas Baleares (Buades i Crespí 1995; VV. AA. 1991) donde la contribución más interesante hasta ahora ha venido de Argentina.¹⁵

a) El núcleo canario, a partir de los primeros estudios de Julio Hernández García en las décadas de 1970 y 1980 (Hernández García 1981, 1982; Hernández González 1995, 1996), está representado, principalmente, por las numerosas aportaciones –infelizmente, muy dispersas en forma de artículos y contribuciones a congresos– del historiador económico Antonio Macías y su escuela (Macías Hernández 1992).¹⁶ Esta escuela se ha centrado fundamentalmente en el estudio de la emigración canaria a Cuba y Venezuela en los siglos XIX y XX, abarcando tanto la salida como el viaje, la inserción sociolaboral en los puntos de destino y, en menor medida, el retorno de la emigración. Dominada por un enfoque de historia económica, con especial predilección por el estudio de contingentes y remesas, en este caso con amplio e imaginativo uso de fuentes fiscales (Carnero Lorenzo 1991; Carnero Lorenzo y Núñez Yáñez 2006), y que hacían depender los factores de salida, sobre todo, de las oscilaciones del mercado de trabajo y del diferencial de salarios, se aprecia en este núcleo una progresiva apertura hacia enfoques más individualistas y centrados en el estudio y análisis de estrategias familiares y comunitarias, así como de las redes microsociales (Yanes 2010, 2012).

15 Cf. por ejemplo Jofre Cabello (1997), así como algunos trabajos posteriores de esta misma autora.

16 Vid. también las actas de los diversos *Coloquios de Historia Canario-Americana*, editados por el Cabildo Insular de Gran Canaria.

b) El núcleo gallego, repartido entre las tres universidades del país (Santiago de Compostela, Vigo y A Coruña), es quizás el que presenta una mayor variedad temática, pues entre sus integrantes hay sociólogos, antropólogos, historiadores de la educación, historiadores económicos, demógrafos, modernistas, contemporaneístas, latinoamericanistas e historiadores de la literatura (gallega y española). Detrás de la proliferación de estudios sobre migración en la Galicia de la década de 1990 estaba sin duda el hecho de que prácticamente en ningún territorio de la Península Ibérica la emigración y sus consecuencias han adquirido un peso tan determinante en la evolución económica, social, política y cultural global, en un *continuum* que va desde las migraciones peninsulares de los siglos XVII y XVIII hasta las transoceánicas del XVIII, XIX y XX. En sucesivas oleadas que llegaron hasta la década de 1960, esas migraciones alcanzaron diferentes destinos (Argentina, Brasil, Uruguay, Cuba, México, EE.UU., Canadá, Venezuela, Europa central, Australia, incluso algunos puntos de África), y cuyas consecuencias sociopolíticas y económicas siguen siendo perceptibles en la actualidad, como lo demuestra el influjo electoral de más de trescientos mil votantes gallegos censados en el exterior (Lugilde 2007, 2011). Además, el hecho de que Buenos Aires fuese la ciudad donde se concentró gran parte del exilio nacionalista y republicano gallego y la capital de la *Galicia libre* durante la larga noche del franquismo, o que buena parte de los movimientos sociopolíticos renovadores a lo largo del siglo XX a través de las comunidades de migrantes gallegos en las Américas, han convertido la emigración en un factor omnipresente. No hay dimensión de la historia económica, social, cultural y política de Galicia en el que no haya intervenido de modo directo o indirecto la emigración, desde la evolución de las estructuras agrarias hasta el desarrollo de los movimientos sociales renovadores (el agrarismo o el movimiento obrero) o del nacionalismo gallego. A ello se añade, obviamente, la referida institucionalización de los estudios migratorios, así como el aumento de la cantidad y calidad de las fuentes disponibles.¹⁷

17 En especial publicística y prensa emigrante, gracias a la catalogación de los fondos de la Biblioteca América de la Biblioteca Universitaria de Santiago de Compostela, la microfilmación de fondos de sociedades gallegas y la adquisición de bases de datos de los

Igualmente, en el caso gallego también ha intervenido otro factor: el interés del Gobierno autónomo en primer lugar, pero también de otros agentes sociales y políticos, sobre todo la izquierda nacionalista y sindical, en sostener la memoria de la emigración (con diferentes modulaciones e implicaciones) y en crear de ella diversos mitos con interpretaciones contrapuestas (Núñez Seixas 2002a). Esto, que constituye una ventaja, también entraña sus riesgos: el peligro de producir en exceso para un mercado local e institucional que necesita mitos y reafirmación, pero que «devora» historiadores con sentido crítico y propicia, sobre todo, la falta de discusión y un cierto *ombliguismo* historiográfico.

Aunque la disparidad de interpretaciones y enfoques reproduce a escala mesoterritorial el fenómeno de las *separate tables* ya reseñado para el caso español global, en general podemos afirmar que se dispone de estudios satisfactorios, y en algunos casos exhaustivos, sobre los factores de salida (*push*) y sobre las condiciones del transporte en la época de la emigración ultramarina masiva,¹⁸ así como sobre la obra socioeducativa de los emigrantes a América (Peña Saavedra 1991),¹⁹ la integración de los gallegos en países como Uruguay, México o Puerto Rico, y en contextos urbanos específicos como el sur del Gran Buenos Aires o la ciudad de Río de Janeiro,²⁰ las dinámicas del asociacionismo emigrante, o las consecuencias sociopolíticas de la emigración, así como abundantes calas sobre las migraciones de la Edad Moderna, peninsulares o ultramarinas,²¹ una respetable cantidad de estudios localizados sobre emigrantes gallegos en los más diversos puntos de América, cuya enumeración ahorramos, e incipientes visiones sintéticas sobre la inmigración gallega

países receptores, particularmente de la Argentina.

18 Además de sus abundantes artículos, vid. la completa tesis de doctorado del recientemente fallecido A. Vázquez González (2000). También es de interés Rodríguez Galdo (1993).

19 Algunas obras posteriores, como las de X. M. Malheiro (2005, 2006), no añaden sino detalles y rendimientos decrecientes a lo ya señalado por otros autores en la década de 1990.

20 Vid. la tesis de doctorado, aún inédita, de P. Cagiao Vila (1990). También, Villaverde (2001, 2003). Sobre la inmigración gallega en Puerto Rico vid. Villa Álvarez (2000). Igualmente, los estudios de E. Sarmiento (2006a, 2006b) y Farías (2010).

21 Vid. los diversos volúmenes recompilados por A. Eiras Roel (1991, 1992a, Eiras Roel y Rey Castelao 1994).

en el país que acogió un mayor número de inmigrantes, la Argentina, contando con contribuciones de historiadores tanto de Galicia como del país austral (Farías 2007). Por el contrario, todavía faltan investigaciones solventes sobre la importante presencia gallega en países como Venezuela. Igualmente, la diversidad temática es amplia, incluyendo desde aspectos sociopolíticos hasta culturales y literarios (Núñez Seixas 1992, 1998*a*, 2002*b*; Lojo, Guidotti de Sánchez y Farías 2008), pasando por el abordaje de la relación entre género y emigración (Cagiao Vila 1997; Hernández Borge y González Lopo 2008; Liñares Giraut 2009). Posiblemente, y fuera de alguna síntesis de divulgación, todavía estamos faltos de visiones definitivas de conjunto, dada la rapidez con la que están evolucionando nuestros conocimientos, y la diversidad de enfoques que se están consolidando en el estudio de las migraciones gallegas (Villares Paz y Fernández Santiago 1996).

c) El núcleo asturiano parece estar en vías de superar el cierto reflujo observable a mediados de la década de los noventa, tras los estudios, algunos de ellos ya clásicos, que proporcionan una apreciable imagen de conjunto de la emigración asturiana a América, sobre todo por parte de Rafael Anes (1993), o Jesús Jerónimo Rodríguez González (1992), así como otros trabajos realizados en los últimos años. Dentro de estos son dignos de mencionar las afortunadas incursiones en tema migratorio de historiadores especializados en historia social de la región (burguesía, vida cotidiana y movimiento obrero), como Francisco Erice, quien ha abordado el estudio de la colectividad asturiana de Cuba y el impacto de los indianos en la sociedad de origen después de 1898; o, en menor medida, el antropólogo Juaco López Álvarez sobre el asociacionismo asturiano en aquella isla. La más que incipiente diversificación temática parece orientarse preferentemente hacia la explotación de ricos fondos epistolares y fotográficos privados (López Álvarez 2000*b*; Erice 1996, 1999).

d) El núcleo vasco-navarro vuelve a adquirir un peso considerable, en torno a varios historiadores americanistas procedentes de la Universidad del País Vasco, en particular del profesor Óscar Álvarez Gila y su incipiente escuela, pero también de otros autores como Alberto Angulo, Ana Zaba-

lla o Jon Ander Martínez (Álvarez Gila 2005a). Este foco historiográfico muestra igualmente una considerable diversidad temática, desde la emigración vasca en la Edad Moderna hacia América hasta las migraciones interiores de navarros y vascos a la Península Ibérica, pasando por temas como la participación vasca en la Iglesia americana, el influjo del nacionalismo vasco en las colectividades emigradas de América, o las fiestas comunitarias de los vascos del Oeste de los Estados Unidos. También demuestra una notable preocupación por el enriquecimiento de los enfoques metodológicos y teóricos, manifiesta en el estudio de las estrategias de los actores individuales y de los grupos familiares, la construcción de imaginarios simbólicos, rituales y conmemoraciones por parte de las comunidades de emigrantes vascos, y un largo etcétera.

A ello se sumó el hecho de que, siendo el territorio vasco del lado francés un área de fuerte emigración a América, tanto del Norte como del Sur, el caso vasco se convierte en uno de los mejores laboratorios europeos para investigar las dinámicas transfronterizas de las migraciones ultramarinas, los mecanismos de transmisión de la información y la articulación de cadenas migratorias a ambos lados de una frontera estatal.²² Se complementa así la preponderante atención, más desde el ámbito extraacadémico que desde el académico, que se otorgaba al tema del exilio vasco (republicano y nacionalista) de la guerra civil, cuestión esta sobre la que todavía mucho camino por recorrer.²³

e) Otros núcleos historiográficos regionales parecen hallarse en franca retirada, como el catalán, otrora más activo (con calas e incursiones locales sobre el tema de las remesas, el impacto de los «indianos» en algunas comarcas, la articulación de las comunidades catalanas en América, las redes

22 Sobre este tema, y en referencia a las fiestas vascas de los EE. UU., debe destacarse el original trabajo de K. Fernández de Larrinoa (1992). Igualmente, vid. Alonso y Oiarzabal (2010) y Oiarzabal y Oiarzabal (2005).

23 Para una panorámica, vid. (sin ser exhaustivos): Azcona Pastor (1992); Escobedo (1996a, 1996b); Fernández de Pinedo (1993), así como las síntesis regionales, todavía con el influjo de las conmemoraciones de 1992, de Gallego et al. (1992: 293-455); Ruiz de Azúa (1992: 265-339). Una síntesis bien actualizada en Álvarez Gila (2005b). Informativo, aunque escasamente original y desconocedor de todo lo que no sea el ámbito historiográfico vasco-navarro, y excesivamente subjetivo en sus valoraciones, vid. también Azcona Pastor (2011).

comerciales de los catalanes en Cuba, etcétera). Por el contrario, las aportaciones de mayor interés desde las décadas finales del siglo xx provienen en su mayoría de historiadores radicados en puntos de destino de la emigración catalana, como México o Argentina.²⁴ También es de señalar una importante producción historiográfica sobre el exilio catalán en general y catalanista en particular, aunque muy centrada en los acontecimientos políticos desde una óptica descriptiva (Morales Montoya 2008). Alguna monografía publicada a fines de los años noventa sugiere que algo quedó de aquel fermento historiográfico (Costa 1999).

Un núcleo de relativa pujanza, aunque de dimensiones reducidas, es igualmente el de Cantabria, sobre todo gracias a los trabajos de Consuelo Soldevilla sobre emigración santanderina a América, fruto en buena parte de la *regionalización* de la investigación histórica antes aludida, y que presentan una cuidada elaboración de fuentes de diversa naturaleza, desde padrones municipales hasta testimonios orales.²⁵ Algo parecido se podría afirmar del núcleo murciano, si bien este último presenta la particularidad de dedicar una mayor atención a los destinos preferentes de la emigración levantina en los siglos xix y xx, de haber abordado la emigración regional hacia el Norte de África y, a partir de ese ejemplo, la emigración española al norte del continente africano en una significativa síntesis (Vilar 1992).

f) Desde mediados de la primera década del siglo xxi destaca la emergencia relativa de dos núcleos de investigaciones regionales muy activos. Por un lado, el articulado por varias iniciativas en la provincia de Zamora y que pretende la recuperación de la memoria de la emigración ultramarina de esa provincia a América, de dimensiones importantes en algunas de sus comarcas y con un modelo de difusión y destinos muy semejantes a los de la vecina Galicia. En buena parte, ha sido el interés de varios investigadores de los países de destino lo que ha contribuido a renovar nuestra visión de la emigración ultramarina en esa región (Blanco Rodríguez 2003, 2005). Por otro lado, el renovado interés por las migraciones ultramarinas desde Ara-

24 Vid. por ejemplo el volumen colectivo de Fernández y Dalla Corte (1998); o los diversos trabajos de Alejandro Fernández (Fernández 2004).

25 Vid. por ejemplo Soldevilla Oria (1992, 1997).

gón, donde se registró una significativa emigración a Argentina, aunque más minoritaria en relación a otras regiones y países de España, y que son estudiadas desde una óptica propia de la historia económica, con la combinación de enfoques macro y micro (Fernández Clemente y Pinilla Navarro 2003).

De manera subsidiaria, en otras regiones, como La Rioja, se ha promovido, con desigual suerte, el estudio local de las dinámicas migratorias en dirección a América, lo que ha dado lugar a monografías diversas de valor principalmente descriptivo. Lo que muestra que, en el fondo, en buena parte de la historiografía española, el tema migratorio continúa dependiendo de los condicionantes heredados de las conmemoraciones de 1992, sin proceder a una renovación de perspectivas analíticas.²⁶

Todavía es muy escasa, sin embargo, la comparación interregional, salvo ejemplos localizados. Ciertamente, la discusión sobre qué marco territorial de análisis es el más idóneo para el estudio de la emigración es ardua, y no privativa de los estudios migratorios hispánicos. Otras historiografías practican con profusión el análisis regional y (explícita o implícitamente) el enfoque microhistórico. El problema, como hemos señalado, sigue radicando en que la proliferación de monografías regionales en España se ha llevado a cabo de manera espontánea y sin poner en cuestión la escala escogida y predeterminada por la actual división administrativa del territorio español, es decir, sin partir de una mínima reflexión previa sobre la selección de la escala territorial de análisis, y sin criterios teóricos que la orientasen o la justificasen, y que hiciesen más rentable su aprovechamiento.

De este modo, se ha caído a menudo en una especie de *positivismo atomizado*, que nada resuelve ni nada nuevo aporta desde un punto de vista historiográfico, aparte, eso sí, de poner un mayor volumen de datos a disposición de los osados investigadores que se aventuren a elaborar síntesis de conjunto, interregionales, españolas o ibéricas. Pero esa acumulación no constituye en sí un *progreso*, sobre todo cuando se hace desde el ámbito de la historia profesional y académica, y no —como sucede en otras historiografías europeas— desde círculos eruditos locales más o menos aficionados hasta las *sociétés savantes* francesas y la más institucionalizada *Landesgeschichte* germana.

26 Vid. por ejemplo Gurria García y Lázaro Ruiz (2002) y Salvador Ruiz (2002).

Igualmente, es de destacar la cierta ampliación temática que desde mediados de los años noventa se ha producido en el campo de los estudios migratorios, producto en parte de la incorporación, por lo menos parcial, de historiadores con experiencia en otros campos temáticos que se han aproximado al tema migratorio, en varios casos inyectando una considerable dosis de aire fresco. Así, se han abordado temas antes prácticamente inéditos, como las políticas públicas del Estado español hacia la cuestión migratoria.²⁷ También se han renovado algunas perspectivas de análisis del asociacionismo emigrante, aunque en este ámbito la enumeración descriptiva de centros, periódicos y asociaciones, y de sus correspondientes directivos, sigue siendo la tónica dominante con escasas excepciones.²⁸

Se ha abordado igualmente con renovado impulso y principalmente con nuevos enfoques el análisis del desarrollo de la movilización política y social entre las comunidades de emigrantes, cuestión sobre la que existían algunos precedentes en los primeros años noventa, centrándose estas nuevas aportaciones básicamente en el estudio de los ámbitos de sociabilidad política y las estrategias desarrolladas en la emigración por los republicanos *expatriados* en el siglo XIX y comienzos del XX, como bien cubren las excelentes contribuciones en este sentido de Ángel Duarte (1998, 2000). Cabe destacar también la aparición y desarrollo de identidades nacionales alternativas y opuestas a la española entre las comunidades de emigrantes gallegos, catalanes y vascos,²⁹ así como de los inmigrantes canarios en Cuba, si bien, en este último caso, con enfoques excesivamente lastrados por un positivismo estéril.³⁰ Igualmente pervive, en algunos autores y núcleos, el énfasis en la

27 Vid. a este respecto Tabanera García (1999) o Fernández Vicente (2005).

28 Vid. por ejemplo varias de las contribuciones recogidas en Gómez Gómez (1996). De alguna riqueza en datos y decimonónico enfoque positivista son otros trabajos cuya mayor contribución es elaborar inventarios de asociaciones de emigrantes y descripciones de sus actividades. Vid. por ejemplo, Llordén Miñambres (1996). Más matizado es Blanco Rodríguez (2006). El mismo enfoque descriptivo puede apreciarse en varias de las compilaciones más recientes sobre el tema, como demuestran algunas de las contribuciones recogidas en Blanco Rodríguez (2008).

29 Sin ánimo de ser exhaustivos, vid. Álvarez Gila (1996, 1999). Como tentativa de una visión sintética vid. Núñez Seixas (2001*d*).

30 Por ejemplo, Cabrera Déniz (1996). Vid. también Yanes Mesa (2006).

fuente oral como instrumento privilegiado para acercarse al estudio tanto del exilio como de la emigración, con frutos desiguales: tendencialmente notables cuando la fuente oral no se utiliza de modo exclusivo y se emplea como modo de profundizar en la construcción de la memoria, los imaginarios colectivos; pero decepcionantes cuando se convierte en la fuente única y es utilizada de modo acrítico. En este caso, pocas veces se obtiene algo más que una reiteración de lugares comunes.³¹ Algunas de estas incursiones han dado lugar también a la elaboración de nuevas, aunque breves, síntesis sobre la emigración española ultramarina. Pese a sus múltiples lagunas, sobre todo en lo que respecta a la falta de integración de la producción sobre (in)migrantes españoles generada en los propios países de destino, alguna de ellas no deja de presentar utilidad.³²

Una cuestión, hasta ahora, queda pendiente. ¿En qué no se ha avanzado? Sintetizando al máximo, podemos señalar en mi opinión las lagunas existentes desde dos puntos de vista: temático y teórico-metodológico.

a) En el aspecto temático, quedan varios campos por cubrir. Por señalar solo algunas, destacaríamos la emigración a América en el periodo franquista (posterior a 1939), mejor conocida, sobre todo, para el caso de Argentina, así como la migración a varios países de Europa central después de 1955 y a su interrelación con las tradiciones migratorias ultramarinas.

Desde el punto de vista de los factores de *expulsión*, y a pesar de que conocemos mejor el influjo de los factores socioeconómicos macroestructurales y microestructurales, nos falta por incorporar en nuestros análisis, de modo pormenorizado, cuestiones como la importancia de algunos factores sociopolíticos en las migraciones del siglo XIX y XX. Por ejemplo, el peso relativo de la oposición al servicio militar (particularmente importante en los decenios de 1910 y 1920); la delimitación de lo que es emigración política y de lo que es emigración económica en la emigración ultramarina posterior a 1946; o el influjo real del marco legislativo estatal, del que co-

31 Sin duda, cuando la fuente oral es usada de forma complementaria y no autosuficiente, los resultados son más que apreciables. Vid. por ejemplo Cagiao Vila (1999).

32 Es el caso, en mi opinión, de Rueda Hernanz (2000) o Vilar (2006).

nocemos mucho más el conjunto de disposiciones legales que el intrincado proceso de aplicación práctica de las mismas (Pérez Prendes 1993). De la misma forma, desconocemos, en particular, cuál fue la eficacia en su cumplimiento –recordemos aquella reflexión de los MacDonald sobre la dicotomía entre lógicas político-administrativas *manifestas* de la burocracia y las funciones *latentes* de las redes sociales, o las recientes contribuciones de Devoto acerca de las dificultades de aplicación de la normativa argentina en materia de inmigración (MacDonald y MacDonald 1970)–, tanto por instancias administrativas como por lógicas políticas basadas, particularmente en la España de la Restauración, en el predominio del clientelismo y en la vulneración consentida de las normas como fuente de la legitimidad de las élites políticas locales. Esto daba lugar a emigraciones *legales* desde el punto de vista formal, pero que no cumplían con los requisitos exigidos. Más conocidas son las dinámicas político-administrativas que caracterizaron las migraciones a Argentina en la época franquista, aspecto analizado por las investigaciones de María José Fernández Vicente y los apuntes de la investigadora argentina Nadia de Cristóforis (Fernández Vicente 2004).

Desde el punto de vista de los factores de atracción, sabemos aún relativamente poco sobre los efectos reales de las políticas de pasajes subsidiados (sobre todo en el caso de Brasil),³³ así como de la difusión del *mito de América* o de la *fiebre de la emigración*, como la ha definido acertadamente José C. Moya (1999), particularmente a través de la extensión social de imaginarios y estereotipos sobre América, en buena parte difundidos por los retornados.³⁴ Y en lo que se refiere a la integración sociolaboral de los emigrantes españoles en los países de destino, tenemos aún, además de los ejemplares estudios de José C. Moya para Buenos Aires, de Liliana Da Orden para Mar del Plata y del gallego-argentino Ruy G. Farías para el sur del Gran Buenos Aires, y de diversas aproximaciones puntuales para diversos puntos de América, pocas aproximaciones con base empírica cuantitativa y suficientemente representativa a las diversas dinámicas de inserción

33 Además de González Martínez (1990), vid. igualmente Vázquez González (1999). Mucho menos satisfactorio es Santos (1996).

34 Una tentativa de aproximación a la cuestión en Núñez Seixas (1999e).

en el mercado de trabajo y patrones de movilidad social.³⁵ En este aspecto, la historiografía (de modo general) continúa aún bastante cautiva de las imágenes, indudablemente sesgadas, que nos ofrecen las asociaciones, las colectividades organizadas de emigrantes, los informes consulares y las propias imágenes y estereotipos existentes sobre los emigrantes hispánicos en las sociedades de acogida, así como de conclusiones obtenidas a partir de la aplicación de criterios inductivos.

El exilio republicano español es un campo cada vez más investigado y mejor conocido, aunque más desde un punto de vista cuantitativo y acumulativo que cualitativo. En el inicio fueron principalmente autores no españoles (como la historiadora francesa Genèvieve Dreyfus-Armand, y las argentinas Clara Lida y Dora Schwarzstein) quienes han aplicado en sus análisis enfoques más propios de la historia social y cultural y han aportado visiones más sintéticas, no centradas únicamente en descripciones localistas o interesadas, en la producción artístico-cultural de élites y personalidades, cuando no en las consabidas *prosopografías heroicas* de exiliados más o menos ilustres (Dreyfus-Armand 2000; Lida 1995; Schwarzstein 2001). Desde fines del siglo xx se aprecia claramente un cambio de paradigma en el análisis historiográfico del exilio, pasando los investigadores, por un lado, a preguntarse acerca de la interacción entre emigrantes *económicos* y exilados *políticos* y, por otro, sobre los cambios y continuidades entre las diversas culturas políticas republicanas en España y América (Duarte 2009; Ortuño 2010; Hoyos Puente 2009).

Igualmente, es posible verificar un avance muy importante en el estudio del *retorno* de la emigración, en el que las dispersas contribuciones existentes presentan un cierto desequilibrio entre Galicia, Canarias, Asturias y el resto de Comunidades Autónomas en cuanto a densidad de conocimientos. Por otro lado, los esfuerzos en este terreno se han dirigido principalmente al estudio de las remesas y de los capitales indianos, particularmente en la coyuntura de 1898-1900, y en menor escala –con excepción posiblemente de los casos gallego y asturiano– al estudio del influjo social,

35 Excepciones más o menos relativas pueden ser Maluquer de Motes (1992) o, para el caso cubano, en Vidal (2005, 2008).

político y en las mentalidades de los emigrantes retornados de América, los *indianos* o *americanos*.³⁶

b) En lo que se refiere a los aspectos metodológicos y teóricos, podemos afirmar que no se han llevado a cabo grandes progresos en las direcciones que Devoto señalaba hace algunos años. De entrada, la cuestión de la interdisciplinaridad, donde todavía está casi todo por hacer. España sigue siendo un paraíso para los devotos de las *mesas separadas*, y a menudo los escasos coloquios celebrados sobre cuestiones migratorias y exilio, en los que se han confrontado especialistas en estudios migratorios procedentes de diferentes campos, no han hecho sino certificar que las concepciones teóricas y, sobre todo, los objetivos son demasiado diferentes en muchos casos como para encontrar, incluso, un vocabulario conceptual común de convergencia.

En términos de complementariedad cronológica también resta mucho camino por andar, aunque la realidad muestra que el *continuum* entre la época anterior a las migraciones ultramarinas masivas y la época colonial es mayor de lo que se pensaba. De este modo, cobran protagonismo las cadenas *dormidas*, la movilidad a corta y media distancia que prepara el camino al salto trasatlántico, las trayectorias de exiliados políticos que siguen itinerarios migratorios trazados con anterioridad por emigrantes de sus comarcas de origen en los siglos XVII y XVIII,³⁷ las tradiciones migratorias estacionales que después se convierten en definitivas y, desde un punto intermedio, se orientan a otro lado (por aducir un caso conocido, de gallegos de una comarca, por ejemplo Santa Comba [A Coruña] a Portugal, de aquí a Brasil, concretamente a Rio de Janeiro, inaugurando una tradición que pervive hasta la década de 1960; o de la comarca pontevedresa de la *Terra de Montes* a Portugal, y más tarde a Brasil, tanto a Bahía como a São Paulo), y un largo etcétera.

Cambian, eso sí, los números y las proporciones. Sin embargo, la orientación de los estudios sobre migraciones en la época colonial sigue afeerrada a la exploración casi exclusiva de una fuente (el Archivo de Indias

36 Vid. el monográfico sobre emigración de retorno de *Estudios Migratorios*, 11-12 (2001). Algunas perspectivas bibliográficas igualmente en Vilar (2008).

37 Vid., en lo referente a los emigrantes de Cantabria, Soldevilla Oria (1998: 174-80). Para los gallegos, Núñez Seixas (2006); Núñez Seixas y Farías (2009).

de Sevilla) y a enfoques tendencialmente *macro*, salvo quizás en el caso galaico-cantábrico, donde se hecho amplio uso de fuentes parroquiales y municipales, que no se ve acompañado o complementado con la consulta de fuentes nominativas (o de otro tipo) en los países de destino.

Sigue ampliamente vigente, además, el paradigma neomalthusiano, sobre todo en numerosos estudios de historia económica, en enfoques basados en la demografía histórica, y en general en buena parte de los estudios que tienen como objeto la Edad Moderna. Con todo, es cierto que los enfoques basados en el estudio de redes sociales y estrategias campesinas de pluriactividad y movilidad, o bien en el impacto de los sistemas de herencia sobre la dinámica migratoria desde los contextos de salida, se han abierto paso con mucha mayor fuerza, a menudo, en investigaciones de ámbito local, comarcal o regional cuya enumeración resultaría prolija. El aporte de las perspectivas provenientes de la Antropología Social resulta igualmente decisivo en este tipo de aproximaciones. Pero estamos aún lejos de contar, para el caso español, con un trabajo de la magnitud y la sutileza analítica de C. B. Brettell para el caso de la emigración miñota a Brasil (Brettell 1991).

Para el desarrollo de la perspectiva microsocal, sin embargo, y para el mejor conocimiento de las cadenas migratorias, se aprecia en España durante la década de 1990 la preferencia por el uso de la fuente oral, en detrimento de otras fuentes personales, como archivos privados y, particularmente, archivos epistolares de emigrantes. Esto presenta ventajas obvias, pero inconvenientes igualmente claros. De entrada, por la desconexión que suele existir entre el conocimiento y contextualización de las estructuras socioeconómicas y su relación e interacción con la categoría de la *experiencia* de los sujetos, que es lo que transmiten, principalmente, las llamadas «fuentes personales», en especial la fuente oral. Además, bien al ser utilizada como método exclusivo o bien como método complementario al uso de encuestas mediante formulario (como se ha efectuado en el caso de migraciones recientes a Europa o a Venezuela) esta última no deja de presentar problemas hermenéuticos, además de poseer unos claros límites temporales, y en algunas ocasiones ha derivado en un claro *abuso*, reduciéndose a una mera ilustración descriptiva que no hace sino confirmar más los

tópicos que muchas veces construyen los emigrantes sobre su experiencia, los motivos y lógicas que les llevaron a emigrar.³⁸

El empleo de memorias, diarios, autobiografías y, en particular, de correspondencia emigrante hasta inicios del siglo XXI fue en España extraordinariamente reducido, en comparación con otras historiografías europeas y la norteamericana. Sintomático es que la publicación de epistolarios, hasta el momento, se haya limitado casi exclusivamente a los fondos del Archivo de Indias de Sevilla u otros repositorios documentales de la época colonial (en especial para el siglo XVIII), que consisten sobre todo en diversas cartas de llamada de emigrantes residentes en Indias a sus familias, sin reunir el epistolario de un solo grupo familiar a lo largo del tiempo. Este es el motivo de la limitada utilidad de algunas ediciones de estas fuentes, más de una vez caracterizadas por un carácter impresionista y descriptivo, sin buscar secuencias cronológicas de cartas recibidas o emitidas por un mismo grupo familiar emigrante que permitan realizar conclusiones más dinámicas.³⁹ Lo mismo ocurre con algunas incursiones, sin duda bien documentadas, en el terreno de los archivos fotográficos de los emigrantes.⁴⁰

Al menos con relación a Galicia y Asturias se está empezando a caminar en otra dirección, gracias a la labor de recopilación paciente en archivos familiares privados de familias campesinas, y teniendo en cuenta los modelos y experiencias disponibles en otros países e historiografías (particularmente, las aportaciones de Franco Ramella y Baily en su clásico *One Family, Two Worlds*), y cuyos frutos prometen tener una razonable continuidad, capaz de consolidar una ya incipiente tradición.⁴¹ Tradición esta que, ciertamente, César Yáñez ya había inaugurado al Sur de los Pirineos con sus estudios basados en amplia medida en la documentación epistolar de casas comerciales catalanas con miembros emigrados de su propia familia, lo que permitía así

38 Ejemplos de abuso descriptivo-ilustrativo de la fuente oral: Samuelle Lamela (2001); Pérez Murillo (2000) y Álvarez Silvar (1997, 2001).

39 Vid. entre otros Otte (1988), Morales Padrón (1990); Morales Padrón y Márquez Macías (1991); Márquez Macías (1994) y Usunáriz Garayoa, (1992). Más decepcionante es Pérez Murillo (1999).

40 Vid. por ejemplo López Álvarez (2000b). Igualmente, Alted Vigil y Asenjo (2006).

41 Vid. Soutelo (2001); López Álvarez (2000a); Núñez Seixas y Soutelo (2005).

reconstruir las redes comerciales entre Cataluña y América desde una perspectiva microsocial (Yáñez 1995: 35-50). Pero que ahora se trata de aplicar a integrantes de los estratos sociales subalternos, simples campesinos que se convirtieron en almaceneros en Rio de Janeiro, *pulperos* en la Pampa argentina o estibadores de los muelles de Santos y Nueva York, con dificultades para expresarse por escrito, con el fin de captar mejor cuál es la experiencia del emigrante anónimo, y cuáles los mecanismos de transmisión de la información. Persiste, no obstante, una cierta división e incluso un incipiente debate metodológico entre los que otorgan prioridad reconstruir las formas de escritura popular como un objetivo en sí mismo y, por tanto, tratan las fuentes, con frecuencia, de modo descriptivo, o como vías para estudiar los modelos de producción material de esos textos; y quienes prefieren utilizar las cartas, como las autobiografías o memorias, como instrumentos para analizar el funcionamiento de las redes microsociales, los mecanismos de transmisión de la información a nivel microsocial y las representaciones del mundo que expresaron los emigrantes.⁴²

Finalmente, y como ya hemos señalado, los planteamientos orientados por perspectivas auténticamente comparativas continúan ausentes del panorama historiográfico español sobre las migraciones ultramarinas. Esto se refiere no solo a la ausencia de estudios integradores de los avances de las historiografías migratorias europeas y americanas, sino también al diálogo, muchas veces ausente, con la vecina historiografía portuguesa sobre las migraciones. Igualmente es de señalar la escasez de estudios que lleven a cabo una adecuada comparación interregional de manera sistemática, fuera de algunas notables excepciones y de los enfoques basados en la escala estatal (Vázquez González 1989; Eiras Roel 1989), fenómeno que no solo afecta a la historiografía sobre las migraciones ultramarinas, sino también a buena parte de los estudios sociológicos sobre emigración española a Europa desde la década de 1950.

Ciertamente, la prolijidad de los estudios regionales y la multiplicación de monografías de reducido alcance hacen muchas veces laborioso

42 Algunos de esos problemas son abordados, para el caso gallego, en Núñez Seixas (2005*b*); vid. también Núñez Seixas y González Lopo (2011).

el elaborar síntesis equilibradas. La superación del miedo a la síntesis que acertadamente señaló en su día Carlos Forcadell (1995-96) como uno de los rasgos más sorprendentes de la historiografía hispánica, tampoco debe llevar al extremo contrario: a la generalización abusiva y a la ignorancia de las monografías regionales, so pretexto de su difícil accesibilidad o del necesario mantenimiento de firmes esquemas teóricos, que en ocasiones de tan rígidos corren el peligro de tornarse inflexibles. Por citar un ejemplo, no es de recibo afirmar, como a veces se ha hecho, que regiones como Galicia y Navarra tengan, en común, factores de expulsión similares en el siglo XIX y a comienzos del XX, por ser zonas de pequeña propiedad agraria, sin tener en cuenta las particularidades del sistema del *foro* (permanencia de algunos aspectos del Antiguo Régimen) en el primer caso, y los diversos tipos de paisaje agrario (caseríos, arrendamientos y corralas) en el segundo, con diferentes tipos de sistemas de herencia que condicionan fuertemente aquellos factores de expulsión o de salida (*push*). Esto también se refiere a los marcos de análisis espacial que son más adecuados para estudiar mejor la dinámica de transmisión de la información y la «fiebre» migratoria, mientras que algunas áreas (Galicia, Asturias) puede ser una parroquia rural, pero en otras el lugar o aldea, en función del tipo de paisaje agrario y la forma de hábitat rural o semiurbano de la que provengan los emigrantes, que son muy diferentes a lo largo de la geografía ibérica. De este modo se invalidan o, cuando menos, relativizan las categorías en que se divide el flujo inmigrante español, que casi siempre suele reflejar, en el caso de los estudios hechos por las historiografías de los países de recepción, las propias categorías estadísticas de la Administración consular española (las provincias) o las circunscripciones territoriales declaradas por los propios inmigrantes al llegar a los países de destino.

El panorama de la historiografía migratoria hispánica es, a principios de la segunda década del siglo XXI, ambivalente. Ciertamente, ha habido una ampliación de las perspectivas de análisis, en todas partes aparecen grupos y núcleos, no muy bien coordinados y que discuten entre sí menos de lo que debieran; la perspectiva comparada es escasa, pero no es inexistente; y el conocimiento de otras historiografías, en especial de la norteamericana,

la italiana y algunas latinoamericanas, ha avanzado notablemente en los últimos años, aún sin llegar a ser plenamente satisfactorio. Pese a ello, y como en otros campos de la historiografía española (Pérez Ledesma 2008), se reciben ideas oriundas de otras historiografías europeas y de la norteamericana, pero apenas son reformuladas y adaptadas, por lo que resulta difícil encontrar estudios que aporten algo cualitativamente nuevo a los estudios migratorios internacionales.⁴³ La posmoderna moda de los estudios culturales (*cultural studies*) en el ámbito de los estudios migratorios y en la investigación sobre el exilio republicano español apenas ha añadido un poco de confusión sin aportar alguna perspectiva realmente innovadora, más allá de originales planteamientos estéticos.⁴⁴

Igualmente, la dispersión geográfica y temática ha ido acompañada de una pérdida de peso del enfoque basado en el Estado como unidad territorial de análisis, y de las perspectivas macroestructurales, produciéndose un aumento equivalente de monografías y títulos centrados en regiones y localidades específicas. Sin embargo, la *institucionitis* aguda que padecen la mayoría de los historiadores hispánicos muchas veces les lleva a publicar sus resultados en ediciones institucionales cuya distribución es casi nula,⁴⁵ a sujetarse a conmemoraciones y encargos específicos por parte de esos mismos organismos públicos, y a caer en el positivismo que tanto suele gustar a los mercados locales más todavía si esos mercados son además mercados culturales hiperprotegidos por razones lingüísticas (como sucede en los casos catalán y gallego). Y es que el positivismo también suele ser una vía de escape para contentar a mercados regionales y locales, que lo que buscan son autoafirmación, información nominativa y acumulativa y respuestas rápidas; y no el planteamiento de nuevas preguntas y el desarrollo de novedosos enfoques teóricos.

43 Ello no obsta para que de vez en cuando se encuentren interesantes reflexiones, por ejemplo: Silvestre Rodríguez (2000) y Ramírez Goicoechea (2007).

44 Por citar dos ejemplos, vid. Romero (2006) y Corbacho Quintela (2009).

45 Y, por consiguiente, el acceso a publicaciones editadas en algunas regiones, no por instituciones de otras Comunidades Autónomas, sino incluso a libros editados por el propio Gobierno Autónomo, Diputación o Ayuntamiento, es extraordinariamente dificultoso en algunas ocasiones.

Se perciben igualmente nuevas preocupaciones en este nuevo siglo. En buena medida, son muy semejantes a las existentes en la historiografía migratoria italiana o irlandesa (Sanfilippo 2005: 329-42; Kenny 2009). Por un lado, el mestizaje. Es cada vez más difícil hablar de una *historiografía* o *historiografías españolas*. Es también cada vez más complicado etiquetar escuelas historiográficas en términos nacionales: las discusiones son transnacionales, y los enfoques también lo son. La colaboración, por ejemplo, de especialistas argentinos, brasileños, mexicanos y norteamericanos en publicaciones conjuntas con españoles (o gallegos, vascos y catalanes) es ya habitual, tanto en revistas como en monografías.⁴⁶ Varios especialistas latinoamericanos se han formado o se forman en España, de igual manera que los historiadores españoles dialogan e incorporan enfoques historiográficos elaborados por sus colegas de allende el océano. De este modo, tiene cada vez menos sentido hablar de historiografías *nacionales* e incluso subnacionales, en el sentido clásico del término, más propio del siglo xx que del xxi.

Por otro lado, también se verifica el interés por conectar la emigración del pasado con la inmigración del presente, por el hecho de que España se convirtiese desde 2002 en un país de inmigración masiva. El hecho de que muchos de esos inmigrantes sean descendientes de inmigrantes españoles en América (esto es, hijos y nietos de inmigrantes españoles en Argentina, Uruguay o Brasil) ha llevado a una nueva generación de historiadores a preguntarse por las similitudes y diferencias entre estas dos oleadas, y a ponerlas en relación la transmisión familiar de la experiencia migratoria. Los nietos experimentan el camino inverso, con problemas similares a los que conocieran los abuelos setenta u ochenta años atrás.⁴⁷

Finalmente, el hecho de que los denominados *residentes ausentes*, es decir, los emigrantes españoles en el extranjero y sus descendientes que

46 Una buena muestra puede ser la fructífera colaboración entre historiadores vascos de España y de Francia, e historiadores norteamericanos y latinoamericanos de origen vasco, o especialistas en el estudio de la emigración vasca, que dio lugar a varios volúmenes de la colección Urazandi, editada por el Gobierno Vasco entre 2006 y 2009, y donde se aborda la historia de varios centros de emigrantes vascos en América Latina y la presencia vasca en países como Uruguay, Argentina, México, EE. UU., etc.

47 Por ejemplo, los trabajos de Schmidt (2009); González Martínez (2009); González Martínez y Merino Hernando (2007) y Sánchez Alonso (2009).

adquirieron o recuperaron la ciudadanía española, se convirtiesen en un factor de cierta influencia electoral en la escena política española de los últimos veinte años, ya que tienen el derecho, conforme la legislación española garante, de ejercer su derecho al sufragio en todo tipo de elecciones (locales, autonómicas, estatales y europeas), lo que ha implicado, también, la profundización de las perspectivas de comunicación política entre España y sus colectividades emigrantes. Esto ha incluido, a su vez, el análisis de la influencia política y electoral de los emigrantes en la España del siglo xx (Lugilde 2007, 2011), pero igualmente la recreación de los proyectos políticos españoles por las élites emigrantes (en particular en ciudades que concentraron una gran masa de inmigrantes y una gran densidad de periódicos étnicos, como Buenos Aires), y su reinterpretación de la democracia, del *patriotismo* y de la república en la distancia (García Sebastiani 2010; VV. AA. 2008). También en aspectos como este se tiende a subrayar, de modo paralelo, cómo las nuevas tendencias de la historia transnacional y global están afirmando, desde hace pocos años, que la globalización existía ya antes de la globalización, y que la evolución histórica y presente de las sociedades europeas de emigración ha sido y es inseparable de la evolución de las áreas americanas de inmigración.

2. ¿CARTAS SIN RESPUESTA? LA FUENTE EPISTOLAR Y ALGUNOS DESAFÍOS DE LA HISTORIOGRAFÍA DE LAS MIGRACIONES IBÉRICAS

El retorno del sujeto y la reactualización de la narrativa en el dominio de la historiografía profesional desde la década de 1990 ha llevado a una progresiva revalorización y reutilización de los «documentos personales» de carácter oral y escrito, lo que ha incluido de manera destacada las cartas privadas, los diarios manuscritos, las autobiografías editadas e inéditas y las imágenes, comenzando por las fotografías. Todas esas fuentes fueron revestidas de un valor casi demiúrgico, en la medida en que se les presuponía la facultad de sacar a la luz desde las tinieblas de la Historia la memoria oculta de millares de anónimos campesinos y trabajadores, y de manera especial a emigrantes y soldados, todos ellos de origen popular, que fueron forzados a moverse y adaptarse a nuevos entornos, tiempos y condiciones de vida (Vincent 2000).

La historia de las migraciones, y los estudios migratorios en general, han hecho en los últimos lustros un uso creciente de estos «documentos personales» en la medida en que esas fuentes prometen ofrecer nuevas perspectivas y oportunidades de análisis para el enfoque microsocia l de las migraciones. Se suponía que servirían para complementar y al mismo tiempo contrastar la información proporcionada por fuentes de información tradicionales de naturaleza fundamentalmente cuantitativa, así como por las fuentes generadas por élites sociales, por observadores contemporáneos, por el Estado y por las asociaciones de los propios emigrantes. Buena parte de las nuevas investigaciones basadas en las fuentes personales adoptaron además un enfoque tendencialmente interdisciplinar, que recibió influjos de la Antropología Cultural, de la Sociología y de la Historia Cultural, y a veces de la Lingüística, con el fin de rescatar del olvido la memoria subjetiva y las experiencias de las capas sociales subalternas. Algunos autores han propuesto así abordar el análisis de las cartas de los emigrantes desde una metodología específica, que abarca desde el análisis textual hasta la contextualización social y familiar (Øverland 1996).

Los protagonistas anónimos del cambio social se convirtieron, por tanto, en el objeto principal de la historia de las migraciones. Y devolverles la voz

a esos actores olvidados se convirtió a menudo en una suerte de reivindicación permanente de la investigación histórica. Se esperaba que algunos de los aspectos más ocultos y oscuros de la agencia individual y colectiva pudieran emerger a la luz. Y la reconstrucción de la perspectiva subjetiva sobre la migración y el desplazamiento que elaboraron los propios emigrantes parecía igualmente erigirse en un elemento preciso para profundizar en cómo esas experiencias fueron percibidas, reelaboradas e interpretadas por los observadores contemporáneos y otros agentes, individuales e institucionales. Se esperaba también reconstruir la medida en la que los emigrantes eran dueños de su propio destino, esto es, resolver definitivamente el típico dilema entre estructura y acción que recorre las ciencias sociales. Gracias a las cartas y diarios podríamos saber si los emigrantes podían tomar decisiones relativas a sus desplazamientos, el grado de libertad individual y condicionamiento externo en que decidieron, y el contexto de oportunidades que rodeó esos procesos de toma de decisiones.

Según Robert Merton (1970) la migración era uno «hecho social total» que podía constituir un adecuado laboratorio para el estudio del cambio social, en la medida en que es cuando la gente se mueve cuando es posible contemplar de manera más nítida las lógicas ocultas que gobiernan la sociedad. Por ello, las cartas y los diarios, además de otras fuentes personales, habrían de permitir asimismo superar la división clásica entre «optimistas» y «pesimistas» a la hora de interpretar las migraciones, e igualmente dar una respuesta definitiva a la cuestión principal que subyace a los estudios migratorios: ¿Por qué se mueve la gente?

Los partidarios más entusiastas de las fuentes personales han argumentado, en fin, que esta suerte de documentos permite descubrir nuevos aspectos de las representaciones de la experiencia migratoria por parte de la gente común. Sería posible así finalmente acceder a qué era lo que preocupaba realmente a los migrantes, lo que también permitiría ensanchar el terreno temático de lo que merece de ser historiado tanto en el nivel microsocial como en el macrosocial (Ferrarotti 1989). Sin embargo: ¿Hasta qué punto es posible seguir manteniendo esta opinión optimista y tal vez impregnada de ingenua fascinación, en la actualidad?

Los cada vez más abundantes estudios sobre la escritura popular en los diferentes territorios ibéricos muestran de entrada que ni los sectores populares urbanos ni en particular los campesinos fueron seres opuestos por principio a toda innovación y progreso. E, igualmente, esos estudios muestran que los agricultores presuntamente «primitivos» y provincianos no vivían aislados en herméticas sociedades rurales, ni estaban integrados en grupos familiares patriarcales condenados al autoconsumo y a la ignorancia de lo que existía más allá de un espacio social de interacción meramente local. Por el contrario, los documentos personales han mostrado que esos campesinos intentaron aprovechar las oportunidades de integración económica en el mercado que fueron puestos a su disposición por el avance del capitalismo y del Estado liberal. Y también guardaron sus papeles de una manera más ordenada y sistemática de lo que a priori se suponía. Conforme avanzaba la alfabetización de los sectores populares, y cada vez más campesinos partían hacia el Nuevo Mundo, más se comunicaron aquellos desde la distancia con sus parientes y amigos, utilizando para eso un amplio y cambiante repertorio de formas de escritura popular (Castillo Gómez 2001).

A pesar de ello, el análisis de la documentación personal, en particular las cartas y las autobiografías y diarios, que fue escrita por los propios emigrantes continúa siendo un terreno escasamente cultivado en los estudios migratorios ibéricos, por lo menos en comparación con otras tradiciones académicas europeas. En este sentido, se ha señalado que faltan aún en la Península Ibérica —o en sus diferentes territorios y ámbitos culturales— ediciones representativas y simbólicas de grandes epistolarios o recopilaciones de cartas, como sí existen para otras áreas de la Europa meridional y occidental que están de forma considerable por delante, empezando por la rica escuela historiográfica italiana de estudios migratorios (Gibelli 2002*a*, 2002*b*).

Una primera traba para ello fue que los archivos e instituciones públicas apenas fueron conscientes, hasta fechas recientes y en casos aún muy contados, de la conveniencia y necesidad de preservar esa suerte de materiales privados, desde autobiografías a diarios manuscritos y cartas. La mayoría de los archivos públicos de la Península Ibérica no conservan fondos específicos dedicados a los epistolarios emigrantes. Apenas son dignas

de recordar algunas excepciones notables, como el Museo del Pueblo de Asturias (Gijón) y el Arquivo da Emigración Galega (Consello da Cultura Galega, Santiago de Compostela). Las colecciones más abundantes de cartas de emigrantes que fueron escritas en el periodo colonial, en calidad sobre todo de cartas de llamada, están depositadas en el archivo de la época colonial (Archivo de Indias) de Sevilla, al igual que algunas colecciones conservadas en archivos eclesiásticos diversos (en particular, en los archivos diocesanos, pero también en los pertenecientes al clero regular), y en las colecciones privadas de familias de la élite aristocrática o burguesa. Sin embargo, y sobre todo para épocas anteriores al siglo XIX, existen en esos archivos muy escasos ejemplos de secuencias de epístolas que pertenezcan a uno solo emisor, o cuando menos a un único grupo familiar (Zaballa Beascoechea 1999).

Un caso diferente es el de las correspondencias comerciales, que han sido estudiadas de manera casi pionera en el ejemplo de algunas familias de comerciantes catalanes instalados en América desde mediados del siglo XVIII, y en cuyas cartas se mezclaban los negocios, la vida cotidiana y las relaciones interpersonales y familiares, algo lógico si se tiene en cuenta que solían ser miembros de una misma familia los que representaban los intereses comerciales de esa misma empresa familiar en varios puntos del globo. De esta manera, esas correspondencias no solo han permitido reconstruir los tejidos y redes de relaciones económicas transatlánticas, sino también la naturaleza de las relaciones sociales y la propia experiencia de la migración en los miembros de la familia (Yáñez 1995). En este caso, sin embargo, nos hallamos ante documentación epistolar producida por élites sociales intermedias, por miembros de una burguesía comercial más o menos selecta, bien educada e integrada en redes sociales transnacionales, cuyas experiencias no siempre son susceptibles de ser comparadas con las de los emigrantes de las clases subalternas que protagonizan desde 1840-50 los movimientos migratorios de masas. En algunos aspectos, esas correspondencias presentan puntos de coincidencia con las autobiografías escritas también por miembros de la élite emigrante ibérica en los siglos XIX y XX (Morales Padrón 1990; Otte 1988).

Solo desde la primera década del siglo *xxi* la cuestión de las formas de escritura popular pasó a cobrar un cierto relieve en los estudios migratorios ibéricos. Con anterioridad, había ciertamente algunas publicaciones aisladas basadas en muestras de correspondencia de emigrantes asturianos a Cuba o a Argentina, así como de emigrantes portugueses a Brasil (Quirós Linares 1993; López Álvarez 2000*a*; Morais Sarmiento 1999). De manera destacada, la historiografía migratoria gallega tomó una cierta iniciativa en este campo desde principios del siglo *xxi*, gracias a la publicación de algunas ediciones de epistolarios emigrantes y al uso cada vez más frecuente de cartas de emigrantes en diversas monografías (Soutelo Vázquez 2001, 2006; Núñez Seixas 2005*b*; Núñez Seixas y Soutelo Vázquez 2005; Da Orden 2010).

De modo paralelo, son de destacar los esfuerzos de la escuela de historiadores de la cultura escrita basada en la Universidad de Alcalá de Henares bajo el magisterio del profesor Antonio Castillo, y que puso en funcionamiento y coordinó desde septiembre del 2004 la Red de Archivos e Investigadores de la Escritura Popular (<http://www.redaiep.es>), de la que forman parte investigadores a título individual y diversos archivos de la memoria popular en todo el Estado español. En buena parte de sus miembros, y en su escuela matriz, el interés por la escritura popular parte de presupuestos teóricos diferentes a los de los estudios migratorios o la historia social y cultural en general, pues siguiendo la línea de los estudios clásicos sobre la cultura escrita de la Edad Moderna comenzados por autores como Roger Chartier, el mayor interés de esta tendencia se centra en las condiciones materiales de la escritura y de su evolución, los códigos y fórmulas que fue adoptando la expresión escrita de los sectores sociales medios y subalternos, y los modelos de difusión de esas prácticas (Sierra Blas 2004, 2006, 2009). Por expresarlo de forma breve, los intereses historiográficos de esta escuela se centran más en *cómo* la cultura escrita se reproduce, evoluciona y transmite, que en *qué* información proporcionan los documentos manuscritos sobre la mentalidad y el entorno social y cultural, así como el económico, de los emigrantes, aspecto este que interesa de manera particular a los estudios migratorios y a la mayoría de los historiadores de la emigración en particular. Con todo, estos últimos no dejan tampoco de obtener lecciones

útiles del enfoque de la historia de la cultura escrita, en la medida en que la forma de los escritos y su continente a menudo condicionó los contenidos y modulaciones de significados de esas mismas escrituras, transformándolas en una «ética epistolar» que también ayudaba a establecer las tramas de significados asociadas a la experiencia de la emigración (Gerber 2000).

¿UNA FASCINACIÓN PELIGROSA?

Las cartas de los emigrantes no son una rareza excéntrica de las tendencias postmodernas de la historiografía de finales del siglo xx. La primera recopilación sistemática de epístolas de emigrantes europeos a América fue editada en cuatro volúmenes, entre 1912 y 1914, por el escritor danés Karl Larsen (1860-1931), quien recogió cientos de cartas de emigrantes daneses a los Estados Unidos bajo el título *De der tog hjemmefra* (*Los que se fueron*). Cuatro años después, William Isaac Thomas y el sociólogo polaco Florian Znaniecki inauguraron la discusión sobre el grado de representatividad de la correspondencia de los emigrantes, en su ya clásica y muy reeditada recopilación *The Polish Peasant in Europe and America* (1918).

Sin embargo, el interés científico por recuperar las cartas de los emigrantes solo resurgió de manera sistemática casi cincuenta años más tarde. Desde entonces, vio la luz una variedad creciente de recopilaciones de cartas de emigrantes europeos de diferentes orígenes nacionales y culturales, sobre todo a América del Norte y del Sur, pero también a Australia abarcando un periodo que va de finales del siglo xviii a la II Guerra Mundial. El listado dista de ser exhaustivo, pero la tendencia apunta claramente a un predominio de ediciones de cartas de emigrantes escandinavos, germánicos, británicos e irlandeses en el Nuevo Mundo, a las que se unieron después un puñado de recopilaciones de cartas de emigrantes italianos y de otras latitudes.⁴⁸ El nivel de

48 Vid. sin ser exhaustivos, y como buena muestra de la evolución del interés por las cartas de los emigrantes como fuente para la Historia de las Migraciones, las contribuciones de Erikson (1972); Gerber (2005, 2007) para los británicos; de Barton (1975), Hale (1984, 1991); Øverland y Skærheirn (1992-2002); Zempel (1991), y Eastman Attebery (2007) para los escandinavos; de Franzina (1979) y Bailly y Ramella (1988) para los italianos; de Helbich (1985); de Kampfhofner, Helbich y Sommer (1991) para los alemanes; de Kula (1976) y Kula y Wtulich (1986) para los polacos; de Fitzpatrick (1994) para los irlandeses; y de Bruneton-Gobertori y Moreaux (1996, 1997) para los franceses.

tratamiento de la fuente epistolar ha sido y es, sin embargo, extremadamente variable. Pueden citarse ejemplos de uso analítico e incluso cuantitativo de las cartas, y otros de mero carácter ilustrativo y centrado en la descripción densa de actividades cotidianas, recetas de cocina y detalles aparentemente intrascendentes.

Las cartas de los emigrantes presentan también algunas limitaciones en cuanto a su utilidad como fuentes para la Historia social y cultural de las migraciones. Algunas se derivan de su carácter intrínseco y de las condiciones de su hallazgo y conservación. Son por definición fuentes subjetivas y azarosas, pues por lo general los fondos existentes no ofrecen garantía ninguna en cuanto a su representatividad: no fueron seleccionadas siguiendo criterios de muestreo sistemático. Se presenta en ellas una dificultad adicional: rara vez son autosuficientes. Pues es necesario contextualizar las cartas, los personajes en ellas aludidos, las actividades en ellas descritas, los lugares y circunstancias que en ellas discurren. Igualmente, hay que insertar la particular cronología de la memoria personal y familiar que esas epístolas contienen en el propio tiempo de la Historia. Pues, como es sabido, los individuos y las familias estructuran su memoria no a través de un orden cronológico convencional, sino mediante una cronología individualizada del recuerdo con base en los hechos fundacionales y en los ritos de pasaje que marcan sus vidas: ritos religiosos, comunión, muertes de parientes, casamientos, nacimiento de hijos. Pero también, por ejemplo, los momentos de la migración, la partida hacia el servicio militar, y las propias guerras y desplazamientos forzados (François 1987; Halbwachs 2004). El editor de las cartas de los emigrantes ha de convertirse por fuerza en un historiador local y familiar al mismo tiempo, como ha subrayado David Fitzpatrick (1994).

Además de ello, las cartas están fuertemente influidas por un factor externo que no solo depende de quién las escribe. También es importante saber quiénes son los receptores. No solo en las autobiografías y diarios hay que tener en cuenta que la mediación entre la experiencia vivida y la representada por escrito pasa por diversos filtros, y se convierte en una presentación de sí mismo incluso hacia un tercer lector (presente o futuro). La cantidad y calidad de la información transmitida por los emigrantes (o,

cuando menos, de la que sería etiquetable como información útil para los historiadores) varía según sea la naturaleza del vínculo afectivo y la relación de confianza que vincula a emisor y receptor, y que asimismo oscila según el grado de dominio de la lectoescritura de ambos. Además, las cartas contienen un buen número de experiencias construidas, es decir, de marcos de significado colectivo que operan no solo en el ámbito de las fórmulas formales de expresión escrita, sino también en el de la atribución de significados y uso de imágenes y metáforas a la hora de tratar de la propia vida. Y que dependen tanto de las circunstancias concretas y de los intereses de emisores y receptores como de los marcos temporales y los sistemas de valores predominantes, en la sociedad de origen y en la sociedad de destino. Solo así las memorias familiares e individuales se insertan en el relato más global de la memoria colectiva (Halbwachs 2004).

Pueden señalarse asimismo varios problemas adicionales que son característicos de las cartas y diarios emigrantes. Primero, su carácter es más elitista socialmente de lo que se supuso en un primer momento. Solo una parte (minoritaria hasta principios del siglo xx, y aún no mayoritaria en términos absolutos hasta, por lo menos, 1946) de los emigrantes del común era capaz de expresar su experiencia por escrito. En la correspondencia emigrante aparecen sobrerrepresentados los sectores medio-altos de las comunidades de emigrantes, aquellos que tienen más familiaridad con la cultura escrita, si bien los modelos de mediación, que incluían el recurso a escribientes (como los llamados *escribientes vicarios* en el caso español) y ayudantes encargados de redirigir las cartas a nombre de terceros, contribuyeron también a que el acceso a la correspondencia epistolar se ampliase y extendiera a las capas subalternas y las mujeres. Sin embargo, eso no implica por fuerza que la correspondencia emigrante anterior a 1930 sea un fenómeno exclusivamente reservado a las élites del colectivo migrante. Algunas contribuciones que se han ocupado de manera excepcional de la espinosa cuestión de la representatividad social de las cartas de emigrantes, para el caso de los inmigrantes alemanes en los EE.UU., han concluido que, pese a la sobrerrepresentación en los corpus existentes hasta el de ahora de los sectores medios y medio-altos de las colectividades emigrantes

europeas, no deja de ser cierto que no se apreciaba en ellos una significativa proporción de cartas pertenecientes a las capas subalternas, que permite acercarse a una visión equilibrada de la experiencia global de los colectivos emigrantes (Kampfhoefner y Helbich 2006). Y, en todo caso, son el material empírico que mejor nos permiten aproximarnos a los sectores populares de los colectivos emigrantes (Eastman Attebery 2007).

Segundo, las cartas ofrecen una perspectiva de la emigración fuertemente sesgada por el género, pero también interferida por intermediarios del otro género. Por lo general, eran los hombres quienes escribían a casa, en el nombre de las mujeres o del grupo familiar. Incluso si se dirigían a la madre en la distancia, las mujeres escribían a menudo mediante terceras personas. El abanico de cuestiones de género que también atañían a las mujeres era muchas veces vislumbrado a través de los ojos masculinos, lo que abre un tema fascinante, como era el modo en que los modelos de masculinidad, honor familiar y valores morales campesinos persistían (o cambiaban) por causa del contacto con nuevas sociedades, en particular en contextos urbanos más laicos y modernizados que los entornos rurales de origen.

También la edad se puede convertir en un factor por lo menos tan importante como el género. Las cartas, pongamos por caso, de mujeres jóvenes, solteras y en edad de trabajar, y que por tanto tenían una experiencia extradoméstica del Nuevo Mundo que interpretaban como una liberación de sus roles tradicionales en las sociedades rurales de la vieja Europa, se parecían a menudo mucho más a las de los hombres jóvenes en la misma situación laboral que a las de las mujeres casadas, recluidas en el hogar y dedicadas al cuidado de los niños, en las que sentimientos como la nostalgia y la soledad eran más susceptibles de aflorar.

Tercero, las cartas no siempre constituyen muestras aquilatadas de la expresión espontánea de sentimientos. Son una mediación entre lo vivido y lo transmitido a través de la tinta y del papel. Quienes reflejaban sus experiencias, preocupaciones y visiones del mundo también conformaban y amoldaban sus expresiones dentro de los modelos existentes de literatura epistolar, extendidos en todas las lenguas a través de la escolarización, de los intermediarios e incluso de guías publicadas. Las emociones y las percep-

ciones subjetivas eran, pues, canalizadas a través de marcos cognitivos muy condicionados por los sistemas de valores dominantes. Emociones que o no eran verbalizadas, o lo eran solo a través de corsés formales preexistentes y más de una vez muy rígidos.

Cuarto, es preciso igualmente recordar, como ya indicamos, que es fundamental conocer quién es el receptor de las cartas. Un emigrante no escribe de la misma manera a su madre que a su novia, a su hermano que a su vecino, y tampoco refleja las mismas experiencias cuando el interlocutor conoce el país de destino que cuando no lo conoce. El grado de confianza, afectividad y jerarquía entre los correspondientes a uno y otro lado del Océano condiciona la información proporcionada. Dependiendo de ello, las cartas de los emigrantes aluden en mayor o menor medida a las condiciones del mercado de trabajo, a las circunstancias de su vida cotidiana, a la presencia de convecinos, paisanos y connacionales, a la política del país receptor, al envío de remesas y a la gestión del patrimonio del grupo doméstico familiar en el lugar de origen, etcétera.

UNA PERSPECTIVA «UTILITARIA»

Las limitaciones aludidas no han de llevar al extremo de afirmar lo opuesto: que las fuentes epistolares son inútiles para el historiador, algo solo sostenible desde una miope perspectiva cuantitativista. Como toda fuente, la carta del emigrante ha de ser tratada como lo que es, una evidencia más, y hemos de plantearle cuestiones a las que pueda responder. Rara vez se puede convertir una fuente autosuficiente; y en complementariedad con otras, sí nos puede ilustrar de manera especial una dimensión: la experiencia de la migración, reflejada en los ojos de los propios protagonistas. Las informaciones en ellas contenidas también pueden ayudarnos a comprender mejor cómo funcionan, cambian y se «engrasan» las redes sociales; cómo estas últimas son alimentadas con contenidos emocionales desde dentro; y cómo los miembros de la red estaban sujetos a jerarquías y horizontes de expectativas y valores dentro de ese particular tejido de relaciones, que a su vez hacía de hilo comunicador de las familias a través del espacio, y que era más o menos fuerte dependiendo de la propia solidez de los vínculos familiares

primigenios que condicionaban, y a veces determinaban, el espacio social en el que se desarrollaba la comunicación escrita de los emigrantes con su lugar de origen (Helbich 1989; Ramella 2001). Igualmente, las epístolas, al igual que los diarios, proporcionan una ventana única para aproximarnos a las dinámicas cotidianas que seguían los procesos de integración social y cultural de los emigrantes en sus sociedades de acogida, así como las mudanzas de valores y percepciones que les acompañaban.

Sin embargo, una cuestión básica permanece abierta, por lo menos para los historiadores de la emigración y de la cultura escrita. ¿Qué es lo que estamos buscando en los escritos de la emigración? ¿Nos interesan más las prácticas de escritura y de transmisión de la experiencia? ¿O buscamos, sobre todo, la información contenida en las cartas y documentos escritos, en la medida en que nos pueden servir para responder a nuevas cuestiones? Según respondamos a esta cuestión básica optaremos por dos escuelas diferentes. Una, como ya señalamos para el caso ibérico, es el análisis formal y a veces metalingüístico de los usos de la escritura popular, y puede extenderse a las perspectivas abiertas por los especialistas en historia de la lengua. La segunda es la escuela de estudios migratorios, influida por estudios clásicos como los ya citados desde Karl Larsen, y que aspiran a profundizar y ampliar nuestros conocimientos sobre el funcionamiento de las redes migratorias, sobre la manera en que los emigrantes tomaban decisiones, se integraban o no en las sociedades de acogida y se relacionaban con sus familias en el Viejo Continente, buscando a menudo mantener el control en la distancia de los grupos familiares (Gibelli y Caffarena 2001).

Aunque, en teoría, debería ser posible conjugar elementos y aportaciones de los dos enfoques, lo cierto es que ambas perspectivas no siempre consiguen confluir en un terreno común de interés historiográfico, más allá del mero interés erudito por una fuente semejante. La mayoría de los historiadores de la emigración están de acuerdo en dos puntos básicos:

a) Las ediciones de cartas de emigrantes, por muy cuidadas y anotadas que estén, no constituyen por sí mismas el objetivo preferente de su recuperación por parte de los historiadores, en la medida en que no todas las cartas y diarios poseen un valor hermenéutico semejante, ni constituyen conjuntos

o *secuencias* útiles por su extensión a lo largo del tiempo para ilustrar una evolución de las variables relacionadas con la experiencia migratoria.

b) Poseer una o varias cartas enviadas y/o recibidas por una familia emigrante no necesariamente proporciona nada relevante al estado de nuestros conocimientos, más allá de un mero valor ilustrativo. Así, algunas ediciones españolas de cartas de emigrantes en los últimos lustros suelen basarse en una evidencia muy fragmentaria, haciendo uso de un corpus muy disperso de epístolas remitidas por emisores muy diferentes y esparcidos en el espacio y en el tiempo, y apenas recopilando más de dos o tres cartas por grupo familiar. Estas son en particular las *cartas de llamada* conservadas en el caso español en fondos específicos del Archivo de Indias de Sevilla, y también en ocasiones en archivos municipales, judiciales o eclesiásticos, o en las secciones dedicadas a los imperios coloniales de los archivos estatales españoles y portugueses; así como en fondos de registro de pasaportes, y que básicamente consisten en cartas de recomendación escritas por emigrantes y colonos peninsulares establecidos en la América desde la época tardocolonial, llamando por un pariente para unirse a ellos en el Nuevo Mundo (Otte 1988; Macías Domínguez y Morales Padrón 1991; Morales Padrón 1990; Pérez Murillo 1999; Márquez Macías 1994; Sánchez Rubio y Testón Núñez 1999; Silva 2007). Colecciones semejantes de cartas individuales emitidas por diferentes colonos y pobladores han sido también editadas a partir de otros tipos de repertorios, por ejemplo los archivos judiciales del siglo xvii (Martínez Martínez 2007).

Los contenidos de esas cartas de llamada pueden ser en muchos casos ilustrativos de fenómenos bien documentados por otras vías, y añadir matices coloristas al cuadro general de nuestros conocimientos. Sin embargo, la utilidad historiográfica de estas colecciones de cartas de emisores variados, más allá del toque colorista que sin duda evocan, es más que cuestionable. Lo ideal para el historiador es disponer de una *secuencia* (Fitzpatrick 1994; Gerber 2007). Esto es, una colección de cartas escritas por uno o varios emisores emigrantes a uno o varios destinatarios dentro de un mismo grupo familiar a lo largo de un periodo de tiempo suficiente (una generación o dos). Solamente en este caso es posible deducir de las cartas cómo actúan esas

redes microsociales, basadas en lazos familiares o de paisanaje, en vínculos fuertes o débiles; y cómo su gestión en la distancia permite mantener un tupido tejido de relaciones interpersonales que están en la base de muchos de los mecanismos impersonales (redes) que facilitan y canalizan la movilidad geográfica (Devoto 1988, 1991a; Mac Donald y Mac Donald 1964; Ramella 1995, 2001), y que asimismo contribuyen a explicar una suerte de autonomía relativa o economía moral de los emigrantes en relación con sus correspondientes. Las cartas dibujan la imagen de un protagonista de sus decisiones, que transmite información sobre oportunidades de trabajo y sirve de contrapunto o complemento a la propaganda institucional de los países de inmigración, de las agencias de emigración, de los *ganchos* o reclutadores, de las compañías navieras y de la opinión publicada (Kampfhoefner 2009).

Existe un consenso creciente entre los historiadores de las migraciones, y los historiadores sociales en general, en que las fuentes cuantitativas y estadísticas no son suficientes para proporcionarnos un cuadro completo de cómo operaron los mecanismos de adaptación cultural y social de los emigrantes en sus nuevas realidades de destino. Pero las fuentes personales no pueden responder a todos los interrogantes que aquel tipo de fuentes deja abiertos. Sin una reconstrucción adecuada del contexto estructural, tanto a nivel macro como micro, del ambiente y del contexto en el que las cartas circularon, esos documentos personales no adquieren un sentido completo. Y solo situándolos en el telón de fondo de las políticas estatales e internacionales que regulaban los flujos migratorios, las lógicas de reproducción social y familiar, los ciclos económicos y la cronología global del siglo XIX y XX, marcada por guerras y cambios técnicos que condicionaron la libertad y capacidad de movimientos de las personas, pueden los historiadores depositar una nueva confianza en las fuentes personales manuscritas.

Los emigrantes individuales, tomaron decisiones. Y lo hicieron en contextos de oportunidades limitadas, condicionadas fuertemente por factores que iban más allá de su capacidad de elección, y a menudo más allá de su capacidad de percepción (Levi 1989). Los documentos personales muestran la importancia de esos factores, aunque no siempre de manera explícita, y se hacen eco de una mentalidad que inserta a los individuos en su contexto

social, así como de un conjunto de prácticas sociales y culturales que cobran sentido precisamente en el marco de esa pertenencia grupal (Bourdieu 1986). Los migrantes pueden reflejar también el grado en que las prácticas sociales de la vieja Europa, o de sus ámbitos culturales y sociales de origen, fueron erosionadas por las nuevas prácticas adquiridas en los países de destino.

En el caso (o, mejor dicho, en los casos) ibérico(s), al igual que ocurre en otras áreas de Europa (Franzina 1992), este proceso de mutación de mentalidades estuvo ligado en primer lugar a un cambio de ocupación y de hábitat social. Implicó en muchos casos el paso de campesinos (y pescadores) asentados en el medio rural a trabajadores manuales urbanos de la industria o de los servicios, a empleados de comercio, a comerciantes o artesanos. En algunos ejemplos, se puede suponer que los agricultores emigraban imbuidos de una mentalidad tradicional, vinculada a su parroquia de origen y a la solidaridad comunal relacionada con ella, y una economía moral típica del pequeño campesinado. En América se encontraron con un nuevo ambiente urbano, al que se adaptaron con relativa facilidad.

Las cartas de los emigrantes constituyen un caso de narrativas subjetivas. Para algunos autores, esa subjetividad se convierte en una trampa, en la medida en que son fuentes que revelan más un proyecto de reconstrucción de la identidad y del mundo perdido y dejado atrás por parte del emigrante, un afán por quedar vinculado al que lo une a un sentimiento de pertenencia, que un reflejo útil de sus motivaciones y de la racionalidad de sus decisiones (Gerber 2007). Pero las epístolas emigrantes también revelan, a veces de manera involuntaria, las vías particulares a través de las cuales los emigrantes experimentaron un proceso progresivo de asimilación, mediante la incorporación de hábitos sociales y culturales aprendidos en su país de destino. Y, en particular, la percepción individual por parte del inmigrante de las nuevas experiencias de la sociedad de destino, que también contribuyeron a forjar nuevos sentimientos de pertenencia individual y colectiva.

Esto se hacía evidente, por citar un ejemplo, en el caso de una familia de la parroquia de Ferreira (San Sadurni, A Coruña) en la que varios hermanos se habían establecido en Buenos Aires y Montevideo, y cuyo epistolario cubría un periodo lineal de 52 años, de 1919 a 1971 (Núñez Seixas

y Soutelo 2005). Conforme discurrió el tiempo, se puso cada vez más en evidencia el grado en que los hermanos ausentes en Sudamérica se impregnaban de nuevos hábitos en su vida cotidiana rioplatense, desde beber mate y matar el tiempo con juegos de cartas típicamente argentinos o uruguayos (como el *truco*) hasta el creciente número de modismos rioplatenses que fueron incorporando a su habla, que devenía en una suerte de lengua extraña mezcla de estructuras y palabras gallegas con castellano peninsular y sudamericano. Y, al mismo tiempo, esos hermanos mantenían inalteradas ciertas costumbres importadas de su aldea, algo patente en las recetas de cocina que componían su dieta o, en ocasiones, en las mezclas de juegos de cartas galaicos (el tute o la brisca) con la práctica colectiva de beber el mate, costumbre típicamente rioplatense. De una manera semejante, los emigrantes de origen campesino se familiarizaron con los usos típicamente urbanos de las clases medias emergentes urbanas de Sudamérica (Míguez 1999; Adamovsky 2009), y se apuntaron a ritos de paso tan «exóticos» a sus ojos como, por ejemplo, las fiestas de cumpleaños de los niños, que a veces tenían que explicar en las cartas como un peaje extraño, pero obligado, de la integración en la sociedad de acogida.

Esta suerte de detalles aparentemente banales permanecieron durante mucho tiempo opacos para la mirada historiográfica. Y, de manera semejante al proceso de adaptación a la sociedad norteamericana por los inmigrantes alemanes en el siglo XIX (Helbich 1997), la cartas pueden servir de buen fundamento para sostener algunas de las hipótesis ya avanzadas por algunos historiadores latinoamericanos (Míguez 2003), quienes han subrayado la relevancia de los ritos de paso y de las costumbres cotidianas de las nuevas sociedades de inmigración, sobre todo en los espacios urbanos. Pues actuaron como una suerte de vehículo de socialización informal y de asimilación nacional para las nuevas generaciones de inmigrantes europeos y sus descendientes, algo cuya importancia corría pareja a la de otros indicadores estructurales defendidos por la Sociología, la Escuela de Chicago y los teóricos del crisol de razas, como los patrones de residencia y el grado de segregación étnica del hábitat urbano, así como la conducta matrimonial y el grado de exogamia y endogamia étnica en ella manifiesto, y cuya relevancia

ha sido matizada e incluso revisada por autores que habían sido grandes defensores de esos índices (Devoto y Otero 2003; Otero 2009). Eso parece confirmar la aserción contenida en un clásico estudio sobre la gastronomía del emigrante: somos lo que comemos, y por tanto un transterrado también acaba siendo lo que ingiere (Gabaccia 1998).

Las cartas constituyen igualmente una ventana privilegiada a través de la que es posible observar los patrones de comportamiento y cambio cultural, y lingüístico, de los emigrantes ibéricos, arrojando luz sobre aspectos y conductas que normalmente quedan ocultos en las fuentes cuantitativas, o en otros tipos de fuentes cualitativas. Y se trata de aspectos que cobran especial relevancia en los casos en que los emigrantes eran originarios de territorios donde se hablaba un idioma (en situación no oficial o diglósica) diferente del que era la lengua oficial del Estado al que pertenecían. Esto era particularmente relevante en el caso de los emigrantes españoles procedentes de la *periferia* no castellanohablante, o al menos limitadamente castellanohablante (emigrantes gallegos, vascos o catalanes, que supusieron casi dos tercios del flujo total de los emigrantes españoles a América en ciertos periodos). Además de los casos estudiados por el profesor Álvarez Gila (2010), estas conductas han sido analizadas, con ayuda sobre todo de la historia oral, para el caso de la emigración de posguerra, como en el caso de los hablantes de gallego en Buenos Aires (Gugenberger 2001), y son mucho más difíciles de rastrear en el periodo clásico de las emigraciones masivas (1850-1930), o tienen que ser reconstruidas mediante un análisis detallado de indicadores indirectos, como las celebraciones y fiestas de los emigrantes o el teatro popular que en las mismas se representaba (Núñez Seixas 2002b).

Igualmente, las cartas también ilustran la medida en que algunos mecanismos de represión y autorrepresentación lingüística eran asumidos internamente por los propios emigrantes. Esto es algo particularmente evidente cuando se estudian fenómenos como la evolución de la diglosia entre los emigrantes bilingües. En las cartas de los emigrantes gallegos, por ejemplo, se aprecia cómo campesinos gallegófonos pero con escolarización más o menos limitada en castellano utilizan con preferencia el castellano en la comunicación epistolar, excepto (y no siempre) cuando emigran a Brasil.

Pero el gallego de origen no por ello desaparecía del todo. Resurgía, por ejemplo, en las referencias a las costumbres, fiestas o memorias locales, en las evocaciones de las labores del campo y a veces de los seres queridos; y se asocia a contenidos que suscitan *saudade* o nostalgia del mundo rural.

Sin embargo, la asimilación lingüística en las nuevas sociedades siguió dinámicas propias en el contexto de la emigración, y sus lógicas, además, no siempre eran utilitarias, ni estaban directamente relacionadas con la presión del entorno social en los lugares de recepción. En las conductas lingüísticas de los emigrantes continuaban teniendo un fuerte influjo los criterios de prestigio y distinción social arraigados en el Viejo Mundo, más o menos reforzados o amoldados a las nuevas circunstancias americanas, a los valores sacralizados por la comunidad emigrante y a las jerarquías étnicas dentro de la sociedad de destino. He ahí, por ejemplo, muchas de las cartas, y también algunos diarios y autobiografías, redactadas por inmigrantes gallegos en un país lusófono como Brasil, que muestran por el contrario cómo el dominio del español, que en su caso era realmente un tercer idioma de escaso o nulo uso en su interacción cotidiana con la sociedad de acogida, hizo progresos ciertos entre los inmigrantes más exitosos (Soutelo Vázquez 2001). Estos últimos a menudo presumieron de su uso como vehículo de autoafirmación, tanto en América (ante la sociedad brasileña, donde la etiqueta de español tenía más prestigio que la más ambivalente de *galego*, asociada a los inmigrantes pobres del Norte de Portugal) como en Galicia, donde el expresarse en un castellano más o menos sudamericano constituía a menudo una señal de distinción de los americanos retornados de la América que habían conseguido un cierto grado de movilidad social ascendente (Núñez Seixas 1999a). Las memorias de un inmigrante gallego en Brasil, B. Troncoso Alonso (1996), escritas en una mezcla extraña y curiosa de castellano y portugués —*portuñol*—, son un ejemplo de cómo la experiencia de la emigración podía contribuir no tanto a desnacionalizar como a *renacionalizar* (en este caso, españolizar) emigrantes que no poseían en el momento de su partida un dominio satisfactorio de la que era en teoría su lengua nacional. En cierta manera, la experiencia de la emigración a un país lusófono también había llevado

a Troncoso a fortalecer su necesidad íntima y pública de ensalzar su distancia, por lo menos en el ámbito de la etnicidad simbólica, de la cultura dominante en la que él y sus hijos se insertaron.

El análisis histórico comparado de las cartas legadas por los emigrantes se enfrenta, pues, con un buen número de desafíos teóricos y metodológicos. Así fue puesto de manifiesto por el primer gran congreso internacional que se ocupó de la cuestión, titulado precisamente *Reading the Emigrant Letter*, celebrado en Ottawa en agosto de 2003 (Elliott, Gerber y Sinke 2006). Entre sus conclusiones figuró, en primer lugar, la necesidad de sobrepasar el estadio de mera descripción y acumulación impresionista de fuentes, intentando tratarlas desde una perspectiva analítica que entre en diálogo con enfoques más amplios y globales, tanto a nivel macro como en el nivel micro, de los estudios migratorios.⁴⁹ Segundo, la necesidad de afinar nuestras herramientas metodológicas y teóricas, recurriendo desde las técnicas de análisis de discurso –pese a que las técnicas cuantitativas suelen ofrecer resultados poco convincentes– hasta la teoría de redes, para analizar y desmenuzar la información, rica pero desigual, que está contenida en las cartas, e igualmente para profundizar en la relación entre los aspectos formales de las epístolas y sus significados, insertando igualmente de manera integrada en el análisis variables como la relación entre género, ciclo de vida y estrategia migratoria. Y tercero, la necesidad de proceder a una comparación sistemática de las cartas de los emigrantes, incorporando en ella enfoques auténticamente transnacionales, que vayan más allá de los todavía mucho más frecuentes estudios o proyectos de edición de epistolarios nacionales, agrupados por lugares o Estados-nación (o grupos étnicos) de origen, y no por otras variables (como el lugar de destino, la posición social conseguida en este último, etcétera).⁵⁰ Otro congreso sobre la misma cues-

49 De hecho, y como ya señalamos, una buena parte de las monografías disponibles sobre las cartas de los emigrantes ibéricos siguen consistiendo en recopilaciones descriptivas más o menos completas (Martínez de Salinas 2007; Márquez Macías 1994; Blasco Martínez y Rubalcaba Pérez 2003). En estos y en otros ejemplos, la fascinación por las fuentes y un cierto afán neopositivista en «aportar» documentación deja poco espacio al análisis de lo que es realmente nuevo en esas fuentes, y de lo que ellas nos permiten descubrir que no supiéramos antes.

50 Se han registrado en los últimos tiempos, con todo, interesantes iniciativas cara a una

tión, que fue organizado por el Instituto Histórico Alemán de Washington D. C. en el mayo de 2007, llegó a conclusiones, en general, bastante semejantes, con mayor énfasis en la necesidad de interdisciplinariedad y de la colaboración con los investigadores de los modelos lingüísticos y textuales de las epístolas (Kampfhoefner 2007).

Las cartas no son una fuente unidimensional. Los emigrantes no pueden ser reducidos, como es el caso en las historiografías ibéricas y latinoamericanas –pese a que los estudios migratorios han sido mucho menos influidos por los estudios de Historia Social del trabajo que en los EE. UU. (Núñez Seixas 2001b, 2010)– a una única dimensión exclusiva de su agencia individual y social, esto es, la de «emigrantes». Esta era, sin embargo, una de las varias identidades que los emigrantes poseyeron o adoptaron. Los emigrantes no eran sujetos aislados del entorno en el que vivían. También eran trabajadores, comerciantes, jornaleros o agricultores en el Nuevo Mundo. Compartían, pues, experiencias con sujetos pertenecientes a sus ámbitos laborales, a sus mundos del trabajo y a sus espacios sociales de residencia e interacción cotidiana, donde no todos eran inmigrantes (o pueden ser, pongamos por caso, emigrantes internos del mismo país de acogida). Y también compartían un conjunto de experiencias y memorias con aquellos parientes, amigos y vecinos que quedaron en el Viejo Mundo, y con quienes siguieron comunicándose a través de las epístolas (y, andando el tiempo, mediante cintas grabadas o, hoy en día, el correo electrónico). Una mirada bastante usual, de hecho, ha consistido en reducir a los inmigrantes en los nuevos mundos a una sola condición: la de inmigrantes, que se relacionaban sobre todo con otros inmigrantes del mismo o semejante origen –la famosa metáfora de los *aldeanos urbanos* (Gans 1962)–, en parte porque son precisamente esos contactos intergrupales e interétnicos los que a menudo eran narrados en las fuentes epistolares. Y, precisamente por eso,

puesta en común del patrimonio de cartas emigrantes acumuladas en varios países, como el proyecto Emile (*Early Emigrant Letter Stories*), desarrollado por cinco archivos de la República Checa, Irlanda, Suecia, Italia y Polonia (<http://www.emigrantletters.com>). Son igualmente de destacar proyectos semejantes a escala nacional, como el promovido en la Alemania por W. Helbich y que abarca sobre todo el Este de la RFA (vid. <http://www.auswandererbriefe.de>).

se consideraba que la mayoría de los emigrantes no fue capaz de desarrollar una nueva identidad social enteramente vinculada a sus nuevos contextos culturales y sociales en el Nuevo Mundo.

Esta perspectiva se vio a menudo reforzada por la mirada eurocéntrica de los estudios migratorios, cuando menos de los que eran realizados de manera predominante desde las sociedades de origen. La mirada que partía desde Europa se interesaba sobre todo por la preservación de la etnicidad de origen entre los emigrantes y sus descendientes. Es decir, cuánto de irlandeses tenían los *Irish-Americans*. Por el contrario, las historiografías que estudiaban la inmigración se plantearon con preferencia la pregunta inversa: ¿Cómo se integraron los inmigrantes de orígenes diversos? ¿Cuándo se hicieron americanos? De las dos perspectivas historiográficas han emergido visiones no siempre coincidentes, y balances orientados en un sentido o en otro, más hacia el «crisol» o más hacia el «pluralismo», debate que tuvo modulaciones diversas en cada una de las principales historiografías nacionales sobre la inmigración (Devoto y Otero 2003).

Los documentos personales revelan una realidad mucho más compleja, resumible con todo en una permanente negociación de los emigrantes entre varios polos identitarios, entre diversas esferas de pertenencia, y entre diferentes intereses (el de quedarse y el de volver; la familia de allá y los nuevos lazos primarios forjados en América). Por eso pueden convertirse en observatorios privilegiados para estudiar los procesos de contacto y transferencia intercultural o transnacional, así como proporcionar indicadores de los procesos de asimilación cultural, como ya expusimos. Una interacción entre dos mundos y ámbitos de referencia, que convierte además a las cartas emigrantes en fuentes particularmente interesantes para los enfoques centrados en el transnacionalismo de los migrantes (Portes 2001; Harzig, Hoerder y Gabaccia 2009: 110-12). Pero las huellas de los procesos de cambio identitario en la correspondencia de los emigrantes acostumbran a ser indirectas, y es preciso investigarlas con fino bisturí microanalítico. Los emigrantes pocas veces reflexionaban sobre esas cuestiones de forma explícita en sus epístolas. Pero sí dejaban caer, aquí y allá, detalles y referencias, directas

o indirectas, que ponían en evidencia sus sentimientos de pertenencia. Y a través de ellos puede medirse también su evolución.

Finalmente, y en relación a como se integran los emigrantes, las cartas pueden ser igualmente ventanas de entrada para estudiar una cuestión clásica: la relevancia de los lazos «fuertes» (parentela) o «débiles» (amigos, vecinos, compañeros de trabajo) a la hora de facilitar la inserción de los emigrantes en el mercado de trabajo del Nuevo Mundo (Granovetter 1974, 1983; Grieco 1987). Las secuencias epistolares pueden proporcionar preciosas indicaciones acerca del valor de esos lazos, mas también sobre la naturaleza (primordial o construida) de esos vínculos, a menudo elaborados y reinventados desde la distancia, a través de las cartas, los objetos y regalos unidos a las cartas, e igualmente mediante fotografías y dibujos. Gracias a ellos podemos apreciar mejor el modo en que los vínculos familiares no siempre son primordiales, sino culturales; pero también cómo esos mismos lazos, además de servir de legitimación de situaciones de explotación de fuerza de trabajo sumisa, pueden ser reinventados y redefinidos en la distancia de forma contingente. Y es posible aprehender, igualmente, cómo las lealtades y relaciones interpersonales reciben significados nuevos y cambiantes, que a su vez son jerarquizados en diferentes escalas. Asimismo, se observa el modo en que los roles de género se debaten entre tradición y adaptación al Nuevo Mundo, entre los marcos de la red social emigrante, condicionada por la reproducción de los valores familiares de origen, y el impuesto por la inserción sociolaboral y doméstica de las mujeres en los lugares de destino, obligando igualmente a pensar qué hay de específico en la relación entre género y emigración (Green 2002).

Como ya comentamos, en fin, las cartas no solo ilustran la existencia de las cadenas migratorias. Muestran cómo funcionan esas cadenas de forma concreta, y cómo las prácticas sociales adquieren un sentido dentro de esas estrategias de conservación. La emigración, y las largas ausencias, favorecen los cambios de densidad de los lazos emocionales, que son los que actúan con eficacia de engranajes de las redes sociales. Las cartas y fotos se convierten así en objetos que fundamentan una relación, no solo en sí sino también por sí, por el mero hecho de su existencia y del contacto interoceánico, más

allá de que sus contenidos sean más o menos banales. Es igualmente una lectura utilitaria posible, en clave social, de la aún poco practicada historia de las emociones (Ciafardo 1991; Moya 1998: 395; Ramella 1995).

LA CORRESPONDENCIA PRIVADA Y LA ACCIÓN COLECTIVA DE LOS EMIGRANTES. ALGUNAS SUGERENCIAS

En el terreno de la acción colectiva, y en particular en el de la dimensión sociopolítica de los procesos migratorios, relativa tanto al país de origen como al país de acogida, las cartas de los emigrantes han sido utilizadas hasta de ahora de manera muy aislada y sin dar lugar a resultados realmente innovadores, fuera de algunas excepciones. De entrada, porque, por lo menos en el caso de los emigrantes ibéricos, casi un 70 por ciento de ellos se mantenía al margen de los quehaceres colectivos, de las asociaciones o de los círculos de sociabilidad promovidos por sus coterráneos en las ciudades americanas, aunque esa proporción sea muy variable según los países de acogida, el hábitat (rural o urbano), el origen de los emigrantes y el grado o no de organización colectiva de sus paisanos. La política es un tema poco presente, aunque no inexistente, en la correspondencia privada de los emigrantes, que solían transmitir poco, especialmente, de sus simpatías partidarias o sindicales en los países de acogida. Sin embargo, algunas excepciones, pertenecientes a colecciones de correspondencia emitida y recibida por emigrantes que estuvieron comprometidos con el asociacionismo y con la acción colectiva de su comunidad de origen, y que también verbalizaron sus opiniones sobre esas actividades en sus epístolas, pueden proporcionar precisos datos sobre el compromiso de los emigrantes. Era el caso, una vez más, de los hermanos Naveiras de Ferreira de San Sadurniño (Núñez Seixas y Soutelo Vázquez 2005).

En muchos de esos casos excepcionales, sin embargo, es verdad que la rica información surtida por cartas y diarios sobre los dilemas planteados por la acción colectiva de los emigrantes, así como la coexistencia de esferas de lealtad territorial concéntricas entre el mundo ibérico y América, tienden a corroborar en buena parte de los casos lo que ya era conocido a través de otras fuentes, desde la prensa emigrante a la documentación interna de las

asociaciones. Así, puede otorgarse un valor muy particular a un tipo de fuente intermedia, que es una carta emigrante, y que tiene un origen institucional o colectivo, en la medida en que es generada por la actividad de una asociación o de un grupo organizado y jerarquizado de emigrantes.

Desde finales de la década de 1990, el Archivo da Emigración Galega ha llevado a cabo un ambicioso plan de rescate, microfilmación y digitalización de la documentación interna de decenas de asociaciones de emigrantes gallegos en Argentina, Cuba, Uruguay, Venezuela y Brasil. Entre otros documentos, esos fondos contienen una fuente que en ocasiones deviene en una verdadera joya: las colecciones de cartas e informes escritos por líderes o miembros de las asociaciones, y enviadas a una gran variedad de destinatarios del país o de la parroquia de origen; así como las cartas recibidas por esas asociaciones, tanto por parte de emigrantes de manera individual como por miembros de esa asociación residentes en otras partes del globo, incluyendo un conjunto de cartas escritas por actores sociales diversos, desde líderes sindicales locales hasta maestros de las escuelas sostenidas por los emigrantes, que informaban a estos últimos sobre la evolución de la enseñanza en los establecimientos que los ausentes sostenían con sus ahorros.

Estos intercambios de ideas sobre papel no solo contienen informaciones interesantes sobre la evolución de la vida rural y *vilega* en Galicia desde 1910 hasta 1936, e incluso de la época de posguerra; también arrojan luz sobre cómo las cosas cambiaron (o dejaron de hacerlo), y asimismo sobre cómo las influencias americanas llegaron y se extendieron por las áreas rurales. Apuntan a la existencia de un intercambio transatlántico de puntos de vista y de ideas que abarca desde la gastronomía hasta a la esfera de la política, algo particularmente evidente cuando los emisores y receptores de esa correspondencia no solo eran emigrantes individuales, sino líderes de base de movimientos sociales (líderes agrarios locales, por ejemplo), así como miembros de las élites rurales y semiurbanas, maestros de escuela, etcétera, actores que acostumbraban a reflejar una perspectiva algo más elaborada del mundo que los rodeaba (Núñez Seixas 1999a, 2001c, 2005a).

La percepción de la realidad que transmiten las fuentes epistolares engendradas por y desde las asociaciones de emigrantes es muy ambivalen-

te, igual que acontece en el caso de las cartas estrictamente privadas. Los conflictos que surgían de los conflictos internos dentro de las asociaciones sobre cómo y dónde invertir los recursos colectivos en el lugar de origen, la administración de los fondos sociales o el liderazgo del colectivo, son temas que suelen estar sobrerrepresentados. Sin embargo, esta información ha permitido a los historiadores de las asociaciones de emigrantes ibéricos en América deconstruir lo que con frecuencia era contemplado como un cometido altruista y filantrópico. Se analizaron así bajo una nueva luz la vida y conflictos internos que recorrían la vida de las asociaciones de emigrantes, con herramientas prestadas de la teoría de los movimientos sociales y de la acción colectiva. Y permitieron mostrar como muchas de esas asociaciones con base en Buenos Aires y en La Habana funcionaron como arietes de un proyecto, desarticulado y disperso en sus formas, de intervención de los emigrantes en la vida colectiva de sus lugares y parroquias de origen, en el nivel local y también en el supralocal (Núñez Seixas 2005a). Las cartas traslucen, en fin, cómo el idealismo cívico, y un compromiso activo y más o menos difuso con los valores republicanos, había hecho avances en la mentalidad de muchos emigrantes. Y también pueden convertirse en fuentes evocadoras e ilustrativas que permiten investigar la evolución sociopolítica de algunas áreas rurales europeas durante la primera mitad del siglo xx, así como proporcionar una nueva mirada, paradójicamente una mirada americana, a la cuestión de cómo la política llegó a los campesinos, por retomar un clásico título del historiador de la III República francesa Eugen Weber (1982).

A este respecto, los epistolarios emigrantes han contribuido también a profundizar en nuestros conocimientos sobre algunas prácticas y relaciones sociales mediante el uso de una lente de precisión. La estrategia del *guardare piccolo*, es decir, del «mirar pequeño» recomendada por Giovanni Levi (1990), que se convirtió en divisa de la microhistoria italiana desde la década de 1980, puede ser aplicada por el historiador de la emigración, de las asociaciones de emigrantes y de la movilización sociopolítica de las comunidades emigradas. El análisis de la documentación epistolar generada también por los grupos organizados de emigrantes permite así descubrir los grupos de interés que se ocultan detrás de las dinámicas de acción co-

lectiva, así como las jerarquías de los sentimientos de pertenencia (de lo local a lo étnico y a lo nacional), y las identidades híbridas en esferas más o menos concéntricas, los dilemas del gorrón (*free-rider*) –esto es, la presencia de asociados que solo procuraban apuntarse a las entidades cuando tenían problemas inminentes, para percibir subsidios–, la existencia de intereses divergentes entre los miembros de los diferentes grupos sociales a los que pertenecen los miembros de una asociación de emigrantes, las tensiones y líneas de fractura de naturaleza política, religiosa o social entre ellos... En este sentido, la «correspondencia institucional» de las asociaciones de emigrantes puede ser una fuente complementaria que nos permite comprobar cómo los intereses corporativos, en muchos casos semejantes a los que imperan dentro de un sindicato o de una asociación profesional, impregnaban la agencia social de las sociedades de emigrantes, más allá de los principios de cooperación y ayuda mutua.

Además, las cartas escritas y recibidas por las asociaciones de emigrantes de América proporcionan un nuevo mirador privilegiado para investigar cómo muchos de esos emigrantes cambiaron su cosmovisión, de la misma manera en que lo hicieron los retornados y los líderes étnicos de las colectividades. Las cartas e informes escritos desde Galicia por los delegados de las sociedades de instrucción a sus correligionarios que aún habían quedado en América no solo son ricos en cuanto a contenidos sobre las mentalidades y la evolución política y social de las zonas rurales en las que ejercían su actividad. También lo son en cuanto reflejos de la particular autopercepción de pertenecer a una suerte de colectivo social transoceánico unido por la experiencia de la emigración, orgulloso de ella y, por tanto, henchido de un sentimiento de camaradería y engreimiento muy peculiar: el de que sean la «vanguardia del progreso» en sus zonas de origen en todos los sentidos. Se presentaron a sí mismos como más «modernos» y menos contaminados por prejuicios religiosos que los que habían permanecido en Europa, y se vieron como una nueva élite local, aunque no siempre sus rentas y posesiones eran bastantes para fundamentar esa autopercepción no exenta de presuntuosidad. Esto puede apreciarse también en el nivel de la correspondencia familiar, y no solo de la societaria. Por ejemplo, las cartas de la familia Naveiras

mostraban cómo aquellos miembros de la familia que habían retornado y recibían las cartas de sus hermanos ausentes donde estos, a su vez, les explicaban la evolución de la política argentina en términos solo comprensibles para los «enterados», y asimismo representaban los intereses de la sociedad de instrucción creada por los emigrantes en América, tenían conciencia de ser *distintos*, de compartir una experiencia única, irrepetible y enriquecedora con los hermanos ausentes que los hacía, por tanto, *especiales* (Núñez Seixas y Soutelo Vázquez 2005).

Este tipo de fuentes permite aproximarnos desde una perspectiva microanalítica a los límites de los cambios experimentados por la mentalidad de los emigrantes en América. Comparados con los que no migraron, muchos emigrantes retornados, a pesar de los testimonios literarios y de los muchos lamentos emitidos y publicados por las élites locales o la Iglesia Católica, no se comportaron de manera tan diferente una vez que volvieron a sus lugares de origen. También podemos rastrear el fenómeno inverso, y comprobar a través de la correspondencia la profundidad y sinceridad, y el grado de impregnación de su mentalidad y valores, que asumió el compromiso de la minoría significativa de emigrantes que estuvieron vinculados a las actividades y los objetivos de las asociaciones y grupos que en las metrópolis americanas abanderaban objetivos como la «reforma», el «progreso», la «educación» o el «laicismo».

Por citar un ejemplo, las cartas cruzadas entre Ramón González Vigide, delegado local de la asociación izquierdista y republicana *Unión del Partido de Lalín* de Buenos Aires en la villa pontevedresa de Lalín, y el sastre socialista que también ejerció de líder de aquella asociación en Argentina Jesús Blanco, proporcionan un precioso ejemplo de los idealistas y militantes de base de sus causas, movidos por un anhelo de emancipación social y cultural, con profundas convicciones anticlericales. Lo que se expresaba igualmente en su convicción, que alcanzaba tonos misionales, en que las nieblas de la ignorancia del lugar nativo serían despejadas gracias a la educación de sus coterráneos, ahora guiados por la nueva luz que venía de América. La autopercepción de los emigrantes comprometidos, desde los anarquistas hasta los socialistas, republicanos, anticlericales o naciona-

listas periféricos, que se veían a sí mismos como vanguardias del progreso y de la redención, reflejaba lo que era la íntima fe de muchos emigrantes ibéricos contemporáneos, a pesar de que no pasasen de ser una minoría (Núñez Seixas 1999*a*, 2001*c*).

No obstante, las cartas de los emigrantes también pueden ilustrar el fenómeno inverso. Es decir, cómo los emigrantes se transformaron en individuos con una visión conservadora del mundo y de la sociedad, de manera correlativa a su movilidad social ascendente, y por tanto devinieron en personas más «tradicionalistas» y conservadoras. Y ese cambio podía operar en los de los ámbitos de referencia de los emigrantes (la sociedad de origen y la de destino), o bien circunscribirse a uno solo de ellos. Esto también incluye la constatación de cómo los postulados políticos y sociales de juventud cambiaron con el tiempo y las experiencias del Nuevo Mundo. Pero no todos los valores cambiaban al mismo tiempo. El anticlericalismo, por ejemplo, podía devenir en un rasgo característico de muchos emigrantes en América antes de 1936, mientras que su correlación con otras formas de progresismo sociopolítico no siempre parecía tan clara. Este era de manera particular, en el caso español, el periodo 1931-1939, marcado por la proclamación de la II República, la conflictividad y polarización sociopolítica que acompañó su evolución, y la experiencia de la guerra civil. Las cartas de los emigrantes datadas en la posguerra tienden a diferir de las anteriores a 1936, en la medida en que en ellas es posible apreciar un creciente alejamiento de las menciones a la esfera de lo público, y en particular de todo lo que tenía que ver con la política, y un progresivo ensimismamiento en la esfera de lo privado (Soutelo Vázquez 2003).

En algunos casos es posible reconstruir a partir de la correspondencia emigrante el cambio de mentalidad de los emigrantes, desde un inconformismo sociopolítico inicial a un conservadurismo bien establecido a través de un proceso progresivo de movilidad social ascendente y la consolidación de una prosperidad individual paralela a la decisión de no retornar al país de origen. Veamos un caso: el de Generoso Durán, un emigrante gallego que partió hacia Montevideo en el año 1929. Generoso ascendió, en un tiempo relativamente, corto de dependiente de comercio a comerciante por cuenta

propia. En el año 1931, dos años después de su llegada al país, saludaba a la naciente República española en sus cartas a casa en términos épicos, viendo en el nuevo régimen el periodo auroral de una era de prosperidad y progreso. Sin embargo, en 1937, en plena guerra civil, pasó a estampar en el pie de sus cartas un fervoso *Arriba España*, algo que fue paralelo a su movilidad social ascendente y a la conversión de su proyecto migratorio de temporal en definitivo, lo que implicó una ruptura traumática (según le contaba a una de sus corresponsales, una familiar suya) con la mujer que por él aguardaba en Galicia.⁵¹

Las cartas de Generoso Durán plantean un número importante de cuestiones. ¿Fue su conversión un acto repentino, o estuvo influido por su carrera exitosa como pequeño comerciante ya establecido? ¿Tuvo algo que ver en esa evolución la ruptura, parece que bastante traumática, con su antigua novia que quedara en Galicia y que estaba esperando por su retorno hasta que se cansó? No podemos saberlo. Pero este ejemplo puede ser la ilustración de una paradoja: Cuantos más detalles conocemos sobre el protagonista de la historia que nos muestran las cartas de emigrantes, más difícil es dar las respuestas que desearíamos a la cuestión fundamental: ¿Por qué la gente actuó de la manera en que lo hizo? ¿Por qué se fueron los emigrantes? ¿Por qué quedaron en el destino final? ¿Cómo se integraron en las sociedades de acogida? ¿Cómo tomaron esas y otras decisiones?

51 Cartas del emigrante en Montevideo Generoso Durán a su hermana Josefa Durán en Santo Estebo de Silán (Muras), Montevideo, 16.4.1931, 17.6.1931 y 25.10.1937 (Arquivo da Emigración Galega, Consello da Cultura Galega, Santiago de Compostela).

3. REMESAS VISIBLES E INVISIBLES: LA EMIGRACIÓN TRANSOCEÁNICA DE RETORNO Y SUS EFECTOS EN LAS SOCIEDADES IBÉRICAS, 1850-1950

La migración de retorno constituye uno de los aspectos menos investigados dentro del multidimensional fenómeno migratorio, tanto desde la Historia como desde otras ciencias sociales. Con todo el panorama existente aunque no extraordinariamente abundante, permite trazar una serie de líneas interpretativas y de constantes metodológicas.

Desde la década de 1960, la investigación en el conjunto de las ciencias sociales se ha concentrado preferentemente en el campo de la Sociología, analizando mediante encuestas, entrevistas orales y análisis cuantitativos los comportamientos de los emigrantes retornados tanto de América como de la Europa central y nórdica. Pero también se han registrado importantes contribuciones historiográficas, pese a que su entidad dentro del total de los estudios dedicados a la emigración de retorno en conjunto continúe siendo relativamente reducida. En general, en todos los estudios sobre emigración de retorno se pretende responder a una cuestión básica: ¿Fueron los retornados un factor de innovación y modernización, o por el contrario de reacción y estancamiento, para sus países de origen? Eso ha llevado a que se planteen tres problemáticas interrelacionadas:

a) Cuál fue el monto total o aproximado, la distribución sectorial y el influjo en la estructura económica del país de origen de los recursos económicos adquiridos por los emigrantes en América (la cuestión a menudo denominada de las remesas);

b) La medida en que la experiencia migratoria contribuyó a acelerar los procesos de movilidad social de los retornados, y por lo tanto de la sociedad a la que se reintegraron en su conjunto, y

c) Si los retornados se constituyeron en agentes de renovación política, cultural y social, y muy especialmente cuál fue la relación entre participación sociopolítica y movilización social en el país de origen y experiencia migratoria, así como la introducción de nuevos hábitos sociales en el terreno de las mentalidades colectivas y vida cotidiana. Ámbitos de atención preferente de estos estudios fueron por lo general las áreas rurales.

En los tres aspectos, las investigaciones existentes desde los primeros trabajos aparecidos en las décadas de 1950 y 60 muestran un panorama de gran variedad por países y sociedades de destino, y por lo tanto por regiones y áreas concretas dentro de los diferentes Estados.⁵²

UN RECORRIDO TEÓRICO

La cuestión de las remesas ha sido objeto de amplias investigaciones en la historiografía centroeuropea, anglófona e italiana. De su examen comparado se pueden obtener las siguientes conclusiones:

a) Los flujos de remesas constituyeron una inyección de liquidez monetaria y de recursos adicionales que nutrieron fundamentalmente a grupos doméstico familiares de regiones campesinas de pequeña propiedad y campesinado parcelario. En consecuencia, la distribución interna de esas remesas se repartió generalmente en pequeñas cantidades, enviadas en varias ocasiones a lo largo de un ciclo vital. Los ingresos adicionales enviados por los parientes emigrados, o incluso por el cabeza de familia, contribuyeron a consolidar históricamente regímenes de pequeña propiedad, a monetarizar la economía campesina y a evitar la proletarianización total del campesinado. Como fuente de ingresos complementarios, las remesas americanas disminuyeron el papel de usureros y prestamistas; permitieron una mayor capacidad de ahorro y, eventualmente, de consumo a las familias campesinas; y, paradójicamente, posibilitaron la permanencia en el campo de estas últimas a largo plazo.⁵³

b) De la misma manera, las remesas contribuyeron a diversificar en términos relativos las actividades económicas, posibilitando inversiones de emigrantes y/o de familias de emigrantes sobre todo en el sector terciario.

52 Unos primeros intentos de evaluación de la literatura existente sobre la cuestión, aunque ya un tanto superados: Bovenkerk, 1974; Rosoli, 1977: 235-246, y Hoerder, 1982: 28-41. Una perspectiva general sobre el retorno de los emigrantes centroeuropeos, poloneses y nórdicos a los EE. UU. en Wyman, 1993. Dejamos fuera de consideración los numerosos estudios sociológicos realizados sobre los emigrantes turcos, griegos o italianos retornados de la Europa Central en los años setenta y ochenta del siglo xx. Un acercamiento en King (1986) y Cazorla Pérez (1981).

53 Para una perspectiva integrada: Wyman, 1993: 22-45; Carmagnani, 1994: 167-81; Sánchez Alonso, 1995: 57-60. Para el caso italiano: Vöchting, 1951; Sori, 1980.

Las inversiones de retornados de América en sectores económicos punteros o de gran riesgo no fueron la norma, pese a que se registraron ejemplos excepcionales, catalogables de retornado emprendedor. Las remesas, por el contrario, se dedicaban a inversiones consideradas seguras y de bajo riesgo, congruentes con los principios de la economía moral campesina a los que los retornados seguirían fieles (Massullo 2001). De cualquier modo, el destino de esos ahorros americanos dependía mucho de las condiciones económicas globales imperantes en el lugar de origen de los emigrantes; y asimismo, de la transmisión de la información acerca de dónde invertir. Los capitales «americanos» acostumbraban a seguir el camino marcado por los capitales europeos, incluso en momentos de grandes expectativas. Fue el caso de los primeros años de la Polonia independiente tras 1918, que contemplaron un notable aflujo de remesas americanas hacia Polonia (Walaszek 1998).

c) Los efectos negativos de las remesas podían traducirse en tensiones inflacionistas y alza del precio de la tierra, a causa de la mayor monetarización y de la mayor demanda de tierras. Pues, al no tener que detraer tanto excedente hacia el mercado para obtener ingresos monetarios, los grupos domésticos campesinos podían reforzar la tendencia al autoconsumo. Pero este fenómeno no tuvo lugar en todas partes con la misma intensidad. En los países nórdicos, por ejemplo, se ha señalado el surgimiento de un campesino pequeño y mediano propietario de carácter innovador, integrado en buena medida por retornados, quienes se contaron entre los principales promotores de la innovación tecnológica en la agricultura (Virtanen 1979; Wyman 1993: 140-44).

En cuanto a los dos últimos aspectos: movilidad social e influencia sociopolítica, hay que partir de entrada de la constatación de que en este terreno existe una relativa abundancia de tipologías y modelos. Pasemos a exponerlos brevemente.

El sociólogo italiano F. Cerase, uno de los primeros analistas en abordar el estudio empírico de la emigración de retorno desde los EE. UU. a Italia meridional, argumentaba en sus conclusiones que la migración de retorno contribuía básicamente a la conservación de las estructuras sociales y de

propiedad en las zonas rurales del *Mezzogiorno*. Durante su estancia en América, los emigrantes se preocuparon únicamente de ganar el suficiente dinero para volver a sus pueblos y, entonces, poder mejorar sus explotaciones agrícolas, sus casas y el bienestar económico de sus familias. No obstante, el colectivo de emigrantes retornados no era uniforme, sino que los diversos tipos de retornados guardaban una relación directa con su proceso de integración laboral y social en la sociedad industrial y urbana a la que habían emigrado anteriormente, del período de tiempo pasado en la emigración y de su mayor o menor éxito profesional y el grado de movilidad social conseguidos durante esa fase vital. Esto, a su vez, condicionaba la relación de los retornados frente al ámbito de referencia social de origen.⁵⁴

Cerese distinguía entre cuatro tipos de retornados. 1) El retornado *fracasado*, que fue incapaz de superar el primer choque cultural con los EE. UU., y volvió al poco tiempo a su pueblo, sin haber aprendido apenas nada de su corta experiencia migratoria. 2) El retornado *conservador*, que correspondía a aquellos migrantes que permanecieron algunos años en América, encontraron un trabajo mejor tras un periodo de adaptación al nuevo país, e incluso adquirieron una mejor calificación laboral; pero prefirieron ahorrar e invertir lo juntado en sus localidades de procedencia, donde volvieron, compraron tierras, casas y algunas tiendas. Pese a algunos cambios de costumbres y mentalidad, aspecto externo e higiene corporal, y ser críticos en varios aspectos con la sociedad de origen, se convertían en defensores de los valores tradicionales y de la estabilidad y apoyaban sin problemas a las élites rurales. 3) El *jubilado*, que volvía a su aldea para pasar los últimos años de su vida, con todo el caudal de experiencias y conocimientos acumulados en su estancia ultramarina, pero sin lazos familiares en los EE. UU. Por eso optaba por retornar, comprar una casa con sus ahorros y vivir de rentas, siendo su comportamiento político y social tendencialmente conservador. 4) El retornado *innovador*: emigrantes que, tras haber trabajado por un tiempo en los EE. UU., volvieron a sus pueblos y continuaron allí su actividad socioeconómica, intentando aplicar los conocimientos y experiencia

⁵⁴ La teoría de los «ámbitos de referencia» sociales de origen como patrón de comportamiento simbólico y de comparación de los individuos sometidos a procesos de movilidad social o de contacto intercultural. Vid. las clásicas elaboraciones de Merton, 1970 [1940]: 228-386.

adquiridos en su tiempo de emigración. A pesar de sus deseos de cambio, estos retornados no siempre podían llevar a cabo una agencia social realmente transformadora, debido a la oposición a sus iniciativas por parte de las élites y caciques rurales. Por ello, se veían a menudo obligados a pactar con los *padroni*. Solamente en el caso de encontrar condiciones adecuadas, una estructura de oportunidad política que diera aliento y organización colectiva a sus iniciativas, el influjo de estos retornados devenía en realmente transformador (Cerase 1967; 1971; 1974). En cualquier caso, el mismo Cerase señalaba que el impacto económico de la emigración de retorno en el Sur de Italia habría sido muy limitado en función del predominio del clientelismo político rural y de la relación de dependencia económica del *Mezzogiorno* respecto del Norte industrial (Cerase 1975; 2001).

No faltaron autores que discreparon de esta tipología, afirmando que solo retornaron aquellos que no experimentaron una movilidad social muy alta o muy baja. Ni los realmente acomodados, por haber dado prioridad a la búsqueda de integración en la élite social del país receptor, ni los realmente fracasados, por temor a enfrentarse con su ámbito social de partida o a sufrir el rechazo de sus familiares, volverían a su país de origen (Richmond 1984; Gmelch 1980).

La interpretación pesimista sobre el papel transformador de la migración de retorno no fue compartida por otros autores, que prefirieron poner el acento en el papel decisivo de los retornados para impulsar la modernización tecnológica de la agricultura, así como para introducir nuevos hábitos de la modernidad urbana, y patrones de consumo igualmente innovadores, en las zonas rurales. Los migrantes retornados también habrían promovido la movilización sociopolítica contra las viejas élites en sus zonas de origen. Así se registró en varias regiones italianas que presentaban altas tasas de emigración, como Calabria, Sicilia o Liguria. Gilkey y Lopreato pusieron en evidencia el grado en que los retornados constituyeron un grupo heterogéneo en lo que respectaba a su conducta económica y comportamiento social. Pero todos los *americani*, independientemente de su estatus social, llevaron a casa con ellos una nueva mentalidad. Se caracterizaban por la falta de respeto a las jerarquías sociales tradicionales, así como por el deseo

de desafiar, directa o indirectamente, a las élites políticas rurales, desde los *padroni* hasta los curas católicos. Esos y otros autores reseñaban además el notable papel de los retornados en la modernización de las técnicas de cultivo y en la potenciación del asociacionismo y del cooperativismo rural, ya que los antiguos emigrantes contribuyeron a consolidar un nuevo tipo de mediana propiedad rural que era muy adecuada para la aplicación de cambios tecnológicos (Gilkey 1967; Lopreato 1967; King 1986).

En lo que atañe a la relación entre comportamientos militantes en el terreno sociopolítico y emigración de retorno, o bien a la reemigración temporal de actores políticos y sindicales que actuaron en dos mundos, autores como Donna Gabaccia y Dino Cinel introdujeron abundantes matices. Los migrantes retornados eran, en buena medida, «hombres nuevos», que habían incorporado los valores individualistas y competitivos de la sociedad norteamericana, y que contribuyeron igualmente a introducir en sus zonas de origen las virtudes de la cooperación social y una mayor creencia en la capacidad transformadora de la sociedad civil (Cinel 1984: 55-76). Cinel también insistió en los efectos económicos de la emigración, que llevaban a consolidar la pequeña y mediana propiedad, en particular en Italia meridional. Pero los efectos sociopolíticos también fueron relevantes, particularmente en tres aspectos. Primero, los retornados mostraron una sumisión mucho menor hacia los caciques rurales. Segundo, promovieron la educación, la alfabetización y la participación política entre el campesinado. Tercero, fomentaron la constitución de sindicatos agrarios y sociedades de ayuda mutua. No obstante, el impacto real de los retornados en las estructuras del poder local del Sur de Italia fue limitado hasta la I Guerra Mundial, debido no solo a la resistencia de los caciques rurales, sino también a las contradicciones internas del colectivo de *americani*. Estos últimos vivían entre dos marcos de referencia, Italia y América —o, mejor dicho, su pueblo de origen y la ciudad americana—, y muchos fueron incapaces de elegir en cuál invertir sus energías (Cinel 1982: 71-100; 1991; Caroli 1973; Mac Donald 1963).

Donna Gabaccia sostuvo también que los retornados pueden convertirse en agitadores políticos dentro de organizaciones más o menos radicales. Pero

esto dependía de la presencia previa de una estructura de oportunidades favorable en sus regiones de origen, que contribuía a multiplicar y reforzar la efectividad de su agencia sociopolítica. Del mismo modo, esta autora cuestionó la existencia de una relación causa-efecto entre el sistema de propiedad de la tierra y la mayor o menor emigración de retorno, como había supuesto Mac Donald. Para esta autora, los retornados distaban de constituir, por sí mismo, un agente de cambio social único y autosuficiente; pero en combinación con otros su influencia y presencia se convertía en poderoso factor multiplicador. Aunque no necesariamente en una dirección «revolucionaria» sin más, sino preferentemente siguiendo una orientación que, de forma global, sería calificable de reformista (Gabaccia 1984; 1988: 155-63).

La investigación existente sobre la migración de retorno en distintos países de Europa también ilustra esa ambigüedad de comportamientos. En el caso de los territorios polacos durante el primer tercio del siglo xx, Adam Walaszek no solo ha mostrado las altas tasas de retorno que caracterizaba a la emigración polaca a los EE. UU. y Canadá, sobre todo tras la independencia de Polonia en 1918, cuando muchos retornados innovadores volvieron a su país con la ilusión de contribuir a su resurgimiento. Las remesas de dinero llegadas de ultramar también jugaron un papel sustancial en las estrategias de reproducción doméstica de las familias campesinas, y los retornados no solo compraron tierras, sino que también aplicaron nuevas técnicas para cultivarlas. Igualmente, los polacos de América extendieron nuevos estilos de vida y consumo en áreas rurales abrumadoramente tradicionales y católicas. Pero la fuerza social de la Iglesia católica, el clero rural y las élites locales actuaron de freno a las iniciativas transformadoras de los retornados en el ámbito sociopolítico, particularmente cuando la estructura de oportunidades fue menos favorable: ausencia de sufragio universal masculino en los territorios polacos de Austria-Hungría y el imperio ruso, por ejemplo, hasta 1914 (Walaszek 1984; 1995).

En los países escandinavos, la investigación histórica también ha destacado que los migrantes retornados jugaron un papel innovador en las áreas rurales de partida. En Finlandia se ha demostrado que, a pesar de su limitada importancia cuantitativa, los retornados desempeñaron una función muy

relevante como introductores de nuevas técnicas agrícolas, y estaban sobre-representados entre los líderes de los movimientos sociales de izquierda o de carácter progresista (Virtanen 1984; Tedebrand 1985; Semmingsen 1950). Los greco-americanos que volvieron a Grecia durante la primera mitad del siglo xx también obraron un efecto semejante (Salouts 1956).

Un rasgo común es que la capacidad transformadora de los retornados dependía mucho de las circunstancias imperantes en sus regiones de origen, tanto durante su ausencia como a su retorno. En el caso de Frisia septentrional, por ejemplo, la ausencia de cualquier tipo de movilización sociopolítica de carácter disruptivo con anterioridad a 1914 determinó que el impacto de la migración de retorno desde los EE. UU. fuese casi irrelevante, a pesar de su importancia cuantitativa. Algo similar se ha observado en el caso de Croacia por la misma época. La salida más usual para los retornados de la emigración era buscar una opción acomodaticia, integrándose en las élites dominantes a nivel local, o bien el inconformismo grandilocuente, mas sin efecto de arrastre social (Kortum 1981; Kraljic 1978).

Mucho más escasas han sido las contribuciones dedicadas a medir empíricamente el impacto de la emigración de retorno en el grado de movilidad social de las sociedades de origen. Una razón para ello es la necesidad de contar con fuentes adecuadas, que permitan llevar a cabo una aproximación estadística y prosopográfica. Las contribuciones más notables hasta ahora provienen de la historiografía alemana y nórdica. Así, el estudio de Karen Schniedewind (1994) sobre los emigrantes retornados desde los EE. UU. a la ciudad hanseática de Bremen entre 1850 y 1914, gracias al uso de las solicitudes de ciudadanía presentadas por los retornados. Estudiando las carreras de 459 retornados, esta autora concluyó que el grado efectivo de movilidad social inducido por la experiencia migratoria es elevado entre los comerciantes, ayudantes de comercio y artesanos calificados, pero más baja en los empleos no calificados. Por otra parte, el historiador finlandés R. Kero ofreció un sugerente análisis de los orígenes sociales y la movilidad social ascendente de los migrantes retornados a un área rural de Finlandia. Por un lado, emigraban en mayor proporción los varones jóvenes de familias más o menos acomodadas, de mediana propiedad. Por otro, re-

tornaba en mayor proporción quien más razones tenía para ello. Es decir, los hijos de familias campesinas propietarias medianas y acomodadas, pues eran quienes, tras un periodo de proletarización en Norteamérica, poseían perspectivas reales de acceso y consolidación de una propiedad rural, vía herencia o mediante la ampliación de la que ya poseían dentro del grupo doméstico. En este último grupo son abundantes los casos de acumulación media.⁵⁵ Un factor adicional que complicaba esta estimación era que, obviamente, aquellos emigrantes que disponían de un nivel de alfabetización e información más elevado tenían mejores oportunidades para experimentar una movilidad social ascendente en América (Moya 1998: 244-46; 2001).

El análisis microhistórico llevado a cabo por Donna Gabaccia en la pequeña ciudad siciliana de Sambuca a comienzos del siglo xx ofrece unos resultados distintos, sin embargo. Su estudio ofrece el interés de comparar en qué medida progresaron o fracasaron en América emigrantes procedentes de ámbitos artesanales y campesinos. Si las tasas de retorno eran más bien bajas, entre los retornados abundaban más los fracasos entre los campesinos medios, funcionarios y artesanos, mientras que los retornados que procedían de familias jornaleras o de pastores experimentaban un mayor éxito relativo. Por esa razón, la socialización de campesinos y artesanos en América en un medio urbano contribuía, paradójicamente, a crear unos lazos sociales y familiares entre ellos que más tarde se trasplantaban a la ciudad de origen a través de la migración de retorno, lo que favorecía de manera indirecta pero eficaz a la dinámica de movilidad social (Gabaccia 1988: 158-60).

ALGUNAS REFLEXIONES PARTICULARES

Entre las conclusiones que podríamos obtener de este breve recorrido por la literatura existente sobre la emigración transoceánica de retorno en los países europeos, reseñaremos dos, en lo que se refiere al impacto de la emigración de retorno sobre la sociedad de origen.

55 Vid. Kero (1972: 9-29). Del mismo modo, en su estudio sobre la ciudad de Fafe, Monteiro concluía –pero sin base estadística– que «El retorno constituía, así, un proceso de reafirmación de un estatus social y familiar anterior y la reproducción del mismo asumiendo, no obstante, nuevas imágenes simbólicas» (Monteiro, 2000: 318).

En primer lugar, el papel transformador o conservador de los emigrantes es, en sí misma, una definición relativa y en absoluto predeterminada. Ante todo, porque conceptos como *innovación* y *transformación* poseen un significado muy difuso, no exento de matices subjetivos. Todo depende del patrón de comparación que se escoja, así como de la percepción de los protagonistas del proceso migratorio y, naturalmente, de la perspectiva de los historiadores actuales. Dado que los procesos de cambio son los que más atraen la atención de la mirada del historiador, y que la transformación implica algún grado de cambio, tenemos también que preguntarnos cuáles son los factores condicionantes de la agencia social de los migrantes, y de su influencia sobre su país de origen. Pero ese cambio no siempre se ejerce en una sola dirección, y también está sujeto a altibajos.

En segundo lugar, es problemático atribuir a la emigración de retorno de manera monocausal toda la paternidad de los cambios registrados en las esferas social, económica y política en las áreas estudiadas durante el primer tercio del siglo xx. Y esto tanto en zonas mayoritariamente rurales y de pequeña propiedad como, con mucho más fundamento, en zonas urbanas. Los emigrantes retornados no ejercen un influjo sociopolítico innovador de por sí y en ausencia de otros agentes y factores transformadores. Más bien interactúan con estos, se trate ya de dinámicas de cambio social en el país de origen, o bien del surgimiento y actuación de nuevos movimientos sociales y políticos que cuestionan las relaciones de poder dominantes —desde el movimiento obrero a diversas formas de sindicalismo y asociacionismo agrario, pasando por organizaciones republicanas, reformistas, etc.—, coyunturas de transformación económica proclives a la inversión o a la inyección de nuevos capitales y energías, el surgimiento de nuevos actores sociales —una clase media y profesional suburbana, funcionariado estatal—, y un largo etcétera que también exige una correlación de circunstancias favorables desde el punto de vista macropolítico.

Por ejemplo, la existencia del sufragio universal masculino desde 1890 y de una Ley de Asociaciones generosa, a la que sí sumó posteriormente la Ley de Sindicatos Agrícolas, creaba en España una estructura de oportunidad política más favorable que en la Italia o en el Portugal

del mismo periodo, donde, por ejemplo, no estaba en vigor el sufragio universal masculino.

En este sentido, hay que tener en cuenta que nos hallamos ante una interacción de dos realidades cambiantes de forma paralela, aunque no al mismo ritmo: la sociedad de partida y la sociedad de destino (Chepulis 1984). Durante la ausencia de los emigrantes, el país de origen también experimentó algunos cambios sustanciales, que pueden ser parcialmente inducidos por los efectos de la emigración, y que más tarde se ven acelerados por el retorno de los que se fueron.

Por otro lado, la mayoría de los estudios considerados no trataron de manera satisfactoria dos factores que, como hemos señalado a la luz del caso galaico, poseen gran importancia en nuestra opinión para el análisis del influjo sociopolítico de los retornados sobre la sociedad de origen. Y, muy en particular, para entender las características y modalidades de su intervención activa y organizada en las formas de acción colectiva registradas en la sociedad de partida:

a) *El grado de organización, concienciación y movilización política que tiene lugar en las sociedades de acogida*, en particular dentro de las propias colectividades de emigrantes a diversos niveles territoriales en relación con el país de origen, tanto a nivel local como nacional (estatal), pasando por lo regional o comarcal. Las solidaridades étnicas que daban lugar a la articulación de comunidades de emigrantes en América crearon espacios propios dentro de las sociedades de destino, donde el emigrante también estaba sujeto a estímulos e influjos específicos, al mismo tiempo que recibía influencias a través de su inserción laboral en la sociedad del país de acogida. De esta manera, las colectividades emigradas se constituían a menudo en ámbitos de sociabilidad y relación en los que el emigrante también moldeaba su imagen del mundo y de las relaciones sociales, así como de su país de origen. Contribuía a ello su participación en un tejido de asociaciones, periódicos, clubes y, más de una vez, una relación de cercanía espacial en el mismo barrio o localidad. Todo eso ayudaba a recrear, y, al mismo tiempo, a transformar su marco de interacción social en relación con la sociedad de origen. Naturalmente, cabe diferenciar en cada caso cuál fue la representa-

tividad real de las colectividades de emigrantes dentro del conjunto de los emigrantes. Pero a menudo, como en el caso del movimiento obrero, es la fracción organizada de un colectivo social la que escribe su historia.

Las comunidades organizadas de emigrantes jugaron así incluso un activo papel político y social sobre el país de origen en tanto que colectivos, instituciones o asociaciones, y por lo tanto articularon un marco para la organización y canalización maximizable de las energías de los retornados. Pero también prestaron su apoyo a proyectos políticos, sociales o económicos globales dirigidos hacia el país de origen, que devenía en sujeto pasivo de ese proyecto político. Así lo muestran los ejemplos de los emigrantes irlandeses, lituanos, eslovacos y polacos en norteamérica (Walsh 1985; Kantowicz 1975; Stolarik 1989). Y así, en proporción más modesta pero genéricamente semejante lo mostró también los casos de Galicia, el País Vasco y Asturias.

La perspectiva señalada nos lleva igualmente a considerar el espacio social de interacción en el sentido señalado por Morel y, más tarde, por Bourdieu (Morel 1972), como un ámbito en el que se desenvuelve la agencia social de los migrantes, y como un campo en el que distintas élites emigrantes, exiliados y transterrados políticos, grupos sociales y la acción del Estado (de origen o de destino), así como congregaciones religiosas y asociaciones diversas, también entran en juego, cada uno de ellos con intereses conflictivos. Y, asimismo, obliga a considerar la agencia de los retornados como algo más que una suma o acumulación de esfuerzos individuales. En más de un caso, también se trató de un proyecto coordinado y reforzado por actores colectivos, tanto en América como en la sociedad de origen. Por tanto, un producto de la acción colectiva.

b) En segundo lugar, un aspecto que solo se ha considerado de manera tangencial es que *la relación entre el país de origen y el país de destino de los migrantes no es necesariamente unidireccional*. No solo es un viaje de vuelta consistente en la importación de ideas, dinero y proyectos sociopolíticos desde las Américas a diversos lugares de Europa. Por el contrario, también es un viaje de ida. Una circulación, asimétrica si se quiere, en dos sentidos. En la dinámica asociativa de los emigrantes, en su articulación política y en

su transformación en «hombres nuevos» en la emigración operan también los estímulos, influjos e ideas recibidas en el Viejo Mundo, de donde más de una vez veremos que surgen los llamamientos, las iniciativas y los programas para la organización comunitaria e institucional, y en general para la acción colectiva de los emigrantes (Higham 1986; Glick-Schiller, Basch y Blancszanton 1992). Los retornados de América también volvían cambiados por el contacto con sus compatriotas emigrados, y no solo gracias a su integración en las sociedades receptoras.

A su vez, las colectividades organizadas de emigrantes adquieren un grado de autonomía de actuación, evolución y desarrollo con ritmos diversos de los de la metrópoli, ya que esos estímulos e ideas están sometidos a condicionantes externos y operan en medios sociales diferentes a los del país emisor. Por lo que, en el medio plazo, tiene lugar es una retroalimentación constante y, si se quiere, simbiótica entre las sociedades de origen y las colectividades emigradas a través del océano. Un proceso que sigue dos direcciones, aunque no con idéntica intensidad en cada uno de los sentidos, y que por eso hemos definido en alguna ocasión como una ósmosis (Núñez Seixas 1998a).

Con esto también queremos señalar que no solo es necesario contemplar la influencia de los migrantes de retorno como una adición de biografías o peripecias individuales cuyos protagonistas eran «hombres nuevos» forjados en las Américas. Su influencia, como muestran varios casos a escala microterritorial en España, también fue el resultado de la acción colectiva, particularmente de la organización y movilización consciente de los migrantes de ultramar. Este proceso contribuyó en buena medida a labrar una nueva identidad entre los propios emigrantes, e hizo posible la realización de proyectos colectivos concebidos por asociaciones y grupos organizados de emigrantes. Lo que obliga asimismo a considerar cuáles son los límites de esa movilización, su grado de impregnación en el conjunto de los emigrantes y las dinámicas de comportamiento colectivo en la sociedad de origen y en la sociedad de destino.

Los retornados acostumbraban a ser personas que vivían a caballo de dos mundos. Por esa razón, se caracterizaron con frecuencia por su sincretismo en las creencias, en los comportamientos sociales y en las ideas políticas, lo

que más de una vez desorienta al investigador. No siempre se debe exigir a los actores sociales concretos una absoluta coherencia de comportamientos, ni les debemos requerir el sujetarse a una estricta lógica propia del *homo economicus*. Por el contrario, es imperativo aprehender y conocer los moldes culturales a través de los que perciben la realidad que los rodea.

Esto constituye uno de los mayores desafíos al concentrarse en la agencia social de los emigrantes retornados: el intento de explicar de forma coherente una constante ambivalencia, si no una absoluta duplicidad de comportamientos y de intereses en dos mundos, el de origen y el de destino. Lo que transforma el análisis histórico de su agencia, individual y colectiva, en un ejercicio de historia transnacional, relacionado con los debates acerca del significado atribuido por los individuos a las prácticas simbólicas y valores en contextos distintos, sobre todo cuando esos individuos experimentan un contacto transnacional combinado con movilidad social y espacial. Y, por lo tanto, la racionalidad más o menos limitada que guía sus decisiones en cada uno de esos ámbitos (Gribaudi1992).

ALGUNOS PROBLEMAS TEÓRICOS Y METODOLÓGICOS ACERCA DE LA MIGRACIÓN DE RETORNO EN EL CONTEXTO IBÉRICO

Un problema básico que en el fondo sigue aquejando a buena parte de la producción historiográfica española (y de la portuguesa): un atroz ensimismamiento camuflado de positivismo local, y su falta de integración de perspectivas comparativas, dando lugar a una multiplicación de monografías regionales o locales que apenas plantean problemas. Pero muchas de ellas se refugian en la estadística como valor *per se* (Devoto 1993a; Tabanera García 1998).

En este breve recorrido nos centraremos en algunos ejes temáticos y en un problema metodológico, que, sin pretender agotar el elenco posible de temas, sí intenta contribuir a alumbrar una suerte de «agenda de investigación» para las investigaciones futuras. Para ello, además de alguna de las propuestas formuladas por Eva Morawska hace algunos años (Morawska 1991), nos basaremos en nuestra propia experiencia investigadora y el examen de la investigación disponible hasta el día de hoy sobre emigración de retorno en el ámbito ibérico.

A) PROBLEMAS TEMÁTICOS

a) El primer desafío es la *cuantificación precisa* de los retornos en relación con el número total de emigrantes. Cuestión prácticamente irresoluble para la época preestadística, aunque no faltan algunos acercamientos más o menos laterales que muestran, curiosamente, cómo el dilema sobre el carácter innovador o conservador del retornado, de su éxito o de su fracaso, se manifestaba ya entre los que volvían de la *carrera de Indias* a la Extremadura del siglo xvi (Altman 1989: 247-74; Fair 1972).

Es cierto que el estudio de la emigración hispánica y portuguesa a América plantea numerosos problemas en lo relativo a su cuantificación precisa, pues pasajero no es igual a migrante, y la emigración clandestina es invisible en las fuentes oficiales. Además, existe un porcentaje de emigración legalmente encubierta (emigrantes que burlan las normas oficiales, por ejemplo) pero no clandestina. Además, las estadísticas españolas de emigración por mar, como es sabido, no son homogéneas para todos los periodos, ni siempre permiten desagregación de los datos por provincias. Pero si por lo menos en estos casos pueden establecerse series aproximativas y comparar listas de salidas con estadísticas de desembarcos de países de acogida, la cuantificación de los retornos se revela especialmente problemática. Las estadísticas de salida y entrada de pasajeros por mar no permiten discernir los retornos temporales de los definitivos, ni tampoco diferenciar entre una o más salidas de un mismo emigrante. Como mucho, pueden aplicarse mecanismos correctores, o considerar que varias salidas de un mismo emigrante se pueden compensar con varias entradas de otros emigrantes. Existen, sin embargo, cálculos ponderados más o menos fiables, tanto para el conjunto de España y Portugal como, a escala regional, por parte de otros autores (Vázquez González 2000: 350-54; Eiras Roel 1992b; Yáñez 1994: 220-25). Tampoco sabemos el porcentaje de emigrantes que consideraban su emigración como temporal desde el primer momento. Pues, a diferencia de Italia, los emigrantes no estaban obligados a hacer constar si su voluntad de emigración era temporal o definitiva, algo que por lo menos proporciona una estimación de cuál era su propósito inicial. De ahí que se revele problemático responder a una cuestión clave que también se vincula con

la cuantificación: ¿Hasta qué punto los emigrantes que planeaban volver a casa eran diferentes en su perfil socioprofesional, de edad, nivel de alfabetización, o modalidades de inserción laboral, de aquellos que no habían previsto retornar?⁵⁶

La tendencia general en la investigación histórica consiste en destacar la existencia de altas tasas de retorno para los emigrantes españoles antes de 1930, que se estiman alrededor de un 50 por ciento de las salidas. Es, además, un problema que no desaparece al reducir la escala de análisis. Ni los padrones de habitantes municipales son siempre fiables en cuanto a su indicación de cuántos y quiénes son los «residentes ausentes», ni existen siempre listas de ausentes. En el caso español la información suministrada por esas fuentes es sumamente irregular, y varía no solo de municipio a municipio, sino también de década a década. Incluso en el caso de que se pueda disponer de una información estadística suficiente acerca de la migración de retorno a nivel local, no siempre es posible identificar a todos los retornados, ya que quienes no se establecieron de vuelta en su lugar de origen y prefirieron radicarse en la capital de provincia o en las grandes ciudades ibéricas no siempre dejaron rastro en las fuentes locales.⁵⁷

Otra cuestión es, sin embargo, la de establecer una posibles periodización de los retornos en función de variables macroeconómicas. ¿Son una respuesta a oscilaciones de los mercados de trabajo, tanto de la sociedad de acogida como de la sociedad de partida, lo que convertiría, a su vez, en cíclicos los movimientos de retorno según diferentes segmentos del contingente emigratorio (jornaleros agrícolas frente a empleados del sector servicios, por ejemplo)? ¿Son, al igual que las remesas, respuestas a los ciclos y coyunturas de los tipos de cambio? ¿Priman las estrategias y dinámicas microsociales sobre las macrosociales? En este aspecto resta mucho por hacer. Pero podemos formular de entrada una cierta prevención hacia las explicaciones meramente cuantitativistas o macroestructurales. Como nos han recordado

56 Esta es una cuestión planteada por Wyman (1993: 12-14). Para el caso español, vid. una primera aproximación en Frid (2001).

57 Por ejemplo, la tesis doctoral de X. M. Villa sobre los emigrantes gallegos en Puerto Rico encuentra altos porcentajes de retornados más o menos exitosos del ayuntamiento de A Guarda que, en vez de volver a esa villa, se establecieron en Madrid (Villa Álvarez 2000).

Baily o Moya, la emigración es un fenómeno en el que la lógica borrosa, el entrecruzamiento disperso y a menudo azaroso de numerosas trayectorias personales y familiares, discurre grosso modo entre unos límites o unos rieles marcados por las grandes tendencias y modelos *push-pull*. La cuestión es si eso nos ha de llevar a privilegiar el extremo opuesto, es decir, la acumulación de historias individuales sin ninguna voluntad de generalización. De hecho, cuando ha sido posible disponer de un elenco considerable de información prosopográfica homogénea que permitiese un análisis comparativo, los resultados demostraron ser satisfactorios.

b) ¿Cuál fue el *impacto económico* de la migración de retorno en las distintas regiones ibéricas? En este ámbito los avances son bastante mayores, y los interrogantes generales menores, aunque sí permanecen dudas sobre aspectos específicos. Podemos dividirlos en dos apartados.

b.1.) *La cuestión de las remesas*. Varios autores han puesto de relieve tanto la importancia de esos flujos globales de remesas como su periodización, y de manera más o menos acercada se ha estimado su importe (Bahamonde y Cayuela 1992; Vázquez González 2000: 887-931; Carnero Lorenzo 1991; Macías Hernández et al. 1999; García López 1992; Maluquer de Motes 1998; Alves 1994: 274-97). Del énfasis inicial en la importancia que revestiría la inyección de capitales reinvertidos después de 1898 en España, reavivando las actividades crediticias e industriales, se pasó a una mayor relativización y ponderación del impacto de esas remesas, valorando no tanto su importancia puntual en 1899-1902 como su distribución a lo largo de un amplio periodo que llegaría hasta 1930. Sobre todo en el caso de los historiadores canarios, gracias al uso imaginativo de fuentes seriales (libros de impuestos de transmisión de bienes y derechos reales) se pudo determinar de manera bastante fiable y acertada cuál ha sido la evolución por periodos de las remesas y, sobre todo, su distribución sectorial. La imagen general no ha cambiado mucho, por ahora: destinos preferentemente agropecuarios, con alguna participación en compra de bienes inmuebles rústicos y, andando el tiempo, urbanos, en crédito, pero también en empresas y actividades económicas consideradas *seguras*, siguiendo los ritmos de las fluctuaciones económicas coyunturales de la economía del archipiélago. En Galicia o As-

turias, la tónica parece ser semejante: búsqueda de valores y sectores seguros. Y lo mismo puede afirmarse de otras zonas peninsulares de mayor dinamismo económico e industrial, como Cataluña. En este sentido, la conducta económica de los indianos asturianos o gallegos de éxito no difería gran cosa, en cuanto a la estructura y destino de sus inversiones, de los burgueses contemporáneos, si bien quienes se habían enriquecido en el comercio colonial y portuario introdujeron algunos hábitos más competitivos.⁵⁸

Lo que seguimos sin conocer con precisión es el monto y distribución de las remesas a niveles y escalas más reducidas, la circulación de esos capitales a través de redes bancarias locales y en forma de giros de monto escaso repartidos a lo largo del tiempo, fuera de ejemplos localizados (Villares 1997: 249-54; Soutelo 2012). El acceso a epistolarios y fuentes personales quizás nos permita conocer cuál fue la importancia de esas remesas en las estrategias económicas de los grupos domésticos familiares. Pero, en todo caso, la impresión general sigue estando vigente: las remesas de América contribuyen a consolidar la pequeña propiedad campesina, tanto en Galicia como en Canarias y Asturias.

b.2.) Diferente es el juicio que, sobre todo a ojos de los coetáneos, mereció la *conducta económica* de los retornados. Aquellos fueron víctima del típico *décalage* entre expectativas y realidades. En Galicia y Asturias, por lo menos, la imagen en parte idealizada que se construyó del emigrante como posible agente regenerador de España, vivificador de la economía local e impulsor de la iniciativa individual y del progreso técnico, contribuyó después a satanizar a los retornados. La constatación de que su conducta económica se movía por pautas de estricta racionalidad en función de la información de que disponían, y por lo tanto invertían en sectores productivos seguros, fue causa de honda desilusión entre numerosos tratadistas peninsulares antes de 1940. De cualquier modo, los retornados emprendedores tampoco estaban ausentes en empresas innovadoras o en la introducción de nuevas tecnologías: capitales indianos hay, por ejemplo, tanto en las nuevas

58 Sobre Cataluña, vid. algunos ejemplos en Sonesson (1995: 165-94), Solá Parera (2001), Rodrigo (2007) y Blasco Martel (2007), así como Sánchez Suárez (1992). Para Asturias, vid. Ojeda y Anes (1993: 94-97) y Erice (1995: 115-29). Para las Islas Canarias, vid. Carnero Lorenzo (2001). Sobre el País Vasco, vid. Siegrist de Gentile y Álvarez Gila (1998: 161-94).

industrias eléctricas rurales de Galicia en la década de 1920 como en la industria conservera (Carmona 1982). Pero la especulación inmobiliaria en las ciudades o la práctica del préstamo a pequeña escala tampoco faltaron, si ese resultaba ser el destino más seguro para los capitales indianos.

c) La *incidencia social de la emigración de retorno*. Aquí comienzan a aparecer los problemas, pues la gran mayoría de los estudios se basan en generalizaciones e inducciones a partir de ejemplos conocidos, algunos recorridos prosopográficos o imágenes literarias, testimonios coetáneos a los hechos y otras evidencias indirectas. De este modo, en lo referente a la movilidad social, contamos aún con evidencias empíricas directas demasiado escasas que nos permitan ir más allá de una afirmación hipotética. La emigración favoreció, en términos generales, la movilidad social ascendente. Pero los casos de enriquecimiento o de ascensión social espectacular son, pese a su visibilidad, escasos dentro del conjunto de retornados y emigrantes, aunque puedan haber constituido un importante colectivo dentro de las élites sociales de la región de origen (Erice 1999). Más bien cabe hablar, por lo menos entre el colectivo de retornados, de una gran variedad de éxitos relativos. Es decir, de una acumulación suficiente de ahorros para modernizar y consolidar la explotación campesina familiar, convertirse en mediano propietario más o menos emprendedor, abandonar el trabajo manual y poder contratar jornaleros, instalar una tienda o un pequeño comercio, etcétera. Este modelo no era muy distinto del predominante entre los emigrantes portugueses y españoles a Europa central y occidental desde la década de 1950.

Igualmente, nos queda todavía por conocer al detalle cuál fue el papel social y la efectividad real del capital simbólico y de sus manifestaciones externas en la consolidación del ascenso social, relativo o absoluto. ¿Cuáles fueron las estrategias de ascenso y cooptación hacia las élites locales y/o regionales? ¿Cuál el potencial innovador que en esa renovación de élites (total o parcial) estaba implícito? ¿Cuál fue el grado en el que esas estrategias conformaban unos rasgos distintivos? A la postre, ¿acaso no representan los retornados de América un caso más de ascenso social a la burguesía, o a lo que se ha dado en llamar pequeña burguesía o clases medias, y por lo tanto no serían sus parámetros comparables a los usados para estudiar aquella, in-

cluso en su proceso de «burguesización»? (Crossick y Haupt 1995). Quizás deberíamos constatar la paradoja de que los retornados (americanos, indios, habaneros, *brasileiros*, *amerikanuak* y así sucesivamente) no existen tanto como grupo social consciente, sino como realidad construida desde fuera. Pues el deseo de esos retornados no sería sino integrarse en grupos sociales preexistentes o en formación.⁵⁹ Esto se relacionaría con su agencia sociopolítica, como veremos.

Sabemos algo más acerca de lo que fueron las influencias del retorno de la emigración en el plano de la vida cotidiana. Por una parte, está el impacto urbanístico de los retornados: las nuevas construcciones y casas, la proliferación de quintas de indios y de edificios modernistas en algunas ciudades, la expresión más visible del capital simbólico con el que querían exteriorizar su ascenso social los emigrantes enriquecidos. Pero también hay que tomar en consideración a los retornados menos enriquecidos que sí pudieron ampliar y mejorar la casa familiar gracias a los dineros ganados en América (o, décadas más tarde, en Centroeuropa). Estos aspectos están, sobre todo en Asturias, estudiados exhaustivamente, más desde un punto de vista artístico-arquitectónico y descriptivo que desde la perspectiva de la historia social (Álvarez Quintana 1991; Franco Taboada 1989; VV. AA. 1990). Más allá de la descripción pseudocostumbrista de las formas de vestir, los atuendos más o menos exóticos de los indios, su lenguaje pintoresco mezcla de americanismos con el idioma y/o los dialectos locales, la introducción de recetas culinarias trasplantadas de otras latitudes, y un largo etcétera, facetas sobre las que ya existen muchas descripciones, faltan aún por calibrar adecuadamente dos aspectos cruciales.

En primer lugar, cabe preguntarse por la base de veracidad real, o cuando menos de verosimilitud socialmente operativa, de esos arquetipos icónicos recurrentes del retornado o del indio: ¿Hasta qué punto existen imágenes preconcebidas que datan ya de la comedia clásica del Siglo de Oro —el indio, símbolo de la decadencia de España, ataviado con exóticos atributos, entre los cuales ya aparece el papagayo—? Esto nos llevaría al punto de los imaginarios, que trataremos más adelante.

59 Así lo confirma el caso de Portugalete: vid. Siegrist de Gentile y Álvarez Gila (1998: 188-90).

En segundo lugar, es necesario investigar, más que el exotismo en sí de los retornados, el impacto que sus nuevos hábitos de consumo, visiblemente adquiridos en ámbitos urbanos latinoamericanos, ejercía sobre la predisposición a emigrar de los que se habían quedado en la aldea o en las zonas de origen en general. Aspecto en el que inciden algunos estudios italianos, y que también sugieren varios testimonios autobiográficos de emigrantes.⁶⁰ Es decir, el impacto de esos nuevos hábitos tiene que ser medido más bien por la reacción que causaron en los que se quedaron, pues hicieron más visible el ascenso social y provocaron un contraste que actuó, a su vez, como poderoso factor de expulsión para retroalimentar la corriente migratoria, no solo en sectores sociales subalternos –imitación de los nuevos ricos–, sino incluso en sectores sociales hasta entonces acomodados –amenazados por la nivelación social que introducían los retornados–. En este sentido, la emigración de retorno redimensionaba el espacio local, insertándolo plenamente en una red de contactos y referencias más amplias. Pero los retornados también introdujeron en ámbitos rurales y semiurbanos una mayor preocupación por el civismo, por la erradicación de costumbres rurales consideradas antimodernas; y contribuyeron, más allá de su alineación política concreta y sus fluctuaciones, a una mayor articulación de la sociedad civil. Así, por lo menos, se puede apreciar en Galicia (Domínguez Almansa 1997; Núñez Seixas 1998a: 369-72).

d) *Incidencia sociopolítica de la emigración de retorno*, en particular su aportación a las formas y dinámica de movilización social en las zonas de origen de los emigrantes. Aquí, pese a la existencia de algunas pinceladas de calidad en varios estudios sobre el caso asturiano, es sin duda el caso gallego el más estudiado. Y el protagonismo corresponde en este caso más a los «americanos» que los clásicos «indianos» de leontina de oro.

La presunción de que la emigración inhibe la protesta y actúa como válvula de escape de las tensiones sociales, actuando de agente adormecedor de la movilización social, parte de una ecuación en exceso simplista: a mayor pobreza, mayor presión demográfica sobre los recursos, mayores posibilidades de articulación de la protesta (Núñez Seixas 1999a). Empe-

60 Ejemplos italianos en Franzina (1996: 187-209). Para referencias autobiográficas, vid. Fernández Saavedra (1986: 18-19) y Vejo Velarde (1976: 45-48).

ro, como la propia investigación histórica sobre los movimientos sociales «tradicionales» ha puesto de manifiesto, y como ya habían señalado algunos estudios clásicos sobre la migración de retorno escandinava (Hovde 1934; Scott 1946), para que se produzca una movilización de un colectivo no basta con que ese grupo de personas comparta la percepción de sufrir una situación de agravio o injusticia compartida. Los recursos materiales e inmateriales, junto con la presencia de una estructura de oportunidades adecuada, son requisitos necesarios para favorecer la acción colectiva, al igual que la elaboración de un marco de intelección común de la realidad y la división o la debilidad de las élites dominantes también favorecían la articulación de la acción colectiva por parte de los dominados.

En este sentido, la importante agencia social de los emigrantes retornados de América en Galicia en las zonas rurales y semiurbanas de su país de origen, sea como producto de la acción colectiva de los emigrantes organizados o como fruto de las aportaciones dispersas pero constantes a lo largo del territorio gallego de decenas de retornados anónimos, nos llevan a corroborar las hipótesis apuntadas. Para que se produzca un impacto sociopolítico notable de los emigrantes retornados también es preciso que existan compañeros de viaje, cierta movilización en la sociedad de origen. Los *americanos* gallegos, en este aspecto, eran más activos porque los agricultores gallegos también eran más activos en la lucha antiforal y anticaciquil que los campesinos asturianos, canarios o cántabros; porque poseían un movimiento agrarista –en cuya gestación inicial apenas participaron los emigrantes– mucho más potente y libre en mayor medida de tutelas confesionales que los campesinos de otras zonas; y porque, en ausencia de núcleos urbanos con una influencia que rebasase su *hinterland* más inmediato, el protagonismo de los emigrantes a América se tornaba más intenso y visible. Eso no era necesariamente así en zonas donde existían otros sectores sociales que ejercían de vectores principales de la movilización social.

Por otro lado, la existencia de un marco de oportunidades favorable en esta banda del mar también provoca la retroalimentación constante. Como ya hemos señalado, la existencia de objetivos viables y concretos en las zonas

de origen, así como el surgimiento de élites políticas locales anticaciquiles, aliados políticos y sectores sociales, ofrecía unos canales a la movilización de los emigrantes gallegos, o por lo menos a aquella parte de los emigrantes que se comprometía colectivamente. Dentro, por ejemplo, del territorio gallego podemos diferenciar entre la Galicia meridional, donde los retornados procedían en su mayoría de Argentina y Brasil, y operaba un movimiento agrario más radicalizado que se orientaba de modo decidido hacia la abolición de los foros; y la Galicia septentrional, donde la agencia social y el modelo de interacción entre emigrantes y retornados con la sociedad local presentaba más semejanzas con el caso asturiano, es decir: una presencia mayoritaria de un movimiento agrario reformista cuyo objetivo primordial era la promoción del cooperativismo y en el que era mayor la influencia del catolicismo social, y unos retornados que procedían en su gran mayoría de Cuba. No en vano la movilización sociopolítica de los emigrantes galaicos en Cuba también era más moderada y menos rica en matices —y, sobre todo, en interacciones con las corrientes obreristas del país de acogida— que en el caso de sus compatriotas de Argentina (Núñez Seixas 1998b).

Pero de la misma manera la relativamente abierta estructura de oportunidades que ofrecía la España de la Restauración (sufragio universal, Ley de Asociaciones, Ley de Sindicatos Agrícolas, divisiones entre los partidos dinásticos en 1898) permitía que, a diferencia del Portugal o de la Italia de la época, la actividad transformadora en el plano sociopolítico de los emigrantes de retorno, y particularmente de las Sociedades de Instrucción y de las colectividades organizadas de emigrantes gallegos en general, fuera mucho más acusada.

De todas maneras, una constatación continúa siendo inalterable. La gran variedad y lo heterogéneo del colectivo de retornados no circunscribe su influjo a un único movimiento social, terreno político o corriente ideológica.⁶¹ Tampoco es sencillo establecer una ecuación simplista entre mayor o menor éxito económico y posicionamiento político-ideológico al volver a su comunidad de origen. Como también es difícil establecerla en-

61 Como muestra, por ejemplo, la variedad del colectivo de retornados gallegos de Puerto Rico que participaron en la política local de sus ayuntamientos de origen hasta la década de 1960: vid. Villa Álvarez, 1998: 185-218.

tre posiciones políticas: pongamos por caso, las sostenidas por varios notables gallegos o vascos en política interior argentina de la primera mitad de siglo, muy distintas de su proyección política hacia la sociedad de origen, incluso en el ámbito de la izquierda obrera. El ámbito de referencia y el de pertenencia no siempre coinciden, y los individuos pueden desarrollar lealtades políticas diferentes en cada ámbito cultural y geográfico en que operan. Así, también hubo “indianos” y “americanos” menos pudientes que negociaron como auténticos emprendedores políticos con los movimientos sociales que podían liderar o utilizar en su búsqueda de ascensión o reconocimiento social y político-institucional. Se han registrado así numerosos casos en Galicia y Asturias de retornados que comenzaron como agitadores anticaciquiles y terminaron, previa captación para la élite municipal de la dictadura de Primo de Rivera, apoyando años después de forma más o menos entusiasta al régimen franquista. Y a pesar del anticlericalismo que se les suponía, el conjunto de sus valores sociales solía estar impregnado de meritocracia y respeto por la propiedad. De ahí el estereotipo negativo que sobre los retornados de América también circulaba, por ejemplo, entre la izquierda obrera del periodo de entreguerras.

Cuestión debatible son las motivaciones de los actores a la hora de embarcarse en la política, y los retornados no fueron una excepción. Podemos señalar para el caso galaico, pero tal vez también para otros ejemplos peninsulares, que el liderazgo de sociedades agrarias, bandos anticaciquiles, sindicatos o periódicos anti-*establishment* constituyó igualmente una manera de hacer corresponder al ascenso social un lugar bajo el sol del poder político. A pesar de esas y otras ambigüedades en su comportamiento, estos retornados también contribuyeron a generar una fértil dinámica de articulación de la sociedad civil. Todavía sabemos poco sobre la agencia sociopolítica de los retornados en Asturias. Con todo ya algunos testimonios clásicos apuntaban que buena parte de los indianos habían apoyado opciones republicanas reformistas (como el Partido Reformista de Melquíades Álvarez), y más tarde se convertirían en partidarios del régimen de Primo de Rivera. También se han señalado para algunos ayuntamientos orientales y occidentales dinámicas de actuación política de los retornados relativamen-

te semejantes a las registradas en Galicia (Oliveros 1982; De Goeje 1997; Rodríguez González 2000: 149-50; 1992: 285-98). Menos aún sabemos sobre esta cuestión en el País Vasco o Cantabria.⁶² Un análisis comparativo más amplio permitiría comprobar si el modelo gallego se puede aplicar a otros territorios ibéricos.

Por otro lado, hemos descuidado un tanto un aspecto no menos relevante. Las modalidades de intervención sociopolítica de los emigrantes y retornados en las sociedades de partida no solo se han de medir en función de la mayor o menor existencia de una estructura de oportunidades favorable, de la presencia de aliados potenciales o de la mayor o menor división de las élites dominantes locales. Los países de destino y las modalidades de participación en la vida sociopolítica de las sociedades de acogida operaron también una influencia diferencial en las diversas capas u «olas» de emigrantes, lo que se relacionaba también de manera directa con las modalidades de inserción social de cada colectivo regional en cada ámbito de recepción. Pero en eso también tenía influencia otra variable: el grado de movilización y politización que presentasen las colectividades organizadas de emigrantes en los diferentes países. Algo claro en los gallegos, pues las sociedades de emigrantes de Buenos Aires se distinguían por un grado de compromiso político bastante diferente del que caracterizaba al tejido societario galaico en Cuba, lo que no se debía tanto a causas estructurales —diversa composición sociológica del colectivo migrante o distinta inserción sociolaboral— como meramente contingentes y de estrategia política de grupos concretos dentro de las élites inmigrantes. Esto es: era un resultado de estrategias diferenciadas de liderazgo étnico (vid. capítulos 11 y 12).

Incluso en el caso de los gallegos, de los que los patrones de inserción sociolaboral son muy semejantes a lo largo de todo el continente americano, con no demasiadas excepciones —sector servicios urbanos, comercio minorista—, puede apreciarse una diferencia a la hora de escudriñar en las modalidades de incidencia de los retornados de diferentes países en ámbitos locales donde coexisten cubanos y argentinos (por ejemplo, el ayuntamiento pontevedrés de A

62 Sobre los *indianos* vascos y cántabros hay todavía mucho por investigar. Vid. no obstante algunos datos en Lhande (1971 [1910]: 138-39); Siegrist de Gentile y Álvarez Gila (1998: 169-70, 190); Pereda de la Reguera (1968); Soldevilla Oria (1992: 291-314).

Estrada).⁶³ Sobre esta cuestión, sin duda, nos falta aún mucho por profundizar, sobre todo en aquellos ámbitos donde coexistían distintos estratos de retornados, procedentes de destinos migratorios también diferentes. Ya que, pongamos por caso, el patrón de actuación de los cubanos en la comarca de Ferrol no parece diferir mucho de lo característico de los argentinos en el Baixo Miño. Las diferencias genéricas quizás radican más en el tipo de movilización endógena del lugar o comarca al que los retornados se suman a su vuelta.

e) El *imaginario de y sobre los emigrantes retornados*. Nos encontramos aquí con un fascinante problema de historia sociocultural. Cuestión que acostumbra a ser despachada con cuatro citas de autores literarios de gran éxito, sin reparar en su verosimilitud y en su difusión social real. Y aun, en ocasiones, se cita sin mayor reflexión pasajes de obras literarias muy posteriores a la época que se quiere retratar. Eso puede llevar a auténticos anacronismos: ¿Por qué suponer que un escritor se informa mejor, aunque incluso viva en un entorno migratorio, que un historiador? Como bien señalaba Monteiro (1994), no hay que olvidar que sobre el retorno se ha construido un discurso mítico por parte de los diversos actores involucrados, de manera directa o indirecta, en el fenómeno migratorio, desde el Estado a los propios emigrantes que elaboran una imagen de regreso conforme al resultado de su experiencia migratoria. A nuestro juicio, tratar del imaginario social de los retornados presenta cuatro tipos de problemáticas interrelacionadas.

Primera, que constituye una cuestión básica de la Historia sociocultural: la difusión social de los diferentes géneros literarios, su capacidad de recepción y su mayor o menor capacidad de verosimilitud, de reflejo real de situaciones sociales. Cuanto mayor es la voluntad de estilo de un género literario, puede afirmarse por norma general que la importancia que reviste la verosimilitud de las situaciones es menos importante para garantizar su recepción. En este aspecto, centrarnos demasiado en las imágenes que sobre los indios transmitieron géneros literarios de escasa difusión popular, como podía ser

63 Sobre las diferencias entre «cubanos» y «argentinos» dentro de un mismo ámbito local, vid. Domínguez Almansa (1997). Este autor distingue, para el ayuntamiento coruñés de Teo (periferia de Compostela) entre diferentes *capas* o generaciones de retornados, una más conservadora que llegaría después del *Desastre* de 1898 procedente de Cuba, y otra de más radicales «porteños» que llegarían a partir del final de la I Guerra Mundial.

la novela realista de finales del XIX, nos puede llevar conclusiones engañosas. Por el contrario, creemos que se ha de avanzar más en la línea del estudio de las imágenes del indiano y del *americano* en el género teatral –el arquetipo del indiano es difundido realmente por el teatro menor en los siglos XVII y XVIII, a partir de caracterizaciones creadas por la comedia del siglo XVI, y así se transmiten al teatro popular costumbrista del siglo XIX y comienzos del XX–, en los cancioneros y en la publicística, así como en la prensa local y popular y, entrado el siglo XX, en la imagen visual transmitida por el cine.⁶⁴

Segunda, que en la evolución de las imágenes, y de los arquetipos literarios, tiene lugar una constante dialéctica entre imagen heredada y necesidad de verosimilitud, para que la imagen/estereotipo sea eficaz socialmente. Escudriñar qué es imagen heredada y qué es innovación producto de la interacción con la realidad social cambiante es la tarea que nos toca a los historiadores. En el caso del imaginario sobre los indios ibéricos, podemos señalar como hipótesis que data del siglo XVI, cuando se establecen sus rasgos tipológicos básicos, se extiende en los dos siglos siguientes, se mantiene en el XIX y se diversifica durante el primer tercio del siglo XX, enriqueciéndose con nuevos subtipos que corresponden a la interacción de las imágenes heredadas con las nuevas realidades sociales creadas por la difusión social masiva de la emigración y del retorno a sectores de población más amplios. Se incorporan así nuevos elementos discursivos y renovados arquetipos. Sobre todo, el retornado revolucionario y anticlerical, que se suma al anterior nuevo rico engreído. Y la imagen del buen indiano, propagada tanto por los propagandistas de las bondades de la emigración como por las élites intelectuales de las colectividades emigrantes, influidas en gran medida por la revalorización que el regeneracionismo llevó a cabo de la figura del emigrante.⁶⁵

En tercer lugar, un elemento en el que cabe profundizar es en la auténtica influencia que esos imaginarios sobre el retornado tuvieron en sus ámbitos

64 Un buen ejemplo es Álvarez Gila (2000). Sobre el indiano en el teatro menor de los siglos XVII y XVIII, vid. los trabajos de Rípodas Ardanaz (1986, 1991). Para Galicia, vid. Núñez Seixas (1998a: 313-39, 352-69). Sobre el retornado de América en el cine español, vid. Larraz (1999).

65 Vid. Núñez Seixas (1999a). Sobre la formación de la imagen de los *brasileiros* en Portugal, vid. Silva Brummel (1987: 47-64, 108-41), así como Valério (2000).

sociales de origen, y sobre todo en qué medida se difundió a través de ese imaginario la «fiebre de la emigración» –por utilizar la expresión de Moya (1998)–, y se moldearon los marcos de intelección de los individuos. Si, como señalamos, la memoria de los indianos enriquecidos parece surgir en las memorias de los emigrantes como un determinante de su voluntad de emigrar, también cabe preguntarse por qué la imagen de los fracasados, que era igualmente difundida y conocida, no les influía tanto. Y también cabe preguntarse si los indianos que nos describen a menudo los relatos autobiográficos y los testimonios orales de los emigrantes corresponden realmente a la realidad percibida en su momento, o si consisten mayormente en una reelaboración posterior y retrospectiva, alimentada por modelos iconográficos y literarios conocidos y extendidos en la esfera pública.

En cuarto lugar, una cuestión abordada desde la Historia de la Literatura y desde la Sociología es la construcción social de la identidad del retornado por él mismo, como individuo y como grupo. Se trata de una imagen caleidoscópica, borrosa y con múltiples facetas, construida en una permanente tensión entre su identidad de emigrante/exiliado y su voluntad de reintegración social en su ámbito originario, pero en el que todo cambió (o, cuando menos, se percibe que así fue). De ahí que no falte quien proponga incorporar el psicoanálisis al estudio del retorno como fenómeno social e histórico. La metodología de la Historia Oral, y las historias de vida, nos permiten descubrir múltiples aspectos, que se complementan con el aspecto más tratado: la experiencia literaria del retorno por parte de escritores exiliados o emigrantes.⁶⁶ Igualmente, nos posibilitan profundizar en un aspecto solo tratado hasta ahora de manera lateral: la vivencia y experiencia de la emigración de retorno por parte de sus propios protagonistas. A través de ello, obtendríamos el elemento que nos falta –la reacción del retornado ante el mundo que encuentra– para comprender el juego de espejos que es el fenómeno social del retorno. E, igualmente, quizás podamos acercarnos a la cuestión de la identidad colectiva de los «americanos»: ¿Hasta qué punto actuaron en sus sociedades o ámbitos sociales de origen

66 Vid. varias de las contribuciones recogidas en Duroux y Montandon (1999), centradas en la *experiencia literaria del retorno*, si bien en su mayoría se refieren a exiliados, y no a emigrantes en sentido estricto.

como *americanos* conscientes, con identidad de grupo? En el caso galaico, por ejemplo, registramos con anterioridad a 1936 la existencia a nivel local de asociaciones de *habaneros* o de Centros de Emigrantes, que mantenían una identidad grupal específica a través de celebraciones y reuniones. Desde la década de 1960 también existen algunas asociaciones de emigrantes retornados en diversos puntos de la geografía ibérica. De cualquier modo, la representatividad que estas últimas se pueden arrojar respecto del conjunto de los retornados suele ser discutible, aunque constituyan la expresión más visible de ese colectivo.

El problema reside una vez más en cómo evitar el impresionismo descriptivo, por una parte y, por otra, en cómo medir el carácter representativo de las muestras orales o de las historias de vida respecto del conjunto de los retornados y emigrados. Eso no solo es una dimensión cuantitativa, sino que también atañe a la trascendencia que se pretenda conferir las conclusiones cualitativas del estudio. En nuestra opinión, se trata de un enfoque complementario, pero no autosuficiente.

B) PROBLEMAS METODOLÓGICOS

En nuestra opinión, y como ya expusimos, el problema básico con el que se enfrenta la investigación sobre la influencia de la emigración de retorno, no ya en el caso ibérico, sino también en el de la mayoría de los países europeos, es el de determinar la auténtica representatividad de las muestras empíricas, del elenco de ejemplos de emigrantes retornados estudiados.

La práctica totalidad de los modelos existentes se basan en el uso y, a veces, el abuso de la inferencia inductiva. En primer lugar, en el contraste de entrevistas orales, cuya aplicación para épocas anteriores siempre plantea problemas metodológicos, y que puede dar lugar a disfunciones y anacronismos interpretativos. Como es sabido por la experiencia de la Historia Oral, lo que los individuos recuerdan no es la realidad, sino sencillamente una memoria elaborada y más o menos idealizada de su vida, la representatividad de la cual hay que establecer (tanto a respecto del total de emigrantes como a respecto del total de retornados). Por otra parte, impera también en esos estudios el recurso a la acumulación, contraste y análisis

de referencias y testimonios coetáneos en fuentes hemerográficas, literarias, publicísticas, libros de viajes, etcétera. Pero ello plantea problemas de índole semejante. Sobre todo, entre los escritores de cierta entidad: por ejemplo, la visión pintoresca y condenatoria de los retornados transmitida por Armando Palacio Valdés, por Emilia Pardo Bazán o por Camilo Castelo Branco, quienes también adaptaron en su obra las imágenes de los indianos que circulaban en su época y en sus entornos sociales próximos.

En este sentido, entendemos que el acudir a la literatura de masas, la publicística, las obras de teatro popular, proporciona un mejor acercamiento a los imaginarios sociales. Es decir, los géneros literarios menores que, a pesar de no estar libres de la tendencia a reproducir de modo mimético arquetipos preexistentes, buscaban sobre todo recrear situaciones sociales más o menos verosímiles, con las que el público se pudiese identificar fácilmente. El desafío para los historiadores consiste en hallar un equilibrio cualitativo entre estereotipos y realidades. Pues la generalización a partir de ejemplos aislados tomados de algunos grandes escritores puede llevar a una nueva reproducción de tópicos y lugares comunes.

Incluso cuando se dispone de fuentes más o menos cuantitativas que recopilan datos prosopográficos de indianos, generalmente de éxito económico, no desaparecen los problemas. Hay excepciones, como la encuesta parlamentaria sobre la emigración portuguesa, incluyendo a los retornados, que fue realizada por la Cámara de Diputados lusa en 1873; o el censo de 1043 indianos asturianos realizado por Ignacio Herrero de Collantes en 1913 (Alves 1994: 258-74; Anes Álvarez, Otazu y Llana 1987). En este caso, pese a disponer de una fuente homogénea que permite un tratamiento estadístico y cualitativo combinado, no nos soluciona el determinar qué porcentaje representan esos indianos respecto del total de los que emigraron en diversas épocas. No sabemos si estos censos pueden ser considerados suficientemente representativos del conjunto de los emigrantes de retorno. Al menos, identificar a una serie de indianos nos permite conocer una serie de características internas de ese colectivo. Con lo que disponer de esas fuentes nos permite establecer pautas tipológicas de comportamiento del grupo en relación consigo mismo, lo que ya es bastante.

Sin embargo, sigue siendo una asignatura pendiente el conocer al mismo tiempo el porcentaje de retornos, los éxitos y los fracasos en relación al contingente que emigra, la correlación entre comportamiento económico, social, cultural y político al mismo tiempo. En definitiva, la búsqueda de la veracidad de las imágenes que nos transmitieron los contemporáneos y los propios indios. ¿Cuál puede ser la solución?

Una posible vía de exploración puede ser la escala microhistórica: reducir la escala territorial de análisis para responder a más preguntas y poder interrelacionar un número mayor de variables (Devoto 1997). Es lo que de manera ejemplar, llevó a cabo en su momento R. Kero para una región rural finlandesa (Kero 1972), y estudios posteriores han aplicado para una región de Suecia (Persson 2007). Pero para el caso ibérico sigue siendo aún una asignatura un tanto pendiente, en parte por los problemas metodológicos que esa opción conlleva. Se hace preciso seleccionar un ámbito territorial de análisis eficiente para nuestros fines (un ayuntamiento, o un grupo de ayuntamientos), y cruzar los datos obtenidos de fuentes seriales, demográficas o fiscales con otras de naturaleza cualitativa (prensa local, eventualmente fuente oral, etc.) que nos permitan responder a los interrogantes básicos. Es decir: cuántos se fueron, quiénes eran y a qué grupos sociales pertenecían; dónde fueron y por qué se dirigieron allí; qué hicieron en América (o el lugar de destino en general); cuántos retornaron y cuándo lo hicieron; qué grado de movilidad social experimentaron; qué hicieron después de regresar, y qué iniciativas tomaron en el terreno de la acción colectiva, y cuál fue su agencia social. A partir de ahí, será preciso aplicar a los resultados los modelos conocidos y comprobar si aquellos resultan operativos o no; y contrastar igualmente la realidad social taxonomizada con *finó bistori* con las imágenes imperantes en la esfera pública de la época.

Como ya hemos señalado, optar por el ámbito local y el análisis microhistórico no es ninguna receta mágica. Las fuentes fiscales suelen infravalorar la realidad, los padrones y las listas de ausentes no siempre contienen las mismas variables y datos, los retornados que no vuelven al ayuntamiento de origen figuran como no retornados, o, aunque vivan en el pueblo o pequeña ciudad de la que partieron, quizás invirtieron sus ahorros en otro lugar.

Es más, incluso en las fuentes cualitativas acostumbra a aparecer con más relieve el retornado que volvió a su ámbito social de referencia y origen, donde destaca y llama la atención, que quien se estableció en la ciudad, donde su impronta, aunque presente, es menos visible. Obviamente, para el período de posguerra y para los retornados de la emigración europea, el seguimiento de sus inversiones y actividades se complica todavía más, aunque un método alternativo usado profusamente han sido las entrevistas múltiples en diferentes puntos geográficos, combinado con el acceso más o menos puntual a estadísticas oficiales y, en algunas ocasiones, a otro tipo de fuentes fiscales o administrativas. Pese a no eliminar los problemas de representatividad de las muestras, cuando menos permite una aproximación y un ensayo de tipologización. Sobre todo, cuando se opera en ámbitos espaciales concretos.⁶⁷

Con todo, y con las debidas cautelas, reducir la escala de análisis ofrece, por lo menos para la época de las migraciones ultramarinas de carácter masivo, la mejor alternativa a la reiteración de confirmaciones de lo que ya sabemos, con pocas novedades.⁶⁸ Solo los estudios locales permiten interrelacionar las dimensiones social, cultural y política de la emigración de retorno, como ha sido señalado por algunos autores gallegos (Soutelo Vázquez 1999, 2007, 2012; Pereira Bernárdez 2008). Y este fue el camino seguido por algunos estudios que analizaron la migración de retorno en algunos casos canarios, como el del municipio de Güímar (Gran Canaria) entre 1917 y 1934 (Yanes Mesa 1993, 2010). Este autor identificó 778 partidas, que corresponden a 731 emigrantes reales, calcula el porcentaje de los que emigran por barrios, averigua el destino de 528 emigrantes (67,8 por ciento del total), siendo Cuba el destino preferente (92,6 por ciento), seguida a distancia de Venezuela (3,03 por ciento). Solo repitió viaje el 6,48 por ciento de los emigrantes. De ellos retornó definitivamente al ayuntamiento

67 Un breve ejemplo se puede encontrar en el análisis de la conducta económica de los retornados de Europa central en Precado Ledo y Doval Adán (1987). Igualmente, vid. Rodríguez González (1998), que utiliza como fuente las demandas de licencias de obra de un ayuntamiento.

68 La monografía de Miguel Monteiro sobre la villa de Fafe (Monteiro, 1991: 249-318) incluye algunas trayectorias individuales de *brasileiros*, pero sin cuantificación. Vid. también Siegrist de Gentile y Álvarez Gila (1998: 161-66).

nada menos que el 70,45 por ciento de los emigrantes, siendo los regresos masculinos más numerosos que los femeninos.

¿Quién emigró? Ni los muy ricos, ni los más pobres –como se ha comprobado para otros lugares, como Portugalete o Salceda de Caselas–, porque el coste del viaje entrañaban un obstáculo para las familias de escasos recursos. De cualquier modo, los retornados no experimentaron un grado elevado de movilidad social, como muestran las fuentes fiscales. Veinte años después de haber emigrado, ningún retornado había ascendido a la cumbre del poder local y de la escala social. Solo tres retornados se sumaron a la corporación local durante la dictadura de Primo de Rivera, y otros tres más lo hicieron durante la II República. Igualmente, la economía local no acusó significativamente el impacto del flujo monetario provocado por la emigración. Entre los pequeños propietarios agrarios, los que emigraron y volvieron lograron consolidar su explotación, en particular la propiedad de su tierra. Pero solo los más afortunados consiguieron edificar una casa nueva, donde instalaron una pequeña tienda de comestibles. Las remesas de Cuba llegaron de modo regular al pueblo, distribuidas siempre en pequeñas cantidades enviadas por cada emigrante.⁶⁹

Sin duda, Güímar no es necesariamente el conjunto de las Canarias. Ni tampoco sus conclusiones son extrapolables, sin más reflexión, a otros casos ibéricos. Tal vez las dinámicas serían diferentes si hubiera habido emigrantes a Argentina o Brasil, pongamos por caso. Y el hecho de que Güímar se encuentre en una zona agrícola poco fértil puede haber contribuido a que los retornados invirtiesen sus ahorros en otras zonas. Con todo, afirmando con esa base empírica las cosas es posible avanzar más en nuestros conocimientos. Y así superar las visiones impresionistas de las que, hasta ahora, continuamos siendo prisioneros en la mayor parte de la historiografía europea (y norteamericana) sobre la emigración de retorno. Con todo, estudios locales como los expuestos, y los que vengan, tendrán que insertarse en un marco de discusión extracanario, extragallego o extraibérico, y contrastar sus resultados con tipologías, modelos y experiencias de otras latitudes.

69 Vid. también una recapitulación posterior, en este caso para un área de la isla de Tenerife, en Yanes Mesa (2012).

4. MODELOS DE LIDERAZGO EN COMUNIDADES EMIGRADAS. ALGUNAS REFLEXIONES A PARTIR DE LOS ESPAÑOLES EN AMÉRICA (1870-1940)

Dentro del nutrido campo de los estudios migratorios, uno de los aspectos menos abordados en perspectiva teórica e interdisciplinar es sin duda el problema de los notables y los liderazgos étnicos dentro de las colectividades emigrantes. Todavía hoy es posible afirmar, como hacía Marco Martiniello en 1992, que no existe un consenso sólido acerca de la naturaleza del liderazgo étnico sino, más bien, una multiplicidad de paradigmas y teorías de alcance medio elaboradas a partir del estudio de un caso o, a lo sumo, de la comparación de un elenco reducido de casos; y, asimismo, que no se han dado las condiciones para el surgimiento de una teoría global e integrada de qué es el liderazgo étnico, del estudio de las élites y del poder en colectividades emigrantes (Martiniello 1992). Con todo, desde los años cuarenta del siglo xx se han registrado numerosos avances, aunque de forma fragmentaria y desde diversas perspectivas, que permiten ofrecer una recapitulación teórica sumaria acerca de los principales problemas planteados por el estudio del liderazgo étnico en comunidades inmigrantes, particularmente en Norteamérica y América Latina.

Como no podía ser menos, las primeras discusiones acerca de la naturaleza y la función del liderazgo étnico surgieron al compás del debate abierto en Estados Unidos entre los partidarios del crisol de razas (*melting pot*) y los partidarios del paradigma del pluralismo cultural. Debate que, como es sabido, tuvo su traducción en otros países americanos –Argentina (Devoto 1992a), Brasil, etc.– hasta llegar a la suerte de consenso actual que incide, al menos en Norteamérica, no tanto en el crisol como en el plato de ensaladas variadas (*salad-bowl*). Para los partidarios de la teoría de la asimilación (Robert Park, Gunnar Myrdal y otros), la función de los líderes étnicos sería servir de meros intermediarios en el irremediable proceso de asimilación cultural de los inmigrantes en la sociedad receptora, paralelo a la modernización social y económica. Por el contrario, para los partidarios del paradigma del pluralismo cultural que surge en los años sesenta y setenta, al abrigo de la perplejidad sociológica desencadenada por la irrupción del mo-

vimiento de reivindicación afroamericano en Estados Unidos y la preservación, reactualización y/o reelaboración o reinención de categorías étnicas que seguían jugando un importante papel identitario y movilizador, el rol de los líderes étnicos sería el contrario. Se trataría no tanto de intermediarios necesarios en el proceso de aculturación y asimilación como de catalizadores y agentes difusores de una conciencia étnica dormida o reelaborada. Aquí se situaría el énfasis de, por ejemplo, Nathan Glazer y Patrick D. Moynihan (Glazer y Moynihan 1963).

El debate tenía raíces anteriores. Al menos, desde que William F. Whyte, tras un minucioso estudio de campo en un distrito italiano de Boston en 1943, llegase a la conclusión de que los barrios étnicos degradados o marginales de las urbes norteamericanas no eran territorios en los que imperaba el caos, sino que se trataba de subsistemas sociales (por emplear una categoría *seudoluhmanniana*) relativamente bien estructurados mediante redes sociales informales, en las que operaban una serie de roles sociales atribuidos y legitimados y jerarquías socialmente aceptadas (Whyte 1971). Era lo que se dio en llamar la sociedad de la esquina de la calle o *sociedad de las esquinas*. Gunnar Myrdal (1944) en su estudio del problema negro en Estados Unidos publicado en plena década de 1940, llegaba a una primera clasificación de los tipos de liderazgo étnico; y Alvin W. Gouldner se ocupó extensamente del papel de los liderazgos inmigrantes en los grupos afroamericanos, italoamericanos y judíos (Gouldner 1950). Doce años más tarde, el clásico estudio de Herbert Gans sobre los «aldeanos urbanos» otorgaba también un papel preeminente a la conformación de los distintos liderazgos étnicos dentro de las colectividades italianas inmigrantes de la ciudad de Boston (Gans 1962). Del mismo modo, durante los años sesenta varios estudios centrados en la comunidad negra norteamericana conferían un lugar esencial al papel de la élite dirigente afroamericana dentro de los procesos de toma de decisiones en el nivel local y a su rol como catalizadores del descontento social de la comunidad negra, expresado en los Panteras Negras o en el movimiento por los derechos civiles de Martin Luther King (Blázquez 1974).

Los estudios históricos sobre las oleadas inmigrantes en Estados Unidos dentro del periodo de la inmigración masiva (1880-1930), como es

sabido, proliferaron desde los años setenta. Dentro de ellos, un lugar más o menos destacado fue otorgado al surgimiento de liderazgos, notables y mediadores o *padroni*. Sin embargo, los intentos de sistematización y elaboración de tipologías fueron escasos. Se destacó sobre todo John Higham, con sus varios artículos y, particularmente, por *Ethnic Leadership in America* (Higham 1978). A este libro siguió una infinidad de monografías sobre diferentes grupos étnicos, además de una renovada atención a fenómenos como la conformación de grupos de presión económicos de base étnica, el fenómeno del *ethnic business* y la imbricación entre representatividad de los líderes étnicos, clientelas políticas e intereses económicos a través de redes microsociales de carácter comercial reforzadas por lazos de paisanaje.

Para otros países de destino y otros grupos migratorios, apenas contamos con estudios comparativos integrados a la perspectiva de los norteamericanos. Pero se puede considerar que el fecundo diálogo con la historiografía italiana y la propia tradición de estudios sobre liderazgo étnico norteamericano ha rendido frutos particularmente positivos en el caso argentino, con los estudios, entre otros, de Fernando Devoto sobre la élite inmigrante italiana en Buenos Aires desde mediados del siglo xix, de Alejandro Fernández sobre la élite comercial y asociativa española de Buenos Aires y otros núcleos entre finales del siglo xix y comienzos del xx, de María Bjerg sobre los líderes étnicos de la comunidad danesa, de Ángel Duarte sobre la élite política republicana hispánica en la Argentina, de Rómulo Gandolfo sobre los agnoneses y las asociaciones italianas en Buenos Aires, o el exhaustivo trabajo de José Moya sobre los españoles en la ciudad porteña, entre una miríada de estudios sobre otras ciudades argentinas y/o sobre otras comunidades cuya enumeración sería prolija y entre cuyos focos de atención siempre ocupaba un lugar importante, aunque casi nunca central el estudio de las élites inmigradas (Devoto 1984, 1986, 1989; Fernández 1987, 1989, 2001; Bjerg 1992, 1995; Duarte 1998; Gandolfo 1986, 1992; Moya 1998).

Faltaba quizás en el caso argentino (y latinoamericano en general) una reflexión teórica de más amplio alcance que tuviese en cuenta las aportaciones diversas y variadas de las investigaciones empíricas y adaptase o modificase las premisas teóricas elaboradas principalmente por la sociología

y la historiografía norteamericanas a las circunstancias concretas de Latinoamérica. Ya que, como Higham ha señalado y han puesto de manifiesto igualmente los trabajos comparativos de Sam Baily, entre otros, el contexto social de Argentina, Uruguay y Brasil y el entorno y las condiciones políticas de Estados Unidos son tan diferentes que resulta imposible generalizar patrones de adaptación y evolución de colectividades inmigrantes típicamente norteamericanos (Higham 1986). Asimismo, como ha señalado María Bjerg (1992:32), mientras en Estados Unidos han predominado los estudios basados en las presiones externas sobre los grupos étnicos inmigrantes, que a su vez han favorecido el surgimiento de liderazgos de protesta o de acomodación, en la Argentina, al estar ausente el factor de discriminación racial presente en Estados Unidos, los estudios se han centrado de modo preponderante en el surgimiento y la consolidación de jerarquías internas y endógenas dentro de cada colectividad étnica. Se abordaron así cuestiones como la movilización política interna y la participación política en la sociedad de acogida, el papel de las clientelas, las cadenas migratorias, las redes micro-sociales y los barrios étnicos.

¿Cuáles son los principales problemas y aportes teóricos de cada una de las tendencias existentes hasta ahora para el estudio del liderazgo étnico? Los tres enfoques clásicos en el estudio del liderazgo étnico en Norteamérica han estado marcados por las aportaciones de tres autores ya señalados: Whyte, Myrdal y Higham. Para el primero, el subsistema social de la «sociedad de la esquina de la calle» está determinado por la presencia de líderes, quienes son indispensables para la confirmación del grupo y sin los cuales este se fragmenta. El prestigio del líder radicaría en su juego limpio y en su capacidad de tomar las mejores decisiones en cada momento, en ser una suerte de maestro en la adopción de decisiones racionales. Para Whyte, no son los profesionales liberales y los grandes comerciantes los líderes más influyentes, por la sencilla razón de que ya salieron del gueto y su influencia es más externa que interna. Sin embargo, su esquema analítico parece más apropiado para el estudio de las típicas bandas urbanas juveniles norteamericanas –del estilo de las descritas en la película *West Side Story*– que para la comprensión de colectividades étnicas suprabarriales dotadas de

un grado más formal y estructurado de organización, cuando no provistas de un armazón institucional. Myrdal parte de la premisa básica de que líder es todo aquel que experimenta ascenso social. A partir de ahí, diferencia entre dos tipos clásicos de liderazgo: de acomodación y de protesta (Myrdal 1944). Los líderes «acomodaticios» no cuestionarían el sistema de castas y procuran conseguir una adaptación lo mejor posible a las pautas existentes. Los líderes «protestatarios» aspiran a cambiar el orden establecido y a destruir el sistema de castas, con su correlato de discriminación racial. Por ello, la mayoría blanca apoyaría y fomentaría el surgimiento del primer tipo de líderes y reprimiría a los segundos.

Desde una perspectiva historiográfica, Higham empieza por dar una definición de líder étnico que, aunque genérica, tiene la virtud de la polivalencia: líder sería, simplemente, toda aquella persona que ejerce una influencia decisiva sobre los demás coterráneos inmigrados en un contexto de obligaciones e intereses comunes (Higham 1978). A partir de ahí, este autor elabora una tipología del liderazgo consistente en tres modelos, de acuerdo tanto con la jerarquía interna del grupo inmigrante como con la percepción que de él tiene el mundo exterior: se trataría del liderazgo *recibido*, del liderazgo *interno* y del liderazgo *de proyección*. El primero (recibido) sería un liderazgo característico del periodo formativo de las comunidades étnicas, preexistente en el país de origen y trasplantado al país de destino: sus fuentes de poder o legitimación provendrían del Viejo Mundo y hallarían continuidad con las pertinentes adaptaciones en el Nuevo Mundo. Sería el caso, sin ir más lejos, de los sacerdotes católicos polacos o irlandeses y de los rabinos en Estados Unidos, en parte de los sacerdotes católicos italianos en la Argentina, de algunos pastores protestantes daneses en este mismo país o, aplicando ese tipo ideal a las colectividades hispánicas, de los sacerdotes vascos en América en general (Pienkos 1991; Brown 1966; Miller 1988; Berg 1992; Álvarez Gila 1999). Su eficacia en teoría tendería a disminuir conforme aumentase la naturalización de los inmigrantes en los países de acogida. Sin embargo, la experiencia histórica también muestra que varias de esas formas de liderazgo trasplantado o recibido se proyectaron a la segunda generación de inmigrantes nacidos en América.

El segundo tipo de liderazgo descrito por Higham es el interno, que nace dentro del grupo étnico y se desarrolla en su interior, a partir de individuos que, en principio, llegan al nuevo continente en una situación social relativamente similar (hijos de campesinos que arriban sin nada, pongamos como tipo ideal) y que gracias a su ascenso social y a su labor de portavoces del grupo se convierten tanto en sus representantes como en sus defensores ante el exterior. Las tareas de estos líderes étnicos internos serían al menos cuatro: 1) proporcionar servicios económicos a la colectividad inmigrante, o bien de orden espiritual, a través de vías formales y/o organizativas (asociaciones mutualistas) o de vías informales; 2) servir de catalizadores de la sociabilidad de grupo, favoreciendo la conformación de foros de expresión y comunicación común, tanto formales (prensa étnica, medios de comunicación sectoriales en general, fiestas y conmemoraciones o celebraciones) como informales (tertulias, reuniones, lugares de sociabilidad, etc.); 3) la defensa del país, región o *paese* de origen, en círculos de lealtad más o menos concéntricos, y 4) el progreso y avance de la colectividad étnica, cuidando de su prestigio y respetabilidad.

Finalmente, el liderazgo de proyección se refiere a aquellos individuos surgidos del grupo étnico que adquieren una audiencia superior a la del grupo con el que son identificados, y que de hecho se mueven en los márgenes de él o, simplemente, mantienen una vinculación débil y una implicación meramente simbólica. Pueden englobarse aquí los grandes hombres de negocios, políticos, militares, deportistas, etc., que se convierten en símbolos de su grupo étnico de origen a veces *malgré eux*. A su vez, establece Higham, en lo que se refiere a su situación central o periférica respecto del grupo étnico los líderes pueden situarse en los márgenes del grupo étnico y estar dispuestos a abandonarlo «bajo una delgada capa de lealtad», mientras a su lado se situaría un liderazgo «más positivo y dinámico orientado hacia el centro del grupo», categoría en la que engloba a los activistas políticos y culturales interesados en la construcción de imaginarios colectivos para el grupo étnico que resalten su afirmación diferencial (Higham 1978).

Estas serían las tipologías clásicas –y bastante básicas, podríamos decir– de liderazgo étnico, que en parte –hemos aplicado para el estudio del

caso gallego en América (Núñez Seixas 1992), y que de modo más o menos genérico han sido tenidas en cuenta por la mayoría de los autores argentinos que se han aproximado al tema. Sin duda, la tipología de Higham es la más completa y la más operativa, precisamente por su gran aplicabilidad en multitud de contextos históricos y situaciones particulares. A partir de estos modelos existentes para el estudio del liderazgo étnico podríamos identificar hasta ocho grupos de problemas teóricos y metodológicos suscitados por la escuela estadounidense de estudios sobre el liderazgo étnico, que se pueden generalizar también, en nuestra opinión, a los estudios migratorios en otros países americanos. Se trata de los siguientes:

1. *La naturaleza del liderazgo étnico y sus fuentes de poder y/o prestigio social*, por parafrasear a Michael Mann. En este sentido, se puede afirmar que no existe un modelo uniforme. Hay diferentes tipos de liderazgo dentro de cada una de las colectividades, y además esos liderazgos carecen por lo general de existencia legal y formalmente definida desde fuera, o reconocida por la sociedad receptora. Por el contrario, solo gozan de vigencia y aceptación dentro del espacio social específico en el que se mueven los grupos migrantes. El presidente del Centro Gallego de Buenos Aires, por ejemplo, no es *per se* el representante formal de los gallegos de la capital argentina ante la municipalidad o el gobierno federal, aunque puede jugar en ocasiones un papel en cuanto tal; un rey gitano de una comunidad puede ser un líder reconocido informalmente y de facto por el exterior en ocasiones –por ejemplo, para ayudar a las autoridades a resolver problemas de orden público o de naturaleza criminal–, pero no de modo legal y formal. Igualmente, no existe un criterio unívoco y universalmente válido para atribuir y medir categorías como la respetabilidad y el prestigio social que consideramos inherentes al liderazgo étnico, ya que son variables y condicionados por los contextos y los códigos culturales específicos de cada comunidad inmigrante.

Existe un cierto consenso epistemológico en identificar, en todo caso, la naturaleza del liderazgo con el ejercicio de funciones directivas en instituciones étnicas. Varios autores (Martiniello, Felli, Trygsvason y otros) definen la naturaleza del liderazgo étnico como el ejercicio de influencia sobre los

miembros del grupo en lo que atañe a sus comportamientos, sentimientos e intenciones por parte de los detentadores de posiciones elevadas en la jerarquía formal de las instituciones étnicas. La influencia, sea formal o informal, se vincula en todo caso a la posición ocupada de modo más o menos formalizado dentro de organizaciones y/o instituciones étnicas. Mo obstante, un problema obvio que plantea esta definición es que deja fuera de su alcance todos aquellos fenómenos que tienen lugar más allá del ámbito de las organizaciones étnicas formalizadas que, como es sobradamente conocido, a menudo solo representan como mucho a un 25 o 30 por ciento del colectivo inmigrante (Fallers 1967). Además, en las asociaciones mutualistas de inmigrantes se produce una clara sobrerrepresentación proporcional de profesiones no manuales y manuales cualificadas, que no ofrecen una imagen trasplantable a la del grupo étnico en su conjunto, sino que nos dan –salvo en el caso, casi excepcional en América Latina aunque no en Norteamérica, de encontrarnos con sindicatos de base étnica– una imagen más mesocrática y hasta elitista de aquel, como se ha mostrado para italianos y españoles (Moya 1998; Devoto 1989; Devoto y Fernández 1990; Clawson 1989).

Cierto es, asimismo, que los liderazgos étnicos plasmados en organizaciones formales son más visibles y preeminentes; pero su grado de eficacia e influencia social no necesariamente es equivalente a su visibilidad. Con todo, y por ser la opción teórica que presenta menos problemas hermenéuticos y de identificación del objeto de análisis, se trata de la acepción más extendida en el estudio del liderazgo étnico. Además, como se ha mostrado en diversos casos (Bjerg 1995; Gandolfo 1986), los liderazgos de facto basados en redes sociales informales (por ejemplo, típicos *padroni* en cadenas migratorias) muestran cierta tendencia a adquirir un grado variable de formalización y estructuración organizativa. Pensemos, por ejemplo, en los notables gallegos de Buenos Aires que dan trabajo a numerosos coterreños en una fábrica de herramientas y que, en 1904, deciden plasmar de modo visible su liderazgo sobre los originarios de su lugar de nacimiento a través de la constitución de una sociedad de instrucción (*La Concordia*, de naturales de Fornelos da Ribeira, Salvaterra de Miño). Aunque el grado de formalización y burocratización de esa organización haya sido muy

bajo, no cabe duda de que así se relegitima y visualiza un liderazgo hasta entonces poco prominente, al igual que ocurrió con decenas de asociaciones étnicas gallegas y asturianas en Buenos Aires y La Habana, o con los comerciantes naturales de Marín (Pontevedra) establecidos en Córdoba que atrajeron a sus coterráneos hacia esa ciudad desde fines del siglo XIX y después ocuparon cargos prominentes en la colectividad (Núñez Seixas 1998b; Pianetto y Galliani 1989).

2) *El análisis concreto de las condiciones específicas en las que surge y se conforma un modelo de liderazgo étnico.* Es decir, cómo y por qué un grupo de notables adquiere una posición de influencia social dentro de un colectivo inmigrante. En este sentido, la perspectiva de los historiadores suele ser más flexible que la de los sociólogos, ya que la sensibilidad hacia el estudio de las mutaciones a través del tiempo lleva a contemplar la consolidación de liderazgos no como un fenómeno estático sino como el producto de coyunturas muy específicas. Ello puede ayudar a explicar por qué, en un momento dado, una capa de dirigentes o notables puede copar los puestos de liderazgo formal en asociaciones y periódicos, y cerrar el paso a una generación más joven de recién llegados. Estos batallan por el control de las instituciones, los periódicos y todo lo que tenga que ver con la esfera pública de la colectividad emigrante, cuando no promueven otras asociaciones, grupos y periódicos.

¿Hasta qué punto podemos presuponer que existe una suerte de ley natural de selección social de los líderes étnicos, como implícitamente afirman varios científicos sociales? Para algunos sociólogos no libres de pecados funcionalistas, los liderazgos en comunidades emigrantes recaen en personas que poseen simplemente una serie de rasgos personales sobresalientes, como la ambición o la capacidad de decisión. En definitiva, líderes son los caracteres fuertes que inspiran confianza, que saben adoptar las mejores decisiones en beneficio del colectivo o grupo que representan, y que generan la certidumbre necesaria para facilitar el trabajo en común. Esta categoría fue ampliamente difundida en la extensa teoría sobre el liderazgo generada por la teoría de las organizaciones o, en buena medida, por la psicología social (Grammann y Moscovici 1986; Kellerman 1984; Kernberg 1999;

Pascual Pacheco 1987). En el fondo, se nos antoja una reactualización de la clásica concepción weberiana del carisma, acompañada de una incompleta rutinización –en cuanto el carisma en el liderazgo étnico está sujeto a constante revalidación y no es transmisible– (Weber 1944). Por el contrario, la teoría de las organizaciones también supone que el liderazgo no solo consiste en carisma; también es experiencia, formación y adiestramiento, lo que en parte se puede aplicar a los líderes étnicos: personas que poseen no solo carisma personal, sino que este viene dado por disfrutar de una mayor experiencia profesional, asociativa, política, periodística u oratoria en la sociedad de origen o en la de destino; y que por tanto son susceptibles de aportar recursos inmateriales a las empresas colectivas.

Es obvio que el carisma existe como factor histórico, tanto para los grandes hombres (estadistas, militares, etc.) como (¿por qué no?) a escala más modesta (un alcalde o un líder de un sindicato local). Pero diversos factores sociales condicionan quienes tienen más probabilidades de jugar el papel de líderes: el carisma también deriva de la posición social. Parece indudable que el espacio social de reclutamiento principal de líderes étnicos se circunscribiría al clásico elenco de personas procedentes de estratos caracterizados por la movilidad ascendente, gracias al éxito económico o al ejercicio de actividades profesionales, junto a los que se sitúa con intensidad variable una capa de periodistas, intelectuales más o menos aficionados y hasta literatos. Se trataría de individuos muchas veces ya ubicados en la periferia cultural del grupo étnico que representan y al que desearían, en el fondo, abandonar rápidamente en aras de una mejor asimilación en la sociedad receptora. Su papel de líderes vendría dado, asimismo, por ser los más aceptables para el grupo mayoritario. La gran mayoría de las investigaciones empíricas y de los intentos de teorización muestran el protagonismo claro de hombres de negocios, comerciantes e industriales, así como de profesionales, en las asociaciones étnicas y su capacidad de ejercer el liderazgo, acorde con su mayor visibilidad social.

Sin embargo, aun dentro de este consenso general cabe preguntarse por la estructura de oportunidades que han encontrado en cada momento histórico las diferentes capas o generaciones inmigrantes para consolidar y

formalizar un liderazgo; si existían posibilidades de reconocimiento limitado en forma colectiva y/o institucional del grupo inmigrante por la sociedad y el Estado receptor, cuál era el grado de prejuicio social o no contra ese grupo étnico en la sociedad de acogida, etc. Igualmente, cabe considerar que el modo de inserción socio-laboral, los nichos productivos, el grado de segmentación étnica y la distribución del hábitat del grupo inmigrante, la proximidad o la lejanía de los asentamientos y un largo elenco de circunstancias determinarán en mayor o menor medida que pueda surgir un tipo de líderes u otros. Un grupo étnico sometido a discriminación laboral y más o menos legal, de estatus social bajo e integrado por braceros agrícolas no puede dar lugar al mismo tipo de liderazgo que una comunidad judía europeo-oriental organizada informalmente en un *shtetl* de la misma *lands-layt*, integrado en el comercio urbano y conformando barrios étnicos donde los liderazgos «trasplantados» de naturaleza religiosa o política (rabinos, líderes sionistas, etc.) pueden entrar en interacción con nuevos liderazgos (Morawska 1995; Soyer 1997). A veces se imponen desde fuera liderazgos más o menos consentidos por parte de la sociedad receptora.

De ahí que podamos concebir también el liderazgo étnico como un tipo de estrategia adaptativa del grupo étnico a su entorno social y político, en respuesta a las condiciones de participación de los miembros de la comunidad étnica dentro de la sociedad global en que se integra. Los diferentes tipos de liderazgo y sus manifestaciones traducen también, por lo tanto y como si fuese un caleidoscopio, las condiciones globales de vida, inserción socioprofesionai, y participación política del grupo étnico que aspiran a representar.

3) *La cuestión de la representatividad y la legitimidad interna (y externa) de los líderes étnicos.* Se trata de un problema no baladí y de difícil resolución empírica. Como historiadores, podemos identificar a los miembros más prominentes de una colectividad, aquellos que ocupan los puestos directivos en diversos niveles asociativos e institucionales, aquellos de los que se escribe en los periódicos o que escriben en los periódicos. Su legitimidad es mucho más difícil de medir, ya que rara vez disponemos de algo semejante a encuestas o elecciones con amplia participación de los miembros del grupo étnico de referencia. La mayoría de las asociaciones étnicas voluntarias,

como es sabido, presentan –además de sus problemas de representatividad del conjunto del colectivo inmigrante– niveles bajos o muy bajos de participación de la masa asociada, más interesada en incentivos selectivos y en la oferta mutualista, recreativa o de beneficencia que en las disputas político-ideológicas y culturales que, por lo general, ocupaban a un grupo reducido de esos asociados –no superior al 20 o 30 por ciento en las elecciones más competitivas o en momentos excepcionales– En estos casos, podemos caer en el error de nuevo: identificar visibilidad con legitimidad, sin tener en cuenta que los líderes pueden haber sido «lanzados en paracaídas» desde el exterior, impuestos por –por ejemplo– autoridades consulares o del país de recepción, y/o estar sostenidos únicamente por una pequeña fracción del grupo étnico en cuestión, mientras el resto del grupo acepta pasivamente su liderazgo o no se organiza alternativamente de forma jerárquica. Así, el líder étnico vendría a ser el típico representante de un grupo organizado en medio del caos, que en consecuencia puede adquirir un poder o influencia hacia el exterior y reivindicar una representatividad que dista de ser real, pero que en la práctica funciona como si lo fuese.

Se trata, con todo, de un problema casi irresoluble en terminos histórico-empíricos, que solo se puede obviar de forma indirecta mediante un contrapeso sostenido de diferentes fuentes e indicadores. Con ello también nos enfrentamos directamente con la cuestión de las fronteras de la colectividad étnica que, siguiendo la ya clásica definición de Higham, son visibles y concéntricas como una suerte de campo magnético, conforme aumenta la distancia desde el centro (la dirigencia). Es posible, así, que una buena parte del colectivo inmigrante cuya identidad étnica se diluye en la sociedad receptora no participe de la vida asociativa o comunitaria simplemente por falta de identificación. Pero también sería erróneo medir la identificación únicamente en función de la participación.

Concentrar nuestro foco de atención sobre los liderazgos también puede ayudarnos a fijar las características del grupo étnico que estudiamos y los límites de su aceptación social y, con ella, de su discurso y su propuesta identitaria. Eso también nos dice algo acerca de las dimensiones y las fronteras de ese grupo étnico, que no debemos aceptar como un *a priori* de la investi-

gación, sino como un resultado. Problema este último que se agudiza cuando estudiamos comunidades inmigradas en las que conviven sentimientos de identidad étnica concéntricos o en disputa: una parte del colectivo de originarios de Kurdistan en Alemania se puede sentir, por ejemplo, kurda, y otra parte turca. En términos hispánicos, el estudio de la aceptación social del mensaje y las propuestas identitarias de los líderes nacionalistas vascos, catalanes o gallegos en la Argentina a lo largo de la primera mitad del siglo xx dentro de sus colectividades respectivas de referencia nos ayudará a fijar cuál es la dimensión real de la comunidad de inmigrantes vasca, catalana o gallega, y cuál la española en general –que también incluía en proporciones variables inmigrantes vascos, catalanes o gallegos– (Núñez Seixas 2001d). Pues, como bien ha señalado Fredrik Barth (1969: 9-38), para que un grupo étnico sea definido como tal y como sujeto diferenciado deben existir, al menos, un campo de comunicación e interacción, que sus integrantes compartan unos valores culturales y que su diferencia sea reconocida tanto por los miembros del grupo como desde el exterior, en una suerte de campos de contraposición binarios.

Pero aquí también surge una nueva cuestión. Incluso en este caso, nos encontraremos con manifestaciones visibles de identidad colectiva –participación en actos públicos, manifestaciones patrióticas de uno u otro signo, aceptación o no de símbolos y rituales, etc.– en las que podemos suponer que existe una participación espontánea. Pongamos un ejemplo hispánico: el viaje de los líderes nacionalistas catalanes Francesc Macià y Ventura Gassol a Argentina y Cuba en 1928 y los recibimientos públicos de que fueron objeto parecen mostrarnos a una colectividad catalana identificada de modo entusiasta con su proyecto etnonacional específico. Pero la conquista de una parte de la colectividad catalana al proyecto catalanista puede ser medida a través del estudio, sobre todo, de la actividad publicística de sus principales líderes tanto en Buenos Aires como en La Habana, y de la difusión social de las actividades, por ejemplo, de la escisión del *Centre Català* de Buenos Aires desde 1908, el *Casal Català*, que en los años veinte adoptó una postura claramente independentista. Del mismo modo, la estrategia de los nacionalistas vascos en la Argentina y otros países, desde el

primer arribo registrado de inmigrantes que habían adquirido la ideología aranista en el País Vasco en 1903, se orientó sobre todo a la conquista de los centros mutualistas vascos, como el Laurak Bat de Buenos Aires o el Zazpirak Bat de Rosario, hasta conseguir su control institucional y poder desarrollar desde ellos una política simbólica y cultural. Lo mismo intentaron, y consiguieron solo en parte, los nacionalistas gallegos en Buenos Aires desde 1918, con su influencia en la Casa de Galicia y su desembarco en 1925 en la Federación de Sociedades Gallegas, Agrarias y Culturales de la capital argentina, lo que motivó su escisión en 1929 en dos federaciones, una de influjo socialista y otra nacionalista. En todos estos casos, es apreciable que la influencia de los nacionalistas se restringió a porcentajes más o menos amplios del colectivo de referencia, pero nunca al conjunto del mismo, surgiendo escisiones «españolistas» promovidas por los asociados o líderes descontentos con la ruptura con el nacionalismo español (Núñez Seixas 2001*a*).

Las disputas ideológicas de la dirigencia étnica de las asociaciones no siempre eran una traducción real de las preocupaciones de la masa social afiliada a las entidades. Se ha señalado la cierta dicotomía entre los dirigentes republicanos mazzinianos y anticlericales de las sociedades italianas de 1850-1880 y los inmigrantes rurales católicos que conformaban la gran masa de *Unione e Benevolenza* o incluso de la *Società Nazionale Italiana*, lo que daba lugar a fuertes polémicas (Devoto 1986, 1989). Del mismo modo, también cabe preguntarse por el grado de influencia ideológica y simbólica real entre su masa asociada que conseguían las instituciones cuyo control estaba regentado por socialistas, etnonacionalistas o carlistas «vascongados». Como hemos comprobado para el caso gallego, incluso para las sociedades comarcales o municipales de fuerte base comunitaria, las disputas ideológicas o las escisiones provocadas por esas desavenencias arrastraban a los asociados sobre todo en función de las afinidades personales y las lealtades comunitarias de base parroquial canalizadas a través de redes microsociales, y no tanto –podemos suponer– en función de los principios que se dirimían (Núñez Seixas 1998*b*). Sin negar la capacidad de movilización de los asociados en función de incentivos ideológicos –lo que será bastante

evidente, como afirmamos, con ocasión de la Guerra Civil de 1936-1939, si bien las ambigüedades entre la extrema politización de las dirigencias y la mayor tendencia apolítica y comunitaria de los asociados no desaparecerían en la posguerra—, lo cierto es que la mera descripción de las orientaciones de la dirigencia étnica y de sus empresas periodísticas y culturales no basta por sí sola para convertirla en sinónimo del colectivo estudiado.⁷⁰ Sería preciso indagar cuál es la capacidad de impregnación de las bases sociales de las instituciones por parte de las dirigencias étnicas, y a través de qué canales pueden transmitir y extender su mensaje, más allá de las apariencias que puedan comunicar la prensa étnica o las actas de reuniones. Ello nos plantea el típico problema del estudio de toda forma de acción colectiva: la dialéctica entre incentivos electivos y selectivos, discurso y praxis.

4) *Los estilos de liderazgo*. Aquí, la clásica distinción de Myrdal entre liderazgo de acomodación y de protesta ha persistido bajo diferentes denominaciones o sucesivos matices en los autores posteriores. Otros más (Huggins) distinguieron entre líderes reformistas y emblemáticos para el caso de Estados Unidos: los reformistas equivalen a los protestatarios, mientras los emblemáticos son equivalentes a los acomodaticios de Myrdal. Nathan Glazer utiliza un tipo semejante de distinción en sus estudios sobre las comunidades judía e italiana de Estados Unidos (Glazer 1983). Otros autores que se han ocupado de los negros, chicanos o asiáticos en Norteamérica insisten en subdividir esos dos tipos básicos, señalado a cuatro estilos de liderazgo: dictatorial, autocrático, democrático y liberal o de *laissez-faire* (Balgopal y Thomas 1983).

Esta clasificación básica, al igual que la mayoría de las tipologías estáticas muy propias de la sociología, presenta, a nuestro parecer, dos problemas centrales. En primer lugar, resulta obvio que esos dos —o cuatro— estilos son aplicables de forma ubicua a todo tipo de liderazgo y de poder, y que tanto la «acomodación» como la «protesta» también son aplicables a muchos tipos de liderazgo en movimientos sociales a lo largo de la historia. Un mismo liderazgo puede utilizar la acomodación o la protesta de acuerdo con estra-

⁷⁰ Lo que ha sido, por desgracia, un enfoque frecuente. Véase por ejemplo, referido a la colectividad canaria de Cuba —y con pretensiones incluso de cubrir satisfactoriamente a catalanes y gallegos—, el decepcionante intento de Cabrera Deniz (1996).

tegias e intereses circunstanciales, según la estructura de oportunidades existente, la cosmovisión ideológica de esa élite o su horizonte de valores. Un segundo problema es el significado y la traducción práctica concreta que se quiera dar a «acomodación» y «asimilación», así como a los fines perseguidos por la «protesta». Situándonos en sociedades de inmigración, y por utilizar las categorías de Will Kymlicka, la búsqueda de «acomodación» puede significar bien una plena igualdad de derechos individuales para los miembros de un colectivo étnico en relación con los miembros de la sociedad receptora en su conjunto, o bien un reconocimiento de ciertos derechos colectivos, preservados y garantizados por el Estado o dotados de un reconocimiento institucional autónomo y la cesión de cuotas de poder (Kymlicka 1996). En este sentido, la protesta de los negros o chicanos norteamericanos no es idéntica a la de los nativos americanos, como no lo fue en su momento la de los francófonos de Canadá. Es el contexto de la elección en cada momento lo que determina qué es acomodación y qué es protesta, en nuestra opinión, en función de la correlación de fuerzas y de lo que (se percibe como que) la sociedad receptora esté dispuesta a dar, lo que también influye en el tipo de estrategias de los líderes étnicos. Y estas no son estáticas.

En el caso de sociedades latinoamericanas y de inmigrantes europeos, el dilema entre acomodación y protesta no se ha manifestado siempre con la crudeza con que lo hace en Estados Unidos. Con algunos matices, quizá, para el caso español. Aquí, las actitudes de protesta se centran en el reconocimiento simbólico de la aportación hispánica al descubrimiento y la colonización de América, cuando no al autoatribuido papel civilizador de España en Latinoamérica, argumento omnipresente en la publicística autojustificatoria de las élites inmigrantes hispánicas en la Argentina, Uruguay, Brasil o Cuba. Así, momentos de relación tensa con la sociedad receptora –guerra de independencia cubana de 1895-98, disputas acerca de la supresión de estrofas consideradas ofensivas para España en el himno nacional argentino, por ejemplo– se suelen saldar con una mezcla de protesta y acomodación: la protesta se ciñe a aspectos concretos, la acomodación se concentra en elaborar una amplia gama de discursos conciliatorios entre la huella española y la historia y los mitos nacionales

o emancipadores de las repúblicas sudamericanas. Por ejemplo, la elaboración de una teoría según la cual los procesos de independencia latinoamericanos fueron más una reacción antinapoleónica ante la ocupación de la metrópoli por Francia que una protesta antiespañola; o la exaltación de episodios históricos poco conflictivos en los que se destaca la cooperación frente al enfrentamiento, así como las genealogías hispánicas de los padres de la independencia latinoamericana en cada país. Igualmente, las disputas acerca de los orígenes hispanos de Latinoamérica se dirigían a menudo hacia competidores de otras nacionalidades inmigrantes, que en Buenos Aires, pongamos por caso, eran indudablemente los italianos.⁷¹ Y aunque es cierto que en las reacciones frente a los acontecimientos puntuales en los que se juzgaba que existía desprecio a España –o a los gallegos, muy frecuente en Buenos Aires como reacción de la prensa y las élites inmigrantes frente al estereotipo étnico negativo– las élites de la colectividad española solían hacer gala de una fuerte susceptibilidad, también lo es que no se iba más allá de la protesta publicada en artículos más o menos esporádicos. Obtenida una disculpa, se zanjaba el caso, cuando no se desviaban las responsabilidades hacia otro colectivo inmigrante, la pérvida Albión o el imperialismo yanqui; o, como hemos constatado para el caso gallego, se libraba de responsabilidad a los argentinos del concepto negativo de que estaría connotado el gentilicio gallego y se atribuía su difusión en América a la mala fe de los vecinos castellanos, interesados en difamar a sus teóricos connacionales (Núñez Seixas 1998a).

En definitiva: ¿Qué es, pues, protesta, y qué es acomodación? Había diferentes gradaciones en la protesta y diferentes modulaciones estratégicas, a nuestro entender, en la acomodación, formuladas muchas veces en clave de discursos de hegemonía simbólica, que no hacen fácil plantear un esquema binario tan marcado como el establecido para los líderes afroamericanos en Estados Unidos.

71 La polémica publicística alrededor de la vindicación del Cristóbal Colón gallego bien pudo ser un ejemplo de ello, a lo largo de las dos primeras décadas del siglo xx, al igual que la frecuente exaltación de la inmigración española masiva en Buenos Aires como una preservación del carácter hispanohablante de la ciudad frente a la «invasión» italiana. Vid. *infra* (capítulo 6).

5) *Las estrategias e intenciones de los líderes*. Dado que el liderazgo implica acción colectiva más o menos formalizada, jerarquizada y organizada, abordar este apartado nos enfrenta al típico problema que surge al estudiar todo tipo de acción colectiva: ¿Qué parte juegan los intereses, cómo se perciben y formulan estos, y qué papel juegan el altruismo y los móviles relacionados con él, como pueden ser la manida filantropía y el amor a la patria (local, regional o estatal de origen) invocados por el discurso de muchos líderes étnicos? Existe un consenso básico a la hora de estudiar el papel de los líderes: la necesidad de no caer en la trampa de asumir de modo acrítico la imagen que ellos pretenden dar de sí mismos, adoptando desde fuera su discurso justificador e inspirador como una traducción real de lo que hacen y pretenden.

El arsenal dialéctico, cuando no la palabrería típica, del discurso de un líder étnico es consabido para cualquiera que se haya acercado al tema: bien general, bien de la patria, progreso de la colectividad, adelanto material y moral, buen nombre de la colectividad y/o de la patria, etc. Es decir, una serie limitada de lemas y discursos que destacan la solidaridad étnica interclasista y son susceptibles de atraer, por su propia vaguedad y al mismo tiempo por su polivalencia, al mayor número posible de adherentes entre los coterráneos. Pero con demasiada frecuencia el estudio de las estrategias y motivaciones del liderazgo étnico acaba convirtiéndose, bien en una mezcla entre la percepción del papel de los líderes por ellos mismos y la percepción de ese papel por el investigador, o bien en una suerte de reproche normativo hacia los líderes por no cumplir el papel que deberían ejercer. Cabe, empero, estudiar el papel de los líderes desde la comprensión de sus móviles específicos y proceder a una tipificación de su rol en cada una de las esferas en que este se desarrolla. Martiniello distingue así dos funciones básicas (hacia el interior y hacia el exterior de la comunidad) y cuatro papeles de los líderes étnicos en esferas diferentes, a saber: cultural (mantener los límites étnicos de la comunidad, recreándolos e inventándolos si fuese menester a través de la elaboración de imaginarios compartidos), incluyendo el ámbito religioso en algunos grupos étnicos; político (representar a la comunidad hacia el exterior y actuar como portavoz de sus intereses, incluyendo la conformación

de redes clientelares hacia el interior del grupo, particularmente estudiadas en el caso de los políticos étnicos en Estados Unidos); social (prestación de ayuda mutua, auxilio en la búsqueda de alojamiento, trabajo, recursos en general e intermediación ante el gobierno del país receptor) y, no menos importante, psicosocial (ofrecer modelos de referencia emulativos, contribuir al reforzamiento del prestigio social de la comunidad, etc.).

Naturalmente, en este apartado hay que tener en cuenta cuáles son los incentivos selectivos de los líderes étnicos, es decir, sus móviles más tangibles para asumir la representatividad más o menos formal o informal de sus coterráneos. Y hay que tomar también en consideración que la mayoría de los líderes actúan en campos plurifuncionales o multiorganizativos: un mismo líder o notable puede actuar a la vez con un papel social, cultural y político. La discusión entre los diversos modelos analíticos para el estudio de la acción colectiva acerca de la existencia o no de altruismo, de la racionalidad limitada de las decisiones y las opciones de los líderes de movimientos sociales, partidos y asociaciones, y un largo etcétera, es interminable.⁷² Algo semejante se manifestaría para los líderes étnicos. ¿Qué es más importante para ellos: figurar en una asociación por simple satisfacción personal, manipular en beneficio propio las necesidades de los coterráneos para sus intereses, legitimar su ascenso social ante los ojos de su comunidad de origen y al tiempo ante la de acogida, o redimir ante su comunidad de origen el abandono del país natal mostrando su permanente apego a él desde la distancia?

A nuestro parecer, resulta evidente que al estudiar la acción colectiva de base étnica en colectividades emigrantes nos encontraremos con una combinación de diversas motivaciones por parte de diferentes tipos de actores. Y, en nuestra opinión, cabe no excluir *a priori* ni el altruismo ni la ideología; pero tampoco la consideración meramente instrumental del liderazgo étnico por parte de sus detentadores: alcanzar posiciones de poder, prestigio e influencia social tanto en relación al grupo de pertenencia como al de referencia, sea la sociedad de origen como la de destino, la propia comunidad étnica, el barrio étnico o la comunidad local en la que se viva, etc. La participa-

72 E interminable sería hacernos eco aquí del debate existente entre las diversas teorías explicativas de los movimientos sociales al respecto. Para una introducción, es de utilidad la consulta de Casquete (1998) y Tarrow (1997).

ción en asociaciones y clubes étnicos, e incluso el activismo político y social comprometido con relación a la tierra de origen, se pueden convertir en un método indirecto para legitimar un prestigio social adquirido por otras vías (movilidad social en el comercio o la industria, carrera profesional, etc.) que le añade un capital organizacional –a través de la participación en asociaciones y organizaciones– y un capital simbólico –respetabilidad por parte de los coterráneos. protección de los nuevos inmigrantes, rentabilidad social de la filantropía, y un largo etcétera–.⁷³ Particularmente cuando el acceso a las altas esferas del poder está restringido para los inmigrantes recién llegados, o incluso para los que ya llevan décadas de asentamiento en el país receptor y que solo pueden aspirar a ocupar cargos políticos a nivel municipal.

A estos grupos de problemas podemos añadir hasta tres más, relacionados con los ya expuestos de forma más o menos colateral. Pasamos a exponerlos de forma breve.

6) ¿Cómo *delimitar* el papel de los líderes en las redes sociales informales de su actuación externa y más visible en las organizaciones que se pretenden representativas de todo el grupo étnico o, si se quiere, en las estructuras de poder formal existentes dentro del mismo? La cuestión consiste en si se puede delimitar. Pues, como hemos señalado, con frecuencia las redes sociales formales o los ámbitos institucionales se han constituido a partir de la existencia previa de redes sociales informales, relaciones clientelísticas, presencia de *padroni* que relegitiman su función social hacia el exterior, y un largo etcétera. A menudo, las asociaciones italianas de Buenos Aires servían para domesticar el conflicto social mediante el recurso a la solidaridad étnica: los notables empleaban a sus coterráneos y al tiempo creaban una asociación local de socorros mutuos o de beneficencia en la que entraban los rurales (Gandolfo 1992). Con ello, se reducía la posibilidad de conflicto social en las fábricas o en los establecimientos –los socialistas italianos se lo pensaban dos veces antes de denunciar a los notables que simbolizaban al conjunto de la colectividad– y se recubrían las relaciones sociales de un barniz de paternalismo y patriotismo local. Quizá se pueda afirmar algo

73 Sobre la importancia del capital simbólico –concepto, como se sabe, acuñado por el sociólogo Pierre Bourdieu– y del organizacional en la atribución de categorías como prestigio social y respetabilidad existe una amplia discusión en la teoría social (Crompton, 1997).

semejante de varias asociaciones microterritoriales galaicas, si bien aquí juegan un papel más importante, a nuestro parecer, la imbricación con la movilización sociopolítica en los lugares de origen y la necesidad por parte de una élite de notables modestos —pequeños comerciantes o propietarios de un taller de pocos empleados—, de profesionales medianos y de activistas políticos de crear un espacio institucional a su medida, frente a la oligarquización de las grandes asociaciones mutualistas gallegas y/o españolas, aprovechando precisamente un momento de vacío de poder en Buenos Aires (ausencia de un Centro Gallego de dimensión apreciable hasta 1907, que no empieza a despegar realmente como institución mutualista hasta 1911-1914) que no se dio en la misma medida en La Habana.⁷⁴

Tanto en uno como en otro caso se trata de una multiplicación de líderes cuyo radio de actuación es preferentemente local, y cuya capacidad de influencia se reduce a unas centenas de paisanos, que actúan como intermediarios de cadenas migratorias de alcance reducido donde los pioneros gozaban de un cierto estatus premigratorio, dentro de un ramo productivo o un ámbito espacial (un barrio) reducido, como ha mostrado Gandolfo para los agnoneses, o Robert F. Harney para los *padroni* italianos de Toronto. Su influencia societaria o institucional no se puede comprender sin su influjo en redes micro-sociales y su prestigio transportado a la comunidad de origen, que los convertía en puntos de referencia obligada de los recién llegados, puesto que los miembros de la élite estaban vinculados entre sí por estrechos lazos parentales (Gandolfo 1986; Harney 1984). Al tiempo, sin embargo, también podía suceder que varias de esas redes microsociales de alcance y dimensión local funcionasen con la suficiente eficiencia como para catapultar a sus líderes a posiciones de mayor representatividad dentro del conjunto de la colectividad étnica, en niveles concéntricos y sucesivos.⁷⁵

74 En el caso de los italianos en la Argentina se ha mostrado cómo, por ejemplo, las nuevas asociaciones de inmigrantes creadas a fines del siglo xix correspondían también a la necesidad sentida por parte de la nueva élite inmigrante procedente del sur de Italia de construirse un espacio institucional a su medida, frente al predominio de ligures y septentrionales en las asociaciones surgidas a mediados de siglo. Véanse, por ejemplo Frid de Silberstein(1993) y Gandolfo (1986).

75 Por ejemplo, una red *paesana* de pocos cientos de personas y bien estructurada, procedente de unas pocas parroquias del municipio pontevedrés de Lalín, llevó a su líder Xosé Neira

En este punto, cabe reconocer que el estado presente de las investigaciones nos hace ignorar más de lo que sabemos, y que aquí solo nos podemos limitar por el momento a dar algunas pistas llevados por el ejercicio de la inferencia inductiva. Será de desear que estudios monográficos más detallados nos muestren hasta qué punto un tipo de liderazgo conducía al otro. Y, asimismo, que constaten en qué medida son las redes sociales informales las que crean las institucionales, o bien estas últimas contribuyen también a crear y recrear aquellas, al tiempo que redefinen con su mera presencia institucional y el discurso de los notables, periodistas y fiestas étnicas los límites de la comunidad imaginada.

7) ¿Hasta qué punto existe una *relación determinante* entre participación política de la élite inmigrante en la sociedad de recepción e influencia social dentro de su colectividad étnica? Se trata de un aspecto, en realidad, emparentado con el punto anterior. Sin duda, para el caso estadounidense y/o canadiense la existencia de bosses electorales y de bolsas de voto étnico homogéneo es un clásico de la investigación, y el valor del voto constituye una de las vías de integración –aunque sea clientelar– de los inmigrantes en el sistema político y social norteamericano. Por el contrario, el mismo esquema se torna más complejo en las sociedades latinoamericanas, donde no siempre el sufragio universal masculino estaba vigente o era una garantía de participación política, y donde la existencia de coterráneos en posiciones elevadas en la jerarquía social y/o en puestos administrativos y políticos de nivel medio e inferior podía permitir la cooptación de miembros de los diversos grupos étnicos a través de redes microsociales dispersas y múltiples, sin que el voto se convirtiese necesariamente en la única herramienta disponible para la defensa de derechos colectivos –o de la plena equiparación de derechos cívicos individuales con el resto de los ciudadanos–.

Con todo, y por poner algunos ejemplos, los estudios sobre la élite danesa, italiana o española en Tandil, Córdoba, Rosario, Luján o Mar del Plata, al igual que para Uruguay, muestran cómo la élite inmigrante disfrutó de

Vidal a mantener el control de las directivas del Centro Gallego de Buenos Aires –esto es, la institución mutualista más importante del colectivo español– en los años treinta y cuarenta, por poner un ejemplo (Fernández Santiago, 2001).

un acceso mucho más fluido de lo que se pensaba a las estructuras del poder municipal, particularmente en zonas en las que no existía una élite criolla tan compacta y numerosa como en Buenos Aires (Bjerg 1992; Míguez 1987; Pianetto y Galliari 1989; Frid 1993; Marquiegui 1993; Da Orden 1995, 2005; Zubillaga 1996). A través de esa vía, los dirigentes étnicos pudieron tejer una útil red de relaciones con los coterráneos agrupados en sociedades étnicas, con la propia élite local criolla y de otras colectividades, decisiva para favorecer la movilidad social de los inmigrantes y reforzar su prestigio, así como para forjar y/o reforzar el papel de esa élite inmigrante como intermediaria entre el conjunto de la colectividad española (o gallega, o catalana, o vasca o de otras zonas), las autoridades políticas, consulares y diplomáticas del país de origen y los círculos selectos de la sociedad receptora. Por lo tanto, la no naturalización de la masa de los inmigrantes no suponía necesariamente que careciesen de vías y recursos para influir en la toma de decisiones políticas, al menos a nivel municipal, a través de mecanismos informales más o menos alternativos al voto –aunque en este aspecto se podría plantear muchas cuestiones (Devoto 1992a)– y redes clientelares de relación más o menos formalizadas y barnizadas por un discurso de solidaridad étnica.

En el caso hispánico, aunque la élite inmigrante española –configurada con nitidez hacia 1890– no accede de forma fluida a la gran propiedad terrateniente, al poder político y a los clubes sociales más exclusivos, sí es cierto que puede dialogar de modo fluido con la propia élite argentina, que la considera interlocutora para la discusión de asuntos de importancia (relaciones con España, leyes de ciudadanía); igualmente, llega a puestos políticos secundarios y a cargos municipales, pero es más tolerada que integrada por la élite criolla, según sugieren algunos autores (Fernández 1990). Esto no necesariamente iba en menoscabo de la eficacia del papel social de esa élite y le proporcionaría un incentivo suplementario para jugar la carta del liderazgo étnico, añadiríamos nosotros: no solo con vistas a su encumbramiento ante la élite local a través de una cuidadosa política simbólica e institucional, sino también con vistas al afianzamiento de su posición de intermediarios entre el colectivo inmigrante y la alta sociedad local.

8) ¿Cómo calibrar *el peso de los intereses y la identificación afectiva* que juegan tanto el ámbito de pertenencia como el de referencia (por utilizar los términos de Robert K. Merton) en las estrategias organizativas, políticas y discursivas de los líderes étnicos? (Merton 1970: 228-396). Nos referimos aquí tanto a la tensión entre integración en los círculos de solidaridad social horizontal de la sociedad de origen y la solidaridad o identificación étnica vertical, como a la no menos importante tensión entre deseo de notoriedad o liderazgo dentro de la colectividad étnica emigrada y la patria o marco de referencia social de origen. Es cierto que para el primer aspecto contamos con una mayor riqueza y variedad relativa de aportaciones empíricas —referidas, por ejemplo, a la participación española en el movimiento obrero de los países de acogida, o bien a la imbricación de los españoles en la escena política—, aunque a menudo reducidos a una exposición prosopográfica acumulada de trayectorias individuales (Zubillaga 1996, 1988; Vieites Torreiro 1998), y sin el grado de profundización que presentan los estudios sobre la colectividad italiana en diversos países de América (Devoto 1989; Gabbaia 1992: 137-55). La conclusión para los casos de América Latina es casi unánime: las asociaciones étnicas han atraído según las épocas y los países gran cantidad relativa de trabajadores inmigrantes, y en ocasiones han sido más exitosas en ese cometido que las organizaciones sindicales. Pero a corto y medio plazo acababa por emerger un conflicto latente o explícito entre la apelación interclasista y comunitaria de las asociaciones étnicas y los fines de defensa de clase de los sindicatos, salvo en el caso norteamericano. Con todo, ¿qué ocurre con las ligas de comerciantes mayoristas y/o minoristas, o con los gremios de productores? ¿No podríamos conjeturar que buena parte del discurso de las sociedades étnicas reproduce imaginarios y horizontes de valores específicos y característicos de los grupos sociales a los que pertenecen la mayoría de sus miembros?

Por el contrario, el segundo aspecto, que a nuestro juicio es crucial en el caso español, no siempre ha recibido la atención merecida. Si el emigrante es por definición una persona entre dos mundos en permanente desasosiego entre su ámbito de pertenencia y su ámbito social de referencia, no hemos de presuponer que la función natural de la élite inmigrante es únicamente la

de integrarse mejor, acomodarse o luchar por una inserción favorable dentro de la sociedad receptora. También juega un papel su deseo de retornar una vez conseguido un ascenso social y profesional respetable, particularmente en aquellas colectividades caracterizadas por su alta tasa de retornos en el periodo 1880-1930 –y aquí la gallega puede ser un ejemplo–. Y también opera, particularmente en élites conformadas por un buen porcentaje de exiliados o expatriados más o menos voluntarios, como podían ser la española o la gallega de finales del siglo XIX (Duarte 1998; Núñez Seixas 1998a), el deseo de utilizar las comunidades emigradas como plataformas de actuación y lanzaderas de recursos y cuadros políticos para la promoción de proyectos políticos de diferente signo en el país de origen tanto o más que en el de acogida. Así lo sugieren también los ejemplos clásicos del activismo político de las comunidades irlandesa, eslovaca o polaca en Estados Unidos desde mediados del siglo XIX (Miller 1988; Higham 1986; Pienkos 1991; Greene 1975; Brown 1966; Stolarik 1989). La labor de exiliados políticos más o menos voluntarios se conjugaba con la de emigrados de éxito profesional o económico y la de periodistas o personajes de sesgo aventurero y novelesco, tan bien caricaturizados por Francisco Grandmontagne en 1899 como los *bachilleres*,⁷⁶ y más conocidos quizá para el caso del movimiento obrero; personajes que vivieron a menudo a caballo de Europa y América, como los «radicales sicilianos entre dos mundos» descritos por B. Cartosio (1992). Todos ellos conformaron así una élite más o menos homogénea, en la que cada uno participaba en proyectos comunes, fueran asociaciones o periódicos, con intereses confluyentes en algunos puntos, pero divergentes y particulares en otros.

Pensemos en un ejemplo concreto. El retorno como potentado benefactor a la aldea local podía ser un móvil de actuación tan operante para un fundador de una sociedad de instrucción gallega o asturiana de Buenos Aires o La Habana como el deseo de promover la regeneración de España a través de la educación para otro, y como el anhelo de conseguir una redención justa de los foros y la modernización de la agricultura local para un tercero que aún conservaba familia y propiedades en el pueblo de

76 Vid. F. Grandmontagne, «El bachiller», *Caras y Caretas*, 15.4.1899.

origen. Si además la persistencia de solidaridades comunales y de redes microsociales que todos pueden movilizar –es decir, de estructuras de movilización que favorecen el surgimiento de formas de acción colectiva, haciendo disminuir los costes de la iniciativa individual, según la terminología de Sidney Tarrow (1997: 54-56)–, más una prensa étnica y un discurso legitimador *ad hoc* permiten disminuir los costes de transacción de la puesta en movimiento de una dinámica de acción colectiva, y en el país de origen existe una estructura de oportunidades que favorece la intervención transformadora de los ausentes, ¿qué mejor estímulo para embarcarse en el liderazgo étnico, que se convierte al mismo tiempo en promoción de nuevas posiciones de poder, influencia y respetabilidad en el país de origen, el ámbito social que continúa siendo el de referencia a pesar de la experiencia migratoria?

Es obvio que esto jugaba un papel en casos conocidos de exiliados y profesionales españoles que después intentaron dar el paso a la política una vez retornados temporal o definitivamente a España, utilizando como bagaje a rentabilizar en la sociedad de origen el prestigio político y/o social acumulado en la colectividad de emigrantes. Así lo mostraron los casos del industrial gallego de Buenos Aires Anselmo Villar Amigo –diputado dinástico a Cortes por el distrito de Corcubión en 1909, merced a su amistad con el político compostelano Eugenio Montero Ríos–, el asturiano Rafael Calzada –diputado a Cortes por Madrid en 1907-1909–, la triunfal acogida dispensada al catalanista A. P. Aleu en Barcelona en diversas ocasiones como líder de los catalanes en la Argentina, o la carrera política de Ramón Suárez Picallo, antiguo sindicalista socialista, después periodista y activista nacionalista gallego y en 1931 integrante de la «delegación» enviada a Galicia por varias entidades de Buenos Aires y Montevideo con el fin de luchar por la autonomía del país en la II República, que llegó a diputado en las legislaturas de 1931-1933 y 1936 (Duarte 1998; Núñez Seixas 2001d; Lugilde 2011).

Pero ese proceso también se verificaba a nivel local, comarcal y municipal. La inversión en liderazgo étnico en América también podía reportar beneficios en términos políticos al reintegrarse a la comunidad de origen,

fuese como líder político local, como líder asociativo o como miembro del ayuntamiento. Casos de este tipo son constatables a decenas en Galicia y Asturias entre 1890 y 1936: es decir, dirigentes societarios en Cuba, Uruguay o la Argentina que se convertían en alternativa al poder local a su vuelta como «americanos» revolucionarios o como respetables «indianos», que llegaron a ejercer el poder municipal desplazando, u obligando a pactar, a los caciques tradicionales.⁷⁷ De ahí derivó también, al menos en el caso gallego en Buenos Aires, la dificultad durante décadas para constituir federaciones estables de todas las sociedades microterritoriales gallegas: casi todos los asociados deseaban construirse un capital simbólico a su medida, y este era más accesible cuanto menor fuese la dimensión de la entidad. Y de ahí también la sobreabundancia de puestos directivos y ceremoniosos títulos dentro de las entidades. Pues presidir una sociedad de emigrantes, aunque fuese parroquial, también reportaba un inmediato reconocimiento en el plano simbólico.

Esa imbricación entre dinámica societaria y conformación de liderazgos étnicos en América, por un lado, y movilización sociopolítica en el país de origen por el otro, favorece también el fenómeno inverso. Es decir que líderes étnicos «recibidos» se conviertan automáticamente en «internos» al llegar a América, pues en el marco comunitario reproducido o recreado en el Río de la Plata, Brasil o Cuba el activista anticaciquil, el exiliado político o el personaje de prestigio social y/o intelectual asciende con rapidez y relativa facilidad el escalafón de los puestos dirigentes institucionales. Esto podía ocurrir al nivel hispánico o al de las diversas colectividades regionales; el ejemplo clásico, sin duda, es el del arribo, la inserción y la protección de los dirigentes republicanos españoles tras 1939 entre sus coterráneos de América (Schwarzstein 2001). Pero semejante fenómeno también podía tener lugar a escalas más reducidas y solo rastreables aplicando el bisturí microhistórico desde comienzos del siglo xx. Por ejemplo, activistas antica-

77 Como expresaba irónicamente un periodista gallego de Buenos Aires en 1912, «denominarse secretario, vicepresidente, protesorero o coadjutor de tal o cual agrupación, con propósitos más o menos bailables y altisonantes [...] viste muy bien, allá en el villorrio, causando la admiración del pedáneo»; véase J. Barrales, «Unión Gallega», *Boletín de la Unión Hispano-Americana Valle Miñor*, 32, 1912.

ciquiles gallegos sometidos a penas de destierro por procesos de injurias al alcalde o al diputado local y obligados a dejar su comarca de origen optaron más de una vez por dirigirse a Cuba o al Río de la Plata, para allí capitalizar su prestigio político de agitadores entre las sociedades de emigrantes de su zona de origen, imbuidas en su mayoría de un electrizante discurso regeneracionista, anticaciquil y agrarista.⁷⁸

La llegada de estos líderes *recibidos* no estuvo exenta de tensiones. En particular, cuando los tejidos institucionales y societarios de las colectividades emigrantes contaban con una tradición lo suficientemente larga como para haber generado y/o servido de plataforma de actuación a las élites endógenas del grupo emigrante. De este modo, los exiliados voluntarios republicanos (o carlistas) de 1874-1890 encontraron un campo de actuación en la política étnica mucho más abierto del que hallaron, pongamos por caso, los pocos exiliados de la dictadura de Primo de Rivera, o incluso los de la Guerra Civil, pues la favorable recepción que los políticos republicanos exiliados experimentaron en las colectividades hispánicas de América Latina no fue eterna. Los estudios disponibles muestran, por el contrario, una historia menos idealista de nuevas divisiones y luchas por el liderazgo entre las capas asentadas de líderes «endógenos» y las más recientes de líderes «recibidos», cuyo «resplandor heroico y patente sacrificio» relegaba a los primeros a un segundo plano, como recogía en 1943 el escritor Eduardo Blanco Amor, quien dos años más tarde distinguía entre lo que venía a ser política de los emigrantes y la política de los emigrados, para ilustrar las discrepancias existentes entre los exiliados galleguistas en Buenos Aires y los dirigentes del Centro Gallego y la Federación de Sociedades Gallegas.⁷⁹

78 Un caso conocido fue el del exiliado republicano y anticaciquil local José María Barreiro al llegar a Montevideo en 1916, quien se transformó al año siguiente en el primer dirigente de la Casa de Galicia de esa ciudad al encabezar la escisión de socios del Centro Gallego que estaban disconformes con los rumbos elitistas y meramente recreativos que había adquirido esta entidad (Zubillaga 1999).

79 Véase E. Blanco Amor, «La Sexta Guardia», *Galicia*, Buenos Aires, 30.1.1943, y «Nosotros los emigrantes», *Galicia*, 28.4.1945.

II. Identidades e imaginarios de la emigración transoceánica

5. SUEÑOS DE REDENCIÓN: LIDERAZGO ÉTNICO, EXILIO POLÍTICO Y ETNONACIONALISMO EN LAS COLECTIVIDADES DE EMIGRANTES IBÉRICOS EN AMÉRICA LATINA (1880-1960)

La mayoría de las colectividades de emigrantes vascos y catalanes en América Latina (de primera, segunda, e incluso tercera generación) se identifica hoy en buena medida con los postulados identitarios de los nacionalismos vasco y catalán. Es más, el independentismo más radical impera en el seno de algunas de estas comunidades, particularmente en el seno de las vascas. En la década de 1990 se estimaba que más del 90 por ciento de los integrantes de la colectividad vasca de Argentina desearía la independencia del País Vasco; además, la Federación de Asociaciones Vascas de la República argentina (fundada en 1954) no mantiene vínculos institucionales con las autoridades diplomáticas y consulares de España (Douglas y Totoricagüena 1999). Los Centros Vascos de México, de Caracas y, en parte, el de Montevideo han ofrecido refugio a fines del siglo xx en varias ocasiones a los activistas de la organización terrorista ETA que huyeron a América como consecuencia de la actuación policial hispano-francesa.

Por el contrario, los inmigrantes gallegos en América Latina que, en algunos países, representan cerca del 50 por ciento del total de los inmigran-

tes hispánicos, han mantenido hasta hoy un respaldo electoral mayoritario, salvo algunos grupos minoritarios, al Partido Popular (PP), y se consideran parte integrante de la colectividad española. Cualquier visitante de una asociación gallega en América se verá sorprendido por la profusión de banderas españolas, por la presencia del folclore prototípicamente «español» en sus celebraciones (*flamenco, tonadillas*, etc.) o por la notable hispanización lingüística de los inmigrantes gallegos en Argentina o, incluso, Brasil. Este estado de cosas contrastaba con el importante auge electoral del nacionalismo político en la misma Galicia durante la década de 1990, donde aquel recogió un 25 por ciento de los sufragios en las elecciones autonómicas de octubre de 1997 y un 19,2 por ciento en las elecciones generales de marzo de 2000); pero también se distanciaba del discurso de afirmación regionalista que, en tiempos de la presidencia de Fraga Iribarne (1990-2005), caracterizaba a la derecha conservadora galaica.

Esta situación venía a romper con la que era habitual en la Galicia de Ultramar durante el primer tercio del siglo xx. En ese periodo, el mensaje etnonacionalista se abrió camino en las comunidades de emigrantes gallegos en América con un ritmo de aceptación social incluso mayor que el que se registraba en la propia Galicia. En América surgieron los primeros grupos políticos y periódicos que se declaraban abiertamente independentistas (en La Habana en 1921-22, y en Buenos Aires desde 1926). Durante la década de 1940 los exiliados nacionalistas gallegos encontraron allí, particularmente en la capital argentina, un campo perfecto para propagar sus ideales, gracias a la movilización previa de la colectividad propiciada por toda una generación de activistas residentes en América. Sin embargo, el etnonacionalismo bajó en intensidad desde la década de 1960. Solo a partir de la segunda mitad de los años noventa del siglo xx parecía resurgir en Buenos Aires y Montevideo, como consecuencia del éxito electoral del Bloque Nacionalista Galego (BNG) y de su impacto sobre las colectividades de emigrantes.

De idéntico modo, los importantes sectores de la colectividad de emigrantes canarios en Venezuela que simpatizaban con el partido regionalista Coalición Canaria (cc) designaron un representante como candidato en sus listas para el Senado en los años noventa. El caso de Canarias, en una

escala muy inferior, reproduce otra paradoja. En contraposición con la casi inexistencia del nacionalismo canario hasta su reformulación en clave izquierdista durante las décadas de 1960 y 1970, fue en estos núcleos de la emigración insular en Venezuela –principiando por Secundino Delgado y el periódico *El Guanche*– y en Cuba –lugar en que se constituyó en 1924 el primer Partido Nacionalista Canario– donde nació el nacionalismo canario y donde, desde los años setenta del siglo xx, el credo nacionalista encontró una cierta respuesta social (Garí Hayek 1993; Acosta Padrón 2005; Divasón Mendivil 2006).

DE EMIGRANTES A ESPAÑOLES... ¿O NO?

¿Por qué la situación se presentaba a fines del siglo xx de esta guisa? Una primera explicación, un tanto simplista, podría ser que los emigrados vascos y catalanes son más etnonacionalistas que los gallegos y los canarios, porque en España los nacionalismos vasco y catalán son históricamente más fuertes. Se habría producido, en consecuencia, una transferencia mimética de sentimientos de identidad nacional desde Europa hacia las colectividades de emigrantes. No obstante, hay que tomar en consideración dos cuestiones que relativizan esta hipótesis. Por un lado, el hecho de hablar de «comunidades» más o menos identificadas con un ideal nacionalista implica siempre una distorsión. En efecto, aquéllas no incluyen a todos los vascos, catalanes, gallegos o canarios: un amplio porcentaje de inmigrantes no participa en la vida de sus instituciones, no votan en las elecciones españolas (menos de un 15 por ciento de los residentes inscritos en los consulados españoles en el extranjero ejercía de modo regular su derecho al voto) o bien, simplemente, figuran como miembros de instituciones de alcance y ámbito españoles, donde están también incluidos los inmigrantes de otros orígenes regionales. Por otro lado, las instituciones «vascas», «catalanas» y algunas instituciones «gallegas» han llevado a cabo una labor de nacionalización más o menos exclusiva en su seno gracias a los procesos previos de conquista del poder de dichas instituciones. Estos se tradujeron, en ocasiones, en salidas y expulsiones de miembros desplazados a otras asociaciones que permanecían leales al nacionalismo español –caso del *Centro*

Euskaro Español de Montevideo fundado en 1911, por ejemplo–, y otras veces se plasmaron en escisiones causadas por conflictos simbólico-identitarios entre inmigrantes que se sentían españoles y otros que compartían otras identidades exclusivas. Es más, en el seno de la Asociación Patriótica Española de Buenos Aires durante las décadas de 1910 y 1920, los inmigrantes vascos «hispanistas» –llamados también *vascongados*– desempeñaron un papel sobresaliente.⁸⁰

Por otro lado, el nivel de implantación y/o de hegemonía social de las ideas etnonacionalistas en cada una de las colectividades de emigrantes fue variable y discontinuo en el tiempo. En el caso vasco-argentino tuvieron lugar fuertes oscilaciones durante el primer tercio del siglo xx, en función del grado de poder institucional que los nacionalistas vascos conseguían obtener en las asociaciones mutualistas de los emigrantes. En el caso gallego se puede apuntar un ejemplo concreto: durante la primera mitad del año 1932, el semanario de mayor difusión entre la colectividad galaica de Buenos Aires llevó a cabo una encuesta a propósito de la autonomía de Galicia. A mediados del año 1932 habían respondido 410 personas, de las cuales 160 se habían manifestado favorables al centralismo (40,48 por ciento), 84 respaldaban la autonomía (20,48 por ciento), 97 se declaraban partidarios del federalismo (23,65 por ciento) y 51 optaban por la independencia de Galicia (12,43 por ciento).⁸¹ Se puede afirmar, sin riesgo de exageración, que en esa época la Galicia emigrada era mucho más autonomista, e incluso independentista, que la Galicia europea. Setenta años más tarde, la situación es completamente distinta para los gallegos; por el contrario, no ocurre lo mismo entre los vascos y los catalanes de Argentina.

Los vascos, los catalanes y los gallegos resultaron ser los primeros emigrantes hispánicos llegados a América Latina desde mediados del siglo xix; lo mismo sucedió con los canarios en Cuba, y más tarde en Venezuela. Desde su llegada, participaron de una forma notable y sin grandes problemas identitarios en las instituciones de ámbito español. Cuba constituía

80 Como el músico Félix Ortiz y San Pelayo, quien en 1915 combatía en una obra agresiva la «infiltración» de los nacionalistas vascos en el *Laurak Bat* de Buenos Aires (Ortiz y San Pelayo 1915).

81 Vid. los resultados definitivos en *Correo de Galicia*, Buenos Aires, 17.7.1932.

una excepción, porque allí el asociacionismo regional fue precoz, debido en gran medida a que la isla fue colonia española hasta 1898, y a que la necesidad de organizar centros *españoles* no se había hecho notar en la misma medida, aunque sí existían círculos de élite, como el Casino Español, y la milicia de Voluntarios Españoles para combatir a los insurrectos cubanos reclutaba adherentes de todas las regiones, así como cubanos. Los colectivos de emigrantes vascos, catalanes y gallegos proporcionaron una buena parte de las élites dirigentes de las instituciones hispánicas que aglutinaban a los inmigrantes, incluyendo a las asociaciones cuyo credo era militantemente españolista.

De idéntico modo, en el universo simbólico de las celebraciones y los imaginarios promovidos por las élites de las colectividades españolas se reservaba siempre un destacado lugar para las diversas manifestaciones etnoculturales *regionales*, sin que por ello estas fueran consideradas como un elemento contradictorio con la afirmación nacional española. Se pueden tomar como ejemplo las diversas delegaciones de la Asociación Española de Socorros Mutuos (AESM, fundada en 1857) de Buenos Aires. En las fiestas celebradas por sus diversas delegaciones locales para conmemorar las fechas patrióticas españolas, el folclore, la gastronomía y los símbolos de las diversas regiones se recreaban en tiendas o pabellones separados. Un ejemplo era la evocación literaria por el escritor vasco-argentino Francisco Grandmontagne de una disputa entre inmigrantes gallegos, asturianos y vascos durante una asamblea local de una AESM en la provincia de Buenos Aires. La discusión giraba alrededor de una relevante cuestión: ¿Qué instrumentos musicales debían prevalecer durante la romería española que se iba a celebrar poco después? Curiosamente, era el criollo, hijo de españoles, quien acababa zanjando la discusión, siendo el único capaz de expresarse en un correcto castellano mientras que tanto el vasco como el gallego, a pesar de su españolismo, apenas eran capaces de chapurrear un castellano pleno de barbarismos gallegos y vascos. Se trataba de una disputa por ostentar la *hegemonía simbólica* de su región en el seno del colectivo español y, al tiempo, por convertirse en la imagen más visible de este cara al exterior.⁸²

82 F. Grandmontagne, «Txistus y gaitas», *Caras y Caretas*, 24.6.1899.

Esto también revelaba un fenómeno paralelo: los emigrantes vascos, catalanes, gallegos o de otras regiones transfirieron a América desde mediados del siglo XIX su identidad local, regional o comarcal, más o menos *paesana* o más o menos construida, pero siempre a un nivel prepolítico y sin entrar en contradicción con un sentimiento de identidad nacional española, aunque esta estuviera poco codificada simbólicamente, lo que revelaría la ineficacia relativa, señalada por varios autores, del proceso de *nation-building* promovido por el Estado liberal español en el siglo XIX (Riquer 1994). Por el contrario, los emigrantes españoles cuya lengua materna no era el castellano (que en Argentina representaban en torno al 75 por ciento de los inmigrantes españoles en el tercer tercio del siglo) experimentaban a menudo un reforzamiento de su identidad española. Esto se debía a otros factores, como se puede deducir a través de las fuentes autobiográficas. Uno de ellos era la campaña de adoctrinamiento nacionalizador que preconizaba la élite dirigente de las instituciones y diarios españoles. Otro era la identificación de un *otro* exterior: la reacción frente a la profunda hispanofobia de la opinión pública argentina, uruguaya, mexicana o cubana, que estallaba de forma más o menos visible en algunas coyunturas.⁸³ De esta forma, se puede afirmar que muchos campesinos, sin otro sentimiento de pertenencia que la identificación local con su parroquia o ámbito primario de interacción social, se convirtieron en *españoles* en ultramar gracias a su participación en los colectivos de emigrantes.⁸⁴ La acción colectiva era en consecuencia un proceso de toma de conciencia nacional (española).

Aquí, sin embargo, se han de tener en cuenta las grandes diferencias que existían entre los diversos grupos regionales en lo relativo a vista de la existencia de condiciones previas para la forja de una identidad etnocultural colectiva. Para empezar, se registraban grados muy distintos de conocimiento del castellano, que podemos suponer que era bastante alto entre vascos peninsulares, catalanes y gallegos, si bien en muchos casos más pasivo que activo. Existía también un acusado contraste en lo relativo a su

83 Para el caso argentino a finales del siglo XIX, vid. García (1998). Un ejemplo autobiográfico en Suárez García (1942).

84 Un fenómeno bastante semejante ha sido señalado en el caso de los polacos en América: vid. Pienkos (1991).

prestigio social en las sociedades de acogida. Era alto entre los inmigrantes vascos, bien aceptados por la opinión pública argentina y uruguaya por mor de la existencia previa de un estereotipo étnico positivo, lo que hacía más favorable su aceptación en la sociedad de acogida. En el caso de los inmigrantes gallegos, sin embargo, imperaba un estereotipo étnico negativo (Núñez Seixas 1999*d*). Ello podía llevar a que la simple identificación como *vasco* se presentase como una estrategia de integración social y de prestigio mucho más eficaz que la identificación como *gallego*. En este último caso era mucho más útil, tanto para las élites inmigrantes como para los demás, identificarse como *españoles*. Pero esto significaba, como se ha destacado a propósito de los nacionalistas lituanos en los Estados Unidos, que la afirmación política y cultural de la etnicidad podía ser utilizada por las élites del grupo inmigrante para hacerse más «respectables» a ojos de la sociedad receptora (Hartman 1998). Sin embargo, la elección más racional no era siempre la patria chica, sino la *gran patria* de origen.

Las élites de las respectivas colectividades de emigrantes ibéricos se vieron renovadas a partir de 1870-75 por las llegadas sucesivas de varias capas de expatriados o de exiliados más o menos voluntarios, identificados políticamente con el carlismo (sobre todo entre los vascos) o con el republicanismo federal (de modo particular, gallegos y catalanes). Estos nuevos *expatriados* trajeron con ellos directamente de Europa influencias ideológicas de tendencia descentralizadora más o menos regionalista: la defensa de los Fueros en el caso vasco, y el federalismo en el caso de los gallegos y catalanes (Azcona Pastor 1992*a*: 73-78). Una parte de estas nuevas élites también portaron consigo el aliento de los movimientos de recuperación cultural y literaria de los idiomas *regionales* de Cataluña y de Galicia, así como en menor medida del País Vasco. Con ellos llegaron los juegos florales y la publicación de libros en lenguas *regionales* en Argentina o en Cuba, así como los Juegos Florales gallegos y catalanes, que pasaron también a ser celebrados en Buenos Aires. Estas élites políticas, que se convirtieron en auténticos líderes étnicos en América, importaron igualmente una serie de discursos historicistas de reivindicación del pasado de su región o nacionalidad. Eran narrativas que, empero, todavía no

eran contradictorias con el proyecto nacional español, fundado sobre la idea de la unidad en la variedad.

No obstante, y al igual que ocurría en España, los nuevos elementos de afirmación etnocultural contribuían a introducir elementos de tensión con el discurso nacionalista español a largo plazo. Varios grupos y revistas de carácter catalanista hicieron ya su aparición en Montevideo, Buenos Aires y Cuba desde principios de la década de 1870, afirmándose sobre todo en la década de 1880. Algunos de ellos presentaban ya rasgos bastante radicales, como la revista *La Gralla* de Montevideo, fundada en 1885, cuyos promotores se separaron del *Centre Català* de la capital uruguaya, nacido cuatro años antes, para fundar una nueva asociación, la *Societat Catalana Rat Penat*, y también organizaron los primeros juegos florales de la lengua catalana en América en diciembre de 1887 (Castells 1986: 63-68). Además, en el caso de los vascos cabe señalar el proceso de aproximación mutua que tuvo lugar entre los inmigrantes vascofranceses y vascoespañoles, al constatar la similitud cultural existente entre ellos, pues a ambos lados de la frontera los emigrantes procedían en su mayoría de zonas vascófonas. De hecho, a principios del siglo xx surgió en Buenos Aires una asociación común a vascofranceses y vascoespañoles, el *Euskal Etxea*; y desde fines del siglo xix se puede constatar la existencia de precedentes de un discurso identitario común de naturaleza etnocultural, que tendía a agrupar a los inmigrantes vascos de las «siete provincias» de Euskal Herria en una comunidad común definida, ante todo, por poseer un idioma común (Álvarez Gila 1995, 2011).

Estas doctrinas hallaron una acogida bastante positiva en los colectivos de inmigrantes. Lo que se debió, en gran parte, al hecho de que los discursos historicistas elaborados en Europa asumieron en América una función distinta, al actuar en un medio social diferente y en el seno de élites inmigrantes cuyo origen social e intereses colectivos también eran distintos. En el caso gallego, la reivindicación de las glorias pasadas y presentes de la Historia de Galicia servía de argumento para un objetivo más amplio, como era la elevación del prestigio social del conjunto de la comunidad inmigrante frente al sentimiento compartido de ser víctimas de desprecio o, al menos, menosprecio simbólico por parte de la esfera pública y las autoridades de las

sociedades latinoamericanas y del resto de los inmigrantes españoles. En el caso vasco, las elaboraciones histórico-literarias más o menos míticas de los escritores fueristas incidían sobre la «superioridad» y la nobleza originaria de los naturales del País Vasco, contribuyendo así a realzar sus virtudes y a aumentar la imagen favorable que la sociedad receptora ya tenía del colectivo vasco. Se podría afirmar algo parecido de los catalanes. Esos discursos de afirmación política anticolonialista y la progresiva reivindicación (o, si se quiere, la elaboración) de las culturas alternativas a la oficial española mostraban además otra virtualidad, al menos en el caso de los gallegos: presentar la emigración como una desgracia colectiva, cuyo responsable sería el mal gobierno del Estado, la discriminación de los ciudadanos a través de un sistema impositivo injusto o la opresión caciquil mediatizada por los poderes del Estado, obligando así a los gallegos a emigrar como única vía para escapar de la miseria.⁸⁵ Empero, y como ya hemos afirmado, todos estos elementos estaban aún lejos de llevar *necesariamente* a la negación de la españolidad del País Vasco, de Galicia o de Cataluña.

El impacto de la guerra de independencia cubana de 1895-1898 sobre la evolución política y la organización societaria de las colectividades españolas emigradas en América, al igual que sobre el desarrollo de representaciones nacionalistas contrapuestas en la metrópoli (Ucelay-Da Cal 1997), dio lugar a dos tipos de reacciones. Por un lado, en Cuba se registró una extrema polarización de las posiciones políticas entre las élites inmigrantes y el colectivo inmigrante español en general. Las posturas proindependentistas que simpatizaban con los insurrectos cubanos generaron una identificación simbólica mucho mayor con sus patrias locales entre algunos sectores de la élite inmigrante gallega y catalana, una parte de la cual también se mostraba receptiva a la posibilidad de que el Estado español concediese un estatuto de autonomía colonial a Cuba y Puerto Rico. Así podría principiar

85 Esta estrategia tenía ciertos paralelismos, de un modo genérico, con la de las élites emigradas irlandesas o lituanas, influidas por el nacionalismo de la segunda mitad del siglo XIX: presentar la *Great Famine* y el éxodo migratorio masivo de los irlandeses (o de los lituanos) como una consecuencia de la dominación *colonial* británica (o rusa) que, finalmente, sería la responsable de las penalidades de los irlandeses como obreros no cualificados en los Estados Unidos (Brown 1966; Brown y Miller 1985).

una generalización del autogobierno regional a Cataluña, al País Vasco y a Galicia. Estas posturas, sin embargo, sufrieron una acusada pérdida de legitimidad en el seno de la colonia española al estallar el conflicto colonial, y tras la derrota española en 1898 quedaron desarboladas, en parte debido al retorno de muchos de los emigrantes que se habían movilizado en pro de la autonomía cubana después de 1898.

En otros casos, el estímulo de la independencia cubana abrió la vía a una emulación del ejemplo caribeño. No fue casualidad que a lo largo de la primera década del siglo xx surgiesen en la isla de Cuba varios grupos nacionalistas catalanes caracterizados por su orientación independentista, desde Santiago de Cuba (1898, creación del *Centre Catalanista*; 1907, constitución del *Catalunya Grup Nacionalista Radical* como escisión del anterior), Guantánamo (*Bloc Nacionalista*, fundado en 1911) y Camagüey (Casal Nacionalista) hasta La Habana. Los sectores catalanistas alcanzaron de forma progresiva el control de las principales instituciones de la colectividad inmigrante catalana a lo largo de la segunda década del siglo xx, particularmente en el *Centre Català* (fundado en 1882) de La Habana a partir de 1911, mientras que la más «apolítica» y poderosa *Sociedad de Beneficencia de Naturales de Cataluña*, fundada en 1840, permaneció en manos de una dirigencia acomodada y perfectamente identificada con el nacionalismo español. La emergente simbología del independentismo catalán tenía desde principios del siglo xx una clara influencia cubana, como se manifiesta en la bandera independentista o *estelada* (Crexell 1984), y las instituciones en manos de los catalanistas en Cuba adoptaron esta enseña, que más tarde se extendió a otros países de América. El discurso catalanista en la isla procuraba desde el principio encontrar una genealogía común con el nacionalismo cubano, intentado amoldar sus referencias históricas y simbólicas a los patrones del nacionalismo cubano.⁸⁶ Igualmente, a finales de la segunda década del siglo xx, los grupos galleguistas que se mantenían activos en Cuba se radicalizaron y adoptaron, en gran medida, actitudes independentistas

86 Por ejemplo, el primer número de la revista catalanista *Fora Grillons!* (1907) publicada en Santiago de Cuba, aludía al *Grito de Yara* del nacionalista cubano Carlos Manuel Céspedes, gesto fundador del movimiento independentista, «esperando el día, día glorioso, en que un grito semejante retumbará por todas partes en Cataluña» (Castells 1986: 71).

que, en su simbología, su imaginario y su discurso se aproximaban más al modelo insurreccional cubano –ejemplificado en líderes como José Martí o Carlos Manuel Céspedes– que al nacionalismo gallego de Europa. Un sector reducido de la élite de la colectividad inmigrante canaria, influida por el ejemplo cubano, elaboró igualmente una nueva doctrina nacionalista que dio origen en La Habana en 1924 al Partido Nacionalista Canario, mucho antes que en las Islas Canarias, donde no consiguió implantarse (Cabrera Déniz 1996; Acosta Padrón 2005: 25-27; Roy 1988, 1999; Brumme y Schubert 1991; Núñez Seixas 1992).

El otro extremo de la polarización fue la acentuación del sentimiento nacionalista español de una buena parte de las élites emigrantes. La desmovilización de los batallones de voluntarios contra los guerrilleros cubanos, reclutados en buena proporción entre los inmigrantes españoles en Cuba –que contaban con un buen porcentaje de asturianos y de canarios, pero también de gallegos y de emigrantes de otras regiones–, el rechazo del discurso hispanófilo del propio nacionalismo cubano y la ocupación de la isla por los americanos, considerados como unos nuevos invasores, introdujeron una renovada tendencia de nacionalismo *integral* español a través de una movilización social, una simbología y un discurso de regeneración nacional fuertemente influido por la experiencia bélica de las guerras de independencia cubanas (Klein 2002). Por poner un ejemplo, en abril de 1922 la colectividad española de Santiago de Cuba asistía de forma masiva a una ceremonia patriótica que habría resultado absolutamente exótica en España: un homenaje a una tumba del soldado español desconocido.⁸⁷

El influjo de la retórica hispanoamericanista propagada desde España a partir de 1900 contribuyó a moderar el tono de este discurso españolista de guerra, el cual, aunque aceptaba la existencia de la diversidad regional dentro del colectivo hispánico, no podía evitar considerar a Cuba como una región amputada de la patria española, y no solo como una antigua colonia. La influencia de esta variable parece haber sido mucho mayor en las colectividades asturiana, canaria o castellana que en la gallega. Se puede constatar además en el seno de la colectividad galaica la persistencia de un

87 Vid. *Eco de Galicia*, La Habana, 20.4.1922.

discurso regionalista más o menos progresista, vinculado con el movimiento agrarista y, más tarde, con el galleguismo político de un modo genérico, cuya preocupación fundamental era la autonomía de Galicia, aun sin poner en cuestión la unidad de España como *nación*.

Tanto en Argentina como en Uruguay, la intensa movilización nacionalista que tuvo lugar en los colectivos de inmigrantes hispánicos en 1895-1898 también dejó secuelas duraderas. Por un lado, algunos republicanos federales moderaron sus veleidades autonomistas y reformularon su discurso hacia un nuevo nacionalismo español sobre una base positivista, uniéndose a la élite republicana que, a partir de 1903, estuvo representada por la Liga Republicana Española (LRE) en Argentina (Duarte 1998). Aunque varios de ellos, favorables a la federalización de España a partir de las comunidades etnoculturales legitimadas por la Historia y la cultura diferenciadas, permanecieron fieles a un patriotismo español pero federal –caso del gallego Ignacio Ares de Parga o del catalán Martín Dedeu–, otros se convirtieron a un nacionalismo tendencialmente jacobino que tenía como modelo la República Francesa o, en algunos aspectos, la propia Argentina.

Por el contrario, con la pérdida de prestigio internacional de España provocada por la derrota de 1898 y la irrupción, en el ámbito español, de los nacionalismos subestatales, en primer lugar el catalán (desde su primer éxito electoral en 1901), seguido del vasco (palpable en el crecimiento del Partido Nacionalista Vasco durante el segundo decenio del siglo xx) y, finalmente, aunque en menor medida, del gallego (fundación de las *Irmandades da Fala* en 1916), una parte de los antiguos republicanos catalanes y gallegos que residían en América se aproximaron a postulados etnonacionalistas. Fue el caso, por ejemplo, del jurista Antoni P. Aleu, arribado en 1869 a Argentina, promotor de la revista regionalista de lengua catalana *L'Aureneta* entre 1876 y 1890, quien fue recibido triunfalmente en Barcelona en 1906, 1909 y 1922 como líder de los catalanes de Argentina. Algo similar ocurrió con algunos dirigentes vascos de origen carlista y más o menos fuerista.

Tanto para los gallegos como para los vascos, la llegada a América de nuevas élites supuso la aportación de nuevas ideas procedentes de la metrópoli. Desde 1903 se registró así la arribada al Río de la Plata de in-

migrantes vascos ya imbuidos de la nueva doctrina nacionalista. Eran, en concreto, varios militantes del primer PNV, como Nemesio de Olariaga y el impresor Sebastián Amorrortu, que en 1904 fundaron una delegación del partido en Buenos Aires, y en 1911 otra en Rosario. También llegaron al Plata varios sacerdotes vascos simpatizantes del nacionalismo, que habrían de ser muy influyentes en el seno de la colectividad inmigrante. Algo semejante sucedió en La Habana en 1908, así como en Uruguay, en México y en los Estados Unidos (Ugalde 1996: 188-91). Hubo asimismo algunos nacionalistas catalanes que arribaron a América como exiliados más o menos voluntarios. Fue el caso del líder catalanista y republicano de Chile Josep Abril (1879-1929), obligado a abandonar Cataluña en 1909; o de los activos catalanistas actuantes en Buenos Aires Hipólit Nadal i Mallol (1891-1978) y Pere Seras (1892-1985), llegados a Argentina en 1912 y 1913 respectivamente para eludir el servicio militar, quienes ya habían participado en las actividades políticas y culturales del catalanismo antes de emigrar. Hubo algunos más, como Josep Lleonart (1861-1936), que presidiría el Casal Català de Buenos Aires en 1908, o el escritor y periodista Joan Torrendell (1869-1937), arribado en 1911 al Río de la Plata tras haber colaborado con varios periódicos catalanistas de Barcelona y Palma de Mallorca.⁸⁸ Fue también el caso de algunos nacionalistas gallegos, como el escritor y periodista ourensano Eduardo Blanco-Amor (1897-1979), llegado en 1919 al Río de la Plata.

En la mayoría de estos casos, empero, no se trataba de auténticos exiliados, sino de inmigrantes *económicos* que traían nuevas ideas adquiridas en su país de origen. Para ellos, la difusión del etnonacionalismo entre las colectividades de coterráneos emigrados en América constituía asimismo una parte de su estrategia de liderazgo étnico, con el fin de obtener el apoyo masivo de los ausentes para la causa en su país de origen, a imitación del admirado caso de los irlandeses de EE. UU.⁸⁹ Su estrategia política con-

88 Para más datos biográficos sobre los inmigrantes catalanes llegados a lo largo de las dos primeras décadas del siglo xx, vid. *Diccionari* (1992).

89 El ejemplo de Irlanda también fue evocado muy a menudo por los nacionalistas gallegos y vascos en Europa para justificar la necesidad de la propaganda ideológica entre las colectividades emigradas en América, (Ugalde 1996: 144; Núñez Seixas 1992: 106).

sistió en fundar periódicos, ganar prosélitos e intentar acceder a las juntas directivas de las grandes asociaciones mutualistas, que actuaban a su vez como centro visible de las colectividades de emigrantes.

Estos activistas *étnicos*, en su mayoría intelectuales, periodistas y profesionales liberales (abogados, notarios, médicos) más o menos pluriempleados, obtuvieron en Argentina el respaldo de algunos sectores de las antiguas élites emigrantes vascas, catalanas y gallegas vinculadas al éxito económico, y que fueron ganadas para el nuevo ideal. La estrategia a seguir estaba clara: disputar el poder dentro del entramado institucional existente, es decir, dentro de los centros mutualistas y las asociaciones de recreo y beneficencia de los emigrantes. De hecho, para una gran parte de las élites intelectuales de la colectividad española, una vez agotado el apoyo al republicanismo o al carlismo en el Río de la Plata, abrazar el ideal etnonacionalista suponía legitimar una vez más una nueva posición de liderazgo, aspirando a recrear una comunidad imaginada y convirtiéndose, al mismo tiempo, en la referencia simbólica de sus nuevos correligionarios en Europa. Así, en diversas ciudades de la Argentina surgieron centros catalanes de ayuda mutua y recreo que estaban influidos directa o indirectamente por los nacionalistas (Rosario, 1902, y Mendoza, 1908). En Buenos Aires, el *Casal Català* surgió en 1908 como una escisión del más antiguo *Centre Català* que databa de 1880. El perfil socioprofesional de sus miembros era más mesocrático a su vez que el del Montepío de Montserrat, asociación catalana de ayuda mutua fundada en 1857 y fiel al nacionalismo español.⁹⁰ Siguiendo una orientación similar, diez años más tarde se constituyó el *Casal Català* de Montevideo (refundado en 1926), escisión del Centro Catalán existente desde 1881. Algo semejante había ocurrido en Santiago de Chile en 1906, cuando un sector de la dirigencia del Centro Catalán que se declaró partidario de la independencia de Cataluña protagonizó una escisión.

Una buena parte de los catalanes de ultramar se convirtieron así en un firme apoyo del catalanismo, tanto de sus iniciativas políticas como de varias de las asociaciones en defensa de la cultura propia que surgieron en la sociedad civil de Cataluña. En el curso de la primera década del siglo xx,

90 Vid. Fernández (2011). Una descripción evenemencial en Lucci (2009).

la *Associació Protectora de l'Ensenyança Catalana* fundada en Cataluña asistió igualmente al aumento del número de sus delegaciones y miembros en América del Sur y Cuba. Y en 1917-18, el *Casal Català* de Buenos Aires, con el apoyo de varios sectores de la colectividad catalana residente en la Argentina, se adhirió a la campaña por la autonomía de Cataluña promovida en España por los principales partidos catalanistas.⁹¹ A lo largo de los años veinte, su posición se radicalizó progresivamente, pasando a defender postulados propios del nacionalismo radical y más o menos independentista.

Entre 1916 y 1919 surgieron varias iniciativas para fundar federaciones de asociaciones catalanas de carácter nacionalista, tanto de la Argentina como de toda Sudamérica. En 1916 nació la Asociación Nacional Catalana de las Américas en Buenos Aires, desaparecida al año siguiente, y en agosto de 1918 se fundó la Unión Nacionalista Catalana en la misma ciudad. Paralelamente, en marzo de 1919 se constituyó un Comité de Acción Catalana de América del Sur a iniciativa del Centro Catalán de Mendoza, con el fin de coordinar la actividad de las instituciones y publicaciones de tendencia catalanista entre los inmigrantes catalanes de Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay. En 1922, finalmente, los grupos catalanistas de la isla de Cuba constituyeron una Federación de Instituciones Catalanistas de Cuba (Roy 1999; Fernández 1992).

De modo similar, los nacionalistas vascos se orientaron hacia la agitación periodística y la conquista política de los grandes centros mutualistas vascos. Fue el caso del *Laurak Bat* de Buenos Aires, fundado en 1877, que tenía como finalidad, entre otras, la conservación entre los inmigrantes vascos del amor por los Fueros suprimidos en 1876, así como del *Zazpirak Bat* de Rosario, fundado en 1912. Tras varias vicisitudes, los simpatizantes del PNV consiguieron acceder a la dirección de ambas entidades y promover desde ellas una política cultural y simbólica que pasó, en primer lugar, por una guerra de banderas, negándose a izar en las sedes la bicolor española, así como por una reetnificación de las fiestas y de

91 Vid. Castells (1986: 79-80). También «En la colectividad española. Manifiesto de los catalanes», *La Nación*, 27.12.1918, e informe del embajador español en Argentina al Ministerio Español de Asuntos Exteriores, Buenos Aires, 8.1.1919 (Archivo Político del Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, H-204).

las celebraciones públicas, confiriéndoles una dimensión nacionalizadora alternativa. Con todo, los nacionalistas no completaron el control total de estas instituciones de forma permanente hasta 1923, después de que la facción españolista hubiese perdido la mayoría en el seno de sus directivas (Astigarraga 1985; Cava Mesa 1996: 137-69; Álvarez Gila 1996, 2000; Cava Mesa et al 1992).

Los nacionalistas gallegos trataron de hacer lo mismo, pero solamente triunfaron en parte. El ideal galleguista nació en este caso más tarde, cuando la élite galaica de Buenos Aires ya estaba integrada, en gran medida, en el seno de las asociaciones panhispánicas como la AESM, que contó con una mayoría de presidentes gallegos entre 1892 y 1918. Desde 1918, con todo, los galleguistas también hicieron sentir su influencia a través de una nueva institución creada bajo su influjo, la Casa de Galicia, que pretendía ser una alternativa política al Centro Gallego; y encontraron un ámbito de expansión preferente entre las decenas de pequeñas asociaciones de alcance local y regional que proliferaron en Argentina y en Cuba desde 1904 (vid. capítulos 11 y 12). La élite dirigente de estas asociaciones tenía un origen social más modesto (pequeños o medianos comerciantes, periodistas, pequeños industriales, obreros cualificados) que el de las grandes instituciones mutualistas; y sus actividades (la promoción de escuelas en Galicia, el respaldo a las asociaciones agrarias de sus lugares de origen, la ayuda mutua y la sociabilidad) llevaban la impronta de un ideal político que tendía al progresismo, al laicismo y al regeneracionismo. Así, en 1925 una parte de los galleguistas se incorporaron a la dirección de la principal entidad que aglutinaba desde hacía cuatro años a estas asociaciones microterritoriales: la Federación de las Sociedades Gallegas, Agrarias y Culturales de la capital argentina (FSG). El control de esta organización no fue, sin embargo, completo, y los nacionalistas tuvieron que pugnar con una facción de líderes de origen social más modesto y orientados hacia la izquierda. La disputa acabó por provocar la escisión en 1929-30 y el surgimiento de dos federaciones: una de influencia socialista y otra de influencia nacionalista.

En todos los casos reseñados se puede observar que la influencia de los nacionalistas representó porcentajes más o menos significativos del colecti-

vo de referencia, pero no llegó a englobarlo nunca en su totalidad. Además, en el curso de los años siguientes, no dejaron de producirse escisiones «españolistas», provocadas por socios o líderes disconformes con la ruptura de vínculos con la identidad nacional española. En Cuba, el Centro Gallego de La Habana y la red de asociaciones de ámbito local/parroquial fueron menos permeables desde mediados de la década de 1920 para los nacionalistas gallegos. Por esta razón, tuvo lugar entre ellos una precoz radicalización ideológica (Núñez Seixas 1992; 1998a; 1998b).

De esta manera, hacia 1925 existían tanto en Cuba como en el Río de la Plata, Nueva York y Mexico, una serie de visibles fracturas internas en lo relativo a los proyectos de construcción de comunidades nacionales en el seno de comunidades de inmigrantes vascos, catalanes y gallegos. En la colectividad española de la Argentina, por ejemplo, esta fractura se manifestó de un modo simbólico en las disputas en torno al carácter exclusivamente gallego o español del aviador Ramón Franco, con ocasión del vuelo transoceánico del hidroavión Plus Ultra, que llegó a la capital argentina en febrero de 1926. La Asociación Patriótica Española, presidida entonces por el músico vasco Félix Ortiz y San Pelayo, fue incapaz de utilizar el acontecimiento como palanca para una campaña de unificación de las sociedades hispánicas y de «renacionalización» española de la colectividad (Ortiz y San Pelayo 1926). De modo semejante, los repetidos fracasos de los proyectos de confederación de las asociaciones de los inmigrantes españoles en las diversas repúblicas americanas también tenían origen en las fuertes rivalidades interregionales, y en particular en la falta de identificación de varias asociaciones regionales con un proyecto común español. Hacia la tercera década del siglo xx era a todas luces muy difícil encontrar símbolos compartidos capaces de crear una unanimidad patriótica entre todas las asociaciones españolas de buena parte de América.

El advenimiento de la dictadura de Primo de Rivera en España (1923) radicalizó las posiciones de los nacionalistas subestatales, que encontraron en sus actividades conspirativas en Europa, y en su exilio ultramarino, un apoyo significativo por parte de sus correligionarios emigrados en América y, en algunos casos, en Francia. En octubre de 1923 surgió en Buenos Aires

la revista *Nación Catalana*, publicada por el Comité *Llibertat*, cuya oposición a la dictadura militar española se presentaba de forma conjunta con la defensa del independentismo para Cataluña. Entre los catalanes de América se promovió la recaudación de fondos para el partido independentista e insurreccionalista *Estat Català*, acciones demostrativas como el envío de telegramas de protesta a la Sociedad de Naciones, la publicación de manifestos, panfletos y libros, y la acogida de algunos líderes catalanistas como Joan Comorera y M. Massó i Llorens en el Río de la Plata, quienes fundaron a su vez algunas publicaciones. Lo mismo se puede afirmar en el caso de los vascos, que en la década de 1920 refugiaron a algunos exiliados del PNV *aberrriano* partidarios de los métodos insurreccionales, como Eli Gallastegi, refugiado en México a partir de 1927, y J. Domingo de Arana, establecido en Buenos Aires. También promovieron algunas publicaciones de tendencia independentista en México y en Nueva York.

La radicalización de los catalanistas de América propició igualmente el nacimiento de nuevos grupos en Argentina, y facilitó que los catalanistas de Santiago de Chile incrementasen su influencia, mediante la constitución del Comité de Publicidad Catalana en septiembre de 1923. El viaje triunfal por varios países de América que llevaron a cabo los líderes del *Estat Català* Francesc Macià y Ventura Gassol en 1928, así como la acogida que les fue dispensada por los colectivos catalanes de América del Sur y de Cuba, sirvieron igualmente para reforzar la hegemonía político-simbólica del nacionalismo catalán sobre las principales entidades asociativas de los emigrantes catalanes en América. En La Habana, Macià y Gassol presidieron una Asamblea Constituyente del Separatismo Catalán, a la que asistieron representantes de diversos centros catalanes de América. De ella surgió una Constitución Provisional de la República Catalana en octubre de 1928, que jamás se llevó a la práctica, al igual que un proyecto de creación de un *Partit Separatista Revolucionari de Catalunya*, inspirado claramente en el modelo del Partido Separatista Revolucionario del cubano José Martí (Roy 1986; Fabregat 1956; Castells 1986: 113-23). El control de la mayoría de las instituciones de emigrantes permitió a los catalanistas emprender procesos de construcción de imaginarios simbó-

licos específicos, claramente impregnados por la narrativa historicista y simbólica del catalanismo importada de Europa, por medio de fiestas, ritos y actividades culturales. Estos procesos devendrían en prácticamente irreversibles y sirvieron para socializar en la nueva identidad de origen a los inmigrantes de segunda y tercera generación que continuaban vinculados con las colectividades de inmigrantes. Algo semejante sucedió en el caso de las asociaciones vascas —aunque no en el de las navarras, que acogieron en parte a los vascos disconformes con el giro nacionalista de sus antiguas sociedades— durante los años treinta y cuarenta del siglo xx.

En el caso de la colectividad gallega de Buenos Aires se constató igualmente un proceso paralelo: una *reetnificación* relativa en un sentido galleguista, a nivel simbólico, de las fiestas y de las celebraciones de las asociaciones locales reagrupadas en torno a la FSG, que aglutinaba al 40 por ciento de las asociaciones gallegas de Buenos Aires, tanto antes como —con mayor intensidad— después de 1929. La frecuencia con la que se interpretaba el himno gallego se triplicó; el himno español (tanto la Marcha Real como el Himno de Riego) prácticamente desapareció; las obras de teatro en gallego superaron a las representaciones de teatro español, aunque eran a su vez ampliamente superadas por los elementos típicos de la cultura de masas argentinos como el sainete criollo; la música folclórica y popular gallega dominaba ahora el programa de las fiestas, que presentaban un carácter mucho más *hispanizado* desde un punto de vista cultural a principios del siglo xx. Paralelamente, y bajo la influencia de las asociaciones de emigrantes en la política gallega desde principios de siglo, los núcleos galleguistas de Buenos Aires y Montevideo —frente a la decadencia de los de La Habana— jugaron un papel creciente en el desarrollo del movimiento nacionalista en la propia Galicia, a través del envío de ayuda material y, una vez proclamada la II República en abril de 1931, de delegados en representación de las asociaciones gallegas del Río de la Plata (en particular, de la FSG y del Centro Gallego de Montevideo). Estos delegados, al llegar a Galicia, se integraron como candidatos en las listas republicanas y autonomistas para las elecciones a Cortes Constituyentes, y en diciembre se unieron al *Partido Galeguista* (PG), recién fundado. Dos

de ellos, además (Ramón Suárez Picallo y Antón Alonso Ríos) obtuvieron actas de diputado en Madrid en las legislaturas de 1931-33 y 1936. La intervención de las colectividades emigrantes, bajo la influencia directa o indirecta de los nacionalistas, en la política de su país natal se intensificó con ocasión de la campaña por el Estatuto de Autonomía de Galicia. Las encuestas realizadas en 1932 en el seno de la colectividad gallega de Buenos Aires otorgaban una mayoría (60 por ciento) de partidarios a la autonomía, al federalismo o a la independencia. También en Cuba, algunas encuestas menos fiables también realizadas en 1932 arrojaban un porcentaje similar. Cuando se celebró el plebiscito autonómico en Galicia el 28 de junio de 1936, la práctica totalidad de las asociaciones gallegas de Buenos Aires y de Montevideo suscribieron un manifiesto a favor de la autonomía de Galicia, inscrita en la lealtad a la II República española (Núñez Seixas 1992).

Por el contrario, a lo largo del periodo 1931-1936, es decir, durante un lustro de normalidad democrática, y al igual que en el periodo anterior a 1923, las organizaciones de ultramar solo fueron una voz secundaria y poco relevante en el concierto de los nacionalismos vasco y catalán. Así, el delegado de Acción Nacionalista Vasca de Buenos Aires, Jesús de Zabala, pasó casi inadvertido en la política vasca tras retornar en 1931, y solo es digna de mención su participación en la fundación del nuevo partido nacionalista liberal y republicano del mismo nombre (Acción Nacionalista Vasca, ANV). Por su parte, el éxito electoral del nuevo partido creado por Francesc Macià en 1931, *Esquerra Republicana de Catalunya* (ERC), conglomerado de catalanistas, nacionalistas radicales y republicanos, y su renuncia al independentismo en favor del autonomismo le valió la amarga recriminación de los catalanistas de América que lo habían apoyado durante los años difíciles de la dictadura de Primo de Rivera. Pues, de hecho, Macià abandonó el proyecto de propulsar el *Partit Separatista Revolucionari* en 1929, poco después de su retorno a Europa (Ucelay 1979). Ciertos grupos independentistas catalanes de América se mostraron muy decepcionados por ese pragmatismo, pero en la mayoría de los casos predominaba entre ellos la adhesión a la nueva Generalitat y la valoración de la autonomía como un primer paso hacia una confederación

ibérica de naciones libres. Esta fue la consigna aprobada por el congreso de las instituciones catalanas de América, en el que únicamente participaron las asociaciones bajo control catalanista, que tuvo lugar en junio de 1936 en Montevideo (Castells 1986: 131-32).

El activismo aparente de los nacionalistas gallegos del Río de la Plata en la escena política de la propia Galicia ocultaba, sin embargo, varias debilidades estructurales que se manifestaron, paradójicamente, tras la guerra civil. La aparición más tardía de una élite nacionalista más o menos compacta dificultó el acceso a los puestos dirigentes de las grandes instituciones de los colectivos gallegos, lo que incluso ocurrió en el seno de las asociaciones microterritoriales. Esta élite galleguista emergente se encontró con la fuerte competencia de los antiguos republicanos españoles y, sobre todo, de los dirigentes de origen popular forjados en el sindicalismo argentino o uruguayo, defensores de un *internacionalismo proletario* que les llevaba a oponerse a cualquier forma de etnonacionalismo.⁹² De ahí partía una dificultad añadida para los galleguistas –frente a los casos vasco y catalán–, que no se podían presentar como el elemento renovador más eficaz entre las élites de la colectividad. Lo que también tenía relación con el hecho de que los inmigrantes gallegos en Argentina, Uruguay y Cuba ocupasen nichos más modestos en el mercado laboral –obreros no cualificados o semicualificados, empleados de comercio– que los inmigrantes catalanes o vascos, al margen de los que se establecían en zonas rurales, durante el primer tercio del siglo xx.⁹³ Quizás a causa de esta situación, los galleguistas preferían influir en los sectores dirigentes de las grandes instituciones mutualistas. Pero todavía no eran suficientemente fuertes para conseguir el control de instituciones como el Centro Gallego de la capital argentina, que contaba con 39000 socios en 1932.

92 De hecho se trataba de una dialéctica semejante a la que mostró Higham (1986) para las élites dirigentes de algunos grupos étnicos inmigrantes de los Estados Unidos en la misma época.

93 Por otra parte, aunque fueron sobre todo los inmigrantes y los exiliados catalanes y andaluces, así como los italianos, los que introdujeron el anarquismo en países como Argentina, la diferencia con los gallegos reside en el hecho de que son infrecuentes los casos en los que los activistas procedentes del movimiento obrero de los países de acogida orientaron su actividad hacia el liderazgo étnico del grupo inmigrante.

EL IMPACTO DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

La guerra civil española provocó entre las colectividades de emigrantes españoles en América una división profunda entre franquistas y republicanos, con un predominio visible de los últimos en varios países (Argentina, Estados Unidos o Uruguay), y una situación más equilibrada en otros, cuando no abiertamente favorable a la hegemonía de los franquistas en las instituciones más representativas de la colonia española (Cuba o México). En el caso de las colectividades vascas, catalanas y gallegas, el debate acerca de la identidad nacional que había de prevalecer en su seno se mezcló con la división entre franquistas y republicanos. Esto fue causa de varias escisiones de los sectores que se definían al mismo tiempo como españolistas y favorables al bando sublevado, y que fundaron a su vez nuevas asociaciones. Pero también tuvo lugar un reagrupamiento de fuerzas políticas y de instituciones representativas por parte de los partidarios del bando republicano.

Cabe establecer una diferencia entre los centros catalanes, los gallegos y los vascos, estos últimos bajo el control de dirigentes más o menos próximos al nacionalismo vasco.⁹⁴ En el caso de los catalanes y los gallegos, se produjo una suerte de reagrupamiento de etnonacionalistas, republicanos y partidarios de las izquierdas. Así se puso en evidencia en la reunificación en 1940 del *Centre Català* y del *Casal Català* en el seno del *Casal de Catalunya*, o en el caso de la reunificación de la Federación de Sociedades Gallegas en Buenos Aires en 1937. La cohabitación entre los tres sectores fue más difícil entre los gallegos, pues aquí los nacionalistas eran menos influyentes, que entre los catalanes, si bien también entre ellos existían conflictos identitarios internos. Los comunistas, particularmente los exiliados de las secciones gallega y vasca del Partido Comunista de España, así como los del PSUC catalán, se convirtieron además en un nuevo elemento con el que había que contar, sobre todo en Cuba y en México, a condición de que

94 Proximidad no siempre implicaba plena sintonía ideológica. El presidente del Gobierno Vasco en el exilio, José Antonio Aguirre, escribió en su diario hacia finales de 1941 que los inmigrantes vascos de Nueva York todavía no habían «entendido bien [el] movimiento nacional», a pesar de su activo apoyo a los nacionalistas vascos; y añadía que la asociación *Euskal Erria* de Montevideo (fundada en 1912) todavía permanecía en manos de «antiguos carlistas» vascófonos (Egaña 1997: 180, 244).

adoptasen una estrategia de apoyo hacia las reivindicaciones nacionalistas periféricas, con el fin de constituir «frentes unitarios» en las nacionalidades con vistas a la formación de una República Federal Española, cuyo modelo a imitar sería la Unión Soviética.

Además, los vascos se beneficiaban de una red bien organizada de apoyo institucional articulada ya desde fines de 1936 por el Gobierno Vasco, que incluía varios grupos de presión formados en los países de emigración. Fue el caso del Comité Pro-Inmigración Vasca en Argentina (1939), que hizo posible el ingreso en el país de un número importante de refugiados vascos en condiciones ventajosas, gracias a los importantes apoyos recabados de la élite social y política argentina (Anasagasti 1988); o, con matices, de Venezuela. El propio Gobierno autónomo en el exilio ofrecía una causa con la que identificarse, más allá de las disputas partidistas. Los catalanes, por su parte, constituyeron en cada país, a partir de 1940, organizaciones representativas unificadas, las llamadas Comunidades Catalanas. Estas reunían a delegados de todas las instituciones de emigrantes y exilados catalanistas, aunque en ellas ya no imperaba la de tendencia independentista, y prestaban su apoyo a los diversos sectores del exilio político catalanista, políticamente muy fragmentado. Aunque no habían sido apoyadas por los grupos comunistas catalanes, ni tampoco por una parte de los exilados ligados a ERC, las Comunidades Catalanas consiguieron un éxito notable. Los Consejos de Comunidades Catalanas se extendieron a Chile, Costa Rica, Uruguay y México y tras unos primeros meses de confusión y conflicto acabaron por apoyar a la Generalitat exiliada, presidida por el pragmático Josep Tarradellas (Díaz Esculies 1991). Los galleguistas, por su lado, partían de una situación desventajosa. Debido a los azares de la guerra, y a que el territorio gallego cayó en manos rebeldes ya en julio de 1936, ni contaban con un gobierno en el exilio formalmente constituido, ni con un número de exilados y de refugiados tan elevado como el de los vascos y los catalanes.

De este modo, frente a los centenares de exiliados catalanistas (sobre todo en México), y de nacionalistas vascos –se ha estimado que alrededor de 1400 refugiados vascos llegaron a Argentina en 1940-41, aumentando

de modo importante su influencia en un colectivo relativamente reducido, y algunos centenares llegaron también a otros países americanos (Amezaga 1991; San Sebastián 1998)—, el número de exiliados gallegos en Latinoamérica fue apenas de unos cientos, aunque entre ellos se encontrasen líderes político-intelectuales de gran prestigio e influencia, como el diputado del pg Alfonso R. Castelao, quien en julio de 1940 desembarcó en Argentina. Los exiliados vascos reforzaron la organización nacionalista en Buenos Aires y contribuyeron a «conquistar» de forma permanente para el nacionalismo la presidencia y el liderazgo del *Laurak Bat* en los años cuarenta. Al mismo tiempo, los refugiados aportaron un contingente bastante importante de las nuevas adhesiones en las instituciones mutualistas vascas. El *Laurak Bat*, que en los años anteriores apenas contaba unos centenares de socios, vio aumentar de forma notable sus efectivos por la incorporación masiva de numerosos exiliados. El Centro Vasco (*Euskal Etxea*) de La Habana, que se había posicionado a favor de Franco durante la Guerra Civil, fue conquistado por los nacionalistas vascos desde principios de la década de 1940. Se podría afirmar incluso que la cohabitación de antiguos carlistas, transformados en franquistas, y de etnonacionalistas, todos ellos fervientes católicos, en el seno de los Centros Vascos de ayuda mutua era relativamente más fácil, a pesar de las permanentes luchas políticas, que la de franquistas, izquierdistas y etnonacionalistas en las asociaciones gallegas y catalanas.⁹⁵

Por el contrario, a causa de su mayor debilidad numérica, los exilados nacionalistas gallegos —al igual que los republicanos y los comunistas— únicamente pudieron ejercer una influencia reducida en el colectivo de inmigrantes gallegos en México, comerciantes prósperos y de derechas poco proclives al activismo político. Su influencia sobre el Centro Gallego de La Habana también decreció en los años 1940, después que la candidatura unitaria de los simpatizantes de la República hubiese perdido las elecciones frente a los franquistas (1939-40). El exilio galleguista sí podía contar con una influencia poderosa y procedente del periodo anterior, basada en las élites dirigentes de los Centros e instituciones mutualistas y recreativas de los gallegos

⁹⁵ Lo que sucedía también en el caso de los antiguos inmigrantes españoles y gallegos en Chile, que eran más bien conservadores y no siempre acogieron a los exiliados republicanos de modo favorable (Lemús 1998).

de Nueva York, de Buenos Aires y de Montevideo. La comunidad galaica de Nueva York, minoritaria pero fuertemente influida por élites dirigentes formadas en el sindicalismo norteamericano, y en gran medida de tendencia anarquista, no simpatizó con el etnonacionalismo, al margen de algunos sectores minoritarios. Por ello, apenas había generado élites endógenas de tendencia nacionalista, razón por la que los pocos exiliados galleguistas que recalaron en los EE. UU. no tuvieron ocasión de asumir plenamente el liderazgo de la colectividad inmigrante. Por el contrario, a la llegada de los exilados nacionalistas gallegos a Buenos Aires y Montevideo, las élites etnonacionalistas de la colectividad se habían movilizado, propiciando la reorganización de muchas asociaciones microterritoriales en Centros Provinciales (los de Ourense, Lugo, Pontevedra y A Coruña), en cuyas directivas los galleguistas conservaron una notable influencia. De este modo, los exiliados cumplían una función de guía de la colectividad.

Las instituciones y las organizaciones creadas por los exiliados galleguistas, y en particular el *Consello de Galiza* fundado en 1944, pretendían revestirse de una nueva legitimidad política, el apoyo de los emigrantes, frente al resto de los sectores del exilio republicano español en América y en Europa. Sin embargo, no supieron superar un problema heredado del pasado: la competencia con las élites de izquierda republicana, opuestas al nacionalismo gallego, los propios exiliados de esta tendencia y, finalmente, la indiferencia de una parte de la «aristocracia» emigrante, que había triunfado en el plano económico y que conservaba una calculada actitud apolítica que, a largo plazo, no le impediría mantener relaciones amigables con las autoridades consulares franquistas a partir de los años sesenta.

Hubo un nuevo factor que fue decisivo en la evolución del nacionalismo gallego en América en los años cuarenta y cincuenta del siglo xx. Tras 1946, año en el que fue autorizada de nuevo la emigración transoceánica desde España, los nuevos emigrantes «económicos» catalanes y vascos fueron relativamente poco numerosos. Por ello, no podían representar una competencia real para las dirigencias de tendencia antifranquista que dominaban las instituciones étnicas de sus respectivas colectividades, mezcla de las viejas élites de orientación nacionalista y los nuevos refugiados, e incluso sus des-

cendientes. Con todo, tras 1947-48 llegó una nueva oleada de emigrantes gallegos cuyas características sociológicas eran muy distintas a las imperantes entre los emigrantes del periodo 1880-1930. Se trataba también de campesinos con escasa formación, aunque ahora más alfabetizados, pero habían sido socializados durante los años del miedo y de la represión posterior a 1936. Habían sido escolarizados por el sistema educativo franquista y habían asumido, de este modo, una buena parte de sus mitos legitimadores: su identidad en un país extranjero era solo «española», sin excesivos matices, y su bandera la roja y gualda restaurada por el franquismo. Los hombres, en su gran mayoría, habían hecho el servicio militar. En países como la Argentina peronista el régimen político existente no ocultaba sus simpatías hacia la España franquista, aunque tolerase al mismo tiempo las actividades públicas de los republicanos antifranquistas en su territorio.

Estos «nuevos emigrantes», a su llegada a Uruguay o Argentina, se toparon con los antiguos republicanos y nacionalistas exiliados o inmigrados con anterioridad, que bloqueaban la promoción de los recién llegados hacia posiciones de poder en las asociaciones. La situación generada provocó a largo plazo nuevas disputas por el poder en el seno de varias de esas entidades desde mediados de la década de 1950, batalla que acabó por llevar a los nuevos inmigrantes al poder de las instituciones de la colectividad gallega en los años 1960 y 1970, a medida que los emigrantes de principios de siglo y los exiliados desaparecían de la escena. La bandera bicolor pasó a presidir de nuevo las sedes de las instituciones de inmigrantes, en sustitución de la bandera gallega y la tricolor republicana; y el flamenco y la canción española importada de la metrópoli reaparecieron en los programas de las fiestas de las asociaciones gallegas.⁹⁶ Naturalmente, los dirigentes étnicos surgidos entre los nuevos inmigrantes disfrutaron del generoso apoyo de la Embajada española y de los servicios exteriores de la Falange. La antigua élite republicana y galleguista, que solo parcialmente podía asegurar el relevo generacional, se vio obligada a ceder el mando de las diversas instituciones como la *Casa de Galicia* de Montevideo, los Centros Provinciales gallegos

⁹⁶ Por el contrario, como destacaba el presidente del Gobierno Vasco en el exilio en diciembre de 1941, las danzas típicas vascas fueron reintroducidas en el Centro Vasco de Nueva York tras muchos años de olvido por la nueva ola de exiliados políticos (Egaña 1997: 218).

(reagrupados más tarde [1979] en el seno del *Centro Galicia*), e incluso el Centro Gallego de la capital argentina (1966). Le quedaba únicamente la FSG, y algunas asociaciones de carácter local como refugio del nacionalismo, de la izquierda obrera y del republicanismo más o menos autonomista. Incluso en el seno de este último se desencadenaron numerosos conflictos entre los «apolíticos», deseosos de recibir el apoyo de las autoridades consulares franquistas –o, al menos, su reconocimiento–, y los antiguos nacionalistas, republicanos y socialistas.

Si las colectividades gallegas de América Latina se «reespañolizaron» gracias a la segunda oleada migratoria de 1947-60, en el seno de las colectividades vascas y catalanas de América no ocurrió algo semejante. Aunque hubo una corriente minoritaria de nuevos inmigrantes vascos a Argentina tras 1948, nunca alcanzó la importancia de la que procedía de Galicia. Además, muchos de estos nuevos inmigrantes simpatizaban claramente con el nacionalismo vasco, contribuyendo a propagar la creación de asociaciones vascas de orientación nacionalista en otras ciudades argentinas. Colectividades de inmigrantes tan importantes como la de los vascos en Venezuela fueron forjadas a partir de 1937-38, gracias a la arribada masiva de los refugiados nacionalistas, que transmitieron un fuerte sentimiento de identidad nacional (vasca) a sus descendientes (San Sebastián y Ajuria 1992). Las colonias de inmigrantes vascos jugaron de nuevo un importante papel como lugar de refugio y de apoyo al nacionalismo durante los años difíciles de la posguerra, aunque su importancia política disminuyó rápidamente a partir de los años sesenta. Por otro lado, la influencia del voto de los emigrantes vascos y catalanes en sus lugares de origen ha sido muy escasa, a diferencia de lo que sucedió con el voto emigrante gallego entre 1989 y 2005 (Lugilde 2011).

ALGUNAS CONCLUSIONES

Al final de esta rápida comparación, podemos bosquejar las siguientes conclusiones. En primer lugar, los estímulos iniciales al desarrollo del etnonacionalismo en los colectivos de emigrados provienen de la metrópoli y se difunden a través de la llegada de emigrantes adheridos a las nuevas ideas. Por tanto no es un nacionalismo que se genera fuera de las fronte-

ras de Cataluña, del País Vasco y de Galicia sino, al principio, una doctrina «importada» de Europa por expatriados y exilados entre 1870 y 1900. Esta categoría abarca tanto a un republicano federal como Manuel Castro López —emigrado en 1892 para ir a «hacer fortuna» en una joven república y escapar de su ciudad natal, donde sus ideas no encontraban el caldo cultural adecuado— como a los sacerdotes nacionalistas vascos «castigados» por la jerarquía eclesiástica y enviados a América. Fue una emigración política anterior al exilio español clásico de 1939, pero no menos importante, sobre todo desde el punto de vista cualitativo. El caso de las Canarias constituye la excepción que confirma la regla.

Por otro lado, aunque se pueda discutir sobre el nivel y el alcance de la «conciencia nacional» de los campesinos que emigraban de las zonas rurales en su adolescencia y con algunas nociones de castellano, parece igualmente evidente que esta circunstancia no fue para muchos de ellos un obstáculo para adherirse a la identidad nacional española. La influencia y la acción «nacionalizadora» se ejercían a través de las propias instituciones, los periódicos, la sociabilidad y las celebraciones de las colectividades de emigrantes, y en parte por el descubrimiento del «otro»: las identidades nacionales de los países latinoamericanos, su ocasional xenofobia antiespañola y la competencia o rivalidad con los otros colectivos de inmigrantes extranjeros. Por expresarlo gráficamente: navarros monolingües en euskara en el momento de su marcha de España, mallorquines de habla catalana y gallegos monolingües descubrieron y afirmaron su «hispanidad» en Buenos Aires o en Montevideo hablando su lengua *nacional* española, ahora (re)aprendida con acento criollo. La etnicidad (consciente o inconsciente), en consecuencia, no era determinante para la reactivación de un nacionalismo dado, aunque pudiese tener un papel como factor previo o condicionante. Los nacionalistas gallegos, catalanes o vascos emigrados no contaron con el apoyo de *todos* sus coterráneos, a los que querían integrar en su proyecto de comunidad imaginada, porque tenían que hacer frente a la competencia de los proyectos de «renacionalización» hispánica de las colectividades de inmigrantes. Fueron casos relativamente semejantes las disputas entre los nacionalistas prohúngaros

y los eslovacos en el seno de la comunidad de inmigrantes eslovacos de los EE. UU. a fines del siglo XIX, o la lucha entre nacionalistas polacos y lituanos en el seno de la comunidad lituana inmigrada en aquel país por los mismos años (Stolarik 1989; Greene 1975).

El discurso nacionalista importado de Europa estuvo sujeto a reinterpretaciones y adaptaciones varias, tanto a un nuevo entorno social como a distintas funciones –la conciencia de *superioridad* étnica fomentada por la opinión pública argentina o uruguaya, en el caso de los vascos; o la necesidad de reaccionar frente al desprecio social en el caso de los gallegos–, determinadas a su vez por la situación de cada colectivo emigrante y por los intereses de las élites sociales endógenas de cada uno de ellos. El discurso etnonacionalista se convirtió así en un recurso de movilización eficaz, una carta a jugar para las élites en lucha por un espacio de poder dentro de las colectividades de inmigrados y que, al mismo tiempo, buscaban un reconocimiento por parte de sus comunidades de origen. Como en la vieja Europa, la construcción de las identidades nacionales en las colectividades de emigrantes no fue un proceso espontáneo y «natural», sino más bien el resultado de una movilización sociopolítica, de juegos de intereses y de la elaboración consciente de imaginarios identitarios capaces de codificarlos (Skribis 1999). El éxito más o menos importante de los proyectos nacionalistas con respecto a otros iba a depender de la correlación de fuerzas existente entre las élites políticas, sus recursos de movilización y su posición social e institucional.

En cada uno de los casos ibéricos asistimos a formas diferentes de liderazgo nacionalista. Según la clásica clasificación de Higham (1978), el liderazgo de tipo «recibido», propio del periodo formativo de las comunidades étnicas, preexistente en los países de origen e implantado en el país de destino, tendría relevancia solo en una primera fase, como en el caso de los sacerdotes católicos vascos de tendencia nacionalista (Álvarez Gila 1998, 1999), caso muy similar al de algunos pastores protestantes daneses en Argentina o al de los curas católicos polacos en los EE. UU (Bjerg 1992; Pienkos 1991). No obstante, para los catalanes o los gallegos el liderazgo endógeno fue mucho más significativo: los expatriados republicanos, llegados a América en su

juventud, ganaban prestigio y notoriedad gracias a su acción en el seno de las colectividades. En una segunda fase, ese liderazgo étnico *recibido* pasó a ser ejercido por los exilados políticos galleguistas, por los catalanistas o por los nacionalistas vascos en diversos grados. Su éxito fue mayor en el caso de los gallegos en Buenos Aires, de los vascos en casi todos los lugares de América o de los catalanistas en México o Buenos Aires; pero fue menor en el caso de los gallegos en La Habana y México. A pesar de todo, es necesario tener en cuenta que la tarea de los exiliados políticos se tornó más fácil allí donde encontraron estructuras de acogida o cuadros proporcionados por las élites endógenas de las colectividades emigrantes.

El estudio de las identidades nacionales en las comunidades de inmigrantes nos lleva a una cuestión ineludible. Nos encontramos ante manifestaciones visibles de la identidad colectiva –participaciones en actos públicos, manifestaciones de un signo u otro, aceptación o rechazo de los símbolos y de los rituales, etc.–, para los cuales es presumible una participación espontánea. Pero las disputas ideológicas en el liderazgo étnico de las asociaciones no siempre eran una traducción real de las preocupaciones y los problemas de la masa social afiliada a esas entidades. Cabe preguntarse también por la capacidad de impregnación ideológica y simbólica real entre la masa asociada de unas instituciones cuyo control era detentado por los socialistas, etnonacionalistas o carlistas *vascongados*. Como hemos podido verificar en el caso gallego, asociaciones las disputas ideológicas o las escisiones provocadas por estos desacuerdos movilizaban a sus miembros sobre todo en función de afinidades personales y de lealtades comunitarias de base parroquial, y no tanto en función de principios políticos opuestos. Sin negar la capacidad de movilización de los socios en función de grandes principios –algo evidente en la época de la Guerra Civil–, la ambigüedad existente entre la extrema politización de los cuadros dirigentes y la tendencia mayoritaria, de cariz apolítico y comunitario, de sus miembros no desapareció durante el periodo posterior a 1939. La simple descripción de las orientaciones de las figuras dirigentes y de las empresas periodísticas y culturales no basta para dar cuenta del colectivo social estudiado.

6. EL COMPETIDOR IMAGINARIO: LOS INMIGRANTES ITALIANOS SEGÚN LA COLECTIVIDAD ESPAÑOLA DE LA ARGENTINA (1900-1940)

La Argentina del primer tercio del siglo xx fue un crisol de culturas y de grupos étnicos inmigrantes, cuyo impacto comparativo sobre la población total fue mayor que en otros ejemplos clásicos de países receptores de masiva inmigración europea desde mediados del siglo xix (Estados Unidos, Brasil, Canadá o Australia). País abierto a la inmigración europea desde 1855, a él llegaron en oleadas sucesivas diversos grupos étnicos. Pero, a pesar de la voluntad expresada por Juan B. Alberdi primero, por Domingo F. Sarmiento después, y por varios políticos y publicistas argentinos de finales de siglo, la inmigración arribada al país no fue siempre la más deseada en términos de jerarquía étnica y social. No afluyeron al Río de la Plata las cantidades ingentes de centroeuropeos, franceses, escandinavos y anglosajones que servirían para colonizar las inmensas tierras del interior, modernizar el país, asegurar el predominio de la raza blanca y hacer desaparecer lo que para muchos nacionalistas argentinos era la perniciosa herencia cultural hispánica, causante de atraso y barbarie. Por el contrario, entre los países que más emigrantes enviaron a la joven República Austral destacaron particularmente dos: Italia y España, seguidos de porcentajes menores de variadas procedencias (franceses –sobre todo vascos y bearneses–, alemanes, «turcos» –libaneses y sirios–, «rusos» –judíos centroeuropeos–, suizos, y un largo etcétera). Entre 1878 y 1927, un 46,2 por ciento de los inmigrantes de ultramar llegados a la Argentina procedían de Italia, y un 32,88 por ciento de España. A continuación venía un 3,51 por ciento de franceses, un 3,1 por ciento de «rusos», y un 14,29 por ciento más que eran originarios de otros países (Devoto 1991b: 67).

Los inmigrantes italianos, como se puede apreciar, constituyeron el contingente principal de la inmigración europea al Río de la Plata durante el siglo xix, en sucesivas oleadas que llevaron primero a ligures y piamonteses, después a calabreses y sicilianos, particularmente durante las décadas centrales del xix. Su impacto en la sociedad argentina fue inmediato, y las actitudes hacia ellos variaron desde la buena acogida inicial al miedo

posterior a su excesivo número, marcándose al tiempo una preferencia acusada, dentro de la opinión pública y publicada argentina, por los italianos septentrionales frente a los meridionales.⁹⁷ A continuación llegaron los españoles, particularmente numerosos desde la década de 1890, y hegemónicos durante las dos primeras décadas del siglo xx. Aun sin alcanzar la cuantía numérica de los transalpinos, los hispanos rivalizaron con aquellos en visibilidad e influencia en el nuevo país, particularmente en su capital, la cosmopolita Buenos Aires de la *Belle Époque*.⁹⁸ Las actitudes hacia los inmigrantes españoles tampoco fueron muy diferentes de las abrigadas hacia los italianos unas décadas antes: del rechazo inicial se pasó a la revalorización de su papel como posibles regeneradores de las tradiciones culturales criollas, en peligro ante la afluencia de inmigrantes que hablaban idiomas distintos del castellano (Devoto 2001, 1992b). Pero esa revalorización no estaba, a su vez, exenta de jerarquizaciones regionales. Dejando aparte a los vascos, considerados en la opinión pública argentina como un grupo étnico diferenciado (incluyendo españoles y franceses) y revestidos de un estereotipo étnico altamente positivo desde mediados del siglo xix, los gallegos, asturianos y andaluces gozaban de menos simpatías que los catalanes, mallorquines o castellanos.⁹⁹ El peso del estereotipo negativo se hacía especialmente patente en las actitudes sociales hacia los inmigrantes gallegos, mayoritarios dentro del contingente hispano (sobre un 55 por ciento de todos los llegados a la Argentina), y empleados de modo preponderante en oficios no cualificados del sector terciario urbano.¹⁰⁰

Las élites de la colectividad inmigrante española idearon una serie de estrategias discursivas para resaltar la calidad de su aporte civilizador al nuevo país a partir de la primera década del siglo xx, cuando entre argen-

97 Para una visión de la inmigración italiana en la Argentina, y sin ánimo de ser exhaustivos, Devoto y Rosoli (1988); Scarzanella (1983); Devoto (1991b, 1993b) y Baily (1999).

98 Para una visión general sobre los inmigrantes españoles en Argentina, Moya (1998); Fernández y Moya (1999) y Sánchez Alonso (1992).

99 Cf. por ejemplo las jerarquizaciones según el origen regional de los inmigrantes españoles e italianos que lleva a cabo el propietario agrario y publicista residente en La Plata (Sagastume 1916).

100 Sobre el estereotipo étnico negativo existente hacia los inmigrantes gallegos en la sociedad argentina y su evolución, Fernández Santiago (1996) y Núñez Seixas (1999e).

tinios y españoles se comenzó a gestar un mayor clima de entendimiento y valoración mutua, que culminó en las conmemoraciones del Centenario de la Independencia Argentina, en 1910 (Bertoni 1996; Mas Pi y Camba 1910; Moya 1998: 348-76; Macarro 1994). Esas estrategias, comunes a las élites del ascenso económico, profesional e intelectual, también unían por igual a líderes de extracción republicana, carlista o monárquica. Y presentaban múltiples manifestaciones en cada una de las colectividades regionales en que se dividía la colonia española, particularmente en su vector más poderoso y mejor articulado como comunidad gracias a su tejido de prensa y asociaciones: la comunidad gallega. En síntesis, se trataba de exaltar y reafirmar el prestigio del propio grupo étnico inmigrante, para a continuación destacar su aportación a la historia argentina y, sobre todo, al proceso de consecución de la independencia. Pero también se trataba de conectar con una preocupación creciente en algunos sectores de la intelectualidad argentina desde fines del siglo XIX: el temor a la italianización de la Argentina, a la desnaturalización de su tradición cultural. Ahí la élite inmigrante española, y las diversas élites de las colectividades regionales, elaboraron un discurso que incidía en la mayor adaptabilidad del aporte inmigratorio español, por proximidad idiomática y afinidad de costumbres, a la población criolla. Y para ello también se señaló un adversario, el único que realmente podía contar: los italianos.

FARABUTTI, EL COMPETIDOR ITALIANO

En todas las ciudades argentinas coexistían, en mayor o menor medida, inmigrantes españoles e italianos, con diferentes pesos de orígenes regionales, y mayor o menor convivencia espacial en los mismos barrios. Buenos Aires simbolizaba claramente la dualidad del aporte (italiano y español), y al mismo tiempo su imbricación espacial, pues en la capital argentina no se produjo una segregación residencial de los diferentes colectivos inmigrantes tan acusada como en las ciudades norteamericanas, pese a que los españoles tenían mayor presencia en unos barrios (Centro, Montserrat, Constitución), y los italianos en otros como Palermo o La Boca (Scobie 1986: 46-49; Moya 1998: 123-204). Las élites de la colectividad inmigrante hispánica

designaron de modo balbuciente como un *otro* a los italianos, sin distinción alguna de origen regional, aunque a veces se insistiese de manera especial en los meridionales. Los *tanos* eran la comunidad que rivalizaba en dimensión cuantitativa y en presencia social con los inmigrantes españoles; los que convivían en segmentos semejantes o colindantes del mercado laboral, y los que también se asimilaban sin problema en la sociedad argentina, por lo que sus hijos podían ser considerados como una competencia para los vástagos de los propios inmigrantes hispanos. Y eran los italianos quienes con cierta frecuencia, de modo más o menos esporádico según los casos, ocupaban el lugar de personajes ingenuos, haraganes o cortos de luces en las imágenes alternativas elaboradas por las élites de la colectividad española.

Sin embargo, esas imágenes estaban revestidas de una cierta ambigüedad, y no estaban exentas de consideración cariñosa y hasta de ternura, producto de la convivencia y la fusión matrimonial. Por ello, la rivalidad era más simbólica, semipública y episódica que pública, articulada y visible. Así lo evocaba el hijo de inmigrantes lucenses Antonio Pérez-Prado (1926-2009), rememorando los tiempos de infancia y su convivencia en la escuela pública con los hijos de italianos en el Buenos Aires de los años treinta, en un pasaje cuya expresividad creemos que justifica su extensión:

Los italianos eran nuestros enemigos naturales. Los criollos, dueños de casa, no contaban, los considerábamos intocables y los de otras naciones de inmigrantes, los rusos, los turcos, los pocos otros, no tenían número ni importancia. Pero tanos había muchos y se acriollaban rápido, se disolvían en la sociedad porteña; ellos eran los verdaderos competidores. Nosotros, los galaicos, víctimas del estereotipo sainetesco, aceptábamos con malicioso placer los correspondientes a otras naciones de inmigrantes. A los tanos [...] les cargábamos las tintas. Ellos resultaban, en nuestras representaciones, malamente parecidos a los criollos pero sin derechos y, además, risibles. Eran trabajadores –eso le reconocíamos–, pero los mafiosos de la crónica policial tenían apellidos italianos [...]. Además, y en eso no teníamos dudas, a esos tanos de mucho alboroto y escándalo les faltaban hígados, para decirlo con elegancia [...]. Como se trataba de axiomas no había ni siquiera obligación de comprobarlo por vía experimental y, en términos generales, éramos pacíficos (Pérez Prado 1973: 249-50).

Esa visión de los inmigrantes italianos como potenciales competidores, pero al mismo tiempo ese benigno desdén hacia su juzgado exceso de teatralidad, se traspasó a la siguiente generación de inmigrantes. El hijo de inmigrantes ourensanos, y posterior dirigente sindical en Galicia, Manuel Mera recordaba cómo, en la década de los cincuenta, los gallegos de Buenos Aires, pese a su convivencia diaria con los inmigrantes italianos, solían hacer burla de ellos porque los transalpinos vestían con elegancia endomingada, razón por la que los gallegos los designaban con el muy lunfardo término de *pitucos* (Leira 2000: 26).

Los orígenes de la rivalidad entre españoles e italianos se remontan a mediados del siglo XIX, más motivados por cuestiones de prestigio y estatus social que por causas económicas (Moya 1998: 346; 2008). Y como tal continuaron en la primera década del siglo XX. Era una suerte de competencia por el aprecio simbólico de la sociedad argentina. De este modo, por ejemplo, a pesar de sus confesas simpatías por el legado garibaldino y sus vínculos con los republicanos mazzinianos del Plata, el líder de la Liga Republicana Española en la Argentina Carlos Malagarriga podía lamentarse veladamente en 1904 de que a los monumentos en honor de las celebridades hispánicas se les adjudicasen espacios urbanos menos lucidos en la urbe porteña que a las glorias italianas, concretamente a la estatua dedicada a Humberto I (y poco después a la inaugurada en honor de Garibaldi, ubicada en la Plaza Italia), a pesar de que «Se busca la acción de la colectividad española para contrarrestar la de la italiana, que ha parecido excesiva cuando se ha apoderado de uno de los mejores sitios de la capital» (Malagarriga 1908: 96-100). Otros republicanos, sin embargo, iban más allá cuando insinuaban, como Manuel A. Bares en 1897, que los nombres itálicos de los más famosos activistas anarquistas, principiando por Angiolillo y Malatesta, evocaban «el espectro ensangrentado de aquella compleja Italia del siglo XV, aquella Italia tenebrosa, Jano con una cara en la sombra [...] que parecía sucumbir [...] a la ley atroz de la exterminación de los débiles por los fuertes que rige al reino animal». Fantasma que reaparecería en cuanto las condiciones ambientales permitiesen que la semilla rebrotase (Bares 1899: 213-21).

Las reacciones por parte transalpina empezaron a registrarse a principios del siglo xx, como respuesta al movimiento de reconciliación entre las élites criollas y España. En ella, los dirigentes republicanos españoles expatriados en Argentina jugaron un importante papel, pese a ser en teoría opositores del régimen político imperante en la patria lejana. De este modo, los periódicos italianos del Río de la Plata expresaron su decepción ante la aproximación que se produjo entre la República austral y la Monarquía española, patente hacia los años del Centenario y plasmado en el obsequioso recibimiento dispensado por el Gobierno argentino a la infanta Isabel de Borbón cuando esta última visitó Buenos Aires en mayo de 1910. *Il Maledicente* expresaba en aquella coyuntura su pesar, al contemplar cómo la «fiereza republicana» de los argentinos se doblegaba ante «la majestad soberana de la Vieja Infanta que la personifica»; y recordaba que, si los inmigrantes italianos luciesen el pendón garibaldino en sus balcones, esa misma infanta se habría preguntado «sí aquí, más que una América española, no había una América italiana».¹⁰¹

En el periodo 1915-18 se añadió a ello la superposición de esas disputas con la división entre aliadófilos y germanófilos que prendió en el seno de la opinión pública argentina. Los periódicos de la colectividad italiana, dentro del proceso de movilización patriótica en favor del esfuerzo bélico de su país de origen, responsabilizaron explícitamente al conjunto de los españoles residentes en la Argentina de sustentar posiciones germanófilas o neutrales, guiados únicamente por su oposición al prestigio de Italia.¹⁰² Las imágenes preexistentes asociaban la posición española a servil sumisión al imperialismo germánico. Y en las manifestaciones italianas en favor de la Entente no faltaban alusiones a la cobardía hispánica por no intervenir junto a Italia y Portugal en la guerra.¹⁰³

Algo semejante se encuentra en la prensa transalpina de Buenos Aires. Aunque en teoría se respetase a España y se guardasen las formas respecto

101 *Il Maledicente*, 29.5.1910, citado en castellano en Clementi (1984: 82-83).

102 Para el contexto, vid. Franzina (2000).

103 Por ejemplo, la manifestación en favor del esfuerzo bélico de Italia celebrada el 23 de septiembre de 1917. Cf. J. Rodríguez Elías, «Dejemos en paz a Don Quijote», *Nova Galicia*, 4.10.1917.

de la colectividad hispánica, en algunos relatos costumbristas o de ficción se caricaturizaba la neutralidad española como resultado de una suerte de degeneración racial. Así lo hacía, por ejemplo, A. Vaccari en un cuento publicado en 1917 en el periódico italiano de mayor tirada de Buenos Aires, *La Patria degli Italiani*. El protagonista del relato, el inmigrante italiano Chivito, afirmaba en su particular *cocoliche* que «La Spagna é un paese che deve quedare atrasato alla forza con motivo de su güesito». Es decir, de un hueso detrás del cuello que no sería sino una degeneración física producto de la mezcla de sangre árabe e ibérica, y que afectaría a la inteligencia. El cuento remataba con el siguiente poema:

Ah, Spagna, Spagna, Spagna,
rompi il huesito della cuticagna.
Voglio vederti grande come prima!
Abbandona i tedeschi e vieni via
Coi latini, i sasson e i nordamericani
e allor ti applaudiremo a quatro mani.¹⁰⁴

Esas alusiones se encuadraban, además, dentro de otra batalla simbólica perdida por la élite inmigrante italiana de Argentina. En 1917, el Gobierno radical presidido por Hipólito Yrigoyen declaró la festividad del Doce de Octubre como *Día de la Raza* (hispánica), y no como *Día de Colón*, al igual que en los Estados Unidos, como pretendían las élites de la colectividad inmigrante transalpina, que venían celebrando desde fines del siglo XIX aquella fecha como conmemoración del descubrimiento de América. La campaña propagandística que había promovido la Asociación Patriótica Española desde principios de siglo para conseguir el reconocimiento oficial de esa efemérides se veía así culminada por el éxito (Quesada 1918; Moya 1998: 353-54). Frente a ello, los periódicos y las asociaciones italianas de Buenos Aires llamaron a boicotear la fiesta, recomendado a sus lectores que no colgasen banderas de los balcones en ese día señalado, y que no participasen de las manifestaciones de júbilo popular. En plena campaña por conseguir que tanto España como, sobre todo, la Argentina se declarasen beligerantes

104 Dr. A. Vaccari, «Vita bonaerense. Il 'compañero Chivito'», *La Patria degli Italiani*, 18.7.1917.

a favor de los aliados, *La Patria degli Italiani* atribuía consternada la conversión del Día de Colón en Día de la Raza a una «dimostrazione neutralista» de la que habrían sido responsables «i tedeschi, organizzatori della carnevalata». Estos últimos, además, habrían llevado a los españoles a participar de una fiesta que supondría una traición al ideal de latinidad compartido con los transalpinos.¹⁰⁵ De hecho, varias asociaciones italianas de la capital argentina celebraron actos alternativos el mismo doce de octubre, en colaboración con representantes de las colectividades inmigrantes inglesa y francesa.¹⁰⁶

El boicot persistió algún tiempo, aunque de modo más sutil. Así, el periódico *L'Italia del Popolo*, fundado en 1917 y de orientación más republicano-izquierdista que *La Patria degli Italiani*, dedicó su número del doce de octubre de 1918 a glosar en primera página la figura de Francesc Ferrer i Guàrdia, condenado a muerte en Barcelona unos años antes por el Gobierno español acusado de instigar la Semana Trágica de Barcelona. Frente a las airadas protestas de la prensa española de Buenos Aires, *L'Italia del Popolo* afirmaba unos días después no estar en contra de España, sino que únicamente expresaba su rechazo a la «Spagna monarchica e clericale, quella che si palleggia il lealismo tra il diritto di Alfonso e quello di Jaime, [...] della manomorta, del huno dei prutiti, dei cannoni di legno sulle navi inviate a difendere Cuba, del tribunale militare, delle rapine del re e delle laidezze delle regine». Esa España estaría sujeta al «spagnolismo germanofilo». Por el contrario, el periódico acogía con simpatía a la otra *España*, la liberal y tolerante:

La Spagna che si dibatte invano per scrollarsi di dosso tutta la polvere, la ruggine, le ragnatele del passato; la Spagna laica che affronta fieramente la morte nelle fosse del castello di Montjuich [...], la Spagna dei lavoratori, che nelle sonanti officine e nei fervidi opifici della Catalogna fremono impazienti; la Spagna, insomma, civile e repubblicana.

Si persistía un «stato di permanente antipatía esistente tra italiani e spagnoli in questa Repubblica», contrario a la solidaridad latina, ello solo era culpa de una camarilla monárquica y clerical que se negaba a condenar

105 «La protesta», *La Patria degli Italiani*, 9.10.1917.

106 *La Patria degli Italiani*, 12.10.1917, y 13.10.1917.

«i misfatti compiuti dalle potenze centrali». Pero el pueblo español no sería responsable de los pecados de sus gobernantes. Ese mismo año varias asociaciones italianas celebraron también actos alternativos al Día de la Raza, donde se incidió por parte de los oradores en la cobardía del Gobierno argentino y de España por no sumarse a las naciones *civilizadas* representadas en la Entente.¹⁰⁷

Había algo de real en la suspicacia italiana. Pues era un hecho que la colectividad española era germanófila en su mayoría, al menos en lo que respectaba a sus élites y periódicos más representativos. Al poco de estallar el conflicto, el periodista español Julio Cola sacó a la calle un semanario partidario de los imperios centrales, *Gaceta de España*, con presumible financiación alemana. Y otros periódicos de la colectividad hispánica defendían una forzada neutralidad ante el conflicto, que no ocultaba simpatías germanófilas. Esta postura tenía, sin embargo, otras motivaciones de carácter indirecto, que no necesariamente se vinculaban con una preferencia explícita por la Alemania guillermina. La simpatía de los periódicos españoles por los imperios centrales era una reacción a la intervención de Gran Bretaña y, sobre todo, de los Estados Unidos a favor de la Entente desde 1917. Eso hizo reverdecer entre muchos españoles residentes en la Argentina el fuerte sentimiento antinorteamericano que había surgido en 1898, cuando muchos de ellos se habían movilizado en defensa de la españolidad de Cuba.¹⁰⁸ El antinorteamericanismo, de hecho, se había mantenido al socaire del no menor sentimiento de rivalidad del nacionalismo argentino hacia el gran vecino del Norte y sus pretensiones hegemónicas dentro del continente.¹⁰⁹ La opción de los inmigrantes españoles contra la Entente no revestía, pues, una fundamental motivación antiitaliana. Con todo, esta aparecía en ocasiones, aunque de modo subliminal y solo de modo subordinado al antiamericanismo. Por ejemplo, cuando, al caricaturizar a

107 «Commemorando la scoperta dell'America», *L'Italia del Popolo*, 13.10.1918.

108 Cf. por ejemplo los artículos «El Despertar de la Raza» (28.4.1898), y «El conflicto» (agosto 1898), reproducidos en Bares (1899: 238-47, 257-73).

109 Cf. por ejemplo D. Aguilera, «España y los yanquis», *Nova Galicia*, 4.9.1917; T. D. Romero, «Anglo e Hispano-Americanismo», *Nova Galicia*, 22.9.1917; «Aclaraciones», *Nova Galicia*, 21.12.1917; «¿Españoles? ¿O qué?», *Nova Galicia*, 2.3.1918.

los aliadófilos desde la prensa española, se les presentaba hablando en una imitación del chapurreado español de los inmigrantes italianos.¹¹⁰

En la masiva manifestación de apoyo a Italia que, con asistencia de unas cincuenta mil personas, recorrió las principales calles del centro de Buenos Aires tras la derrota de Caporetto (octubre de 1917), apenas participó una delegación de doscientos españoles. Solo el semanario *Correo de Galicia* y su director, el periodista coruñés José R. Lence, mantuvo una inquebrantable posición aliadófila y de búsqueda de concordia con la colectividad italiana. Junto al redactor de *El Diario Español* Vicente Serrano Clavero, Lence promovió la constitución de un comité Español Pro-Aliados en 1916, que apenas contaba con cuatrocientos adherentes; incluso, en noviembre de 1917 promovió un Comité Gallego Pro-Aliados en solidaridad con la colonia italiana, y organizó varios festivales para recaudar fondos en favor del esfuerzo bélico contra Alemania.¹¹¹

Un caso semejante de superposición de posicionamientos políticos y arquetipos creados en esa rivalidad entre españoles e italianos tuvo lugar veinte años después, durante la guerra civil española. No es inusual en los testimonios de los españoles favorables al bando republicano el deleite en caricaturizar a los fascistas italianos que intervenían al lado de las tropas franquistas, y a sus partidarios entre la colectividad transalpina de la Argentina, como *capronis*. Incluso se observa un especial ensañamiento en la caricatura de los fascistas italianos que debe mucho también a las imágenes creadas con cierta anterioridad: el italiano como amanerado y falto de valor guerrero que describía el actor gallego (arribado a Buenos Aires en 1929) Fernando Iglesias *Tacholas* parecía un trasunto de las caricaturas hispánicas sobre el italiano en los años veinte.¹¹² Con todo, ello no oscurecía el hecho de que la prensa antifranquista y prorrepblicana española también colabo-

110 Por ejemplo, el chiste reproducido en «¿Qué tal van los aliados?», *Nova Galicia*, 2.3.1918: «Una cliente pide café al camarero, rogándole que se lo sirva en una cafetera rusa, a lo que el camarero responde: *Signora: io non poso portare la cofeterita rusa porque está ... ¡scognatta!*».

111 Vid. Lence (1945: 152-54), así como su artículo retrospectivo «Lluvia de injurias», *Correo de Galicia*, 6.2.1921.

112 Cf. por ejemplo las varias referencias de las memorias de Tacholas a los *capronis* y a sus encuentros con italianos partidarios de los fascistas (Pérez Rodríguez 1996: 230, 232, 243).

rase con los círculos progresistas y antifascistas italianos de Buenos Aires, agrupados alrededor del periódico *L'Italia del Popolo*.

A principios del siglo xx los observadores españoles de la realidad argentina, como el periodista vasco José María Salaverría, constataban con una mezcla de envidia y conmiseración el hecho de que los inmigrantes italianos superaban en número a los inmigrantes hispanos, y que aquellos invadían «sin remedio, de una manera suave e irresistible» todos los ámbitos laborales, culturales y geográficos de la República Argentina, poniendo en peligro la herencia cultural española. Ciertamente, reconocía las virtudes laboriosas y la dúctil adaptabilidad laboral, la «enciclopédica aptitud» de los inmigrantes italianos para todos los oficios salvo la ganadería. Pero Salaverría también hacía distinciones entre los transalpinos según su origen regional. Así, diferenciaba entre los inmigrantes del Norte (genoveses o lombardos), ambiciosos, veraces y serios, y los meridionales (calabreses y napolitanos), contra los que cargaba las tintas con el objetivo de mostrar que eran inferiores a los inmigrantes españoles. Los meridionales se caracterizarían por una idiosincrasia humilde: «son avaros y poco emprendedores, se contentan con una fortuna mediana, y para conseguir esta fortuna se valen del abono, merced a una vida paciente y miserable». Ocupando los oficios menos cualificados, napolitanos y calabreses podían ser hallados en menesteres poco dignos: «amontonados en la calle, limpiando botas, guiando coches, empedrando la vía pública»; y no contribuirían al progreso económico del país, pues al poco tiempo volverían a Italia: «amasan un capital mezquino y desaparecen». Sin embargo, la «oleaginosa cortesía» y la proverbial aptitud del italiano para el teatro le facilitarían su peligrosa penetración, frente a la proverbial arrogancia de los inmigrantes españoles. Una consecuencia de ello no sería inocua, a los ojos de Salaverría: la cultura de masas italiana también amenazaba con suplantar el influjo español en la Argentina, «las fermatas y las tonterías de los tenores, las mismas óperas románticas al estilo antiguo, expulsadas de los teatros europeos». Todo ello sería expresión de un «espíritu de arte falso, de arte mercantil, de latinismo decadente y corrosivo que arrojan los transatlánticos italianos sobre el puerto de Buenos Aires». Y si los italianos eran el gran rival, y por lo tanto

alguna consideración le merecían, los exóticos centroeuropeos, armenios y sirios que experimentaban auténticas dificultades para hablar castellano solían ser despachados de modo displicente como «pobres gentes oscuras, miserables; apenas se les siente, y se contentan con muy poca cosa» (Salaverría 1910: 160-165, 168).

Quizás sin pretenderlo, Salaverría se hacía eco del generalizado temor reinante entre las élites inmigrantes españolas y una parte de las argentinas frente al peso de la inmigración italiana. Y no podía ocultar su complejo de inferioridad ante la supremacía cultural transalpina. En sus invectivas contra los meridionales reproducía de modo simétricamente inverso las opiniones de la sociedad argentina acerca de los inmigrantes gallegos o cantábricos: avaros, ocupados en oficios humildes, poco proclives a permanecer en el país y asentarse en el interior. En el fondo, las élites inmigrantes españolas sentían envidia y hasta admiración de los italianos, sobre todo en lo que respectaba a la mayor atención y protección que el Estado transalpino dispensaba a sus emigrantes, por no hablar del cuidado de la fe de los emigrantes que tomaban a cargo diversas órdenes y jerarquías eclesiásticas italianas (Castroviejo 1912; Rosoli 1996). E, igualmente, temían la política propagandística de los gobiernos de Roma en la Argentina, sobre todo desde la subida del fascismo al poder. Por el contrario, el Estado español era acusado de no explotar debidamente las potencialidades de sus colectividades de emigrantes en América como posibles cabezas de puente de la reconquista espiritual y económica del Nuevo Continente.¹¹³

Frente a la «invasión» itálica, cabía apelar, en primer lugar, a la exaltación del origen común y del vínculo idiomático común entre españoles y argentinos. Aunque los italianos, y con ellos franceses, «turcos» o «rusos», fuesen superiores en número, todos ellos se veían obligados a aprender el castellano, mientras los españoles, *teóricamente*, no.¹¹⁴ El periodista y escritor gallego inmigrante en Argentina por un tiempo José Costa Figueiras

113 Vid. J. R. Lence, «La influencia española en América», *Correo de Galicia*, 30.1.1927.

114 Y decimos, *teóricamente* porque, de hecho, la mayoría de los inmigrantes españoles en la Argentina, compuesta de gallegos, vascos y catalanes, no tenía el castellano como lengua materna, siendo su alfabetización en dicho idioma limitada, y su competencia lingüística activa inicial en castellano también imperfecta.

reproducía esa creencia en su novela *La sugestión de América* (1919), cuando describía la complacencia que producía en el protagonista, inmigrante gallego recién inmigrado a Buenos Aires, el escuchar la Babel humana de las calles porteñas, y particularmente los vendedores que hablaban con esfuerzo «un castellano exótico, descoyuntado, inverosímil». Eso demostraría que «la turba de emigrantes, la cohorte de luchadores de todas las razas no podía en América evadirse de aprender el castellano so pena de no poder ganarse la vida» (Costa Figueiras 1919: 222-23).

Reivindicar la ascendencia hispánica del pueblo argentino también implicaba la elaboración de un estereotipo invertido del propio criollo, que permitía defender las virtudes del pueblo argentino frente a toda crítica externa o interna. Pues los defectos y virtudes atribuidas comúnmente al criollo serían interpretados, ni más ni menos, como derivaciones más jóvenes y dinámicas de los rasgos más nobles del carácter hispánico. De ese modo, polemizando con el periódico *El Nacional* de Dolores, el órgano pro-socialista *El Despertar Gallego* rebatía en 1906 que los argentinos fuesen haraganes, descuidados, perezosos y poco constantes, frente a la supuesta superioridad de los pueblos anglosajones y germánicos. Por el contrario, los argentinos se caracterizarían por su «descuidado desprendimiento» del dinero, opuesto a la «tacañería de los pueblos viejos», por su «altanería varonil» que nivelaba las jerarquías sociales internas, y por su generosidad innata. Virtudes todas ellas propias de una «raza joven heredera de la clásica caballería romántica del carácter español», que nada tenía que ver con pueblos metódicos, obedientes, y por ello mercantilistas y militarizados.¹¹⁵ Y es que el auténtico carácter nacional argentino sería una continuación del «alma de la raza, es decir, la obra española», de acuerdo con Manuel A. Bares, quien por ello lamentaba la afluencia de «capas de emigración heterogénea» que amenazarían aquella benigna herencia hispánica (Bares 1907:11; 1889: 183-88). Incluso, tipos característicos del mundo urbano porteño como el compadrito eran considerados por Salaverría en 1918 como una degeneración del sano chulapo madrileño propio de zarzuelas y comedias, debido al pernicioso influjo de los inmigrantes italianos (Salaverría 1918: 72-73).

115 «En defensa de los argentinos», *El Despertar Gallego*, 24.3.1906.

Crucial en ese mantenimiento de los rasgos hispánicos habría sido la mujer argentina. Descendiente del tipo antropológico de mujer hispano árabe, sería el nexo que, al margen de los combates del pasado entre criollos y españoles, reconciliaría a ambos elementos (Bares 1889: 158-68). Algo semejante afirmaba años después, en las páginas de *Correo de Galicia*, un exitoso inmigrante gallego, destacando el paralelismo entre el sentimentalismo español y el argentino, y en particular la afinidad de carácter existente entre la mujer criolla y la hispánica:

Se mantiene en el país ese sentimentalismo racial español que con todo y el cosmopolitismo de todas las razas que aquí conviven, no se ha podido ni podrá desterrarse del alma del pueblo argentino y sobre todo sus mujeres, nobles, generosas, caritativas, inteligentes, delicadas y con grandes virtudes, aunque con defectos corregibles [...] la hidalguía española y sus hogares ejemplares, tienen en la Argentina una prolongación y continuación, en lo que respecta a la mujer sobre todo.¹¹⁶

Posiciones como esta abrían la vía para el argumento que unos años después sería constantemente esgrimido por las élites de la colectividad española: que los inmigrantes procedentes de España, y sobre todo de Galicia, habrían contribuido a la «reespañolización» en el sentido cultural y lingüístico de Buenos Aires, ciudad que amenazaba con convertirse en una ciudad italiana. Lo que era tanto como volver a la auténtica esencia de lo criollo. En virtud de ello, los argentinos tendrían que saber disculpar la escasa calificación laboral de esos nuevos inmigrantes. En marzo de 1933 el presidente del Centro Gallego recordaba cómo desde fines del siglo XIX, en una cosmopolita Buenos Aires donde «determinado idioma extranjero se estaba imponiendo» sin que la población criolla pudiese contrarrestar semejante «ola arrolladora», la arribada masiva de inmigrantes gallegos cumplió la función de garantizar que en la capital argentina se siguiese «hablando y sintiendo en español». Sin embargo, para ello Galicia había tenido que despoblarse y volcar «sobre esta esplendorosa ciudad la flor de sus muchedumbres y lo más animoso de su juventud», mandando a la Argentina también a «los

116 «Los gallegos representativos en la Rep. Argentina. Don José Caneda», *Correo de Galicia*, 16.6.1929.

humildes, los aldeanos analfabetos, sin preparación para empresas de gran categoría, que fueron sirvientes y changadores». ¹¹⁷

Ese argumento también suponía inmiscuirse indirectamente en el debate intelectual y publicístico que ocupó buena parte de los desvelos de la intelectualidad y la clase políticas argentinas de principios del siglo xx: las supuestas bondades y superioridades de la inmigración italiana frente a la española. El director de *Correo de Galicia*, así, alababa en 1924 a Carlos Néstor Maciel, autor del libro *La italianización de la Argentina*, donde se denunciaba el excesivo influjo transalpino en el país austral; y, de paso, condenaba la italo filia e hispanofobia declaradas del intelectual nacionalista argentino Leopoldo Lugones, al tiempo que insistía en que la auténtica esencia y tradición nacional argentina solo podía encontrarse en el reverdecimiento de la herencia hispánica. ¹¹⁸

No obstante, como en todo proceso de elaboración de identidades etno-culturales y de codificación de estereotipos, el surgimiento de imágenes del otro traducía una realidad más compleja de convivencia y contacto laboral cotidiano de interacción mutua y de complicidades al mismo tiempo que rivalidades. Dentro de esa polifacética realidad, en numerosas ocasiones las relaciones mutuas eran de abierta competencia, pero de doméstica conflictividad, casi familiar. Ya desde principios de siglo aparecen con alguna frecuencia –si bien no de modo sistemático– en la prensa gallega de Buenos Aires diversos lamentos sobre la supuesta complicidad de los inmigrantes italianos en promover los chistes o estereotipos étnicos negativos acerca de los gallegos, como modo también de ofender a los inmigrantes españoles en general, acusando a aquellos de utilizar el gentilicio *gayego* de forma despectiva para denigrar al conjunto de los inmigrantes hispánicos. ¹¹⁹ De ahí que, de modo disperso pero casi omnipresente, fuesen detectables en la

117 «Merecido homenaje», *Galicia. Revista Oficial del Centro Gallego*, marzo 1933.

118 «La italianización de la Argentina. Un asunto interesante», *Correo de Galicia*, 5.10.1924; Maciel (1924). El autor apelaba a la afinidad racial entre argentinos y españoles, que favorecería la «fusión natural» de estos últimos en el regazo de la nación argentina, mientras los italianos, además de constituir una amenaza por los *deseos imperialistas* de Roma, supondrían un peligro por su incapacidad para la asimilación.

119 Cf. varios ejemplos en Moya (1998: 319-20); Grandmontagne (1944: 154-55).

prensa y en la publicística española de Buenos Aires esporádicas alusiones despectivas hacia los inmigrantes italianos, el gran competidor.

Aunque en la prensa o en los discursos públicos no acostumbraban a aparecer descalificaciones frontales de los italianos, aquellas sí surgían en los relatos literarios o pseudoliterarios. En ocasiones, el papel otorgado a los transalpinos en obras de ficción o autobiografías seminoveladas es burlesco, presentándolos como simpáticos haraganes, trabajadores en oficios imaginarios y amantes de la poesía futurista, cuando no locos inofensivos.¹²⁰ O bien eran presentados bajo un prisma moderadamente desfavorable, que incidía en la comparación moralmente desventajosa del personaje italiano frente a los criollos y españoles.¹²¹ Otras veces, sin embargo, la imagen con la que se asociaba a los inmigrantes itálicos rozaba lo canallesco. Así sucede en la autobiografía novelada del escritor y periodista ourensano residente en Buenos Aires Luis Sánchez Abal, titulada *Unos años de emigración en Buenos Aires* (1917). En esta obra, el único personaje italiano que interviene resulta ser el «rechoncho y simiesco», además de «plebeyo» marido de la antigua novia en Galicia del protagonista, quien la convierte de nuevo en su amante hasta que el italiano, enterado del lance, le desfigura la cara a su mujer con un frasco de vitriolo. La sentencia del marido, expresada en un cómico cocoliche, era expresiva: «*E bueno mia donna. Secáte la lágrima. Il tuo corpo nada sufrió e comoio solo apporto in casa por la note...*» (Sánchez Abal 1917: 38-41).

Una actitud similar hacia los italianos revelan los apuntes autobiográficos novelados de Manuel Rodríguez Méndez, asturiano occidental gallegófono emigrado a Buenos Aires a comienzos del siglo xx, donde empezó trabajando como dependiente en un comercio, y publicados por entregas en 1926. En ellos describía con detalle los desprecios y burlas sufridos a manos

120 Por ejemplo, los italianos Carpino y Farniente, miembros de la peña *Los nueve inmortales* de Villa Bengolea (Avellaneda) y amigos del trabajador gallego Bueiro, en el relato de Domingo Cubeiro «Tripas», *Céltiga*, 10.9.1926; o Cayetano Parlato, joven calabrés convencido de las virtudes curativas de la medicina naturalista y único personaje italiano que aparece en los recuerdos de José R. Lence (Lence 1945: 285-86).

121 Cf., por ejemplo, el personaje del diplomático italiano en el trasatlántico de vuelta a Buenos Aires que retrataba el periodista gallego inmigrado en la Argentina Leopoldo Basa en su novela *El premio* (Basa 1915: 78-81).

de los dependientes italianos que trabajaban en el mismo establecimiento, además de las vejaciones que le infligía el propio patrón, hijo de genoveses. El protagonista del relato, Pepín –trasunto del propio autor– debía soportar no solo la nostalgia y la soledad, sino también el estigma, para él aún más incomprensible por ser administrativamente asturiano, de ser llamado *galyego*, a pesar de que su dominio del castellano era aceptable:

[Pepín] sabía falar bastante ben o castellano, pró nin con eso podía evitar c'os mal nacidos e peor criados se risen e burlasen d'él, arromendándoll'e motexándoo de 'galleguito'; burlas y ensultos q' eran cousa de tódol'os días e proferidas, especialmente, por criollos e italianos, grandes e pequenos, e sin ter, en ningún momento, quen sas sacara por él; nin poder el mismo defenderse porqu' o patrón [era] un criollo, fillo d' italianos, de genoveses, de 'gringos'.

Y era que, según seguía rememorando el protagonista, los italianos acostumbraban a señalar a los gallegos como objetivo de sus burlas para encontrar un *otro* al que oponerse, pese a que no ocupasen mejores puestos laborales:

sin motivo qu'eu vexa, os italianos [...] non poden 'tragar' os 'gallegos' [...] e non perden ocasión de ferilos no amor propio, sea con frases feitas de mal gusto, sea conceptos despreciativos, ni mais ni menos como s' eles foran algo superior (miñas xoyas).¹²²

Más expresivo aún es el lugar que ocupan los inmigrantes italianos, al lado de los mismos criollos y hasta de los indios, en las novelas del escritor y periodista también gallego Nicasio Pajares (1881-1956). Antiguo emigrante en la Argentina, donde trabajó de vendedor ambulante, campesino y periodista, había sido filioanarquista en su juventud, para posteriormente convertirse al republicanismo de izquierda y volver a la Península hacia finales de la segunda década del xx.¹²³ Pajares, desencantado de su expe-

122 M. Rodríguez Méndez, *O sono da América*, memorias noveladas reproducidas por entregas en el *Boletín Oficial del Centro Gallego de Avellaneda*, entre febrero y junio de 1926.

123 Agapito Francisco Nicasio Pajares Ogeros, natural de Padrón (A Coruña), emigró a los 14 años a Montevideo, junto de su tío Vicente Pajares, coronel del ejército uruguayo. Retornó a Padrón, y posteriormente volvió a emigrar a América, donde empezó a colaborar en semanarios anarquistas e independientes. En 1906 fue detenido en el transcurso de su viaje a España por hacer propaganda del anarquismo en el buque, aunque fue liberado al

riencia migratoria en el Río de la Plata, transmitió en sus obras una amarga y crítica visión de la realidad social y política de la Argentina y de los países sudamericanos en general, además de un indisimulado desprecio racial por indígenas, mulatos e italianos.¹²⁴ Se aprecian claramente estas constantes en su obra *El conquistador de los trópicos* (1923), donde narra la odisea sudamericana del gallego Ulises Yáñez Quintanilla. Apenas llegado a Buenos Aires con ideas fantásticas sobre lo que le esperaba («chozas de bambú, negros medio desnudos, unos hombres misteriosos y galopantes a quienes había oído llamar gauchos»), Ulises es recibido primero de forma hostil por varios grupos de niños, y después por un inmigrante italiano que le aborda en plena calle. Caricatura típica del napolitano en el teatro popular porteño, un hombre gordo, «de ancha carota rezumante, nariz enrojecida, bigote rubio, muy retorcido, y abdomen potente», con un sombrero hongo minúsculo, le tributa un discurso de bienvenida en cómico *cocoliche*:

¡Desime, ché, gayegue!... ¿A qué venise vos aquí, si este no es tu país? Nosotro, l'argentino e l'italiani, estamos a nuestro país, que descubrió Cristóforo Colombo, ¿sabés? ¡Mándate mudar a España porca, gayegue!

El inmigrante Ulises, pese a no entenderle muy bien, comprendió lo que le esperaba en aquel país. Y desde entonces se engendró en él, incluso, un contraprejuicio que iría creciendo con los años: «Una repugnancia invencible hacia las turbas itálicas de América, por toda la 'gringada' aulladora, teatral y ridícula», hasta el punto de que tanto los italianos como los criollos que conoció después pasaron a ser considerados por él como una «prole, externamente refinada, de aquel hombre iracundo y sebáceo, con olor a tallarines mal digeridos, que le insultó sin motivo». Pues en el imaginario

poco tiempo. Retoma de nuevo a Buenos Aires, donde se convierte en propagandista del republicanismo. Colaboró en las revistas *La Esfera*, *Nuevo Mundo* y *Mundo Gráfico*, así como en las argentinas *Argentino* y *Fray Mocho*. A partir de 1920 se establece en Madrid, donde reside hasta su muerte en 1956. Para un perfil biográfico de este personaje, y pese a sus numerosos errores factuales, vid. Prada (2001: 189-221).

124 De hecho, las referencias despectivas hacia los negros (una minoría en el Río de la Plata en aquella época, pues eran el 2 por ciento de la población argentina en 1887, y en 1895 solo quedaban 454 personas de ese color en toda Argentina) no están ausentes de los escasos testimonios autobiográficos de inmigrantes españoles de la segunda mitad del siglo XIX que llegaron hasta nosotros.

particular del joven inmigrante todo lo negativo que existía en la Argentina pasó a deberse (de modo matizadamente racista y reviviendo prejuicios de antiguo conquistador) al mal influjo de italianos, indios y hasta negros, que habrían malogrado la herencia positiva de los conquistadores españoles. Contarían además con el consentimiento tácito de los comerciantes e importadores que conformaban la élite de la colectividad galaica y española, así como de los propagandistas del hispanoamericanismo, aludidos irónicamente como «estrechadores de lazos»:

En el fondo de cada uno de los componentes de esta 'gringada'—pensaba ahora Yáñez— hay siempre el tenor de ópera o el cetrino y ceñudo tañedor de mandolina que, después de la romántica serenata al «Chiaro di Luna», obsequia con una puñalada a la madre, porque no le da para beber unas copas y jugar a la 'morra' [...]. La gloriosa trinidad doctoral de la indiada, la negra y la gringada es la que hace intolerables, inhospitalarias, estas anchas y fecundas tierras para los que descendemos de los hombres que con su sangre y con su espíritu, las han conquistado y civilizado. Estas ideas no penetran jamás el cemento armado craneano de los importadores de pimientos, embutidos y sardinas, y de los cursis 'estrechadores' (Pajares 1933).

En *El pensador en la Selva* (1925), su siguiente novela, Nicasio Pajares incidía de modo aún más lacerante en su caricaturización de los competidores italianos a través de las prédicas de un supuesto filósofo inmigrante gallego, Francisco Fernández Sinsegundo, trasunto irónico de Francisco Fernández (filósofo tudense del siglo xvi). Este reproducía semejantes tópicos a los expresados por Ulises Yáñez: desprecio matizado hacia la cultura criolla y hacia mulatos y negros; denuncia de la hispanofobia latente en la opinión pública argentina; y, sobre todo, ridiculización de los inmigrantes italianos (aludidos despectivamente como *gringada*) y en menor medida de los hijos de italianos, aludidos constantemente con el apellido Farabutti (deformación del italiano *farabutto*: desleal, ruin). La inmigración italiana estaría aliada con indios y mulatos para interrumpir la «influencia espiritual» de España en América, desprestigiando a la inmigración española y, particularmente, el aporte gallego. Haciendo uso de argumentos eugenésicos en clave irónica, el «filósofo» Fernández Sinsegundo llegaba a afirmar

que las causas del odio contra los españoles en la Argentina serían «cuestión de sangre, de sangre gorda y de pigmento cutáneo», y que deber de los inmigrantes ibéricos sería luchar sin descanso contra la «estupidez del indio, la fatuidad del negro y la maligna estulticia del gringo. ¡No debemos dejar que se apague la llama de la raza en este Continente!». Y es que a indios y negros se vino a añadir como elemento corruptor la inmigración italiana y, en menor medida, francesa:

La levadura del conde Farabutti, que vino de Nápoles, donde vendía repollos, tocando la mandolina, y de monsieur Durand, peluquero de señoras, algo celestinesco, ropavejero o prestamista.

En Montevideo acaecería algo semejante: la mayoría de los «literatoídes, poetastros, políticos y conferencistas de nueva hornada» uruguayos no serían otra cosa que integrantes de la misma «progenie *farabuttiana*», compuesta por los descendientes de italianos y franceses:

Son los descendientes del gringo Luigi, expendedor de zanahorias en el Mercado del Puerto o del gringo Betinotti, vendedor ambulante de masitas, o bien de Monsieur Lapetite, *gros marchand* en trapos y botas viejas [...]. Las gentes de la ciudad vieja [de Montevideo] son lo selecto de la ciudad. Lo demás es el feudo de Luiggis, Betinottis y Lapetits.

Y para que nada quedase en pie, los políticos uruguayos también serían despreciables por pedantes y por estar obsesionados con «la Fransia».

Pero el retrato del denominado «Farabutti, literato», es decir, de lo que podríamos denominar la élite dirigente y competidora de la colectividad transalpina, a menudo compuesta de hijos de inmigrantes italianos que habían ascendido socialmente merced a su formación universitaria, era todavía más sarcástico. Si todo italiano residente en el Río de la Plata parecía a Fernández Sinsegundo ser «un tenorino de opereta», lo que podríamos denominar la élite dirigente de las asociaciones italianas venía a resumirse en el personaje del *doctor Farabutti*:

joven trepador, doctorado en La Plata, ‘cantinflero’ vitalicio, pendenciero, zafio y atildado, xenófobo furibundo de la pintoresca falange discursante y ‘manifestante’ titulada ‘Progenie de Italia’.

La descripción que el filósofo gallego hacía de un discurso en cocoliche en favor de la italianidad de origen de Colón por parte del caricaturizado doctor Farabutti en una asociación italiana resumía bien a las claras los tópicos circulantes entre los gallegos alrededor del carácter colectivo de los italianos, particularmente de los meridionales:

Cierta tarde me colé, por curiosidad, en el local de una de esas sociedades orfeónico-tallarinescas, titulada «Cristóforo Colombo». Estaba el local lleno de gente. Al entrar percibí al instante, insoportable, el denso olor a ‘brodo’ mal digerido. Olía a gringo de la Boca del Riachuelo. Leía un joven atildado, rasurado, gordito, casi congestionado, con un *yaquet* irreprochable [...]. Leía con entusiasmo el joven Farabutti, periodista y literato [...] una ‘conferencia’, en que, con argumentos calabreses, defendía hasta el paroxismo la tesis de que Cristóbal Colón era de Génova, pero nunca de Pontevedra.

—«Dobe istá Pontevetra? Dóbe si trova qüesta citá dei gayegui morti di fame? [...] Noialtri doviamo fare, coi gayegui di Buenos Aire, che dícono che il nostro Cristóforo Colombo fú nato a la porca Pontevedra; doviamo fare, cari italiani, una masa di polenta con la sua sangüine! ...Eviva l'Italia! Eviva il nostro Cristóforo Colombo! Eviva la progénie d'Italia! ¡¡Viva la patria argüentina!!...».

Esta arenga del literato Farabutti, fue contestada con un ¡¡Eviva!! tremebundo, retumbante, épico, que brotó de trescientos abdómenes plenos de tallarines, gnochis, capelettis y demás pasta farinácea y densa, alimento de estas gentes.

Cuando la presencia de Fernández Sinsegundo fue descubierta por el doctor Farabutti, este fijó en él «desorbitados, siniestros, unos ojos negros que bramaban odio, y una faz, cetrina y barbada, que, mordiendo con furia canina el dedo índice de una mano negra y sarmentosa, me echaba a la cara el vaho denso de unas fauces de fiera», gesto con el que los calabreses simbolizarían «su odio feroz y vengativo». Después de que el gallego y el calabrés se encarasen, el encuentro se saldó con un *Eviva l'Italia!* por parte del *doctor Farabutti* (Pajares 1925: 141-49, 157-60).

Los descendientes de italianos no salían mejor parados en la pluma de Nicasio Pajares. Y es que según el mismo filósofo Fernández Sinsegundo existiría una gran diferencia entre «el hijo del Farabutti emigrado y nuestros selectos e ignorados exploradores celtas». Hasta el punto de que, según

narraba en la anécdota del hijo *tenorio* del Farabutti emigrado a Uruguay, su mujer recién casada preferiría ser poseída por la fuerza por un gallego antes que por un itálico (Pajares 1925: 167-68).

De modo semejante, en la novela *Atorrántida* (1929) se nos presenta al personaje hijo de italianos, de nombre «Rodolfito Farabutti [...] quinta esencia de la hibridez, del mestizaje que impera en el país de las cuadras» y con «levadura de la operetasca gringada italiana». Además de presidente de la sociedad ocarinística italiana *Giuseppe Garibaldi*, «una de esas múltiples “sociedades” que saturan de olor a tallarines el ambiente de la urbe de las cuadras», Farabutti es el pretendiente no correspondido de la hija del criollo Juan Piedrabuena. Este se erige en protector de un multinacional grupo de *atorrantes* (vagabundos) entre los que no hay ningún italiano y sí un hidalgo republicano y librepensador, José María de la Hermida y Aguasantas –trasunto del estafalario hidalgo José de la Hermida y Castro, primo de la poetisa galaica Rosalía de Castro–, quienes planean fundar una colonia (*Atorrántida*) en la Patagonia. Protector y criado al tiempo de Hermida es un inmigrante gallego analfabeto, Faustino Castiñeiras, «celta sanchopancesco y servicial, pequeño, obeso, cetrino», guardia de parques y jardines en Buenos Aires que, a diferencia del hidalgo; habla una mezcla de gallego y castellano con abundantes confusiones léxicas y fonéticas. En un momento dado de la novela, se produce una suerte de enfrentamiento simbólico entre el arrogante Farabutti y el hasta entonces humilde Castiñeiras: el primero le llama «gallego de m...», a lo que Castiñeiras osa replicarle, por primera vez frente a una ofensa de ese tipo durante su estancia en Buenos Aires, que «ya quisiera usted ser m... de gallego», desobedeciendo las órdenes de Farabutti. A continuación, amenaza al italoargentino con un bastón, le quita toda capacidad de reacción y demuestra que su valor, a diferencia del de Farabutti, no es «puramente verbal». Ahí estaría la sublimación de la venganza simbólica del «inmigrante celta» sobre el italiano (Pajares 1929: 35, 89, 180-81, 193).

Esa rivalidad simbólica ítalo-hispánica, según recogía de modo literario José Costa Figueiras, se pretendía trasplantar a la segunda generación de inmigrantes hijos de españoles, quienes harían bandera de su origen español y llegarían a enfrentarse con las enseñanzas antihispánicas reci-

das en la escuela pública argentina. En su novela *La sugestión de América* (1919) el hijo de un emigrante gallego, Antonio, se enfrenta a un maestro italiano (llamado «el doctor Fianacca») por ordenarle quitar de su solapa una insignia con la bandera española, y porque aquel osaba afirmar en el aula que España era el país del atraso. Antonio le replica que los únicos argentinos legítimos eran los españoles, y que además los independentistas de la revolución de mayo de 1810 solo habían sido españoles rebeldes que querían recrear en el Río de la Plata una España mejor, haciéndose eco de la peculiar interpretación historiográfica por aquel entonces tan en boga entre las élites de la colectividad:

Los españoles han hecho la independencia argentina. Los fundadores de la República eran españoles disidentes. Rebeláronse para hacer una España mejor, más libre. Los extranjeros aspiran a falsear la obra. ¡Viva España!

Después de recibir la adhesión de otros hijos de gallegos y catalanes, la clase se divide entre niños proespañoles y antiespañoles, y el doctor Fianacca abandona el aula. Y cuando un hijo de italianos intenta tímidamente reivindicar la categoría del idioma de Dante, otro compañero, hijo de catalanes, le replica de modo despectivo: «¡L'italiano, l'italiano! ¡Bah! L'italiano es aquí el idioma oficial de los barrenderos». Todo ello hacía brotar en el protagonista del relato, un alter ego hidalgo del propio Costa Figueiras, la admiración por el españolismo de los emigrantes en la Argentina, en cuyos hogares «España tenía un altar. Los hijos de los españoles sin España, imponían a la turba extranjeril, altivamente, el santo respeto a la patria fundadora» (Costa Figueiras 1919: 259-63).

Cuestión más problemática es calibrar el grado de impregnación social de esas imágenes y mensajes entre el común de los inmigrantes ibéricos. La convivencia entre españoles e italianos también creaba espacios en los que surgían intereses comunes. Así se manifestaba en la colaboración de trabajadores españoles e italianos en los movimientos obreros latinoamericanos.¹²⁵

125 Cf. para una perspectiva general D. Gabaccia (1992). Un clásico estudio de confrontación de diferentes colectivos inmigrantes latinos dentro de un mismo ámbito laboral (la ciudad tabaquera de Ybor, en Florida), pero que también dio lugar al surgimiento de una cierta conciencia de «latinidad» (Monnino, 1987).

Las relaciones diarias en el lugar de trabajo y la participación en objetivos laborales más o menos comunes contribuían asimismo a forjar una cierta corriente de simpatía y colaboración; y las disensiones cotidianas con los italianos no parecían ser mucho mayores de las que surgían con frecuencia, pongamos por caso, entre dependientes de comercio gallegos y asturianos cuando trabajaban en el mismo establecimiento, trasladando a la Argentina y al lugar de trabajo la tradicional rivalidad interregional de la península.¹²⁶ Es más, en otro pasaje de su relato autobiográfico, el antes aludido Rodríguez Méndez señalaba cómo, cuando fue a visitar a un coetáneo que trabajaba unas calles más allá, pudo descubrir para su sorpresa que su paisano compartía habitación con dependientes italianos en buena armonía y respeto mutuo, lo que contrastaba con lo que sucedía en su propio comercio.

Lo mismo ocurría con las relaciones de vecindad dentro de los mismos barrios, especialmente en aquellos donde convivían en los mismos conventillos y edificios españoles, italianos y otras nacionalidades; y en general en las relaciones dentro del espacio laboral, como muestran varios ejemplos conocidos.¹²⁷ Tal vez porque existía más proximidad de experiencias e inquietudes, más allá de las diferencias culturales, entre los inmigrantes de diversos orígenes que entre los inmigrantes y los argentinos. Como recordaba una inmigrante nacida en Rianxo (A Coruña) y llegada a Buenos Aires en 1926, en el conventillo de la céntrica calle Defensa donde vivía «éramos una mezcla: españoles, italianos, correntinos. Pero yo me llevaba bien con todos»; y pese a vivir en un mundo encapsulado puertas adentro de su casa, donde «seguíamos hablando en gallego y en mi casa se comía pescado; el

126 Un testimonio de las rivalidades interregionales entre dependientes de comercio gallegos y asturianos dentro del lugar de trabajo, que en alguna ocasión acababan a bofetadas, en los recuerdos del antiguo emigrante gallego en Buenos Aires entre 1926 y 1935 Bieito Fernández (1909-1999). Cf. *A Nosa Terra*, 25.9.1997.

127 Así, el después líder galleguista en Montevideo Antón Crestar (1896-1985) recuerda en sus memorias cómo llegó a forjar amistad con sus compañeros de trabajo italianos, gracias a que él era el único alfabetizado, y por tanto podía leerles a aquellos en voz alta los periódicos escritos en italiano (Sixirei, 1988: 208). Casos semejantes de connivencia y convivencia entre trabajadores anarquistas españoles e italianos eran retratados por el periodista Julio Camba en su relato de contornos autobiográficos *El Destierro* (reproducido en *El Cuento Semanal*, Madrid, 25.10.1907), o de modo menos explícito por el también anarquista Claro José Sendón (1934).

cocido [...] y todas las comidas de allá», las amistades siempre se tejieron con inmigrantes españolas o italianas, antes que con argentinas: «podíamos entendernos de otra manera, más sentida» (Sampedro 2000: 106-07). Incluso, algún testimonio muestra la participación de inmigrantes italianos, compañeros de trabajo de españoles, en las pequeñas manifestaciones que, «bajo el calor de unas copas», salían en 1898 por la Avenida de Mayo a gritar ¡*Viva Cuba española!* (Lence 1945: 249).

Si esto era así en la capital, las relaciones sociales entre españoles e italianos en poblaciones del interior rural bonaerense, donde los contingentes de cada nacionalidad eran más reducidos y la exogamia más apreciable, también acostumbraban a ser de estrecha colaboración, aunque entre las élites de las comunidades inmigrantes menudeasen las reyertas simbólicas.¹²⁸ En la localidad de Olavarría, por ejemplo, los inmigrantes italianos coadyuvaron a la construcción del edificio social de la Asociación Española de Socorros Mutuos en 1890; y varios inmigrantes españoles participaban en las actividades de la colectividad transalpina local, movidos por lazos de vecindad y parentesco. Era el caso, por ejemplo, del artesano y músico Peregrino Noya, quien en 1884 pronunció el *Voto de felicitación a la Colonia Italiana en Olavarría por los españoles*, escrito con algunos rasgos de cocoliche, en conmemoración de la festividad garibaldina del *XX Settembre* (Alonso da Rocha 2001).

Esa realidad también tenía su reflejo en las autobiografías noveladas, o en la literatura. En la novela *Don Marcelino*, obra del inmigrante Jorge Ferreiro, el protagonista gallego del relato acaba por casarse con una hija de italianos sin mayor problema ni tensiones aparentes (Ferreiro 1972). Y el exiliado galleguista Alfonso R. Castela gustaba en los años cuarenta de ir a una peluquería italiana de la porteña calle Belgrano, aunque le molestase que los barberos insistiesen en llamarlo *dottore* (Pérez Rodríguez 1996: 249).

Desde el lado italiano, los testimonios inciden en la misma dirección. En los lugares de trabajo, en los conventillos y en los barrios convivían sin mayor problema familias italianas y españolas. Pese a existir una cierta rivalidad cotidiana entre transalpinos y españoles más alta que entre cualquiera

128 Para el caso de Luján, Marquiegui, (1993: 97).

de ellas y otras nacionalidades inmigrantes, esas rivalidades eran pacíficas, y no impedían en absoluto una cordial relación. He aquí la rememoración de las relaciones entre su padre y un compañero de trabajo gallego por parte de un inmigrante italiano arribado en 1949, con trece años, a Buenos Aires:

Vi era una grande rivalità fra italiani e spagnoli, una rivalità che spesso finiva al bar o in trattoria, scambiandosi barzellette regionali. Era il caso di mio padre e Jesús. Era questo un galiziano [...]. Jesús e mio padre si scambiavano barzellette sulle Langhe e sulla Coruña, molto particolari in quanto a connotazioni, riferimenti e linguaggio regionale, paesano. [...] Nessuno dei due capiva niente dell'altro. Tuttavia sembravano divertirsi moltissimo e davano fondo a tutto il loro repertorio di barzellette (Blengino 1990: 186).

Armónica convivencia. Este era también, en el fondo, el mensaje que preferían filtrar a largo plazo las élites institucionales, y los principales órganos periodísticos del colectivo inmigrante: la fusión armónica de españoles (y, sobre todo, de gallegos) e italianos en el regazo acogedor de la Argentina. Pero reservándoles a los primeros, eso sí, la primacía o hegemonía simbólica y cultural, como matriz conformadora de la identidad del nuevo país austral. En la búsqueda de puentes de conciliación entre italianos y españoles en general pusieron un especial énfasis periódicos como *El Diario Español*, *Tribuna Española* y *Correo de Galicia*. Este último proclamó repetidas veces su afecto por la colectividad itálica y su aspiración a «vivir en la mejor armonía con los italianos que aquí viven unidos a nosotros por la identidad de nuestros destinos, los dolores de nuestra emigración». Argumentos en los que también incidía el periodista gallego Xaquín Pesqueira, redactor del periódico porteño *La Nación*, en octubre de 1919 al solidarizarse con los *arditi* de Gabriele d'Annunzio y su ocupación por la fuerza de Fiume, para gran regocijo de *La Patria degli Italiani*.¹²⁹

Estas aspiraciones a la armonía intercomunitaria, siempre y cuando existiese un previo reconocimiento de la dignidad de ambas partes, e igualmente un tratamiento digno y respetuoso de los argentinos hacia los gallegos y españoles, también se podían expresar en clave literaria. No por

129 Cf. un resumen de los artículos de Pesqueira y de las loas de *La Patria degli Italiani* en «Italianos y españoles», *Correo de Galicia*, 10.10.1919.

casualidad, el escritor y periodista gallego Roxelio Rodríguez Díaz cantaba a la solidaridad final entre gallegos (y españoles), argentinos e italianos en su obra teatral *Fogar bendito* (1923), estrenada en el Centro Gallego de Buenos Aires. Estebo, inmigrante recién llegado, después de haber tenido un incidente con un criollo que le había llamado «Gayego de porquería», entra en el Centro Gallego en busca de su hermano. Allí se encuentra con el italiano Pascual, que no consigue entenderse hablando en su cocolicheado idioma con el gallegófono Estebo. Sin embargo, Pascual también es socio del Centro Gallego, pues él mismo y varios parientes suyos se habían casado con mujeres galaicas:

PASCUAL –¡Quivis cuovis!... Non capisco... ¿É amalato?

ESTEBO –¿Eu mulato?

¡Mulato será o teu tío!

PASCUAL –Il tío lo tengo ayá en Italia; ma un cuxino...

ESTEBO –Vaia a modo; non ensulte, qu' eso xa non llo consinto.

¡Cuchino será vostede!

PASCUAL –¡Ma no! Senta: ío digo que tengo un cuxino aquí

que s'ha hecho, come io, socho del Chentro Gayego,

qu' é un Chentro molto lindo.

La mía molle é di Galicia,

y tamién la del cuxino;

y la súa molle y la mía

sono due molle, mi amico!...

El colofón llegaba cuando aparecía en escena Antonio, con un brazo vendado. Resultó ser el criollo que había ofendido a Estebo, y al que este había pegado. Descubren entonces que son tío y sobrino. Antonio, arrepentido por haber ofendido a los gallegos, pide perdón a Estebo, quien también se disculpa por su proceder violento. Y, de paso, Antonio pone paz definitiva entre el gallego y el italiano. Argentina, simbólicamente, venía a reconciliar así diversos aportes. Y el mensaje final y casi moralizante consistía en la alabanza de la capacidad integradora del nuevo país, asentada sobre el pilar del respeto mutuo entre sus elementos integrantes: los criollos debían respetar a los extranjeros, y sobre todo a los españoles. Ello se sim-

bolizaría en el cambio de vida que Antonio, hasta entonces un *compadrito* más, decide emprender, recuperando lo bueno que habría en la sangre de sus antepasados:

ANTONIO –Desde hoy cambiaré de vida!
Y lo voy a demostrar
trabajando con esmero;
respetando al extranjero,
y haciéndome respetar.
Nunca fueron gente extraña en mi patria generosa
Los hijos de la gloriosa
y noble tierra de España.
De mi patria es la aureola
el color del firmamento,
y en mis venas correr siento
la hidalga sangre española.

Por su lado, tanto Estebo como Pascual reconocen la capacidad asimiladora de la Argentina, así como su disposición a integrarse pacíficamente en su nuevo país, aportándole los frutos de su trabajo:

ESTEBO –A min fóime de porveito
oxe esta leución tamén;
non meterme con ninguén,
o mantel-o meu dereito.
Con cubiza taballar
n'estes campos venturosos,
onde tantos fillos nosos
alzaron o seu fogar.
N'aquela terra divina
de Galicia, meu filliño,
toda fala con cariño
da República Arxentina.
Non hay en tod'o chan noso
un lar, no val ou na serra,
que non teña pra esta terra
un recordo garimoso.

PASCUAL –Anque nel’Italia bela,
Dal ‘Alpe al mar calabrese,
si ama cuesto paese,
e di lui tuto favela.
L’italiani e lli spañuoli,
come sía que un lli apeli,
siamo cui tuti frатели,
come péveri filluoli
in cuesta terra carina
de la nobile bandiera
que a nesuno é straniera,
¡la República Aryentina!

Como no podía ser menos, la obra finaliza con el canto de Antonio a la bondad de «¡la República Argentina/patria de la libertad!» (Rodríguez Díaz 1940: 10-11).

COLÓN: ¿GALLEGO O GENOVÉS?

Una de las estrategias utilizadas por la élite inmigrante española, y particularmente por la gallega, fue el recurso a la Historia para demostrar la importancia de la contribución hispánica a la historia de América, buceando en las aportaciones particulares de cada una de las colectividades regionales ibéricas. Para ello era preciso buscar mitos y episodios que no entrasen en conflicto con las elaboraciones de la propia historiografía nacionalista argentina. De ahí que, desde fines del xix, publicistas catalanes y gallegos insistiesen en la participación de los inmigrantes de ambas procedencias en los Tercios de Voluntarios constituidos para la defensa de Buenos Aires frente a los intentos anexionistas de la escuadra inglesa en 1806-07. Un episodio en el que españoles y criollos se batían contra un *otro* común, en este caso Inglaterra.¹³⁰

Otra estrategia consistió en la búsqueda de una genealogía común entre la colectividad inmigrante y el país de acogida. Con ese fin, se reivin-

130 Sobre el Tercio de Gallegos existe una bibliografía relativamente abundante. Cf. por todos VV. AA. (1996). Sobre los catalanes, vid. Monner Sans (1893a). Sobre la vindicación del Tercio de Gallegos, Castro López (1911).

dicaron todas aquellas figuras de la eufemísticamente denominada *emancipación* americana (eludiendo el más molesto término de independencia) que tenían origen español, o de las diversas colectividades regionales. Eso suponía también para la élite inmigrante un medio de afirmar su prestigio social y el del conjunto de la colectividad. Además, esas construcciones se correspondían con la teoría divulgada por los propagandistas del hispanoamericanismo entre la colectividad española de América. Según esta interpretación, las naciones hispanoamericanas se habían independizando de la metrópoli en 1810 no por rechazar ser españolas, sino por no querer acabar como colonias inglesas o francesas; y, además, no se habrían separado de la nación española, sino en nombre de los principios del liberalismo. En definitiva, en pos de una España mejor. La obra publicística del catalán Ricardo Monner Sans, por ejemplo, incidió sobremanera en ese argumento (*El movimiento de Mayo: Recuerdos históricos* 1920, y *Los catalanes en la Argentina*, 1927).

Menos problemático era mirar hacia la Edad Moderna, y particularmente a la época del Descubrimiento de América. Ahí fueron sobre todo los publicistas gallegos, además de los vascos –caso aparte, en cuanto gozaban de un estereotipo étnico positivo en la opinión pública argentina desde mediados del siglo XIX–, quienes más se preocuparon en trazar una genealogía heroica de conquistadores y descubridores que mostrarían el papel puntero de su región o colectividad de origen en la Historia americana (Núñez Seixas 2001a). Se insistió de este modo en la reivindicación del origen galaico de buena parte de la tripulación del primer viaje de Cristóbal Colón, y en el hecho de que su nave capitana fuese construida en astilleros pontevedreses. Pero la tesis que gozó de mayor difusión entre los gallegos de América durante el primer tercio del siglo XX, dando lugar a una extraordinariamente abundante publicística pseudohistórica, fue la tesis del supuesto origen galaico –más concretamente, pontevedrés– de Colón. Con ello se aseguraba un lugar fundamental a los gallegos en la conquista del Nuevo Mundo, al tiempo que se disputaba la maternidad de su descubrimiento a los competidores itálicos, pues la figura del almirante genovés había sido elevada al rango de símbolo de la italianidad inmigrante sobre

todo por los sectores católicos de la colectividad transalpina desde la última década del siglo XIX.¹³¹

El inventor de la supuesta galleguidad del almirante fue el erudito pontevedrés Celso García de la Riega, quien en una conferencia pronunciada en diciembre de 1898 proclamó el «descubrimiento». Se basaba para ello en hallazgos documentales, aunque bien discutibles desde el punto de vista hermenéutico, relativos a la existencia de una familia con ese apellido en Galicia en la época coetánea al nacimiento del almirante, así como en la comparación de varios topónimos pontevedreses con los nombres puestos por Colón a las islas por él descubiertas. Si aquel había ocultado su cuna, era porque su madre era judía. La original teoría fue acogida en un principio como una mera anécdota curiosa entre los medios historiográficos españoles. De hecho, García de la Riega no encontró respaldo para publicarla en forma de libro hasta el año de su muerte, 1914 (García de la Riega 1897, 1914).

Pero los mayores apoyos a la teoría de García de la Riega vinieron, precisamente, de ultramar. Se trataba de varios intelectuales y notables de las colectividades españolas de América, desde el publicista Constantino Horta, la escritora Eva Canel (Cuba) y el antiguo profesor de la Universidad de Montevideo José María Riguera Montero, quien intentó promover en Buenos Aires una suscripción para erigir un monumento en Pontevedra a Colón, hasta una pléyade de publicistas españoles residentes en el Río de la Plata, donde destacaron los periodistas gallegos Fortunato Cruces y Olegario Teso, el profesor universitario catalán Ricardo Monner Sans y el líder republicano Rafael Calzada. En España, la tesis del Colón pontevedrés recibió apoyos más o menos efusivos de varias decenas de escritores, académicos, políticos y publicistas de diversas tendencias, desde republicanos como Vicente Blasco Ibáñez hasta el galleguista Aurelio Ribalta.¹³²

131 Colón se contraponía así al símbolo de los republicanos, Garibaldi; y de paso se pretendía entronizar el 12 de octubre (antes de su reconversión hispanófila) como fiesta nacional italiana frente al xx de septiembre, para lo que también se destacó el papel de Colón como genovés que contribuyó a la forja de la conciencia de latinidad descubriendo América como italiano en nombre de España (Devoto 1990). Vid. también Marcilhacy (2007).

132 Cf. un elenco de los defensores de la tesis del origen gallego del Almirante en Calzada (1925: 229-36).

Entre los proyectos auspiciados por esta campaña figuró la constitución de varios Comités Pro-Colón Español en las diversas repúblicas hispanoamericanas, además de en Madrid y Galicia, aunque solo el Comité de La Habana destacó por el dinamismo de sus actividades. Igualmente, el periódico *ABC* estableció un premio para el mejor trabajo histórico sobre la cuna pontevedresa de Colón, recordando la ofensiva paralela que el Gobierno fascista italiano estaba llevando a cabo para reivindicar el origen genovés de Colón, y destacando explícitamente en las bases de la convocatoria que el espíritu crítico de los historiadores se debía someter a los dictados apremiantes de la reivindicación patriótica. Semejante convencimiento mostraba el Centro Gallego de Montevideo, al sumarse a la campaña partiendo del axioma irrefutable de que «La patria de Colón es España y los españoles tenemos la obligación de pregonarlo y divulgarlo».¹³³ A partir de la aceptación de esa premisa, toda prueba científica era bienvenida. Y toda impugnación de la teoría de la galleguidad de Colón, por muy fundamentada que estuviese, era recibida como un ataque a la labor de hispanoamericanismo en que estaban enfrascados los intelectuales de las colectividades españolas en América, y una baza a favor de todos aquellos interesados —italianos y sus aliados— en hacer desaparecer la huella hispánica de América.

Los pueblos de la bella Italia están celosos de que Pontevedra sea la cuna del Descubridor de las Indias occidentales, y lo mismo sus aliados los sajonizantes, americanizantes, deshispanizantes, iberófobos, latinófobos y galicianófobos, interesados en obscurecer la cuna del almirante.¹³⁴

Ese deber moral y patriótico era aún mayor para los gallegos, ya que a través de la reivindicación del origen pontevedrés del Almirante también se ponía de manifiesto el papel destacado que Galicia siempre habría jugado a la cabeza de las glorias hispánicas, superando el olvido interesado de las aportaciones galaicas que exhibiría la *Historia oficial* española. El per-

133 *La patria de Cristóbal Colón. Muy interesante para los ibero-americanos*, Montevideo: Centro Gallego, s. f. [1927], p. 4.

134 C. Horta, «En el descubrimiento de América. La carabela «La Gallega», nave capitana de Colón», *Nova Galicia*, 19.1.1913.

sonaje de Colón, además, sería equiparable a la anónima contribución de muchos emigrantes gallegos y cantábricos: un «humilde provinciano, que movido por una generosa exaltación, con incomparable audacia, ardiente fe y extraordinario genio, cambió la faz de la tierra» (Zas 1923:II). Así lo expresaba el dibujante Álvaro Cebreiro en una viñeta publicada en la revista porteña *Céltiga* en noviembre de 1924: dos gallegos. comentaban que *O primeiro emigrante érache galego, chamábase Colón*. Solo los nacionalistas gallegos (al igual que los catalanes o vascos) y los socialistas se declararon contrarios o indiferentes a la galleguidad de Colón.

Los publicistas italianos del Río de la Plata, con la excepción de Juan Solari y una polémica mantenida desde las páginas de *La Patria degli Italiani* con el propio De la Riega,¹³⁵ apenas se molestaron en replicar en un principio. La italianidad de Colón era considerada un hecho indiscutible, y bastante tenían con las disputas locales entre diferentes lugares de Liguria para reivindicar la cuna del Almirante, negando su origen genovés.¹³⁶ Sin embargo, en los años de la I Guerra Mundial la insistencia de los periódicos españoles en recordar la galleguidad de Colón, y con ello indirectamente la legitimidad de la conversión de la festividad del Doce de Octubre en Día de la Raza, provocó la reacción de los principales periódicos italianos. Emilio Zuccarini, el periodista más destacado de la colectividad transalpina, recordaba así en octubre de 1917 que la italianidad de Colón era un hecho objetivo, probado por la ciencia histórica y admitido por un historiador español tan ilustre como Rafael Altamira.¹³⁷ Por su parte, *L'Italia del Popolo* reaccionaba de modo semejante un año después, si bien en clave irónica:

135 Cf. los artículos de C. García de la Riega, «Sobre la patria de Cristóbal Colón, Nova Galicia, 4 diciembre 1910, p. 1; y Sobre 'Cristóbal Colón, gallego': contestando a La Patria degli Italiani», *Nova Galicia*, 19.2.1911, donde replicaba a un artículo publicado en *La Patria degli Italiani* del 16.12.1910. Igualmente, J. Solari, «Sobre la patria de Colón», *Nova Galicia*, 1.1.1911.

136 Así lo hacía en 1910 el mismo Solari, en nombre de la comisión porteña para la erección de un hospital en la villa de Fontanabuona, y defendiendo que esa era la auténtica patria de Colón. Vid. Solari (1910).

137 E. Zuccarini, «A proposito di C. Colombo», *La Patria degli Italiani*, 14.10.1917; en el mismo sentido, su artículo «Parliamoci chiaro e intendiamoci bene», *La Patria degli Italiani*, 15.10.1917.

Visto che l'Italia non sa che farsene delle sue glorie, ha creduto bene di far cambiare stato civile a Colombo. [...] Del resto è provato che Garibaldi era delle isole Canarie e Mazzini della Cocincina. [...] No, cugini spagnoli. Noi crediamo di essere imbecili. E lo pronunciamo da queste terre, scoperte dallo spagnolo Colombo, a tutti i popoli del mondo, per mezzo del telegrafo senza fili, scoperto dal persiano Marconi.¹³⁸

Las aguas tendieron a volver a su cauce amistoso tras 1918. No obstante, todavía hubo polémicas puntuales. Así, la inauguración en julio de 1921 de un monumento a Colón en Buenos Aires, obsequio de la colectividad italiana, fue acogida oficialmente por *Correo de Galicia* con benevolencia. Pero este periódico lamentaba igualmente que el embajador italiano no mencionase a España para nada en su discurso, ni se hiciese eco de la disputa historiográfica sobre el origen galaico de Colón; pues, aun en el caso de que este resultase ser genovés, sin el concurso de la Corona hispánica «nada hubiera podido hacer el insigne navegante».¹³⁹

La competición simbólica entre gallegos e italianos sí alcanzó un cierto eco popular, llegando a ser objeto de burla por parte de los sainetistas argentinos. Así escenificaba el popular comediógrafo Julio F. Escobar en *Colón era gallego* (1928) el momento de la disputa entre dos futuros consuegros, el gallego Cabreiroá y el italiano Musolino, al proponer este último un brindis por la italianidad de Colón:

MUSOLINO —¡Viva la República Argentina!

TODOS —¡Vivaaaaaa...!

MUSOLINO —¡Y viva mi gran paisano Cristóbal Colón, que descubrió la América para todos nosotros!

TODOS —Vivaaaaaaa.

CABREIROÁ —(Poniéndose de pie.) Un momento... Me asocio de todo corazón al brindis por el gran navegante, pero como español, no puedo ni debo aceptar en silencio el grave error que ha cometido al decir que Colón era su paisano:...

138 Vir [Folco Testena?], «Appunti... una di meno», *L'Italia del Popolo*, 12.10.1918.

139 «La grandeza de España y Cristóbal Colón», *Correo de Galicia*, 19.6.1921.

MUSOLINO – (Saltando) ¿Y qué? ¿Hay quien diga que Colón no era italiano?

CABREIROÁ –Los más grandes historiadores del mundo afirman que Colón era ¡¡gallego!!

(Murmullos de aprobación unos y de desaprobación otros) [...]

MUSOLINO – (A Violeta.) Venga para aquí, hija...Yo no puedo tener trato con semejante chusma. [...]

CABREIROÁ –Pues aunque reviente... ¡¡Colón era gallego!!

Con ello se interrumpen los planes de matrimonio, debido a la rivalidad alrededor de la nacionalidad de Colón entre Musolino y Cabreiroá, disputa que a los hijos enamorados para nada interesa. Musolino observa en la insistencia de su futuro consuegro una señal de lo que los gallegos (y españoles) acostumbrarían a hacer en Argentina para desprestigiar a los italianos: apropiarse para España de todas las glorias itálicas:

MUSOLINO. – [...] Son cosas de los gallegos. Esperan que una nación tenga un héroe y después que se madura varios siglos en la historia, se lo agarran para ellos [...]. Un día de estos usted verá que salen diciendo que el Dante era un coplero sevillano y que Garibaldi porque usaba la camisa colorada, era torero.¹⁴⁰

No obstante, dentro del mundo intelectual y científico español, e incluso en el seno de la colectividad gallega de Argentina y Cuba, se levantaron voces que denunciaban la falta de fundamento de las pruebas documentales aducidas por De la Riega. Fue el caso en Buenos Aires del bibliotecario de la Universidad Rómulo Carbia, del librero y editor Laureano M. Oucinde, y algunos más (Calzada 1925: 205-27; Carbia 1918; Oucinde 1910, 1913). La propia Academia Gallega se mostró contraria a aceptar la tesis de la galleguidad de Colón, siendo tachada de traidora por los publicistas emigrados. Finalmente, la madrileña Real Academia de la Historia, a petición del propio rey Alfonso XIII, encargó un informe técnico en el que la teoría del Colón pontevedrés sufrió una seria desautorización. Ello contribuyó a que su vigencia se fuese desvaneciendo de la esfera pública.

140 J. F. Escobar, «Colón era gallego», *La Escena*, 27.9.1928.

El entusiasmo en la defensa de la galleguidad de Colón comenzó a disminuir hacia fines de la década de los veinte, tanto por la abrumadora evidencia de la frágil consistencia de las evidencias documentales como por la constatación, primero por los intelectuales nacionalistas gallegos (ya desde 1920), y más tarde por buena parte de las élites de la colectividad inmigrante, del carácter contraproducente que revestía el insistir en la galleguidad de origen de un personaje que, si fue gallego, prefirió no alardear de ello. Y, aún peor, ¡se hizo pasar por genovés! Eso suponía conceder una inesperada baza al «competidor», que podría además argumentar que Colón se habría avergonzado de proclamar su origen galaico, al igual que muchos inmigrantes. De este modo, el argumento se tornaba contraproducente.¹⁴¹

De ahí que algunos autores diesen en proponer soluciones de compromiso que acabasen con el pleito gallego-italiano: Colón sería pontevedrés, pero su apellido sí sería italiano. Merced a ello, sintetizaría un espíritu de latinidad trasplantado a América, con proyección en el presente: «Su patria es la nuestra; pero el primitivo origen histórico, la raza del que alcanzó inmortal hazaña es italiana» (Bustos y Bustos s. f.: 43-44). Francisco de Grandmontagne ponía en boca de uno de sus personajes esa renuncia a la galleguidad de Colón, compensada con el argumento de que los reyes de España habían sido quienes, con su apoyo financiero, habían hecho posible el descubrimiento de América. Ello habría de ser suficiente para los italianos:

Los italianos dicen que todo se debió a Colón: Pero ¿qué hubiera hecho Colón sin España? ¿Cómo habrían salido las carabelas si Doña Isabel la Católica no llega a empeñar las sortijas? Digan lo que digan los grévanos [italianos] –¡nos tienen una tirria!–, nunca podrán negar que en los dominios de España no se ponía el sol. ¡Eso no hay grévano que pueda desmentirlo! (Grandmontagne 1944: 177).

141 Cf. por ejemplo J. Torrendell, «La nacionalidad de Colón», *Correo de Galicia*, 11.1.1931. La revista *Céltiga* reproducía en julio de 1926 una caricatura sarcástica, en la que dos encopetados caballeros discutían sobre la galleguidad de Colón: «¿Usted por qué cree que Colón era gallego? -Porque lo negó» (cf. *Céltiga*, 25.7.1926).

Con todo, durante los años treinta la tesis del Colón gallego siguió disfrutando de un predicamento relativamente amplio. Y todavía hoy cuenta con algunos defensores apasionados, tanto en Galicia como en Argentina.

EL VUELO DEL PLUS ULTRA: EL NUEVO COLÓN

El momento culminante de la campaña publicística en pos del prestigio simbólico de la colectividad gallega y, por extensión, española, lo constituyó sin duda la llegada del hidroavión español Plus Ultra a Buenos Aires el diez de febrero de 1926, primer vuelo transoceánico tripulado. Pero también lo fue de las limitaciones de tal discurso.

Lo que fue considerado un hito de la aviación mundial, conquistado por una tripulación y una aeronave española, y el hecho de que el comandante de la tripulación fuese un gallego, el ferrolano Ramón Franco, hermano masón y republicano del general Francisco Franco, fue motivo suficiente para que la inmensa mayoría de las asociaciones galaicas de Buenos Aires se uniesen en la exaltación de los héroes, recibidos a su aterrizaje por una multitud integrada en buena parte por inmigrantes. En medio del regocijo de la celebración, se contraponía por parte de los periódicos de la colectividad al gallego Franco frente al supuestamente fracasado Italo Balbo, y se presentaba al aviador ferrolano como una suerte de nuevo Colón. La hazaña de Ramón Franco venía a continuar los pioneros esfuerzos del aviador también ferrolano José Piñeiro, quien visitó la capital argentina a principios de 1914. Pero Ramón Franco ocupó su lugar con creces, con aureola de triunfador y elevado a la categoría de símbolo del orgullo de los españoles, y sobre todo de los gallegos, esparcidos por el mundo. Los tripulantes del aeroplano representaban las glorias pasadas y presentes de la patria. Y en Ramón Franco, especialmente, se fundían todas ellas. En enero de 1926, días antes de que el *Plus Ultra* arribase al Río de la Plata, el presidente del Centro Gallego de Montevideo afirmaba que la hazaña del comandante Franco vendría a ser una continuación de la gesta de Colón siglos atrás. El ferrolano y sus compañeros personificarían y sintetizarían «el pasado, el presente y el porvenir de España».¹⁴²

142 *Revista del Centro Gallego*, Montevideo, enero 1926.

Desde una perspectiva ideológica diferente, la revista *Céltiga*, que reunía lo más granado de la intelectualidad nacionalista y republicana gallega de Buenos Aires desde 1924, también coincidió en la exaltación del héroe. Sobre todo, resaltó la primacía que Franco permitía a los gallegos sobre los italianos. Con ese motivo, aparecieron en ella varias caricaturas alusivas a la supuesta desazón de los inmigrantes italianos por la hazaña de Ramón Franco. Junto a un chófer de tranvía, profesión típicamente gallega, que presumía del logro («¡Eso es una hazaña! Hay que ser del volante para saberlo») aparecía un barrendero napolitano que expresaba apesadumbrado su temor a que «*ahora é posíble que perdamo a nostro Colombo, sacramento*»; y otro cavilaba en cómo reivindicar la italianidad de Franco (*Per la madonna: sonno informato que la soegra de la bisabuela de Franco era napolitana. Ecco il problema*).¹⁴³ Los gallegos habrían vencido en la disputa con Colón. Y ahora se apuntaban para sí sin disputa alguna la proeza de Ramón Franco.

Cuando el Plus Ultra llegó a Buenos Aires, la multitud congregada en la zona del puerto y en la Costanera rompió en enfervorizados aplausos, henchida de orgullo colectivo, que la élite inmigrante interpretaba como demostración del sentimiento nacionalista español. «¡Qué triunfo para España!», escribía Félix Ortiz y San Pelayo: «¡Qué gloria para la patria querida del alma, contra la que siempre se cebaron la maledicencia, la insidia y la intriga ocultando sus heroicas proezas con los gases asfixiantes de la leyenda negra!». La organización de los festejos oficiales en honor de la llegada del aviador ferrolano a Buenos Aires fue asumida por una comisión presidida por la Asociación Patriótica Española, a la que se adherieron 397 sociedades hispánicas de toda Argentina. Solo faltaban, según reconocía el propio Ortiz y San Pelayo, las «sociedades republicanas y socialistas, y algunas constituidas para sostener escuelas laicas en España», que temían que su adhesión fuese interpretada como un apoyo indirecto a la dictadura de Primo de Rivera.¹⁴⁴ Con todo, también estas últimas organizaron actos de bienvenida a Ramón Franco. Sin ir más lejos, la galleguista e izquierdista Federación de Sociedades Gallegas, Agrarias y Culturales de la República

143 Cf. «Franco llegó!! ... Apuntes del natural por Saúl Borobio», *Céltiga*, febrero 1926.

144 *Correo de Galicia*, 21.3.1926; «Unión problemática», *Hércules*, 15.4.1926.

Argentina, que agrupaba entonces a 36 asociaciones, y la revista *Céltiga*, entre otras (Ortiz y San Pelayo 1926; Rodríguez Díaz 1940: 100-04; Franco Bahamonde y Ruiz de Alda 1926: 237-84).

Las recepciones y agasajos a los aviadores fueron continuos durante los días siguientes, en medio de una intensa exaltación españolista. No obstante, no tardaron en aparecer las discrepancias crónicas entre los líderes y asociaciones de la colectividad hispánica. Se trataba de disputas por el protagonismo, pero también de un extraño malentendido alrededor de un supuesto telegrama enviado por la comisión de recepción al Gobierno español, en el que se pedía que, en el caso de que Franco continuase vuelo hacia el Pacífico, el avión Plus Ultra permaneciese en Buenos Aires, ya que estaba en marcha una suscripción entre la colectividad para regalarle un nuevo aeroplano, de nombre *El Argentino*. Franco interpretó ese texto como una petición para que no continuase el viaje, e hizo declaraciones amargas a la prensa sobre el comportamiento de la colectividad. De todos modos, la suscripción para comprar un nuevo avión (a la que se adhirieron veintitrés sociedades españolas) tuvo que suspenderse al no recaudar el dinero esperado. La intensa movilización nacionalista que los dirigentes de la colectividad española, y muy particularmente la Asociación Patriótica Española, intentaron capitalizar para conseguir unificar los puntos de vista de las diversas asociaciones y avanzar hacia una mayor unidad orgánica, no rindió los frutos esperados. Y ya no se conseguiría en lo sucesivo.

El fracaso también tenía otra causa: la polivalencia del nuevo icono. Ramón Franco no solo era un símbolo adecuado para mostrar con arrogancia la valía española ante los argentinos, así como ante los italianos y otras colectividades inmigrantes en la Argentina; aunque, de hecho, la Federación de Sociedades Italianas de la Argentina también tributó un homenaje al aviador, apelando al común sentimiento de latinidad.¹⁴⁵ Se convertía igualmente en un mito útil para demostrar ante el resto de la colectividad española que eran los gallegos quienes se hallaban a la cabeza de las glorias patrias.

145 Vid. Franco Bahamonde y Ruíz de Alda (1926: 259-60). En agradecimiento *Correo de Galicia* se sumó a los festejos en honor del aviador italiano Francesco de Pinedo, quien repitió el vuelo de Franco en febrero de 1927. Cf. *Correo de Galicia*, 20.2.1927 y 27.2.1927, así como J. R. Lence, «La siempre hidalga», *Correo de Galicia*, 13.3.1927.

Cuando no se afirmaba desde otras perspectivas ideológicas, como hacían los sectores nacionalistas agrupados en la FSG, que el aviador, además de profesar conocidas simpatías republicanas y de izquierda, era un símbolo del despertar cultural y político de una nueva Galicia que reaccionaba frente a la *opresión* castellana. Ramón Franco, personaje con un físico más bien grueso y de baja estatura, era presentado incluso como un arquetipo racial del carácter galaico, invirtiendo una vez más el molde del estereotipo negativo del inmigrante: era como todos los gallegos, trabajadores y sufridos, que alcanzaban el éxito con tesón, frente al supuesto carácter fanfarrón castellano (y, quizás, porteño). El diario *La Nación* llegó a insertar en primera página una salutación de bienvenida en gallego de la FSG a Ramón Franco, donde se reivindicaba que el aviador pertenecía exclusivamente a los gallegos («Ramón Franco ¡ noso, noso! »), y que su hazaña era un fenómeno paralelo al resurgimiento cultural y político de Galicia, cruzando el Atlántico al igual que « outro galego » lo había hecho cuatro siglos atrás. Por ello, concluía afirmando que Ramón Franco había de ser para el inmigrante gallego el « símbolo da Galicia nova », hacerle orgulloso de la tierra que lo vio nacer, y menospreciar a aquellos que se decían compatriotas suyos, pero que le llamarían *gayego* con desprecio, « con deixo de xenreira e de podre señorío ».¹⁴⁶

Los pasodobles *Plus Ultra*, *Franco y Ruiz de Alda* y varios más del mismo género, ejecutados con profusión en las romerías y fiestas gallegas de Buenos Aires durante los dos años siguientes, serán un rescoldo del renovado orgullo galaico e hispánico por la hazaña del aviador. Pero encubrían lo que en el fondo había sido un fracaso de una parte de la élite inmigrante: la capitalización de la proeza de Franco y sus compañeros como momento germinal para la reorganización y la renacionalización de la colectividad española, utilizando la comunidad gallega como pilar vertebrador más fuerte y aparcando toda disputa alrededor del régimen imperante en España. Sin embargo, un año después de la proeza del aviador, solo la revista galleguista *Céltiga* recordaba el aniversario del vuelo de Franco, considerándolo de nuevo como una aportación paralela al surgimiento de una generación que enarbolaba el naciona-

146 *Boletín Oficial del Centro Gallego*, 28.2.1926; el manifiesto de la FSG en *Alborada*, febrero 1926.

lismo gallego: «es el espíritu redivivo de los hijos de Breogán, pobladores de mundos».¹⁴⁷ Y en 1928 únicamente la Casa de Galicia de La Plata festejó el aniversario de la llegada del Plus Ultra. En el banquete conmemorativo, el periodista Fortunato Cruces se encargó de hacer un uso exclusivamente partidista de la efemérides: el vuelo era un triunfo de la España católica y eterna, identificada con el régimen de Primo de Rivera.¹⁴⁸

Además de las divisiones políticas internas entre partidarios y oponentes de la dictadura de Primo de Rivera, dentro de la colectividad galaica los nacionalistas gallegos influyentes en la FSG plantearon un abierto desafío al reivindicar exclusivamente para Galicia la gloria del *raid* transoceánico. A mediados de la década de los veinte, se ponía claramente de manifiesto que dentro de la colectividad española inmigrada en la Argentina existían varios proyectos identitarios. Y, por lo tanto, la unanimidad patriótica alrededor de los mismos símbolos ya no era posible, como sí lo había sido una década antes en torno a la reivindicación de la galleguidad de Colón. En ese contexto, la contraposición a los italianos nunca fue capaz de convertirse en un discurso retórico con fuerza y credibilidad suficiente como para reforzar una conciencia común de españolidad opuesta a un otro, basada en un discurso binario y eficaz, o en imágenes dotadas de coherencia interna. Desde mediados de la década de 1920, la rivalidad entre españoles e italianos pasó en la práctica a un segundo plano, al de las disputas cotidianas en el lugar de trabajo o en la calle y en la fábrica, o al de la rivalidad de carnaval. Para la élite hispánica de Buenos Aires, imbuida de un ideal nacionalista español y reunida en la Asociación Patriótica Española, el Club Español, la Asociación Española de Socorros Mutuos, la Sociedad Española de Beneficencia o buena parte de las sociedades mutualistas de ámbito regional (Fernández 1987; Duarte 1998), el verdadero oponente pasó a estar representado, al igual que en la Península, tanto por los nuevos izquierdistas que saltarán al primer plano en 1931 como por las identidades nacionales alternativas a la hispánica que ganaron a una parte significativa, aunque no al conjunto, de los inmigrantes catalanes, gallegos y vascos en la Argentina.

147 «En el aniversario de la gran Hazaña», *Céltiga*, 10.2.1927.

148 «A Franco, en la ciudad de La Plata», *Nova Galicia*, 28.2.1928

7. ESPAÑOLES Y «GALLEGOS» EN LA ARGENTINA DEL PRIMER CENTENARIO

El título de este artículo puede parecer ambiguo a primera vista. Según es creencia muy extendida, e incluso está recogido en el Diccionario de la Real Academia Española, *gallego* se aplica como gentilicio genérico en América Latina a todos los españoles, independientemente de en qué punto de España hayan nacido. Es, sin embargo, una acepción susceptible de ser deconstruida, que adquirió diversos significados en América desde la etapa tardocolonial, y muy particularmente en el Río de la Plata. Pues a lo largo del periodo que va desde 1810 a 1910, coexistieron tres denominaciones superpuestas de español y gallego.

La primera, español (o peninsular), designaba de modo neutro a los naturales de España, sobre todo a partir de la independencia de las nuevas Repúblicas.

La segunda, *gayego* (con pronunciación porteña) y sus variantes más populares y lunfardas *yoyega*, *gaita* o *tagai*, designó desde fines del siglo XVIII, y con inusitada fuerza entre 1810 y 1880, a los inmigrantes españoles de baja condición, distinguibles de las familias de militares y funcionarios peninsulares, y que en número apreciable ya integraban el colectivo peninsular en la ciudad de Buenos Aires. En ella, los gallegos, que según los datos de los censos de Buenos Aires de 1806 y 1810 representaban entre el 30 y el 40 por ciento de los 2300 residentes nacidos en la Península, ocupaban los escalones sociales más bajos, y en particular oficios visibles como el de pulpero. Esta acepción se complementó con la atribución peyorativa del gentilicio a todos los españoles, y en particular a los partidarios de los realistas (García Belsunce 1976: 262; Cristóforis 2008: 136-40).

Una tercera acepción era el gallego sin más, que también se convirtió en un término usual en la esfera pública porteña desde el tercer cuarto del siglo XIX y se convirtió en denominación alternativa: el *gallego de Galicia* era un tipo de español, con peculiaridades étnicas y lingüísticas más o menos discernibles según los casos, cuya habla se caricaturizaba pero no siempre se asociaba (como antes) a incultura –para muchos argentinos, el gallego no era un idioma, sino un dialecto del castellano debido a mala instrucción y desconocimiento de la

norma estándar del idioma cervantino—, y cuyas virtudes podían ser ensalzadas a la par de sus defectos (Núñez Seixas 1999*e*, 2002*b*).

En la Argentina que celebró, entre el optimismo del progreso económico y las incertidumbres de la cuestión social y la crisis política, el Primer Centenario de la independencia en mayo de 1910, conmemorando la constitución de la Primera Junta el 25 de mayo de 1810 que no reconocía la autoridad del Consejo de Regencia de Cádiz —si bien aún siguió gobernando en nombre del rey Fernando VII hasta la declaración formal de independencia el 9 de julio de 1816 en Tucumán—, coexistían las tres acepciones mencionadas, enriquecidas con nuevos significados aportados por la experiencia de la inmigración de miles de españoles a la República Austral, por la nueva relevancia de la cuestión social y la renovada mirada que, desde España, se lanzaba sobre América Latina en general y sobre la Argentina en particular. El juego de espejos que ofrecían esas miradas cruzadas constituye un caleidoscopio particular a través del que es posible analizar en una perspectiva de larga duración cuáles fueron las imágenes, el papel y el significado pasado y presente de los españoles, y de los gallegos, en la Argentina hacia los años del Primer Centenario.

GODOS Y GALLEGOS DE CÁDIZ

El gobierno revolucionario instaurado en Buenos Aires en 1810 decretó diversas medidas legales entre 1811-12 y 1819 que restringían el acceso de los residentes peninsulares en el Río de la Plata a los empleos públicos, y que limitaban asimismo su movilidad espacial y su libertad para regentar pulperías o casas de abasto; igualmente, sometió a autorización previa el matrimonio de españoles europeos con mujeres del país. Aunque la aplicación de esas medidas conoció numerosas excepciones, y su puesta en práctica fue tendencialmente laxa, esa legislación contribuyó a aumentar la animadversión entre criollos y españoles. El epíteto omnipresente para denominar a estos últimos era *gayegos*. Gallego significaba en la Argentina de 1810-1850 español humilde y de baja condición, sospechoso de deslealtad ciudadana y de ínfulas neocoloniales. Con todo, no se registraron más iniciativas directas contra la comunidad de origen español instalada

en Buenos Aires o en otras ciudades argentinas, ni tampoco tuvieron lugar agresiones físicas concretas dirigidas de modo específico contra los inmigrantes españoles. Los peninsulares podían ser sospechosos de no ser fieles al nuevo gobierno independiente, pero no por ser gallegos, sino por no haber dado suficientes muestras de adhesión pública al mismo (Cristóforis 2008: 222-26).

En la época de gobierno de Juan Manuel de Rosas (1835-1852), arribaron al país algunas expediciones de inmigrantes españoles, principalmente gallegos, en penosas condiciones. Rosas reclutó además entre ellos funcionarios públicos, desde serenos hasta escribientes y secretarios, lo que convirtió a los *gayegos* otra vez en blanco preferente de los adversarios políticos del general (Wilde 1908: 129-30). Términos despectivos como *godo*, *sarraceno* y *gallego* seguían siendo empleados en la esfera pública con los mismos objetivos denigratorios de veinte o treinta años atrás. En incidentes esporádicos, los peninsulares eran objeto de mofa, también por parte de las autoridades públicas de Buenos Aires, por jueces de paz o por policías (Cristóforis 2009: 175). El mismo Rosas no se preocupaba mucho de distingos. Cuando el músico andaluz Francisco Gambín fue aludido por el general como gallego, aquel le respondió que se equivocaba, pues era de Cádiz. Rosas zanjó el asunto: «Gallego de Cádiz» (Pérez Prado 1973: 164). Pero, como recreaba el novelista José Mármol en su obra *Amalía* (1855), cuando a Rosas le leyeron una lista de prisioneros desleales para ser fusilados entre los que su ayudante mencionaba a un «José Yera, español», el dictador le replicaba que, en ese caso, cambiase su gentilicio: «Gallego, diga» (Lojo 2008: 47).

Solo un grupo étnico peninsular (y en parte francés) escapó a la caracterización generalizadora y despectiva del español peninsular: los vascos. Desde su llegada a la Argentina, a mediados del siglo XIX, tanto vascoespañoles como vascofranceses se establecieron de forma preferente en las zonas rurales, colonizaron el interior del país y se convirtieron en estancieros, ganaderos y hacendados, además de comerciantes. Accedieron rápidamente a los estratos dirigentes de la élite argentina, y fueron caracterizados en términos benignos por la sociedad receptora. Trabajadores, buenos católicos, poco peligrosos socialmente, los vascos en Argentina se ubicaron con

relativa rapidez entre los mejor valorados entre los europeos recién llegados, aunque sutiles diferenciaciones pusiesen más el acento en los vascos continentales (franceses, por tanto más *civilizados*) que los vascoespañoles (Azcona Pastor 1992: 73-78; Álvarez Gila 1995; Iriani 2000).

La convivencia de argentinos e inmigrantes españoles no siempre era sencilla. Incidentes esporádicos surgían entre, pongamos por caso, naturales del país y empleados públicos españoles –buena parte de ellos gallegos, como los serenos de Buenos Aires– a lo largo de la década de 1860. La guerra del Pacífico entre España, Chile, Perú, Bolivia y Ecuador (1864-1866), por ejemplo, hacía aflorar en muchos criollos sentimientos antihispánicos, que descargaban en sus vecinos inmigrantes peninsulares, y en ocasiones provocaban incidentes de cierta consideración. Lo mismo ocurrió durante la Guerra de los Diez Años en Cuba (1868-1878) (Suárez Martínez 1942: 47; Moya 1998: 340-42). En todo caso, el gentilicio *gallego* servía como etiqueta para descalificar al oponente político, cualquiera que fuese su color. Un periódico español de Buenos Aires recogía en octubre de 1865 el texto de un pasquín donde se criticaba a los unitarios del siguiente modo: *Abajo los gallegos salvajes unitarios que quieren la perdición de la ciudad de Buenos Aires*. A lo que el editorialista (Benito Hortelano) respondía con irónica resignación que «Antes éramos Urquizistas, después mazborqueros, luego paraguayos, y ahora salvajes unitarios».¹⁴⁹

A esas imágenes preexistentes se sumó un nuevo factor que añadía cierta presunción de verosimilitud a los significados previos. Desde 1860, y en particular desde la década de 1880, la inmigración española comenzó a arribar en proporciones cada vez más masivas al país. La existencia de prejuicios de fuerte tradición se superponía al hecho de que buena parte de los nuevos inmigrantes españoles ocupaban los escalones más bajos del sector servicios. En los diversos testimonios de viajeros a partir de 1875, aparecen con cierta frecuencia menciones a las profesiones características ejercidas por cada grupo nacional y regional de inmigrantes europeos. Los españoles de la cornisa cantábrica (asturianos y montañeses), y en particular los gallegos eran invariablemente asociados con los oficios de mozos de

149 «Pasquín en tonto», *La España*, 29.10.1865.

carga (changadores), propietarios de pequeñas tiendas (almaceneros), dependientes de comercio y pulperos en zonas rurales. En este último caso, se les atribuían rasgos ya invocados durante la época de la independencia. Eran duros y rudos trabajadores, avaros, sin muchos escrúpulos y cortos de luces, además de explotadores de los más débiles, indios incluidos (Ébelot 1994: 40-42; Rumbold, 1887: 109-10; Virgili 2000). El arquetipo icónico del pequeño comerciante porteño se nutrió así de rasgos preexistentes y algunos de nueva factura, retroalimentados por la verosimilitud que le confería la sobreabundancia de españoles, y en particular de gallegos, en esa profesión. En un relato publicado en la prestigiosa revista porteña *Caras y Caretas* en 1906 se describía a un almacenero gallego que no conseguía leer una carta a un gaucho, después de un estudio minucioso de la misiva («¡Nu entiendu estus jarabatus!»), con una frase lapidaria que condensaba el estereotipo : «Un gallego petiso, grueso, hinchado en los cuatro o cinco miles de pesos que sugestionaban sus arterias de labriego».¹⁵⁰ Por el contrario, los inmigrantes catalanes experimentaban una inserción más exitosa, patente por ejemplo en el mayor volumen de giro de sus negocios, ubicados en las calles céntricas, frente al carácter más modesto de los numerosos comercios, bares, hoteles y tiendas al por menor poseídas por gallegos o asturianos.¹⁵¹

Existían diferentes escalas de éxito según los grupos étnicos peninsulares. Y, además, tanto entre los españoles como entre los gallegos también había clases. A lo largo de las dos últimas décadas del siglo XIX se consolidó progresivamente una nueva élite española, que presentaba algunas características comunes. Eran inmigrantes que habían arribado a Buenos Aires en las décadas de 1850-70, es decir, con anterioridad al comienzo de la inmigración masiva. Hicieron carrera comercial partiendo desde la base, como empleados o dependientes, vinculándose a sectores de rápida expansión desde la década de los ochenta del siglo XIX, como el comercio de exportación e importación. Gracias a ello, ascendieron a la categoría

150 J. de Viana, «La carta del suicida», *Caras y Caretas*, 28.7.1906. Más ejemplos en Farías (2008).

151 Elaboración propia a partir de las cédulas del Censo Económico de 1895, Archivo General de la Nación, Buenos Aires.

de propietarios, socios o gerentes de grandes y medianas empresas, para más tarde repartir sus inversiones en distintos sectores, desde la banca a las industrias de transformación, desde la prestación de servicios y de bienes de consumo a las compañías de seguros. La biografía de estos hombres de negocios o profesionales acostumbraba a reflejar esa progresiva diversificación de actividades, cuando no su versatilidad. Entre ellos había muchos catalanes, pero también gallegos a la par de montañeses, vascos o castellanos (Fernández 2001; Fernández y Moya 1999; Ortiz y San Pelayo 1917: 153-257; Latino 1910: 81-89).

Había además otras élites. Nuevos actores hicieron su aparición entre la colectividad española de la Argentina desde mediados de la década de 1850,¹⁵² pero con especial intensidad a partir de 1865-70. Era una nueva élite de expatriados republicanos y republicanos federales, que abandonaron voluntariamente España, sobre todo, después del fracaso de la experiencia de la I República en 1874, y que, jóvenes profesionales en su mayoría, recalaron en las orillas del Plata con ánimo de labrarse una carrera profesional en una joven República a la que habían idealizado, y a la vez recrear una España ideal mediante la asunción de un papel de liderazgo en la incipiente colectividad española y sus asociaciones mutualistas y recreativas. Hasta principios del siglo xx, esa élite de expatriados se fue renovando generacionalmente y diversificando políticamente, recibiendo distintos influjos políticos –desde el socialismo austral al liberalismo conservador–; y al mismo tiempo fue capaz de tejer fuertes vínculos con las élites criollas, adquiriendo además en algunas ciudades jóvenes del interior y de la provincia bonaerense un notable protagonismo social (Biagini 1995; Duarte 1998, 2001; Núñez Seixas 2008).

Todo lo anterior incidía sobre la percepción de unas élites criollas que experimentaban sentimientos y temores encontrados frente a la inmigración europea. Las preferencias de esas élites se habían orientado claramente hacia una inmigración anglosajona, germánica o francesa. Pero los que llegaban en masa venían del Sur de Europa. Había que conformarse con

152 Era el caso del republicano Benito Hortelano, dueño después de una librería en Buenos Aires y fundador de las primeras publicaciones en la ciudad, tras la caída de Rosas: vid. Hortelano (1936).

lo que arribaba al Río de la Plata (Devoto 2000, 2003). Eso ya llevó a una cierta revalorización de la inmigración española desde el último cuarto del siglo XIX. Se apreciaba en ella su mayor facilidad para integrarse en la sociedad argentina, facilitada por compartir (al menos en teoría) un mismo idioma, una civilización similar y profesar una misma religión. Pero aun en este caso persistían claras jerarquías regionales. Vascos, catalanes y castellanos eran mucho más apreciados que gallegos o andaluces, del mismo modo que los piamonteses y ligures eran preferidos a los napolitanos o los sicilianos (Daireaux 1888: 30).

La animosidad antihispánica no desapareció en los años de entresiglos. Era una corriente soterrada, que afloraba en momentos puntuales. Y, al menos hasta la segunda década del siglo XX, esos sentimientos provocaban incidentes esporádicos. Así ocurrió con motivo de la guerra de Cuba de 1895-98, durante la que la opinión pública del país austral tomó partido por los independentistas cubanos, y solo los inmigrantes españoles expresaron su apoyo al bando colonial. El epíteto *gayego* volvió a oírse con fuerza en algunas peleas callejeras en la Avenida de Mayo.¹⁵³ No resultaba sencillo para las élites de la colectividad española contestar a la acusación de colonizadores decadentes. El republicano Manuel A. Bares, por ejemplo, protestaba en 1895 porque, durante los actos de celebración de la fiesta nacional del 25 de Mayo en la localidad de Mercedes, un orador había proferido públicas descalificaciones a España y a los inmigrantes españoles. Sin embargo, Bares apenas podía replicar arguyendo los perennes vínculos de sangre existentes entre España y Argentina, y asimismo que a España le cabría el honor de ser un modelo de amor a la nación, el «numen del patriotismo en la Historia», con hitos como las gestas de Sagunto, Numancia o la guerra antinapoleónica. Razón por la que su invocación sería obligada para cualquier patriota, fuese cual fuese su nacionalidad.¹⁵⁴

La diversificación de las imágenes y las actividades de los inmigrantes también permitía, empero, a los propios argentinos, o al menos a los obser-

153 Vid. la evocación del semanario galaico-porteño *Nova Galicia*, 14.11.1929. Igualmente, García (1998).

154 Vid. «Celajes» [26.5.1895], en Bares (1899: 95-102).

vadores más avezados entre ellos, distinguir una serie de jerarquías étnicas, que no solo ubicaban a los inmigrantes españoles en general dentro de la escala de preferencias de los inmigrantes europeos y mediterráneos, sino que también permitían distinguir gradaciones en esa clasificación entre diferentes orígenes. Situados aparte los vascos, fuesen españoles o franceses, tanto la encuesta del Museo Social Argentino de 1919 como algunos ensayos publicados en la segunda década del siglo xx, obra del propietario agrario de La Plata José Pío Sagastume o el político salteño Ernesto M. Aráoz, incidían en argumentos semejantes. De entrada, los españoles no eran deseados para el progreso argentino, aunque solo los anarquistas de entre ellos debían ser expulsados. Pero los indeseables eran tendencialmente otros: turcos, judíos de Europa oriental, razas «exóticas» como los sirio-libaneses, además de personas enfermas, analfabetas o poco dispuestas al trabajo. Eran preferibles los inmigrantes germánicos y anglosajones, franceses y nórdicos, además de vascos e italianos septentrionales; y cuanto más se estableciesen en las zonas rurales del interior argentino, mejor considerados tendían a estar. Sin embargo, al mismo tiempo, las élites argentinas hacia 1910 ya habían aceptado de forma más o menos resignada, que italianos y españoles constituían la gran mayoría de los ingresados al país en pleno auge de la inmigración masiva.¹⁵⁵

Los inmigrantes españoles eran, pues, poco deseados, pero no indeseables. Se valoraba en ellos su laboriosidad y su cercanía cultural al argentino medio. Sin embargo, su escasa propensión a colonizar el medio rural los hacía aparecer a ojos de la élite argentina como un elemento contraproducente para la modernización del país. La perplejidad era aún mayor en el caso de los gallegos, campesinos en origen que se negaban a ser campesinos en el país de destino y preferían emplearse en oficios cuyos rudimentos no manejaban al llegar, ya fuese como comerciantes o dependientes, ya fuese como criados. José Pío Sagastume establecía otra vez, y con lujo de detalles, jerarquías regionales explícitas dentro de los españoles: desde su perspectiva, los catalanes y vascos, por supuesto, así como los levantinos, eran más de-

155 Vid. F. Sach, «La defensa social y la inmigración», *Boletín Mensual del Museo Social Argentino*, V: 55-56 (1916), pp. 379-95; Aráoz, 1919; así como la encuesta publicada en *Boletín Mensual del Museo Social Argentino*, VIII: 85-90 (1919).

seables como inmigrantes y más beneficiosos para el país que los gallegos, asturianos y andaluces (Sagastume 1916: 38-55). Los criados españoles, y en particular los gallegos, eran también un frecuente blanco de las invectivas de políticos e intelectuales argentinos finiseculares como Miguel Cané, mentor de la promulgación de la Ley de Residencia de 1902, quien lamentaba que los criados de su familia eran tan poco refinados como orgullosos. Ni servicial como los antiguos esclavos y sus descendientes, ni sofisticado como un *garçon* francés, el criado gallego, afirmaba Cané, «se viste mejor que nosotros y [...] recuerda su calidad de hombre libre apenas se le mira con rigor» (Cané 1919: 123). Quizás por esto el prejuicio antigallego estaba extendido entre la clase media-alta y la élite argentina. El gallego, y el español de baja condición en general, era símbolo de una inmigración decadente que aplebeyaba el país, y que amenazaba viejos órdenes y jerarquías sociales. Pero, al mismo tiempo, esa tradición que se deseaba preservar tenía un sólido fundamento en la tradición hispana. Y los inmigrantes españoles, se sugería, seguían mostrando una oculta prepotencia de antiguos colonizadores, pese a su humilde condición en el presente.

¿Qué imágenes populares de los inmigrantes españoles se reflejaban en la esfera pública porteña, y por extensión argentina, en los años del Centenario? El teatro popular, y en particular el sainete criollo, además de las colecciones de novela de quiosco (como *La Novela Semanal*) muestran una panoplia de personajes cuyas caracterizaciones no difieren mucho de las que abrigaba la élite. Podemos sintetizarlas en las siguientes. El catalán, las pocas veces que era reducido a arquetipo, o era comerciante o era *maximalista*, es decir, anarquista; el vasco (español) era católico, honrado, lechero, algo rudo de formas pero de fiar; el andaluz era vago y displicente, además de pseudo-*malevo*, es decir, propenso al engaño y el timo o el hurto; el *yoyega* o gallego, una de las auténticas estrellas del género sainetesco (junto con los napolitanos que hablaban cocoliche, los turcos, los compadritos y otros personajes) podía ser dos cosas: *a*) epítome de español de baja condición, o *b*) gallego inequívocamente de Galicia, con caricaturizaciones bastante acertadas de sus dificultades para hablar castellano (aspiración de la «g» o «j» antes de vocal o *gheada*, rotaciones silábicas, palabras en gallego intercaladas en el

habla), pero que en buena medida era changador, comerciante o tendero (generalmente avaro e ignorante), y criado; y, si era mujer, el arquetipo protagonista era sin duda el personaje de la mucama o criada, que oscilaba entre la ingenuidad, la rudeza y la generosidad, así como, en ocasiones, la ligereza de costumbres. La valoración era ambivalente: los gallegos eran brutos, pero honrados, pues eran demasiado cortos de luces para ser ladrones.

Este estereotipo ya estaba codificado en 1910, y conoció un gran desarrollo, parejo a la expansión del sainete entre el público y su irrupción masiva en las plateas porteñas, a lo largo de la segunda y tercera décadas del siglo xx (Guidotti 2009). Cuán étnicamente gallegos eran los personajes que se presentaban como tales era menos importante que la tipificación del arquetipo, que también se reproducía en obras de teatro anarquistas. En buena parte de esas obras, con todo, se mostraba de forma optimista el triunfo del crisol de razas argentino, mediante la mezcla de diversos pueblos inmigrantes civilizados por el influjo del país austral. Una alegoría recurrente era la boda final de los hijos de los inmigrantes después de un enredo argumental simple, donde un conflicto coyuntural entre diversas nacionalidades inmigrantes acababa con la apoteosis de la armonía intercomunitaria en el regazo acogedor de la nación argentina.

Fundamental en ese proceso era la igualdad de oportunidades: los *compadritos* y *malevos* criollos no tenían privilegio alguno frente a los recién llegados. Un buen ejemplo era *El asilo policial* (1922), donde un agente de policía gallego impide estar en la calle a un viejo atorronte (vagabundo) criollo viejo y a sus acompañantes, un vasco entre ellos:

AGENTE – Aquí nun se puede estar... ¡Ala! ¡Ala!

OLEGARIO – En ningún lao puede estar uno cuando se le ha roto la ropa y no tiene ande guarecerse.

AGENTE – ¡Nun proteste porque lu paso!

OLARRECHEA – Está bien, vigilante... Ir seguida, sí, sí.

OLEGARIO – (Masticando) «No se puede estar», «Mándese mudar»...

AGENTE – ¿Qué me está refunfuñando usted?

OLEGARIO – Nada. ¿Usted es gayego, verdad?

AGENTE – Y a usted qui li importa.

OLEGARIO – Si ya sé; usted es gayego y me echa a mí que soy crioyo... Hace bien; a usted lo mandan y cumple... ¡Pero digo yo, canejo!... ¿Quién es el que lo manda a echar al que vive en su propia tierra? ¿Quién?...

AGENTE – Se acabó. Sijan de una vez. ¡Qué tanta charla! ¡Ni que fuera abojado!

OLEGARIO – Sí, vamonos, don Olarrechea. Lo ve; antes en los deberes fuimos crioyos, ahora en los derechos somos extraños.¹⁵⁶

LA NUEVA HISPANOFILIA ARGENTINA

Hacia finales del siglo XIX, la hispanofobia de la generación intelectual anterior, que seguía en buena medida los prejuicios hacia la antigua potencia colonial heredados de Domingo F. Sarmiento, y que fueron continuados por una pléyade de escritores y políticos de la llamada generación de 1880, desde Eugenio Cambaceres a Juan Antonio Argerich, fue parcialmente sustituida por una nueva visión de España y, en consecuencia, por una cierta revalorización del papel que la inmigración española podía jugar en la Argentina. Aunque la hispanofobia siguió estando presente, como un componente latente que afloraba de modo episódico, en las actitudes y mentalidades de las élites sociales y culturales argentinas, la recuperación del legado cultural español, la reinterpretación del papel jugado por España en América y la nueva mirada hacia los inmigrantes españoles corría paralela al temor hacia los peligros de la inmigración masiva. Temores que se expresaron en las reticencias hacia la presencia de amplios contingentes alófonos cuya disposición y capacidad de asimilarse culturalmente en el país era puesta en duda. Ya el hispanófobo Domingo F. Sarmiento había advertido del peligro de las escuelas italianas sostenidas por parte de la colectividad inmigrante transalpina. A eso siguió el temor, desde 1890, a que Argentina fuese destino de una inmigración «exótica», no católica y no latina, que incluía desde «rusos» (judíos centroeuropeos) hasta «turcos» (fundamentalmente, sirio-libaneses), nacionalidades que fueron objeto de menosprecio social y cultural, y de ácida crítica, en la literatura popular (Bertoni 1994).

156 F. Tosoni, «El asilo policial», en *Bambalinas. Revista Teatral*, 28.10.1922.

La inmigración española, a pesar de no haber sido la más deseada, pasó a ser contemplada como un contrapeso necesario de esas inmigraciones alófonas, en particular del peso del contingente italiano en Buenos Aires. Algunos autores, como Carlos Néstor Maciel, acuñaron años más tarde la teoría de la amenazante *italianización* de la Argentina, y apelaron a la afinidad racial existente entre argentinos y españoles, que favorecería la «fusión natural» de estos últimos en el regazo acogedor de la nación austral; mientras que los transalpinos, además de suponer una amenaza por los anhelos imperialistas del Gobierno de Roma, se caracterizarían por su incapacidad para la asimilación (Maciel 1924). Los españoles pasaron a ser vistos ahora como una contribución positiva, laboriosa a la par que culturalmente enriquecedora, a la sociedad argentina. Y las facetas amables del estereotipo antes denigrado del *gayego* (docilidad, laboriosidad, tesón y esfuerzo) pasaron a ser ahora exaltadas. A ello se añadía el influjo intelectual del hispanoamericanismo regeneracionista también en la Argentina, en lo que fue decisivo el impacto del viaje del historiador Rafael Altamira y Crevea a la Argentina entre julio y octubre de 1909, su profundo eco intelectual en el medio universitario.¹⁵⁷

A lo largo de las dos primeras décadas del siglo xx, intelectuales hispanófilos como el pedagogo y político Joaquín V. González, el historiador Francisco V. Silva, el jurista José León Suárez, el historiador y diplomático Roberto Levillier, el igualmente historiador Rómulo Carbia, y el escritor Manuel Gálvez (en su obra *Solar de la raza*, 1913), además del también escritor y periodista Ricardo Rojas (*El alma española*, 1908) redescubrieron España, reinterpretaron el papel de la Hispanidad en el mundo y en América en particular, y redefinieron lo que había sido el proceso de independencia como una emancipación de unas colonias que no querían seguir estando sujetas a un poder despótico, y que buscaron una vía distinta de recrear otra España.¹⁵⁸ Un primer síntoma de ese proceso de redescubrimiento fue la su-

157 Vid. sobre el particular la exhaustiva descripción de Prado (2008: 195-306). Al viaje de Altamira sucedió el de Adolfo Posada.

158 Un temprano ejemplo fueron ya los opúsculos del publicista catalán inmigrado Ricardo Monner Sans, (Monner Sans 1893). Entre los ensayos históricos hispanófilos, vid. Silva (1918). J. L. Suárez (1917: 40) afirmaba que sus líneas debían servir «como un inspirado homenaje a la más sólida confraternidad hispano-argentina e hispano-americana, en los momentos en que las representaciones diplomáticas se elevan a embajadas».

presión de las estrofas consideradas ofensivas a España en el himno argentino («se levanta a la faz de la tierra/ una nueva y gloriosa nación/ coronada su sien de laureles/ y a sus plantas rendido un león») como resultado de la movilización de las élites de la colectividad española en 1900 (Bertoni 1996).

Cierto es que el cambio de actitudes por parte de la élite social y política argentina hacia España se expresaba en términos preferentemente metahistóricos. Lo que contaba en primer lugar era apelar a la tradición hispánica como fundamento más firme de la tradición argentina, que según varios autores –desde Gálvez al joven Leopoldo Lugones, pasando por Joaquín V. González– se hallaba en el interior rural del país, sobre todo en las provincias del Noroeste, así como en las esencias gauchescas incontaminadas por los virus de la modernidad urbana y la promiscuidad cosmopolita de la inmigración (Cattaruzza 2007: 47-55). En ese discurso se ensalzaba, en todo caso, la herencia común de los tiempos de la conquista y la colonización, la gloriosa España imperial de los Austrias o los Borbones, y el carácter protoliberal y modernizador de la Administración colonial, empezando por los cabildos.

Lo anterior no implicaba que esa revalorización del pasado estuviese acompañada en todos los casos de una aceptación del español corriente y de carne y hueso que vivía en la Argentina del presente. Este seguía siendo considerado, en términos generales, más *gayego* que vasco: un inmigrante de baja calificación laboral y cultural. En 1918, un articulista de la popular revista *Caras y Caretas* resumía la persistencia de esa jerarquía, al alabar a los lecheros vascos, quienes «no vinieron para ser domésticos [...]; ni vinieron para vegetar parasitariamente [...] detrás de un mostrador roñoso y pestilente», como harían otros inmigrantes ibéricos.¹⁵⁹ Además, la valoración negativa de España como país atrasado, cuya herencia cultural no deseada era preciso superar, estaba arraigada en amplios sectores de la opinión pública argentina. En sus memorias, el escritor y político Arturo Jauretche (1901-1974) recordaba su niñez en el pueblo de Lincoln (provincia de Buenos Aires) y la armónica coexistencia de inmigrantes de distintos orígenes. Antes de la introducción oficial del Día de la Raza en 1917, cuan-

159 A. D. López, «Los vascos lecheros», *Caras y Caretas*, 5.1.1918.

do «de esclavos pasamos a ser cachorros de la amantísima leona», las fiestas patrias constituían motivo de pequeños enfrentamientos simbólicos:

Delicadas polémicas ventiladas entre un gurrumina –muchas veces hijo de españoles– que no alcanzaba el mostrador y un gallegazo al que le daba por debajo del ombligo, mostrador mediante. ‘¡Gallego de mierda!’ –decía el gurrumina– y la respuesta inevitable era –‘¡Y tú qué eres? ¡Mierda de gallego!’ . Lo que en ocasiones era falso, pues el gurrumina era hijo de turco, italiano o francés.

Por otro lado, las jerarquías étnicas estaban presentes en el trato cotidiano: mientras que los nórdicos, los irlandeses o los alemanes eran tratados de «Don», no lo eran los italianos, ni «El español; no, era gallego de... –salvo que tuviera Ramos Generales–»; solo los vascos escapaban de esa suerte: «el vasco también lograba el Don, aunque fuera lechero, hornero o fondero [...] facilitaba el Don el hecho de que hubiese bastantes irlandeses y vascos ricos. Eso se explica por la oveja». Pero los vascos eran, a su vez, inferiores a «ingleses, escandinavos o germanos, y también a los franceses, pero muy superiores a los españoles y mucho más a italianos, y mucho más aún a judíos, turcos o rusos. En este caso la presunta superioridad no es intelectual sino moral» (Jaureche 2001: 65-68, 73-74). La persistencia, en particular, de los significados peyorativos asociados al gentilicio *gallego* se manifestaba rara vez en público y por escrito; pero a veces se encuentran ejemplos significativos. En junio de 1922 el argentino Carlos Paz, nacido en La Plata de padres coruñeses, solicitó ser admitido en la Asociación Española de Socorros Mutuos de Río Gallegos. Dos días más tarde de haber escrito sobre la ficha de solicitud de admisión que sus padres eran «Gallegos, de La Coruña», envió una nueva carta al presidente de la Asociación en tono de disculpa, explicando que «habiendo escrito por error ‘Gallegos’ en vez de españoles, quise indicar la región de España de la que aquellos eran originarios, declaración que hice de buena fe y sin ninguna intención ofensiva».¹⁶⁰

Con todo, era igualmente de destacar, como mostraba la obra *La inmigración en el primer siglo de la independencia* (1910), debida a la pluma de Juan A.

¹⁶⁰ Carta de Carlos Paz al presidente de la AESM de Río Gallegos, Río Gallegos, 3.6.1922, en Archivo de la Casa de España de Río Gallegos.

Alsina, miembro de un influyente clan familiar de la élite argentina y Director General de Inmigración en aquel momento, que la valoración del inmigrante hispano e italiano estaba a años luz de la consideración del inmigrante sirio-libanés y árabe, y de la que estigmatizaba a otras nacionalidades exóticas como razas poco aptas para el trabajo físico y tendentes a la mendicidad o el delito. Y esta valoración era compartida por amplios estratos de la intelectualidad y la opinión pública argentina hacia los años del Centenario.¹⁶¹

LOS FASTOS DEL CENTENARIO Y LOS INMIGRANTES

La celebración del Primer Centenario de la independencia argentina fue un buen momento para otorgar visibilidad a esa nueva hispanofilia, y asimismo para poner de manifiesto la relevancia que la diplomacia española estaba ahora concediendo a naciones como Argentina o México, en una estrategia hispanoamericanista diseñada y acompañada por buena parte de las élites intelectuales peninsulares. Como ha señalado Fernando Devoto, el Gobierno del políticamente debilitado José Figueroa Alcorta, que había asumido la presidencia al fallecer el presidente Manuel Quintana en 1906, celebró el Centenario en medio de la provisionalidad institucional –su mandato expiraba en octubre del mismo año y el presidente electo, Roque Sáenz Peña, a la sazón embajador en Roma, no acudió a los festejos, como tampoco lo hizo el líder de la opositora Unión Cívica Radical y futuro presidente Hipólito Yrigoyen–, pero con la ilusión de presentar al mundo el progreso alcanzado por el país austral, la mayor economía en aquel momento de la América Latina, y sus perspectivas de desarrollo presente y futuro, que se prometían capaces de alcanzar a lo largo del nuevo siglo a los Estados Unidos. Sin embargo, la debilidad política coyuntural era expresiva de la existencia de una profunda crisis institucional que denotaba el agotamiento de la etapa de gobierno liberal oligárquico consagrada en el «orden conservador» (1990-1916), caracterizada por los pactos de élites y la escasa democratización real del sistema político (Cattaruzza 2008: 29-60; Devoto 2010).

161 Vid. Alsina (1910). Sobre el contexto, vid. el clásico pero aún útil Solberg (1970: 19-20, 88-89) y Bestene (1997). Alsina también llevó a cabo una revalorización implícita del país de origen de más de la mitad de los inmigrantes españoles en su libro de viaje *España. I. Un verano en Galicia* (Alsina 1913).

El espejo ideal del progreso argentino era sin duda Buenos Aires, urbe que contaba con 1300000 habitantes en 1910, de los que un 46,6 por ciento, según el censo municipal de 1909, eran extranjeros (un 21,3 por ciento italianos y un 14 por ciento españoles). La ciudad debía devenir en un lugar de memoria monumental de la historia y el futuro de la Argentina. Para ello, con punto culminante en los festejos de mayo del año anterior, se dedicaron plazas y conjuntos urbanos a varios países extranjeros, se organizaron celebraciones callejeras, se abrieron exposiciones, se celebraron galas en teatros y conciertos, y se inauguraron varios parques (como el emblemático Parque Centenario) y esculturas públicas que engalanaron la ciudad. Y las colectividades inmigrantes, invitadas a la conmemoración en un principio como espectadores pasivos, pero que se convirtieron en inesperados actores casi protagonistas, donaron diversos monumentos y estatuas que siguen formando parte hoy del paisaje urbano de Buenos Aires, desde la Torre de los Ingleses al Monumento de los Españoles (Gutman y Reese 1999).

La celebración del Centenario debía constituir además una fiesta patria modélica y refundadora, que completase la política nacionalizadora del Gobierno argentino basada en el trípode de la educación patriótica, el servicio militar obligatorio implantado en 1901, y el desarrollo de una liturgia conmemorativa puesta al servicio de la construcción nacional de un país integrado por aportes culturales y humanos heterogéneos.¹⁶² Aspectos sobre los que habían reflexionado de modo particular dos destacados intelectuales. Uno era el presidente del Consejo de Educación Nacional, el sociólogo positivista José María Ramos Mejía, que había teorizado ya en 1899 sobre cómo civilizar y homogeneizar las multitudes argentinas. Y otro era el escritor y también miembro de la misma institución Ricardo Rojas, quien en su obra *La restauración nacionalista* (1909) había propuesto imitar las políticas de construcción nacional que estaban siendo aplicadas por los Estados nacionales europeos. El desasosiego que provocaba la heterogeneidad y la dudosa lealtad nacional que traía consigo el inmigrante se veía compensado, sin embargo, por la fe en las posibilidades de la acción del Estado en hacer argentinos (Ramos Mejía 1899; Rojas 1909; Ferrás 2007).

162 Sobre los antecedentes de esta política, vid. Shumway (1993) y Bertoni (2001).

La preocupación fundamental de las élites argentinas en 1910 consistía también, no obstante, en ocultar las caras menos deseadas de ese progreso. En primer lugar, los problemas sociales y de insuficiencia de infraestructuras urbanas que había generado el rápido crecimiento de la ciudad de Buenos Aires. Aquellos eran patentes en el caótico desarrollo de alojamientos populares para inmigrantes –como los célebres conventillos, patios de inquilinato immortalizados en la literatura popular porteña– caracterizados por el hacinamiento y la insalubridad, que creaban un caldo de cultivo favorable a la degeneración de las costumbres, la delincuencia y la conflictividad social. Una expresión de esas tensiones había sido en 1907 la llamada huelga de inquilinos (Suriano 1983).

En segundo lugar, el crecimiento del movimiento obrero y, en particular, del anarquismo, que era considerado un producto de la inmigración de elementos tenidos por indeseables, como los judíos rusos, y que testimoniaba los límites del grado de apertura de la élite argentina hacia la inclusión de extranjeros en el proyecto nacional (Ferrás 2003). Los dos años anteriores (1908-1909) habían estado marcados por una escalada de violencia revolucionaria y conflictividad obrera, con su máxima expresión en la huelga general de mayo de 1909 y la Semana Roja subsiguiente, reprimida violentamente por el Gobierno, además de por el incremento del terrorismo anarquista, el temido maximalismo, que se había cobrado la vida del inspector jefe de Policía Manuel Falcón y había protagonizado un atentado fallido contra el propio presidente Figueroa Alcorta en 1908. Las diversas movilizaciones y huelgas que el movimiento obrero, representado por la Federación Obrera Regional Argentina (FORA), convocó en la primavera de 1910 con el fin de lograr visibilidad exterior y poner en entredicho la exitosa imagen del país que quería presentar el Gobierno fueron duramente reprimidas. El 8 de mayo, días antes de los magnos festejos, una manifestación anarquista de 40000 personas recorrió la ciudad; la convocatoria de huelga general para el día 18 de mayo fue sofocada mediante algunas concesiones y el decreto del estado de sitio (Suriano 2001; Oved 1978). En mayo del mismo año 1910 se promulgó la Ley de Defensa Social, que ampliaba muchas de las medidas contempladas por

la Ley de Residencia de 1902 que facilitaban la expulsión sin proceso a los extranjeros huelguistas o «perturbadores» del orden, y ampliaban esas facultades a los propios ciudadanos argentinos. La propia movilización patriótica que se desencadenó en la segunda mitad de mayo de 1910, cuando miles de jóvenes universitarios inundaron durante días la ciudad de Buenos Aires portando banderas albicelestes y cantando el himno nacional, contribuyó a silenciar la protesta obrera.

Argentina estaba, pues, preparada para recibir al mundo y para que este contemplase su ascenso al rango de potencia del futuro. Pero el mundo, o la parte de él que se deseaba atraer, ignoró a Argentina, y la mayoría de los Estados europeos y americanos solo enviaron representaciones de segundo nivel. La excepción más notable fue, además de Chile, España, que desplazó a Buenos Aires a la infanta Isabel de Borbón y Borbón *la Chata*, tía del rey Alfonso XIII y el miembro más popular de la familia real, así como la que mejor encarnaba la nueva dimensión nacionalizadora que intentaba asumir la propia monarquía española (Moreno Luzón 2008). La infanta Isabel fue recibida en olor de multitudes en Buenos Aires, acompañada por decenas de miles de personas –y no solo españoles– en su trayecto desde el puerto de Buenos Aires a la casa de Gobierno y a su alojamiento; y a su encuentro fueron los maduros líderes republicanos de la colectividad española, quienes a diferencia de los dos años anteriores –cuando habían acogido a Alejandro Lerroux y a Blasco Ibáñez en la Argentina, donde se suponía que se estaba recaudando lo que sería el «tesoro» que financiaría la creación de la futura República española¹⁶³ asumieron ahora, junto a los dirigentes de las más importantes instituciones de la colectividad española (desde el Club Español a la AESM, pasando por los diversos centros regionales), el papel de representantes de la patria de origen en la Argentina (Mas i Pi y Camba 1910). La delegación italiana, encabezada por el exministro de Colonias y antiguo gobernador de Eritrea Ferdinando Martini, fue también recibida por las representaciones de la colectividad transalpina, y aclamada por miles de

163 El relato de la fascinación del republicano valenciano por la imagen de modernidad de Buenos Aires y de la Argentina en general en Blasco Ibáñez (1910); Duarte (1998: 205).

sus compatriotas inmigrados. Sin embargo, su presencia pasó mucho más inadvertida. Era difícil competir con la fascinación que la sangre real despertaba entre los republicanos.

LAS ESTRATEGIAS REHISPANIZADORAS DE LA ÉLITE ESPAÑOLA DE BUENOS AIRES ALREDEDOR DEL CENTENARIO

Los veteranos dirigentes de la Liga Republicana Española (LRE) en la Argentina desde 1903, que habían fundado centros republicanos por toda Argentina y promovido fiestas y suscripciones a favor de la instauración futura de la República en España, no tuvieron empacho en recibir a los representantes de la Monarquía española en mayo de 1910. Todos ellos habían arribado como expatriados en las décadas de 1870 y 1880, y que habían alcanzado una respetable posición social y económica.¹⁶⁴ Pero su pragmatismo adaptativo, forzado en parte por el impacto de la derrota de 1898 y los aires de decadencia que reinaban en España, les llevó a jugar un papel intermediario mucho más eficaz que los líderes republicanos de la colectividad italiana. Los republicanos españoles fueron capaces de tender puentes y afianzar vínculos con las élites sociales y políticas argentinas, y asumir de este modo un papel de mediadores entre el Estado argentino y el Estado español cada vez que era necesario (Duarte 1998: 197-98; Devoto 2003: 315-17). Consiguieron además establecerse como una elite intermediaria eficaz en el diálogo político entre el liberalismo reformista español y el argentino, particularmente en los años posteriores a 1910, presididos por el Gobierno de Roque Sáenz Peña y la reforma electoral de 1912 (García Sebastiani 2008, 2010). Y también jugaron un papel no desdeñable en el incremento sostenido de los intercambios comerciales entre España y la Argentina, basados en parte en el surgimiento de un «mercado étnico» compuesto por inmigrantes españoles en la República Austral (Fernández 2004).

164 Eran, por recordar algunos nombres, el residente en Rosario Carlos Casado de Alisal, el abogado Carlos Malagarriga, el periodista Justo López de Gomara, el pedagogo Ignacio Ares de Parga o quizás el más significado de todos ellos, el abogado y hombre de negocios Rafael Méndez Calzada. Vid. los perfiles biográficos recogidos en Dalla Corte (2009), así como en García Sebastiani (2010).

De forma paralela a la reactivación de una corriente hispanófila entre la intelectualidad argentina, y al socaire de la difusión desde la metrópoli del hispanoamericanismo y del regeneracionismo hispanoamericanista (Moreno Luzón 2010; Dalla Corte y Prado 2005; Sepúlveda 2005), la élite inmigrante española desarrolló una serie de estrategias discursivas y simbólicas con el fin de buscar una reconciliación con la sociedad de acogida. Su objetivo era conseguir la acomodación del imaginario nacionalista español en la Argentina dentro de los moldes aceptados por el propio proyecto nacional(ista) promovido por las élites del país austral. Podemos resumir esa estrategia en los siguientes puntos.

1. La construcción de una genealogía común con el nacionalismo argentino y sus mitos de origen principales, tal y como habían sido fijados desde la obra de Bartolomé Mitre a mediados del siglo XIX (Pomer 1998: 35-64). Eso pasaba en primer lugar por relativizar la ruptura de 1810, lo que se intentó por cuatro vías: *a)* la vindicación del origen español de una parte de los principales prohombres de la independencia, desde Bernardino Rivadavia hasta José de San Martín; *b)* la negación de que los patriotas de 1810 quisiesen romper con España, sino que su separación tuvo lugar con respecto a una Monarquía absoluta que ya no representaría a la auténtica España, la del pueblo, y por tanto optaron por recrear una España mejor inspirada en los principios del liberalismo político; *c)* la afirmación del origen español de la democracia americana, presente ya en los cabildos, como postularon también autores argentinos hispanófilos, y *d)* la exaltación de los orígenes españoles recientes de cuantas figuras señeras de las letras, ciencias y artes, o de la milicia argentinas fuese posible. *El Diario Español*, dirigido por Justo López de Gomara (García Sebastiani 2004), resumía a las claras esa visión cuando anunció en julio de 1908 la constitución de una comisión de la colectividad hispánica que tendría a su cargo organizar la participación de los inmigrantes españoles en las fiestas conmemorativas del Centenario:

La independencia argentina, para nosotros, no fue un acto de rebeldía contra el espíritu español; fue apenas una forma de la idea autonomista que por aquellos tiempos se había encarnado en la gente ilustrada de la

península, entusiasta por los triunfos burgueses y populares de la revolución francesa [...] la idea independizadora fue una idea española, una garantía para la propia Corona, amenazada por el águila del gran corso.¹⁶⁵

Utilizando el mismo molde, el clérigo gallego residente en Córdoba Alejandro Miguens Parrado cantaba en poéticos tonos a la conquista española de América al mismo tiempo que al centenario de la Independencia argentina. Y lo propio hacía el fraile dominico también gallego Juan de Santa María Romero desde Tucumán en 1916, en nombre de la colonia española de esa ciudad, con motivo del centenario de la Declaración de Independencia.¹⁶⁶ En otras ocasiones, el equilibrista retórico era más forzado, incluso después del Centenario. También lo era en la otra orilla del Río de la Plata. Cuando la Asociación Española de Socorros Mutuos de Montevideo se sumaba a la conmemoración en 1911 del Centenario de la batalla de Las Piedras, una derrota española sin paliativos, solo le quedaba aludir a hechos positivos como la actitud humanitaria y magnánima demostrada por los independentistas criollos hacia los españoles vencidos (Zubillaga 1998: 104).

2. La construcción, un tanto artificiosa y a ojos de la sociedad argentina muchas veces risible, pero sí importante para las élites inmigrantes, de una competencia simbólica con la colectividad inmigrante que competía en número e influencia con la española, esto es, con la italiana. Hitos de esa rivalidad, que como hemos visto nunca llevó a problemas de convivencia reales entre inmigrantes españoles e italianos –que compartieron lugares de trabajo, vivienda y sociabilidad– fueron sobre todo las disputas dialécticas alrededor de la declaración por parte del Gobierno argentino en 1917 del 12 de Octubre como Día de la Raza, y no como Día de Colón. Esas discusiones adquirieron un tono casi histriónico con las toneladas de tinta vertidas en defensa de la tesis del Colón español –y, más concretamente, gallego, aunque también circularon teorías sobre la cuna catalana del Almirante–, desde la invención de esa teoría por el erudito pontevedrés Celso García de la Riega en 1898.

165 «En el Centenario de 1810. Participación española», *El Diario Español*, 16.7.1908.

166 Vid. Miguéns Parrado (1913) y «En Tucumán. Ecos del Centenario Argentino», *Nova Galicia*, 25.8.1916.

3. La exaltación de las bellezas y del progreso del país natal, así como de sus glorias patrias, sobre todo las que simbolizaban el progreso. En eso, la élite española de Buenos Aires hizo gala de un amplio eclecticismo. Todos los personajes notables de la Madre Patria eran susceptibles de ser exaltados en las publicaciones de la comunidad española, desde Pablo Iglesias al conde de Romanones. Únicamente los anarquistas se quedaban fuera. En el panteón de glorias, mitos y símbolos de la élite española de Buenos Aires se combinaban los tópicos usuales en el nacionalismo español de principios del siglo xx, con las nuevas valencias otorgadas a personajes como el inventor del submarino, Isaac Peral, o el héroe de Callao y para muchos restaurador del honor español en América durante la Guerra del Pacífico, el almirante pontevedrés Casto Méndez Núñez. El impacto en la opinión pública argentina de la guerra de Cuba (1895-98) había radicalizado posiciones y llevado a las élites españoles a reagrupar filas, buscando mitos comunes. Pero eso también abrió la puerta a las competencias interregionales acerca de qué mitos, tradiciones y hasta instrumentos musicales representaban mejor a España en la Argentina, en una colectividad en la que no eran mayoría los castellanos.

4. La revalorización del papel de los emigrantes en la regeneración de España. Ya los republicanos del xix habían avanzado esa consideración de los ausentes como redentores de la patria de origen. Pero fue sin duda el hispanoamericanismo, y la variante dentro de él que se acostumbra a denominar regeneracionismo hispanoamericanista, representada por políticos e intelectuales como Rafael Altamira, Adolfo Posada o Rafael M.^a de Labra, la que tuvo un mayor influjo a largo plazo. Los españoles ausentes pasaron a ser vistos como los auténticos depositarios de las mejores virtudes patrióticas, gracias a que la lucha por la vida habría forjado, en selección cuasidarwinista, los mejores caracteres en la emigración, habría templado su visión y la lejanía les habría permitido mirar hacia la patria de origen sin sectarismos, guiados solo por grandes principios, y con perspectiva clarividente. El progreso vendría de la traslación de esas virtudes a los ciudadanos que se quedaron en España, pues la emigración había sido una escuela de ciudadanía. Y la instrucción pasó a ser el instrumento que permitiría a Es-

pañá no solo formar más y mejor a sus ciudadanos para emigrar, sino sobre todo para forjar una ciudadanía activa y consciente, capaz de proceder al descuaje del odiado caciquismo y de sentar las bases de una auténtica democracia en el futuro (Núñez Seixas 1998a: 140-59).

5. La exaltación de un *otro* compartido. La guerra hispano-norteamericana de 1898 y la posterior conducta imperialista de la política exterior norteamericana hacia Latinoamérica, patente en su tutelaje sobre la isla de Cuba después de la independencia formal de la isla, permitió a las élites españolas descubrir y (re)construir un enemigo común con los nacionalismos latinoamericanos: los Estados Unidos (Fernández de Miguel 2010). El republicano Manuel A. Bares definía en 1898 a Norteamérica como un «seudo pueblo [...] una aglomeración de hombres sin abolengo, sin unidad étnica, sin vínculos morales, sin cohesión [...] símbolo de la animalidad triunfante en el seno de una civilización cristiana».¹⁶⁷ Y ese sentimiento se mantuvo vigente en las dos décadas siguientes, retroalimentado por la hostilidad a Norteamérica del propio nacionalismo argentino. El periodista Daniel Aguilera afirmaba en 1917 que los españoles que habían vivido la guerra hispano-norteamericana en Argentina «grabamos también el nombre de los Estados Unidos, para execrarles toda la vida».¹⁶⁸ En parte por esa razón, la germanofilia abundó más que la aliadofilia entre la colectividad española de Buenos Aires durante la I Guerra Mundial, y en particular desde la entrada de los Estados Unidos en el conflicto al lado de la Entente.¹⁶⁹

6. La delimitación de los elementos «nocivos» de la comunidad española. Esto incluía, por un lado, el rechazo a los «maximalistas». Los buenos españoles eran trabajadores conscientes y honrados, y no tenían nada que ver con terroristas anarquistas, con huelguistas o con dirigentes sindicales conflicti-

167 Vid. «El despertar de la raza» [28.4.1898] y «El conflicto» [agosto 1898] en Bares (1899: 238-47, 257-73). Parecidos argumentos expresaba nueve años después: los Estados Unidos no eran sino un «informe y poderoso organismo que, en su crecimiento monstruoso, elimina a las razas nativas, ensancha sin cesar la línea de sus fronteras», anexionándose Cuba, Puerto Rico y Filipinas, adonde solo llevaría costumbres bárbaras adoptadas de los nativos iroqueses (Bares 1907: 10).

168 D. Aguilera, «España y los yanquis», *Nova Galicia*, 4.9.1917.

169 Vid. los recuerdos del periodista gallego aliadófilo José R. Lence, director de *Correo de Galicia* (Lence, 1945: 152-54).

vos. Y el buen obrero español era laborioso, honrado, responsable para con sus patronos y su empresa, pero al mismo tiempo consciente de sus derechos. Esto permitía defender el honor de los ciudadanos españoles cada vez que alguna huelga, como las de la Semana Trágica en 1919 o las de los mataderos industriales de Avellaneda en 1917-18, pusieron en boca de algún representante público argentino la acusación de «gallegos» a los huelguistas, por su supuesto carácter holgazán (Farías 2010: 501-14). El buen obrero español, se argumentaba, confiaba en los valores del ascenso individual, la formación, el socorro mutuo y la cooperación para mejorar su situación social y laboral.

La construcción de una imagen del buen inmigrante también llevaba aparejada el rechazo o, cuando menos, la incomodidad hacia la presencia de los inmigrantes de baja calificación laboral, analfabetos o poco aplicados en el trabajo, cuya falta de formación les llevaría a ser elementos nocivos para España por partida doble: por ser ellos mismos motivo de burla externa y pésima imagen de la patria de origen; y por comportarse, a menudo, como malos patriotas dispuestos a acriollarse lo más rápido posible, y a renegar de su país de procedencia por asimilación de los prejuicios de la sociedad receptora. Eran los *Manoliños* que evocaba el periodista y literato gallego Luis Sánchez Abal (Sánchez Abal 1917: 28-32).

NUBES EN EL HORIZONTE

Esta estrategia simbólica y discursiva, en boga a la altura de la conmemoración del Primer Centenario, alcanzó su apogeo durante la tercera década del siglo xx. Sus éxitos, no obstante, no pudieron ocultar la trascendencia de nuevos desafíos que, esta vez, surgieron desde dentro de la propia colectividad española. Se podían reducir a dos.

En primer lugar, la endémica falta de acción colectiva unitaria por parte de la colectividad española, en la que las disputas internas fueron constantes. Con motivo de la celebración del Centenario salieron de nuevo a la luz las endémicas divergencias interregionales; pero también la fragmentación asociativa y las luchas por el liderazgo entre las distintas asociaciones y grupos organizados de la colectividad española de Buenos Aires, que iba más allá de la dialéctica entre monárquicos y republicanos.

Las disputas entre los diferentes centros regionales y periódicos de la colectividad ya se habían manifestado entre 1908 y 1909. Pues frente al propósito de la Asociación Patriótica Española, el Club Español, la Sociedad Española de Beneficencia, la AESM y la Cámara de Comercio Española, que pretendían orquestar todas las ceremonias en nombre del conjunto de los españoles de la Argentina, los representantes de asociaciones regionales y de periódicos como *Correo de Galicia* expresaron la opinión de que la pluralidad asociativa hispánica también debía traducirse en una gestión compartida y plural de la participación española en los fastos y las glorias del Centenario; y, asimismo, que esa participación no debía estar monopolizada por las élites de la colectividad, sino abrirse a la gran mayoría de los inmigrantes.¹⁷⁰ Un síntoma de esas rivalidades fue el fracaso de los proyectos de confederación de las asociaciones españolas de la Argentina que se discutieron en mayo de 1913, con motivo del congreso de asociaciones españoles convocado por *El Diario Español*, y que fueron retomados de nuevo en 1919-20 con resultado igualmente infructuoso. Únicamente la actuación en el campo del intercambio cultural hispano-argentino de nuevos organismos, como la Institución Cultural Española fundada a iniciativa del doctor Avelino Gutiérrez en 1914, parecía conferir a la colectividad española un barniz unitario que ofrecía, a su vez, la cara más moderna de la cultura peninsular a las élites argentinas.¹⁷¹

En segundo lugar, un nuevo fenómeno irrumpió desde 1900: los nacionalismos subestatales de la metrópoli se trasladaron al interior de la colectividad española de la Argentina. En cada colectividad hubo dinámicas contrapuestas, pues los ritmos y modalidades de implantación de los nuevos idearios entre sus respectivas comunidades inmigrantes fueron desiguales. En líneas generales, se produjo una evolución hacia el nacionalismo periférico de algunos antiguos republicanos federales que coincidió además con

170 Para los preparativos y discusiones preliminares, vid. *El Diario Español*, 8.7.1908; 9.7.1908, y 10.7.1908, así como «España y la Argentina», *Correo de Galicia*, 31.5.1908, y «Los españoles y la comisión del Centenario. Aclarando conceptos», *Correo de Galicia*, 19.7.1908.

171 Vid. *El Diario Español*, 3, 4, 5, 7 y 8.5.1913; Fernández (1987); Núñez Seixas (1998a: 271-72); asimismo, la contribución de Campomar y Zamora Bonilla en García Sebastiani (2010).

el goteo de nuevos inmigrantes y activistas identificados con los nuevos nacionalismos periféricos, que fueron llegando a la Argentina entre 1903 y 1919. Sus ámbitos de actuación preferidos fueron los centros regionales de mutualidad y recreo ya existentes, y pugnaron por acceder a su liderazgo, como ya hemos visto.

Los nuevos nacionalistas subestatales distaban, y distarían en el futuro, de ganarse a la mayoría de los inmigrantes vascos, catalanes o gallegos agrupados en torno a instituciones mutualistas y de recreo. Estos últimos eran, a su vez, una minoría significativa de sus respectivos colectivos: no más de un 25 por ciento de los varones españoles mayores de edad se asoció a alguna institución étnica; y la mayoría de los que lo hacían estaban mucho más interesados en los servicios que aquella podía ofrecerle, desde atención médica a recreo y sociabilidad, que en las cuestiones simbólicas e identitarias. Sin embargo, la irrupción de imaginarios nacionalistas opuestos al español dentro de la colectividad española empezaba ya a provocar fracturas internas dentro de la misma en los años del Centenario, que se sumaban a las que ya causaban las diferencias políticas entre republicanos y monárquicos, y entre todos ellos y los españoles adheridos a la causa del movimiento obrero argentino.

8. GAITAS Y TANGOS: LAS FIESTAS DE LOS INMIGRANTES GALLEGOS EN BUENOS AIRES (1890-1930)

El estudio de la nacionalización de las masas en el contexto europeo y español se suele enfocar desde un prisma que otorga una importancia casi demiúrgica al Estado como agente creador de una identidad nacional y unos códigos culturales compartidos entre una población recipiendaria y pasiva. Las políticas públicas, desde la educación a la arquitectura monumental, son así objeto de atención privilegiada por la historiografía. Sin embargo, la construcción de identidades nacionales (como de otras identidades colectivas), y su difusión social, no siguen únicamente un proceso unidireccional de arriba a abajo. La sociedad civil posee también una capacidad de generación de propuestas identitarias, así como de respuesta y adaptación a las que se le proponen desde el Estado. Y la difusión de una cultura nacional específica a través de los géneros literarios y artísticos que se convierten en objetos de consumo masivo, combinados con rituales y formas de sociabilidad y ocio, constituyen una suerte de mecanismos de nacionalización informal, que convierten a su vez la nación en un objeto de consumo (Serrano 1999; Shubert 1999).

En el caso de las colectividades de emigrantes españoles en América en el periodo crítico del éxito (relativo) o del fracaso (también relativo) del proceso de construcción nacional español, es decir, el primer tercio del siglo xx, esa dialéctica entre traslación de identidades desde el país de origen y construcción de nuevas identidades en el país receptor se complica. Y más en un país, como la Argentina de fines del siglo xix, en el que convivían diversas nacionalidades inmigrantes, diferentes culturas y estímulos dentro de un poliédrico crisol. ¿Qué bagaje identitario portaban consigo los emigrantes españoles, y particularmente cuando una mayoría de ellos no tenía el castellano como primera lengua, pese a lo engañoso de las estadísticas de alfabetización, pues procedían de zonas –Galicia, País Vasco y Navarra, Cataluña– donde empezaban a prender movimientos políticos y culturales que pretendían construir una identidad nacional alternativa a la española? ¿Hasta qué punto se produjo en la emigración una renacionalización de

masas a través de la interacción con la sociedad receptora, otras nacionalidades inmigrantes y la recreación y reconstrucción del espacio social de origen? ¿Cuál fue el peso de las identidades adquiridas, de las reformuladas a partir del recuerdo y la nostalgia, y de las reacciones frente a los prejuicios y valores acerca del inmigrante reinantes en una sociedad como la argentina?

Una vía posible, y ampliamente explorada, es el análisis de las organizaciones y asociaciones inmigrantes, del mensaje de sus periódicos y revistas, de la actuación de las élites societarias y de la propia política exterior española, y de la proyección de los partidos y movimientos actuantes en la metrópoli sobre las colectividades de emigrantes. Aquí se propone una aproximación al estudio de la fiesta y la sociabilidad emigrante, como un indicador complementario, aunque no autosuficiente, de la convivencia y conflicto de diferentes esferas de identificación colectiva de los inmigrantes.

Partamos para ello de la colectividad gallega, ampliamente mayoritaria dentro del grupo español. Si entre 1878 y 1927 el 32,88 por 100 de los inmigrantes de ultramar llegados a la Argentina procedía de España, podemos estimar que más de la mitad de ellos, es decir, alrededor del 17 por 100 de todos los inmigrantes europeos arribados al país, procedía de Galicia. Estos últimos se concentraron de modo particular en Buenos Aires, donde en 1913 residían unos 150000 inmigrantes gallegos, casi el 10 por 100 de la población de la ciudad. Más que en A Coruña o en Vigo por la misma época. Desde 1879, y particularmente a partir de la primera década del siglo xx, la colectividad inmigrante galaica de Buenos Aires se articuló organizativamente, como subconjunto dentro de la colectividad española, dotándose de sus propios órganos de prensa y un tejido específico de sociedades étnicas que ofrecían servicios de beneficencia, asistencia mutua —en particular el Centro Gallego fundado en 1907, y progresivamente dominado por la élite económica inmigrante— y recreo.

Un aspecto relevante, y que distinguía claramente a los gallegos del resto de los inmigrantes hispanos, era su propensión a la articulación organizativa en sociedades de ámbito inferior al regional o provincial, y que agrupaban a los inmigrantes naturales de una misma parroquia, ayuntamiento o comarca,

bajo la batuta de élites dirigentes de extracción social media o media-alta. Desde que en 1904 se fundó la primera sociedad microterritorial gallega de Buenos Aires, su número no dejó de aumentar hasta 1936, registrándose no menos de 348 asociaciones de este tipo. Aunque de carácter plurifuncional y cambiante a lo largo del tiempo, la mayoría de estas sociedades de instrucción nació con el propósito añadido de recaudar fondos para invertirlos en sus lugares de origen, en forma de escuelas, obras públicas, auxilio a las sociedades agrarias y a la modernización de la agricultura, y de dar apoyo de la regeneración política de su comarca mediante su respaldo a periódicos, sindicatos y partidos anticaciquiles (Peña Saavedra 1991).

Además del discurso explícito presente en las revistas y publicística de la colectividad inmigrante, en sus instituciones y agrupaciones representativas, las élites (políticas, económicas, culturales) de los gallegos de la Argentina también intentaron irradiar sus mensajes a través de ámbitos menos formales, pero de gran eficacia social. Uno de ellos era la fiesta inmigrante, acontecimiento en el que la colectividad, o partes de ella, se podían reunir y recrear su espacio social de origen. Podemos establecer una tipificación de los materiales culturales (musicales, literarios, teatrales y simbólicos) que intervenían en la composición de los programas festivos. En primer lugar, los que podemos denominar argentinos, es decir, adoptados directamente de la sociedad receptora. En segundo lugar, los genéricamente *españoles* (entendiendo por tales los característicos de la cultura popular de masas hispánica, basada en la generalización de unos géneros canónicos representados a menudo por la tipificación de un rasgo regional, como podía ser el baile flamenco). Y, en tercer lugar, los gallegos, expresados mayormente (en la canción o en el teatro) en idioma gallego, fuese en clave costumbrista, fuese en clave culta y de contenido más o menos influido por los postulados regionalistas y/o nacionalistas. En el plano musical, estos componentes se traducirían en la recreación de composiciones, danzas e instrumentos *típicos* de la tierra de origen.

Cabe recordar que la valencia que tanto las elites societarias como el conjunto de la colectividad inmigrante atribuía a estos materiales culturales no era unívoca, tanto en su lectura identitaria como en su inter-

pretación social. Tampoco eran rígidas las fronteras entre ellos. Y su distribución y composición interna conoció variaciones notables a lo largo del periodo estudiado.

LA FIESTA DEL INMIGRANTE DE BIEN

Se pueden identificar varios momentos en la configuración de las fiestas gallegas de Buenos Aires. Y cada una de esas fases tendrá protagonistas institucionales y colectivos diferentes. Hasta mediados de la primera década del siglo xx, las celebraciones festivas galaicas corrieron a cargo del primer Centro Gallego (1879-1892), así como de los varios orfeones existentes desde la década de 1890. Los programas de fiestas de la primera institución, de cariz recreativo-cultural sin oferta mutualista, muestran una orientación orientada hacia el conjunto de la élite inmigrante española, así como hacia la sociedad receptora. Predominaban las conferencias-concierto que conmemoraban fechas patrióticas españolas, como el 12 de octubre y particularmente aquellas que estaban vinculadas de modo especial con Galicia (por ejemplo, la conmemoración en junio de la batalla de Ponte Sampaio de 1809, durante la guerra antinapoleónica). Se incluían en los programas valeses, discursos patrióticos españoles, partes de óperas y zarzuelas y, como ingrediente menor, alguna muñeira o poesía en gallego. La respetabilidad y el énfasis en la aportación galaica a las gestas españolas eran los objetivos buscados.¹⁷²

Los diversos orfeones, cuyos asociados eran de extracción social media y media-baja, eran en teoría los encargados de mantener el recuerdo de la patria chica en veladas festivas y teatrales de carácter tendencialmente culto y educativo para las clases populares, del mismo modo que en España (Varela Lenzano 1904). Sin embargo, una buena parte de ellos, pese a su origen relativamente popular, no pudieron evitar adquirir con el paso del tiempo una impronta tendencialmente elitista. En sus veladas, las piezas de música clásica o los recitados de ópera ocupaban un lugar importante al lado de las representaciones teatrales y de las ejecuciones de música popular gallega o española. Cantar coros wagnerianos reportaba

172 *Vid.* los programas de las veladas del Centro Gallego de Buenos Aires en junio y agosto de 1888, en *El Gallego*, 3.6. y 1.7.1888.

a los orfeones gallegos lustrosas victorias en certámenes argentinos, e indirectamente contribuía así al objetivo buscado: ensalzar el prestigio del conjunto de la colectividad.¹⁷³ En parte por ello, en 1908 las actuaciones de los grupos de gaiteros en Buenos Aires no consistían mayoritariamente en música gallega. Eso no interesaba para la imagen que se quería proyectar del país.¹⁷⁴

La élite de la colectividad disponía además de sus propios espacios de sociabilidad. Entre 1899 y 1901, por ejemplo, tuvieron lugar las llamadas Veladas Gallegas, reuniones literarias y de debate político donde profesionales liberales, grandes comerciantes e industriales, representantes del Consulado español y algunos periodistas escuchaban música gallega y recitaban producciones inéditas en gallego, llorando el desastre de 1898 ante una estatua de Rosalía de Castro.¹⁷⁵ Una forma semejante de sociabilidad informal siguió viva a lo largo de los dos lustros siguientes. Se trataba por lo general de tertulias privadas organizadas por algún notable de la colectividad galaica, donde se reunían miembros de la élite económica inmigrante y algunos periodistas y literatos, que debatían sobre los acontecimientos de interés general.

A partir de los programas publicados en la prensa de la colectividad gallega podemos ofrecer en las páginas que siguen un análisis de los contenidos de las fiestas de las sociedades étnicas de carácter micro y meso-territorial, comprendiendo orfeones, sociedades de instrucción y asociaciones mutualistas y recreativas. Se excluyeron de la muestra las fiestas de sociedades que no fuesen exclusivamente galaicas, aunque las romerías y fiestas de la colectividad española incluían elementos culturales regionales. En los programas de las Romerías Españolas celebradas en Barracas al Sud (Avellaneda) solían figurar elementos musicales, literarios o iconográficos típicos de las diversas regiones, desde gaitas gallegas a la recitación de versos en catalán.¹⁷⁶ Igualmente, en las fiestas organizadas

173 Algo de lo que sus directivos *se* enorgullecían: *vid.* J. Seijo: «Ignorancia o mala fe», *Nova Galicia*, 7.6.1916.

174 Vid., por ejemplo, «El gaitero de Ventosela» *Correo de Galicia*, 5.4.1908.

175 *El Eco de Galicia*, 10.6.1899.

176 Vid. *Caras y Caretas*, 14.1.1899.

por el Centro Republicano Español de Buenos Aires a lo largo de octubre de 1904 cada región poseía su pabellón, donde se mezclaban los bailes típicos con la gastronomía y el canto de *La Marsellesa*.¹⁷⁷ Incluso en las fiestas de algunos sindicatos o gremios de oficios donde los gallegos eran ampliamente mayoritarios (empleados de correos, dependientes de almacén, conductores de tranvía) se incluían en ocasiones algunos elementos de cultura popular gallega. Finalmente, de la muestra también se excluyeron las romerías campestres, pues en ellas los programas ofrecían pocos detalles acerca de las piezas a interpretar, predominando los juegos y la gastronomía, y no se incluían piezas teatrales o discursos, frente a la primacía del baile, en mezcla sincrética de tangos, pasodobles, fox-trots, valsos, jotas y muiñeiras (Pérez Prado 1973: 232).

Entre 1892 y 1907 (cuadro 1), la mayoría de las fiestas gallegas de Buenos Aires tenía prácticamente un solo protagonista: los diversos orfeones, a los que circunstancialmente se unían algunas veladas de homenaje a personalidades concretas o con motivo de efemérides señaladas. Tras 1900 se sumaron las veladas de la selecta sociedad recreativa Unión Gallega, y desde 1904-1905 las de algunas sociedades de instrucción que fueron viendo la luz.

177 Cf. Duarte (1998: 117) y *Nova Galicia*, 16.10.1904.

CUADRO I

Distribución temática de las fiestas gallegas de Buenos Aires (1892-1907)

Elementos incluidos	N.º de veladas que los inclu- yen	%
Alborada de Veiga	8	15,68
Himno Gallego	-	-
Marcha Real	2	3,92
Himno de Riego	-	-
Himnos de izquierdas	-	-
Himno argentino	3	5,88
Obras de teatro de autor y ambiente español	25	49
Obras de teatro de autor y ambiente argentino	12	23,5
Obras teatrales y diálogos en gallego	4	7,84
Obras en español de autores y ambiente gallego	-	-
Poesías/monólogos en español	13	25,4
Poesías/monólogos en gallego	15	29,41
Música española (pasodobles, etc.)	26	50,98
Música folclórica gallega	23	45,1
Música argentina	5	9,8
Pasodobles de ambiente gallego	14	27,45
Número de veladas	51	

Fuente: Elaboración propia a partir de *El Eco de Galicia*, 1892-1907

El peso de los referentes identitarios gallegos era en este periodo, como se puede apreciar, todavía relativamente bajo, y la música «española» (pasodobles y zarzuelas, sobre todo) ocupaba buena parte de los programas de los Orfeones, junto a un buen número de piezas de música clásica. En las representaciones teatrales, el peso del teatro costumbrista, del género chico y del drama histórico español es abrumador, mientras que la lenta pero progresiva aparición de la comedia y del sainete argentino se hacía notar; y solo se registraba una tímida presencia, aún incipiente, de obras teatrales en gallego.

Las celebraciones festivas en fechas solemnes organizadas por el nuevo Centro Gallego de Buenos Aires (fundado en 1907) siguieron conservando el carácter tendencialmente elitista de otrora. En ellas, y junto a los himnos argentino, español y gallego, se incluían declamaciones de ópera y zarzuelas, cantos típicos gallegos y españoles, y representaciones de ópera. Por poner algunos ejemplos, en el festival del Centro Gallego celebrado el 25 de julio de 1913 el programa incluía piezas de Liszt y Rossini, solos de violín, recitaciones de poesía en gallego y castellano, y piezas de música folclórica gallega, catalana y aragonesa, además de un cuadro de costumbres gallegas.¹⁷⁸ En los años sucesivos las fiestas del Centro Gallego adquirieron un sello más popular, en parte por hallarse en una fase de acelerado crecimiento, por lo que concentraba esfuerzos en busca de nuevas incorporaciones. En las veladas en conmemoración del 25 de julio celebradas entre 1914 y 1920 ganaron un mayor espacio las comedias españolas y los sainetes argentinos; en menor proporción, también aparecían en los programas monólogos en gallego y cuadros de costumbres con números de baile y música.¹⁷⁹

A partir de mediados de la década de 1920 el carácter de las celebraciones festivas del Centro Gallego, convertido ya en una entidad con miles de asociados y regentada por las élites acomodadas de la colectividad inmigrante, adquirió de nuevo un marcado tono elitista. El objetivo de sus fiestas volvió a ser el presentar una cara respetable ante la sociedad argentina que relegitimase a las élites de la colectividad galaica, y por extensión al conjunto de la colectividad y sus descendientes, frente a los prejuicios de la esfera pública (Núñez Seixas 1999d). De ahí un marcado carácter burgués solo atenuado por la presencia de algunas piezas musicales gallegas y alguna recitación de poesías o monólogos teatrales en gallego. El eclecticismo selecto imperaba. Por ejemplo, en la fiesta en conmemoración del Día de Galicia de 1928 el programa de la velada organizada por el Centro Gallego incluía el himno argentino y la Marcha Real, las intervenciones del presidente del Centro y del embajador español, un discurso de un dipu-

178 *Boletín Oficial del Centro Gallego*, 1.8.1913, y *Teo*, 15.8.1913.

179 *Boletín Oficial del Centro Gallego*, 1.7.1914; 1.7.1915; 1.7.1916; 1.7.1917; 1.7.1918; 1.8.1920, y 1.8.1921.

tado argentino, el himno gallego, varias poesías, el recitado del prólogo de la obra de Ramón Cabanillas y Antón Villar Ponte *O Mariscal* (dedicada al mariscal Pardo de Cela, noble ejecutado por los Reyes Católicos e idealizado por el galleguismo como mártir nacional) y la comedia *Salamantinas*.¹⁸⁰ La celebración del 25 de julio de 1933 incluyó un drama lírico de Manuel de Falla y *El Secreto de Susana* de W. Ferrari; y la velada del 25 de julio de 1934 abarcaba la representación de una ópera de Verdi, además de melodías gallegas y del compositor español Manuel de Falla.¹⁸¹

LA IRUPCIÓN DE LA FIESTA POPULAR GALLEGA EN BUENOS AIRES

La verdadera expansión de las fiestas gallegas en Buenos Aires llegó con la proliferación de asociaciones inmigrantes de ámbito microterritorial a partir de 1904. Cada asociación local incluía en su programa anual de actividades varias fiestas bajo techo, además de las romerías campestres celebradas entre los meses de diciembre y marzo en las afueras de Buenos Aires. Los contenidos se tornaron más permeables a la cultura de masas. La música clásica cedió su lugar a la zarzuela y al pasodoble. Proliferaron los grupos de gaitas y las parejas de baile gallego, de modo paralelo a la generalización del tango —a partir de su popularización en la escena pública porteña en la primera década del xx— y de otros bailes modernos de influencia anglosajona. Y en los escenarios irrumpió con fuerza el género chico, así como el teatro costumbrista y el drama social.

Podemos apreciarlo ya en algunos ejemplos fechados entre 1908 y 1909. En noviembre de 1908 la sociedad Hijos del Ayuntamiento de Coirós celebraba su segundo aniversario con el siguiente programa: discurso de Fortunato Cruces (director del periódico *Nova Galicia*); las comedias *Los monigotes*, *El flechazo* y *Roncar despierto*, y aires gallegos por un gaitero. Y el programa de la velada celebrada en julio de 1909 por la sociedad Residentes de Calo incluía los siguientes elementos: *churruscadas* a la gaita; *Viva Galicia*, por la orquesta; *La Torre de Marfil*, entremés del sastre republicano inmigrado Avelino Veloso; una muiñeira gallega; la zarzuela *El tío de Al-*

180 *Correo de Galicia*, 15.7.1928.

181 *Galicia. Revista Oficial del centro Gallego*, agosto de 1933, y agosto de 1934.

calá; las bailarinas *Las niñas cordobesas*; jotas gallegas a la gaita, con coplas de Caldas de Reis; la zarzuela *Dos canarios de café*; y discurso de Fortunato Cruces.¹⁸² Con todo, la mayoría de los programas de fiestas de sociedades de instrucción que nos son conocidos con anterioridad a 1917-1918 presentan un acusado predominio del teatro español y argentino, así como un cierto equilibrio entre la música folclórica, la música española, la música culta (clásica) y, en menor cuantía, música argentina. Así lo sugieren, por ejemplo, los programas de las fiestas de las asociaciones de inmigrantes naturales de los ayuntamientos coruñeses de Teo y Vedra publicados de modo irregular en la revista *Teo* entre 1913 y 1915.¹⁸³

A diferencia de las celebraciones del Centro Gallego o de los Orfeones, en las fiestas de las sociedades microterritoriales los programas eran modestos, la audiencia de clase media-baja y baja, y las orquestas y cuadros dramáticos de precio asequible para las cajas de las entidades organizadoras, para cuyos fondos los festivales casi siempre suponían pérdidas económicas. Los programas se resentían en su calidad del amateurismo forzoso de actores y músicos, pues para ahorrar costes varias asociaciones constituyeron Cuadros de Declamación propios. Pero se esperaba que los asistentes sabrían disculpar las mermas en la calidad en nombre de los altos fines perseguidos, orientados a la regeneración del terruño.¹⁸⁴

De hecho, pese a los costes económicos deficitarios, los festivales resultaban de una gran rentabilidad en términos comunitarios, razón por la que eran indispensables para la buena marcha de las entidades. A ellos concurría la mayor parte de los asociados —lo que no sucedía en las asambleas generales—, además de muchos coterráneos en general, y se aparcaban las disputas y conflictos internos en aras de la recreación afectiva y simbólica del espacio social de origen. Las veladas actuaban igualmente como reclamo para la captación de nuevos socios, atraídos por la oferta de recreo a bajo

182 *El Diario Español*, 12.11.1908, y *Nova Galicia*, 18.7.1909.

183 El hecho de que en esta época no se publicasen con regularidad los programas de las fiestas, como tampoco hacían los semanarios *El Eco de Galicia* y *Nova Galicia*, impide que podamos ofrecer un cuadro completo. No obstante, el vaciado de veinte programas de fiestas correspondientes al periodo señalado nos permite extraer de modo provisorio esa conclusión.

184 Por ejemplo, J. Freire: «Para los de Pol. Recreo», *Correo de Galicia*, 18.10.1927.

coste, la posibilidad de encontrarse con los antiguos convecinos y de conocer partidos del otro sexo. Aunque a lo largo de los años veinte y treinta aumentó la presencia de argentinos, por lo general hijos de gallegos, la cohesión comunitaria que aseguraban los festivales seguía estando garantizada, pues a ellos concurrían mayoritariamente los gallegos de la comarca de procedencia, a juzgar por los ejemplos conocidos. Las fechas celebradas también contribuían a ello: en su mayoría, coincidían con la fiesta patronal del lugar de origen, más por la significación emotiva y evocadora de la fecha que por devoción religiosa, se añadían de modo irregular las celebraciones del 12 de octubre, del día de Galicia (25 de julio, o, en ocasiones, el alternativo 17 de diciembre) desde comienzos de la década de 1920, o del 25 de mayo (conmemoración de la independencia argentina).

Pero el objetivo de estas veladas populares no solo era la búsqueda del ocio. Junto a ello, se incluían en muchos de esos programas conferencias formativas sobre los fines pedagógicos, sociales o políticos de las entidades galaicas; sobre la evolución política de Galicia y España; sobre los males que aquejarían a la tierra natal, incluyendo el caciquismo o a la Iglesia Católica; o bien sobre diversos aspectos de la educación cívica y democrática. Las fiestas, además de su rentabilidad comunitaria, debían contribuir también a la educación de la colectividad. El socialista Ángel Martínez Castro defendía en 1913 la necesidad de introducir en los programas discursos que versasen sobre «cualquier tópico instructivo» y donde se explicasen problemas trascendentes «a la masa de nuestra colectividad, formando así una conciencia clara de su misión en la historia».¹⁸⁵ De esas partes formativas se encargaban usualmente los directivos de la sociedad, periodistas gallegos u oradores argentinos invitados. Oradores frecuentes durante el primer tercio del siglo xx fueron los directores de los principales periódicos de la colectividad gallega (Fortunato Cruces y José R. Lence), así como, en el caso de las entidades orientadas hacia la izquierda, los dirigentes del Partido Socialista argentino Alfredo L. Palacios o el vigués Román Rodríguez de Vicente. Los líderes societarios de mayor proyección, socialistas o galleguistas, figuraron a menudo en los programas

185 A. Martínez Castro, «Nuevos rumbos», *Teo*, 15.8.1913.

de algunas entidades. La elección de las piezas musicales o de las obras de teatro también formaba parte de un propósito implícito de concienciación de la colectividad gallega.

Las élites societarias intentaban fomentar, según su orientación, el espíritu de asociación, la solidaridad activa con la instrucción y la movilización agraria/anticaciquil de los convecinos residentes en Galicia, la conciencia de clase o la identidad étnica diferencial del país. Ciertamente es que las fiestas de las asociaciones gallegas, incluso en el caso de muchas sociedades de instrucción, constituían también uno de los medios por los que las élites inmigrantes procuraban legitimar su papel director y ensalzar la unidad étnica y el sentimiento de comunidad de origen, aparcando disensiones sociales o políticas internas (Da Orden 1991). Por algo los agrario-izquierdistas dirigentes de la sociedad *Pro-Escuela en Bandeira* expresaban en 1909 su desprecio por las elitistas celebraciones de la élite, «un puro floriteo para adular a ciertos personajes»; pero no mejores serían los festivales de las asociaciones no alentadas por un ideal regenerador y educativo: «fiestas bailables con conatos de funciones teatrales en donde el arte no existe por ninguna parte y en el público no se forma ese buen gusto que da conocimiento de lo bueno».¹⁸⁶

No obstante, cabe recordar que el objetivo último de las fiestas también era cimentar la solidaridad comunitaria de las asociaciones locales y atraer nuevos adherentes, para lo que era primordial ofrecer unas horas de ocio y diversión a bajo coste a empleados y sirvientas que trabajaban doce horas diarias. El escritor Luis Sánchez Abal describía sarcásticamente en 1917 el determinante de la elección de las fiestas étnicas para un emigrante: el hecho de que, si pretendía ahorrar dinero en poco tiempo, la oferta cultural más asequible eran las fiestas de las asociaciones gallegas. El autor narraba así el ambiente de una fiesta celebrada por una sociedad local para recaudar fondos con destino a las escuelas sostenidas en Galicia, si bien, desde su perspectiva, solo era un esparcimiento plebeyo de campesinos que pretendían adquirir un aire urbano. Espectador de un «programa inverosímil, en el que figuraban poetas chirles, cantantes pésimos y artistas incipientes, tan

186 «Consideraciones», *Fomento de la Instrucción Gallega*, 13.12.1909.

detestables que [...] la concurrencia se reía a carcajadas», asistía al discurso de un orador después de la función teatral, en loa de «las virtudes del proletariado, con tan poca habilidad, que, habiendo una mayoría de menestrales y sirvientas [...] un concierto de risitas final disimuladas y toses sospechosas le advirtió el poco éxito de sus palabras». Ante la falta de acogida de su discurso, el directivo cambió de tema en su alocución, aparentemente sin mayor éxito:

Variando de táctica, el seudo-orador la emprendió con todos los lugares comunes de la Historia de España, culpando de su decadencia presente a cuanto cura, fraile y monja vive por allá. Esta nueva fase de la peroración zurrándole a todo lo que olía a iglesia fue muy aplaudida, mas, cuando el discurseante pareciera dispuesto a dar la lata, el auditorio se intranquilizó:

–Venimos para bailar –gritó uno.

– Basta de palique –refunfuñó otro.

Ejum, ejum –tosieron varios. Unas mozas se levantaron, otras movieron las sillas ruidosamente. El buen hombre, dándose por enterado, terminó con un ¡Viva España! que provocó una ovación. Aurelio no supo si atribuir aquellos aplausos a la fibra patriótica o a la satisfacción de no escuchar por más tiempo al orador.

Organizada la danza, hubo de santiguarse y reír ante las figuras grotescas y forzados gestos con que aquella abigarrada multitud se entregaba a los valeses, polkas, mazurcas y lanceros. El empaquetamiento estrafalario, la indumentaria desconcertante y la solemnidad aparatosa, impropia del momento y de las personas, aumentaron en el desengañado joven el hilo de sus meditaciones. ¡Qué poder extraordinario tenía América para conseguir transformación tal! (Sánchez Abal 1917: 21-23).

No era una cuestión irrelevante. En las fiestas burguesas y los rituales cívicos y ceremoniales patrióticos diseñados por el Estado u otras instituciones, el programa iconográfico y el propósito alegórico y simbólico se manifestaban de modo visible (y detectable). En ellas era mayor el grado de estructuración y formalización, algo también apreciable en la liturgia laica de las festividades obreras.¹⁸⁷ Eso no siempre sucedía con las fiestas

187 La bibliografía sobre las fiestas burguesas o los rituales y ceremoniales estatales es inmensa.

Vid. buenas recopilaciones de casos en Hettling y Nolte (1993), así como en Corbin,

de las sociedades de emigrantes de dimensión reducida. Nos encontramos aquí con manifestaciones festivas con un alto componente de solidaridad local, paesana, organizadas por entidades poco formalizadas, sin élites dirigentes de gran caudal cultural y sin modelos recurrentes. En consecuencia, esas fiestas también respondían a esquemas propios de la cultura popular de masas en boga en su contexto próximo, fuese la de las clases populares urbanas en general, fuesen elementos de la cultura tradicional campesina trasplantados desde el país de origen, pero no sin sufrir un proceso de adaptación (Rodríguez Campos 1997). El resultado era un producto híbrido, de fronteras lábiles y propósitos simbólicos difusos, donde la voluntad explícita de adoctrinamiento no abundaba.

Por otro lado, un problema adicional es el establecer en qué medida las fiestas étnicas eran el elemento más influyente en la conformación de la cosmovisión de los emigrantes dentro de la variada oferta de cultura de masas a la que estos podían recurrir en una ciudad como Buenos Aires. Es obvio que el inmigrante gallego no solo acudía a las fiestas étnicas en sus días de asueto. También podía frecuentar las fiestas de su barrio o localidad, las fiestas gremiales o sindicales, las veladas de otras colectividades inmigrantes a las que les uniesen vínculos de vecindad o amistad, o simplemente los espectáculos culturales de masas que se popularizaron a comienzos del xx. Sí podemos aventurar que las fiestas religiosas tuvieron una relevancia muy escasa dentro de la colectividad galaica desde finales del siglo xix. Todo lo contrario de lo que ocurría en los casos conocidos para las colectividades de inmigrantes italianos del Río de la Plata o de Nueva York, los polacos en Chicago o los vascos en Argentina (Devoto 1991b; Pozzeta 1991; Álvarez Gila 1998). De hecho, en los programas conocidos –romerías incluidas– de las celebraciones de las sociedades microterritoriales no figuraban en prácticamente ningún caso ceremonias de tipo religioso o procesiones, a no ser en clave de farándula.¹⁸⁸ Lo que indica una acusada secularización de la celebración festiva en el medio urbano porteño.

Gérôme y Tartakowski (1987).

188 Por ejemplo la romería organizada por la sociedad *Pro-Escuela en Banga* el 17 de marzo de 1929: vid. *Correo de Galicia*, 17.3.1929.

ECLECTICISMO FESTIVO... ¿E IDENTITARIO?

¿Qué elementos identitarios predominaban en las fiestas populares de la colectividad gallega entre la segunda y la tercera décadas del siglo xx? A partir de los programas publicados en el principal semanario de la colectividad gallega de Buenos Aires, *Correo de Galicia*, y a lo largo de un periodo de cinco años (1919-1923) podemos ofrecer el siguiente cuadro (n.º 2), mediante el análisis y tipificación de los elementos incluidos en 4,09 veladas festivas bajo techo de diverso tipo.¹⁸⁹

Como podemos apreciar, imperaba una ecléctica combinación de elementos de muy diversa procedencia cultural, donde se mezclaban asimismo géneros de consumo masivo con elementos folclóricos de origen rural, al igual que motivos propios de la cultura burguesa con elementos más característicos de la cultura obrera. Entraban en esa combinación géneros teatrales (sainete criollo) y piezas musicales típicamente argentinas (tangos y cantares criollos en general); flamencadas y zarzuelas breves, comedias y sainetes de ambiente sevillano o madrileño; zarzuelas adaptadas al idioma gallego o a ambientes rurales del país de origen; y obras teatrales en gallego de escritores de Galicia o residentes en Buenos Aires.

También era parte integrante de los programas la música folclórica galaica y la que genéricamente podemos denominar música *española* –jotas aragonesas, flamenco, pasodoldes y cuplés–. De su ejecución se ocupaban, bien cuadros artístico-musicales aficionados integrados por socios de las propias entidades, o bien grupos y bandas especializadas en ofrecer espectáculos musicales para las fiestas gallegas. El relativo predominio de la música moderna de influencia anglosajona –desde los años veinte–, así como de las manifestaciones musicales consideradas típicamente hispánicas, se mantuvo a lo largo del periodo considerado. Estas últimas, con todo, no necesi-

189 Ciertamente, la muestra ofrece problemas de representatividad, pues no todas las sociedades gallegas de Buenos Aires se anunciaban con regularidad en *Correo de Galicia*. Mas, al menos, podemos presuponer que el conjunto seleccionado proporciona una serie homogénea. Del mismo modo, no siempre es posible comprobar si los programas publicados fueron llevados a la práctica de acuerdo con lo anunciado. Tal vez, en lo referente a las composiciones musicales, en el momento del baile imperaba la mezcla de influencias. La fecha de inicio (1919) viene determinada por el hecho de que solo a partir de ese año contamos con colecciones completas del periódico *Correo de Galicia*.

riamente provenían de una directa influencia española, sino que podían ser una traslación de las modas musicales imperantes en el ambiente porteño desde fines del siglo XIX. A principios del XX el gusto por el pasodoble y la zarzuela estaba muy extendido en Buenos Aires, dando lugar a un híbrido propio, zarzuelas de ambiente porteño, que gozaron de gran éxito. De hecho, algunos de los pasodobles de mayor difusión entre las sociedades gallegas eran obra de compositores argentinos, y hasta de músicos gallegos inmigrados (Pujol 1991). Tampoco era infrecuente que en los programas de los festivales de las sociedades de instrucción se incluyesen canciones populares italianas, sobre todo desde 1927-28.

Ciertamente, había también asociaciones, como las de Silleda o A Estrada, en las que el peso de dirigentes orientados hacia el nacionalismo gallego se hacía notar en los programas de sus veladas. Con todo, otras entidades cuya dirigencia estaba imbuida del ideal galleguista no osaban ir más allá de la inclusión de una o varias piezas teatrales en gallego junto a género chico español, y de combinar flamenco con muiñeira. En una misma fiesta podían figurar sin aparente contradicción himnos y discursos de encendido nacionalismo con representaciones teatrales y musicales arquetípicamente hispánicas. Hasta los *cantaores* y *bailaoras* de flamenco que con más voluntad que talento ejecutaban números de canto y baile en las sociedades galaicas podían ser gallegos, y disfrutaban de buena acogida entre el público.¹⁹⁰ En otras asociaciones, como las de Parga y Trasparga, de O Covelo o de Pontearreas en los años veinte y treinta, era mayor el influjo de postulados obreristas, traducidos en la inclusión de himnos proletarios, de la Marcha de Riego y de algunas obras teatrales formativas, sin que ello supusiese la exclusión del género chico, del folclore y del tango.

La presencia masiva de elementos estéticos y artísticos –propios de la cultura de masas española–, no extraña tanto si se compara con lo que sucedía en la misma Galicia. La combinación de piezas teatrales breves castellanas y gallegas, así como la mezcla sincrética de música folclórica gallega y música «española» también era usual en las veladas festivas en la misma Galicia. Y más de un testimonio advierte de que los bailes modernos

190 Vid. ejemplos en *Correo de Galicia*, 10.11.1929. Igualmente, vid. Lence (1945: 267).

habían invadido las fiestas campestres gallegas en los años veinte y treinta (Tato Fontaíña 1997: 34; Del Río 1933: 35-49). Aunque estos testimonios tendían a idealizar la pureza supuestamente prístina de la cultura popular, y no tenían en cuenta que buena parte de esas influencias foráneas sufrían un proceso de asimilación al folclore gallego, también indicaban que la cultura de masas española penetraba en las zonas rurales de Galicia, lenta pero progresivamente, a lo largo del primer tercio de este siglo.

Sin embargo, a lo largo de los años veinte se puede apreciar una cierta evolución en este sentido dentro de las fiestas gallegas de Buenos Aires. Algunas asociaciones comenzarán a introducir con más frecuencia y proporción en sus programas de fiestas música gallega, incluyendo piezas de apertura con cierto valor simbólico e identitario como podían ser la *Alborada* del compositor Pascual Veiga, y de modo progresivo el himno gallego (más difundido en Argentina que en Cuba, pese a que fue en La Habana donde se estrenó por primera vez en 1907). Desde los años veinte aquel figura al lado del Himno de Riego, o a veces de *La Marsellesa*; en otras ocasiones solo al lado del himno argentino, en varios programas de fiestas, particularmente —como veremos a continuación— en los correspondientes a asociaciones pertenecientes a la Federación de Sociedades Gallegas (fsg). En las fiestas de las sociedades de tendencia más izquierdista, la combinación más frecuente solía ser la ya omnipresente *Alborada* de Veiga, el Himno de Riego, el himno argentino e himnos revolucionarios como *La internacional* e *Hijos del Pueblo*; con frecuencia combinados eclécticamente en la misma celebración. En las fiestas de las asociaciones más allegadas al galleguismo político desde mediados de los años veinte se acostumbraba a tocar el himno gallego, el himno argentino y, no siempre, la Marcha de Riego.

Ello se observa en el cuadro 3, obtenido a partir del análisis de 370 veladas festivas celebradas entre 1926 y 1929. Es de destacar un mayor peso del teatro y de la música argentinos, al igual que de la música y teatro gallegos, así como una ligera disminución de los elementos arquetípicamente hispánicos.

La evolución fue más pronunciada en el seno de las asociaciones adheridas a la Federación de Sociedades Gallegas entre 1924 y 1929. La orientación de las élites dirigentes de las asociaciones gallegas fue determinante

en cambiar sustancialmente el carácter y contenido de las fiestas. En concreto, los elementos identitarios exclusiva o predominantemente gallegos, promovidos sobre todo por los sectores nacionalistas (mayor presencia del himno gallego, de la música folclórica galaica y del teatro en idioma gallego) aumentan sensiblemente su presencia en las veladas festivas. Hasta el punto de que, por primera vez, las obras de teatro en gallego o bilingües rebasan en número de representaciones y en número de veladas a las obras de teatro de autores españoles, mientras que se mantiene e incluso aumenta el porcentaje de fiestas que incluyen comedias y sainetes de autores y/o ambiente argentino.

Las tendencias referidas para las asociaciones que giraban en la órbita de la FSG (aumento de los referentes identitarios específicamente gallegos, disminución de los referentes españoles e incremento consonante de los argentinos, junto a un reforzamiento de los elementos izquierdistas, como los himnos revolucionarios y el himno de Riego) se acentuaron durante los años treinta, a juzgar por los datos que podemos ofrecer para el bienio 1931-1932, correspondientes a las asociaciones pertenecientes a la FSG de predominio nacionalista —tras la escisión sufrida en 1929— con sede en la calle Belgrano (cuadro 5).¹⁹¹ Más del 40 por 100 de las sociedades incluyen ahora en sus veladas el himno gallego, en una proporción casi seis veces superior a la presencia del himno de Riego. Igualmente, las ejecuciones de música folclórica gallega superan ahora a pasodobles, jotas aragonesas y flamenco. Y el teatro gallego va a estar presente en más del 15 por 100 de las fiestas, equiparándose a las representaciones de teatro popular argentino.

191 Desgraciadamente, el hecho de que el órgano oficial de la FSG pro-socialista con sede en la calle Mitre, *Acción Gallega*, no ofrezca información tan completa sobre los programas de fiestas, nos impide presentar un contrapunto para este mismo periodo.

CUADRO 2

Fiestas de las sociedades locales gallegas de Buenos Aires (1919-1923)

Elementos incluidos	Número de veladas que los incluyen						
	1919	1920	1921	1922	1923	1919-1923	%
Alborada de Veiga	16	30	14	34	32	126	30,8
Himno Gallego	-	-	-	-	5	5	1,22
Marcha Real	6	4	5	6	4	25	6,11
Himno de Riego / Marcha de Cádiz / La Marsellesa	2	6	3	2	2	15	3,66
Himnos izquierdistas	2	-	-	2	-	4	0,97
Himno Argentino	6	4	6	6	5	27	6,6
Obras de teatro de au- tor y ambiente español	34	46	34	53	49	216	52,8
Obras de teatro y ambiente argentino	41	39	29	42	51	202	49,3
Obras teatrales y diá- logos en gallego o bilingües español/ gallego	12	20	14	19	24	89	21,7
Obras en español de autores y ambiente gallegos	14	1	6	3	7	31	7,5
Poesías / monólogos en español	17	13	11	16	16	73	17,8
Poesías / monólogos en gallego	10	11	9	15	22	67	16,3
Música española (pa- sodobles, etc.)	37	28	28	33	32	158	38,6
Música folclórica gallega	21	29	15	21	17	103	25,1
Música argentina	6	3	6	11	8	34	8,3
Pasodobles de ambien- tes local gallego	13	16	11	11	15	66	16,1
Número de veladas	82	78	60	83	106	409	

Fuente: Elaboración propia a partir de *Correo de Galicia*, 1919-1923

CUADRO 3

Fiestas de las sociedades locales gallegas de Buenos Aires (1926-1929)

Elementos incluidos	Número de veladas que los incluyen					
	1926	1927	1928	1929	1926-1929	%
Alborada de Veiga	42	24	16	23	105	28,3
Himno Gallego	28	12	13	9	62	16,7
Marcha Real	2	3	1	7	13	3,5
Himno de Riego / Marcha de Cádiz	3	3	3	-	9	2,4
Himnos izquierdistas (UHP, etc.)	3	3	2	-	8	2,1
Himno Argentino	2	5	3	9	19	5,1
Obras de teatro de autor y ambiente español	57	40	21	31	149	40,2
Obras de teatro y ambiente argentino	81	46	35	57	219	59,1
Obras teatrales y diálogos en gallego	29	25	11	35	100	27
Obras en español de autores y ambiente gallego	7	2	2	2	13	3,5
Poesías / monólogos en español	20	12	10	11	53	14,3
Poesías / monólogos en gallego	8	12	8	10	38	10,2
Música española (pasodobles, etc.)	54	29	19	32	134	35,6
Música folclórica gallega	42	30	15	32	119	32,1
Música argentina	18	17	17	18	70	18,9
Pasodobles de ambientes local gallego	26	11	5	15	57	15,4
Número de veladas	115	89	68	98	370	

Fuente: Elaboración propia a partir de *Correo de Galicia*, 1926-1929

CUADRO 4

Fiestas de sociedades locales adheridas a la Federación de Sociedades Gallegas de Buenos Aires (1924-1929)

Elementos incluidos	N.º de veladas que los incluyen	(%)
<i>Alborada de Veiga</i>	68	46.6
<i>Himno Gallego</i>	34	23.3
<i>Marcha Real</i>	1	0.7
<i>Himno de Riego/Marcha de Cádiz/La marsellesa</i> (Himnos republicanos)	10	6.8
Himnos obreros (La internacional, Hijos del pueblo, etc.)	20	13.7
Himno argentino	1	0.7
Obras de teatro de autor y ambiente español	54	37
Obras de teatro de autor y ambiente argentino (sainetes)	93	63.7
Obras teatrales y diálogos en gallego i bilingües español/gallego	56	38.3
Obras en español de autor y ambiente gallego	4	2.7
Poesías/monólogos en español	18	12.3
Poesías/monólogos en gallego	20	13.7
Música española (pasodobles, etc.)	51	34.9
Música folclórica y coral gallega	47	32.2
Música argentina	23	15.7
Pasodobles de ambiente local gallego	45	30.8
Número de veladas	146	

Fuente: Elaboración propia a partir de *El Despertar Gallego*, 1924-1929.

CUADRO 5

Celebraciones festivas de las sociedades locales adheridas a la Federación de Sociedades Gallegas (1931-1932)

Elementos incluidos	Número de veladas que los incluyen			
	1931	1932	Total	%
<i>Alborada de Veiga</i>	7	8	15	27,2
<i>Himno Gallego</i>	7	16	23	41,8
<i>Marcha Real</i>	-	-	-	-
<i>Himno de Riego/Marcha de Cádiz</i>	1	3	4	7,2
Himnos izquierdistas (UHP, etc.)	1	-	1	1,8
Himno Argentino	1	2	3	5,4
Obras de teatro de autor y ambiente español	9	6	15	27,2
Obras teatrales de autor y ambiente argentino	11	14	25	45,4
Obras teatrales y diálogos en gallego	13	12	25	45,4
Obras teatrales en español de autores y ambiente gallego	1	1	2	3,6
Poesías / monólogos en español	3	7	10	18,2
Poesías / monólogos en gallego	2	11	13	23,6
Música española (pasodobles, zarzuelas, etc.)	3	11	14	25,4
Música folclórica gallega	11	11	22	40
Música argentina	7	8	15	27,2
Pasodobles de ambiente local gallego	2	8	10	18,2
Número de veladas	25	30	55	

Fuente: Elaboración propia a partir del periódico *Galicia*, 1931-1932.

CUADRO 6

Fiestas de las asociaciones de Teo y Vedra en Buenos Aires (1929-1936)

Elementos incluidos	N.º de veladas que los incluyen	(%)
Alborada de Veiga	5	25
Himno Gallego	2	10
Marcha Real	-	-
<i>Himno de Riego/Marcha de Cádiz/La marsellesa</i> (Himnos republicanos)	4	20
Himnos obreros	1	5
Himno argentino	2	10
Obras de teatro de autor y ambiente español	8	40
Obras de teatro de autor y ambiente argentino (sainetes)	10	50
Obras teatrales y diálogos en gallego y bilingües español/gallego	7	35
Obras en español de autor y ambiente gallego	4	20
Poesías/monólogos en español	6	30
Poesías/monólogos en gallego	3	15
Música española (pasodobles, etc.)	5	25
Música folclórica y coral gallega	5	25
Música argentina	5	25
Pasodobles de ambiente local gallego	4	20
Número de veladas	20	

Fuente: Elaboración propia a partir de la revista *Unión de Teo y Vedra*, 1929-1936.

El referido proceso de regalleguización, relativa pero claramente progresiva, también es apreciable en núcleos societarios comarcales situados fuera de la FSG y del influjo directo de los galleguistas. Era el caso de las activas asociaciones de tendencia republicano-agrarista e izquierdista de los ayuntamientos coruñeses de Teo y Vedra en Buenos Aires (cuadro 6), que tenían una larga trayectoria de dinamismo asociativo, periodístico y publicístico. Pese a no estar integradas ninguna de las dos Federaciones de

Sociedades Gallegas, el análisis de los contenidos de sus veladas festivas en el periodo 1930-1936 revela que la penetración de referentes culturales gallegos también era un hecho fuera de los ambientes más influidos por el galleguismo político y la izquierda, aunque en proporciones inferiores a las que presentaban las sociedades federadas en la FSG. Así, de un total de veinte veladas analizadas en el periodo considerado, apreciamos que las obras en gallego se incluyen en un 35 por 100 de las veladas, frente al 40 por 100 de las españolas; y el teatro en gallego ocupa el 21,9 por 100 del total de representaciones. Pero, igualmente, disminuye notablemente la presencia del himno gallego, frente a la mayor frecuencia del Himno de Riego. La regalleización, en este caso, era más informal que formal y ritualizada.

LOS INMIGRANTES Y EL TEATRO

Ya hemos visto que, de modo general, en el consumo cultural de la colectividad gallega de Buenos Aires preponderaba el teatro argentino y el español, mientras que el teatro gallego se mantenía en una posición minoritaria, pero no insignificante; y que la presencia de este último fue creciendo a lo largo de la tercera década del siglo xx. Es más, podemos afirmar que a comienzos de los años veinte la proporción existente entre el número de obras teatrales representadas en gallego y el montante total de población porteña nacida en Galicia podía considerarse hasta cuatro veces más elevada que el índice que se registraba en la misma Galicia. Por poner dos ejemplos, en 1919 se registraron en toda Galicia 65 representaciones en gallego, frente a 12 en Buenos Aires; y en 1921 se contabilizan 54 representaciones en Galicia contra 14 en la capital argentina. No obstante, la relación entre la población total de Galicia y el contingente estimado de inmigrantes gallegos en Buenos Aires era de 16 a 1. Un inmigrante gallego en Buenos Aires tenía una posibilidad de asistir a representaciones de teatro en su idioma en una proporción entre tres y cuatro veces mayor que la que tenían sus parientes residentes en Galicia.¹⁹² Ello confirmaría la mayor importancia que adquiere el teatro costumbrista en idioma vernáculo como espectáculo de masas que satisface una demanda de nostalgia y diversión para un público inmigrante necesitado de ocio a

192 Elaboración del autor a partir del anexo de Tato Fontaíña (1997: 69-77) y datos propios.

bajo coste, como se ha señalado para diversos grupos étnicos de los Estados Unidos. Muchos inmigrantes de origen rural descubrían en Buenos Aires el teatro como espectáculo de masas atractivo y barato.¹⁹³

Durante el periodo 1879-1908, el teatro en gallego se mantuvo en unos niveles muy bajos dentro de las celebraciones festivas de la colectividad inmigrante. Únicamente el Orfeón Gallego representaba teatro en idioma vernáculo en este momento. Por el contrario, el Cuadro Dramático Gallego fundado en 1898 tuvo que suspender su primer estreno por falta de público, disolviéndose al poco tiempo. No era tan extraño: en la ciudad de A Coruña, el porcentaje de obras en gallego estrenadas en sus teatros en 1908 no llegaba al 5 por 100; y siete años más tarde, la totalidad de la oferta teatral era en castellano (Díaz Pardeiro 1992: 207-28).

La expansión del teatro gallego en Buenos Aires fue paralela al desarrollo del tejido societario de carácter microterritorial. Varias de esas asociaciones locales destacaron particularmente por su labor de promoción consciente del teatro en gallego, en especial a partir de mediados de la segunda década del siglo. Sin embargo, desde 1909-1910 los intelectuales y sectores ideológicamente más izquierdistas de la colectividad gallega lamentaban el escaso nivel cultural y formativo de las obras representadas en los festivales de las entidades, donde primaba ante todo el deseo de agradar al público asistente. De ahí que, entre los autores argentinos, las obras más representadas fuesen los sainetes criollos y las comedias burguesas de tema más o menos insustancial. Entre los autores españoles representados, se registraba un mayor equilibrio entre dramaturgos (Benavente, los Echegaray) y comediógrafos de segunda o tercera autores de pasos, sainetes, zarzuelas breves y entremeses (de Ramos Carrión a los Álvarez Quintero, pasando por Muñoz Seca, Vital Aza o Jackson Veyán, entre otros). El elenco de obras y autores seguía de modo bastante fiel las modas dominantes en la España de los años veinte, como se puede apreciar al parangonar las obras y autores españoles más representados en las fiestas societarias gallegas de Buenos Aires con los que experimentaban mayor aceptación en las plateas madrileñas de la misma época (Dougherty y Vilches 1990, 1997).

193 Vid. por ejemplo, el testimonio de Carmen Cornes, campesina inmigrada en los años veinte (López 1992: 40).

Ciertamente, entre aquellas también se hallaba un notable porcentaje de dramas sociales con contenido adoctrinados de gran éxito en los medios obreristas de la España de la época, como *Juan José* (1895) de Joaquín Dicenta. Se trataba también, en buena parte, de una traslación de los gustos estéticos del público porteño, que hacia la primera década del siglo xx dispuso una ferviente acogida a las compañías y actores teatrales españoles, a autores como Jacinto Benavente o los hermanos Álvarez Quintero. Este tipo de obras eran las que más abundaban en los repertorios de las compañías teatrales y cuadros dramáticos, frente a la escasez relativa de obras en gallego con anterioridad a la década de 1920. Ello condicionaba también la elección de las obras a ser representadas por parte de las directivas de las asociaciones. No es de extrañar que la dialéctica entre propósitos de educación cívico-ideológica, constante en la dirigencia de las entidades de orientación socialista, regeneracionista y/o nacionalista, y la exigencia de agradar a un público lo más numeroso posible llevase también a programas eclécticos. En ellos, el teatro costumbrista y el género chico compartían tribuna con obras educativas. Esta tensión entre ocio y carácter formativo también era característica de la oferta cultural de las Casas del Pueblo socialistas en la España de la misma época (De Luís Martín 1993: 65-70; Bellido Navarro 1993: 107-16; Brey 2001), al igual que en la Argentina.¹⁹⁴

¹⁹⁴ Una cala efectuada en el diario socialista argentino *La Vanguardia* entre octubre y diciembre de 1921 ofrece resultados comparables: en las fiestas de las Casas del Pueblo porteñas predominaba la música bailable en las veladas danzantes, y combinación de discursos formativos y teatro popular de comedia ligera en las funciones teatrales, junto a obras de autores de tendencia socialista (Florencio Sánchez, A. Berniti).

CUADRO 7
Representaciones teatrales en fiestas gallegas
de Buenos Aires (1892-1907)

Tipo de obras	Número de representaciones	(%)
Argentinas	16	26.2
<i>Españolas</i>	40	65.6
Gallegas	5	8.2
Gallegas en español	-	-
Total	61	

Fuente: Elaboración propia a partir de *El Eco de Galicia*, 1892-1907.

Veamos el porcentaje, de obras «españolas», argentinas y gallegas (en gallego o bilingües, o en español de ambiente gallego) representadas en Buenos Aires entre 1919 y 1923 (cuadro 8):

CUADRO 8
Representaciones teatrales en festivales gallegos de Buenos Aires
(1919-1923)

Tipo de obras	1919	1920	1921	1922	1923	Total	(%)
<i>Españolas</i>	62	74	54	64	80	334	49.2
Argentinas	47	36	32	44	55	214	31.5
Gallegas	12	22	14	22	31	101	14.9
Gallegas en español	13	1	6	3	7	30	4.4
Total	134	133	106	133	173	679	

Fuente: Elaboración propia a partir de *Correo de Galicia*, 1919-1923

Los porcentajes presentan algunos cambios significativos a lo largo de la segunda mitad de la década de los veinte (cuadro 9). Es de apreciar un ligero aumento de las representaciones de teatro gallego, particularmente acusado a partir de 1928, así como un notable incremento de las representaciones de obras argentinas, paralelo a una fuerte disminución del porcentaje de obras de teatro español, así como del teatro en español de temática

gallega. Los géneros más representados siguieron siendo, con todo, muy semejantes (vodevil, sainete, juguete cómico y comedia). Y el teatro menor siguió predominando ampliamente sobre el formativo.

CUADRO 9

Representaciones teatrales en festivales gallegos de Buenos Aires
(1926-1929)

Tipo de obras	1926	1927	1928	1929	Total	(%)
Españolas	83	61	33	41	218	34.6
Argentinas	101	54	44	85	284	45.1
Gallegas	30	22	16	42	110	17.5
Gallegas en español	11	2	2	2	17	2.7
Total	225	139	95	170	629	

Fuente: Elaboración propia a partir de *Correo de Galicia*, 1926-1929

Dentro de las asociaciones de izquierda y/o simpatizantes con el galleguismo político, representadas en la FSG, el panorama era algo diferente en relación con la colectividad en su conjunto. Aquí, el teatro en gallego ganó claramente terreno a lo largo de la segunda mitad de los años veinte a costa del género chico español y del teatro de temática gallega en castellano, al igual que aumentaba el recurso a las producciones argentinas (cuadro 10):

CUADRO 10

Representaciones teatrales en las fiestas de asociaciones adheridas a la FSG
(1924-1929)

Tipo de obras	1924	1925	1926	1927	1928	1929	Total	(%)
«Españolas»	11	17	14	16	6	5	69	27.3
Argentinas	17	21	18	26	16	18	116	45.8
Gallegas	10	11	8	10	8	17	64	25.3
Gallegas en español	1	-	3	-	-	-	4	1.6
Total	39	49	43	52	30	40	253	

Fuente: Elaboración propia a partir de *El Despertar Gallego*, 1924-1929

Y, de hecho, cuando se produce la escisión de 1929, en la FSG de tendencia galleguista, el proceso de galleguización de las fiestas y de las representaciones teatrales se acelera (cuadro 11). Ahora, las obras en gallego se sitúan en primer lugar, superando incluso al teatro argentino. Lo que sugiere una cierta regalleguización cultural de una parte apreciable del tejido societario galaico de la capital argentina.

CUADRO II

Representaciones teatrales en las fiestas de asociaciones adheridas a la FSG nacionalista (1931-1932)

Tipo de obras	Número de representaciones		Total	%
	1931	1932		
<i>Españolas</i>	11	11	22	25,8
Argentinas	10	16	26	30,5
Gallegas	17	18	35	41,1
Gallegas en español	1	1	2	2,3
Total	39	46	85	

Fuente: Elaboración propia a partir de *Galicia*, 1931-1932

En lo que se refiere a las obras de teatro gallego, cabe distinguir entre el teatro escrito y representado en Buenos Aires y el importado desde Galicia. Este último correspondía, por lo general, a un patrón muy semejante al que imperaba en la misma Galicia hasta los años treinta del siglo xx, dividiéndose las preferencias entre el realismo costumbrista más o menos moralizante y el teatro de mayor afirmación identitaria y mensaje social. Eran ante todo los autores costumbristas quienes gozaban de mayor aceptación (Avelino Rodríguez Elías, Xavier Prado), aunque también se representaron con cierta profusión las obras de mayor contenido social de autores galleguistas como Manuel Lugrís Freire, Alfredo Nan de Allariz o Antón Villar Ponte. Una segunda faceta fue la consolidación entre la colectividad inmigrante de una suerte de teatro popular gallego de baja calidad literaria, del que las más de las veces solo conocemos los títulos y, con suerte, la descripción de los argumentos. Buena parte de ese teatro era de carácter costumbrista y tono satírico

o festivo, piezas breves de tema local no muy diferentes de las comedias en diversos dialectos meridionales que los inmigrantes italianos representaban en los Estados Unidos (Estavan 1991). Sus autores no acostumbraban a profesar simpatías explícitas por el nacionalismo gallego, sino que se adherían, por lo general, a un regionalismo más o menos *sano*; en consecuencia, mantenían una valoración diglósica y meramente folclorista del idioma gallego. Se trataba de un teatro de consumo eminentemente popular que, de la misma manera que en el caso de otras colectividades con lenguas en situación diglósica o no oficial en sus países de origen, mostraba un predominio de la acción ambientada en medios rurales, realismo y dialectalismo en el idioma utilizado, además de mezclar bailes tradicionales con acción dramática y música (Straumanis 1983). Las representaciones solían ser ejecutadas por cuadros de actores aficionados de las mismas asociaciones locales, lo que implicaba también un carácter improvisado y parco en cualidades interpretativas. Había, con todo, varios grupos teatrales especializados que incluían en su oferta piezas en gallego para consumo de la colectividad, a costes asequibles.

En un buen número de esas obras teatrales escritas por inmigrantes se incluían también diatribas contra las causas de la emigración o contra el caciquismo, se alababan los fines regeneradores de las sociedades de instrucción, se ridiculizaba a los indianos engreídos y se caricaturizaba a los caciques y curas locales opuestos a la labor de promoción educativa desarrollada por los emigrados. Un buen ejemplo era la obra de José Otero *Ideas Novas*, una de las pocas piezas de este género que llegó hasta nosotros, ambientada en la parroquia de Taragoña (Rianxo, A Coruña) en los años veinte, con un argumento simple de mensaje directo, y haciendo uso del gallego dialectal de Rianxo con algún argentinismo léxico (Otero 1927). El costumbrismo y la recreación nostálgica del espacio local se combinaba en estas obras con el mensaje comunitario y, al mismo tiempo, la denuncia social. En una onda semejante se pueden incluir las varias piezas, no exentas de anticlericalismo, de Ramón Parada, dirigente de la laica e izquierdista Pro-Escuela en Bandeira.¹⁹⁵ Algunos autores

195 R. Parada, *A feira de Bandeira*, manuscrito (Archivo de la A. C. Vista Alegre, Bandeira, Pontevedra). Vid. también Malheiro (2000: 104-05).

utilizaron el castellano, como el periodista Ignacio Cruces, quien en su zarzuela *Acción Gallega* (1915) cantaba al movimiento agrarista liderado por el cura Basilio Álvarez. Ramón Suárez Picallo, posterior diputado galleguista en las Cortes republicanas españolas, escribió el drama *Marola* (1925), en cuyo argumento se insistía en la denuncia del caciquismo y la exaltación del papel redentor de los emigrados y de las sociedades de instrucción gallegas de América.¹⁹⁶

Las obras de teatro gallego culto, más elaborado temáticamente, depurado lingüísticamente y con contenidos acordes con la cosmovisión nacionalista tardaron bastante más en ser estrenadas en Buenos Aires. El primer hito de importancia fue la constitución en 1929 de la Agrupación Artística Céltiga, integrada por representativos sectores nacionalistas de la colectividad con el fin de promover el teatro gallego, y que representó también obras de autores vinculados al galleguismo político, como Vicente Risco con muy poco éxito de público. Fue, sobre todo, la llegada a Buenos Aires entre 1929 y 1930 de algunos jóvenes actores imbuídos de las ideas del galleguismo político, como Fernando Iglesias Tacholas y Daniel Varela Buxán, el punto de partida para la irrupción de un nuevo teatro galleguista, que intentará basarse en la tradición autóctona anterior y cuya época dorada serán las décadas de 1930 y 1940, contando además con el aporte de varios exiliados.

ALGUNAS CONCLUSIONES

Se puede afirmar que en la colectividad galaica preponderaba una mezcla de identidades, jerarquizadas y sin considerarse necesariamente contradictorias o excluyentes entre sí, en diferentes grados y proporciones. Y esa coexistencia se mantuvo a lo largo del periodo considerado, variando, sin embargo, sus vehículos y modalidades de expresión. Una primera esfera de identificación sería la patria chica, asociada de modo ambivalente con Galicia en su conjunto o con la parroquia de origen en particular; una segunda esfera sería el conjunto de España, aunque a menudo identificado de modo vago a través del fortalecimiento de los vínculos de identidad y de los recuerdos locales o regionales, que idealizaban la patria lejana mediante

196 «Escenas», *Nova Galicia*, 5.8.1915; «Teatros», *Céltiga*, 25.6.1925.

la exaltación costumbrista, precisamente, de la patria chica; y una tercera esfera, tanto más fuerte cuanto más largo era el tiempo de residencia en el país receptor y más vínculos hubiesen establecido con la sociedad receptora, era la identidad argentina. La identificación con el terruño, la idealización de la nostalgia o morriña, servía de modo ideal a fines concretos, como era la búsqueda de su regeneración sociopolítica y económica, o la exaltación del paisanaje frente a las divisiones sociales internas que convenía a buena parte de las élites societarias. Pero la exaltación de la patria local no siempre iba unida a exclusión del sentimiento de pertenencia a una esfera más amplia, la española. El discurso de las élites de la colectividad inmigrante española ponía énfasis en la suma de particularidades regionales, paisajes y legados histórico-culturales, construyendo una visión de la nación española a (re)definir en la emigración como una suma de identidades particulares (Fernández 1987; Duarte 2004).

La asunción de los referentes básicos de la cultura española de masas, desde el folclore al teatro, introdujo además un elemento de relativa homogeneización, una nacionalización mediante el ocio, en parte inducida por las modas porteñas, pero también en parte identificada como asunción consciente de una identidad española complementaria a otras (de clase, étnica, agraria o argentina). Incluso si el proceso de galleguización de las fiestas a lo largo de los años veinte y treinta es notable, ello no necesariamente significaba que esa galleguización fuese percibida por el conjunto de la colectividad inmigrante como una negación de su españolidad. Para muchos, era más bien una exaltación del terruño natal —reforzando una imagen de solidaridad local que no siempre era un bagaje cultural previo del inmigrante, sino que obedecía a una implícita construcción discursiva— como epítome de la patria, que los más seguían considerando que era España, como resultado de la propaganda de las élites inmigrantes, pero también como consecuencia del cruce de imágenes y de las reacciones provocadas por las tendencias hispanóforas del nacionalismo argentino desde fines del siglo xix. La expresión de ese españolismo lugareño parecía a más de un intelectual emigrado un «patriotismo feo, pequeño», carente de grandiosidad (Suárez 1924: 145; Gil de Oto 1915: 81-84). La patria lejana también

se construía, sin embargo, desde la región y desde la localidad, asimilando parcialmente los referentes de la cultura española de masas, y recreando asimismo los ingredientes de la cultura popular de origen.

No obstante, aquel discurso de la nostalgia, de la vuelta a la región y al terruño, la revalorización del folclore y del teatro en idioma vernáculo, y la contraposición con otros sectores de una colectividad hispánica inmigrada nunca articulada de modo unitario, actuó también como una precondition favorable para la actuación de élites alternativas que, imbuidas de las nuevas ideas galleguistas surgidas en la metrópoli, hallaron en América un campo abonado para la difusión de sus ideales. El discurso público (y publicado) en revistas y libros traslucía el pensamiento de una élite que influía en la configuración de los programas de fiestas en aquellas entidades donde los nacionalistas gallegos eran mayoritarios mediante los mecanismos del liderazgo étnico, sin que ello tradujese siempre una presión social desde la base (Núñez Seixas 1992, 2001d).

Ese discurso tuvo una acogida social desigual. Es problemático calibrar hasta qué punto los asistentes a las fiestas interiorizaban el mensaje identitario y simbólico que en ellas se quería difundir, y hasta qué punto solo estaban interesados en la diversión y la recreación de la sociabilidad local, al igual que en los incentivos selectivos que suponían los servicios ofrecidos por las asociaciones de emigrantes. Pero podemos constatar mediante otros indicadores que la galleguización de las fiestas era paralela a un aumento del sentimiento galleguista entre la colectividad.

La emigración había creado españoles entre muchos campesinos iletrados con poca conciencia de pertenecer a una nación antes de emigrar. Pero también había remodelado los referentes de identidad española ya preexistentes entre otros muchos migrantes que reafirmarían su españolidad como una opción racional ante el escaso prestigio social de que gozaba la etiqueta de *gaye-go* en la sociedad argentina. Igualmente, la emigración también había creado galleguistas, no de modo mayoritario pero sí en proporción más elevada que en la propia Galicia. Por algo Alfonso R. Castelao definió Buenos Aires en 1940 como la *Galicia ideal*. ¿Fueron creados esos galleguistas por la acción de las élites y los activistas nacionalistas actuantes en Buenos Aires, de modo

que el campesino descubría Galicia con otros ojos en el hemisferio austral, espoleado por los prejuicios acerca de los inmigrantes galaicos? ¿O bien se trataba de una identidad más fuerte que un tenue barniz de nacionalización española, que solo esperaba a aflorar en el exterior? Son preguntas que, por el momento, todavía no pueden ser respondidas de modo concluyente.

9. UNA APROXIMACIÓN A LA IMAGEN SOCIAL DEL EMIGRANTE RETORNADO DE AMÉRICA EN LA PENÍNSULA IBÉRICA (SIGLOS XVI-XX)

La conformación de estereotipos e imágenes de difusión popular acerca de los retornados de la emigración ultramarina durante la segunda mitad del siglo XIX y primer tercio del siglo XX constituye uno de los aspectos quizás peor conocidos de las múltiples facetas del fenómeno migratorio. A menudo despachado con algunas citas literarias extraídas de novelistas de gran éxito, se ha olvidado con frecuencia el importante papel que juegan las imágenes y los estereotipos en la conformación de las particulares visiones del mundo por parte de los actores, actuando a su vez como factores condicionantes en la toma de decisiones en un contexto de racionalidad más o menos limitada, e intervienen en su agencia individual y social. En este sentido, es ya un tópico de la investigación en ciencias sociales sobre el fenómeno migratorio el señalar la importancia del *efecto imitación*, es decir, la percepción del éxito de los emigrantes retornados –temporal o definitivamente– y de su impacto en la sociedad de origen, introduciendo nuevos hábitos de consumo, nuevas costumbres, ideas y recursos materiales e inmateriales, a la hora de evaluar el peso de los condicionantes macroestructurales y microestructurales que intervienen en la decisión –individual o del grupo familiar– de emigrar.

La percepción del éxito o del fracaso de los que vuelven, y su influjo en la conformación de un patrón imitativo, estaba a su vez mediatizada por un tamiz de experiencias propias, de ideas adquiridas en el proceso de socialización de los futuros emigrantes, y de un imaginario popular más o menos difundido socialmente que elaboraba una o varias imágenes de América, de los «indianos» o «americanos» y del éxito o fracaso de la emigración. Y esas ideas adquiridas ejercieron un papel de filtros, de moldes –que conformaban, podríamos decir, un *habitus* a la manera teorizada por Bourdieu– a través de los cuales se percibía la realidad, siempre compleja y cambiante. Por otro lado, esas imágenes no surgen por generación espontánea: actores con intereses particulares y cosmovisiones específicas codificaron y elaboraron estereotipos y visiones del retornado, acuñando características y personajes fijos que más tarde cobraron una cierta autonomía discursiva y evolutiva.

Aproximarse a la imagen del «indiano», o más genéricamente del retornado de América, en la Península Ibérica, obliga asimismo a adoptar una perspectiva de larga duración. Pues, aunque la emigración masiva de españoles a América comienza realmente en el último tercio del siglo xix, las imágenes sobre el indiano que transmite la literatura popular de esa época son de gestación anterior, y se retrotraen al siglo xvi, cuando la figura del retornado de América comenzó a hacerse popular en géneros literarios de cierta difusión social, como el teatral. Los atributos de los personajes indianos se mantienen con una continuidad icónica sorprendente hasta principios del siglo xx, produciéndose un fenómeno de generalización social descendente de estereotipos antes reservados a unos cuantos privilegiados.

El retornado de Indias, prácticamente desde el primer viaje de Colón en 1492, cargado de baratijas y muestras de productos americanos, y acompañado de algunos indígenas para demostrar la existencia del Nuevo Continente, destacaba por su carácter exótico, su exhibición de fruslerías, sus atributos externos de riqueza y la posesión de elementos considerados típicamente americanos, desde plumas hasta loros o monos. Algo semejante se puede observar en las imágenes iconográficas del indiano en el imaginario popular del Norte de España en el primer tercio del siglo xx. Por poner un caso, se suponía que *todos* los americanos traían un loro de vuelta —lo que es hartamente dudoso si retornaban de países tan poco exóticos en clima o costumbres como las zonas urbanas del Río de la Plata—. La imagen adquirida se imponía como sustituto de la realidad vivida, algo perceptible muchas veces en los relatos autobiográficos o en la memoria oral de los propios protagonistas de la emigración, a la hora de recrear cómo eran los retornados de América en sus parroquias o pueblos de origen. ¿Se trataba de un reflejo fiel de la realidad o de una imagen deformada, producto de la contemplación de esa cambiante y contradictoria realidad, a través de un filtro alimentado por imágenes preconcebidas y difundidas a través del teatro, el refranero popular, la caricatura o más tarde el cinematógrafo?

En este artículo nos limitaremos a exponer un ensayo de interpretación de evolución de las imágenes que se forjaron del indiano a partir de la época colonial, avanzando una tipologización para la época contemporánea.

Las imágenes y los estereotipos son, en sí, un fenómeno ambivalente: si por un lado los tipos literarios e icónicos sufren una evolución autónoma una vez consagrados dentro de un género, independientemente de los cambios en la realidad empírica que les sirvió de base en su momento de gestación, por otro lado han de mantener una mínima verosimilitud para ser creíbles y, por lo tanto, socialmente eficaces e identificables por el público receptor. De ahí que, sobre los moldes heredados, la polifacética realidad de la emigración interaccionase en cada época concreta con las imágenes preconcebidas, dando lugar a nuevas interpretaciones y/o reformulaciones de los mismos estereotipos.

LA FORMACIÓN DEL ESTEREOTIPO DEL INDIANO EN LA EDAD MODERNA

La figura del indiano comenzó a hacerse habitual en los géneros literarios de mayor difusión social en el segundo tercio del siglo xvi. En 1544, el indiano de México hace su aparición estelar en la comedia *Selvagia* (Alonso de Villegas), y en 1547 Lope de Rueda ya ridiculiza el afán hiperbólico de los ricachones indianos por retratar el nuevo mundo en *La tierra de Jauja*, argumento que se repite en *El Crotalón* (1553) de Cristóbal de Villalón, y en *Viaje de Turquía* de Andrés de Laguna (ca. 1554-57) (Moríñigo 1946: 36-39). Ya en esa época los retornados de América, todavía un tipo social muy minoritario, comenzaron a hacerse presentes en la vida social española, tanto los fracasados como, sobre todo, los paradigmáticos enriquecidos o «exitosos», y su impacto en las comunidades locales de partida —a través de su ejemplo, ostentación e inversiones— presentaba ya a mediados del siglo xvi la opción de la aventura americana como una vía para conseguir ascenso social y riquezas, como bien se ha mostrado para el caso extremeño (Altman 1989: 247-74; Fair 1972).

La palabra *indiano* se utilizaría como sinónimo del peninsular que vuelve rico de América —según la acepción recogida en 1611 por el *Tesoro de la lengua castellana o española* de Sebastián de Covarrubias—, pero no ha nacido allí, y durante los dos siglos siguientes tuvo sinónimos como *perulero* (que vuelve del Perú) o, en ocasiones, *chapetón*. Su caracterización como tipo teatral consistía en un personaje rodeado de criados, ataviado con trajes

ostentosos, joyas vistosas, objetos de oro y metales preciosos, llevando un papagayo o un mono y con plumas en el sombrero. Y, por lo general, era un segundón de familias hidalgas, o un plebeyo que, enriquecido, aspiraba a ser cortesano o a comprar un título de nobleza. De ahí que, particularmente en autores como Lope de Vega, el indiano representase un peligro de corrupción de las hidalgas virtudes de la nobleza y de las élites hispánicas. Pues se trataba de un personaje de origen humilde y pobre, que había emigrado a las Indias con ánimo de lucro o por huir de la Justicia, entregándose al vicio y placeres exóticos en desconocidos parajes, enriquecido con métodos desconocidos y supuestamente inmorales (tráfico de esclavos, crueldad con los indígenas, contrabando, etc.), y que volvía a la Península hecho un ser presuntuoso, que exageraba todo lo que había visto en América, falto de cultura e ignorante de cualquier otro valor que no fuese el crematístico, avaro y guardoso (Brioso Santos 1998: 423-34; Díez Borque 1976: 216-18).

Es cierto que tanto en Lope de Vega –uno de los dramaturgos que contribuyen a fijar en el teatro el personaje del indiano– como en Tirso de Molina, así como en alguna de las novelas de Miguel de Cervantes, el tratamiento de los indianos difiere un tanto según la época vital y las experiencias personales de los autores, y no dejan de reconocerse una cierta complejidad y hasta contradicciones en su caracterización –pues podían también ser avaros y generosos, arrojados o cobardes–. Pero los indianos eran, para los autores clásicos del Siglo de Oro español, un vehículo para expresar su crítica a los nuevos valores que estarían amenazando las cualidades tradicionales de la sociedad hispánica. El retornado de América se convertía así en símbolo de nuevos vicios como la avaricia, el materialismo, la vulgaridad, el poder corruptor del dinero y la falta de respeto por las jerarquías, males de lo que se hacía responsable –en mayor o menor medida– a la aventura de Indias, y que contendrían en germen los síntomas de la decadencia posterior del imperio español (Martínez-Tolentino 1991; Urtiaga 1965).

No obstante, sobre la base de las características fijadas por Lope de Vega, Tirso de Molina y otros autores menores, y popularizadas en el teatro menor de los siglos XVI y XVII en escala descendente, menos rica en matices y estereotipada (Rípodas Ardanaz 1991: 9-67), en el siglo

xviii se registra una menor presencia del indiano como personaje teatral, e incluso un retroceso de su importancia. Pero también tuvo lugar una creciente vulgarización de su caracterización hasta convertirlo en un arquetipo caricaturesco de aparición recurrente en el teatro menor, al igual que ocurría en el Portugal de la misma época, de expresión preferente en entremeses, sainetes y tonadillas, de gran aceptación popular tanto en la Corte como en las ciudades provincianas. El indiano dieciochesco aparece ahora como un individuo provinciano, ricachón tras años de privaciones en las Indias, petulante y fabulador a la vez que crédulo, de vestimenta ridícula a fuer de extravagante. Aun encerrando cierta variedad interna, los indianos que aparecen como personajes teatrales principales o secundarios entre 1720 y 1806, responden al mismo tipo forjado en el siglo xvi (Rípodas Ardanaz 1986: 1-61).

LA REACTIVACIÓN Y VULGARIZACIÓN DEL TÓPICO DURANTE EL SIGLO XIX

Entre la emancipación de las colonias americanas y el comienzo de la corriente emigratoria hispánica hacia América, la imagen del indiano deja de ser un elemento frecuente en la publicística, exceptuando quizás las esporádicas alusiones a los retornados de Cuba a mediados del siglo xix. Pero es sobre todo con la nueva oleada de emigración ultramarina, cada vez más masiva, hacia el Nuevo Mundo que los estereotipos heredados se reactiva. La mayoría de las semblanzas literarias, periodísticas y publicísticas en general de la segunda mitad del siglo xix sobre la figura del retornado se centran casi exclusivamente en el triunfador, en el petulante y el ricachón, figura que posee ya claros antecedentes en la época colonial.

Desde mediados del siglo xix la figura del indiano acomodado comenzó a hacerse habitual en amplias zonas de Galicia y en la franja cantábrica de España, así como en Cataluña. Por poner un ejemplo, el político liberal gallego Alfredo Vicenti describía en 1875 a aquellos vecinos que habían adquirido en la emigración un modesto capital cuando acudían a las ferias aldeanas, retratándolos como arrogantes fantoches llevados de su deseo de hacerse notar, que causaban impresión entre los sencillos aldeanos que fatuamente les admiraban:

Concurren llevados por su imbécil amor propio con el deseo de exponer a la pública envidia la faja de seda, el reloj de similar y los doblones adquiridos ochavo a ochavo en el muelle de Cádiz o en las esquinas de Montevideo. «Donde esté yo, nadie paga», se complacen en gritar medio beodos, perorando en el puesto de bebidas ante un círculo de labradores emboados. Y es entonces cuando aparece el monedero falso pidiendo cambio para un centro, y se sonríe deslumbrada por el brillo de la plata la doncella. (Vicenti 1984: 86).

Varios testimonios de la España cantábrica y atlántica inciden en imágenes similares, al igual que algunos relatos autobiográficos y/o novelados. El influjo de los «indianos» enriquecidos en las aldeas de Asturias y Galicia era señalado hacia 1879 por Fernando San Julián, quien estimaba que por cada retornado de éxito emigraban cien personas, que «como los jugadores de lotería, ven y conocen al ganancioso, al que obtuvo el premio; pero no ven el inmenso número de los que perecen por allá sin haber encontrado esa circe injusta, malévola y engañadora, que el mundo llama fortuna».¹⁹⁷ Semejantes tipos retrataba Rosalía de Castro en 1866. Y personaje omnipresente en las ferias y mercados gallegos desde fines del XIX serían dos o tres indianos con una corte de fatuos admiradores a su alrededor, despachándose en una mezcla de gallego y castellano criollo (Castro 1980 [1866]; Portela Pérez 1896: 30). Incontables son asimismo los testimonios autobiográficos de emigrantes en los que los indianos finiseculares aparecían como uno de los factores catalizadores de su decisión de emigrar (Vejo Velarde 1976: 45-48; Fernández Saavedra 1986: 18-19).

Estos testimonios coincidieron en el tiempo con la reactivación del estereotipo heredado de la Edad Moderna, convenientemente actualizado y adaptado en cuanto a atributos externos, y al mismo tiempo que «aplebeyado», por expresarlo de algún modo, lo que reflejaba la extensión de la figura del retornado a capas sociales más amplias y de inferior posición económica y/o cultural, particularmente el campesinado de las zonas rurales del Norte. La caricatura de los indianos que volvían a sus aldeas de origen ocultando

197 210 F. San Julián, «De la emigración en Asturias y Galicia», *La Ilustración Gallega y Asturiana*, vol. I (1879), p. 74.

sus años de privaciones en América y aparentando unas riquezas que dis-
taban de poseer, pero dejándose querer y admirar por la imaginación de sus
convecinos, que retrataba Antonio Ferrer del Río a mediados del XIX (Ferrer
del Río 1945 [1851]: 57-77), dejó paso a la más cruel del indiano *habanero*
como negrero y déspota badulaque que solo cedía a liberar a su esclavo como
condición impuesta por la criada que pretende, que registramos en tiempos
del Sexenio Democrático (Segovia 1871). Este icono llegaba al extremo en
los novelistas asturianos y cantábricos del realismo y del regionalismo cos-
tumbrista (Armando Palacio Valdés, Leopoldo Alas *Clarín*, más tarde Ra-
món Pérez de Ayala y José M.^a Pereda), así como en Benito Pérez Galdós.
Estos últimos centraban sus invectivas en el presuntuoso indiano enriqueci-
do que había ascendido de campesino analfabeto a ricachón sin distinción ni
alcurnia, hablantes de un idioma exótico y aderezados con atributos exóticos
que recogían parte de los elementos ya presentes en la literatura del Siglo de
Oro —el loro, la vestimenta suntuosa, la tendencia a fanfarronear— y añadían
otros nuevos: el sombrero de pajilla y *jipijapa*, el chaleco, los mostachos exa-
gerados, el reloj con cadena, más tarde el gramófono.

Empero, la imagen negativa del indiano tenía un contrapeso frecuente
en el «americano», denominación más extendida en el Norte peninsular.
Era éste en el fondo un personaje que, aunque cómico en sus manifesta-
ciones exteriores, no dejaba de ser una víctima de una desgracia secular y
ajena a su control, pero que contribuía eficazmente a modernizar sus pue-
blos de origen con sus riquezas y su magnanimidad, gracias a su aquilatado
patriotismo en el destierro (Pérez de Castro 1977: 21-24; Ruiz de la Peña
1993: 182-85). La imagen correspondiente al indiano español en la litera-
tura portuguesa, el *brasileiro* del Norte de Portugal, a lo largo de la segunda
mitad del siglo XIX —y particularmente en escritores como Camilo Castelo
Branco— presentaba unos rasgos muy semejantes, acentuándose aún más,
si cabe, sus características negativas y los elementos del estereotipo carica-
turesco, forjado un poco más tardíamente que en España, hacia el siglo
XVIII (Silva Brummel 1987: 47-64, 108-41; Rego 1961; César 1969).

La valoración del indiano cambió sustancialmente después del De-
sastre de 1898. Con anterioridad a esa fecha, predominaba el estereo-

tipo heredado de la época colonial: el ignorante vanidoso y advenedizo, enriquecido pero holgazán, sinónimo de decadencia. Había matices en su tratamiento particular según los autores: desde el desprecio pequeño-burgués de unos, como Palacio Valdés, hasta la nostalgia de las tradicionales jerarquías sociales y el temor ante la disolución del mundo rural patriarcal de otros, apreciable en José M.^a Pereda y, con matices, Emilia Pardo Bazán.¹⁹⁸ Con posterioridad a 1898, al compás de la nueva revalorización del potencial regenerador de las colectividades de emigrantes en América iniciada por los regeneracionistas (Rafael M.^a de Labra, Rafael Altamira, Adolfo Posada, y otros), pasó a predominar una imagen más amable del indiano como posible esperanza de renovación y modernización de España. Se procedió entonces a destacar en los personajes indianos su aportación a la economía y al progreso de sus pueblos y regiones de origen, a través de su ejercicio de la beneficencia, su dotación de escuelas o sus inversiones (Gómez Ferrer 1989: 25-45). Percepción que iba a ser preponderante tanto durante la dictadura de Primo de Rivera como en el franquismo, cuando se llevaría a cabo toda una reivindicación de la figura del indiano como embajador extraoficial de España en América (Cué Romano 1950; Pereda de la Reguera 1968).

No obstante, la imagen ambigua y cambiante del retomado también tenía antecedentes con anterioridad al desastre finisecular. Así, aunque Pérez Galdós no ofrecía un retrato muy amable del indiano en varias de sus novelas, sí modificaba su tono al referirse en lenguaje periodístico a la obra de promoción de la beneficencia en las aldeas de Cantabria de los retornados triunfantes de América, a la vez que alababa en ellos que no hubiesen olvidado sus humildes orígenes (Pérez Galdós 1923: 49). Y ya en 1880 Eduardo González Velasco retrataba en su relato *Don Fabián Fabianes de las Cuestas Altas* cómo los buenos propósitos de un indiano benefactor,

198 Por ejemplo, las novelas *Don Gonzalo González de la Gonzalera* o *El sabor de la tierruca* de Pereda (Fernández-Cordero y Azorín 1970: 220-23). Un ejemplo de retrato descriptivo de indiano advenedizo llegado a notable rural por parte de un representante de la aristocracia tradicional en Vázquez de Parga y Somoza (1996 [1874]: 99-100). La imagen de los indianos en la obra de Emilia Pardo Bazán presenta igualmente numerosos rasgos negativos: son avejentados, presuntuosos, avariciosos y amantes de desposar mujeres muy jóvenes, rodeados de criados, etcétera (Velasco Souto 1987: 147-48).

retornado de Argentina, por dotar de servicios públicos y modernizar la agricultura de su aldea asturiana acabaron por fracasar debido a la cerrazón mental, las envidias y el espíritu desconfiado y poco cooperador de sus antiguos convecinos (González de Velasco 1880).

La tipología de personajes es sumamente variada. En muchas novelas y obras de teatro, el indiano o retornado de América es un personaje secundario, y a menudo se presenta de ellos una imagen ambivalente. Por regla general, cuanto mayor era la voluntad de estilo del escritor y más elevado y elaborado el género literario, menor era la fidelidad a los estereotipos circulantes en la sociedad. La aún reducida historiografía ibérica sobre la emigración de retorno nos muestra –al igual que ocurre en otras regiones europeas– un panorama sumamente variado de éxitos y fracasos, de retornados conservadores e inversores, ociosos y dinámicos, en el que no se ven reflejados con nitidez los tipos retratados por la literatura y el teatro. Del mismo modo, existe más de un único estereotipo –el indiano acomodado que vive de rentas– sobre el retornado de América, sobre todo si se atiende a los géneros literarios y periodísticos de mayor difusión, como mostraremos a continuación.

VIEJOS ESTEREOTIPOS, NUEVAS REALIDADES: PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX

Las imágenes iconográficas y literarias del «americano» retornado durante el primer tercio del siglo xx, es decir, en plena época de la emigración masiva hacia América, pocas veces destacaban la faceta cruel de la realidad de la emigración, de aquellos que solo volvieron a su tierra para morir de las enfermedades contraídas en ultramar. Esto se manifestó nítidamente en las imágenes pictóricas y en la caricatura periodística, donde sobresalían, sin duda, algunas de las caricaturas del político y artista gallego Alfonso R. Castelao (1886-1950). Castelao incidía en el tema de los fracasados –los que «moitas veces quedan no mar»–, de la madre que afirma que su hijo solo trajo de América una enfermedad, el «americano» flaco y avejentado que aún pretende aconsejar al orondo y sano campesino que vaya a América a hacerse rico; o el retornado fracasado y enfermo en su lecho de muerte que afirma: *Eu non quería morrer alá, sabe, miña nai?* Con menos frecuencia

(solo tres dibujos) trató Castelao el tema de los indianos enriquecidos, a los que, sobre todo en la estampa en la que un «americano» se asombra ante el espectáculo de un clérigo que sortea un jamón en el atrio de la iglesia, ridiculiza en su presuntuosa ignorancia de modo tan cruel como sarcástico: el indiano en cuestión, traje, reloj de oro con cadena, bastón y sombrero de pajilla, afirma «¡Qué falta de sivilisación! Ya ni los moros toman puerco y aquí se puja un jamón para las ánimas... África empieza en los Apeninos, según dijo Jehová» (Monterroso Devesa 1987).

Los tópicos e imágenes acerca de la figura del «americano» que ofrecen los testimonios contemporáneos o la literatura gallega de la época son bastante contradictorios. Con todo, tiende a predominar en la literatura de aquende el mar una valoración muy negativa de la figura del emigrante retornado. El escritor y periodista gallego Xulio Sigüenza llegaba a afirmar sarcásticamente en 1930 que «Todos conocemos al indiano. Desgraciadamente, todos nos hemos burlado de él. ¡Si tenemos hasta un teatro a base de su imbecilidad y analfabetismo! [...] No puede devolver cultura quien no la ha traído, porque a la América se vino a trabajar». Lo único que podría devolver el indiano a España era «su sordidez y su avaricia [...] que en la América ha desarrollado intensamente»; para más, el indiano que retornaba pudiente se convertía en un nuevo «foco de corrupción» que incitaba a los jóvenes a emigrar (Sigüenza 1930: 142-43). El retornado era presentado con frecuencia como un personaje presumido y fanfarrón que, para encubrir la ignorancia que aún le dominaba, adoptaba un tono de superioridad ante sus convecinos por el hecho de haber estado en América y de haber vuelto con algún dinero ahorrado. Ufanándose de saber un poco de todo, de adoptar los atributos externos de la modernidad urbana, y hablando una cómica mezcla de gallego o castellano con dialectalismos locales (asturianos, cántabros o canarios) y modismos latinoamericanos, el indiano era considerado en el fondo un personaje negativo, que había olvidado lo poco de bueno que podía tener antes de emigrar, generalmente sintetizado en la sabiduría tradicional del campesino.

En este argumento incidían los observadores más conservadores, como el clérigo lucense Ramón Castro López, para quien la pérdida de las cos-

tumbres, tradiciones y formas de vestir tradicionales conllevaba una alteración de la religiosidad del campesino. Simbolizaba esa decadencia en el «carnaval» en que, a su juicio, se habían convertido las aldeas de montaña, donde por influjo de los retomados imperaría el gusto por vestir con *smoking*, sombrero hongo o de *jipijapa*, frac y chaquet, incluso uniformes militares sudamericanos. Todo ello, combinado con zuecos y sones de gaita que entonaban pasodobles, simbolizaba también un mundo rural en transformación, lo que provocaba por reacción la nostalgia del viejo y armónico mundo rural:

Y esto [...] le hace a uno renegar de esas gentes ignaras y perversas que, en un afán de renovación, que predicán y no comprenden, van logrando ponerlo todo patas arriba en este mundo de maravilla, del cual la sencillez en las costumbres constituía el mayor encanto [...] Son los ladrones de la pureza campesina; los que llevan los disfraces a los cuerpos y el desencanto a las almas (Castro López 1923: 72-73)

Los retornados no solo introducían costumbres «exóticas», sino que sobresalían por su desprecio de las tradiciones, desde las gastronómicas hasta las musicales, de los lugares en que habían nacido. En el relato *A Palleta* de Avelino Rodríguez Elías se simbolizaba este comportamiento en el retornado Xermán da Corredoira, quien había hecho algún dinero en América —donde «adeprendera a vestirse un pouco decente, porque nin iso sabía cando fora pr'alá»— y pretendía ahora burlarse de un gaitero. Tipos semejantes —fantoques, presuntuosos e ignorantes— retrataba también, por ejemplo, el canario Isaac Viera en 1916.¹⁹⁹

Esa imagen, si cabe con una ironía todavía más sangrante, pero menos generalizadora y cargada de vivencias autobiográficas, se halla también en el caso de un escritor formado en la emigración, el ourensano Eduardo Blanco Amor (1897-1979). En el relato *O Salvamento*, este autor describía a los indianos —a través de la figura de un «tío Ramón»—, sobre todo a los que volvían adinerados, como «manifates vaidosos, cheios de vento», que solo sabían «facer comparanzas de todo, como si viñeran do paradiso e nós

199 Chuco de Canedo [A. Rodríguez Elías], «No turreiro. A palleta», *Boletín Oficial del Centro Gallego de Avellaneda*, 15.1.1913; Viera (1994).

estiveramos no esterco». Además de ello, el «americano» con dinero hablaba sin tino de todo, sobre todo de aquello de lo que no entendía, presumía de anticlerical y republicano y hablaba constantemente de la libertad, «unha das súas teimas, como se nós estivéramos na cadea», aunque distinguía siempre que podía entre libertad y libertinaje, entendido como falta de respeto a la propiedad. Aun así, diferenciaba Blanco Amor entre los que retornaban de Cuba, «máis sinxelos e coñistas», quienes se juntaban «coa mozarria do seu tempo e ían ás feiras a comer o pulpo [...] convidaban a beber viño nas tabernas e as copas no café», y los que retornaban de los demás países, avariciosos, trajeados y siempre quejumbrosos (Blanco Amor 1992a [1962]: 168-77; 1992b [1973]: 230-44). La caricatura podía llegar al extremo de considerar al indiano un pobre infeliz, bajo su apariencia de superioridad y su uso de un castellano cómico, pero al que es fácil engañar, como describe Xavier Prado *Lameiro* en una de sus obras teatrales, el indiano Roque de *Todo ten goberno* (Prado 1995: 165-94).

La valoración del emigrante fracasado acostumbraba a ser mucho más amable, a pesar de su realismo, en la literatura gallega. En otras zonas, como podía ser Asturias, los fracasados o americanos del pote, del chupete, de la maleta al agua o *del filo negru* se convertían en blanco preferido de la sátira popular (Roca Martínez 1990). Un buen ejemplo de aquella consideración amable es la obra del ex-emigrante coruñés en La Habana Xosé Lesta Meis, quien en alguno de los relatos de *Abellas de ouro* nos presenta la figura de la mujer cuyo marido no vuelve de la emigración y, a través de ella la falsedad del mito de América alimentado por las fantasías de los retornados a las aldeas o las cartas de los emigrados (Lesta Meis 1982 [1930]: 168-99). El mismo autor también narraba la falta de adaptación del emigrante retornado tras sufrir saudade de su tierra y grandes trabajos en América, especialmente en su novela *Manecho o da Rúa* (1926), cuyo protagonista se debatía entre su amor en La Habana y su nostalgia por Galicia, hasta que volvió a su aldea enfermo y sin dinero, sintiéndose extraño y solo, y acababa por morir de tristeza tras recibir por carta la noticia de la muerte de su novia habanera (Lesta Meis 1989 [1926]). En otros casos se ofrecía el retrato típico del anciano y filántropo indiano benefactor que ejercía de protector de la juventud

de su lugar natal, como el que retrataba literariamente Luís Peña Novo en un hermoso relato periodístico.²⁰⁰

Personaje crucial, en todo caso, en la mayoría de los relatos que narran la vuelta del «americano» fracasado es siempre la madre, invocada por el emigrado fracasado que muere en un hospital lejos de su tierra, o esperando en la aldea su hijo emigrado. Y, a veces, también aparece en ellos el amor de adolescencia que tras unos años ya no espera al retornado, quien precisamente volvía con unos ahorros y la ilusión de poder casarse y fundar una familia. En más de una ocasión, el resultado de la frustración del emigrante que retorna y comprueba que el mundo de su infancia que esperaba encontrar había cambiado totalmente en su dura ausencia es una profunda tristeza, la melancolía y hasta el suicidio.²⁰¹

Pero más allá de la visión literaria, oscilante entre la caricatura y el realismo, la sátira y la compasión, que seguía bebiendo en muchos de los esquemas heredados de siglos atrás, durante el primer tercio del siglo xx van a elaborarse y a menudo contraponerse tres aspectos nuevos que desbordan la imagen tradicional del indiano decimonónico de leontina de oro y botines blancos. Se trataba de imágenes que respondían al nuevo tipo de retornados creados por la emigración masiva en varias zonas de la península, internamente diferenciados y socialmente heterogéneos, con periodos de estancia en ultramar más cortos y que generalmente no retornaban como ancianos achacosos y rentistas.²⁰² Y, además de socialmente heterogéneo, el nuevo tipo de retornado –o, al menos, más *visible*, en cuanto la menor duración y el abaratamiento de los costes de transporte permitía elevadas tasas de regreso y frecuentes reemigraciones incluso en miembros de familias

200 L. Peña Novo, «No pazo do habanero», *El Pueblo Gallego*, 24.7.1927.

201 Vid. por ejemplo el relato «¡Suicida!» (Pérez Placer 1895: 55-62). O desde la otra orilla del Atlántico, las narraciones cortas del emigrante J. García Vázquez «Retorno», *Boletín Oficial del Centro Gallego de Avellaneda*, 15.3.1916, y del actor cómico A. Fernández, «¡Un emigrado!», *El Eco de Galicia*, 30.3.1900. En algunos poemas se establecía una analogía entre la madre muerta y Galicia: al retornar, el emigrado encuentra una Galicia que es una madre fría, que no da el cariño preciso a sus hijos expatriados y sigue sin mejorar su suerte. Vid. por ejemplo F. Sánchez García, «A volta d'o emigrado», *El Eco de Galicia*, 10.3.1907.

202 Así, se ha estimado que un 65,2 por ciento de los retornados en el periodo de la emigración masiva permanecieron un periodo de entre 2 y 10 años en América (Yáñez 1994: 225).

campesinas— iba a tener muy diversa incidencia sociopolítica y cultural en sus comunidades de origen. Así fue juzgado por los contemporáneos desde diferentes perspectivas ideológicas.

EL RETORNADO COMO AGENTE PERTURBADOR

Opinión extendida en la literatura y publicística del primer tercio del siglo xx era definir a los retornados como descreídos, irreligiosos y potenciales revolucionarios, que habían perdido en América el respeto por las tradiciones y que, influidos por el movimiento obrero argentino o cubano, la masonería y las «malas lecturas», se convertirían a su vuelta a la Península Ibérica en instigadores de ideologías subversivas. En ello continuaban y amplificaban una percepción que ya algunos novelistas del xix habían señalado: el indiano como agente disolvente del orden rural tradicional y de la sociedad patriarcal —siguiendo en parte aquellas trazas establecidas por el teatro del Siglo de Oro—. Pero si entonces eran ricachones sin alcurnia y anticlericales que se apuntaban a la revolución de 1868, ahora los retornados no solo eran nuevos ricos anticlericales. También eran anarquistas y socialistas, masones y de extracción social más baja, por lo que su potencial subversivo era aún mayor. El galleguista católico Antón Losada Diéguez resumía así en 1929 que los retornados «piensan sobre todo no anticlericalismo e con el fan unha mistura de socialismo hespañol, comunismo ruso e masonismo american». ²⁰³

Desde el clero, los testimonios eran aún más alarmistas. El ya aludido Ramón Castro López afirmaba que en el campo gallego, «donde se respiran aires puros y costumbres puras, a donde no llegaron las doctrinas de los sectarios de nuestros días, donde jamás penetrara el vicio y la corrupción de las grandes ciudades», el influjo de los retornados de América introducía entre sus convecinos, y especialmente entre los más jóvenes, el rechazo y desprecio de la «fe cristiana y las venerandas tradiciones de nuestros mayores», además de sembrar la discordia «en las más remotas y apartadas aldeas» a través de su prédica y «lecturas perniciosas» (Castro López 1923: 15; Eiján 1913: 55-58). Javier Vales Faílde, por su lado, deploraba en la emigración el hecho de que la mayoría de los que iban a América fracasaban allí y

203 A. Losada Diéguez, «No día», *Céltiga*, 25.7.1929.

no retornaban, «infelices que lloran desconsolados sus viudedades y orfandades en infectos tugurios», pero sobre todo que los pocos que volvían ejercían con su ejemplo «tan deletérea influencia en las creencias y en las costumbres» (Vales Faílde 1902: 38-40). Varios testimonios incidían en lo mismo para Galicia y Asturias (Casais Santaló 1915; Castroviejo 1912; Rosete 1913). A veces se presentaba a esos retornados sin dinero como el «Brasileiro» que evocaba en 1919 V. Loureiro, trayendo «amarela a súa cara, a y-alma fría, / e morto...xa sin vida o curazón», convirtiéndose en las zonas rurales en la vergüenza de sus familias: pese a vestir un «traxe bó, reló, y-uns pavos», gastaban todas sus energías en criticar a los curas, pues, como todos los que vovían de América, «cando volven, xa non queren/ que se lles fale d'igreja, nin de ceo, nin d'inferno inda qu'as portas o teñan./ Dicen qu'eso d'ouvir misa nos domingos e nas festas son cousas que fan os vellos porque xa son cousas vellos».²⁰⁴

Alguna base real tenían tales apreciaciones. La jerarquía eclesiástica gallega ya alertaba desde comienzos de siglo contra el «cambio brusco de ideas y costumbres que se opera en muchos de los que emigran a América, donde se consideran desligados de todos los deberes religiosos», para lo que el arzobispo de Compostela señalaba en 1907 como causas principales «la tibieza en la fe, los respetos humanos, el afán de riqueza y los compromisos adquiridos con las sectas masónicas», vicios que se traducirían en un mal ejemplo para sus familias y convecinos (Costas Costas 1996: 769-87). Y varios curas párrocos de la diócesis de Lugo señalaban en las respuestas a un cuestionario repartido a fines de la década de los veinte que todas las influencias «impías», desde matrimonios laicos a lecturas poco aconsejables, habían venido de América.²⁰⁵ En los mismos argumentos incidía el político conservador Augusto González Besada, quien cargaba las tintas en la ignorante petulancia de los emigrantes retornados, «Verdaderos salvajes que retornan a su patria más resabiados de lo que salieron, trayendo por toda ilustración unos ochavos más, por toda religión la pérdida de creencias»

204 V. Loureiro, «O brasileiro», *O Tío Marcos da Portela*, 3.ª época, 21.4.1919.

205 Cuestionario del obispo Balaurá al clero de la diócesis de Lugo, 1929, en Archivo Diocesano de Lugo.

(González Besada 1905: 26). Testimonios del género podrían multiplicarse (Risco 1980 [1930]: 157; Bell 1994: 20-23). Común a todos ellos es presentar al retornado de América como un agente de subversión del orden social vigente, tanto por sus nuevas costumbres –adquiridas en un medio urbano– como por sus nuevas ideas –mayor progresismo, laicismo y rechazo de los valores políticos y sociales hasta entonces imperantes, en especial del poder de las élites tradicionales: la Iglesia y los caciques rurales–. Y eran lamentos típicos del clero en otras regiones europeas de fuerte emigración transoceánica, como el país vasco-francés o las áreas de poblamiento polaco de Prusia Oriental (Lhande 1971 [1910]: 138-39; Walaszek 1995).

Sin embargo, estos argumentos no pueden ser siempre aceptados de modo literal. En ellos interviene la propia percepción de los autores contemporáneos, quienes tendían a exagerar o deformar costumbres, ideas y creencias a las que se oponían. Así sucede con el frecuentemente aludido «masonismo» de los retornados, uno de los argumentos esgrimidos por parte de los publicistas conservadores para denunciar su carácter revolucionario. Ciertamente es que la masonería experimentó una penetración importante entre los «americanos», quienes por lo general ingresaban en las logias en América y después continuaban siendo miembros activos en España. Pero ser masón en la España de la Restauración y en la América de la misma época no significaba la mayoría de las veces mucho más que adherirse a una «moda» extendida, que operaba como rito y lugar de sociabilidad de una élite librepensante que profesaba un republicanismo más o menos diluido, y que mediante esos rituales afirmaba su conciencia de grupo (Núñez Seixas 1998a: 331-33; Valín 1994: 127-33; González Raposo 1999). Tampoco faltaron donativos de «americanos» para la reconstrucción de iglesias, cementerios y casas rectorales, para compra de imágenes religiosas, etc. Y un modo de demostrar el ascenso social ante los convecinos era para los «indianos» el participar en las tradicionales pujas por el honor de llevar las varas de delante y detrás de la peana al final de las procesiones (Lisón Tolosana 1974: 368-69).

¿Eran *revolucionarios* los que volvían de América? No hay duda de que los retornados jugaron un papel galvanizador de la acción colectiva en va-

rias zonas de España, desde la primera década de este siglo, sobre todo en las zonas rurales de la franja cantábrica y Galicia. En función de ello, no ha de extrañar que desde el agrarismo gallego, por ejemplo, los retornados fuesen contemplados como la gran esperanza, es decir, los cuadros posibles de un movimiento que estimularía la supuesta pasividad de los campesinos. El entonces socialcatólico Luis Peña Novo ofrecía en 1913 una visión triunfalista del papel renovador de los retornados: si habían sido los «predilectos de la raza» quienes habían emigrado antes a América, porque «aquí no encuentran campo donde germinen sus fuerzas», cuando tras años de trabajo duro pero forjador de recios caracteres y de profundas convicciones democráticas el emigrante retornaba de América, donde «las almas vencen como los cuerpos, la cultura se cotiza aún más que la fuerza [...] no es lacayo de ningún político, ni rinde homenaje más que al trabajo», al volver a España no podría aguantar la «indolencia de las gentes, este vandalismo de los caciques», convirtiéndose en apóstol de las virtudes del asociacionismo, de la formación cultural y cívica y de la acción común. El diputado hispano-cubano Rafael María de Labra, en un debate en el Senado español, reconocía la creciente importancia de los retornados, que a la altura de 1912 ya no eran los «indianos» exóticos y adinerados del 98, sino que representarían «un elemento social, y pronto serán un elemento político».²⁰⁶ Sin embargo, cabe preguntarse en qué medida las exaltaciones del papel innovador de los retornados por parte de observadores liberales o republicanos coetáneos no revelaba, como en la Italia de la época, una consciente voluntad de presentar al «hombre nuevo», forjado en la emigración, como el antídoto más eficaz contra la revolución, y el instrumento más adecuado para mantener el cambio y el progreso bajo control (Cinel 1982: 72-74).

¿Hasta qué punto testimonios como los citados constituían una evaluación real de lo que ocurría, y no una sobrevaloración de casos aislados? A esa cuestión solo podemos responder por ahora de modo cualitativo, y extrapolando a partir de las conclusiones de los escasos estudios microhistóricos disponibles. Para el caso gallego, existe una correlación posi-

206 L. [Peña Novo], «Hablar por hablar. Las dos emigraciones», *El Ratón*, Vilalba, 5.7.1914; debate en el Senado español el 20.6.1912, reproducido en «Hispano-americanismo», *Boletín de la Unión Hispano-Americana Valle Miñor*, 35, agosto 1912.

va entre la existencia de sociedades locales y comarcales de emigrantes en América, la presencia de emigrantes retornados y la fundación de sociedades y sindicatos agrarios y, en menor medida, de sociedades obreras y de oficios varios, en zonas rurales y semiurbanas. Junto a los canteros, obreros a tiempo parcial de periferias urbanas que se insertaban en nuevos marcos de relación social y aprendían nuevas estrategias de acción colectiva, y algunas élites ilustradas que vivían a caballo del mundo urbano y del rural (profesiones liberales, maestros, etc.), los «americanos» eran elementos directores y dinamizadores del agrarismo, especialmente de las sociedades agrarias «neutras» y/o de orientación republicana. Pero la agencia social de los retornados también dependía de otros factores: su propio nivel de éxito o fracaso, sus experiencias asociativas y políticas en ultramar, el grado de movilización sociopolítica existente en sus lugares de origen, y la estructura de oportunidades a nivel local (Núñez Seixas 1998c 1999a). Es posible que la tónica sea semejante en otras regiones peninsulares, aunque carecemos de estudios monográficos que nos lo confirmen.

EL «AMERICANO» COMO NUEVO CACIQUE

El colectivo de los retornados no solo estaba compuesto de «revolucionarios» o agitadores anticaciquiles. También se pueden aducir ejemplos del fenómeno contrario: de la emigración. de retorno como agente renovador de las viejas élites locales, a las que proporcionaba cuadros de recambio reclutados entre las nuevas capas de «americanos» enriquecidos después de un tiempo en América. Hubo igualmente abundantes casos de retornados que, tras una etapa de actividad anticaciquil acabaron por integrarse en el sistema político de la Restauración, o por acceder al poder local durante la Dictadura de Primo de Rivera, para después militar en formaciones conservadoras y hasta antidemocráticas (Núñez Seixas 1998a: 348-52; De Goeje 1997). La vía alternativa seguida por los «retornados» para acceder al poder local a través de la promoción del asociacionismo agrario podía llevar a muchos de ellos a cambiar de comportamiento e intereses en pocos años, sobre todo si a una posición económica más o menos desahogada añadían su experiencia organizativa y asociativa y un nuevo capital relacional. Inclu-

so, no faltan testimonios contemporáneos que criticaban amargamente la conducta de los «americanos» de buena posición y cierto caudal adquirido en ultramar que, una vez retornados, no constituirían un revulsivo o factor de progreso, sino que se convertirían en un factor más de parálisis y reforzaban el poder de los caciques tradicionales, ya que solo buscarían alianzas políticas, comerciales o incluso familiares con estos, cuando no perseguían convertirse ellos mismos en nuevos caciques.²⁰⁷

No obstante, si volvían a América se deleitarían en comentar el atraso y falta de civilización de sus lugares de origen, lamentando la falta de progreso de España (Pajares 1931). Caricatura que se correspondía en parte, como veremos, con la mirada crítica que de la realidad española solían tener los intelectuales, periodistas y activistas políticos españoles de distinta tendencia que residían en América.

En parte, esto ocurriría porque, como recordaba Xosé Lesta Meis,²⁰⁸ muchos «americanos» que habían pasado media vida trabajando duro para poder volver a España con una posición respetable retornaban dispuestos a vivir de rentas y poseídos de un anhelo no disimulado de demostrar su ascenso social ante sus convecinos. Para ello, imitaban en su comportamiento social a la pequeña nobleza rural, a los tradicionales caciques e, incluso, intentaban enlazar con familias de alcurnia. Como parte de esa estrategia social, practicaban la filantropía, donaban dinero para levantar hospitales o asilos en su lugar natal y, conocedores del mundo urbano y de los servicios públicos, contribuían a la construcción de aceras o del alumbrado público. Incluso, pese a ser poco religiosos, daban generosas limosnas para reparar la iglesia del lugar y se construían si podían un gran mausoleo en el cementerio parroquial para perpetuar su memoria. Con ello, esos «americanos» cumplían también de paso con su conciencia, lo que muchas veces acababa por ser una suerte de «amor de anticuario» por España. Y, por tanto, poco interés podían tener en combatir a los caciques, sino que parte fundamental de su estrategia de ascenso social consistía, precisamente, en llevarse bien

207 Vid. por ejemplo M. Montero, «Galicia valdrá lo que valgan los gallegos», *Eco de Galicia*, La Habana, 20.8.1922.

208 X. Lesta Meis, «De mi tierra. El patriotismo de algunos “americanos”», *Eco de Galicia*, La Habana, 18.6.1922.

con ellos. Por lo que caer en la acomodación al retornar a España era la opción más frecuente.²⁰⁹

De hecho, el estereotipo caricaturesco en la literatura popular solía presentar al retornado petulante e ignorante que había aprendido algunas letras y acumulado algún dinero en América como el peor de los caciques una vez que accedía al control del ayuntamiento. Un ejemplo podía ser el *Xerónimo Trincacodias* descrito por Avelino Rodríguez Elías. Tras volver de la emigración, Xerónimo ya solo frecuentaba la compañía del médico, el cura y el maestro, «porque decía qu'os demais nin xiquera sabían falar». Al poco tiempo entró en política y «púxose ó lado d'os caciques grosos d'a provincia», convirtiéndose en el cacique de la aldea y ganándose la animadversión de los vecinos pues, además de gobernar para su beneficio desde el ayuntamiento en cuestiones de impuestos y contribuciones, su petulancia llegaba al punto de pretender bautizar una calle con su nombre. Semejante era la historia de Cipriano, un emigrante analfabeto e ignorante en Buenos Aires que, tras sufrir desprecios y burlas sin fin, consiguió ascender de empleado a instalarse por su cuenta como comerciante, tacañeando el último peso: para él, el «tener plata» se convirtió en el único criterio de ascensión social y el único valor aceptable. Un día volvió a su aldea ricachón, cargado de fruslerías y hablando un pintoresco lenguaje. Al cabo de unos años, don Cipriano se hizo una nueva casa, instaló en los bajos una tienda y se convirtió en el principal prestamista del lugar. Con ello, en parte por su ejemplo y en parte por necesidad de satisfacer las deudas con él contraídas, los jóvenes emigraron en masa a América.²¹⁰

No obstante, cabe juzgar muchos de estos testimonios con distancia, pues el término «cacique» en la España anterior a 1936 era ubicuamente utilizado

209 Así, el periodista gallego de La Habana Salvador Liste Mourenza recordaba en 1922 que hasta muchos emigrantes «que a nuestro lado compartieron las ideas de paz, justicia y libertad gallegas» y que se habían visto forzados a emigrar de sus lugares de origen por la persecución caciquil, no tenían inconveniente tras retornar a Galicia en hacer amistad «con los verdaderos ladrones de nuestros intereses patrios». S. Liste Mourenza, «Ecos de Galicia», *Galicia*, La Habana, 23.9.1922.

210 Chuco de Canedo [A. Rodríguez Elías], «No turreiro. ¡Que aproveite!», *Boletín Oficial del Centro Gallego de Avellaneda*, 15.9.1913; J. Ojea, «Un regenerador de la patria», *Almanaque Gallego para 1907*, Buenos Aires: Impr. El Correo Español, 1906, pp. 82-85.

por muchos actores del juego político con un fin descalificativo. Podía ocurrir que los retornados, que en la segunda década del xx escogieron la vía de la movilización a través de las sociedades de agricultores como camino alternativo para acceder al poder local, acabasen por romper con las asociaciones de Buenos Aires o La Habana que venían apoyando sus fines, ya que a menudo los todavía emigrantes exigían un mayor radicalismo y una orientación izquierdista que no estaban dispuestos a secundar los retornados que ya habían accedido a cargos, por pacto con las élites caciquiles –que facilitaban la integración de concejales agrarios en el gobierno municipal sin elecciones previas, con lo que estos pasaban a ser copartícipes de la gestión y de sus irregularidades–. Los retornados pasaban así a convertirse, en la óptica de las élites emigrantes que en América contemplaban la evolución política española, en unos «nuevos caciques» (Núñez Seixas 1998a: 358-60).

A pesar de todas las limitaciones apuntadas, esos «americanos» con fortuna también jugaban un papel modernizador. Ciertamente era que con ello buscaban ante todo un reconocimiento de su nueva posición social dentro de las comunidades a las que se reincorporaban, y que en más de un caso la vanidad de verse reconocidos como benefactores del lugar natal era un móvil principal en su proceder. La suntuosidad de las construcciones promovidas por los «americanos», su promoción de las obras públicas y la beneficencia, ha de entenderse también en el contexto de la búsqueda de rentabilidad social, del reconocimiento por parte de sus vecinos y de las élites tradicionales, para las que los enriquecidos retornados eran unos advenedizos sin alcornica. Fenómeno señalable tanto para Galicia como para Asturias y Cataluña (Uría González 1982; Bermejo Lorenzo 1998; Erice 1995: 128-29; Domènech 1993).

Sin duda, en la preocupación de los emigrantes y de los retornados por dotar de servicios públicos a sus villas y aldeas de origen –desde la traída de aguas hasta la atención sanitaria–, o con su ejercicio de la beneficencia, contribuían en mucho a paliar la insuficiencia del papel modernizador del Estado. La existencia de una correlación positiva entre la presencia de emigrados y el surgimiento o desarrollo de asociaciones agrarias y/o obreras, de candidaturas anticaciquiles y agrupaciones republicanas o socialistas en el

medio rural no implicaba que todos, ni siquiera que la mayoría de los emigrantes retornados, mantuviesen un comportamiento sociopolítico contestatario. Por el contrario, abundan los testimonios contemporáneos que desmitifican al retornado, incluso al que no alcanzó gran fortuna en ultramar y mantenía un fuerte compromiso político y social, presentándolo igualmente como presuntuoso, carente de concepción global de España e ignorante de otra realidad de la que conoció en su aldea y en su experiencia americana, por lo que su término de comparación era siempre desproporcionado. Así lo indicaban, por ejemplo, las quejas de los agraristas de Salceda de Caselas (Pontevedra) ante sus correligionarios porteños, recriminando que lo primero que hacían muchos retornados era cumplimentar al cacique y mantenerse alejados de la Federación Agraria local.²¹¹ El también agrarista Pedro Varela reconocía que, aunque la mayoría de los emigrados que retornaban a su A Estrada natal ejercían un influjo benefactor, «se han pulido adquiriendo una cultura, cuando no esmerada, muy aceptable y pasadera, y la propagan entre sus familiares, deudos y vecinos, lo cual redundará en beneficio general», siempre existía «algún fantoche con una porción de tierras en La Habana, extrañándose de que en La Estrada no haya tranvías eléctricos, telégrafo permanente y otras lindezas; y abrumándonos con un sin fin de ripios, galicismos y vicios de dicción» (Varela Castro 1923: 87). Caricatura no muy diferente de la que abundaba en la literatura popular italiana a lo largo del primer tercio del siglo xx, presentando a petulantes *americani* que contaban historias fantásticas sobre *Navaiorca* y *Broccolino* en una mezcla no menos cómica de italiano e inglés chapurreado, el a veces denominado *italglisch* (Perrini 1978 [1928]; Franzina 1996: 187-209; Crupi 1979).

Ese comportamiento poco acomodaticio con la sociedad de la que habían partido se debía también al desasosiego íntimo de los que retornaban, que en el fondo echaban de menos el mundo urbano y «moderno» donde habían adquirido preciosas experiencias vitales. Un irónico observador destacaba así que los retornados, pasados los primeros instantes de regocijo y reencuentro con familiares y amigos, no encontraban un fácil reacomodo

211 Carta de la Federación Agraria de Salceda de Caselas al Centro de Protección Agrícola de Salceda de Caselas en Buenos Aires, Parderrubias, 16.12.1917 (Archivo de la Casa Tui-Salceda, Buenos Aires).

en la mansa realidad del campo, por lo que tendían a «aislarse o buscar las relaciones de los americanos de su misma procedencia, con los que comparten sus desilusiones y sus penas [...] aburridos con el ocio a que los condena su posición de adinerados, y echando de menos, quizá, la vida agitada que acaban de dejar». De ahí que muchos de ellos optasen por volver definitivamente a América.²¹² Y es que el fastidio y aburrimiento de los que retornaban, como recordaba en las memorias de su viaje a América el escritor Eduardo Zamacois, era una suerte de contraemigración que se oponía al hambre física: era «hambre de ensueños, que hace temblar las almas... vosotros, los que fuisteis miserables y ahora sois millonarios, decidme: ¿cuál es peor de los dos?»; a fin de cuentas, la emigración era «agridulce... como la vida misma» (Zamacois 1913: 213).

Testimonios menos indulgentes preferían tachar a los «americanos» retornados a España de holgazanes, tacaños e incluso de «mal ejemplo» para la juventud, pues se limitarían a vivir de rentas. Pero en ellos surgía también una diferencia entre quienes triunfaron en América, que después tendían en España a la pasividad y al aislamiento, y quienes no acumularon fortunas en ultramar. Estos últimos se integrarían mucho mejor de nuevo en la vida peninsular e incluso «hallan aquí buen campo para desarrollar sus energías» en todos los órdenes, ya que, pese a no volver ricos, sí que retomaban con unas actitudes diferentes ante el trabajo, la vida social y la política.²¹³ Por esta razón, los primeros tenderían más bien hacia un cierto aislamiento –buscando la compañía de otros «americanos»– y un inconformismo sociopolítico más pasivo que activo, siendo el anticlericalismo una de las formas más externas y espectaculares de manifestar su progresismo, mientras en el resto de su comportamiento el conformismo y la búsqueda de la integración en la élite política local sería lo usual. Castro López proporcionaba numerosos ejemplos de la «política de gestos» de que solían hacer uso muchos «americanos» en su parroquia, como negarse a ir a la iglesia, mostrar desgana en la misa dominical o no descubrirse el sombrero al paso de una

212 F. Martínez Santradán, «Los ches», *Almanaque Gallego para 1911*, Buenos Aires: Impr. El Diario Español, 1910, pp. 126-28.

213 Vid. por ejemplo J. Dávila, «Los galaico-americanos “retirados”», *Almanaque Gallego para 1913*, Buenos Aires: Impr. El Diario Español, 1913, pp. 33-35.

procesión. La sinceridad de ese ateísmo era discutible: «americanos» había que conjugaban en su dormitorio sin ver en ello contradicción una imagen de la Virgen del Carmen y otra de Ferrer i Guàrdia; y masones hubo que financiaron la construcción de iglesias en sus aldeas natales. De ahí también que en los años treinta la izquierda gallega retratase a los retornados como personajes negativos para el país, que solo se preocuparían de hacer una casa grande, llevar un loro y un gramófono y, eso sí, presumir de ateísmo.²¹⁴

LA VINDICACIÓN DEL RETORNADO: EL BUEN INDIANO

La valoración entre negativa y sarcástica del indiano de éxito, entre pezulante y renegado, por parte de la intelectualidad residente en España provocaba a menudo la reacción de los propios periodistas e intelectuales españoles emigrados en América. En la propia prensa española de América existían relatos sumamente críticos con los retornados. Pero los órganos periodísticos y los escritores españoles de la emigración también se lamentaban con frecuencia de la animadversión y envidia con la que los «americanos» eran recibidos por sus convecinos al retomar a sus lares, enfrentándose tras los primeros días de reencuentro con un «ambiente de hostilidad, mal disimulada, de sus convecinos» y los halagos a su vanidad por parte de quienes solo deseaban aprovecharse de los retornados, juzgados únicamente en función del dinero que traerían. Como recordaba el pedagogo republicano emigrado en Buenos Aires Ignacio Ares de Parga:²¹⁵

214 Vid. Castro López (1923: 9-11). Juan Arévalo Vieytes (1929: 37-39) se refería por su parte a un ejemplo de «laicismo» contestatario en el retrato de su amigo Andrés Varela, retornado de los EE. UU. en la aldea de Lorbé (Sada); el retrato negativo del indiano en los comunistas gallegos, para quienes «ca-seque todol-os indianos son ateos, pero non saben nacer razonamento da sea falla de crenzas. Son ateos por figuranza», en RACA, «A Galiza podre. Os indianos», *Nueva Galicia*, 30.5.1937.

215 He ahí el caso, por ejemplo, del relato de José M.^a Cao Luaces cuyo protagonista era Domingo Chideiro, un emigrante gallego que llegaba ignorante a América, aprendía a leer y escribir, y trabajaba duro en un negocio. Tras ahorrar algún dinero, Chideiro solo pensaba en entrar como socio en algún círculo social de la colectividad española, poder dar algún desplante a los recién llegados y volver de visita a su aldea, procurando que su nombre apareciese en letras de molde y en el periódico local. Vuelto a Buenos Aires, retornó a sus rutinarias tareas en el negocio donde trabajaba. Vid. J. Cao [Luaces], «Chideiro», *El Eco de Galicia*, 28.2.1900; en el mismo sentido, R. López de Haro, «Los americanos», *Suevia*, 28.6.1913.

Muchos van, tornan amorosos en pródiga peregrinación, al inolvidable hogar nativo, a recordar recuerdos, a saturar los pulmones con el vivificante oxígeno de la tierra, a colmar el alma de dulces placideces; a rendir, en fin, a la patria, el supremo homenaje de una vida amasada en el yunque de la experiencia y del trabajo fecundo.

– *Bob!, eche un indiano! Trae moito diñeiro?...*

Y tal es la salutación de bienvenida al patriótico retorno.

Algo semejante ocurría con el indiano –fracasado, recibido con decepción por sus familiares, pero obligado a aparentar riqueza para no sufrir el desprecio de sus convecinos– que era retratado con éxito por el escritor catalán Santiago Rusiñol, él mismo decidido reivindicador de la aportación de las colectividades emigrantes al país de origen (Rusiñol 1912). Es más, desde América se afirmaba a menudo que el culpable del efecto imitación no era tanto la presuntuosidad de los retornados como la presión de las familias y su desinterés en escuchar la realidad de la dura experiencia de la emigración. Argumento que podemos encontrar con frecuencia en las novelas y relatos del periodista asturiano residente en La Habana Constantino Suárez *Españolito* (1890-1941), tanto en su *¡Emigrantes!* (1915) como en *Un hombre de nuestro tiempo* (1931).²¹⁶

La reivindicación de la figura de los emigrantes y de los retornados por parte de los intelectuales y publicistas de las colectividades españolas en América recurría a varios argumentos. Uno de los más repetidos era la consideración del ascenso social de buena parte de los emigrados, que un día habían llegado a América casi analfabetos, como una muestra de las capacidades de España y del pueblo español en su conjunto y, por lo tanto, como un motivo de legítimo orgullo colectivo. Semejante argumento, en clave patrioter y panegírica de la emigración, se halla en el tratamiento de la figura del retomado por el periodista y novelista emigrado en Buenos Aires, José

216 En el primer relato incluido en su obra *¡Emigrantes!* (Suárez 1915), el protagonista, el asturiano Ramón García, hijo de labrador acomodado que retira a Ramón de la escuela, pese a ser el alumno más aventajado, por su necesidad de ayuda en la explotación familiar, es empujado a emigrar por la presión de su padre, pese a que un indiano retornado de Perú le advierte de que en América se hace dinero solo a costa de mucho esfuerzo y docilidad. Para el resto de obras de *Españolito*, vid. Roca Martínez (1992).

Costa Figueiras, quien calificaba a los emigrados como «legionarios del patriotismo» y escogía como protagonista de sus relatos a un hidalgo venido a menos, trasunto de los propios anhelos del autor. Pero, de modo más general, en los relatos de ficción publicados en la prensa española de allende el mar se insistía en la idea del sacrificio de los emigrantes anónimos de origen campesino, obligados a satisfacer las expectativas de mejora económica en ellos depositadas por parte de las familias que permanecieron en España, quienes no les perdonarían el fracaso.

De ahí el recurso literario a la figura del nostálgico emigrante retornado que, incapaz de aguantar por más tiempo la separación familiar, decide volver a su aldea, donde, para su sorpresa, es mal recibido por los suyos, que no le perdonan precisamente el no haber triunfado y no haber llamado a sus parientes para ir a América junto a él; o se reflejaba la decepción de la familia campesina al abrir una carta certificada de Argentina de uno de sus tres hijos emigrados, en cuyo interior no se enviaba el ansiado dinero, sino únicamente felicitaciones y una revista cultural. Era algo más que una imagen: Ezequiel Méndez retrataba en un reportaje en 1913 sus impresiones del viaje de vuelta en barco, lleno de emigrantes que apenas habían ganado en sus años de trabajo en América «el dinero para el pasaje y unas calenturas para toda su vida», y cuyo mayor temor era ser recibidos por sus parientes de manera fría y hostil.²¹⁷

Pero si este era un tema recurrente —el emigrante víctima de las expectativas en él depositadas por la familia que le espera en España—, también lo era el inverso: el emigrante retornado y adinerado, tras años de privaciones y trabajo allende el mar que, después de mucho tiempo sin volver, va a morir a su lugar natal, y responde en porteño a las preguntas en dialecto, en catalán o en gallego de su madre, quien siente que perdió un hijo a cambio de una supuesta felicidad material de la que ya no hay tiempo para disfrutar. Ya solo se volvía para morir.²¹⁸

217 S. Lorenzana, «La vuelta del emigrante», *A Terra. Boletín del Centro Gallego de Córdoba*, 20.11.1923; B. Rodríguez, «Carta da América», *El Eco de Galicia*, 10.2.1900; E. Méndez, «Los que vuelven. El pasaje de tercera», *Suevia*, 10.5.1913.

218 Vid. por ejemplo M. Fernández González, «El indiano», *A Terra. Boletín del Centro Gallego de Córdoba*, julio 1920; o A. Fernández, «O sono d-un emigrado», *El Eco de Galicia*, Buenos

Ambas imágenes son, en el fondo, complementarias. El mensaje subyacente venía a ser que el ascenso social y el triunfo en América eran tan importantes como no olvidar la vinculación con el lugar de origen y el beneficio de la colectividad de referencia —por utilizar términos mertonianos—. El buen indiano había de ser aquel que retornaba a tiempo de poder disfrutar del bienestar adquirido en ultramar e igualmente poder invertirlo de algún modo en la mejora de la situación de su familia y de su tierra, pues había combinado la demostración de su valía individual mediante su ascenso social en América con la ofrenda de solidaridad y amor a España (o a las regiones que fuesen), a su lugar de origen y a su familia y convecinos, y que asimismo mostraba con su triunfo la valía colectiva de los españoles. El colofón era, como el «Vicentiño» que idealizaba un colaborador de una revista gallega de Buenos Aires, por supuesto, que ese indiano enriquecido hiciese donaciones para construir una escuela, con lo que finalmente se convertía en un respetado y respetable Don Vicente en su aldea natal.²¹⁹

En la imagen del buen indiano elaborado por los intelectuales de la emigración, y también por algunos escritores españoles desde el último tercio del siglo XIX, como se puede apreciar en la comedia *El indiano* (1887) de Enrique Segovia Rocaberti, o en el boceto dramático del mismo título (1905) de Emilio Soldevilla, el mensaje fundamental consistía en destacar el triunfo postrero de la virtud sobre el egoísmo que por un momento había poseído a un emigrante enriquecido en América. El argumento de las obras teatrales que insisten en la vindicación del indiano bueno suele ser simple, moralizante y repetitivo, pero igualmente efectivo: el indiano que vuelve avejentado y está prometido a una chica más joven que él, o a su antigua novia de adolescencia, a la que se mantuvo fiel, se encuentra con que todo el mundo le adula y busca su protección, pero ya casi nadie le quiere, al haber muerto la mayor parte de su familia. Para más, la mujer que quiere desposar ya tiene otro novio. El indiano amenaza con desahuciar a la familia del pretendiente de su prometida, y este último toma la decisión de emigrar

Aires, 20.2.1899.

219 El Lazarillo del Manzanares, «Vicentiño», *Boletín de la Unión Hispano-Americana Pro-Valle Miñor*, abril 1914.

a América, para ver de conseguir lo que otros lograron. Pero en la escena final el indiano se arrepiente de su proceder, da su consentimiento a la boda de los jóvenes y solo pide a cambio, como el don Pancho de *El indiano* de Soldevilla, que los futuros esposos se conviertan en su nueva familia. En otro ejemplo, el retornado se vuelve a marchar a Buenos Aires después de haber invertido su dinero en buenas obras (entre ellas, una escuela) y de haberse negado a colaborar con el cacique del pueblo en explotar a los campesinos como usurero, como hace el Francisco de *El indiano* (1901), obra teatral de Xavier Santero, un auténtico asiduo de las plateas porteñas durante la primera década del siglo xx (Segovia Rocaberti 1887; Soldevilla 1905; Santero 1905; Cortina 1893). Al final, la moraleja era evidente: de nada valía ganar la fortuna en lejanas tierras, sin el cariño de la familia y sin poder beneficiar a la comunidad de procedencia; pero en América el indiano había aquilatado su amor por su tierra de origen como nunca habría imaginado. Y, pese a no reencontrar a su amor de juventud y haber muerto los suyos, fundaba escuelas, donaba fondos para asilos y hospitales y se rebelaba frente a los caciques tradicionales.²²⁰

Ese era el mensaje que gustaban de destacar los dirigentes de las colectividades españolas en América. Así, el presidente y el secretario del Centro Gallego de Avellaneda escribían con ocasión del estreno en Buenos Aires de la obra de Soldevilla que

El Gallego sufra privaciones o encuentre una vida holgada durante su emigración, no olvida jamás el terruño porque al ausentarse deja en él la mitad de su alma; y, si bien pueden existir excepciones como en toda regla, esas no son para tenidas en cuenta porque son muy raras entre los honrados y sufridos lujos de la región gallega.²²¹

Ese indiano constructivo se contraponía en ocasiones dentro del mismo relato al mal indiano, fanfarrón y egoísta (Fernández Pesquero 1915). Pero el altruismo y generosidad del indiano y su deber hacia España habían de sobrevivir a su muerte. Así se retrataba en el repetido recurso literario del

220 Vid. por ejemplo N. Díaz de Escovar, «Recuerdo de un emigrante», *España*, Buenos Aires, 12.7.1908.

221 «El Indiano», *Boletín Oficial del Centro Gallego de Avellaneda*, 20.8.1905.

emigrante que no podía retornar por hallarse ya muy enfermo, pero que confiaba a un amigo en el barco de vuelta el importe de los giros que debían mejorar la suerte de su familia, para que hiciese llegar a los suyos el fruto de sus trabajos en ultramar y les transmitiese el mensaje de que era «preferible mil veces vivir sin esperanza de ahorro en nuestra tierra, que vivir ahorrando, pero como bestia de carga, en la ajena». ²²²

El argumento de la decepción del retornado ante la realidad de su país se repite en numerosos relatos, y refleja sin más lo que era la profunda desilusión que invadía a más de un activista republicano residente en América al viajar a España y comprobar la falta de modernización del país, el deficiente grado de instrucción del pueblo o el escaso papel interventor del Estado. ²²³ En las composiciones literarias, el argumento acostumbraba a ser diáfano: los indianos hacían lo que podían, donaban fondos para crear escuelas y obras de beneficencia, sacrificaban su vida y su bienestar en bien de la comunidad, pero sus anhelos de renovación no eran comprendidos por sus convecinos. Estos últimos recibían con frialdad a los renovadores indianos, desconfiaban de ellos y sembraban la envidia a su paso; o no se organizaban colectivamente en la medida en que demandaban de ellos los emigrados, consumiendo su tiempo en tabernas y en una quejumbrosa pasividad, ²²⁴ y mostrándose incapaces de aprovechar los dones del indiano, dejando incluso agonizar su obra, como la escuela moderna fundada en Alcácer de la Sierra por el indiano que retrataba Julián Paz en 1908. ²²⁵

En estos casos, como en la novela *Los indianos vuelven* (1915) de Leopoldo López de Sáa, los retomados son presentados, de modo moralizante, como mejores y superiores a los que permanecieron en la aldea; hablan sin ridiculizantes modismos americanos, son más cultos y mejo-

222 A. Álvarez, «¡Pepe!», *Boletín Oficial del Centro Gallego de Avellaneda*, 10.4.1906.

223 Un buen ejemplo es el relato de viaje del republicano español residente en Rosario J. D. Infante (1920). En cierto sentido, también se inscribe en esta onda el conservador y corresponsal del diario *ABC* en Buenos Aires José M.^a Salaverría (1913).

224 Vid. por ejemplo los relatos con los que la sociedad asturiana *Naturales del Concejo de Boal* de La Habana pretendía criticar la falta de interés de sus convecinos en secundar sus iniciativas de progreso para el municipio de origen, en «Diálogo junto al castillo de Boal», y «Revelaciones de un turista», *El Progreso de Asturias*, La Habana, 30.8.1919 y 15.9.1919.

225 J. Paz, «El legado del indiano», *España*, Buenos Aires, 19.7.1908.

res ciudadanos en todos los aspectos y, pese a la hostil recepción que les dispensan sus familiares, acaban por ganarse su respeto y afecto (López de Súa 1915). El mismo argumento se repite en la novela *Da emigración. Notas d'un galego*, narración con elementos autobiográficos del emigrado y nacionalista gallego Antón Paz Míguez. El protagonista, Pablo, tras una experiencia vital enriquecedora en Buenos Aires que le lleva a valorar su tierra, su idioma y la necesidad del progreso, regresa a su aldea henchido de propósitos reformadores:

Fundarei unha escola; unha biblioteca pública; un campo de deportes que leve por lema «mens sana in corpore sano»; un taller de artes e oficios; dareille impresións de renovación nas maneiras do traballo ós labradores; farei que aprendan a ler i escribir todos os analfabetos [...] fareilles conocer os adiantos das ciencias modernas [...]. Fundarei unha sociedade das xuventudes para que se formen verdadeiros paladíns dos ideais galegos e leven cruzadas e misións de galeguismo pol-as montañas, pol-as aldeas, pol-os pobos, pol-as cibdás.

Sin embargo, cuando llega a su aldea descubre que la chica que amaba cuando partió se va a casar con otro, hijo de un indiano de éxito de tiempo atrás. Desilusionado, realiza un viaje por toda Galicia, y experimenta una desilusión paralela aún mayor al contemplar «unha Galicia mísera, chea de pobreza, de privacións, d'infortunio», el abandono del gallego por los «señoritos» y la invasión de rumbas, fox-trots y tangos en las romerías que desplazaban a las muiñeiras. Ante este espectáculo, Pablo intenta suicidarse sin éxito. Finalmente resuelve volver a Argentina, donando todo el dinero que había ganado en ultramar para que fuese invertido en una escuela en su aldea (Paz Míguez 1936).

Esta imagen pesimista se correspondía con las esperanzas depositadas en los residentes en América por parte de los galleguistas, quienes soñaban con que los emigrados se convirtiesen en un agente renacionalizador de Galicia y la salvaran de las garras del centralismo y de la castellanización, uno de cuyos agentes en el medio rural serían precisamente los retomados de la América hispanohablante, pese a que los testimonios sobre este último aspecto son matizables (Núñez Seixas 1998a: 325-26). De hecho, los relatos literarios a

menudo ridiculizaban el uso de americanismos (el *che* rioplatense o el *chico* cubano, etc.), y los viajeros extranjeros por Galicia señalaban la influencia de los emigrantes retornados al introducir modismos lingüísticos criollos, asimilados a progreso y modernidad. Pero otros testimonios sugieren que el comportamiento social más rutinario de los retomados después de un tiempo era una vuelta a la diglosia habitual antes de partir. Es más, en algún relato de la prensa de la emigración se insistía incluso en que la nostalgia de los «americanos» cuando volvían a sus aldeas natales les llevaba a resucitar el gusto por la música y bailes tradicionales, en retroceso ante las nuevas expresiones musicales que invadían las fiestas aldeanas.²²⁶

El pesimismo, sin embargo, no siempre era el tono predominante en los relatos y composiciones literarias elaboradas en torno al retorno desde la emigración. Por el contrario, más de una vez se atribuía a los retornados un papel regenerador y hasta redentor de la tierra natal y una función de comunicador entre dos culturas, del mismo modo que en la Italia de la época, y por actores bastante diversos del espectro político.²²⁷ Para ello, era recurrente la alegoría del emigrante o hijo de emigrante que redescubre su tierra de origen a través de los ojos de alguna hermosa mujer del país, o que se arrepiente de su pasajero alejamiento de su país de origen después de encontrarse a su vuelta con un anciano campesino iletrado que le enseña más de la vida de lo que él pretende saber.²²⁸

En algunas obras, como en la zarzuela *La galleguita* (1914), cuya autoría compartían los periodistas emigrados José R. Lence y Ramón Fernández Mato, se insistía en la labor de «aproximación hispanoamericana» que correspondería a los indianos: el hijo del emigrante enriquecido que retorna al pueblo de su padre y que no se identifica con la tierra de sus antepasados, se entrega a la «mala vida» para matar el aburrimiento, hasta

226 Vid. un ejemplo en J. Vega Blanco, «La última alborada (costumbres gallegas)», *El Eco de Galicia*, Buenos Aires, 30.8.1906; igualmente, Grandmontagne (1944 [1933]: 319-22).

227 Desde el nacionalista Enrico Corradini (1910) al poeta Guido Cozzano a comienzos de siglo (Franzina 1996: 162-65).

228 El contraponer al retornado petulante y hablante de una mezcla de gallego y modismos latinoamericanos con un anciano representante de la tradición fue un recurso bastante habitual en el teatro gallego del primer tercio de siglo: vid. por ejemplo Charlón Arias y Sánchez Hermida (1921).

que se enamora de una aldeana. Cuando el padre quiere retornar de nuevo a América, el hijo se niega a hacerlo y decide permanecer en el país de sus ancestros.

Un recurso semejante aparece en la novela *Ramo Cativo*, obra de un periodista y literato modernista y decidido partidario de la emigración, el vigués Jaime Solá. El personaje principal, Lorenzo Freire, acomodado hijo de un emigrante ourensano en Nueva York que había dejado Galicia con siete años, se dedicaba en América a los florecientes negocios heredados de su padre, habiendo olvidado su tierra de origen. Pero Freire descubre de repente su país natal al leer una obra de Jacobo Roig, escritor galleguista trasunto del propio Solá. Decide entonces hacer un viaje al Ribeiro, acompañado por Roig, quien le enseña a amar la comarca y por extensión a Galicia y el idioma gallego. Finalmente, Freire conoce una bella chica aldeana, Adega, de la que se enamora y a la que ofrece todas sus riquezas a cambio de su amor. La alegoría resultaba clara: el emigrante se reencontraba con su tierra de origen a través de unos mediadores o «descubridores» que no eran otros que los intelectuales, periodistas y, élites concienciadas, plenas de un sano amor a su región y a España (Solá 1918a).²²⁹ También en la novela *Estebo* de Xosé Lesta Meis se mostraba esta perspectiva optimista: el protagonista, tras emigrar desencantado de Galicia a Cuba y trabajar en la zafra, vuelve a su aldea y se casa con su novia gallega, con lo que al final se «reencuentra» positivamente con su país (Lesta Meis 1981 [1927]). Un mensaje semejante era igualmente típico de la literatura italiana de la época, como en *Italia Madre* (1911): un hijo de emigrante se enamoraba de Venecia y así redescubre Italia (Mioni 1911).

229 Un argumento hasta cierto punto semejante, el hijo de un emigrante que retorna a Galicia y se identifica con los valores aldeanos, se enamora, etc., en Solá (1918b).

III. Sobre la emigración gallega en Latinoamérica

10. UN PANORAMA SOCIAL DE LA INMIGRACIÓN GALLEGA EN BUENOS AIRES, 1750-1930²³⁰

La participación de los gallegos durante el periodo colonial en los contingentes migratorios hispánicos hacia América fue bastante minoritaria, aunque se incrementó, particularmente en el caso de los llegados al Río de la Plata, durante la segunda mitad del siglo XVIII. Hacia 1810 los gallegos ya constituían el grupo regional más importante entre los peninsulares residentes en el Río de la Plata, y suponían entre un 30 y un 40 por ciento de los peninsulares inmigrados residentes en Buenos Aires. Procedían en su casi totalidad de los núcleos urbanos de Galicia, además de algunas áreas costeras de las provincias atlánticas. Y tenían un protagonismo destacado en un ramo del pequeño comercio urbano desde finales del siglo XVIII, de particular visibilidad social, como eran las pulperías, las cuales desempeñaron un papel nada despreciable en las prácticas de sociabilidad informal de los sectores populares rioplatenses. Ya en este momento se registraba, tanto en Buenos Aires como en Montevideo, la existencia de la connotación

230 Este texto recoge en lo fundamental nuestra intervención en el simposio *Buenos Aires gallega: Inmigración, pasado y presente* (Buenos Aires, agosto 2007). Hemos reducido el aparato crítico al mínimo indispensable. Un desarrollo más amplio en la parte dedicada a Argentina, de nuestra autoría en Cagiao Vila y Núñez Seixas (2007).

conmiserativa o despectiva del gentilicio gallego, mezcla de sentimiento antipeninsular y de reflejo relativamente verosímil del protagonismo social de los gallegos (De Cristóforis 2008, 2009).

Las llegadas de inmigrantes promovidas por el Gobierno del general Rosas (1829-1852) hacia mediados del siglo XIX, y de las que se encargó la casa consignataria de Felipe Llavallol, no contribuyeron a mejorar los rasgos arquetípicos adscritos a este colectivo. Llavallol participó en la organización de varias expediciones de colonos procedentes del Noroeste ibérico, particularmente desde Galicia a través de sus conexiones con algunos armadores de bergantines del puerto de Carril (Pontevedra), para satisfacer las necesidades crecientes de mano de obra del Gobierno porteño y de algunos particulares. Los colonos, en su mayoría hombres jóvenes, arribaron a Buenos Aires en penosas condiciones higiénicas, sanitarias y alimenticias. Fueron alojados en barracas y aguardaron hasta ser «colocados» en empleos oficiales (particularmente en hospitales, en la policía, en la reparación de calles o en el gremio de los serenos), o bien como peones en toda clase de trabajos no cualificados, criados y changadores. Pero Rosas también reclutó entre los más jóvenes y formados a escribientes y funcionarios públicos.

Según los datos extraídos del censo de Buenos Aires de 1855, los españoles eran la tercera colectividad extranjera de la ciudad (5892 sobre 53332 habitantes), por detrás de italianos y franceses. Y dentro de los residentes españoles, los gallegos que figuraban como tales, un total de 1492, suponían un 39 por ciento de aquellos. En su inmensa mayoría procedían de A Coruña, Compostela, Ferrol y Vigo, además del área del valle del Umia y la península de O Salnés (Padrón, Caldas de Reis, Vilagarcía y Cambados). De los gallegos censados, un 39,6 por ciento eran trabajadores manuales no cualificados, un 17,1 obreros semicualificados, un 16,3 por ciento se desempeñaban como obreros manuales cualificados, un 21,7 por ciento eran trabajadores no manuales de baja cualificación, un 3,9 por ciento desempeñaban oficios no manuales de media o alta cualificación, y un 1,4 por ciento eran profesionales. Dentro del conjunto hispánico, ocupaban los peldaños más bajos de la escala laboral, si bien no muy inferiores a los asturianos o a los vascos, y más alto que los canarios (Moya 1998, 2001).

Esa preponderancia relativa de los gallegos en Buenos Aires es corroborada por varios informes consulares españoles en la década de 1860. En el Censo Nacional de 1869 los españoles ya constituían un 16,9 por ciento de los extranjeros en la Argentina (1,8 por ciento de la población total del país), y eran un 7,8 por ciento del total de los habitantes de Buenos Aires, lo que situaría a los gallegos en un 3,5 por ciento, como mínimo, de la población total de la urbe. Tanto varios informes consulares posteriores como algunas listas de pasajeros llegados a Buenos Aires desde Galicia corroboran que las áreas costeras, y algunas interiores, de la provincia de Pontevedra ostentaban la primacía dentro de la corriente dirigida al Río de la Plata.

Se trataba de una población en aumento, pero todavía mayoritariamente exogámica. Los inmigrantes gallegos, al igual que el resto de los peninsulares, se casaban entonces de forma mayoritaria con criollas (más de un 90 por ciento de los casos), según las muestras manejadas por Nadia De Cristóforis (2008) para la ciudad de Buenos Aires entre 1782 y 1840. Varios factores influían en esa conducta. Por un lado, la naturaleza del mercado matrimonial: la presencia de mujeres nacidas en Galicia era muy escasa en ese periodo. Por otro lado, el hecho de que el matrimonio reforzaba, en buena parte de los casos, una relación comercial o laboral establecida en el país de origen. Estrategia típica de ascenso social de un inmigrante gallego —o de otras procedencias— en el Buenos Aires de la primera mitad del siglo XIX consistía en desposar a la hija del patrón para el que trabajaba como empleado, dependiente o agente comercial, y después hacerse con las riendas del negocio. El hecho de que muchas de esas alianzas se forjasen con hijas de inmigrantes gallegos o peninsulares en general arribados con anterioridad —y que en la documentación eclesiástica o civil figuran como naturales del país—, lleva a pensar que en un porcentaje apreciable la exogamia ocultaba, en realidad, copiosos casos de endogamia encubierta: un inmigrante galaico se casaba con la hija de otro compatriota gallego, que a menudo podía proceder, a su vez, de su misma parroquia de origen.

No era tampoco casual que hacia mediados del siglo XIX la prensa rioplatense ya recogiese de vez en cuando chistes de gallegos. Eran en parte una continuación de aquel estado de opinión antihispánico heredado de

los tiempos de la independencia, antes que un retrato real de la inserción social de los inmigrantes gallegos. Pero en ellos también comenzaba a adivinarse cierto desprecio social hacia la humilde condición de los recién llegados como inmigrantes extranjeros a un país independiente. En la década de 1860 se registraron en Buenos Aires y en otros lugares del país varios enfrentamientos entre inmigrantes españoles y criollos que se solidarizaban con Chile durante la guerra del Pacífico; y el mote despectivo siempre utilizado seguía siendo el de *gallegos* para designar a todos los españoles presuntamente imperialistas. De ahí también que se emplease el término *gallego* como insulto puro y simple para descalificar a los oponentes políticos en la escena pública argentina. Los prejuicios hacia los gallegos –inmigrantes o no– salían a flote, además, en buena parte de la prensa argentina en cuanto surgía algún conflicto laboral o social en el que se veían envueltos trabajadores de ese origen, particularmente en los oficios de baja calificación del sector servicios en los que aquellos tenían un visible protagonismo. Por ejemplo, en septiembre de 1865, cuando los serenos de Buenos Aires, en su gran mayoría gallegos –después de la reorganización del cuerpo operada tras la caída de Rosas en 1852– se negaron a renunciar a la ciudadanía española para continuar en su trabajo, como les exigía la municipalidad. Hubo incluso varios enfrentamientos entre los promotores de la protesta y fuerzas de policía. Como recogía el periódico porteño *La España* de modo contemporáneo a los hechos, en la Argentina parecía que «el nombre de Gallego sea sinónimo de judío para ciertas autoridades subalternas».

Esta dinámica, que continuó durante los cuatro lustros siguientes, a juzgar por varios testimonios aislados, se encuadraba dentro de lo que era la percepción general de las élites intelectuales argentinas, en las que desde la década de 1860 empezó a aparecer un cierto miedo a las consecuencias de la inmigración masiva que sustituía el pasado optimismo sobre sus supuestas bondades. Aunque el temor principal eran los inmigrantes italianos, por su mayor número y escasa disposición a acriollarse rápidamente, y los inmigrantes españoles pasaron a ser revalorizados por algunos intelectuales y políticos australes ya desde mediados del siglo XIX, las jerarquías regionales

estaban claras: los gallegos ocupaban uno de los escalones más bajos dentro de los no muy apreciados españoles. En 1888 el periodista y escritor Emilio Daireaux afirmaba que gallegos y napolitanos compartían el sentimiento de ser despreciados por la sociedad receptora a causa de su baja calificación, siendo su gentilicio sinónimo de bruto e ignorante. Hasta el punto de que muchos inmigrantes gallegos le manifestaban que «una cosa es ser gallego y otra que se lo digan».

LA INMIGRACIÓN EN MASA (1880-1930)

Entre 1880 y 1930, Argentina recibió dos millones de españoles, de los que alrededor de un 60 por ciento (1,2 millones) permaneció definitivamente en el país. Eran el segundo grupo estatal en importancia, tras los italianos (1,5 millones). Pues según las estadísticas de entrada argentinas, entre 1878 y 1927 un 46,2 por ciento de las entradas de pasajeros de ultramar procedieron de Italia y un 32,88 por ciento de España, seguidos a distancia por franceses (3,51 por ciento), «rusos» (judíos de Europa centro-oriental, un 3,1 por ciento) y un 14,29 por ciento que provenía de otros estados y países. El punto álgido de las llegadas de españoles registró en las dos primeras décadas del siglo xx, en que se situaron por encima de los italianos. ¿Españoles? La mayoría procedía de Galicia. Lo que coincidía con la etapa de mayor crecimiento económico argentino, desde la década de 1880. Entre 1885 y 1895, única década en la que las estadísticas de salida españolas incluyen la procedencia provincial, el 55,8 por ciento de todos los ciudadanos españoles arribados al país austral eran gallegos, con un claro predominio todavía de las provincias de A Coruña y Pontevedra, a las que se unieron entrado el siglo xx con porcentajes progresivamente más altos Lugo y Ourense.

A pesar de lo problemático que resulta realizar una cuantificación, resulta un saldo no inferior al medio millón de personas nacidas en Galicia definitivamente instaladas en la Argentina. Y durante el primer tercio del siglo xx, los gallegos constituyeron alrededor de un 50-55 por ciento del contingente de españoles residentes en Buenos Aires. Ello suponía entre 150000 y 200000 inmigrantes nacidos en Galicia en vísperas de la I Guerra Mundial, y entre un 8 y un 10 por ciento de la población porteña en 1914.

Proporción que en algunos partidos de lo que será el Gran Buenos Aires, como en el caso de Barracas al Sud (desde 1904 Avellaneda) estudiado por Ruy Farías (2010), se incrementaba hasta un 13-14 por ciento en 1914 (y el 68-75 por ciento de todos los españoles entre 1890 y 1930). No exageraban en absoluto, así, quienes afirmaban que en aquel momento la capital argentina era la urbe con más habitantes gallegos de todo el planeta, muy por encima de Vigo o de A Coruña.

La inmensa mayoría de esos inmigrantes eran de origen campesino, en concreto agricultores, jornaleros o campesinos, según las profesiones declaradas. Las listas de pasajeros hacia Buenos Aires enviadas por el cónsul argentino en Vigo entre 1858 y 1859, que incluían 640 casos, muestran un predominio abrumador de campesinos, superior al 98 por ciento. Una muestra de 872 inmigrantes llegados en 1889 desde la provincia de A Coruña, al abrigo del corto periodo durante el que la Argentina practicó una política de pasajes subsidiados (1887-1889), ofrecía la siguiente distribución en lo relativo a las profesiones declaradas: un 28 por ciento eran campesinos, un 40 por ciento decían ser jornaleros, un 7 por ciento declaraban no tener profesión, un 3 por ciento eran carpinteros, y el resto se repartía entre ocupaciones diversas (2 por ciento de canteros, 1,4 por ciento de zapateros, etcétera). Y en su mayor parte correspondían también al modelo de emigración canalizada a través de dinámicas microsociales espontáneas y no institucionales, transmitidas por medio de redes sociales y cadenas migratorias.

El perfil no variaba de modo significativo treinta años después. Otra muestra de 805 inmigrantes gallegos arribados al puerto de Buenos Aires en 1924 presenta porcentajes muy similares: un 58 por ciento de los llegados declaraba ser campesino, ganadero o pescador; un 24 por ciento obrero o jornalero; un 5 por ciento artesano y obrero; un 4 por ciento decía ser vendedor o afines, y otro 4 por ciento se componía de chóferes y conductores, y el resto se repartía entre diversas ocupaciones. Es más, visto desde los puntos de partida, el flujo de emigrantes a Argentina se componía en mayor proporción que otros destinos de jornaleros y campesinos, como mostraba por ejemplo el caso de Marín (Pontevedra).

El predominio masculino era evidente –aunque inferior al que se registraba entre los italianos–, y se mantuvo hasta la segunda década del siglo xx, cuando la incorporación de la mujer inmigrante al mercado laboral de los servicios urbanos experimentó una fuerte expansión, traducida en el notable incremento del número de féminas que viajaban solas desde 1910. Eran sobre todo hombres jóvenes en edad laboral, que en su mayoría se desplazaban solos, con alta expectativa de retorno, y que solo en una segunda etapa llamaban junto a ellos, si los había, a sus mujeres e hijos. Tendencia al reagrupamiento familiar que se vio complementada por el aumento de inmigrantes de sexo femenino. Por otro lado, la reducción progresiva de los costes de viaje merced a la introducción del vapor en los buques transoceánicos permitió incluso formas de migración estacional, en cuantía difícilmente determinable: hombres jóvenes que se dirigían al Río de la Plata para allí trabajar en labores agrícolas en el interior argentino durante una parte del año, y volvían después a Galicia. De hecho, en las dos primeras décadas del siglo xx los emigrantes de la parroquia de Marce (Ferreira de Pantón, Lugo) en Buenos Aires acostumbraban a pasar varios meses al año como trabajadores agrícolas en la Pampa húmeda, volviendo después a la capital argentina, donde o bien permanecían en los alrededores de la estación ferroviaria del Once, o bien retornaban por algunos meses a Galicia (Puga 1988).

A pesar de ser de origen mayoritariamente campesino, y en menor proporción marinero, los gallegos se asentaban sobre todo en las ciudades, o en los alrededores en expansión de las grandes urbes. En 1914, un 73 por ciento de los inmigrantes españoles se concentraba en áreas urbanas, proporción mayor que en otros grupos inmigrantes. Pero los gallegos eran aún más urbanos que el conjunto de los españoles, y mostraban una acusada preferencia por la ciudad de Buenos Aires y las localidades colindantes. A mucha distancia le seguían las provincias de Santa Fe (con preferencia por su capital y Rosario), Córdoba y Mendoza. Con todo, en la primera expansión de la actividad productiva de tipo agrícola y pecuario de la provincia de Buenos Aires, entre 1840 y 1880, hubo una participación significativa de pioneros gallegos. Fue el caso en el área de Tandil del ourensano Ramón Santamarina (1827-1904) o del compostelano José Suárez Martínez

(1845-1917).²³¹ Pero esa tendencia no tuvo mucha continuidad desde el cambio de siglo, aunque en localidades bonaerenses como Necochea o Tres Arroyos se registrase una cierta llegada de inmigrantes gallegos y leoneses en la segunda década del siglo xx, para establecerse como medianos y pequeños propietarios agrarios. Sin embargo, casos como el de las dos primeras familias que se establecieron en El Calafate (Patagonia), ambas gallegas, o de Ramón Agrasar Blanco, natural de Pontecesures, que en las dos últimas décadas del ochocientos trabajó en diferentes estancias de los partidos de Mar Chiquita y Lobería, y que más tarde fue uno de los primeros colonizadores de Guatraché (actual provincia de La Pampa), fueron más la excepción que la regla. Pese a constituir algo más de la mitad del flujo inmigrante español en la Argentina, el porcentaje de gallegos residentes en áreas rurales, lo mismo que en otras ciudades importantes del interior, se situaba muy por debajo de ese 50 por ciento con anterioridad a 1930.

Por otro lado, el porcentaje de gallegos dentro del colectivo español también disminuía, a veces de modo aún más pronunciado, entre los inmigrantes españoles asentados en zonas rurales y dedicados a la agricultura o la ganadería. En la localidad de Lobos, por ejemplo, un 22,38 por ciento (387) de los adherentes a la Asociación Española de Socorros Mutuos entre 1867 y 1946 fueron gallegos, de los que un 51,93 por ciento eran comerciantes o dependientes de comercio, porcentaje superior al del total de españoles (39,83 por ciento); por el contrario, solo un 6,5 por ciento desempeñaban oficios relacionados con la agricultura, frente al 9,2 por ciento del total de los españoles.

La concentración espacial tenía mucho que ver con otros comportamientos de los inmigrantes galaicos. En particular, en lo relativo a sus pautas matrimoniales. Los inmigrantes españoles se caracterizaron desde finales del xix por unas altas tasas de endogamia, en buena parte encubierta, y por un gran peso del modelo de emigración familiar, en bloque o diferida –primero el hombre, después la mujer y los hijos–. Los índices de endogamia masculina de los españoles alcanzaron en varios puntos del país valores superiores al 50 por ciento a partir de la segunda década del

231 Cf. Suárez García (1942) y Reguera (2006).

siglo xx, mientras que las tasas de endogamia femenina se mantuvieron en valores superiores al 75 por ciento entre 1860 y 1923. Algunas muestras elaboradas a partir de calas en los registros civiles permiten una aproximación más específica y confirman no solo la alta tasa de endogamia entre los gallegos, sino que en comparación con el resto de los peninsulares esos porcentajes podían ser considerablemente más altos, como en Comodoro Rivadavia o Avellaneda entre 1890 y 1930. Los gallegos, allí donde existía una importante concentración espacial, presentaban una alta endogamia estatal, regional, provincial y hasta local. Lo que no podía ocurrir en toda la Argentina, ni en todos los barrios de Buenos Aires y alrededores.

INSERCIÓN SOCIAL: NO SOLO ALMACENEROS

Los testimonios cualitativos –tanto literarios como periodísticos– son unánimes en señalar que los inmigrantes gallegos sin cualificación ocuparon los peldaños inferiores de la escala laboral en el sector de los servicios urbanos, prácticamente desde los comienzos de su nueva llegada a Buenos Aires, ya a mediados del siglo xix. Es difícil, sin embargo, encontrar menciones explícitas a los inmigrantes gallegos y a sus ocupaciones con anterioridad a la década de 1880 en los relatos de viajeros. Desde esa fecha aparecen de modo cada vez más frecuente, coincidiendo con el incremento perceptible del número de inmigrantes gallegos.

Según el viajero británico C. E. Akers en 1893, los gallegos eran a menudo identificados en el imaginario popular con los fornidos changadores o mozos de cuerda. Estos últimos serían fácilmente ubicables en las calles centrales de la ciudad, y tendrían fama de eficaces y honrados. Otro oficio con el que a finales del siglo xix fueron identificados los gallegos en la literatura popular y en los relatos de viajes era como vendedores ambulantes en la frontera con los indios, o como propietarios de *pulperías* en zonas rurales. En el primer caso se les describía en ocasiones como extremadamente avaros y sin muchos escrúpulos, en consonancia con el estereotipo ya arrastrado como pulperos porteños. El viajero inglés Sir Horace Rumbold afirmaba en 1887 que aquellos inmigrantes españoles que no eran vascos, lo que incluía una amplia mayoría de gallegos, se desempeñaban

como «pequeños comerciantes o tenderos, y también poseen la mayoría de las pulperías en el campo».²³²

A lo largo de la primera década del siglo xx los antiguos estereotipos cobraron nuevas dimensiones y, sobre todo, una reactualizada capacidad de verosimilitud. La arribada masiva de inmigrantes gallegos procedentes de las zonas rurales, que además eran analfabetos o semianalfabetos en proporción más elevada (entre un treinta y un cuarenta por ciento en el periodo comprendido entre 1870 y 1900) contribuyó a que aquellas imágenes negativas se reactivasen y cobrasen nuevos significados. Este fenómeno, sin embargo, discurrió de modo paralelo a una cierta diversificación de la presencia de los inmigrantes gallegos en el sector terciario, en particular del comercio al detalle. Era ésta la ocupación preferente de un sector apreciable –no inferior a un tercio– de los inmigrantes gallegos en la ciudad de Buenos Aires, a juzgar sobre todo por testimonios cualitativos y algunas aproximaciones cuantitativas referidas a los españoles en su conjunto, y que muestran porcentajes alrededor del 30-40 por ciento, por ejemplo en el entonces periférico barrio de San José de Flores en 1895 (Fernández 2001).

Y es que si en algo dejó su sello el inmigrante gallego fue sin duda en los servicios y en el pequeño comercio minorista urbano y semiurbano. De acuerdo con los datos del censo municipal de Buenos Aires en 1909, los españoles eran propietarios del 22,1 por ciento de los comercios de la ciudad, con mayoría en tiendas y mercerías (59,9 por ciento), bares y cafés (34,3 por ciento), bazares (32,6 por ciento), almacenes (31,3 por ciento), hoteles y pensiones (27,9 por ciento) y ventas de comestibles (27,4 por ciento). Ignoramos, sin embargo, si el porcentaje de gallegos en ese rubro general de españoles se mantuvo en un 55 por ciento de media o fue superior. Pero una mera extrapolación hipotética puede darnos una idea aproximada de cuál era el peso de los inmigrantes gallegos dentro del comercio al por menor porteño. En una muestra de 137 establecimientos industriales pequeños y medianos propiedad de españoles y situados en dos distritos del centro de Buenos Aires en 1895, no menos de 43 (el 31,38 por ciento) eran inequívoco-

232 Vid. Rumbold (1887:109-10) y Akers (1893: 42, 54).

camente gallegos. Igualmente, de 757 establecimientos comerciales situados en el Distrito IV (Montserrat) en ese mismo año, 341 (el 45,04 por ciento) pertenecían a propietarios españoles, de modesto volumen de giro y centrados sobre todo en el textil, la alimentación y la hostelería y los almacenes mayoristas. Por el contrario, en el centro neurálgico y cercano al puerto (Distrito I), el porcentaje de comercios españoles desciende al 17,99 por ciento, y entre ellos desciende la proporción de inequívocamente gallegos, mientras que ascendía el volumen de giro.

La inserción social de los inmigrantes gallegos siguió concretándose de modo preferente, aunque no exclusivo, en el sector del comercio y los servicios urbanos. ¿Por qué? Es problemático aventurar una respuesta definitiva. Quizás porque la mayoría de ellos concebía inicialmente su emigración como una estrategia temporal y no definitiva. La opción del retorno acostumbraba a estar presente, razón por la que era mucho más lógico intentar la ascensión social en el medio urbano que en el rural, donde la adquisición de propiedad es siempre un claro indicador de deseo de permanencia. De hecho, algunas estimaciones apuntan a que entre un tercio y la mitad de ellos volvieron a Galicia, en una o varias ocasiones, entre 1880 y 1930.

Por otro lado, los inmigrantes gallegos, llegados al país veinte o treinta años más tarde que otros grupos étnicos, ocuparon determinadas posiciones en sectores de actividad que, a partir de su retroalimentación por redes microsociales, se convirtieron en auténticos enclaves. Esos nichos laborales en el sector servicios y en el comercio garantizaron la reproducción social de la inmigración, y su retroalimentación mediante el conocido mecanismo de las cadenas migratorias. No era inusual que, si el pionero de una cadena migratoria parroquial arribado a la Argentina a finales del siglo XIX o principios del XX había experimentado éxito en un sector determinado, sus coparroquianos se insertasen en ese mismo rubro, y a menudo en las empresas o negocios propiedad de los pioneros; pero también podían seguir el rastro de esos predecesores como empleados en un mismo sector de la Administración o de los servicios; o bien como obreros de sectores industriales en las empresas donde sus coterráneos habían alcanzado puestos de capataz o empleado de cierto rango.

Pongamos algunos ejemplos. Si un porcentaje apreciable de los empleados de las cárceles porteñas durante la primera mitad del siglo xx procedía de Rianxo (A Coruña) y alrededores, eso se debía al hecho de que varios emigrantes naturales de aquel ayuntamiento habían ascendido posiciones como responsables del personal de prisiones, y algunos llegaron a ser directores de penales importantes. Buena parte de los inmigrantes procedentes de Noia y Ordes (A Coruña) encontraron trabajo en empresas de distribución láctea, gracias a que pioneros de esos mismos lugares se habían colocado previamente, y habían alcanzado puestos de cierta responsabilidad, en empresas emblemáticas como *La Martona*. Y si los hermanos José y Manuel González, naturales de Fornelos da Ribeira (Salvaterra de Miño, Pontevedra), poseían a principios del siglo xx una fábrica de herramientas en la céntrica calle Buen Orden, buena parte de los inmigrantes naturales de esa parroquia utilizaron esa fábrica como «puerta de entrada» laboral en la Argentina.

Esos enclaves laborales actuaban como marcos de ingreso sociolaboral de los emigrantes, y ciertamente condicionaban sus posibilidades de encontrar trabajo y hacer «carrera», según su bagaje de conocimientos y conocidos, en la Argentina. Pero en absoluto deben ser vistos como marcos rígidos que determinaban las biografías laborales de los emigrantes según el ayuntamiento o parroquia de la que procediesen, el grupo familiar al que perteneciesen o la intensidad de los lazos –de parentela, de paisanaje o de otra índole– que podían capitalizar a su favor en el mercado de trabajo. Por el contrario, los estudios detallados de algunas de esas cadenas parroquiales muestran su flexibilidad y capacidad de adaptación. Un caso paradigmático pueden ser las dinámicas de inserción sociolaboral de los inmigrantes procedentes de la parroquia de Marce en Buenos Aires (Puga 1988). Un pionero arribó a la capital argentina a finales del siglo xix y se estableció con éxito en el ramo de la fabricación de bolsas. A partir de él fueron llegando progresivamente diversos miembros de grupos familiares de la misma parroquia que se dedicaron a prácticamente lo mismo que el pionero, empleándose en su fábrica y después estableciéndose por su cuenta. Pero, al mismo tiempo, también se registró una creciente diversificación de ramos

de actividad a medida que nuevos inmigrantes de Marce iban experimentando éxito y se decidían a probar fortuna en otros ámbitos, a veces por puro azar, por ejemplo por lazos matrimoniales o de amistad contruidos en la Argentina. En este caso, fueron también ámbitos de actividad pertenecientes al sector servicios: muchos inmigrantes de Marce desde la década de 1930 se emplearon como taxistas, e igualmente como cobradores de tranvía, siguiendo el rastro de inmigrantes que habían tenido cierta fortuna en esos oficios o que sencillamente disponían de buenos contactos e información acerca de las oportunidades laborales existentes. Esas redes, que se encabalgaban de modo consecutivo, mostraban además no solo una gran maleabilidad, sino también su capacidad de permanecer dormidas durante un periodo más o menos largo. Por ejemplo, entre principios de la década de 1930 y finales de la década de 1940, cuando, superado el *impasse* de la guerra civil española y la prohibición de emigrar por el régimen franquista hasta abril de 1946, no se registraron apenas llegadas procedentes de Marce. Las redes microsociales basadas en la parentela y en el paisanaje permitían, pues, diferentes opciones. Limitadas pero existentes.

Los gallegos eran, por tanto, comerciantes, tenderos, sastres, hoteleros y confiteros. Pero también ocupaban en buena proporción los niveles inferiores de los servicios urbanos, de la dependencia mercantil y del servicio doméstico. El antiguo estanciero español Enrique Molina Nadal afirmaba en 1913 que muchos gallegos de Buenos Aires estaban empleados en el servicio doméstico, pero que la proporción más elevada de «gallegos, asturianos y montañeses, como casi todos ellos saben leer y escribir» —por lo que serían contados los que se empleaban en labores agrícolas— se concentraba preferentemente en el sector del comercio, «pudiendo asegurarse que el noventa por ciento de los comerciantes (patronos y dependientes) son de estas regiones». Igualmente, el periodista italiano Aníbal Latino afirmaba en 1910 que los gallegos de condición humilde se dedicaban sobre todo al servicio doméstico, teniendo poca tendencia —a pesar de ser mayoritariamente campesinos de origen— a alejarse de las ciudades, y conformaban junto con los naturales de las regiones cantábricas «el interminable ejército de dependientes o vendedores de tiendas de la capital, para lo que demuestran aptitudes

especiales», mostrando preferencia quienes se empleaban en el comercio y la industria por rubros como la fabricación de cigarrillos, la tiendas de ropa al por mayor, las sastrerías y la importación y venta de comestibles y bebidas.

Los anuncios de comercios, profesionales y negocios en la prensa gallega de Buenos Aires pueden dar una cierta indicación de cuáles eran sus principales ramos de actividad. A partir de una muestra de 574 anuncios y noticias referentes a las actividades comerciales y profesionales de inmigrantes gallegos entre 1900 y 1930, puede apreciarse que la gama de comercios y actividades terciarias y artesanales en las que estaban presentes los gallegos era sumamente variada, aunque con mayoría relativa de sectores como restauración y alimentación (13,41 por ciento de los anuncios), almacenes de comestibles y bebidas (8,53 por ciento), hostelería (10,8 por ciento) y sastrerías, mercerías y negocios textiles y de ropa en general (18,64 por ciento). Esos comercios, además, se situaban en barrios y zonas concretas de Buenos Aires. De los 574 registros que conforman la muestra señalada, la gran mayoría (488, el 85 por ciento) se ubicaban en los barrios de San Telmo y Montserrat, así como en la parte septentrional del barrio de Constitución. Otras muestras más reducidas llevaron a resultados similares. En barrios como San Telmo y Montserrat, de hecho, en una área que limita al Oeste con el barrio del Once, al Norte con la estación de Retiro y al Sur con el barrio de La Boca y la estación de Constitución, la densidad de pequeños y medianos comercios que eran propiedad de gallegos era superior a dos o tres negocios por cuadra en varias calles.

Hacia 1900, las estimaciones obtenidas a partir de registros de asociaciones mutualistas permiten aventurar que el perfil social en lo que respecta a la cualificación global de la colectividad inmigrante en la ciudad de Buenos Aires no varía demasiado, excepto por un ligero incremento de los trabajadores cualificados y sobre todo de los ocupados en labores no manuales de baja calificación. Con todo, los inmigrantes canarios, vascos o asturianos no salían mejor parados de la comparación con los gallegos. Así lo dedujo José Moya (1998) a partir de los datos de 6603 gallegos presentes en las listas de socios de la AESM de Buenos Aires. Igualmente, sobre una muestra de 750 asociados a cuatro entidades microterritoriales pontevedresas entre 1918 y

1941, pudimos apreciar un perfil social semejante, con mayor peso de los comerciantes minoristas. De una muestra de socios gallegos de la AESM de Buenos Aires, Alejandro Fernández (2001) obtiene para principios del siglo xx un porcentaje de trabajadores manuales del 45 por ciento, mientras que los socios del Centro Gallego que declaraban profesión entre 1907 y 1912 eran obreros manuales en un 23,72 por ciento, profesionales liberales en un 6,81 por ciento, y dependientes de comercio y comerciantes en un 66,32 por ciento.

IMÁGENES Y ESTEREOTIPOS, O EL ABUELO DE MANOLITO

La nueva «invasión» de inmigrantes gallegos, procedentes en su inmensa mayoría de zonas rurales del país de origen, llevó al país a inmigrantes de escasa calificación y bagaje formativo y analfabetos en una proporción apreciable; o poco competentes lingüísticamente en castellano, algo que para los observadores argentinos no siempre era fácil de entender: que muchos inmigrantes gallegos hablasen incorrectamente el castellano no por ignorancia, sino por poseer otra lengua materna. Se trataba en este caso de una percepción distorsionada de la etnicidad.

Todo ello hizo posible que las imágenes negativas preexistentes se reactivasen y adquiriesen nuevos significados. Según recogía el escritor Miguel Toledano en 1915, la acepción *gallego*, generalizable a todos los españoles, se identificaría con la imagen transmitida por los sumisos inmigrantes de origen rural y poca calificación procedentes de Galicia: «Para el argentino, el gallego es siempre el aldeano, servil, miserable y zafio de Galicia, que durante muchos años, constituyó el elemento principal y casi único de la emigración española». No siempre existía una directa correlación entre ocupar los peldaños inferiores del mercado laboral y la fuerza del estereotipo, por lo menos en la ciudad de Buenos Aires. La situación, no obstante, cambiaba en la periferia de la capital. A principios del siglo xx, los niveles de cualificación profesional y ocupacional de los inmigrantes gallegos en el Partido de Avellaneda eran tendencialmente más modestos que los de los españoles en general, si bien no en relación con todos y cada uno de los diversos grupos regionales españoles (Farías

2010). Los trabajadores urbanos no cualificados constituían, así, más de la mitad del contingente de personas ocupadas, frente al 32 por ciento de media de los españoles. Por otro lado, los gallegos también eran obreros estibadores del puerto de Buenos Aires, o se empleaban en las fábricas esparcidas por la ciudad y sus alrededores.

Los gallegos no solo eran muchos. También se hacían notar. Además de ser el grupo mayoritario entre los españoles residentes en Buenos Aires, los inmigrantes galaicos desempeñaban toda una serie de ocupaciones en el sector terciario urbano de gran exposición al público. Como ya vimos, abundaban los comerciantes y hosteleros, los almaceneros, los dependientes de comercio, y a su lado estaban los funcionarios del sector servicios en muy diversas funciones: desde serenos a conductores de tranvía. No necesariamente se trataba de oficios de la más baja cualificación en la jerarquía laboral. Pero eran ocupaciones muy visibles. Ya en 1866, *Le Courrier de La Plata* resumía así las profesiones de los inmigrantes gallegos: sin ellos no habría «asistentes de hospital. Ni aguateros. Ni basureros. Ni changadores del mercado. Ni serenos. Ni encendedores de faroles. [...] Ni vendedores de billetes de lotería». Los propios emigrantes que rememoraban su experiencia profesional vital y colectiva adscribían también a los gallegos ese tipo de ocupaciones. Un inmigrante natural de Castro Caldelas (Ourense) evocaba en 1923 que durante los treinta años anteriores los gallegos en Buenos Aires solo habrían sido «porteiros, sereos e criados» (Núñez Seixas 2002b).

Pero a partir de la década final del siglo XIX los gallegos también fueron asociados en el imaginario argentino de modo creciente con el servicio doméstico. De hecho, entre 1920 y 1933 la caracterización como criado o mucamo era la más frecuente, de manera relativa, entre las ocupaciones con las que los personajes gallegos aparecían caricaturizados en el teatro popular porteño, con un 16,9 por ciento de los casos. Buena parte de la leyenda negra de que disfrutaban los inmigrantes gallegos se derivaba de las anécdotas que todo argentino de clase media podía contar sobre su criado galaico recién llegado al país y que cometía algún error en su nuevo oficio de mucamo.

Rara vez se exteriorizaban de modo pormenorizado los prejuicios sociales hacia los inmigrantes gallegos en la esfera pública. Pero alguna excep-

ción nos aporta interesantes pistas sobre cuál era la jerarquización implícita en lo que afectaba a las preferencias regionales de origen del flujo inmigración europea, que tenían mucho que ver con la mayor o menor propensión de los inmigrantes a colonizar las tierras del interior pampeano, objetivo preferente de la política migratoria del Estado argentino. Era también una razón por la que los gallegos, campesinos de origen pero que preferían permanecer en la ciudad, llevaban las de perder en cuanto a su valoración social frente a otros grupos étnicos. Así lo mostraban varios artículos del diario *La Capital* de Bahía Blanca en octubre de 1908. Insistiendo sobre la extendida idea de que los países jóvenes necesitaban colonos agrícolas cualificados, se afirmaba que los inmigrantes galaicos, en su mayoría «domésticos, dependientes, cocheros, etc., [...] no aportan al país el contingente que falta, que es el verdadero productor, el trabajador de la tierra». Los gallegos, por tanto, adolecerían de deficiente cualificación laboral, y servirían únicamente para desempeñarse como campesinos. Pero, por el contrario, preferían trabajar en el sector servicios. E incluso osaban emplearse como obreros manuales o cualificados, sin tener tradición de ello en su país de origen. La única ventaja que podrían ofrecer en contrapartida, para ser considerados aceptables, debería ser carácter sumiso y poco conflictivo. Lo que no siempre era así.

Como ya apuntamos, no acostumbraban a exponerse estos prejuicios o preferencias de modo ordenado y comparativo. Pero alguna excepción hubo, sobre todo hacia los años del Centenario (1910). ¿Eran indeseables o poco convenientes para el progreso argentino los inmigrantes gallegos? Como mostraba la encuesta llevada a cabo en ese mismo año por el Museo Social Argentino entre 45 personalidades de la vida intelectual, académica, política y periodística del país, se aceptaba entre resignada y pragmáticamente que italianos y españoles constituían, y seguirían constituyendo, las aportaciones principales. Aun así, se otorgaba una clara preferencia a los nórdicos y anglosajones, germánicos y vascos. Los españoles y gallegos no eran rechazados explícitamente, aunque en algunas respuestas sí lo eran implícitamente. La baja propensión de los gallegos a colonizar el rural los hacía aparecer a ojos de las élites argentinas como un ingrediente poco

adecuado para modernizar el país. Ese era un rasgo en el que insistían otros publicistas argentinos, como Miguel Cané (1919) o el propietario agrario José Pío Sagastume (1916).

LA PRIMERA ÉLITE GALLEGA DE ARGENTINA

La sociedad argentina hasta el segundo tercio del siglo xx se caracterizó por un alto grado de porosidad. Una sociedad joven y abierta, donde los diversos grupos inmigrantes disponían de amplias posibilidades de experimentar una movilidad social ascendente relativamente satisfactoria en un plazo razonable. E, incluso, desde mediados del siglo xix el ingreso en la élite política y económica de la República Austral estuvo abierto a los individuos procedentes de las diversas oleadas migratorias. La élite criolla nunca fue un coto cerrado, sobre todo en las ciudades del interior del país y en las de nueva fundación. Y en las instituciones más representativas de la élite del país, como podía ser el Jockey Club o la Sociedad Rural Argentina, así como en los selectos colegios públicos dependientes de la Universidad de Buenos Aires, como el Nacional de Buenos Aires o el Carlos Pellegrini, que desde finales del xix educaban a la élite porteña y preparaban el ingreso en la universidad a los llamados a regir los destinos de la nación en todos los ámbitos, la participación de los hijos de los inmigrantes tendía a ser directamente proporcional a su cuantía numérica.

Esto se aplicaba también a grupos inmigrantes, como los gallegos, que, a pesar de no figurar entre las preferencias de la élite criolla a la hora de decidir qué inmigración era la preferible para civilizar Argentina, tenían cuando menos la no desdeñable ventaja, frente a los procedentes del interior del país, de ser blancos y europeos. Y que eran preferibles a los *turcos* o los judíos *rusos* a ojos de la élite nativa.

Desde mediados del siglo xix se conformó una élite gallega de origen inmigrante —dejando aparte las familias de origen gallego procedentes de la etapa colonial, ya plenamente acriolladas—, tanto en la ciudad de Buenos Aires como en núcleos del interior del país. Las oportunidades de acceder plenamente a los círculos sociales selectos y a la élite dirigente fueron mayores para los inmigrantes exitosos en las ciudades del interior argentino, par-

tualmente en aquellas de fundación reciente, como Mar del Plata (1874) o La Plata (1882). Pero no faltaron tampoco en Córdoba o en Buenos Aires.

La élite inmigrante presentaba unos rasgos prosopográficos bastante comunes. Procedentes en su mayoría de las provincias de A Coruña y Pontevedra, estos inmigrantes de éxito habían arribado a la Argentina en el curso de las décadas de 1850-70, es decir, con anterioridad a la gran oleada migratoria procedente de Galicia. Habían hecho carrera comercial partiendo desde la base (como empleados o dependientes, a menudo en negocios de parientes o coterráneos), vinculándose a sectores de rápida expansión desde la década de 1880, como el comercio de exportación e importación. Gracias a ello, ascendieron a la categoría de propietarios, socios o gerentes de grandes y medianas empresas, para más tarde diversificar inversiones en sectores como la banca, las industrias de transformación o de bienes de consumo y las compañías de seguros. Las biografías de estos hombres de negocios o profesionales acostumbraba a reflejar esa progresiva diversificación de actividades, cuando no su notable versatilidad. Un buen ejemplo podía ser Solitario Lijó, natural de Padrón (A Coruña) y arribado al país hacia 1870, quien comenzó con un negocio de café y billares, para pasar al ramo del registro de géneros. Gracias a disponer de cierta formación pudo establecerse más tarde como balanceador público con escritorio de remates, obteniendo además el título de contador nacional. Participó posteriormente en las compañías Ruiz y Cía (carpintería mecánica) y Áreas y Cía (depósito de maderas y materiales de construcción), y aceptó para Sudamérica la representación especial del cemento Portland. A la altura de 1906 daba empleo a dos centenares de carpinteros y obreros, en su gran mayoría gallegos, y sobre todo padroneses.

Se añadía a estos comerciantes e industriales una franja de profesionales e intelectuales liberales, en particular médicos, abogados, escribanos y procuradores, así como algunos gerentes de empresas. Por regla general, una buena parte de ellos emigraron a la Argentina provistos de una formación de bachillerato superior o eclesiástico, cuando no algún tipo de peritaje comercial. Más de uno poseía carrera universitaria y una cierta experiencia profesional, y había optado por el camino de la emigración para probar fortuna en la Ar-

gentina. Algunos se dedicaron al periodismo y se convirtieron en líderes de la colectividad gallega y española: son conocidos los casos de José María Cao Luaces, de Manuel Castro López, de Manuel Bares Giráldez y de muchos más. Otros se concentraron en los negocios. He ahí el caso del compostelano Antonio Porto Vázquez, nacido en 1870, quien estudió en la Escuela de Comercio de Santiago, en la que obtuvo el título de perito mercantil en 1886. En 1887 llegó a Buenos Aires, donde trabajó como auxiliar de teneduría de libros de una casa comercial importadora, para después ascender a contador de la misma. En 1893 ingresó como auxiliar de oficina en el Banco Español del Río de la Plata, donde ascendió en 1898 a jefe de la sección de giros y en 1907 a subcontador. En 1908, finalmente, Antonio Porto pasó a desempeñar el cargo de gerente del Banco de Galicia y Buenos Aires.

DE CAMPESINOS A COMERCIANTES: «CON TODO ESO SE PUEDE VIVIR»

La mayoría de los inmigrantes que se insertaron en el sector del comercio o en la pequeña industria no siguieron derroteros biográficos tan favorables. Pero sí abundaron entre ellos trayectorias profesionales y comerciales de alcance intermedio o modesto. Estas historias de relativo éxito social se basaron en varios factores: la expansión del comercio minorista o intermediario; el cierto crecimiento de los *mercados étnicos* conformados por los propios inmigrantes en centros urbanos para productos gallegos o españoles (o italianos); la densidad de las redes microsociales de paisanaje y vecindad que creaban redes de entreayudas y limitaban la competencia foránea, incluyendo la de los propios argentinos del interior; y las facilidades que suponían para el pequeño comercio e industria las bajas necesidades de inversión inicial, el sencillo acceso a redes de distribución, la maximización de márgenes de beneficio gracias a la incorporación de mano de obra inmigrante, que era relativamente barata y dócil por reunir la doble condición de pertenecer a las redes microsociales inmigrantes (por parentela o paisanaje) y poseer una razonable expectativa de rápido ascenso social dentro del ramo de actividad que se tratase.

Todo lo anterior se acompañaba de la propia autoexplotación laboral, tanto del inmigrante como de sus allegados. Y estaba condicionado por los efec-

tos perjudiciales que las oscilaciones del cambio monetario y las cíclicas crisis financieras y monetarias argentinas podían operar sobre la supervivencia de negocios modestos o de empresas individuales, de las que muchos emigrantes tenían además que detraer recursos para enviar a su familia en Galicia –obligada a pagar las deudas contraídas con prestamistas locales para financiar el pasaje de un miembro de la familia, o sencillamente deseando mejorar su explotación con los recursos de América, lo que daba lugar a intensos debates epistolares transoceánicos–. Por poner un ejemplo, el comerciante Eduardo Naveiras, establecido exitosamente en Buenos Aires a principios del siglo xx, hacía lo posible por no enviar a su familia en San Sadurniño (A Coruña) las cantidades que le pedían para mejorar la explotación campesina, pues tenía otros planes: ampliar el negocio y comprar casa en propiedad. Permanecer en el país, en definitiva (Núñez Seixas y Soutelo 2005).

Las biografías de inmigrantes gallegos que hicieron cierta fortuna en el ramo del comercio durante el primer tercio del siglo xx no difieren en mucho de las de los triunfadores de la generación que los precedió. Empezando por la base, a menudo como mozos de almacén o dependientes en negocios de coterráneos o parientes ya establecidos, a lo largo de las tres primeras décadas del siglo muchos inmigrantes pasaron por un *cursus honorum* que acostumbraba a incluir, después de unos años, convertirse en socios del establecimiento en el que habían empezado a trabajar, para después independizarse y establecerse por su cuenta, o bien para gestionar una sucursal del negocio matriz. Eso podía implicar desplazamientos diversos dentro de la Argentina, incluso a Chile, Paraguay y Uruguay. Caso paradigmático podía ser el de Manuel Puente (1890-1970), natural de Salvaterra de Miño (Pontevedra) y arribado a la Argentina en 1906, quien empezó como viajante de comercio, aprendió el oficio de joyero de un judío, y que en 1919 fundó una compañía comercial en Avellaneda. Más tarde se dedicó a la joyería y a los garajes de automóviles. Puente fue después fundador de la Cámara de Comerciantes Republicanos Españoles, y en la posguerra devino en un mecenas de la cultura gallega y en protector del político galleguista exiliado Alfonso R. Castelao. Otro de los protectores de este último, Claudio Fernández, natural de Nogueira de Ramuín (Ourense) y llegado

a la Argentina en 1905, había empezado en Buenos Aires como chófer de colectivo, después poseyó su propio autobús y, hacia 1930, fundó su propia empresa de transportes.

Las biografías empresariales y comerciales de alcance modesto de la etapa de posguerra siguieron en el fondo, un patrón semejante. Esa ascensión social no siempre llevaba a convertirse en propietario de una gran empresa. Pero sí podía suponer pasar de mozo a propietario o copropietario de una panadería, de una confitería, de un horno o pequeña empresa panificadora. La escolarización de los hijos en un sistema público como el argentino, que otorgaba gran valor a la instrucción como medio de promover la integración de los vástagos de los inmigrantes en una nueva identidad nacional en construcción, se convirtió en un rápido vehículo de promoción social de aquellos, y aun de muchos inmigrantes llegados a la Argentina durante la infancia o la adolescencia, hacia las carreras profesionales abiertas en el ramo de la empresa, la Administración pública, las profesiones liberales, la medicina y un largo etcétera.

Los indicadores de ascenso social, empero, eran siempre relativos. A largas fases de acumulación y ahorro intensivo, durante las que muchos inmigrantes hacían su «carrera» comercial, podían suceder otras etapas en las que aquéllos procedían a restringir su consumo y su nivel de bienestar (en vivienda o en artículos de lujo) para amortizar la ampliación del negocio, la compra de una casa en propiedad, la compra de la propiedad ansiada en Galicia, etcétera. Numerosos inmigrantes vivieron de alquiler, compartiendo casa con parientes o coterráneos, mientras costeaban la adquisición de una propiedad en las afueras, o incluso mientras tenían alquilada su casa para maximizar su inversión.

Por otro lado, las interdependencias familiares podían relativizar el ascenso social de un inmigrante, pues al mismo tiempo podía tener que hacer frente al desfalco comercial de un hermano o un primo. Las redes familiares eran un respaldo y un colchón en coyunturas de incertidumbre; pero también constituían en potencia o de hecho una dependencia para muchos inmigrantes. Sin embargo, a menudo ese ascenso irregular y duro era contemplado con envidia por los coterráneos que no habían emigrado,

al menos hasta la década de 1960. Por poner un ejemplo, el inmigrante ourensano Luis Vázquez, llegado a Argentina en la anteguerra, le escribía desde Buenos Aires en abril de 1954 a su hermano menor Antonio, que le había expresado su voluntad de seguir sus pasos:

Creo que sigues con ganas de venir, voy a hacer lo posible, la verdad es que tienes razón pues aquí más fácil se vive [...] veo que en esa siempre se está lo mismo, aquí el que tiene trabajo vive bastante bien, los negocios están atravesando ya una crisis pues no son los tiempos de antes, pero con todo eso se puede vivir.

LA MUJER INMIGRANTE (1890-1930): RAMONA Y LAS DEMÁS

El mercado laboral argentino, y más específicamente porteño, facilitó una incorporación masiva de la mujer al flujo migratorio gallego hacia el Río de la Plata, razón por la que la proporción de mujeres, muchas de las cuales eran jóvenes y viajaban solas o en grupos de varias convecinas o parientas, entre los pasajeros gallegos llegados a Buenos Aires desde el otro lado del océano aumentó de manera ostensible a lo largo del primer tercio del siglo xx, hasta suponer más del 40 por ciento del contingente ya en la primera mitad de la década de 1920. Eran porcentajes no solo muy superiores a los característicos de otros colectivos inmigrantes de gran presencia en la Argentina, como los italianos, sino que también podemos suponer que fueron varios puntos superiores a las estimaciones de la tasa de participación femenina en el conjunto del flujo migratorio gallega hacia América. Este último osciló, según las estimaciones de Alexandre Vázquez (2000), entre el 19,41 por ciento de 1916, el 33,98 por ciento de 1922 y el 47,42 por ciento de 1931, manteniéndose desde 1926 por encima del 40 por ciento. En 1924, por ejemplo, un 40,8 por ciento de los pasajeros galaicos llegados en segunda y tercera clase a Buenos Aires estaba constituido por mujeres, porcentaje que en la posguerra apenas varió.

Esa cierta diferencia a favor de la Argentina muestra que no solo se trataba, como era general en toda América, de movimientos de reagrupamiento familiar, en los que las mujeres y los hijos de los que ya estaban allí viajaban para reunirse con el hombre emigrado con anterioridad, una

vez que este había alcanzado una cierta estabilidad laboral y ahorrado para financiar los pasajes del resto del núcleo familiar. La diversificación de la demanda laboral de la economía industrial y de servicios de la capital argentina tuvo también mucho que ver con la capacidad de absorción de ese flujo diferencial femenino, en especial en lo que se refería a la emigración de mujeres solteras, que entre 1906 y 1915 ya constituían un 47 por ciento de las inmigrantes procedentes de España. Las mujeres procedentes de Galicia desempeñaron en la Argentina, por lo demás, una serie de oficios característicos a partir de la primera década del siglo xx, entre los que se contaban emplearse en el servicio doméstico como criadas domésticas (*mu-camas*) o cocineras, a menudo igualmente como amas de cría. Su adaptación no era fácil, pues la mayoría de ellas desconocía los principios básicos del oficio doméstico en un entorno urbano, procediendo como provenían la mayoría del medio rural (Cagiao Vila 1997).

Con todo, no faltaron, en particular en algunas zonas de la periferia de la capital federal, mujeres empleadas en la industria, sobre todo en ramos específicos: elaboración del tabaco, alimentación y textil. Muchas de ellas trabajaban, además, según el esquema del trabajo a domicilio, como costureras, planchadoras y lavanderas, ocupación que en la posguerra seguía proporcionando ingresos suplementarios a muchos grupos domésticos de inmigrantes galaicos en la capital argentina. Es imposible, no obstante, inferir cuáles fueron los porcentajes exactos de estas trabajadoras por cuenta ajena, que por lo general no aparecen reflejados en las estadísticas laborales o que figuran como personas dedicadas a «sus labores», pero que en realidad compaginaban el trabajo con el cuidado de la familia.

PATRONES RESIDENCIALES: ¿VIVIR ENTRE PAISANOS?

Varios estudios han demostrado que los patrones residenciales de la colectividad española y gallega en Buenos Aires presentan desde el último cuarto del siglo xix cierta concentración en barrios característicos, que tendría continuidad hasta bien entrada la segunda década del xx, al menos hasta la I.^a Guerra Mundial. Y dentro de ese patrón general, los naturales de los diferentes ayuntamientos y parroquias se concentraban, de modo

solo relativo, en algunas zonas concretas. Los barrios gallegos eran los mismos en los que se registraba una alta densidad de comercios e industrias propiedad de inmigrantes galaicos. Esto es: Montserrat, San Telmo, Constitución, Parque Patricios, Barracas al Norte y, ya en el Partido de Avellaneda, la localidad homónima y Piñeiro. Por lo menos hasta principiada la década de 1930, podemos constatar que los inmigrantes gallegos de diferentes zonas y parroquias se localizaban, en conjunto y de modo preferente, en esos barrios y en otros más, como la parte más oriental del barrio del Once. Progresivamente, sin embargo, fueron apareciendo también inmigrantes gallegos en barrios más alejados. Primero Flores, Floresta, Caballito, Villa Urquiza y, en parte, Palermo. Más tarde, sobre todo, Villa Luro, Belgrano y Núñez. Pero en esas zonas, y ya en los años treinta y cuarenta del siglo xx, jamás se alcanzan densidades de presencia gallega como en el Centro y Sur de Buenos Aires en los primeros veinte años del siglo pasado.

Esa densidad favorecía, sin duda, un fenómeno que corrobora más de un testimonio cualitativo. Aunque en el interior de los conventillos, o casas de vecindad con varias habitaciones dispuestas alrededor de un patio común, el ambiente social fuese mucho más pluriétnico, como bien se encargaba de caricaturizar el teatro popular porteño, el espacio público en esos barrios mostraba de modo, podemos aventurar, bien visible la preponderancia de los gallegos. Y marcaba una suerte de territorio donde su predominio era, cuando menos, simbólico. De hecho, la distribución de los comercios de españoles en la ciudad de Buenos Aires en 1895 revelaba claramente que más allá de una suerte de *limes* que se establecía en la calle Talcahuano, la presencia de comercios gallegos y españoles hacia el Oeste de la ciudad disminuía drásticamente.

¿Hasta qué punto se trasplantaron o pervivieron las solidaridades locales, parroquiales o comarcales en la reproducción de los patrones de asentamiento de los gallegos en Buenos Aires en el primer tercio del siglo xx? A través de los registros de las asociaciones étnicas se aprecia que en las tres primeras décadas de esa centuria la tendencia predominante entre parientes cercanos (primos y hermanos, según podemos deducir de las semejanzas de apellidos y edad; o padres e hijos) era la de compartir el lugar de resi-

dencia y/o trabajo. Concentración familiar, sí. Pero no tanto por aldeas, parroquias o ayuntamientos de origen. Esto solo era relativamente observable a principios del xx, y fue disminuyendo conforme avanzaron la segunda y tercera décadas de ese siglo. Lo que imperaba en la sociedad de acogida no eran tanto los lazos parroquiales como los familiares. Estos vínculos eran los que llevaban a los emigrantes de un lugar determinado a núcleos concretos de la ciudad de Buenos Aires donde vivían naturales de esa parroquia o municipio, que sin embargo se hallaban, a su vez, bastante dispersos por el conjunto urbano, aunque sobre todo en una serie de barrios en sentido amplio (el Centro y Centro-Sur de la ciudad, Caballito y Flores andando la década de 1920), para después diversificarse en buena medida por el Oeste y Norte de la ciudad. En la segunda mitad de la década de 1920, y a lo largo de la siguiente, por ejemplo, los núcleos principales a partir de los que se nutría la masa social de la *Unión Progresista del Distrito de Coveló* estaban situados en zonas que distan varias cuadras entre sí, situadas en barrios de crecimiento urbano reciente (Flores, Caballito) y sin conformar una zona determinada, como sí comenzaron a hacerlo los inmigrantes procedentes de Betanzos a finales del siglo xix (Palermo), o una parte de los de Corcuación en la misma época (en el barrio de La Boca).

No solamente tiene poco sentido hablar de barrios étnicos de inmigrantes gallegos o españoles en el Buenos Aires de comienzos del siglo xx. Podría afirmarse también que los patrones residenciales eran móviles y dispersos. En los testimonios consultados tampoco se encuentra lo que podría denominarse el *conventillo étnico*, el espacio más o menos reducido de interacción social donde, sin salir a la calle, el inmigrante se encontraría con más frecuencia con sus coterráneos. En las fuentes orales y literarias se hace frecuente referencia al contacto con otros inmigrantes –argentinos del interior entre ellos– y otras nacionalidades (italianos, turcos, etcétera), sin salir del mismo edificio. El contacto con los coterráneos en sentido amplio, ya en la segunda década del xx, era más bien un recreo de fin de semana, y no regular. La convivencia espacial y la interacción social cotidiana en el espacio público no tenía mayormente como protagonistas a parroquianos o naturales de la misma comarca, sino a gallegos de diferentes parroquias

y comarcas, así como a gallegos y españoles, o argentinos e inmigrantes de otras procedencias. Esa convivencia entre inmigrantes de diferentes orígenes, lenguas y confesiones era ya una realidad incluso en las zonas más prototípicamente gallegas del conurbano bonaerense (Núñez Seixas 2011).

La estratificación social del colectivo inmigrante, finalmente, también tenía algo que ver con su ubicación espacial. Empleados, comerciantes y trabajadores manuales cualificados y no cualificados vivían en zonas semejantes y compartían el espacio residencial. Con todo, una mirada más atenta descubre que la gran mayoría de los comercios y sedes de profesionales gallegos se concentraron hasta la década de 1930 en los barrios del centro, Montserrat, San Telmo y la parte oriental de Once, donde también residían muchos empleados de comercio y dependientes que trabajaban en los establecimientos de sus compatriotas. Los obreros semi y no cualificados tendían a establecerse en el más popular barrio de San Telmo, así como en Constitución. La alta concentración de inmigrantes gallegos en la orilla Norte del Riachuelo tenía mucho que ver con la ubicación de los frigoríficos y curtiembres situados en Avellaneda. Y la presencia de inmigrantes en los alrededores de la estación ferroviaria de Constitución se relacionaba con oficios relacionados con el transporte ferroviario, o simplemente con empleos no cualificados del sector terciario, como pinches de fondas o changadores. Igualmente, la presencia frecuente de mucamas y criados en los barrios residenciales del Norte y Noroeste indica claramente que su ubicación socioespacial era engañosa: su domicilio era su lugar de trabajo, en casas de clase media-alta o alta. Los que fueron conocidos como barrios típicos de los *joyegas* en la topografía porteña eran, en realidad, los barrios de los comerciantes galaicos.

II. REDES SOCIALES Y ASOCIACIONISMO: LAS «PARROQUIAS» GALLEGAS DE BUENOS AIRES (1904-1936)

Una característica que ha distinguido, hasta fechas recientes, a la comunidad gallega dentro del conjunto de las colectividades ibéricas emigradas es su alto índice de dispersión asociativa en entidades que, adoptando como ámbito espacial de actuación entidades geográfico-administrativas propias del país de origen (la parroquia, el municipio y la comarca), proliferaron desde 1904 tanto en La Habana como en Buenos Aires, alcanzando en 1936 un número superior al medio millar. Este fenómeno, común (en menor medida) a la colectividad asturiana de La Habana, podría ser comparado con la proliferación de asociaciones locales italianas y judías en los Estados Unidos y la misma Argentina, y nos lleva a plantear la cuestión de sus orígenes, sus funciones y las razones de su supervivencia (Fernández 2010).

Podemos afirmar, en ese sentido, que el surgimiento de un tejido asociativo local de ámbito gallego estuvo condicionado por tres factores:

a) La consideración de la emigración como una estrategia económica temporal, en la que la imbricación entre emigración, retorno y mantenimiento de redes microsociales de relación y circulación de la información jugaba un papel fundamental.

b) La interrelación entre movilización política y social a escala local en Galicia durante el primer tercio del siglo xx y su traslación a una parte del colectivo emigrante, que jugaba un importante papel en esa dinámica de cambio social y acción colectiva. Desde principios de siglo, los emigrados ausentes constituyeron un importante factor en el proceso de modernización de sus lugares de origen. Primero, con su financiación de obras públicas y su ejercicio, individual o colectivo, de la beneficencia, con lo que suplían la ineficacia del Estado español. En segundo lugar, por su contribución a la articulación de la sociedad civil en las zonas rurales, fundamentalmente mediante su apoyo a la constitución y funcionamiento sindicatos y sociedades agrarias, con el fin de acceder a la plena propiedad agraria y promover la modernización de la agricultura. Se sumaba a ello la intervención de los

emigrados en las luchas políticas locales, apoyando a facciones que habrían de contribuir a quebrar el dominio caciquil en las zonas rurales y a extender la democracia participativa, sobre la base de la regeneración de la vida pública y la redención del campesinado mediante la instrucción. En este sentido, fue muy significativa la influencia de los ausentes, y particularmente de los retornados, en la lenta propagación en las zonas rurales de Galicia de un nuevo espíritu cívico, considerado base eficaz del patriotismo y de la democracia, y que se extendería a los planos de la moral pública y las costumbres modernas (Núñez Seixas 1998a).

c) El surgimiento de una élite dentro de la colectividad gallega interesada en la promoción y el mantenimiento de esas formas asociativas como parte de su capital simbólico dentro de la propia comunidad gallega y española emigrada, tanto en la sociedad receptora como en la sociedad de origen. Aquella élite estaba compuesta tanto por emigrantes favorecidos por el ascenso económico como por intelectuales, periodistas y exiliados, que a menudo vivían en un esporádico vaivén entre dos mundos. Y contribuyó, igualmente, a moldear la imagen de la colectividad gallega frente al exterior, la dotó de una identidad codificada y compartida, y coadyuvó a articular su apoyo a reivindicaciones políticas y movimientos sociales en el país de origen. Desde el despertar del asociacionismo gallego en América, la presencia de una élite de expatriados republicanos federales que abandonaron España tras 1874 se reveló como un factor catalizador para la formación del tejido asociativo de ámbito gallego, al mismo tiempo que participaban en el de ámbito español. Y hasta comienzos del siglo xx, esa élite se fue renovando generacionalmente y diversificando políticamente.

Los factores aludidos contribuyeron a que durante el primer tercio del siglo xx la Galicia europea y la Galicia de ultramar se complementasen y se influyesen mutuamente. Este ejemplo sugiere una reinterpretación de los enfoques clásicos tanto de la emigración de retorno como de la relación existente entre asociacionismo emigrante y política. Por un lado, no se trata de un fenómeno unidireccional que implique únicamente el trasvase de recursos económicos e influencias sociales y políticas desde la sociedad de destino (América) hacia la sociedad de origen, que permane-

cería supuestamente inmóvil y atrasada. Por otro lado, en la relación entre movilización política y asociacionismo inmigrante apenas se ha tomado en consideración el papel que jugaba la relación con las comunidades de origen en el surgimiento y evolución de los tejidos asociativos de los inmigrantes en América.

Se puede considerar que nos hallamos ante una retroalimentación constante que sigue ritmos diferentes entre América y la sociedad de partida. Esta última también experimentó cambios, y en ella el impacto de los retornados y de las colectividades de emigrantes solo puede operar en sentido transformador si existían aliados potenciales, así como una estructura de oportunidad política que haga posible y multiplicadora la intervención de los ausentes. Ello estimulaba asimismo a los vecinos emigrados para actuar colectivamente con fines definidos, adoptando formas de organización que responderían a necesidades y objetivos precisos, tanto en la sociedad de destino como en la sociedad de origen. Igualmente, sabido es que la integración de los inmigrantes también coexistió con su participación en una colectividad o comunidad emigrante, que conformaba un espacio de interacción social que recreaba los contextos de origen de sus integrantes. Para ello, influyeron factores como la proximidad de residencia y trabajo, la densidad de las redes microsociales informales y formales que proporcionaban protección al recién llegado, y la existencia de una prensa periódica que canalizaba tanto la comunicación con el país emisor como con el resto de la colectividad inmigrada. Por ello, podemos hablar de un modelo alternativo y más dinámico de interacción, que aquí denominaremos *interacción simbiótica*, y que tiene lugar, con diferentes ritmos, entre las dos orillas del océano.

¿Quiénes eran los aliados potenciales que se ofrecían a los emigrados como compañeros de viaje en la acción sociopolítica en Galicia, y que incentivaban su organización colectiva? Se trataba, ante todo, de dos grupos de actores: *a)* sociedades agrarias de ámbito parroquial o municipal y *b)* «bandos», periódicos y fracciones en lucha por el poder local, organizados en torno a sectores sociales interesados por lo general en atraerse el apoyo tanto de las sociedades agrarias como de los emigrantes para desalojar a los caciques del consistorio municipal. Más tarde, este segundo grupo

será complementado o sustituido por un tercero: fuerzas políticas opuestas al régimen de la Restauración borbónica (1874-1923) o a la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930). Estas últimas fueron principalmente de tres tipos: las diversas organizaciones agraristas que intentaron coordinar y unificar a nivel territorial galaico la acción aislada de los cientos de asociaciones agrarias que surgieron en Galicia a partir de 1900; los nacionalistas gallegos y, en menor medida, el movimiento obrero, tanto de orientación socialista como anarcosindicalista.

LAS SOCIEDADES MICROTERRITORIALES O DE INSTRUCCIÓN: LA PARROQUIA DE ULTRAMAR

La presencia de la emigración en la vida cotidiana y en la realidad social de Galicia se hizo patente, en primer lugar, a nivel local y dentro de los marcos más inmediatos de relación social y organización comunitaria, que eran básicamente –aunque no con la misma intensidad en toda Galicia– las parroquias. En 1919 existían en Galicia 322 municipios y 3785 parroquias, con una media de 11 parroquias por municipio y 545 habitantes por parroquia (6150 por municipio). A su vez, las parroquias se forman por agregación de aldeas y lugares o núcleos de población, de los que se contabilizaban entonces en toda Galicia 16613 (Villar Grangel 1919).

Existe cierto consenso en que la parroquia constituyó hasta fechas recientes el marco de interacción social más inmediato de la Galicia rural, pese a ser también una realidad social construida (Rodríguez Campos 1994), lo que cabe atribuir sobre todo a dos grupos de factores: *a*) la organización administrativa eclesiástica, vigente desde tiempo atrás, que configuró fidelidades comunitarias cimentadas por ritos, cultos, fiestas y actividades que tenían centro alrededor de la iglesia parroquial; y *b*) la posesión de recursos comunes que debían ser gestionados colectivamente (montes comunales y agua, en particular), la regulación de la propiedad y gestión privadas (servidumbres de paso, utilización de las agras, etc.), y los sistemas de ayudas recíprocas (colaboración intervecinal en trabajos agrícolas, por ejemplo). Esos fuertes vínculos comunitarios persistieron en la metrópolis argentina. Se ha aludido así a la metáfora de la «parro-

quia de acá y de acolá» para describir la relación entre dos comunidades locales separadas por el océano, pero que siguieron conservando sus lazos, reforzados con la comunicación epistolar, las remesas materiales y el trasiego más o menos periódico de emigrantes y retornados (Durán 1982). Ello configuraba, a la vez que redimensionaba, un espacio característico de relación social, introduciendo el ámbito local en una red más amplia de interacciones macro y microsociales.

Las asociaciones étnicas microterritoriales reproducían así, como marco de referencia, ámbitos de relación e interacción social de origen de los emigrantes, y que eran inferiores a la provincia. Se trataba de la parroquia, pero también de la comarca y del municipio, a veces el partido judicial o distrito (denominaciones no exentas de cierta indefinición espacial en muchos casos), poco después o prácticamente al mismo tiempo que se formaban y consolidaban los grandes centros mutualistas y benéfico-asistenciales de ámbito macroterritorial (Centro Gallego [1907], Hospital Español, Casa de Galicia [1918], etc.). Las solidaridades locales pervivieron en la otra orilla del océano, y fueron en un principio de carácter más inmediato y vinculante que las «regionales» o «nacionales». Esto tenía causa en la propia estructura de las cadenas migratorias y en la reproducción de lazos de paisanaje en América para la búsqueda de colocación, protección inmediata al recién llegado, espacios para el ocio y tiempo libre, etc., lo que se veía facilitado por la frecuente proximidad residencial de los procedentes del mismo lugar.

Este fenómeno sorprendió a muchos observadores contemporáneos, incluyendo a la élite republicana española de Buenos Aires. Pero no debemos caer en sus explicaciones simplistas, basadas en los consabidos tópicos sobre el carácter «localista» o regionalista de los emigrantes ibéricos. Se puede considerar que, en principio, el mayor número de inmigrantes gallegos en Buenos Aires hacía posible reproducir esquemas y vínculos de identidad colectiva semejantes a los ya existentes en el país natal, a través de los cuales los individuos procedentes del medio rural vehiculizaban su proceso de socialización. Así, las pautas asociativas de los emigrantes gallegos tradujeron, en buena parte, una jerarquización de lealtades e identidades funcionales, sin

considerarlas contradictorias. El inmigrante recién llegado podía asociarse al Centro Gallego o al Hospital Español, pero también tendía a buscar la compañía de sus convecinos para organizar su sociabilidad y tiempo libre, y por esa vía asociarse a una sociedad comarcal, local o parroquial, a fin de reproducir en América los espacios de interacción social que le eran familiares. En ello jugaban un papel destacado la organización de fiestas, romerías para celebrar los santos patronos locales o simples tertulias. Los testimonios orales y escritos inciden, sobre todo, en ese carácter de recreación del espacio de sociabilidad de origen que poseían las asociaciones microterritoriales, y particularmente las veladas recreativas por ellas organizadas, vinculándose el diluido, pero existente, sentimiento de patria con el más definidor y movilizador de patria chica. Como resumía el médico gallego Ángel Anido (1898), «reconocemos la conveniencia de declararnos hijos de la patria grande, especialmente cuando nos hallamos entre extraños, pero el corazón nos vende; el primer impulso es para la patria pequeña. Y es que allí están la casa donde nacimos y la calle donde, siendo niños, hemos jugado».

La pervivencia de esas solidaridades locales y el alto promedio de retornos, junto al generalmente corto periodo de estancia de muchos emigrantes allende el mar, fueron factores que favorecieron el mantenimiento de vínculos con las comunidades parroquiales y municipales de origen. En este sentido, la pervivencia de redes sociales trasplantadas desde el país de origen, de solidaridades comunitarias y de incentivos locales, proporcionó una adecuada estructura de movilización para la acción colectiva de los inmigrantes gallegos en cuanto se presentaron objetivos concretos.²³³ En más de una ocasión, el tener que hacer frente a necesidades coyunturales y concretas en sus comunidades de origen convocaba a la asociación de sus vecinos ausentes en Buenos Aires. El catalizador podía ser el llamamiento de auxilio de los habitantes de las parroquias o lugares de origen a sus convecinos residentes en América para un fin concreto (una colecta para una obra pública, la iglesia o el cementerio, por ejemplo),

233 Diversos autores han insistido en el papel que las redes sociales y comunitarias pueden tener a la hora de proporcionar estructuras de movilización, es decir, canales organizativos previos para la acción colectiva que disminuyen los costes de la iniciativa individual (Tarrow 1997: 54-56; Taylor y Singleton 1993).

a través de uno o varios emigrados de buena posición económica o de prestigio profesional. Estos formaban una comisión provisional, ponían en marcha cierta dinámica de acción colectiva, y a menudo concebían al final la idea de constituir una sociedad de ámbito comarcal o parroquial que tuviese continuidad, figurando automáticamente como miembros de una comisión iniciadora. Aunque de esas comisiones no siempre surgía de manera inmediata una sociedad de instrucción, se mantenía una base de organización informal que en determinados momentos espoleaba a la acción colectiva de los emigrados en favor de su lugar de nacimiento. Así se observa, desde al menos 1898, cuando los naturales de Ribadeo (Lugo), a iniciativa del comerciante Domingo G. Villamil, se juntaron para contribuir con una suscripción en favor del hospital de su villa de origen. A ellos siguieron comisiones para construir cementerios, escuelas u obras públicas por parte de los naturales de varias localidades (Merza, Santiago de Compostela, Santa Mariña de Fraguas o San Xiao de Sales). En otras ocasiones registramos llamamientos explícitos de las sociedades de agricultores de alguna villa o parroquia a sus vecinos ausentes para que estos coadyuvasen económicamente a su labor política y social, valiéndose para ello de intermediarios diversos. Los periódicos de la colectividad sirvieron de vehículo de contacto y de acicate para la formación de sociedades, en especial *Nova Galicia*, semanario fundado en 1901 por el procurador Fortunato Cruces, quien fue un decidido promotor de la constitución de sociedades locales frente a las prevenciones de otros periódicos étnicos —por ejemplo, el influyente *El Eco de Galicia*, de Manuel Castro López— ante lo que consideraban un minifundismo estéril.

De la combinación de esas reuniones informales más o menos festivas y de las llamadas de auxilio desde los lugares de origen surgió también un buen número de comisiones iniciadoras que podían dar lugar a asociaciones microterritoriales. La mayor densidad de inmigrantes gallegos en Argentina durante las dos primeras décadas del siglo xx hizo posible la canalización de esfuerzos a nivel local y comarcal. Pero también influyó en este proceso la proliferación de asociaciones agrarias en el campo gallego desde 1900, y el fenómeno paralelo de articulación social que tenía

lugar en amplias zonas rurales de Galicia, con surgimiento de periódicos, extensión relativa de la alfabetización y diversificación de la lucha política a nivel local.²³⁴

Todo un enjambre de sociedades gallegas de ámbito parroquial, municipal y comarcal surgió en Buenos Aires, al igual que en La Habana (y, en menor medida, Montevideo), entre 1904 y 1936, con un periodo de máxima intensidad global entre 1907-1925. La primera sociedad de instrucción conocida en Buenos Aires surgió en abril de 1904. Se trataba de *La Concordia*, una asociación de los naturales de la parroquia de Fornelos da Ribeira (Salvaterra de Miño, Pontevedra). En su génesis, *La Concordia* resumía los factores que harán posible el desarrollo de las sociedades microterritoriales: redes microsociales de vecindad y parentela operantes en Buenos Aires, proximidad residencial y/o de lugar de trabajo, y combinación de intereses en su liderazgo entre notables y activistas políticos. La entidad nació a iniciativa de 37 inmigrantes procedentes de Fornelos, muchos de los cuales trabajaban en la fábrica de herramientas, propiedad de los coterráneos Manuel y José M. González, en una calle céntrica de Buenos Aires, con el primer objetivo de dotar a la parroquia de origen de un nuevo cementerio civil y religioso. El peso de los emigrados de éxito en la primera directiva elegida era elocuente: Manuel González asumió la presidencia, y su hermano José la tesorería. Pero como vicesecretario figuraba el comerciante y activo miembro de la Liga Republicana Española [LRE] en la Argentina, Ricardo Sestelo, quien al poco tiempo enfatizaba el carácter regenerador de la nueva entidad. Dentro de ella, el mecenazgo informal de los hermanos González, de Ricardo Sestelo y su hermano Constante, y del jurista coterráneo residente en Bahía Blanca, Rogelio Estévez Cambra, continuó siendo primordial: entre los cinco aportaron el 74,4 por ciento de los fondos recaudados en la primera suscripción pro-cementerio de Fornelos. En 1906, *La Concordia* ya colaboraba en el sostenimiento del colegio público

234 Distingamos claramente que el movimiento agrarista o societarismo agrario gallego del primer tercio del siglo xx, fenómeno bien conocido por la Historia Social y la Historia Agraria ibérica, del nacionalismo gallego, aunque ha habido quien, desconociendo esos matices, ha confundido ambos movimientos, también a la hora de interpretar el asociacionismo emigrante galaico en Buenos Aires (Merino Hernando 2012).

de su lugar de origen.²³⁵ Procesos semejantes se registran en la fundación de otras entidades.

A partir de ese año se multiplicó el número de asociaciones microterritoriales en Buenos Aires. Los diversos testimonios elevan la cantidad de sociedades de instrucción gallegas en la capital federal de 12 en 1907 a 42-50 en 1913, 98 en 1916, y 146 (157 en toda Argentina) en 1926.²³⁶ Podemos afirmar por ahora que solo en Buenos Aires existieron hasta 348 sociedades de instrucción entre 1904 y 1936, que abarcaban casi el 50 por ciento de los municipios gallegos en ese periodo. Su ámbito territorial de actuación ofrece la siguiente distribución (cuadro 12).

CUADRO 12

Ámbito territorial de actuación de las sociedades gallegas de Buenos Aires, 1904-36.

Provincia	A., L.	P	2º + P	C	2º + C	P. J.	Prov.	Total
A Coruña	1	37	7	59	2	10	1	117
Lugo	1	5	-	34	6	6	4	56
Ourense	-	14	-	25	4	5	3	51
Pontevedra	1	41	6	59	10	6	1	124
GALICIA	3	97	13	177	28	27	9	348
Porcentaje	0,86	27,87	3,73	50,86	8,04	7,75	2,58	100

(A., L.: aldea, lugar; P: parroquia; C: municipio; P. J.: partido judicial; Prov.: provincia). Fuente: Elaboración propia

ÉLITES Y CONFLICTOS

¿Por qué en unos casos se formaban sociedades parroquiales, en otros casos comarcales, y en otros municipales? No siempre existe una correlación directa entre la existencia de un contingente lo suficientemente nutrido de

235 El relato sobre la fundación de *La Concordia*, en memorándum de la sociedad Juventud Progresiva Hijos de Fornelos y Anexos de Buenos Aires (fundada en 1920, pero sucesora de La Concordia) a la corporación municipal de Salvaterra de Miño, Buenos Aires, s. f. [ca. 1935], en [A]rchivo de la [F]ederación de [S]ociedades [G]allegas de Buenos Aires.

236 Datos en Núñez Seixas (1998a: 90-91), y *Teo*, 15.2.1916.

naturales de una parroquia o de un municipio para la constitución de una asociación parroquial o municipal. De hecho, comarcas de alta emigración hacia Buenos Aires no presentan gran densidad asociativa en el periodo aquí considerado. Ciertamente, el número concreto de emigrantes que residiese en una misma ciudad o un mismo barrio era un factor condicionante para la formación de asociaciones microterritoriales; pero esto no era siempre así, pese a las apreciaciones de algunos observadores coetáneos, como Castriello Sagredo (1926), que suponían que el reagrupamiento asociativo de los emigrantes gallegos y asturianos en las sociedades de instrucción seguía una lógica territorial ascendente: una vez que se cumplían los primeros objetivos de índole local, se plantearían fines de ámbito municipal y después comarcal.

Este proceso no seguía una periodización tan rígida. Se requería un catalizador, por lo general una élite que asumiese un rol dirigente. Y según las preferencias, opciones y divisiones internas de esa élite, las asociaciones podían asumir uno u otro ámbito territorial. La presencia de sociedades de ámbitos territoriales diferentes, coexistentes e incluso rivales tenía mucho que ver con dos factores:

1) La existencia de *notables*, de emigrantes de cierta posición económica que apadrinasen la fundación de asociaciones, o de activistas políticos, intelectuales y periodistas interesados también en la promoción del asociacionismo y que tendían a hacer valer un ámbito territorial de actuación acorde con sus intereses y objetivos. Ciertamente es que a veces ese marco territorial de referencia se podía corresponder con fidelidades o ámbitos de interacción social trasplantados del país de origen. Pero en la mayoría de los casos, en nuestra opinión, la elección no siempre reflejaba marcos de sociabilidad reproducidos de modo mimético en la Argentina, sino que dependía de los objetivos y, en su caso, divisiones internas de las élites.²³⁷

237 Un buen caso fue el de las desavenencias dentro del núcleo iniciador de la sociedad de Corcubión acerca del ámbito de referencia territorial de la entidad en 1922. En un principio, la asociación adoptó el nombre de Muxía y Cee, municipios de donde procedían sus iniciadores; al concurrir socios de otros municipios limítrofes (Dumbría, Vimianzo, Fisterra, Zas), se produjeron las primeras divisiones entre los partidarios de ampliar el radio de acción al partido judicial de Corcubión, los que optaban por elegir la demarcación Muxía y Cee, o bien fundar sociedades por municipio que después se federarían; el industrial J. Oreiro, junto con otros notables, prefirió encabezar una escisión, agrupando a los naturales de Muxía

2) Las dinámicas sociales y políticas existentes en sus lugares de origen, que asimismo condicionaban en momentos concretos la formación de entidades en América siguiendo las directrices asociativas imperantes en Galicia. El nivel de articulación relativa de la sociedad civil en el medio rural gallego también tenía un desarrollo paralelo allende el mar, y viceversa. Es más, hay varios casos de sociedades microterritoriales en Buenos Aires que se constituyeron como reflejo de la formación de sociedades agrarias, facciones políticas o movilizaciones circunstanciales alrededor de un «bando» local o un periódico anticaciquil en sus lugares de origen.²³⁸

En consecuencia, el asociacionismo microterritorial gallego era algo más que una reproducción mimética de lazos y vínculos comunitarios de origen, como a menudo se afirma, sin mayor reflexión. Se trataba también de una recreación del espacio social, en la que se mezclaba el recuerdo del lugar de origen con la construcción de una nueva identidad, superpuesta o adyacente a otras esferas de identidad. Naturalmente, en América, el marco de interacción social a lo largo del tiempo sufría cambios irreversibles en la percepción de buena parte de los emigrantes. El contacto con la sociedad receptora, así como con gallegos de otras zonas y los demás inmigrantes españoles, adaptaba su mentalidad e introducía una escala de identidades concéntricas sujetas a códigos situacionales. Con todo, la fi-

en 1923. Más tarde, otro núcleo se separó para fundar una entidad de ámbito municipal fisterrán (*Finisterre en América*).

238 Se pueden citar varios ejemplos. La creación de la sociedad *Hijos de Silleda* en 1908 fue prácticamente paralela a la constitución de la sociedad de agricultores del municipio de Silleda y al envío y publicación de su reglamento en el periódico *Nova Galicia* de Buenos Aires, donde se estipulaba que, si los emigrantes silledanos se asociaban y le prestaban apoyo moral y material, aquella ampliaría sus funciones al campo de la enseñanza y del crédito cooperativo. Un núcleo de naturales de Silleda en Buenos Aires ya había fundado la entidad, con fines de instrucción. Al poco tiempo, esta última estableció un acuerdo de reciprocidad con la sociedad de agricultores de Silleda, según el cual los socios de esta que emigrasen a la Argentina ingresarían automáticamente en *Hijos de Silleda*, y los miembros de esta última que retornasen a Galicia se asociarían a la sociedad agraria. Por su lado, la *Sociedad Agraria y Oficios Varios de Moraña* en Buenos Aires se constituyó en 1918, al calor del surgimiento de un fuerte bando anticaciquil en Moraña (Pontevedra), secundado por los agraristas y la sociedad de Oficios Varios, que demandaron ayuda a sus convecinos emigrados. Y el Centro de Protección Agrícola de Salceda de Caselas (Pontevedra) se fundó en 1913 como correlato de las campañas de los agraristas de Salceda, y como reacción a las dificultades políticas que sufría el promotor del periódico anticaciquil local *El Despertar*, el farmacéutico J. Fernández Sestelo.

delidad a los espacios de interacción social más inmediatos de origen no desaparecía, incluso en las sociedades de ámbito territorial municipal o comarcal, en las que eran frecuentes las disputas, superponiéndose rivalidades locales a los problemas internos de gestión y de administración, o de definición político-social.

La relevancia de las disensiones articuladas alrededor de núcleos de interacción social reducidos se manifestaba sobre todo a la hora de repartir recursos en forma de iniciativas benéficas en Galicia. Con frecuencia, sucedía que los procedentes de una parroquia concreta constituían la mayoría de los fundadores de una sociedad de ámbito municipal o comarcal, por lo que era preciso establecer después en qué parroquia o lugar se invertían los fondos sociales. Eso daba lugar a numerosas disensiones, ya que, de no haber acuerdo, el núcleo parroquial más fuerte podía escindirse y fundar una sociedad de ámbito territorial inferior. Por ello, dentro de las sociedades de proyección municipal o comarcal se cuidaba escrupulosamente que cada parroquia tuviese un representante en la directiva. Cuando una entidad de ámbito parroquial devenía en otro ámbito municipal por mor de la incorporación de nuevos núcleos menos numerosos procedentes de otras parroquias, la primera escuela o la primera inversión de importancia había de efectuarse en la parroquia de la que procediese la mayoría de los socios, lo que se imponía a pesar de la grandilocuencia de los manifiestos.

Así ocurrió en el caso de la Sociedad del Ayuntamiento de Trasparga (Lugo), que echó a andar en 1924 como sociedad parroquial *Hijos de San Bréjome* y cambió su radio de acción y denominación en 1925, después de incorporar residentes de las parroquias de Parga y Santa Leocadia. Condición del acuerdo fue que la primera escuela proyectada se construyese en San Bréxome. Igualmente, la unanimidad en torno al proyecto de construir una escuela en Coirós (A Coruña) dentro de los diversos núcleos parroquiales integrantes de la sociedad *Hijos del Ayuntamiento de Coirós* solo se logró en 1915, cuando se escogió un lugar para su erección que fuese equidistante de todas las parroquias.²³⁹ En la sociedad *Residentes del Ayunta-*

239 Acta de la asamblea general del 28.11.1915, en *Libro de Actas de Asambleas Generales (1906-1933)* de la sociedad Hijos del Ayuntamiento de Coirós ([A]rchivo de [H]ijos del [A]yuntamiento de [C]oirós, Buenos Aires).

miento de Mos (Pontevedra), fundada en 1918, fracasó el acuerdo inicial de erigir la primera escuela en un punto central del municipio y equidistante de todas las parroquias, y solo se accedió por asamblea a fundar la primera escuela en 1924, siempre y cuando aquella se levantase en el linde entre las parroquias de Tameiga y Petelos, que aportaban la mayoría de los socios (Otero Lago 1993). Algunas entidades, como la coruñesa *Hijos del Partido de Negreira* (1925), llegaron al extremo de asegurar la distribución del capital social en partes equivalentes al número de cotizantes de cada municipio y parroquia de origen, para que así los socios de cada municipio pudiesen disponer de cada parte cuando lo creyesen conveniente. Pero si las disputas interparroquiales no surgían en América, podían brotar entre las delegaciones en Galicia en el momento de repartir los recursos remitidos desde Buenos Aires, incluso a escala intraparroquial, surgiendo tensiones entre los naturales de diferentes aldeas a la hora de ubicar los recursos enviados por los «americanos».

Algunos observadores contemporáneos lamentaban ya desde la primera década del siglo el fenómeno de la dispersión asociativa y organizativa de las colectividades galaicas, y atribuían aquella a tópicos, como el individualismo o el espíritu particularista característico de los gallegos. Pero también señalaban como causa el anhelo de «predominio personal y de mando», cuando no las «grandes vanidades» que se esconderían «tras esas pequeñas sociedades en que se divide y extenúa nuestra colectividad».²⁴⁰ Y es que donde hubiese líderes en potencia, fuesen comerciantes de cierto éxito o intelectuales, periodistas o profesionales, existían mayores probabilidades de que se fundase una sociedad de recreo de ámbito microterritorial.

La cohesión comunitaria de las entidades microterritoriales se mantuvo en un nivel muy apreciable a lo largo del primer tercio de este siglo. Pero en la mayoría de los casos existían predomios internos de marcos comunitarios inferiores. Así, el *Centro de Protección Agrícola* (CPA) de Salceda de Caselas (Pontevedra), fundado en 1913, contaba en 1914 con 121 socios, de los que el 95 por ciento había nacido en alguna de las siete parroquias

240 «Las sociedades gallegas (I). Lamentable profusión», *El Eco de Galicia*, 30.10.1906, o «En la colectividad gallega. El mal de la vanidad», *Correo de Galicia*, 16.11.1924.

de aquel municipio. Pero el predominio de dos parroquias sobre las otras cinco era abrumador: los oriundos de Entenza llegaban al 47,9 por ciento, y los de la parroquia homónima y central del municipio (Salceda) al 39,6 por ciento.²⁴¹ De los 25 socios fundadores de *Residentes de Mos* en 1918, el 48 por ciento procedía de Tameiga y el 24 por ciento de Petelos, sobre 10 parroquias con las que cuenta Mos; ese predominio se mantuvo en los años siguientes, de modo que en 1920, de 205 socios, el 29,7 por ciento procedía de Tameiga y el 23,9 por ciento de Petelos, proporción que seguía siendo similar en 1933.²⁴² De los 589 socios de la *Unión Progresista de Salvaterra de Miño* en 1923, el 90,5 por ciento procedía de alguna de las 17 parroquias del municipio de Salvaterra (Pontevedra), y entre estas destacaban particularmente tres (Salvaterra, con el 18,5 por ciento de los socios; Oleiros, con el 17,4 por ciento, y Arantei, con el 11,5 por ciento), manteniéndose la proporción de modo aproximado en 1931.²⁴³ La cohesión comunitaria se mantuvo en los años sucesivos, con la sola salvedad del ligero incremento del número de argentinos, consecuencia de la incorporación de hijos de asociados.

Las divisiones por causas político-ideológicas de la élite traducían también, de hecho, rivalidades localistas entre núcleos de socios de diferentes parroquias. Un buen ejemplo fue la sociedad *Unión del Partido de Lalín*, fundada en 1921 (escindida de *Hijos del Partido de Lalín* y alineada con orientaciones socialistas, patentes en su dirigencia). De los 242 socios que ingresaron en la entidad entre febrero de 1921 y enero de 1925, el 58,5 por ciento (141) procedía de cuatro parroquias del municipio de Lalín, que hasta entonces apenas habían estado representadas significativamente en *Hijos del Partido de Lalín*: Cristimil (63, el 26 por ciento), Gresande (36, el 14,8 por ciento), Donsión (21, el 8,6 por ciento) y Prado (21, el 8,6 por ciento),

241 Elaboración propia basada en el *Libro de Registro de Socios* (1914-24) del CPA de Salceda de Caselas (Archivo de la Casa Tui-Salceda, Buenos Aires).

242 Sociedad Protección Hijos del Ayuntamiento de Mos, *Memoria del segundo ejercicio, 1.º Mayo de 1919 a 30 Abril de 1920*, Buenos Aires, 1920, 10-11, e Id., *Memoria del XV Ejercicio, 1.º de Mayo de 1932 a 30 de Abril de 1933*, Buenos Aires, 1933, 10-11.

243 Sociedad Unión Progresista del Distrito de Salvatierra de Miño, *Memoria y Balance General correspondiente al 2.º Ejercicio 1922-1923*, Buenos Aires, 1923, e Id., *Memoria y Balance General correspondiente al ejercicio 1929-1931*, Buenos Aires, 1931.

distribuyéndose el resto en pequeñas cantidades entre las demás parroquias de Lalín y los municipios limítrofes.²⁴⁴

Pero las divisiones también tenían otras causas: la división entre los socios que preferían anteponer los fines de instrucción e intervención en Galicia a los de recreo y mutualidad, y los que preferían convertir a las sociedades en meros clubes recreativos y mutualistas. Lo que podía traducir la disparidad de intereses entre una élite dirigente, que prefería practicar la filantropía en el lugar de origen como estrategia de consolidación de su prestigio social, y los sectores más «populares», interesados ante todo en fines inmediatos de protección y recreo. Así acaeció en 1909, al producirse una escisión de la sociedad *Hijos del Partido de Lalín* de Buenos Aires. Los separados adoptaron el nombre de *Asociación Hijos del Partido de Lalín (Protección)*, con fines exclusivamente de recreo y mutualidad. Un promotor de esta última afirmaba que «los artesanos queremos lo más práctico, rápido e indispensable o sea la protección, el socorro y el trato íntimo entre los naturales de Lalín en América», mientras los interesados en construir un Hospital en Lalín serían quienes «se creen ya más arriba del artesano y cortejan la autocracia, por compromisos o conveniencias».²⁴⁵

No obstante, este género de disputas no siempre tenían esa causa. Podemos suponer que ello fue así porque la retórica anticaciquil de la gran mayoría de las sociedades gallegas, su vinculación con el movimiento societario campesino que se desarrollaba de modo paralelo, cuando no interrelacionado, en la misma Galicia, y la apelación a la instrucción como vehículo de regeneración social y política permitían crear un mayor consenso en cuanto a los fines teóricos de las sociedades, cimentado en una mayor so-

244 Elaboración propia a partir de los registros de socios de *Hijos del Partido de Lalín* (1908-1912 y 1918) y *Unión del Partido de Lalín* (1921-1925), [A]rchivo del [C]entro [L]alín de Buenos Aires.

245 J. Cotavá, «Hijos del Partido de Lalín», *Nova Galicia*, 8.8.1909, 2-3. Una desavenencia semejante dentro de la sociedad *Hijos del Ayuntamiento de Coirós* (fundada en 1906) terminó con un acuerdo salomónico, después de que 20 socios insistiesen en incluir entre los fines de la entidad la instrucción: los fondos de la sociedad se destinarían a la construcción de una escuela en Coirós, pero una parte se reservaría para sufragar repatriaciones y veladas festivas (Acta de la asamblea del 11.7.1910), en *Libro de Actas de Asambleas Generales (1906-1933)* de la sociedad *Hijos del Ayuntamiento de Coirós* (AHAC).

lidaridad comunitaria. En este sentido, las entidades galaicas mantuvieron un carácter plurifuncional más acusado que las asturianas, tanto en Cuba como en Buenos Aires, para satisfacer a unos y otros. La invocación de los fines de instrucción permitía satisfacer el anhelo de los sectores más acomodados por ejercer la beneficencia, legitimar su ascenso social ante la comunidad de origen y procurar que la calificación de los nuevos inmigrantes fuese lo más alta posible (evitando que fuesen blanco de desprecio y de burlas por parte de la sociedad argentina, lo que desprestigiaba al conjunto de la colectividad galaica); y, al mismo tiempo, se correspondía con los intereses de empleados y obreros manuales y no manuales, para quienes invertir en instrucción en su lugar de origen suponía también una apuesta por el ascenso social de sus familias y convecinos que habían permanecido en Galicia, y a la vez un reconocimiento de lo que la falta de instrucción supuso de obstáculo en su inserción sociolaboral en la Argentina. Tanto es así que hacia 1926 tenía lugar el fenómeno contrario: los más interesados en los fines de instrucción eran los sectores más populares.²⁴⁶

¿Cuál era la composición social de las sociedades de instrucción? Aunque no disponemos de datos globales, sí podemos ofrecer el siguiente cuadro:

246 En este sentido, la sociedad *Cultural de El Pino* se veía obligada en 1926 a apelar especialmente a los comerciantes para que se afiliaran a la entidad, pues «los vecinos humildes, los hombres de El Pino que en la emigración vivimos de un jornal –siempre reducido– entregamos con cariño nuestra cuota mensual, porque sabemos que va destinada a realizar una obra meritoria para los niños de la tierra que nos vio nacer». Ver *El Despertar Gallego*, 14.10.1926.

CUADRO 13

Composición socioprofesional de cinco sociedades microterritoriales de
Buenos Aires, 1918-1944

Grupo profesional	Centro Renovación Pontearreas (1935-39)	Unión Progr. Distrito de Coveló (1926-44)	Círculo Social Valle Miñor (1942-44)	Residentes de Mos (1918-41)	Círculo Villagarcía de Arosa (1933-37)
Rentistas, industriales y propietarios	3,6 %	0,64 %	4,14 %	3 %	2,09%
Pequeños industriales, propietarios de establecimientos artesanales	2,7 %	0,64 %	7,25 %	3 %	0,83%
Profesiones liberales	-	0,64 %	1,03 %	2,63 %	2,51%
Comerciantes	18 %	10,96 %	32,6 %	24,43 %	14,64%
Funcionarios, maestros	1,8 %	1,29 %	-	-	1,67%
Empleados del comercio y servicios	57,65 %	53,5 %	30,05 %	19,17 %	52,71%
Obreros manuales, sin cualificación, «mozos», jornaleros	2,7 %	10,32 %	3,62 %	22,18 %	3,76%
Obreros cualificados, no manuales, de oficio	7,2 %	7,09 %	14,5 %	13,9 %	19,66%
Servicio doméstico	4,5 %	9,03 %	-	10,15 %	-
Jubilados	-	1,29 %	1,03 %	-	-
Estudiantes	-	1,93 %	5,69 %	1,5 %	1,67%
Otros	1,8 %	2,58 %	-	-	0,41%
Total numérico de la muestra	111 (100%)	155 (100%)	193 (100%)	266 (100%)	239 (100%)

Fuente: *Libro de Registro de Socios* del Centro Renovación de Pontearreas (AFSC); Fichas de solicitud de ingreso y *Libro de Registro de Socios* de la UP del Distri-

to de Covelo (AFSG); Fichas de solicitud de ingreso del Círculo Valle Miñor (Archivo del Centro Valle Miñor, Buenos Aires); Libro de Registro de Socios de Residentes de Mos (Archivo de la sociedad Residentes de Mos, Buenos Aires); Fichas de solicitud de ingreso de socios del Círculo Villagarcía de Arosa (AFSG). En el caso de Pontearreas se contabilizaron solo los socios que tienen datos de profesión consignados, al igual que en el del Val Miñor y Vilagarcía.

Las categorías socioprofesionales consignadas en los libros de registro de socios son en algún caso de difícil adscripción, por lo que cabe jugar con un razonable margen de error. En todo caso, podemos apreciar que la clientela mayoritaria en las asociaciones gallegas microterritoriales estaba compuesta de empleados y dependientes de comercio, seguidos de comerciantes y obreros manuales cualificados y sin calificación. Pero hay matices más importantes entre las diversas instituciones.

Por un lado, tanto el Centro Renovación como la UP Covelo son entidades con un claro y activo compromiso político en favor de sus lugares de origen, a los que enviaban fondos con regularidad para empresas políticas relacionadas con el agrarismo local de tendencia izquierdista, por lo que su oferta de servicios mutualistas y recreativos era menor. Por otro lado, Residentes de Mos era una entidad con fines de instrucción, pero con un mensaje más populista e integrador debido al vínculo de identidad comunitaria, y por tanto más apolítica en la praxis que las dos anteriores, con una oferta más extensa de cobertura mutualista y oferta recreativa. Finalmente, el Círculo Social Valle Miñor era una sociedad fundamentalmente recreativa. Se aprecia claramente que el porcentaje de obreros manuales, con calificación o sin ella, y empleados/as del servicio doméstico es mayor en la sociedad de Mos (46,2 por ciento) que en las demás, mientras los empleados solo en esta última descienden por debajo del 20 por ciento; por el contrario, los pequeños comerciantes aportan casi un tercio de los socios de la entidad valmiñorana, a los que se unía un apreciable porcentaje de sectores acomodados y medio-altos (12,4 por ciento), bastante superior al de las otras entidades (solo en la de Mos alcanza un 8,6 por ciento).

Caben algunas hipótesis a la luz de estos datos. Se confirma que los obreros manuales y no cualificados tendían a asociarse poco en asociaciones

voluntarias, mutualistas o étnicas (Moya 1988: 288); pero, de hacerlo, buscaban aquellas que combinaban oferta mutualista-recreativa con algún tipo de compromiso de inversión de recursos en Galicia (sociedad de Mos). En cambio, las sociedades de izquierda militante, cuyo objetivo era sobre todo la «regeneración» política de sus municipios de origen, atraían más bien a empleados, comerciantes y, en menor medida, obreros manuales cualificados y empleados del servicio doméstico. Se podría pensar, en consecuencia, que los obreros gallegos preferían ingresar en asociaciones con amplia oferta recreativo-asistencial, y que el compromiso con la instrucción y con la movilización política en sus lugares de origen solo adquiriría importancia una vez que las necesidades «primarias» habían sido cubiertas, o una vez que, tras algunos años, se había conseguido un cierto ascenso social. Los socios de la UP de Covelo y el Círculo Vilagarcía muestran un perfil intermedio, en el que todavía hay un 26,4 por ciento de obreros y mucamas, un porcentaje amplio de empleados y uno más reducido de comerciantes, rentistas o industriales. Por el contrario, en el Círculo Social Valle Miñor nos encontramos con un perfil social más mesocrático, en el que –se trata de la década del cuarenta– figuran ya estudiantes (hijos de inmigrantes), y donde apenas aparecen obreros manuales y mucamas, mientras los sectores medios están ligeramente infrarrepresentados y los medio-altos están sobrerrepresentados, como corresponde a una sociedad que ya no ofrecía servicios mutualistas.

No está de más recordar, sin embargo, la importancia de los lazos de paisanaje a la hora de condicionar el ingreso de nuevos miembros en estas sociedades. Muchos de los empleados y obreros de la entidad valmiñorana lo son en negocios o establecimientos de la propiedad de convecinos, según muestran los datos cruzados del registro de socios, e ingresan llevados por el patrón. Lo mismo se puede afirmar de los de Mos. Ello nos lleva también a tener en cuenta la fuerza de atracción de las redes sociales informales, después cristalizadas en una red social formal (asociativa).

Diferente era, lógicamente, el perfil de la dirigencia. Se precisaban dos cualidades para convertirse en dirigente societario –forma visible de liderazgo que con frecuencia traducía otras formas menos visibles de influencia

(laboral, social, de mediación) sobre los coterráneos—. Primero, una posición económica acomodada que permitiese disponer de tiempo y de recursos dinerarios, lo que incluso posibilitaba que algunos fuesen socios y hasta directivos de varias asociaciones al mismo tiempo. Segundo, un cierto «prestigio» y respetabilidad derivados tanto de la propia posición económica adquirida dentro de la sociedad receptora y de la colectividad galaica (que podía constituir buena parte de su clientela), como de la posesión de una cierta formación y capacidades intelectuales. Asimismo, era importante disfrutar de un buen tejido de relaciones privadas entre los coterráneos, trasplantados del lugar de origen, o vínculos forjados en la sociedad de destino.

A partir de los varios ejemplos conocidos, podemos afirmar que en las directivas predominaban pequeños y medianos comerciantes, seguidos a distancia de empleados, artesanos y trabajadores manuales cualificados.²⁴⁷ Así se dibujaría un perfil social comparativamente más popular que el de las asociaciones mutualistas de alcance hispánico o regional (Devoto y Fernández 1990; Ruibal y Barros 1989; Farías 2009). Sin embargo, los datos existentes no parecen indicar que las sociedades de instrucción gallegas desempeñasen un papel instrumental de domesticación del conflicto social mediante el fomento de la solidaridad étnica y el mutualismo, al menos en la medida en que lo cumplieron varias asociaciones italianas de Buenos Aires para los intereses de los industriales que figuraban en sus directivas (Gandolfo 1992).

¿Qué utilidad reportaba, entonces, desempeñar puestos directivos en una sociedad de instrucción para los emigrados de éxito? Como ya apuntamos, podemos afirmar provisionalmente que los líderes de sociedades microterritoriales eran de extracción tendencialmente medio-alta o pequeñoburguesa (pequeños industriales o comerciantes modestos con pocos empleados). Por su parte, los grandes nombres de la colectividad, los consejeros de bancos y propietarios o accionistas de empresas importantes,

247 Así lo hemos podido comprobar, tras cruzar diversas fuentes, al estudiar la composición de la junta directiva de la *Unión Provincial Orensana* en los años treinta, de la *Asociación Chantada* y su Partido en 1928, de Residentes de Mos entre 1929 y 1940, del *Centro Ayuntamiento de Guitiriz*, *Villa de Parga y su Comarca* en 1934, o de *Residentes del Partido Judicial de Órdenes* en el mismo periodo.

se concentraban preferentemente en las directivas de las instituciones de ámbito territorial gallego o español, a pesar de figurar en varias ocasiones como iniciadores de las entidades microterritoriales. Los dirigentes de sociedades de instrucción solían ser aquellos que no podían acceder a corto o medio plazo a las directivas de grandes instituciones. Los incentivos de la élite dirigente de las sociedades microterritoriales consistían sobre todo en la búsqueda de capital simbólico, con vistas a su participación en la vida social argentina y el acceso a posiciones de poder dentro de la propia comunidad inmigrante gallega (y el conjunto de la española). Es igualmente cierto que en algunos casos las entidades vestían redes clientelares más o menos informales: el acceso de los asociados a las entidades a mejores servicios u oportunidades laborales podía verse favorecido por la intermediación de los líderes societarios, quienes actuaban en este sentido como verdaderos notables, con un radio reducido de influencia. Y no menos importantes eran las perspectivas de un retorno temporal o definitivo al lugar de origen, donde el ser copartícipe de la gestión de entidades que desempeñaban una notable labor benéfico-asistencial, educativa y/o política, contribuiría a realzar su posición y, dependiendo de las circunstancias, podría permitir el acceso al poder local. Presidir una sociedad de instrucción reportaba, además, un inmediato reconocimiento en el plano simbólico: recepción de diplomas y distinciones, portadas de revistas y un anecdótico etcétera.

Pero también contaban los líderes políticos. Se trataba de activistas del republicanismo, del socialismo y del movimiento obrero argentino, y –desde los años veinte– nacionalistas gallegos, influidos por el regeneracionismo hispanoamericanista de principios de siglo, con estatus social medio o medio-alto (empleados, pequeños comerciantes, profesionales liberales y, principalmente, periodistas), y en un buen porcentaje exiliados voluntarios de la España de la Restauración, que emigraron al Río de la Plata para hacer carrera profesional (Duarte 1998). Su propósito consistía sobre todo en utilizar el asociacionismo étnico como vehículo de movilización política, uniendo sus esfuerzos en esa empresa con los de las élites económicas y reforzando asimismo su papel de mediadores con las élites políticas argentinas, a la vez que con las de Galicia. En muchos casos fueron estos líderes

intelectuales los auténticos agentes galvanizadores que formularon los fines y la dinámica de actuación de las entidades, aspirando por esa vía al liderazgo del conjunto de la colectividad. De este modo, periodistas, profesionales y comerciantes de orientación republicana estuvieron en el origen de muchas asociaciones microterritoriales gallegas. Como también lo estuvieron, desde la segunda década de este siglo, activistas comprometidos en el socialismo argentino. No todos los líderes sindicales gallegos en Buenos Aires mostraron interés por extender su actividad al asociacionismo étnico; pero, en el caso porteño, una parte importante de aquellos encontró un campo de actividad complementario en el tejido asociativo galaico. Los móviles para ello eran resumidos de modo ejemplar en 1928 por el socialista gallego Vicente Paz Infante. Ante todo, el hecho de que las sociedades del Sur de Galicia, mayoritarias en Buenos Aires, tendían a ser más radicales en su posicionamiento sociopolítico por estar en aquella zona del país de origen más extendida la demanda por la abolición de los foros, con lo que la receptividad a la prédica agrario-socialista era mayor; la posibilidad de extender a Galicia y a los familiares de los emigrados allá residentes los ideales por los que luchaban en Argentina; y porque así se intentaba evitar que el mutualismo étnico cayese en manos de una élite que manipulase aquel para engrandecer su influencia política y ponerse al servicio del poder.²⁴⁸

Otras veces, las entidades surgían a partir del ejemplo de otra sociedad con líderes comprometidos políticamente y unidos por fuertes lazos de colaboración, que incitaban a la organización de asociaciones propias a otros núcleos de correligionarios naturales de una misma demarcación geográfica, y que incluso podían sustituir en la dirección de sociedades o núcleos informales de carácter local a antiguos notables o *padroni* benefactores.

La mayoría de las sociedades de instrucción contaba con un capital social modesto y un número de socios que podía oscilar entre un mínimo de 40-50 y un máximo de 1000. Las entidades más pudientes disponían de biblioteca propia, y hasta el 12 por ciento contó con un órgano de prensa propio. No muchas disponían de sede social propia o en alquiler, y la mayoría se reunía

248 V. Paz Infante, «La obra de nuestra Federación. ¿Perdemos el tiempo los hombres ideológicos?», *El Despertar Gallego*, 1.11.1928.

en una taberna, en el establecimiento comercial de algún directivo, en locales de sindicatos o del Partido Socialista argentino, o en los salones de otras instituciones gallegas. Más de una estableció su sede oficiosa en el domicilio de alguno de los directivos, contando además con la labor auxiliar de las hijas y mujeres de aquellos. De hecho, buena parte de las sociedades de instrucción nacían del dinamismo social y de la movilización de contactos y redes relacionales a partir de un núcleo reducido de familias o individuos.²⁴⁹ De la densidad de esas redes sociales dependía también el nivel de implantación que estas formas asociativas microterritoriales alcanzaron entre el conjunto de sus connaturales emigrados en Buenos Aires. Sobre este aspecto solo tenemos datos parciales, que sugieren un índice que oscila entre el 33 por ciento y el 50 por ciento, en el mejor de los casos. No todas las sociedades de instrucción conseguían el mismo nivel de representatividad y aceptación entre los emigrados de su ámbito geográfico de actuación, lo que parecía depender mucho de la personalidad y dinamismo de los iniciadores, de la orientación sociopolítica de la entidad, de los servicios mutualistas que ofreciese, de su oferta recreativa y de la presencia o no de sociedades parroquiales que entraban en competencia con una de ámbito geográfico más amplio (municipal o partido judicial). En el caso de sociedades municipales, la implantación alcanzada era variable, aunque tendencialmente inferior a la de las parroquiales, pero podía oscilar entre el 70 por ciento de Residentes de Trazo, en 1926, o el escaso 5 por ciento que declaraba *Hijos de Silleda* en 1909.²⁵⁰

Además de ello, la participación de la masa asociada en las asambleas era baja, y buena parte de las cuotas eran satisfechas con gran irregularidad. A pesar de eso, los dirigentes seguían interesados en mantener la afiliación teórica de las sociedades para así seguir presentándose como las élites de la colectividad, fortaleciéndose en ocasiones relaciones de tipo clientelar entre

249 Por ejemplo, de los 408 asociados que ingresaron en *Hijos del Partido de Lalín* entre septiembre de 1908 y mayo de 1912, nada menos que 114 (27,9 por ciento) fueron presentados por el socio fundador Guillermo González, natural del municipio de Lalín. El resto de los socios fundadores hizo una media de seis asociados por cabeza, por lo general procedentes de sus mismas parroquias de origen (elaboración propia a partir del libro de registro de socios de *Hijos del Partido de Lalín*, 1908-1912, ACL).

250 Ver *Céltiga*, 25.7.1926; acta de la asamblea general, 15.8.1909, *Libro de Actas de Asambleas Generales de Hijos de Silleda (1908-1939)*, ACL.

aquellos y la masa asociada. Solo cuando surgían disputas por el liderazgo, o se convocaban elecciones en las entidades locales con vistas a elegir miembros en la Junta Ejecutiva de las federaciones (como ocurría en el seno de la Federación de Sociedades Gallegas [FSG] durante la segunda mitad de los años veinte), se fomentaba realmente la participación de la masa asociada. Continuas eran en la prensa étnica las quejas sobre la falta de interés de las asociaciones locales en la estructura federativa, así como las denuncias de la «manipulación» de las mismas por dirigentes cuyo único interés era político, y los lamentos de los dirigentes sobre el escaso interés por parte de los socios en concurrir a las asambleas.²⁵¹ Con todo, la participación era más elevada que en las grandes asociaciones mutualistas de dimensión gallega o española. En 1925, el Centro Gallego de Buenos Aires contaba apenas quince mil socios, menos del 20 por ciento del total de inmigrantes gallegos residentes en la capital. Y en 1914, la media de varones españoles, mayores de edad, residentes en la Argentina, que pertenecían a una sociedad mutualista, se estimaba en un 25 por ciento.

Desde el punto de vista de su evolución y naturaleza sociopolítica, las sociedades microterritoriales presentan características muy diversas. Algunas de ellas tenían origen en montepíos obreros de base étnica, creados a través del contacto de los emigrantes con el movimiento obrero argentino, registrándose así varios casos de sociedades que nacieron con el respaldo del Partido Socialista. Pero no era esta la tónica mayoritaria. La mayoría de las sociedades de instrucción presentaba un ideario político-social de contornos bastante más moderados, vinculado ante todo con un proyecto democrático de imprecisos contornos y centrado en un comienzo en problemáticas relacionadas con el poder local, y que en general es definible como anticaciquil, de construcción de la sociedad civil, y de regeneración democrática. El mutualismo no se asociaba a un proyecto de clase, pero sí permitía concebir un impreciso horizonte utópico de democratización y

251 La media de asistencia de socios a las asambleas anuales de *Hijos de Silleda* entre 1908 y 1936 fue inferior al 10 por ciento del total; y en la sociedad de Coirós, el porcentaje, aun siendo algo mayor, osciló entre el 5 por ciento de 1911, el 17,2 por ciento de 1928 y el 16,2 por ciento de 1933 (*Libro de Actas de Hijos de Silleda*, ACL; libros de registro de socios y *Libro de actas de asambleas generales de Hijos de Coirós*, AHAC).

extensión del progreso entendido en clave positivista. Y ello también podía preparar el terreno para otras formas de acción colectiva.

Cierto es que este conjunto de iniciativas tuvo un ámbito de actuación preferentemente local, en particular en el campo benéfico y escolar. Pero en las actividades sociopolíticas tendrá lugar, sobre todo a partir de 1912-15, un proceso de coordinación de los esfuerzos que habían comenzado de modo multiplicado y disperso, y asimismo la elaboración de un cierto proyecto común. En la conformación de ese proyecto a nivel macroterritorial gallego jugaron un papel fundamental tanto las propias élites intelectuales y políticas de los emigrantes como el influjo y proyección, a diferentes niveles (local o territorial), de los movimientos sociopolíticos actuantes en Galicia de carácter anticaciquil, particularmente del movimiento agrarista.

De hecho, todas las sociedades de instrucción nombraban delegados en Galicia, a ser posible exsocios retornados, quienes en lo sucesivo mantenían informados a los emigrados de la marcha de la vida social en sus lugares de origen, cuidaban de la buena marcha de las inversiones en el país, sobre todo de las obras escolares y de la dotación de los establecimientos educativos, o en otros casos de las relaciones con las sociedades agrarias. Esta labor devenía a menudo en nueva fuente de conflictos, tanto en Galicia como en América, ya que no siempre los delegados respondían a los requerimientos exigidos por las sociedades de emigrados, que con frecuencia se veían obligadas a recurrir a personas de su no entera confianza, en el caso de no poder delegar en algún exsocio retornado –lo que era más usual– o en alguna asociación agraria.

Igualmente, las desavenencias entre las entidades porteñas, sus delegaciones en Galicia y las sociedades agrarias, o los bandos y periódicos anticaciquiles, financiados desde Argentina, acostumbraban a explotar en cuanto los agraristas aceptaban entrar en componendas y pactos de carácter local con los «caciques». Así ocurrió, por ejemplo, entre los agraristas de la comarca de Lalín y la *Unión del Partido de Lalín* a principios de la década de 1920; entre la Federación Agraria municipal de Salceda de Caselas (Pontevedra) y el Centro de Protección Agrícola de Salceda en Buenos Aires tras 1917, o entre los agraristas de izquierda de Moraña (Pontevedra) y la sociedad de sus paisanos en Buenos Aires hacia 1923.

12. INMIGRANTES GALLEGOS EN CUBA: ALGUNAS NOTAS SOBRE POLÍTICA Y ASOCIACIONISMO (1898-1936)

El asociacionismo mutualista gallego en América tiene precedentes genéricos ya desde mediados del siglo XVIII, durante el periodo colonial, en el que se registró la existencia de algunas sociedades de naturales del «Reino de Galicia» en México (1740), Buenos Aires (1790), Veracruz (1795) y La Habana (1804), casi siempre bajo la advocación del apóstol Santiago y con carácter de cofradías o sociedades de recreo. Pero la eclosión de las asociaciones gallegas coincide con el comienzo de la emigración transoceánica masiva a partir de las dos últimas décadas del siglo XIX. En Buenos Aires nació tras la aparición de las grandes instituciones mutualistas de carácter hispánico en las décadas de 1850 y 1860, y prácticamente al mismo tiempo que las asociaciones mutualistas de las colectividades vasca, catalana y asturiana. Por el contrario, en Cuba el asociacionismo territorial gallego surgió con anterioridad a la independencia de la isla, y por lo tanto no tuvo que competir con las instituciones de ámbito español.

La primera sociedad gallega de América en esta fase fue la Sociedad de Beneficencia de Naturales de Galicia de La Habana en diciembre de 1871. A continuación surgieron en el año 1879 los tres Centros Gallegos de La Habana, Montevideo y Buenos Aires, a los que se sumaron varios más en otras localidades argentinas. En las primeras décadas del siglo XX se fundarán otros centros gallegos en diversas ciudades iberoamericanas, desde Veracruz a São Paulo. En la constitución de estas instituciones, cuyo objetivo principal fue la protección mutua y la asistencia benéfica, intervinieron tanto las élites del ascenso económico de la colectividad gallega emigrada, que a medio plazo tendieron a monopolizar los puestos directivos de las instituciones, como también agitadores intelectuales y políticos que jugaron un importante papel de liderazgo a través de periódicos y revistas, y protagonizaron asimismo iniciativas políticas y culturales dirigidas hacia el país de origen durante la última década del siglo XIX.

En este aspecto destacó especialmente el Centro Gallego de La Habana, que a lo largo de las dos primeras décadas del siglo XX asentó los pilares

de un sólido crecimiento gracias a su amplia oferta de servicios asistenciales y la práctica del mutualismo. El Centro Gallego habanero extendió una red de delegaciones por toda la isla –ya 32 en 1906–, compró el edificio del Teatro Nacional y construyó un sanatorio (*La Benéfica*), alcanzando en 1919 la cifra de cincuenta mil asociados, si bien experimentó un lento pero continuo declive desde finales de la década de 1920.²⁵² Además del Centro Gallego, surgieron en el primer tercio del siglo xx otras instituciones benéfico-mutualistas, como *Hijas de Galicia* (1917), con el objetivo de proporcionar asistencia sanitaria y protección a las mujeres, especialmente a las naturales de Galicia; y *Naturales de Ortigueira. Asociación de beneficencia y protección mutua*, fundada en 1928 como institución de la numerosísima colonia de emigrantes procedentes del municipio septentrional coruñés de Ortigueira en La Habana.²⁵³

LAS SOCIEDADES MICROTERRITORIALES O DE INSTRUCCIÓN

Aunque no disponemos de estadísticas precisas, sabemos que un 34,5 por ciento de los inmigrantes españoles en Cuba hacia 1899, y el 40,1 por ciento en 1931, procedían de Galicia. En el año 1907, el 14,8 por ciento de la población urbana de la isla había nacido en España, frente a un 6,6 por ciento de la población rural; porcentaje que en La Habana ascendía a un 22,5 por ciento en aquel mismo año, y a un 21 por ciento en 1919. Eso implicaba un porcentaje de gallegos oscilante entre el 7 y el 10 por ciento de la población total habanera. La cuantía del *stock* de inmigrantes gallegos residentes en la capital cubana es más difícil de establecer, más allá de testimonios cualitativos. En 1922, *El Eco de Galicia* de La Habana afirmaba que en toda la isla de Cuba existirían 150000 gallegos, de los que alrededor de un tercio (55000) serían socios del Centro Gallego habanero.²⁵⁴

252 Sobre la historia del Centro Gallego de La Habana, vid. entre otros *Apuntes para la Historia del Centro Gallego de la Habana, 1879-1909*, La Habana: Imprenta Avisador Comercial de Miranda, López Seña y Cía., 1911, y *El «Centro Gallego» en su cuadragésimo aniversario 1879-1909*, La Habana: American Photo Co., 1909.

253 Vid. Naturales de Ortigueira (La Habana), *Memorias 24 de Junio 1928 -24 Junio 1964*, La Habana: Asociación Naturales de Ortigueira, 1964.

254 «La mansión de los gallegos», *Eco de Galicia*, 17.9.1922. Cf. igualmente Losada (1995b: 120-65).

Una de las ocupaciones predominantes de los inmigrantes gallegos –y españoles– en Cuba, como ya señalaban los observadores contemporáneos y corroboran, aun sin demasiada evidencia cuantitativa, los estudios más recientes, era el comercio minorista, la industria tabaquera y de bebidas alcohólicas, ramos como la panadería, el cuero o las tintorerías. Pero se puede afirmar que los inmigrantes gallegos estaban presentes, al igual que la mayoría de los hispanos, en mayor o menor escala en todos y cada uno de los sectores de la economía cubana, desde el trabajo en las minas de Oriente hasta los carboneros de la provincia de Camagüey, cortadores de caña o campesinos arrendatarios y pequeños propietarios, desde el servicio doméstico hasta los obreros estibadores del puerto de La Habana. Con todo, en algunos nichos laborales la presencia de los gallegos fue más visible que en otros: por ejemplo, en las actividades pesqueras y marítimas, como los inmigrantes procedentes de la comarca de Ferrol establecidos en Casa Blanca y Batabanó (La Habana).

A menudo, los gallegos instalados en el comercio minorista habían comenzado su inserción sociolaboral en el mercado de trabajo cubano por los escalones más bajos del trabajo no cualificado en el campo, en la construcción del ferrocarril o en el sector servicios urbano. En 1899, con todo, y según muestran los datos del censo norteamericano de ese año, la mayor parte de los inmigrantes españoles activos de sexo masculino (64,4 por ciento) eran trabajadores asalariados, buena parte de ellos en los servicios y un 27 por ciento en el sector agropecuario. Los comerciantes y dependientes de comercio no configuraban la mayoría de la colonia inmigrante española en Cuba. Sin embargo los españoles sí que eran clara mayoría en algunos ramos de actividad: eran el 90 por ciento de los marineros, el 79,20 por ciento de los vendedores, el 68,40 por ciento de los comerciantes o el 54,5 por ciento de los panaderos, además del 43 por ciento de los pescadores o el 41,3 por ciento de los sastres. Cabría establecer diferencias entre los diversos colectivos regionales –pues sin duda los gallegos muestran una mayor sobre-representación de profesiones vinculadas al sector servicios–, y es posible determinar varios nichos laborales en los que existen mayorías relativas de procedentes de una misma comarca, municipio o parroquia, desde los jardi-

neros estradenses hasta los cocineros del valle de Barcala. Los datos son bien indicativos del peso de los inmigrantes galaicos en muy diversos sectores de la economía cubana; pero también de su visibilidad diferencial en algunos de ellos (Álvarez Acevedo 1936; Vidal 2000; 2005: 154-370).

Como en el caso de Buenos Aires (cf. capítulo 11), Las pautas asociativas de los inmigrantes gallegos en la Perla de las Antillas tradujeron en buena parte una jerarquización de lealtades e identidades, sin considerarlas contradictorias entre sí. El inmigrante recién llegado a Cuba podía buscar la compañía de sus coparroquianos o convecinos, organizar su sociabilidad y tiempo libre preferentemente con ellos, y por esa vía fundar o asociarse a una sociedad comarcal, local o parroquial para reproducir los espacios de interacción social que le eran familiares. En ello jugaban un papel destacado la organización de fiestas, romerías para celebrar los santos patronos locales, o simples tertulias. Los testimonios orales inciden sobre todo en ese carácter de recreación del espacio de sociabilidad de origen que tenían las asociaciones microterritoriales, y particularmente las veladas recreativas por ellas organizadas.²⁵⁵ Encontrarse con los antiguos convecinos constituía la primera prioridad de la mayoría de los inmigrantes. A través de ese contacto reimaginaban las dimensiones de su identidad colectiva y vinculaban el sentimiento de patria (española) con los más concretos de región o comunidad étnica, y finalmente el que acostumbraba a ser el más definidor, el de patria chica, a través de la que se concretaban los lazos con el país de origen.

El proceso de creación de sociedades microterritoriales en Cuba no fue espontáneo. Desde la última década del siglo XIX, la necesidad de hacer frente a necesidades coyunturales y concretas en sus lugares de origen llevó a la asociación de sus vecinos ausentes en América. El catalizador podía ser el llamamiento desde los lugares de origen a sus convecinos residentes en la Gran Antilla para un fin concreto, a través de uno o varios emigrados de prestigio profesional e intelectual, buena posición económica o buen capital relacional. Aquellos formaban una comisión provisional con el fin de recaudar el dinero preciso, ponían en marcha una cierta dinámica de acción colectiva, y a menudo concebían al final la idea de constituir una so-

255 Archivo HISTORGA (Universidade de Santiago de Compostela), entrevistas n.º 236 y n.º 279.

ciudad de ámbito comarcal o parroquial que tuviese continuidad, figurando automáticamente como miembros de una comisión iniciadora. Ejemplos de ello, que también se dan en el caso asturiano, se pueden constatar en La Habana hacia 1894-1895, y tuvieron continuidad a lo largo de las dos décadas siguientes, una vez pasada la guerra de 1895-1898. Por ejemplo, la sociedad de *Santa Eulalia de La Devesa* (Ribadeo) tuvo origen en 1908 tras una suscripción entre los naturales de A Devesa en La Habana para el arreglo de la iglesia parroquial, que hizo surgir la idea de crear una sociedad de instrucción.²⁵⁶ Y la sociedad *Ferrol y su Comarca*, fundada en 1909, surgió como continuación de la agrupación Juventud Ferrolana, creada en 1908 para participar en los actos programados con ocasión de la visita del buque-escuela español *Nautilus*, en la que participaban varios periodistas y comerciantes ferrolanos.²⁵⁷

Aunque de esas comisiones no siempre surgía de modo inmediato una sociedad de instrucción, se mantenía una base de organización informal que en determinados momentos espoleaba a la acción colectiva de los emigrados en favor de su lugar de origen. En algunos casos conocidos, como el de la *Sociedad de Beneficencia Unión Murense* de La Habana, se esperó hasta 1924 para fundar una sociedad, pero ya desde 1910 se había establecido en la capital cubana una comisión de naturales de Muras (Lugo) que recaudaron fondos para la edificación de la Casa Consistorial y de una escuela de niños

256 Un grupo de 72 emigrantes naturales de las parroquias de As Somozas y Santa María de Recemel (As Somozas, A Coruña) formaron ya una *Comisión Gestora de Naturales del Ayuntamiento de Somozas* en mayo de 1893 para recaudar fondos con los que socorrer a los afectados por un temporal en sus parroquias de origen. Los ferrolanos de La Habana ya se movilizaban en gran escala en 1894, con motivo de la gran suscripción iniciada en la isla de Cuba para recaudar fondos con destino al Hospital de La Caridad de Ferrol. Los naturales de Neda en La Habana formaron una comisión en 1895 a pedido de una comisión paralela formada en Neda bajo la presidencia del cura párroco, con el fin de recaudar fondos para construir un nuevo cementerio (religioso), ampliar el atrio de la iglesia parroquial y dotarla de un paseo de acceso. Y los oriundos de Santa María de Recemel en La Habana, después de una colecta organizada por G. Fraga y S. Ramos se reunieron en una asamblea en el Centro Gallego y acordaron nombrar una comisión gestora para formar una sociedad, al frente de la cual figuraron naturalmente los señores Fraga y Ramos, si bien la sociedad no llegó a nacer. Vid. *El Eco de Galicia*, 14.10.1893; *La Tierra Gallega*, 17.6.1894 y 8.9.1895; para los de Neda, *La Tierra Gallega*, 8.12.1895; para los de Recemel, vid. *El Eco de Galicia*, 26.11.1899. Para la sociedad devesana, vid. *Follas Novas*, 14.6.1908.

257 Vid. una descripción de las actividades de *Ferrol y su Comarca* en Llorca Freire (1997: 169-84).

y niñas, a pedido precisamente del consistorio municipal de Muras, que se dirigió por carta a los convecinos ausentes a principios de ese año; en 1916 se realizó de nuevo una colecta para la repatriación de un necesitado; y otra más en beneficio de dos deficientes mentales. Solo en 1924 se fundó una sociedad de beneficencia exclusivamente para los naturales de ese municipio, con los objetivos de proporcionar a Muras un buen servicio médico, establecer un dispensario de emergencias y una sala de curas en un edificio adquirido por los «habaneros».²⁵⁸ En otras ocasiones intervinieron de forma directa los grandes propagandistas del regeneracionismo hispanoamericanista. Así ocurrió en la fundación de la potente sociedad *Vivero y su Comarca* (1910), en la que participaron el historiador Rafael Altamira, de viaje en Cuba, y su acompañante, el profesor vivariense de la Universidad de Oviedo Francisco Alvarado, con la mediación de los comerciantes de Viveiro residentes en La Habana Tomás Ramos Riguera y Justo Taladrid.²⁵⁹

También en La Habana se registraron casos en los que las sociedades de emigrados fueron fundadas como reflejo amplificado de las movilizaciones agraristas o anticaciquiles en su lugar de origen. Ejemplo de esta dinámica fue la fundación de la sociedad *Hijos del Ayuntamiento de La Estrada* (1915), constituida a iniciativa de los agraristas estradenses en aquel entonces en el poder municipal, como apoyo externo a su labor. O la *Unión Barcalesa*, creada en 1907 gracias a las gestiones y apoyo desde Galicia del médico de Negreira y después catedrático universitario Víctor García Ferreiro, presidente de la sociedad filantrópica de cariz regeneracionista *San Mauro* de Negreira, en la que también colaboraban varios habaneros retornados. García Ferreiro vio en el empuje de las sociedades de emigrados y más tarde en las campañas para la constitución de sindicatos agrícolas en su comarca natal el instrumento preciso para combatir la hegemonía del Partido Liberal en el distrito, promoviendo la candidatura del gran propietario conservador J. Varela de Limia. Unos años después, y a instigación directa de la Unión Barcalesa y de la propaganda de García Ferreiro, nació en Ga-

258 Vid. *Galicia*, 30.4.1910 y 16.7.1910; «Muras. Excitación patriótica», *El Eco de Galicia*, Buenos Aires, 10.5.1910.

259 Vid. el reportaje «Lo que Galicia le debe a sus hijos ausentes», *Mi Tierra*, Ourense, 2.^a quincena julio 1911.

licia la Liga Barcalesa (mayo de 1910), organización agrarista que recibió desde sus primeros pasos importantes donativos de los barcaleses de Cuba, Tampa y Brasil.

En otros casos, la influencia de la movilización anticaciquil en sus lugares de origen incidió en el proceso de politización y unificación de esfuerzos a escala municipal o comarcal de diversas sociedades parroquiales, como fue el caso de las sociedades del partido judicial de Vilalba (Lugo) existentes en La Habana entre 1911 y 1915: fenómeno relacionado con las campañas «regeneradoras» y anticaciquiles del periódico maurista de la localidad de Vilalba *El Ratón*.²⁶⁰

Un segundo factor propiciaba la multiplicación de sociedades comarcales, municipales y parroquiales gallegas en La Habana: la existencia de grandes instituciones mutualistas macroterritoriales gallegas y españolas que cubrían las necesidades más perentorias y prácticas del inmigrante (asistencia sanitaria en caso de enfermedad o invalidez, pérdida del trabajo, necesidades de repatriación, etc.). Se facilitaba así la conformación de un espacio social para la reproducción de vínculos y formas de sociabilidad comunales más estrechas de carácter local y comarcal, en las que imperaban los vínculos de paisanaje.

De la combinación de las reuniones informales y de las llamadas de auxilio desde los lugares de origen surgió también un buen número de asociaciones microterritoriales, aunque a veces estas cubrían necesidades inmediatas de tipo asistencial, como la repatriación de inmigrantes sin recursos y el subsidio parcial en caso de enfermedad. La mayor densidad de inmigrantes gallegos en Cuba durante las dos primeras décadas del siglo xx hizo posible la canalización de esfuerzos al nivel local y comarcal. Pero, como en Buenos Aires, en este proceso influyó asimismo la proliferación de asociaciones agrarias en el campo gallego desde 1900, que tuvo un reflejo casi inmediato en América.

260 *Follas Novas*, 12.4.1908; 17.5.1908; 24.5.1908. Sobre la agencia social de agraristas y emigrados en el valle de Barcala, y la influencia de García Ferreiro, vid. Liñares Giraut (1986); Pose Antelo y Pernas Oroza (1997). Poco después de fundada, la Unión Barcalesa de La Habana alentaba a sus asociados a escribir a sus familiares y amigos en Barcala para que apoyasen la labor *regeneradora* y agrarista de García Ferreiro (*Follas Novas*, 16.8.1908). Para Vilalba, vid. Núñez Seixas (1998a: 185, 219, 187-98).

DISTRIBUCIÓN TERRITORIAL Y PERIODIZACIÓN DE LAS SOCIEDADES DE INSTRUCCIÓN.

Al igual que en el caso argentino, aquí utilizaremos la denominación *sociedades de instrucción* como un término genérico para todas las sociedades microterritoriales, si bien no todas ellas incluían la instrucción entre sus fines. Pero, en puridad, este nombre se reservaba para aquellas asociaciones que tenían como finalidad principal el dotar de establecimientos escolares a sus lugares de origen. Dentro de ellas también cabía incluir muchas sociedades con fines de recreo o mutualistas, mientras las sociedades de carácter cultural o artístico-musical acostumbraban a tener como referente territorial el conjunto de Galicia, y la provincia en algunos casos.

Como ya vimos, un enjambre de asociaciones gallegas de ámbito parroquial, municipal y comarcal surgió en Buenos Aires, La Habana y Montevideo entre 1904 y 1936, con un periodo de máxima intensidad global entre 1907-1925. Algunos precedentes ya se registraron en Cuba en 1887, cuando algunos emigrantes del municipio de O Valadouro (Lugo) expresaron su propósito de fundar una sociedad de ámbito municipal para fomentar la agricultura y el progreso industrial en su zona de origen. Pero el periodo de mayor proliferación de sociedades microterritoriales coincidió con el de mayor intensidad del fenómeno emigratorio desde Galicia hacia América, es decir, básicamente las dos primeras décadas del siglo xx.

La pionera del movimiento asociativo microterritorial, la *Alianza Aresana de Instrucción* de La Habana, tuvo origen en una reunión convocada en su domicilio por el comerciante aresano Domingo Troche, antiguo dirigente del Centro Gallego, en noviembre de 1903, a raíz de una petición de ayuda del cura párroco de Ares para que los aresanos de Cuba contribuyesen a reedificar la iglesia parroquial. Los participantes acordaron constituirse en asociación permanente desde abril de 1904, bajo la presidencia –naturalmente– de Troche y con 46 socios residentes en Cuba, México y EE. UU. Ahora las finalidades cambiaron: a la iniciativa se adhirieron numerosos marineros aresanos residentes en la capital cubana, con el fin de dotar a la Sociedad de Socorros Mutuos *La Amistad* de Ares de una escuela primaria para sus asociados y los niños pobres del municipio. La Alianza Aresana lle-

gó a un máximo de 257 socios en 1907, y ya echó a andar un establecimiento de primera enseñanza en Ares en julio de 1904, construyendo el primer edificio escolar en 1908. Su andadura posterior –laica y con cierto peso de miembros de la masonería entre sus directivos, entre los que descollaba el armador y ferretero Francisco Vilar Casteleiro– desmintió ampliamente su origen primigenio como apoyo a la iglesia local.²⁶¹

A partir de ese año se multiplicó el número de asociaciones microterritoriales. Los testimonios más fiables sitúan el número de sociedades de instrucción gallegas en Cuba en 16 en 1909, 20 en 1910, pasándose a 46 en 1912, 50 en 1913, 64 en 1916, unas 90 en 1922 y 104 entidades en total (99 de ellas domiciliadas en La Habana) en 1923.²⁶² De acuerdo con nuestros cálculos, podemos afirmar que existieron en Cuba un total de 85 sociedades de naturales de la provincia de A Coruña, 76 de la de Lugo, 17 de la de Ourense y 26 de la de Pontevedra (cuadro 14). Es decir, una cifra global de 204 sociedades de instrucción cubanas entre 1904 y 1936, que abarcaban alrededor del 40 por ciento de los municipios gallegos en ese periodo, aunque solo cerca del 50 por ciento de las sociedades creadas pudieron llevar a cabo fundaciones y dotaciones escolares en sus lugares de origen. Conocemos con un grado aceptable de precisión el ámbito territorial de actuación de esas 204 sociedades, que ofrecen la siguiente distribución (Cuadro 14).

261 Vid. «La iglesia de Ares», *Galicia*, 15.11.1903, y «Acta de Constitución de la Junta de Alianza Aresana de Instrucción», *Galicia*, 17.4.1904; A. Cigundi, «Alianza Aresana de Instrucción», *Galicia*, 25.7.1905. Igualmente Bobillo (1996).

262 Vid. Núñez Seixas (1998a: 90-91) y *La Patria Gallega*, 13.7.1913. Vidal (2000: 523; 2007: 157) contabiliza por su parte un total de 216 asociaciones gallegas de todos los tipos, incluyendo las de ámbito macroterritorial (que no incluimos aquí) hasta 1959, y 209 sociedades microterritoriales.

CUADRO 14

Ámbito territorial de acción de las sociedades de instrucción en Cuba
(1904-1936)

Provincia	P	2 o + P	1 M	2 o + M	PJ	Prov	Total
A Coruña	24	8	35	11	6	1	85
Lugo	25	7	28	12	3	1	76
Ourense	1	—	11	1	3	1	17
Pontevedra	8	2	14	—	1	1	26
GALICIA	58	17	88	24	13	4	204
Porcentaje %	28,43	8,33	43,13	11,76	6,37	1,96	100
ASTURIAS	10	1	58	10	3	0	82
Porcentaje %	12,19	1,21	70,73	12,19	3,65	—	100

(P: Parroquia; M: Municipio; PJ: Partido Judicial; Pr: provincia). Fuente:
Elaboración propia

Si agrupamos los ámbitos territoriales en razón de la unidad geográfico-administrativa tomada como base de actuación, y consideramos que tanto las sociedades de partido judicial como las de dos o más municipios se pueden encuadrar bajo la denominación de entidades comarcales, tendremos que un 36,77 por ciento de las sociedades galaicas adoptaba como base la parroquia, un 43,13 por ciento el municipio y un 18,13 por ciento la comarca, mientras solo un 1,96 por ciento la provincia. No existen variaciones enormes en la distribución de marcos asociativos en las entidades de las tres provincias costeras, mientras que en el caso de las ourensanas es mucho menor la proporción de sociedades que adoptaron la parroquia como base de organización y mayor la de las que tenían como tal la comarca (un 23,5 por ciento). Ello podría deberse al menor contingente total de emigrantes ourensanos, que obligaba a los emigrantes a ampliar los marcos de solidaridad territorial a la hora de asociarse; como al hecho de que las parroquias en la provincia de Ourense tenían una población media (449 habitantes/parroquia en 1919) inferior a la media gallega y a las demás provincias (superior a 700 habitantes). E,

igualmente, a que buena parte de los emigrantes ourensanos en Cuba se dirigieron hacia zonas rurales y poblaciones secundarias, donde la constitución de comunidades microterritoriales fue más problemática (Villar Grangel 1919: 12; Vidal 2008: 109).

El mapa de distribución de sociedades de instrucción refleja de manera bastante ajustada, aunque no mimética, las preferencias de destino de los emigrantes gallegos en el primer tercio del siglo xx. Los naturales de las provincias de A Coruña y Lugo –y en parte los del Norte de la provincia de Pontevedra y del Noroeste de Ourense–, tendían a emigrar con más preferencia hacia Cuba, y por tanto allí era mayor la densidad de sociedades de instrucción de procedentes de aquellas provincias. Las zonas de mayor densidad societaria son la costa cantábrica y Norte de las provincias lucense y coruñesa, y una franja diagonal que va desde el valle de Barcala hasta el Ribeiro, extendiéndose por el Noroeste de la provincia ourensana.

El ritmo de fundación de sociedades microterritoriales gallegas y asturianas en La Habana muestra también dos ciclos diferenciados. En el caso gallego se aprecian dos periodos máximos de fundación de sociedades, el primero en 1906-1910 y un segundo en 1921-1925, pero la intensidad de las fundaciones cae irremisiblemente a lo largo de la segunda mitad de la década de 1920 y se reduce a una sola en la de 1930, de modo paralelo a la disminución de la arribada de emigrantes y a la crisis económica que afecta a la isla. El ritmo de fundación de las asturianas es semejante al de las gallegas hasta 1920, para decaer de modo más acentuado a partir de esa fecha.

MOVILIZACIÓN, SOCIABILIDAD Y LIDERAZGO

Como ya vimos, no siempre existe una correlación directa entre existencia de un contingente suficiente de naturales de una parroquia o de un municipio para la constitución de una asociación parroquial o municipal. Hacía falta un catalizador, una élite que asumiese un rol dirigente. Aún más erróneo es considerar el asociacionismo emigrante como un proceso pseudoespontáneo protagonizado por emigrantes de humilde condición en búsqueda de «apoyo mutuo ante la adversidad y la necesidad de afecto, convivencia y recreo entre convecinos, así como la búsqueda de pareja

sentimental o matrimonial», lo que supone una asunción implícita del discurso de la nostalgia cultivado por las propias asociaciones, y un desconocimiento de los mecanismos que ponen en marcha una dinámica de acción colectiva.²⁶³ En nuestra opinión, la presencia de sociedades de ámbitos territoriales diferentes, coexistentes y hasta rivales tenía mucho que ver con dos factores, al igual que en el caso porteño: 1) La existencia de líderes, de emigrantes de éxito –más o menos relativo– y de notables en sentido amplio –dotados de estatus, de carisma, de capital tangible o simplemente relacional– que apadrinasen la fundación de asociaciones y/o de activistas políticos, intelectuales y periodistas interesados también en ello; y 2) Las dinámicas sociales y políticas existentes en sus lugares de origen, que asimismo condicionaban en momentos concretos la formación de entidades en América siguiendo las directrices asociativas imperantes en Galicia. El nivel de articulación de la sociedad civil en el rural gallego también tenía un paralelo allende el mar, y viceversa.

El asociacionismo microterritorial gallego era algo más que un mero trasplante de vínculos comunitarios de origen. Se trataba más bien de una recreación del espacio social de partida, en la que se mezclaba el recuerdo del lugar de origen con la construcción de una nueva identidad, superpuesta o adyacente a otras esferas de identidad. En América, el marco de interacción social a lo largo del tiempo sufría cambios irreversibles en la percepción de buena parte de los emigrantes: el contacto con la sociedad receptora, así como con gallegos de otras zonas y con emigrantes españoles, adaptaba su mentalidad e introducía una escala de identidades superpuestas, sujetas a códigos situacionales y que no solían ser vistas como contradictorias. Igualmente, aunque el núcleo fundador y principal de las entidades microterritoriales estuviese integrado por naturales de su ámbito geográfico de referencia, era frecuente que al poco tiempo de su existencia

263 Como, a nuestro parecer de manera poco reflexiva, sostiene Vidal, quien afirma que muchas sociedades estaban integrados por socios de condición humilde y sin que hubiese entre sus líderes comerciantes o «ricos», aun sin aportar ninguna evidencia cuantitativa. Sin embargo, un notable no es necesariamente alguien que posee *dinero*, sino *estatus* en el sentido weberiano del término. Y sabido es por la literatura comparativa que en las sociedades de emigrantes los sectores medios y altos de la comunidad están sobrerrepresentados (Vidal 2008: 115-16).

las sociedades admitiesen socios de otros municipios o parroquias limítrofes, de otras zonas de Galicia, españoles o cubanos, que ingresaban a través de su amistad con algún asociado.²⁶⁴

Como en Argentina, las disensiones surgidas en núcleos de interacción social reducidos se manifestaban sobre todo a la hora de repartir recursos en forma de iniciativas benéficas en Galicia. Con frecuencia sucedía que los procedentes de una parroquia concreta constituían la mayoría de los fundadores de una sociedad de ámbito municipal o comarcal, por lo que había que establecer después en qué parroquia o lugar se invertían los fondos sociales. Por poner dos ejemplos, los fundadores en 1928 de la *Sociedad de Beneficencia Naturales de Ortigueira*, comandados por José Cornide Crego, provenían en su totalidad de la parroquia de San Adrián de Veiga. De los 29 socios fundadores de la *Alianza de Villamarín* en 1909, 23 (79,8 por ciento) procedían de la parroquia de Reádegos y había fundado previamente la sociedad *Hijos de Reádigos*, parroquia donde obviamente empezó a funcionar la primera escuela mantenida por la sociedad al poco tiempo. Las disputas y celos internos eran frecuentes, ya que de no haber acuerdo el núcleo parroquial más fuerte podía escindirse y fundar una sociedad de ámbito territorial inferior. De ahí también que dentro de las sociedades de proyección municipal se cuidase de que cada parroquia tuviese un representante en la Junta Directiva. Así acaecía de modo modélico en la sociedad *Vivero y su Comarca*, donde las parroquias en las que se construirían escuelas se decidían por sorteo. Cuando una asociación de ámbito parroquial se transformaba en otra de ámbito municipal gracias a la incorporación de nuevos núcleos procedentes de otras parroquias, la primera escuela o primera inversión de importancia siempre había de efectuarse en la parroquia de la que procediese la mayoría de los socios. Y si se juntaban dos entidades de lugares convecinos y más o menos semejantes en número de socios, la inversión en forma de escuela acostumbraba a situarse en la divisoria de las parroquias o municipios de

264 Por ejemplo, de los 27 nuevos socios que ingresaron en la Unión Mañonesa en 1912-1913, hay 20 gallegos, entre los que los más numerosos no son los de Mañón, sino los procedentes de municipios limítrofes; 5 son españoles (2 montañeses, 1 asturiano, 1 canario y 1 zamorano), y 2 son cubanos.

que se tratase. Así ocurría, por ejemplo, en la sociedad *Labor Cultural de Franza y Seijo*, fundada en 1921.²⁶⁵

Si las disputas interparroquiales no surgían en América, podían brotar entre sus delegaciones en Galicia a la hora de distribuir fondos y recursos en general. Cuando la sociedad *Hijos del Ayuntamiento de La Estrada* acordó repartir los beneficios de un festival benéfico entre las parroquias de Callobre y Pardemarín (con un 25 por ciento para cada una) y Somoza (50 por ciento), las protestas y las amenazas de baja empezaron a arreciar desde Galicia por parte de los delegados de la entidad en otras parroquias, que acusaban de favoritismo a la Junta Directiva de la sociedad habanera. Esta última tuvo que acordar que los beneficios del festival pasasen a engrosar los fondos sociales, para así atajar disputas. Este fenómeno podía tener traslación también a nivel intraparroquial, y surgir tensiones entre los naturales de diferentes aldeas, sobre todo a la hora de ubicar el centro social a ser financiado por los «americanos».²⁶⁶

Muchos observadores contemporáneos lamentaban ya en 1907 el fenómeno de la dispersión asociativa y organizativa de las colectividades gallicas, atribuyéndolo a causas tópicas, como el individualismo o el espíritu particularista característico de los gallegos. Pero, atinadamente, también señalaban como causa el «afán de predominio personal y de mando».²⁶⁷ Allí donde hubiese líderes en potencia, fuesen comerciantes de éxito o intelectuales, periodistas o profesionales, existían mayores probabilidades de que se fundase una sociedad de ámbito microterritorial. Lo que no excluía que varios de ellos al mismo tiempo fomentasen la constitución de una gran institución mutualista a un nivel territorial superior, fuese comarcal, gallego o español, formando parte de directivas en cada uno de estos tres niveles

265 Vid. A. V. Calveiro Couto, «Breves consideraciones inspiradas en la creación de Naturales de Ortigueira», en *Naturales de Ortigueira*, pp. 5-8; Sociedad de Instrucción Alianza de Villamarín, *Memoria de los trabajos realizados por la Junta Directiva desde 1.º de Abril de 1909 a 31 de Mayo de 1911*, La Habana: Impr. Cerdeira.

266 Vid. *El Emigrado*, 16.5.1923; A. Rodríguez Santos, «Fragmentos», *Suevia*, 14.4.1912.

267 Aunque reconocía la altruista obra y los sacrificios de los emigrados que se adherían a las sociedades de instrucción, el periodista Roberto Blanco Torres echaba en falta un programa de actuación anticaciquil coordinado y «consistente». Vid. Fray Roblanto, «Galicianas», *Follas Novas*, 30.8.1908.

ya que no era inusual que los emigrantes perteneciesen a varias sociedades microterritoriales de modo simultáneo.

Disponemos aún de escasas evidencias empíricas sobre el perfil social de los miembros de las sociedades de instrucción de La Habana, al contrario que en el caso de Buenos Aires, en buena parte por ser peores las fuentes disponibles.²⁶⁸ Las escasas muestras que podemos ofrecer sugieren la clara sobrerrepresentación en sus filas de comerciantes, empleados del sector servicios y dependientes de comercio, así como de las mujeres no activas. Por el contrario, los obreros manuales cualificados y los artesanos están claramente infrarrepresentados, al igual que los jornaleros, trabajadores manuales no cualificados y marineros. Un panorama no muy diferente del que presentan las asociaciones gallegas de Buenos Aires. Así, una muestra de 59 socios de la *Liga Santaballesa* de 1918 que incluía datos de profesión arrojaba un porcentaje de comerciantes del 20,33 por ciento, un 25,42 por ciento de empleados y dependientes de comercio, y un escaso 13,5 por ciento de marineros, artesanos y obreros manuales cualificados, además de un ínfimo 1,7 por ciento de jornaleros y obreros manuales no cualificados. Entre los 99 socios de *Progreso de Lousada* que en 1941 indicaban profesión, los comerciantes suponían un 19,2 por ciento, los empleados y dependientes un 10,1 por ciento, los obreros manuales no cualificados y jornaleros el 2 por ciento, y los trabajadores manuales cualificados un 6 por ciento. Y entre los 112 socios de la entidad *Roupar y Lousada* que en 1958 consignaban datos profesionales, los comerciantes suponían un 19,6 por ciento del total, los empleados y dependientes un 22,32 por ciento, y los obreros manuales cualificados y artesanos un 4,46 por ciento.²⁶⁹

Varios observadores contemporáneos incidían en el carácter mesocrático de los socios. Mientras los dirigentes acostumbraban a ser pequeños y medianos comerciantes, industriales del ramo del tabaco y algunos intelectuales y periodistas, la mayoría de los asociados serían empleados y

268 Incluso notables trabajos recientes, como el de Vidal, se basan en este aspecto únicamente en observaciones cualitativas, con amplio uso de la fuente oral (Vidal 2008)

269 Libros de registro de socios de la *Liga Santaballesa* (1918), *Progreso de Lousada* (1941) y *Roupar y Lousada* (1958), todos ellos digitalizados en Arquivo da Emigración Galega (Santiago de Compostela).

dependientes de comercio, así como trabajadores manuales cualificados, artesanos o empleados del sector servicios. Casimiro Fernández señalaba en su recorrido por las sociedades gallegas de la isla de Cuba que la mayoría de los miembros de la *Unión Rinlega* (fundada en febrero de 1908) «pertenecen al ramo del tabaco, y lo que es más sensible, casi todos en calidad de dependientes, que bien merecen por su honradez, por su laboriosidad y por su amor a la instrucción y a la aldea en que nacieron, alcanzar la categoría de dueños». Igualmente, los socios de *Hijos de Benquerencia* (fundada en 1906) serían «dependientes de comercio los más» (Fernández 1909).

Se podrían citar muchos ejemplos semejantes. José Paz López, emigrante vilalbés, llegó a Cuba con 15 años de edad. Allí trabajó en una fábrica de tabacos, al tiempo que estudiaba en el plantel de enseñanza del Centro Gallego de La Habana, hasta que pudo establecerse como comerciante por su cuenta; fue secretario de la sección de Recreo del Centro Gallego, vicepresidente del mismo por cuatro años y después presidente fundador de la Liga Santaballesa. Por su parte, Juan R. Álvarez (1880-1932), natural de O Valadouro, emigró primero a Madrid tras dejar los estudios en el Seminario de Mondoñedo y haber dirigido en su lugar de origen un periódico anticaciquil. En la capital española ascendió de dependiente a socio de una joyería, y en 1906 marchó a Cuba, donde también se dedicó al comercio de importación y ocupó puestos destacados en el Centro Gallego, siendo vicepresidente de la Sección de Recreo y Adorno y directivo, hasta acceder a la secretaría de la entidad en 1912; igualmente, fue socio fundador de la sociedad de instrucción *Hijos del Valle del Oro* y tesorero de la misma, y más tarde directivo de la *Sociedad de Beneficencia de Naturales de Galicia*. El estradense Secundino Baños Villar, quien simultaneó su trabajo de dependiente con sus estudios de Derecho, llegó a ser abogado y presidente del Centro Gallego en tres periodos (1902-1906, 1929-1930 y 1943), así como dirigente de la sociedad *Hijos del Ayuntamiento de La Estrada*. Y el comerciante vilalbés Agustín López Arias fue presidente de la *Unión Villalbesa* de La Habana, tesorero de la *Liga Santaballesa* y del Comité Federativo de las sociedades de instrucción del partido de Vilalba, así como apoderado del Centro Gallego.

Para ser dirigente societario se requería el gozar de un cierto «prestigio» y respetabilidad derivadas tanto de la posición económica en la sociedad receptora y de la posesión de una cierta formación y capacidades intelectuales –periodistas, escritores, etc.– como del tejido de relaciones privadas entre sus coterráneos, para lo que no siempre era indispensable disfrutar de una posición económica sobresaliente. Como resumía un colaborador de *La Voz de Ortigueira* desde Nueva York, para las directivas de las sociedades «se eligen a personas al parecer o positivamente de posición desahogada, amén de dotes de inteligencia y honorabilidad».²⁷⁰ Un periódico gallego de La Habana describía así al iniciador de la sociedad *Hijos del Ayuntamiento de Cedeira*, el propietario de un almacén de herraje e importador Antonio Fraguela: «hombre de grandes entusiasmos e iniciativas, emprendedor de firmes recursos y decisivo empeño, honrado y generoso que supo conquistarse multitud de simpatías en el mundo comercial de La Habana, donde es muy estimado».²⁷¹ Y los cuatro directivos e iniciadores de la *Sociedad Hijos de Vicedo*, fundada en 1911 con 80 socios eran, según la crónica del periódico *Galicia*, «señores muy conocidos en el comercio de esta ciudad por su laboriosidad y honradez».²⁷²

Presidir una sociedad de instrucción reportaba un inmediato reconocimiento social, expresado por ejemplo en ser honrado con diplomas y distinciones ad hoc, tanto en América –la condición de socio fundador, o bien que la hija o esposa del iniciador o de los directivos fuesen nombradas «madrinas» de la asociación y reinas de las fiestas y romerías– como en Galicia –ser nombrado hijo predilecto de la parroquia o del municipio, dar el propio nombre a calles, plazas o establecimientos escolares, etcétera–.²⁷³ Ello proporcionaba un claro capital simbólico tanto ante la colectividad galaica emigrada como ante la sociedad receptora y, no menos importante, la comunidad de origen en Galicia. Ese prestigio social en el lugar de pro-

270 A. Alonso Salas, Nuestras sociedades por dentro», *La Voz de Ortigueira*, 5.7.1924.

271 *Eco de Galicia*, 15.11.1922.

272 J. Fernández Teijeiro, «Hijos de Vicedo», *Galicia*, 21.10.1911.

273 Vid. por ejemplo la ceremonia de nombramiento de presidenta de honor de la Unión Barcalesa, que recayó en la esposa del presidente de la sociedad, en *Follas Novas*, 30.8.1908.

cedencia se hacía extensivo a todos los socios de las entidades: placas con nombres de los donantes en suscripciones pro-escuelas o para obras públicas, listas públicas de los mismos en la prensa, reconocimientos simbólicos colectivos por parte de las sociedades agrarias o las autoridades municipales, y un largo etcétera.²⁷⁴

Una estrategia adicional para repartir el capital simbólico entre la mayor cantidad posible de socios de las entidades era el dotarlas de abultadas juntas directivas con ostentosos títulos y cargos que podían en ocasiones abarcar al 15-20 por ciento de los asociados, y favorecer una gran rotación en los puestos directivos, con lo que se pretendía incentivar la participación y compromiso de los adherentes. Sin embargo, ello no eliminaba el papel destacado que jugaban los emigrantes de éxito que apadrinaban las sociedades mediante mecanismos que podemos denominar de *mecenazgo informal*: contribuir con fuertes sumas iniciales a las suscripciones colectivas –aportando en ocasiones dos o tres personas más del 50 por ciento de los fondos globales recaudados–, adelantar dinero de su propio peculio para los fondos sociales (bien para fines de mutualidad o bien para fines de instrucción en Galicia), donar terrenos de su propiedad en Galicia para construir en ellos planteles escolares o centros sociales financiados por los emigrados, o bien comprometerse a hacer gestiones particulares usando de su influencia en favor de los fines de la sociedad. Los ejemplos son numerosos. Una sociedad militantemente laica y tendencialmente izquierdista como *La Devesana* (fundada en 1907) conmemoraba todos los años al «filántropo devesano don Antonio Carrodegua López» (fallecido en 1918, copropietario con su hermano Juan de una panadería), quien había donado una casa a la sociedad en La Habana, con cuya renta se podía pagar el sueldo del maestro de la escuela mantenida por *La Devesana* en su parroquia natal (Os Devesos, Ortigueira) e inaugurada en 1912. Otro emigrado de éxito, Ramón Chao, socio fundador de la entidad, donó

274 Por poner un ejemplo, el Ayuntamiento lucense de Castroverde acordó en 1925 colocar en el Salón de Plenos municipal, junto al reglamentario retrato del rey Alfonso XIII, una orla con todos los nombres, retratos y parroquias de origen de los asociados de la recién fundada entidad Hijos del Ayuntamiento de Castroverde en La Habana, en agradecimiento a su obra «de progreso». Vid. *Heraldo de Galicia*, 17.1.1926.

igualmente sumas considerables para la escuela, además de un reloj de campana.²⁷⁵ Por su parte, el industrial tabaquero Jesús Murias actuó de benefactor de la *Unión Rinlega* constituida en febrero de 1908, a la que regaló un edificio para la escuela propia de la entidad en su parroquia de origen (Fernández 1909).

La mayoría de las sociedades de instrucción contaba con un capital social modesto y un número de socios que podía oscilar entre un mínimo de 40-50 –sobre todo en las de ámbito parroquial– y un máximo de 600 –en las de ámbito municipal o comarcal–.²⁷⁶ Por lo general, en el inventario de asociaciones de tamaño medio figuraban como bienes de su propiedad un copiador de cartas, libro de actas, libro de cuentas, sellos, un armario o estantería, y poco más. Pocas eran las que disponían de local de reunión propio o en alquiler, ya que la mayoría lo alquilaban en las dependencias de alguna gran institución macroterritorial. En el año 1921, así, 19 sociedades de instrucción gallegas de un total de 71 existentes en La Habana (es decir, el 26,7 por ciento) registraban su sede en el Centro Gallego de la capital cubana. Proporción que se incrementó con el tiempo: en 1930, 25 sociedades de 79 (el 31,6 por ciento) tenían su local en él.²⁷⁷ Muchas asociaciones acababan por establecer su sede oficiosa en el domicilio particular de alguno de los directivos con el fin de ahorrar costes. Contaban para ello, además, con la labor auxiliar de las hijas o cónyuges de los dirigentes societarios, quienes con frecuencia cumplían una función de secretarías informales y de eficaces propagandistas. Buena parte de las

275 Vid. «*La Devesana*», *Sociedad de Instrucción, Recreo y Beneficencia, Estatutos*, La Habana, s ed., 1934, p. 11 y Luaces Pardo (2000: 110).

276 Por ejemplo, la Sociedad de Instrucción de San Adrián de Veiga tenía 106 socios en 1908; Progreso de Coles, 84 socios en 1912; la Unión Mañonesa contaba 206 asociados en 1913; Vivero y su Comarca tenía 971 socios en septiembre de 1912; Ferrol y su Comarca 652 asociados en 1911; la Unión Barcalesa, «más de 300 socios» en enero de 1912; Naturales del Ayuntamiento de Fene, 270 en julio de 1913; *Hijos del Distrito de Arbo*, un «escaso centenar» en 1915; *Hijos del Ayuntamiento de La Estrada*, 522 asociados a mediados de los años veinte, e *Hijos del Partido de Lalín*, 136 socios en 1911. Cf. Núñez Seixas (1998a: 104); *Pro-Galicia*, 1:2 (1912); *Follas Novas*, 30.8.1908; *La Patria Gallega*, 27.7.1913; *Labor Gallega*, 30.1.1915; Sociedad Hijos del Partido de Lalín, *Memoria y Balance General correspondiente al período de 1910 a 1911*, La Habana: Impr. Militar, 1911.

277 *Ideal Gallego*, 96 (1930); Núñez Seixas (1998a: 105).

sociedades de instrucción, de hecho, nacían del dinamismo social y de la movilización de contactos y redes relacionales a partir de un núcleo reducido de familias.²⁷⁸ Y solo las asociaciones más pudientes (menos del 15 por ciento del total) podían editar un órgano de prensa propio con cierta regularidad.

Pero todas las sociedades de instrucción nombraban delegados en Galicia, siempre que era posible antiguos socios que retornaron al terruño a menudo agrupados en delegaciones que actuaban de hecho como sucursales de la sociedad matriz, cuidaban en lo sucesivo, enviando comunicaciones e informes regulares de la marcha de las inversiones en el país, sobre todo de las obras escolares y de la dotación de los establecimientos educativos, en otros casos de las relaciones con las sociedades agrarias.²⁷⁹ Algunas delegaciones alcanzaron un alto grado de institucionalización, creándose incluso un centro de reuniones que servía de lugar de sociabilidad de los retornados. Era el caso de Ares (A Coruña), donde ya en 1908 los retornados de La Habana impulsaron la sociedad de socorros mutuos *La Amistad*, y en 1909 la sociedad de instrucción y recreo Club Aresano, apoyada por los residentes aresanos en la capital cubana. La Unión Barcalesa de La Habana contaba con una activa delegación del mismo nombre en Negreira (A Coruña). En la parroquia de A Devesa (Ribadeo), los retornados se agrupaban en torno al *Círculo Habanero de La Devesa*. Y en A Estrada funcionaba desde comienzos de la década de 1920 un Centro de Emigrados que cuidaba de las gestiones y asuntos relacionados con las sociedades estradenses de La Habana y Buenos Aires; a través de la edición de un semanario propio

278 Así, por ejemplo, la sociedad *Hijos del Ayuntamiento de Rodeiro* de La Habana agradecía en julio de 1923 a un directivo, Maximino Vázquez, el haber prestado un local y pagado los recibos de la luz para la sede de la sociedad; a su hija, por haber ejercido labores de secretaría; a su mujer, por haber pagado de su peculio las cuotas de un socio que se había negado a pagar varios meses; a un socio fundador, por haber regalado un sello y haber hecho 30 socios; a otro, por haber inscrito 40 socios y haber regalado 300 cartas con membrete; y a la señora de uno de ellos por haber convencido a varias vecinas a asociarse. El total de socios era en 1923 de 74 hombres y 26 mujeres, lo que da idea de lo crucial que había sido el papel de los homenajeados. Vid. *Eco de Galicia*, 22.7.1923. Sobre el rol secundario de la mujer en el seno de las asociaciones de emigrados, vid. también González Pagés (2003) y Vidal (2002).

279 Vid. las descripciones de casos concretos en Souto González (1993); González Pérez (1996) y Liñares Giraut (1999).

(*El Emigrado*), el Centro jugaba además un activo papel en la vida cultural, política y social municipal.²⁸⁰

Hasta ahora apenas nos ha sido posible aproximarnos al nivel de implantación que estas formas asociativas microterritoriales alcanzaron entre el total de sus connaturales o convecinos emigrados en cada uno de los puntos de destino en América. Algunas calas parciales, con todo, sugieren un índice de alrededor de un 50 por ciento en el mejor de los casos. La sociedad comarcal Unión Barcalesa de La Habana afirmaba en 1911 agrupar a un 53,10 por ciento de los naturales de la comarca del valle de Barcala residentes en la capital cubana. Eso sí, excluyendo del cálculo a los naturales del municipio de A Baña y a los de la parroquia de Liñaio, que contaban con sus propias sociedades de ámbito municipal y parroquial, por lo que apenas se asociaban en la de dimensión comarcal (Liñares Giraut 1986: 249). Como en el caso de Buenos Aires, los tejidos asociativos podían ser concéntricos, pero en muchas ocasiones también excluyentes.

Desde el punto de vista de su evolución y naturaleza sociopolítica estas sociedades microterritoriales presentan, como en Buenos Aires, características muy diversas. Algunas de ellas tenían origen en el contacto de los emigrantes con el movimiento obrero del país de acogida; y, asimismo, incluían entre sus objetivos no solo la dotación de escuelas laicas a sus lugares de origen, sino también la construcción en ellos de Casas del Pueblo. Pero las más de las sociedades de instrucción presentaban un ideario político-social bastante más moderado, vinculado ante todo a un vago proyecto democrático-progresista de imprecisos contornos y centrado en un principio en problemáticas relacionadas con el poder local de sus zonas de origen. Ese proyecto es definible en general como anticaciquil, de construcción de la sociedad civil y de regeneración democrática con perfiles menos radicales en Cuba que en Argentina.

280 Para el caso de Ares, vid. «Desde Ares», *Follas Novas*, 19.4.1908 y 9.5.1909. Para Barcala, vid. *Reglamento general de la Delegación de la Sociedad de Instrucción Unión Barcalesa de La Habana en Barcala*, Santiago de Compostela: Tip. Paredes, 1921. Para A Devesa, vid. *La Comarca*, Ribadeo, 7.6.1931. Para A Estrada y el Centro de Emigrados, vid. Núñez Seixas (1998a: 213-37). A veces, los delegados de las sociedades de instrucción no eran retornados o sociedades agrarias, sino que podían ser notables locales o, más raramente, curas párrocos locales. Era el caso del sacerdote Teolindo Cortiña Toural en Monterroso, delegado de la sociedad habanera *Hijos de Monterroso y Antas de Ulla* en 1925 (vid. *Heraldo de Galicia*, 31.1.1926).

EDUCACIÓN Y ALGO MÁS

La fundación o dotación de establecimientos educativos en sus lugares de origen fue la principal finalidad de estas sociedades, que se plasmó en varias zonas de Galicia. Durante el primer tercio de este siglo se fundaron al menos 225 escuelas primarias en parroquias y aldeas de Galicia gracias a la financiación de las sociedades de instrucción americanas. Y se contabilizamos el número de escuelas que fueron también dotadas de material pedagógico, etc., o de aulas adicionales, la cantidad total asciende a 326 aulas construidas gracias a los emigrantes, de las que 280 se instalaron en 177 edificios de nueva construcción o reformados para cumplir funciones docentes. De ellas, la mayoría se debía a las sociedades cubanas: en concreto, 147 establecimientos escolares (el 65,33 por ciento), localizados sobre todo en las provincias coruñesa (53 escuelas) y lucense (84 escuelas), según Peña Saavedra (1991: 25-50; 1995-96: 301-32). Galicia era el territorio donde más se concentraban las fundaciones escolares; seguida de Asturias, donde la fundación de escuelas por los emigrantes tuvo mayor trascendencia en la zona occidental gallego-hablante y en algunos municipios de la zona central y oriental. Geográficamente, los establecimientos escolares fundados por las sociedades de instrucción cubanas se concentraron sobre todo en tres zonas: la costa Norte de Galicia desde A Coruña hasta Ribadeo, comprendiendo todo el Norte de la provincia de Lugo y el Noroeste de la de A Coruña; y una franja de la Galicia central que se extendía desde Negreira hasta Ourense.

Si el fomento de escuelas en sus lugares de origen constituía una finalidad primordial en la actividad de las sociedades de instrucción de la Galicia de allende el mar, ese no siempre era un fin carente de connotaciones sociopolíticas más amplias, aparte de las implícitas en el propio proyecto educativo y en el ideario pedagógico que informaba a la mayoría de las escuelas sostenidas por los inmigrantes, mayormente más avanzado y progresista que lo que caracterizaba a las escuelas estatales (Peña Saavedra 1991: 536-44). Como afirmaba Constantino Horta en 1912, la escuela sería un medio para la deseada regeneración de Galicia, a través de la capacitación profesional, técnica, cívico-ciudadana y el conocimiento del pasado y presente del país:

Los medios que han de regenerar y transformar la Galicia de España [...] han de ir de la Galicia de América, y han de transmitirlos los pocos emigrados que regresen al suelo de la región; no hay que fiarla a los que allí residen y menos a los gobiernos centralistas, que esquilman a nuestro pueblo [...]. La palanca propulsora de toda esa labor de transformación social de nuestro país, es la educación e instrucción de sus habitantes por el periódico, el folleto, el libro, las conferencias, la cátedra, el mitin y, principalmente, por la Escuela.²⁸¹

Los fines sociopolíticos adquirieron en el caso de las asociaciones gallegas una importancia mucho mayor que en sus homólogas asturianas, lo que probablemente tenga que ver con el menor grado de movilización societaria del pequeño campesinado parcelario asturiano en el primer tercio de este siglo y la falta de una élite politizada que canalizase la actividad de los emigrantes en apoyo de las opciones políticas presentes aquende el mar.²⁸² Al mismo tiempo, también jugaban un papel relevante en la actividad de las sociedades de instrucción los fines mutualistas, a pesar de que estos fueron perdiendo importancia conforme las grandes instituciones benéfico-asistenciales (Centros Gallegos, Casas de Galicia) se asentaron. De aquellos persistió, eso sí, la repatriación de asociados enfermos o sin recursos, así como el entierro y funeral social en el caso de muerte en América: una buena parte de las sociedades de instrucción dispuso de un panteón propio, andando el tiempo. Hasta 52 sociedades gallegas lo tenían en 1959 (Cardelle Zamora 1998).

Con todo, la importancia de los fines mutualistas –aunque limitados– y recreativos no se ha de menospreciar. Buena parte de los que se asociaban a estas entidades lo hacían movidos por incentivos selectivos (recreo y protección), tendiendo a seguir miméticamente la orientación de los líderes

281 C. Horta, «Cultura y regionalismo. II», *Suevia*, 22.2.1912.

282 Esta afirmación solo pretende ser hipotética, ya que el fenómeno del asociacionismo microterritorial en América y su interacción con la sociedad de origen en Asturias es aún poco conocido, al igual que las formas de asociacionismo campesino en esa región –donde los foros, concentrados en la zona occidental, no tenían la importancia de Galicia–. Una primera lectura sugiere que las sociedades asturianas se concentraban sobre todo en los fines de recreo, mutualidad e instrucción, mientras los objetivos sociopolíticos estarían mucho menos presentes que en el caso de las gallegas. Vid. López Álvarez (1993: 53-59).

en el plano político y cultural. En este sentido, el asociacionismo podía suponer para una minoría de dirigentes un medio para desarrollar política militante y notoriedad social; mientras para la mayoría de los emigrados aquel suponía ante todo beneficios materiales concretos: protección en el caso de enfermedad, repatriación, paro o muerte. Más de una vez, el ideario anticaciquil, laico o anticlerical de los dirigentes no guardaba una correspondencia exacta con los sentimientos de la masa asociada, más pendiente de los servicios asistenciales y recreativos que le eran ofrecidos.²⁸³ Pero la instrucción poseía la virtualidad de erigirse en un objetivo aglutinador, que despertaba consenso entre actores muy variados: ya que, además de ingrediente de una orientación sociopolítica precisa, también proporcionaba beneficios y rentabilidad social a los asociados (o, cuando menos, a su familia presente y futura y a su comunidad de origen).

La tipología de los objetivos sociopolíticos de las sociedades de instrucción galaico-cubanas no era uniforme. En un principio, los fines expresados por los fundadores de las mismas sociedades acostumbraban a ser bastante imprecisos, y podían variar en el tiempo. Se invocaba explícitamente al «progreso» y modernización de las villas y aldeas de Galicia, en términos un tanto vagos, pero que asegurarían el concurso de todos los naturales de un lugar. Como recordaba el secretario de la sociedad *Ferrol y su Comarca* en 1914, que en el seno de la entidad «no somos más que gallegos; y entre sus asociados los hay desde el más ferviente católico hasta el más intransigente libertario».²⁸⁴ En los llamamientos y proclamas iniciales se aludía con frecuencia a la necesidad de «unión, buena fe, honradez y filantropía para obtener todo aquello de que carecemos y que deseamos

283 Vid. por ejemplo los irónicos comentarios del cronista de una fiesta de la Unión Mugardesa de La Habana acerca de la recepción por los asociados del discurso anticlerical de su presidente, en *Suevia*, 13.10.1912.

284 «Recortando», *Labor Gallega*, enero 1914. Para los promotores de la *Sociedad de Instrucción y Beneficencia Hijos de Goiriz* en 1922, la sociedad había de permanecer «alejada por completo del insecto ponzoñoso que llamamos política»; y para los iniciadores de *Progreso de Laracha* en 1926, fin fundamental era defender a los inmigrantes de ambos sexos del infortunio y la «perversidad», alentar la unión entre los *laracháns* y los lazos de confraternidad galaico-cubanos, huyendo de «las pasiones políticas y las discusiones religiosas». Vid. «Al Pueblo de Goiriz», *Heraldo de Galicia*, 12.3.1922, y 7.11.1926, para los de Laracha.

ardientemente en bien general y directo del término municipal y de nuestros familiares», en razón del «impulso regenerador» que recorría Galicia, como hacían los promotores de la sociedad de Santa Comba de Negreira en 1908.²⁸⁵ Esos fines grandilocuentes, como mayor bien posible, progreso, bien colectivo o adelanto, eran concebidos en la mayoría de los casos en términos interclasistas y comunitarios, que no siempre dejaban traslucir alineamientos políticos y sociales concretos, incluso en aquellas sociedades cuyos iniciadores se caracterizaban por su claro compromiso en otros campos. Como mucho, se expresaba el propósito de fomentar el «espíritu de asociación» entre los convecinos residentes en Galicia y en América; se afirmaba la voluntad de mantener las mejores relaciones con las asociaciones «similares de aquí y de allá», y se aludía a la complementariedad de esfuerzos entre las sociedades agrarias, las sociedades de emigrados y el fomento de la educación como medio de combatir el caciquismo desde la raíz —como en el caso de la sociedad de San Adrián de Veiga—.²⁸⁶ En algunas asociaciones de emigrados tenían presencia explícita postulados de naturaleza socialista y militantemente laicista. Pero fueron pocas las que los incluyeron desde sus orígenes.

En general, se puede afirmar que las sociedades fundadas a partir de 1920 presentaban, particularmente en las de naturales de la Galicia sur, un mayor grado de politización, traducible en el apoyo explícito y concreto a nivel local al movimiento agrarista de orientación neutra o republicana. El respaldo a las sociedades agrarias antiforales de Galicia, sin embargo, fue tendencialmente muy superior en la Argentina. (Núñez Seixas 1999c). Pero también se registraron varios casos en La Habana. Así, la sociedad *Hijos del Ayuntamiento de La Estrada*, fundada en 1915 a pedido de la Federación Agrícola de A Estrada, Silleda, Forcarei y Cerdedo constituida dos años antes, destacó por su financiación directa de la causa agrarista en su comarca de origen. Destinaba así un 50 por ciento de sus fondos para el sostenimiento de los agrarios estradenses, y un 25 por ciento para los fines de instrucción; el restante 25 por ciento se repartía entre la ayuda mutua y el socorro de los

285 *Follas Novas*, 29.11.1908.

286 C. Fernández: «Sociedad de Instrucción San Adrián», *Follas Novas*, 30.8.1908.

asociados. Más adelante, la sociedad estradense jugó un destacado rol en la política local de su municipio de origen mediante su financiación y aliento al periódico *El Emigrado*, fundado en 1920.²⁸⁷ Sociedades agrarias como la de Riotorto (Lugo), fundada en 1906, y su órgano de prensa *El Agricultor* (1907) recibieron también apoyo directo de los emigrados de Cuba desde sus primeros pasos. Y la Liga Agraria de Xermade (Lugo, 1914) disfrutó asimismo de financiación directa de la asociación del mismo nombre existente en La Habana desde 1911-12, registrándose suscripciones en su favor todavía en 1926.²⁸⁸ La sociedad agraria de Reádegos (Vilamarín, Ourense) fue igualmente respaldada por la sociedad *Hijos de Reádigos* y después por su sucesora, la *Alianza de Villamarín* de La Habana, que financiaron su local y más tarde la escuela que en él comenzó a funcionar. Y la sociedad agraria *La Luz* de As Somozas (A Coruña) también recabó el apoyo directo de la sociedad habanera *Aurora de Somozas* desde 1909.²⁸⁹ En algún caso, como el de *Hijos del Ayuntamiento de Cedeira*, los directivos y socios más pudientes se afiliaron directamente a la Federación Agraria de su municipio de procedencia, aportando considerables donaciones.²⁹⁰

Mucho más escasos fueron los alineamientos explícitos de sociedades de instrucción gallegas de La Habana con postulados socialistas o con el apoyo al movimiento obrero, siendo en este sentido abismal la diferencia con Buenos Aires. Apenas es de mencionar alguna colecta o fiesta benéfica a favor de la situación de los obreros ferrolanos de la industria tabaquera, afectados por el descenso de la demanda a principios de la I Guerra Mundial.²⁹¹ E, igualmente, la aportación de la *Unión Orensana* de La Habana (1909), la

287 *Labor Gallega*, 20.6.1916; Núñez Seixas (1998a: 213-20).

288 *Heraldo de Galicia*, 31.10.1926, y 30.1.1927; noticia de 52 donantes para la sociedad agraria de Riotorto, incluyendo en ellos algún no gallego e incluso un chino, en *Follas Novas*, 3.11.1907. La participación de españoles, cubanos y hasta algunos chinos en las colectas no era del todo infrecuente, sobre todo en localidades del interior cubano.

289 *Galicia*, 7.11.1909 y 15.4.1911; Soutelo Vázquez (1997).

290 Vid. la noticia de la inscripción como socios en la Federación Agraria de Cedeira, de orientación socialcatólica, de once *cedeiráns*, entre ellos el iniciador de la sociedad habanera de Cedeira, el ya aludido industrial Antonio Fragueta (quien también se afilió al Sindicato Agrícola de San Román de Montoxo, su parroquia de origen, de orientación católica y fundado en 1919), en *Heraldo de Galicia*, 23.4.1922.

291 Vid. «La gran fiesta ferrolana», *Labor Gallega*, agosto 1914.

cual hacía gala de un socialismo reformista de fuerte impronta regeneracionista, que aspiraba a asociar a campesinos y obreros en un común objetivo de regeneración anticaciquil promovida por las clases productoras: hasta un 10 por ciento de sus ingresos se destinaba a la construcción de la Casa del Pueblo de Ourense, un 30 por ciento a la labor de instrucción de las sociedades *Progreso de Coles* y *Alianza de Vilamarín*, y el resto en su casi totalidad se invertía en la Escuela Laica Neutral de Ourense, además de contribuir con colectas ocasionales a diversas causas relacionadas con el agrarismo.²⁹² Pero el socialismo «agrarista», incluso en su variante cooperativista y reformista impulsada en los medios agrarios gallegos desde la segunda década del siglo xx, y que gozó de amplio eco entre las sociedades de instrucción gallegas de Buenos Aires, tuvo una aceptación mucho más reducida en el seno de la colectividad galaica de La Habana.²⁹³

Otras sociedades se limitaban en principio a fines relacionados con el respaldo a la modernización de la agricultura en sus comarcas de origen, reuniendo fondos para ayudar a los sindicatos y sociedades agrarias, sin preocuparse siempre explícitamente de la orientación política de las mismas. Pero en su evolución posterior podían condicionar su apoyo a orientaciones concretas. Aunque las finalidades de las sociedades microterritoriales varían considerablemente según los casos, como se puede apreciar, y no se mantienen de modo uniforme e inalterado a lo largo de su existencia, aquellas se ceñían básicamente a cinco coordenadas, más o menos acentuadas en cada ejemplo particular. Lo que abonaba aún más su carácter de asociaciones polivalentes:

1) Desarrollar una actividad de protección mutualista de sus asociados, con base en un vínculo de solidaridad local, que cubriese sobre todo casos excepcionales como repatriación y muerte; y como complemento fomentar

292 En este sentido, colaboraba con la *Unión Provincial Orensana* de Buenos Aires, cuyo compromiso izquierdista y más tarde galleguista fueron mucho más acentuados (Campo López 1998: 58).

293 Aun así, hubo algunas muestras esporádicas. El periodista Ramiro García, por ejemplo, se hacía eco en 1913 de la necesidad de un socialismo de «evolución económica» que imitase el modelo de cooperativas impulsado por los socialistas belgas, para de este modo crear «agricultores conscientes» y emancipados económicamente que en un segundo estadio podrían conquistar la emancipación política («Agrarios y caciques», *Labor Gallega*, 25.7.1916).

la cultura e instrucción de los mismos, sirviéndoles al mismo tiempo de lugar de sociabilidad para su ocio y tiempo libre, a través de una oferta variable de actividades recreativas.

2) El apoyo a la instrucción primaria en sus lugares de origen, mediante el aporte financiero a la construcción y dotación de establecimientos escolares, lo que como vemos fue el fin primordial de la mayoría de las sociedades, si bien no el único. Los fines pedagógicos tenían, además del deseo de proporcionar mejores instrumentos de promoción social y laboral a los convecinos, un objetivo sociopolítico implícito: forjar ciudadanos libres y emancipados mediante la instrucción, que serían base de la regeneración del cuerpo social y de la vida pública, y por lo tanto pilar de la democracia para así dar cabo al caciquismo y a su aliado en la esfera administrativa, que sería el centralismo. De ahí se derivaba el difuso autonomismo que caracterizaba también el ideario de buena parte de las sociedades de instrucción.²⁹⁴

3) Complementariamente a lo anterior, se situaban objetivos como el fomento del progreso agrícola, forestal y ganadero (promoción en Galicia de los seguros de ganado, apoyo a la introducción de nuevas técnicas y maquinaria agrícola, dotación de campos de experimentación y granjas agrícolas, formación del campesino, etc.), de lo que en más de una ocasión se ocupaban los programas escolares de las fundaciones de los «americanos»; así como iniciativas concretas en el nivel parroquial y municipal para comprar y difundir abonos y fertilizantes, o máquinas de uso comunal costeadas por los emigrantes.²⁹⁵

294 Vid. por ejemplo el llamamiento a sus convecinos de Argentina y Madrid de la *Sociedad de Fomento y Protección Mutua El Valle del Oro* en 1908: sus fines serían «Romper por la instrucción las cadenas de la rutina; desbaratar el yugo servil del caciquismo; y procurar que nuestros ascendientes y hermanos conozcan debidamente sus derechos y deberes»; la Unión Barcalesa en enero de 1912 establecía como fines «extirpar el caciquismo y libertar a nuestro país de la ignominiosa explotación de que viene siendo víctima, y a ese efecto empezaremos por propagar la enseñanza porque estamos convencidos íntimamente que la causa eficiente de nuestros actuales males es el analfabetismo reinante en nuestro pueblo [...] el día que Galicia resurja de su letargo, culta y progresista, no soportará la opresión de sus caciques ni las bajas maquinaciones del centralismo, que es en España el verdugo de todas nuestras iniciativas» (*Follas Novas*, 12.1.1908; *Galicia*, 13.1.1912).

295 En 1922 la sociedad *Hijos del Ayuntamiento de Cedeira* en La Habana abrió una suscripción para adquirir un arado de doble vertedera para cada parroquia del municipio de Cedeira, después de apreciar el buen resultado del mismo en la explotación de uno de los iniciadores

4) Igualmente, el fomento de obras públicas y benéficas en los lugares de origen, desde hospitales hasta el alumbrado público, pasando por aceras, traída de aguas, puentes y caminos. Hubo incluso algún caso de sociedades microterritoriales que se constituyeron con el único objetivo de mejorar caminos, obras y puentes en sus parroquias de origen. Y algunas, como la de *Guitiriz y su Comarca* (1911) llegaron a convertirse en accionistas de una sociedad eléctrica local en su municipio de origen, con el fin de coadyuvar al «engrandecimiento» de la comarca.²⁹⁶

5) El respaldo a iniciativas de tipo explícitamente político a nivel local y, más tarde, territorial gallego, que tendiesen a una regeneración de la vida política, eliminando el poder de los caciques mediante la movilización y concienciación política del campesinado, favoreciendo la democratización del sistema político, la transparencia de la gestión y lo que se denominaba desde «progreso moral y material» hasta «auge y prosperidad» de los lugares de origen. Rúbricas bajo las que se revestía una amplia gama de planteamientos políticos, que muy a menudo no estaban exentos de un claro componente comunitario: el apoyo a la sociedad de campesinos organizada de la parroquia o de la federación agraria del municipio o comarca, fuese cual fuese en principio su orientación, con fines utilitarios.

AGRARISMO, REGIONALISMO Y MOVILIZACIÓN EMIGRANTE EN CUBA

Los intermediarios en el proceso de movilización, concienciación y dinamización de las posibilidades de acción colectiva en favor de su país natal entre las colectividades gallegas de América fueron las élites intelectuales y profesionales, en varios casos emigradas recientemente. Y asimismo las visitas en gira de propaganda de los líderes políticos del agrarismo, que cobraron un claro efecto catalizador desde finales de la primera década de este siglo.

de la sociedad, J. Couto, que había comprado uno de uso comunal en la parroquia de Esteiro. Los habaneros deseaban que los arados adquiridos con los frutos de la suscripción fuesen usados gratuitamente por todos los vecinos de la parroquia, para lo que cursaron instrucciones en ese sentido a su Delegación en Cedeira. (*Eco de Galicia*, 7.5.1922).

296 Un ejemplo de sociedad dedicada solo a las «obras viarias» fue la *Sociedad Urbanizadora de Casamáns, Agróns*, fundada en 1926; para las inversiones de la sociedad de Guitiriz, (*Ideal Gallego*, 12.10.1929).

Ya en 1907, en el momento de su máximo auge, la *Solidaridad Gallega*, alianza de carlistas, regionalistas y republicanos que buscaba romper en Galicia el monopolio político de los partidos turnantes y que dinamizó buena parte de la agitación agraria, planeó proyectar conscientemente su actividad a las comunidades gallegas de Buenos Aires y La Habana. La coalición recomendaba, en su modelo de reglamento para sociedades agrarias aprobado en 1908, que estas se brindasen a las sociedades de instrucción de su distrito, parroquia o municipio para «ejecutar su pensamiento interpretándolo fielmente y considerándolo como preciosa ayuda que desde Ultramar le proporcionan sus hermanos emigrados».²⁹⁷ Igualmente, la Solidaridad creó una sección especializada para contactar con las asociaciones gallegas de América, y las adhesiones individuales de muchas de ellas abundaron en la prensa del movimiento, al igual que en las páginas del periódico agrario-regionalista *A Nosa Terra* (1907-1908). Varios periódicos galaico-habaneros, como *Galicia y Follas Novas*, simpatizaron abiertamente con el movimiento solidario, reproduciendo crónicas de sus actividades; e igualmente acogieron los primeros llamamientos antiforales del más radical Directorio de Teis.²⁹⁸

Aunque esos contactos no llegaron a concretarse más, en buena parte por la pronta pérdida de vigor de la Solidaridad Gallega, sus ecos no dejaron de surtir cierto efecto. Así, ya en 1908 se formó en la colonia gallega de Cuba un *Centro Solidario* de la provincia de A Coruña, del que no tenemos más noticias; y en el mismo año surgió un primer *Comité Redencionista*, presidido por el obrero litógrafo ferrolano, masón y promotor del regionalismo Xosé Fontenla Leal, y más tarde por el poeta galleguista Ramón Cabanillas. En junio de 1909 se celebró un mitin de protesta por la muerte de varios campesinos en un enfrentamiento con la Guardia Civil en Oseira (Ourense) a iniciativa de la Unión Barcalesa y de la Sociedad de Declamación Rosalía de Castro, presidido por el escritor y periodista Constantino Horta, el comerciante Ángel Barros, el periodista Antón Villar Ponte y la

297 Centro Solidario Coruñés, *Modelo de Reglamento para Sociedades Agrícolas Gallegas, redactado a petición de fundadores de ellas y para su Gobierno*, A Coruña: s. ed., 1908.

298 Vid. *A Nosa Terra*, 12.12.1907; *Follas Novas*, 25.8.1907; 6.10.1907; 29.11.1908; y 1.3.1908.

polígrafa Mercedes Vieito Bouza. Y entre 1909 y 1910 es posible observar en La Habana un relativo florecimiento de publicaciones identificadas con el movimiento agrario gallego.²⁹⁹

No fue ajeno a este clima de relativa efervescencia política el viaje a Cuba en octubre de 1909 de un delegado directo del Directorio Campesino de Teis, Emilio Rodal, comisionado para recabar el apoyo de los emigrados a la lucha antiforal según el ejemplo repetidamente invocado de los emigrantes irlandeses en Norteamérica (Foner 1978; Walsh 1985). La labor de Rodal en Cuba fue, en apariencia, muy fructífera. Al poco tiempo de su arribada se celebró una concurrida asamblea en el Centro Gallego de La Habana. En ella se resolvió adherirse a la campaña redencionista y abrir una suscripción pública para atender a los gastos de propaganda agrarista. La contribución económica final, sin embargo, fue menor de lo esperado, entre otras razones porque la tarea de Rodal en la isla caribeña encontró serios obstáculos entre un amplio sector de los socios del Centro Gallego, partidarios de los intereses de los foristas. El Centro acabó por retirar su apoyo a la campaña antiforal, pero su lugar fue ocupado por dirigentes de las sociedades de instrucción, así como por intelectuales y periodistas, que constituyeron al margen del Centro Gallego un nuevo y reorganizado Comité Redencionista en La Habana (que también usó el nombre de Unión Redencionista o Liga Regional Gallega), presidido por el directivo de la Sociedad de *San Miguel y Reinante*, Narciso Rocha García, y promovido asimismo por intelectuales y periodistas como Alfredo Nan de Allariz, Fontenla Leal y el librero Severino T. Solloso.³⁰⁰ Sus actividades subsecuentes, aparte de la celebración de algunas veladas literarias, fueron escasas. Hacia 1911-1912 el Comité Redencionista estaba prácticamente disuelto.³⁰¹

Gracias a todo ello, el agrarismo plantó unas raíces más sólidas entre las sociedades gallegas de Cuba. Síntoma de ese proceso fue el ya señalado

299 Vid. *Galicia*, 19.6.1909 y Neira Vilas (1985).

300 *Galicia*, 9.10.1909 y 7.11.1909; «La campaña antiforal», *Vida Gallega*, Vigo, 30.4.1910.

301 Vid. el programa de la velada organizada por la Unión Redencionista para el 25.10.1911, que incluía ante todo piezas musicales gallegas y revestía un cierto mensaje regionalista, en *Galicia*, 21.10.1911.

aumento de publicaciones anticaciquiles, la constitución de nuevas sociedades comarcales e incluso de una de alcance provincial, con el expresivo nombre de *Solidaridad Pontevedresa* (1912), concentrada sobre todo en las labores de fomento de la instrucción en la provincia de origen en colaboración con las autoridades educativas.³⁰² E, igualmente, el nacimiento a principios de 1910 del *Comité Representativo de las Sociedades Gallegas de Instrucción de La Habana* (CRSI), primera federación de alcance macroterritorial de las sociedades gallegas en América. Fundado por once entidades con motivo de dirigir un memorándum al Ministro español de Instrucción Pública para que este velase por la integridad de los planteles escolares financiados por los emigrados –que habían chocado con la oposición de algunos vecinos y políticos locales–, el CRSI no formulaba explícitamente objetivos políticos en su reglamento, aspirando únicamente a «asegurar la vida de estas sociedades» y a «estrechar las relaciones de convivencia entre las mismas, y al mismo tiempo de nuestros compatriotas».³⁰³ Sus primeros pasos se caracterizaron por un moderado activismo, limitándose a enviar un mensaje en nombre de las sociedades federadas al nuevo presidente del Gobierno español, José Canalejas, adhiriéndose a sus proyectos de impulso a la enseñanza pública.³⁰⁴

Sin embargo, el CRSI tendió a expresar en el curso de su actuación posterior su rechazo genérico del caciquismo, así como propósitos regeneradores de la sociedad gallega, proyección amplificada sin más del ideario de las sociedades miembros. Pero la inestabilidad organizativa y la inacción política fueron constantes a lo largo su andadura. En 1912, este agrupaba a 14 sociedades, y atravesaba por una primera etapa de decaimiento motivada tanto por la falta de participación activa en sus tareas de las sociedades afiliadas, como por la limitación de sus actividades a celebrar funciones benéficas para recaudar fondos. La crisis se solventó mediante la exoneración a las sociedades que quisiesen adherirse al CRSI de la cuota de ingreso, y el proyecto –finalmente frustrado– de celebrar un

302 Vid. una exposición de las labores de esta sociedad en *Suevia*, septiembre 1912.

303 Vid. «Comité Representativo de las Sociedades Gallegas de Instrucción», *Galicia*, 27.8.1910.

304 «Mensaje a Canalejas», *Suevia*, 2.10.1910.

gran Congreso de Instrucción hispanoamericano.³⁰⁵ De este modo, el Comité conseguía agrupar en 1914 a 44 sociedades de instrucción, sufriendo un nuevo periodo de crisis entre 1915 y 1918; después del cual salió reforzado, agrupando hacia 1920 a 70 sociedades y 84 en 1930. A partir de este año entró en una etapa de progresiva decadencia que acabaría con su desaparición a principios de 1936.³⁰⁶

Entre los proyectos del CRSI figuraba ante todo coordinar la labor pedagógica de las sociedades de instrucción y organizar eficazmente en Galicia tanto la construcción de edificios escolares como la contratación de maestros por oposición. Para ello, el Comité proponía en 1922 organizar una suerte de «museo permanente» de casas escuelas en La Habana como resultado de concursos que se efectuarían en España, para adjudicar los planos de edificios escolares a los mejores proyectos; demandar subvenciones del Estado español para todas las escuelas de los emigrados; establecer en las capitales de los distritos escuelas superiores con secciones de artes, oficios y agricultura y educación de la mujer para el hogar; auxiliar a los municipios rurales en la construcción de caminos, fuentes y lavaderos públicos; e incluso constituir sociedades anónimas para realizar préstamos a los campesinos y emigrantes retornados que quisiesen mejorar sus casas rurales.³⁰⁷

El CRSI apenas desarrolló actividades políticas de relieve, limitándose a la celebración de veladas festivas y teatrales; y solo en determinados momentos actuó de agente catalizador de la movilización sociopolítica de las sociedades galaico-habaneras. Así fue por un breve periodo entre fines de 1922 y mediados de 1923, coincidiendo con el punto álgido de las campañas antiforales en Galicia y el clima de protesta creado por los sucesos de Guillarei en noviembre de 1922 (represión de una manifestación campesina por la Guardia Civil, con el resultado de varios muertos). El CRSI y sobre todo las activas sociedades *Hijos del Ayuntamiento de La Estrada*

305 Vid. *Suevia*, 17.3.1912 y 14.7.1912.

306 «Crónica Habanera. Solidaridad Pontevedresa», *El Tea*, Ponteareas, 14.9.1922; Peña Saavedra (1991: 680-85). Una crítica de la «patrimonialización» del Comité por algunos dirigentes en O. de Velle, «El Comité Representativo y sus andanzas», *Eco de Galicia*, 30.9.1928.

307 Circular del CRSI, firmada por Freire Montero y A. Do Campo, reproducida en F. M. M., «Por el progreso de la región», *A Terra*, Córdoba (Argentina), enero 1922.

e *Hijos de Silleda* –muy vinculadas a la actuación de los agraristas de sus municipios de origen– convocaron varios mítines de protesta y fundaron comités de apoyo a los agrarios gallegos, frente a la actitud tibia de los dirigentes del Centro Gallego. Sin embargo, y al igual que había ocurrido años antes, cuando la Unión Orensana promovió varios mítines de protesta por la muerte de varios campesinos en un enfrentamiento con la Guardia Civil en la localidad de Oseira, el impulso de la movilización remitió ya a principios de 1923.³⁰⁸

Igualmente, el Comité difundió ocasionalmente algún manifiesto en defensa de la utilidad de la instrucción como garante de la democracia y de la autenticidad del sufragio, difundido después por el Comité Progresista Anticaciquil del distrito de A Estrada dentro de la campaña contra el Marqués de Riestra emprendida por los emigrados en conjunción con los agraristas locales en 1922-1923.³⁰⁹ Ello coincidía con un cierto rumor de voces dentro de la colectividad gallega de La Habana que proponían constituir sistemáticamente comités federativos por distritos electorales en Galicia, con el fin de llevar a cabo una labor no tanto benéfica e instructiva como de agitación político-electoral: el «imponer y apoyar para elevarlos al Congreso hombres capacitados para solicitar y conseguir todas las mejoras y atenciones a que Galicia, como las demás regiones, tiene derecho». Solo con diputados en Madrid llegarían a Galicia las inversiones del Estado.³¹⁰

308 En la asamblea de protesta por los sucesos de Guillarei convocada por el CRSI el 4.12.1922 en los salones del Centro Gallego, con asistencia de dos mil personas, varios oradores se manifestaron a favor de iniciar una campaña de agitación en Galicia para conseguir la abolición de los foros, e incluso los llamamientos a la independencia de Galicia de dos oradores nacionalistas conquistaron a parte de la audiencia. Vid. *Galicia*, 9.12.1922.

309 Así, en agosto de 1922 (7.8.1922 y 16.8.1922) *El Emigrado*, periódico publicado por el Centro de Emigrados de A Estrada con el apoyo de las sociedades estradenses de la emigración cubana y argentina, publicaba un manifiesto del CRSI, incluyendo un estudio explicativo sobre la emisión del voto. En él, se resumía la necesidad de conseguir una buena educación cívica para poder hacer del sufragio un medio para «purificar el ambiente social». Era necesario, transformar en conscientes los votos «de reata» que caracterizaban las elecciones en Galicia. El medio para ello sería laborar «por una Galicia ilustrada y progresista, que es obra fácil de llevar a cabo si la redimimos del cautiverio del odioso caciquismo por medio de la educación en todas las funciones sociales».

310 Vid. A. Portela, «A las Sociedades del Distrito de Mondoñedo», *Heraldo de Galicia*, 23.4.1922.

Con la llegada de la dictadura de Primo de Rivera, el CRSI no solo no se posicionó en contra del Directorio Militar, sino que incluso intentó colaborar con las nuevas autoridades y gestionar ante ellas la continuidad de los establecimientos escolares financiados en Galicia por las sociedades adheridas al Comité. Aspecto en el que no disenta demasiado de la orientación de la mayoría de las sociedades de instrucción gallegas de La Habana, empezando por *Hijos del Ayuntamiento de La Estrada* –frente a la actitud opositora que adoptaron buena parte de las argentinas–, que confiaron en los autoproclamados propósitos regeneradores del general Primo de Rivera e instruyeron a sus delegaciones en Galicia para que solicitasen del nuevo Gobierno que depurase sus ayuntamientos de caciques, indultase a los prófugos y consiguiesen mejoras materiales para sus distritos.³¹¹ Apenas *Eco de Galicia* y los sectores nacionalistas de la colectividad se opusieron al nuevo régimen dictatorial, denunciando el interés de los militares en tapar las responsabilidades en los desastres militares de Marruecos.³¹²

En los años treinta el CRSI apenas intervino en la dinámica política gallega, aparte de intentar contribuir –sin gran éxito– a la campaña pro-residencia de estudiantes de la Universidad de Santiago de Compostela en

311 Vid. Núñez Seixas (1998a: 227, 239-40). Los estradenses se desilusionaron ya en 1925 de los propósitos del Directorio, ante la falta de atención a sus demandas de construcción de un ferrocarril central gallego y las represalias gubernativas contra el periódico *El Emigrado*. Hubo más ejemplos: la *Sociedad de Naturales de La Peroja* en La Habana, fundada en 1926, envió en abril de 1928 un lujoso álbum de firmas a la Diputación Provincial de Ourense, prologado por el párroco de San Xés da Peroxa y avalado por los líderes de la colectividad gallega y española, las firmas de los 30 integrantes de la Junta Directiva de la sociedad, de sus 327 socios en aquel entonces y de vecinos de las diversas parroquias del municipio. Su demanda consistía en que la Diputación incluyese partidas en sus presupuestos para la construcción de la carretera entre Barra de Miño y Os Peares, y el enlace con Chantada, sin ahorrar alabanzas al Directorio Civil. Vid. *La Sociedad Naturales de La Peroja en La Habana a la Diputación Provincial de Ourense*, s. l.: s. ed., s. f. [1928]. Igualmente, siete sociedades del norte de Lugo (Emigrados de Riotorto, Unión de Villameá y Villaodrid, Hijos del Ayuntamiento de Pastoriza, Meira y sus Comarcas, Juventud de Baleira y su Comarca, Hijos del Ayuntamiento de Pol e Hijos del Ayuntamiento de Castroverde) dirigieron al Directorio un memorándum en demanda de la construcción de un ferrocarril central gallego: vid. *Exposición de datos que las Sociedades de Instrucción en La Habana (Cuba) respetuosamente dirigen a las autoridades españolas en pro de la ejecución del Ferrocarril Central Gallego por la comarca de sus respectivos Ayuntamientos*, La Habana: Impr. Pérez Sierra y Cía., 1928.

312 Vid. por ejemplo «El Mussolini español. La coartada de los poderes españoles», *Eco de Galicia*, 7.10.1923.

1930-1931, que gozó de amplios apoyos financieros entre las colectividades galaicas del Río de la Plata; adherirse a la Asamblea de Municipios gallegos por la autonomía celebrada en Santiago de Compostela en diciembre de 1932, y convocar a su vez una asamblea para respaldar el proyecto de Estatuto de Autonomía de Galicia en La Habana en 1933. Sin embargo, pese al ambiente favorable a la causa autonómica que se respiraba en la colectividad gallega de Cuba, según una encuesta publicada en 1932 por *El Ideal Gallego*, la aportación de los emigrantes de la isla antillana a la propaganda pro-Estatuto fue muy inferior a la enviada desde Buenos Aires y Montevideo.³¹³

El CRSI, por consiguiente, no pasó de ser un organismo de coordinación suprasocietario cuyas funciones políticas se vieron permanentemente obstaculizadas, lo que en parte se debió a su cierta dependencia del Centro Gallego de La Habana, donde tenía su sede. Peor ejecutoria tuvieron otras iniciativas para constituir federaciones de sociedades de instrucción al nivel supracomarcal. Además de algunos intentos de alcance municipal o comarcal, como la poco operativa Federación Ortejana, así ocurrió con la Federación Galaica constituida en 1911 a partir de las sociedades *Ferrol y su Comarca*, *Vivero y su Comarca* y *Unión Mañonesa*, a las que poco después se añadió *Progreso de Coles*. El objetivo de la Federación, de acuerdo con los postulados declarados por el comerciante y directivo de la sociedad ferrolana Guillermo Cedrón, había de ser establecer una estructuración organizativa más articulada de las sociedades de instrucción, mediante la creación de una secretaría y servicio de contaduría permanentes, la publicación de una revista y el desarrollo de funciones mutualistas y recreativas. Así se conseguiría guiar las fundaciones escolares con un adecuado asesoramiento técnico y pedagógico, acabando con la acción anárquica y dispersa de entidades que vivirían en «un caos de dudas y recelos», con domicilios en «trenes de lavado, otras en sotabancos» y todavía existentes gracias al sacrificio personal de sus organizadores.³¹⁴

313 Vid. Peña Saavedra (1991:685) y Núñez Seixas (1992:224). Según la encuesta de *El Ideal Gallego* (resumida en *A Nosa Terra*, 15.4.1932), de 126 entrevistados, 76 se mostraron a favor de la autonomía, el federalismo o la independencia; la mayoría de los que se consideraban contrarios a la autonomía justificaba su posición por miedo a la vuelta de los caciques.

314 Vid. G. C[edrón], «Cartas al lector. A propósito de las Sociedades gallegas de instrucción»,

A pesar de editar por un tiempo la revista *Pro-Galicia*, la vida de la Federación apenas pasó de un año, desapareciendo en 1913 por la oposición de buena parte de las directivas de las sociedades federadas a delegar «soberanía» en los órganos federativos; particularmente, las asociaciones de dimensiones más reducidas recelaban de los fines perseguidos por los promotores de la Federación, Guillermo Cedrón y Justo Taladrí, por estimar que era más rentable para las entidades potentes (como eran *Vivero y su Comarca* y *Ferrol y su Comarca*) el conformar la Federación y aspirar a controlarla que para las sociedades más modestas. Otra causa probable de su fracaso fue la reticencia con que eran contemplados los fines de recreo y mutualismo que abrigaba la nueva entidad, que se temía eclipsasen los de instrucción —que se consideraba mejor representados en el Crsi, el cual, al no exigir cuota de ingreso y disfrutar de sede gratuita en los salones del Centro Gallego, resultaba más aceptable para las directivas de las sociedades de instrucción—, lo que también atrajo la oposición del Centro Gallego, que temía que la Federación eclipsase a aquel y en el futuro se orientase también a la acción mutualista.³¹⁵ De ahí la virulencia de las polémicas periodísticas con las que la Federación fue acogida desde un principio, y que alimentaron su temprana muerte ante la cerrada oposición de varias revistas de la colectividad, el resto de las sociedades de instrucción y aun una parte de los socios de las entidades impulsoras de la Federación Galaica, que temían que se restasen recursos con destino a las escuelas proyectadas para sus municipios de origen.³¹⁶

En todo caso, la movilización política dentro de la colectividad gallega de Cuba sufrió una disminución progresiva en intensidad a lo largo de la segunda mitad de los años veinte, que se acentuó durante la década siguiente, a pesar de que el descontento con los partidos políticos turnistas y más tarde con la evolución de la dictadura de Primo de Rivera persistió entre una bue-

Suevia, 16.6.1912; 23.6.1912; 30.6.1912, y 7.7.1912.

315 «Semanales», *Suevia*, 7.7.1912; «Contestando una carta», *Suevia*, 14.7.1912.

316 Cf. Peña Saavedra (1991: 686-91); B. A. de Lage, «Contra la “Federación Galaica”». Una protesta», *Suevia*, 14.7.1912; «Albricias», *La Patria Gallega*, 4.4.1913; «Una carta», *Suevia*, 21.7.1912; J. Fraga, «Federación Galaica», *Suevia*, 4.8.1912; «Carta abierta» y «Sobre una carta abierta», *Suevia*, 18.8.1912; «“Suevia” y la “Federación Galaica”», *Suevia*, 15.9.1912; J. Fraga, «El desnudo», *Suevia*, 22.9.1912.

na parte de los inmigrantes gallegos de La Habana.³¹⁷ Y, sobre todo en comparación con Buenos Aires, el CRSI no contó –al igual que la mayoría de las sociedades de instrucción cubanas– con una élite dirigente de orientación izquierdista, como sí ocurrió en el Río de la Plata. Por lo que se vio siempre obligado a buscar un programa mínimo que contentase a la mayoría de las sociedades de instrucción cubanas, lo que solo fue posible mediante el recurso al consabido apoliticismo envuelto en una retórica regeneracionista y un mensaje anticaciquil, y mediante su limitación a las actividades pedagógicas.

El proceso de politización de las comunidades gallegas en América tampoco recibió un impulso decisivo de la visita a América de un líder agrarista de entidad y carisma: Basilio Álvarez, fundador y líder de *Acción Gallega*, creada en 1909 y que respondía al «agrarismo neutro», reformista y de tendencias republicanas. *Acción Gallega* se constituyó en el frente agrario que a partir de 1912 galvanizaría por un tiempo la agitación anticaciquil y antiforal en el medio rural galaico.

Ya desde 1910 Basilio Álvarez había establecido algunos vínculos con las sociedades gallegas de América, cuya evolución y actuación en Galicia seguía con atención; e incluso la revista *Acción Gallega*, por él promovida, requirió el apoyo puntual de los emigrados para las candidaturas electorales pro-agraristas de Alfredo Vicenti por el distrito de Becerreá y de Manuel Portela Valladares por A Fonsagrada.³¹⁸ En 1911-12, la organización de Basilio Álvarez recibió el apoyo entusiasta de la revista *Suevia*, donde se publicaron abundantes crónicas de sus mítines, así como colaboraciones regulares del también dirigente del movimiento basilista Eugenio López Aydillo, corresponsal de la revista en Galicia. En septiembre de 1912 *Suevia* reproducía el manifiesto de *Acción Gallega* (firmado por Basilio Álvarez, López Aydillo, Fernández Mato, Lustres Rivas y Montero Mejuto en agosto de ese año en Ourense); y en los números siguientes menudearon las adhesiones individuales al proyecto, centralizándose los apoyos al agra-

317 Como mostraba una encuesta del *Diario Español* de La Habana en 1923, los emigrantes españoles en Cuba guardaban una muy mala opinión de los partidos turnantes (Conservador y Liberal), a los que consideraban culpables del atraso del país. Vid. *El Emigrado*, 7.10.1923.

318 Vid. por ejemplo B. Álvarez «Mirando hacia los hermanos de América», *Acción Gallega*, 14.3.1910, y C. A. Barrera, «Os hirmaus d'as Amérecas», *Acción Gallega* 15.6.1910.

rismo basiliista en la redacción de *Suevia*, que aspiraba a nuclear una suerte de delegación de Acción Gallega en Cuba que sustituyese a la prácticamente inactiva Unión Redencionista creada años antes.³¹⁹ Igualmente, *Suevia* apoyó la fugaz iniciativa del antiguo dirigente de Solidaridad Gallega, el médico republicano coruñés José Rodríguez Martínez, para constituir una sociedad denominada *Pro-Galicia Rural*, entre cuyos objetivos figuraba fundar un periódico con apoyo de las colectividades gallegas de América y realizar una gira de propaganda agraria en La Habana.³²⁰ Por el contrario, la revista *Galicia*, dirigida por José B. Cerdeira y acérrima oponente de *Suevia*, pasó de acoger de manera entusiasta el surgimiento del agrarismo basiliista a denostar a su máximo líder, al igual que había adoptado una postura crítica con Solidaridad Gallega desde el momento de su declive.

La visita del líder agrario a Cuba se concretó en abril de 1913, en el contexto de su estrategia de radicalización emprendida ante las dificultades que se multiplicaron desde 1912 a las iniciativas de Acción Gallega. En la Gran Antilla, Basilio Álvarez participó en varios actos y mítines a invitación del Centro Gallego, la Unión Orensana y la Solidaridad Pontevedresa, pronunciando conferencias sobre problemas agrarios, el caciquismo y la necesidad de «regeneración regional». Incluso, publicó en La Habana su obra más incendiaria, *Abriendo el surco*. Su florida oratoria alentaba a los emigrados a ser el «cuerpo de Estado mayor y el cuadro de oficiales» del ejército agrario que lucharía por la redención de Galicia.³²¹ De hecho, Basilio Álvarez confiaba mucho en el potencial regenerador que para Galicia encerraban las colectividades de los emigrados en América, y se dirigía a ellos con un programa reformista envuelto en una inflamatoria prosa cuyos objetivos concretos no

319 Vid. «Semanales», *Suevia*, 8.9.1912. A la semana siguiente, el joven periodista Roberto Blanco Torres se adhería de modo entusiasta al manifiesto, saludando en él su carácter de «piedra de toque de la emancipación y regeneración gallegas» («Adhesiones», *Suevia*, 15.9.1912).

320 Vid. J. Lesta Meis, «Las Sociedades agrícolas», *Suevia*, 21.7.1912.

321 Las crónicas de los galaico-cubanos que narraban el fervor con el que los emigrados escuchaban las disertaciones del cura de Beiro rebosaban de entusiasmo: vid. por ejemplo «Acción Gallega en Cuba», *Pro-Galicia*, 1:4 (1913); B. Álvarez, *Abriendo el surco. Manual de lucha campesina* (Durán, 1976). Para el contexto de la visita de Basilio Álvarez a Cuba, vid. Cabo Villaverde (1998: 82-84) y Montero (s. f.: 49-51 y 81-82).

iban más allá de los defendidos por las sociedades de instrucción. Para él, los emigrantes habían de ser la punta de lanza de los ejércitos anticaciquiles, por cuanto la misma emigración era una consecuencia (al igual que la tiranía, el hambre y la postración de Galicia) de una única causa: «falta de pudor en los que mandan», responsabilizando implícitamente a caciques y casas navieras de la partida y de la explotación de los emigrantes.³²²

La visita del líder agrario, no obstante, no tuvo lugar en buen momento. Por un lado, coincidió con una fuerte lucha interna entre las diversas facciones personalistas por el control de la Junta Directiva del Centro Gallego. En concreto, entre los partidarios del comerciante Ángel Barros, presidente del Centro en aquel momento (1913-1914), y los del abogado coruñés Eugenio Mañach (presidente del Centro años después), entre los que se encontraban también buena parte de los intelectuales galleguistas (Cabanillas, Blanco Torres), quienes intentaron rentabilizar a su favor la llegada del *cura de Beiro*.³²³ Con todo, el Centro Gallego acogió fervorosamente a Basilio Álvarez, y al poco de llegar este se fundó en su sede una Liga de Acción Gallega bajo la presidencia del mismo Mañach, con vocales como el vicepresidente del Centro (Avelino Pérez) o el dirigente de la *Asociación Iniciadora y Protectora de la Real Academia Gallega* Pascual García Mon, así como el teórico apoyo del presidente Ángel Barros. En los días siguientes, el líder agrarista partió hacia diversas localidades del interior y del Oriente cubano con el ánimo de constituir comités entre los diversos núcleos de emigrados gallegos. El entusiasmo con el que fue recibido fue, sin embargo, más limitado del esperado.

Por otro lado, el respaldo de las sociedades de instrucción de La Habana a la propaganda de Acción Gallega, y particularmente a la colecta con el

322 B. Álvarez, «El momento actual gallego. Nuestra actitud», *Acción Gallega*, 1.6.1910. La posición del líder agrario frente al problema emigratorio era de abierto rechazo, por considerar que América se llevaba a los mejores y más jóvenes elementos del país, a pesar de reconocer también que en la emigración se forjaban caracteres «recios» que en Galicia se convertían en elementos dinamizadores de la sociedad civil, además de devolver recursos y dineros. Vid. B. Álvarez, «Un tema que sangra», *El Emigrado*, 7.12.1925.

323 Para una aproximación a los precedentes de las disputas internas de las élites de la colectividad galaica alrededor del Centro Gallego habanero, vid. el artículo retrospectivo «La intransigencia. Origen e Historia», *Galicia Gráfica*, 18.2.1916. Sobre las disputas con anterioridad a 1900, en las que también se vieron envueltos los líderes intelectuales regionalistas y periodistas de la colectividad W. Álvarez Insua y M. Curros Enríquez, vid. Baña Pose (1921).

objeto de comprar una nueva rotativa con la que editar un periódico agrarista propio, fue muy inferior al prometido. El Centro Gallego se negó a contribuir, alegando el apoliticismo a que le obligaban sus estatutos. Y solo algunas sociedades microterritoriales, en su mayoría de la mitad Sur de Galicia, proporcionaron sumas significativas, como se reveló en la asistencia a una asamblea de presidentes societarios convocada en apoyo del líder agrario: las entidades que predominaban en el CRSI –casi todas del Norte de Galicia–, con la excepción de Narciso Rocha (dirigente de *San Miguel y Reinante*), no mostraron gran entusiasmo; y más de una negó su aporte a Acción Gallega alegando la neutralidad política que rezaban sus estatutos. En virtud de todo ello, la visita de Basilio a Cuba, pese a los festejos y grandes actos, cosechó unos resultados prácticos poco visibles.³²⁴ El Centro Gallego apenas se comprometió en lo sucesivo con la causa agrarista, como ya denunciaba la prensa pocos meses después.³²⁵

Con todo, el líder agrario estableció unos vínculos genéricos con las sociedades de instrucción cubanas que perdurarían en lo sucesivo. El mito de Basilio –llamado por algunos «el Parnell gallego»– fue mucho más fuerte que su plasmación y obra política práctica. Una muestra fue el primer libro en gallego de Ramón Cabanillas, publicado en La Habana y prologado por el propio Álvarez, *No desterro* (1913), donde irrumpía una «poesía civil» al servicio del líder agrario. Pero el hecho era que la propia Acción Gallega había entrado en un periodo de mayor inactividad en Galicia después del retorno de Cuba de su líder.

Con todo, en los años posteriores se registró en La Habana algún intento frustrado de reactivar la agitación agrarista dentro de la colectividad galaica, gracias en parte a la arribada de nuevos propagandistas desde Galicia. A fines de 1914 se anunciaba la inminente creación en la capital cubana de un «gran partido regional» que, al decir de Mercedes Vieito, «con la autonomía por ideal» lucharía «por la noble causa de la redención gallega»; sin embargo, la falta de noticias posterior induce a pensar que tal proyecto acabó

324 Vid. *La Patria Gallega*, 4.4.1913; 11.4.1913; 19.4.1913; 26.4.1913; *Galicia Gráfica*, 13.8.1913.

325 *Galicia Gráfica*, 23.8.1913 y 4.9.1913.

frustrándose.³²⁶ A principios de 1917 llegó a La Habana el activista agrario de O Carballiño José Diéguez Cerdeira (antiguo fundador en 1914 de la *Sociedad de Agricultores y Oficios Varios* del municipio de O Irixo), quien fundó un Bloque Gallego para difundir el agrarismo basilista. De la directiva de esta asociación formaron parte algunos dirigentes societarios como Narciso Rocha, Fontenla y el periodista J. V. Martínez Quelle, de claras simpatías por el republicanismo federal pimargalliano. Pero su existencia fue fugaz, perdiéndose su rastro ya entrado el año 1918.³²⁷

La fidelidad teórica del CRSI a Basilio Álvarez pervivió hasta principios de los años treinta, ya que aquél mantuvo la condición de representante del Comité cubano en España durante la II República. Algo semejante se puede afirmar acerca de alguna de las publicaciones principales de la isla, como *Eco de Galicia*, cuyos inspiradores –Antonio do Campo y Manuel Fernández Doallo, vinculados a la progresista *Unión Orensana* y a los círculos republicanos españoles de Cuba– declaraban abiertamente sus simpatías por el conjunto del agrarismo basilista y la causa de la redención de foros en 1922, juntamente con un tímido apoyo a la aún balbuciente proyección agraria del sindicato socialista en Galicia.³²⁸ Igualmente, los corresponsales locales del periódico habanero en varias villas de Galicia acostumbraban a estar vinculados de modo explícito a los órganos periodísticos agrarios y anticaciquiles locales.³²⁹

Si la visita de Basilio Álvarez no fue tan decisiva en Cuba para provocar un proceso de mayor politización de las sociedades gallegas, la decadencia progresiva de la importancia sociopolítica y de la influencia económica de la

326 Vid. M. Vieito Bouza, «Ante el ideal», *Galicia*, 1.2.1914.

327 Vid. «El Bloque Gallego de La Habana», *Labor Gallega*, 5.2.1917.

328 «Hacia la nivelación económica de Galicia. La agitación agraria», *Eco de Galicia*, 15.1.1922; «La nueva política gallega», *Eco de Galicia*, 22.7.1923; X. da Fonte Nova, «El problema agrario gallego», *Eco de Galicia*, 6.5.1923.

329 Por ejemplo, el corresponsal de *Eco de Galicia* en Lalín era el promotor del periódico local *Verdad y Justicia*, el retornado de Cuba de ideas republicanas X. Iglesias Surribas (junto con el también retornado Máximo López Carral), atacado en ocasiones por el clero local por masón y espiritista; en Vilalba, la corresponsalía era desempeñada por el director del periódico *El Progreso Villalbés*, J. E. Chanot. Vid. *Eco de Galicia*, 20.5.1923 y 23.1.1923; *Galicia*, 6.5.1923.

colonia gallega de la isla caribeña sobre la misma Galicia –que se contraponía a la progresiva preponderancia que iban adquiriendo las colectividades emigradas del Río de la Plata– se acentuó a partir de las crisis caribeñas del azúcar desde 1920. Tampoco la síntesis ideológica entre regionalismo/nacionalismo y agrarismo fue en Cuba tan efectiva como en Buenos Aires, aunque no dejó de haber aislados intentos. Cuando surgieron grupos nacionalistas en la colectividad gallega de La Habana desde 1917-18, relativamente importantes y activos, aquellos vieron considerablemente limitado su radio de acción e influencia políticas durante la primera mitad de los años veinte, quedando después reducidos casi a un carácter testimonial. Así, la *Xuntanza Nazonalista Galega* de La Habana, pese a contar un número respetable de miembros, solo consiguió ser aceptada dentro del CRSI a mediados de 1923, organizando algún acto conjunto con este; pero la mayoría de los delegados de las sociedades de instrucción se opusieron a las iniciativas de los galleguistas dentro del Comité, lo que les impidió alcanzar un grado de influencia dentro del tejido societario galaico comparable al que sí alcanzaron los nacionalistas gallegos de Buenos Aires (Núñez Seixas 1993). A ello contribuyó no poco la intransigencia política de los nuevos actores y el peso de las opciones independentistas dentro del nacionalismo gallego-cubano, patente en el periódico *Nós* (1921) y en la actividad del *Comité Revolucionario Arredista Galego*, fundado en 1921 por un inmigrante autodidacta, dirigente de la sociedad de Becerreá y cuando menos estrafulario personaje, Fuco Gómez.³³⁰

ALGUNAS HIPÓTESIS SOBRE UNA DINÁMICA DIFERENCIAL

En comparación con los tejidos asociativos en Cuba de las colectividades asturiana y, con matices, canaria (donde apenas es de mencionar la aparición desde 1924 de minoritarios núcleos nacionalistas, alrededor de la revista *El Guanche*), no cabe duda de que el conjunto de las sociedades galaicas siguió una dinámica sociopolítica y una evolución característica, mucho más politizada que aquellos y más vinculada a las luchas por el poder local y el apoyo a los movimientos sociales y políticos actuantes en

330 Este personaje, que intentó elaborar un independentismo alternativo de cierta inspiración cubana, así como una grafía peculiar para el idioma gallego, ha sido objeto de vindicación como precursor del soberanismo por publicistas varios. Vid. por ejemplo Martínez González (2007).

el país de origen.³³¹ Lo que de entrada tiene una explicación relativamente sencilla: en Asturias el movimiento agrarista, incluso en las comarcas occidentales gallegófonas donde los foros pervivieron, no estaba en la época tan desarrollado como en Galicia, y en consecuencia faltaba el elemento diferencial en la movilización política en el nivel local en la medida en que este estaba presente en el caso galaico. Lo mismo se puede afirmar de las islas Canarias (baja movilización social en el rural y omnipresente caciquismo).

No obstante, también es cierto que el grado de politización y las pautas evolutivas seguidas por las sociedades gallegas de Cuba en estos aspectos fueron muy diferentes a las que marcaron las asociaciones gallegas de Buenos Aires desde los años veinte. A la altura de los años treinta ambas colectividades presentaban un carácter marcadamente diferente en lo referente al panorama sociopolítico, a las orientaciones imperantes dentro del tejido asociativo, y particularmente en lo relativo a las corrientes ideológicas predominantes en el liderazgo y en la prensa galaica. Por lo que cabe preguntarse acerca de las razones de esa evolución y de ese comportamiento diferencial. Podemos apuntar algunas respuestas:

1. Una razón es meramente geográfica. La gran mayoría de las sociedades de instrucción gallegas en La Habana provenía del Norte de las provincias de A Coruña y Lugo, zonas donde el problema foral revestía una mayor gravedad que en el Centro y Sur del país —por estar los foros menos extendidos en la Galicia Norte—, y en las que las sociedades agrarias existentes ostentaban una orientación más técnico-productivista que abolicionista. Cuando las sociedades habaneras de la Galicia Norte apoyaban a algún bando en la política local, era por lo general en nombre de un mensaje regeneracionista y vagamente populista. Así lo muestran los casos de Ortigueira, donde las sociedades habaneras respaldaron al cooperativismo y agrarismo técnico-productivista del grupo de poder liberal-monterista local, a través de la labor intermediaria de los hermanos Pita-Sánchez Boado y del erudito local Federico Maciñeira; de Vilalba (Lugo), donde los habaneros intervinieron en favor de la campaña anticaciquil del periódico socialcatólico y maurista *El*

331 Para un contraste con el caso de la colectividad asturiana en La Habana, vid. Erice (1996). Para la colectividad canaria —pese a sus limitaciones— vid. Cabrera Déniz (1996).

Ratón (1911-1915); y hasta cierto punto de A Estrada (Pontevedra), donde los habaneros dieron su apoyo al periódico *El Emigrado* y la candidatura del conservador independiente Pérez Viondi en las elecciones de 1923 apelando a un programa de regeneracionismo democratizante y vagamente populista, por contraste con el mayor izquierdismo de las sociedades estradenses de Buenos Aires (Núñez Seixas 1998a). De ahí se derivó un reducido apoyo a las posturas más radicales del agrarismo gallego expresadas en clave antiforal (fuese partidaria de la redención forzosa, de la abolición o de las posturas de impago de rentas), como la Acción Gallega de Basilio Álvarez, el Directorio de Teis o incluso la Confederación Regional de Agricultores Gallegos; y más tarde al agrarismo más influido por la izquierda socialista, cuyos mayores alentadores en Galicia fueron precisamente las sociedades porteñas de originarios del Sur de Galicia y las comarcas del Condado y Baixo Miño.

Esta hipótesis también se vería reforzada por la diferencia que algunos observadores contemporáneos constataban entre los retornados de Cuba, más conservadores y reformistas; y los de Buenos Aires, Brasil y Montevideo, que proporcionaron más dirigentes agrarios y del movimiento obrero.³³² Diferenciación que haría a los retornados gallegos de Cuba más semejantes al tipo ideal de *americano* asturiano durante la misma época, procedente

332 Sin embargo, esta diferenciación no era tan nítida, como establecía el escritor ourensano E. Blanco Amor en su relato *O salvamento*, incluido en *Os Biosbardos* [1962] (Blanco Amor, 1992: 168-177). Más bien cabría hablar de diferentes modelos de incidencia de los retornados en el movimiento agrario y en el movimiento obrero, dependiendo del ritmo de desarrollo del agrarismo en sus lugares de origen. Así, el papel de los retornados de la isla caribeña fue fundamental en la reorganización o en el impulso del agrarismo de la comarca de Chantada (Lugo) o del Noroeste ourensano, zonas desde las que también se emigraba a Cuba. Una cosa era la suma de comportamientos individuales de los retornados, y otra las orientaciones de su acción colectiva desde América —aspecto este en el que sí había diferencias entre Cuba y Argentina—. Aun así, algún estudio local sugiere que los retornados de Cuba eran más reformistas, frente al mayor sesgo izquierdista de los bonaerenses: así, en A Estrada (Pontevedra) durante los años treinta los *habaneros* nutrirían preferentemente los cuadros locales de Izquierda Republicana, mientras los *argentinos* optaron por el Partido Republicano Radical Socialista o el Psoe; en Noia (A Coruña), se ha señalado algo semejante para los habaneros. Y en el municipio coruñés de Teo, la primera ola de retornados de Cuba en la primera década del siglo xx es menos izquierdista y tiene mejor nivel económico que la segunda oleada procedente del Río de la Plata, ya en las segunda y tercera décadas: lo que se tradujo en sus diferentes alineamientos en la política local y en las orientaciones de las sociedades agrarias que los *americanos* pasaron a liderar. (Garrido Couceiro 1995: 149; Domínguez Almansa, 1997).

en su inmensa mayoría de Cuba y México (Oliveros 1982 [1935]: 49-59; Ojeda y Anes Álvarez 1993: 91-124).

Cierto es que hubo ejemplos de retornados galaico-cubanos de gran impronta en el movimiento agrario, como el anarquista y empleado del consulado cubano en A Coruña Manuel Martínez Pérez (dirigente de la Unión Campesina 1907-1909, para volver en 1912 a Cuba) o Francisco Pérez Vázquez [*Pancho de Reádegos*] en una primera época después de retornado a Vilamarín en 1909; y que los acaudalados hermanos García Naveira jugaron un cierto rol benefactor a favor de las sociedades obreras y de oficios varios de Betanzos (A Coruña), entre otras muchas iniciativas.³³³ Y cierto es también que el movimiento obrero gallego se nutrió de líderes forjados en las luchas sindicales y políticas durante su estancia como emigrantes en la isla, particularmente tras 1930, cuando la dictadura de Machado repatrió decenas de militantes comunistas y sindicalistas a Europa.³³⁴ A menudo, las escuelas laicas fundadas por las sociedades de instrucción cubanas y sus delegaciones se convirtieron en los focos de agitación y oposición local alternativa a los poderes tradicionales (clero, caciques dinásticos). Fue el caso de la escuela sostenida en la parroquia de Os Devesos (Ortigueira, A Coruña) desde 1912 por la sociedad de instrucción *La Devesana* de La Habana, que ya sufrió persecución encarnizada por parte del párroco local, siendo su local clausurado por orden gubernativa durante la Dictadura de Primo de Rivera. Durante la II República la escuela y la delegación continuaron sus actividades, hasta ser denunciadas y sometidas a juicio por «responsabilidades políticas» en 1940.³³⁵

333 Sobre Martínez Pérez vid. Cabo Villaverde (1998: 67-60). Sobre Pancho de Reádegos, Soutelo Vázquez (1997). Sobre los hermanos Naveira, cf. Rodríguez Crespo (1983).

334 De hecho, la débil estructura del PCE en Galicia a comienzos de los años 30 se vio reforzada en varias zonas por la arribada de los repatriados de Cuba: fue el caso de Enrique Lister, J. Prieto Balsa, Xosé Rego, etc. A ellos se sumaría el caso de sindicalistas como el estradense Severino Chacón, quien destacó como organizador de los trabajadores de la fábrica de tabacos de A Coruña y más tarde se pasó al Partido Comunista; de Guillermo Cedrón, dirigente de la sociedad *Ferrol y su Comarca*, después comunista y más tarde líder republicano en Ferrol; o de María Araújo, militante comunista en Cuba retornada en 1932 a Vigo, donde llegó a dirigir el sindicato de las trabajadoras de fábricas de conservas. (Neira Vilas 1998: 178, 230-32).

335 En la denuncia, se pasaba revista a la actividad de la escuela y sus promotores desde 1912: la escuela se había edificado frente a la iglesia parroquial, habría fomentado el laicismo,

Pero igualmente fueron retornados de Cuba y vinculados a las sociedades de instrucción en sus años de emigración personajes de agencia social errática, que jugaron el papel de caciques instrumentalizando el asociacionismo agrario, que acabaron por acceder al poder local en la Dictadura de Primo de Rivera, o que incluso militaron en las filas de la derecha antirrepublicana. He aquí el caso de la evolución posterior del mismo *Pancho de Reádegos*; del comerciante Constantino Añel Rego, vinculado a la *Alianza de Vilamarín, Hijos de Reádegos* y el Centro Gallego, retornado en la década de 1920 a Ourense, donde fue en 1925 alcalde accidental de la ciudad, y posterior dirigente de la CEDA local; o del también comerciante Justo Taladrid Catá, dirigente de la sociedad *Vivero y su Comarca*, retornado a Viveiro en 1912, donde fundó la *Liga Agraria del Landro* al año siguiente junto a otros habaneros y promovió la candidatura del diputado liberal albista Soto Reguera por el distrito hasta 1923.³³⁶

2. En segundo lugar, el Centro Gallego y sus delegaciones ostentaban un claro predominio dentro del tejido societario galaico de La Habana, a diferencia del caso porteño, donde entre 1892 y 1907 no existió ningún Centro Gallego, y cuando este resurgió fue a iniciativa, precisamente, de algunas sociedades microterritoriales ya existentes, y no llegó a superarlas en oferta de servicios mutualistas y número de socios hasta después de 1911; y aun así, incluso hasta entrados los años veinte no eliminó potenciales competidores en el campo mutualista y asistencial. Buena prueba de lo antedicho era el alto porcentaje de sociedades locales que tenían sede social en el Centro

prestado su local para «celebrar en él con pompa y ostentación matrimonios civiles, [...] bailes en completo nudismo y veladas inmorales», en ella también se habrían escenificado parodias anticlericales con motivo de las visitas del obispo, mantenía relaciones con la Escuela Moderna de Ferrer y tenía libros que descalificaban a la Patria, el Ejército y la Iglesia, etc. A mayor abundamiento, al llegar la II República y reabrirse el local, en él se conmemoraba el 14 de abril, el 1.º de Mayo, con actos donde «no faltaban los discursos revolucionarios y la ostentación de colgaduras rojas con la hoz y el martillo y la estrella soviética», etc. (denuncia firmada por Francisco Guerra Solla, Os Devesos, 9.2.1940, ante el Tribunal Regional de Responsabilidades Políticas de A Coruña, en: Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares, Sección Justicia, CA-600). Debo este documento a la amabilidad del profesor Eduardo Rico Boquete.

336 Naturalmente, también esa variedad de comportamientos afectaba a los retornados de Argentina, Uruguay, Brasil o EE. UU. Para un ensayo de tipologización, cf. Núñez Seixas (1998c).

Gallego, así como las dificultades de la Federación Galaica para asentarse ya al año escaso de su nacimiento, debido precisamente a la competencia que planteaba en el terreno institucional y asistencial al propio Centro.

En consecuencia, las élites directivas de las sociedades de instrucción de La Habana tuvieron un espacio en la promoción del asociacionismo microterritorial para conquistar cotas de influencia, capital simbólico y ascendente con el que aspirar a concurrir a las elecciones de la Junta de Apoderados del Centro Gallego, o a integrar las candidaturas para la Directiva del mismo. En más de una ocasión, las escaramuzas y disputas internas dentro de aquel contaban con una participación importante de los presidentes y directivos de las sociedades de instrucción, quienes intervenían en apoyo de los bandos en litigio. En parte por ello, buena parte de las energías y de la actividad publicística de la «élite intelectual» de la colectividad gallega en Cuba se consumieron en tomar partido en las disputas centradas alrededor de los bandos en litigio por el control del Centro Gallego. Durante la última década del siglo XIX esas rivalidades se traducían en el enfrentamiento entre los diversos periódicos de la isla, agrupados en bandos. Era el caso de Manuel Curros Enríquez y *La Tierra Gallega*, junto a Juan G. Montenegro, promotor de *La Voz de Galicia*, quienes se movilizaron en apoyo del bando encabezado por el joyero Adolfo Lenzano [*El Regional Gallego*], *versus* el bando contrario, apoyado por el periodista regionalista y antiguo republicano Waldo Álvarez Insua (director de *El Eco de Galicia*).

Tales dinámicas siguieron reproduciéndose desde la primera década del siglo XX. Un ejemplo fue la ya disputa periodística constante en 1911-1912 entre la revista *Suevia* promovida por Ricardo Carballal Lafourcade y la revista *Galicia* dirigida por José B. Cerdeira. Y otro ejemplo más fueron varias de las empresas periodísticas de los republicanos y galleguistas Blanco Torres, Ramón Cabanillas o A. Villar Ponte, alineados con el bando del abogado, fiscal y periodista compostelano Eugenio Mañach (como se expresó, por ejemplo, en la revista *La Tierra Gallega* [1915]), a su vez enfrentados a los partidarios del presidente del Centro Gallego en 1913 Ángel Barros Freire (el comerciante y presidente del Centro en 1902-1906 Secundino Baños Villar, así como su presidente en 1915, el industrial tabaquero Antonio Villaamil, etc.), entre los que se contaba, por ejemplo, el notable e in-

telectual regionalista Ramón Armada Teijeiro, y que impulsaron la revista *La Antorcha Gallega* (1913-1914) en defensa de la gestión de Ángel Barros.

Tanto en la base de las ácidas polémicas periodísticas como en el origen de la conformación de los bandos en conflicto por el control del Centro Gallego no se dibujaban líneas de enfrentamiento político-ideológico. Se trataba, más bien, de disputas por el espacio público y la representación de la opinión publicada de la colectividad en el primer caso, y en el segundo caso de redes basadas en lealtades personales e intereses vinculados a la administración de los recursos del Centro Gallego. Buena parte de la prensa gallega de La Habana está repleta de diatribas, descalificaciones y alusiones ad hominem de casi nulo contenido doctrinal más allá de las mutuas acusaciones de «caciquismo», falta de honradez y falta de amor a Galicia. En ello, la dialéctica entre bandos de opinión y periódicos dentro de la colectividad gallega de La Habana reproduce en buena medida el esquema imperante en la prensa local de la Galicia de principios del siglo xx.

Además de ello, el tejido societario galaico ofreció menos posibilidades a activistas procedentes de la izquierda obrera, del republicanismo o del nacionalismo para configurar espacios de influencia política y liderazgo social, como fue el caso de la evolución de parte de las sociedades gallegas microterritoriales de Buenos Aires en la década de 1920. Ciertamente era que el republicanismo hispano en Cuba era comparativamente más débil que en el Río de la Plata, y no se registró una influencia comparable de la élite profesional y comercial republicana dentro de la colectividad española como en Buenos Aires.³³⁷ En consecuencia, tampoco se produjo una simbiosis tan fluida entre activistas y notables republicanos gallegos y líderes de las sociedades de instrucción. De ahí que Antón Villar Ponte o el anarquista catalán Adrián del Valle afirmasen en 1910 que «aquí [en Cuba] se entiende que

337 Cuba, colonia española hasta 1898, fue un destino poco habitual del exilio republicano español de fines del siglo xix, al contrario que Argentina, aunque republicanos federales como Álvarez Insua, Armada Teijeiro o el mismo Curros Enríquez más tarde se radicasen en la isla caribeña. Por ello, el republicanismo hispano en La Habana no fue tan activo como en el Cono Sur, y pecó de una crónica incapacidad para alcanzar una articulación organizativa estable, a partir del primer Comité Republicano Español de 1903. El Centro Republicano Español (cuyo presidente fundador fue Manuel F. Doallo) tuvo una escasa actividad, al igual que la Alianza Republicana Española fundada en la primavera de 1930.

para ser buen patriota español hay que ser reaccionario, clerical y ferviente monárquico [...] no se concibe que un español pueda ser buen patriota y a la vez republicano, anticlerical y librepensador».³³⁸ Sin embargo, en el movimiento obrero cubano la participación de los gallegos fue en principio tan significativa como en Buenos Aires, y también fueron deportados de modo esporádico anarquistas y líderes sindicales gallegos a la Península Ibérica (Naranjo Orovio 1991; Neira Vilas 1998: 169-226).

La aludida falta de autonomía de un espacio propio de agitación a partir del liderazgo de las sociedades de instrucción explica quizás la escasa participación de sindicalistas gallegos en el asociacionismo microterritorial gallego en las décadas de 1910 y 1920. Únicamente el sindicalista estradense Severino Chacón (presente en la isla entre 1905 y 1911) aparece en 1909-10 como integrante de la Unión Redencionista Gallega, antes de retornar a Galicia (Romero Masiá 2003: 54-58), al igual que el después comunista Guillermo Cedrón, comisionista en La Habana y de profesión maestro una vez retornado, quien jugó un papel activo en la sociedad *Ferrol y su Comarca* y fue director del semanario *Acción Gallega*. Y es significativo que un líder como Manuel Martínez Pérez, retornado a Cuba hacia principios de 1912, incorporado como colaborador a la revista *Galicia* y protegido de algunos prohombres de la colectividad, promoviese infructuosamente en octubre de aquel año una Asociación Pro-Federación Agraria del Norte y Noroeste de España de orientación pseudoanarquista, pero acabase hacia 1916 por ponerse él mismo y el sindicato Unión de Fogoneros, Marineros y Similares, del que formaba parte, al servicio de una candidatura a las elecciones del Centro Gallego.³³⁹ Además de ello, como veremos, existió igualmente un

338 Vid. A. Villar Ponte, «Yo, antiespañol», *El Tiempo*, 3.5.1910, y A. del Valle, «Del momento. Villar Ponte», *El Tiempo*, 6.5.1910.

339 Sobre las actividades del polémico Martínez Pérez, vid. X. d'Outeiro, «Campanazos», *Suevia*, 5.10.1912 y 29.9.1912; *Galicia*, 27.10.1912; «Una expulsión», *Acción Gallega*, 18.7.1916. Según informaba este último, Martínez Pérez había sido expulsado en julio de 1916 del sindicato por intentar convertirlo en un «comité político sin credo y sin ideal y puesto al servicio de cualquier causa por injusta que fuese, con tal de que dichos servicios fuesen remunerados», utilizándolo para presionar a la Caja de Ahorros do Centro Galego con el fin de que esta colocase a Martínez Pérez en una sucursal suya, y para intentar ser nombrado apoderado obrero en la Asamblea del Centro Gallego, y asimismo para promocionar la candidatura de José Miguel Gómez en las próximas elecciones del Centro.

problema de liderazgo: en La Habana no se percibe la emergencia de una élite política con vínculos con los círculos progresistas del país receptor tan compacta y activa como en Buenos Aires.

3. Un factor adicional y ya reseñado en la pérdida de influencia de las sociedades gallegas de La Habana en la evolución sociopolítica del país de origen desde comienzos de los años veinte, que se acentuó en la década siguiente, es sin duda la menor prosperidad económica de la colectividad galaica en la isla caribeña, afectada por las crisis del azúcar de la tercera década del siglo xx. La disminución de los recursos financieros enviados a la metrópoli, reflejada en la reducción del volumen de remesas monetarias enviadas desde Cuba a Galicia a partir de comienzos de la década de 1920, se vería acompañada de una paralela disminución de las remesas invisibles (Villares 1997: 249-54).

4. Finalmente, no parece haber en el caso cubano una implicación tan profunda de la élite de periodistas e intelectuales con la promoción del tejido societario gallego, con las élites políticas de la sociedad receptora y con los movimientos políticos y sociales de Galicia. Por el contrario, se aprecia en varias fases incluso un abierto distanciamiento, cuando no un agrio enfrentamiento, entre los «intelectuales» de la colectividad y los dirigentes tanto del Centro Gallego como de buena parte de las sociedades de instrucción, en cuyas directivas no solían figurar periodistas y activistas políticos –con las excepciones ya citadas de Cedrón, o del librero Severino T. Solloso, galleguista y dirigente de la sociedad *Pila Ancha*–. En la prensa galaico-habana era frecuente las diatribas contra los comerciantes y notables de la colectividad que bloquearían a los intelectuales el acceso a puestos de responsabilidad y orientación en el tejido societario galaico. La discontinuidad generacional y la ruptura que supuso la independencia de Cuba en 1898 también tuvieron mucho que ver en ello. Líderes de la colectividad como el contable, escritor y periodista Manuel Lugo Freire (en 1896), el fundador de *Eco de Galicia* y promotor de la fundación del Centro Gallego Álvarez Insua (en 1899), el periodista Juan G. Montenegro (que dejó Cuba en 1898), o el escritor y periodista Ramón Armada Teijeiro (1900) –quien había desempeñado cargos importantes en el fugaz Gobierno autónomo de Cuba, y de 1903 a 1909 fue secretario del Ayuntamiento de Ortigueira,

antes de reasentarse en la isla caribeña hasta su muerte— se establecieron en Galicia. El poeta Manuel Curros Enríquez, figura emblemática pero muy conflictiva por sus constantes enfrentamientos con las personalidades galai-cas de la isla, falleció tempranamente, en 1908.

Los escritores y periodistas llegados en la primera década del siglo xx de-moraron, por lo general, poco tiempo en la isla, pese a desempeñar durante su estancia una notable labor publicística, fundar periódicos y ser la imagen de la colectividad en la esfera pública. Fueron los casos de Ramón Cabani-llas, presente en Cuba entre 1910 y 1915; Antón Villar Ponte, entre 1908 y 1910; Eduardo Núñez Sarmiento, entre 1894 y 1905; Constantino Horta o Alfredo Nan de Allariz. Recordar que sí permanecieron una tempora-da lo suficientemente larga en La Habana personajes como los periodistas Roberto Blanco Torres (residente en Cuba entre 1906 y 1916) y Adelardo Novo (director del *Diario Español* de La Habana y retornado en 1930);³⁴⁰ así como otros más que allí se establecieron de forma permanente, como el ourensano Antonio do Campo (llegado en 1919), la cubana hija de galle-gos Mercedes Vieito Bouza, el ferrolano Juan V. Martínez Quelle, Fontenla Leal (muerto en 1919), y varios más. Quizás carecían de la talla intelectual y el dinamismo político de un Fortunato Cruces, un Manuel Castro López, un Blanco Amor, un Suárez Picallo, o un Antón Alonso Ríos, todos ellos y muchos más líderes políticos e intelectuales de la colectividad galaica en Buenos Aires. Pero, probablemente, fue más importante el hecho de que los condicionantes externos a sus posibilidades de actuación impuestas por las características diferenciales del marco societario gallego de La Habana les impidieron jugar un papel semejante al de sus homólogos porteños.

340 Sobre la trayectoria del publicista y periodista Adelardo Novo (1880?-1939), vid. una aproximación descriptiva en Cuadriello (1998). Sobre la etapa cubana de Blanco Torres se puede consultar Núñez Seixas (1999b).

13. PERIODISMO, PATRIOTISMO «REGIONAL» Y ESTRATEGIAS DE LIDERAZGO: FORTUNATO CRUCES, JOSÉ R. LENCE Y LOS GALLEGOS DE BUENOS AIRES (1900-1936)

La colectividad gallega de Buenos Aires era a la altura de la I Guerra Mundial un entramado articulado de asociaciones, periódicos y espacios de sociabilidad formal e informal lo suficientemente tupido como para conformar un polo de referencia para las dinámicas de movilización sociopolítica y cultural en la Galicia europea, buena parte de cuyas iniciativas más innovadoras se generaron allende el mar. La Galicia porteña fue considerada por buena parte de los observadores contemporáneos, al menos hasta la Guerra Civil, como el núcleo motor del cambio y del progreso, y en cierto modo como la auténtica capital en términos mentales y colectivos, de amplias zonas de la Galicia rural y semiurbana. Y esto era así, fundamentalmente, por tres razones.

En primer lugar porque la capital argentina era una suerte de metrópoli gallega. No menos de 140.000 personas nacidas en Galicia residían en 1914 en Buenos Aires, lo que era tanto como decir que la urbe porteña era la primera ciudad gallega del mundo, seguida de La Habana, A Coruña y Montevideo. Ese alto número de inmigrantes gallegos suponía alrededor del 8-10 por ciento de la población de la capital federal en 1914, porcentaje que se incrementaba al 13 por ciento en partidos limítrofes como Avellaneda. Se trataba de una concentración espacial que no tenía parangón en la propia Galicia, máxime si se tiene en cuenta que la presencia de los inmigrantes galaicos dentro de Buenos Aires era particularmente visible en una serie de barrios del Centro y Centro-Sur de la capital, como Centro, Montserrat, Constitución y Barracas al Norte (Cagiao Vila y Núñez Seixas 2007; Farías 2007).

En segundo lugar, porque la comunidad de inmigrantes gallegos de Buenos Aires era una de las mejor organizadas del mundo, solo superada en aquel momento (1914) por la de La Habana –pero no diez años después, cuando el dinamismo de la Galicia porteña había superado en mucho a la habanera–. Muestra de ello era la pujanza del tejido asociativo formado por los inmigrantes gallegos. Ese entramado se complementaba

a su vez con la existencia de una gran institución mutualista, el Centro Gallego de Buenos Aires, que desde su fundación en mayo de 1907 y su transformación paulatina en una entidad dedicada preferentemente a los servicios de salud desde la reforma de sus estatutos en 1911, se erigió en un serio rival del Hospital Español y llegó a contar 70000 asociados en 1941, de los que unos 28000 eran argentinos. No solo era el Centro Gallego: junto a él, aunque sin prestar servicios mutualistas en la misma medida, estaban la Casa de Galicia fundada en 1918, el Hogar Gallego constituido en 1924, o la Federación de Sociedades Gallegas nacida en 1921. Una multiplicidad de lugares de sociabilidad, veladas teatrales, fiestas bajo techo o *pic-nics* campestres testimoniaban la existencia de una colectividad que expresaba de modo visible sus signos de identidad. Se trataba de un grado de articulación de una sociedad civil galaica que solo tímidamente hallaba un parangón en el proceso de expansión del societarismo agrario en la Galicia anterior a 1930, fenómeno en el que los recursos materiales e inmateriales enviados desde América, tanto de forma individual como colectiva, y tanto a través de retornados y remesas como del tráfico de ideas y estímulos transmitidos por la prensa y la publicística, habían jugado un papel en muchos casos pionero y en otros fundamental (Núñez Seixas 1998a; 1999a).

En tercer lugar, en Buenos Aires se publicaba una nutrida prensa, literatura y publicística gallega, tanto en lengua gallega como –de forma mayoritaria– en lengua castellana. Desde allí se reflexionaba sobre el futuro de Galicia y de España; se lanzaban ideas para ser aplicadas en el país de origen, y se elaboraban proyectos y utopías. Era una prensa, además, que jugaba un cierto papel en la dinámica sociopolítica de la Galicia europea y constituía un espacio de expresión de las élites políticas y culturales emergentes del país, cuando no un ámbito de primera socialización profesional.

A la capital argentina no solo llegaban campesinos más o menos iletrados, pescadores o jornaleros. También arribaban al Río de la Plata jóvenes *bachilleres* de clase media venidos a menos que, como caricaturizaba irónicamente en 1899 Francisco Grandmontagne, cruzaban el Atlántico provistos de cartas de recomendación para intentar hallar un

hueco en el periodismo, en la política o en los círculos profesionales argentinos.³⁴¹ Esos profesionales, bachilleres y «emigrantes de segunda clase» estuvieron presentes en el colectivo inmigrante español y gallego desde mediados del siglo XIX, con un cierto repunte a partir del fracaso de la I República española (1873-1874), y continuaron llegando a lo largo de las cuatro décadas siguientes. A menudo eran autodidactas, que después de trabajar un tiempo como empleados, dependientes de comercio u otras ocupaciones, obtenían un título universitario o ingresaban en las redacciones de periódicos y semanarios argentinos. Y jugaron un destacado papel como élite que modulaba los proyectos identitarios del colectivo inmigrante, elaboraba una idea de la patria (o las patrias) de origen en la distancia y a la vez un imaginario de la comunidad inmigrante en el país de recepción.

Esa estrategia de liderazgo del colectivo de inmigrante suponía para los expatriados una inversión en direcciones complementarias. A la vez que reforzaba su capacidad de mediadores entre la sociedad de acogida, su papel de líderes étnicos les posibilitaba una función representativa que podía contribuir a su ascenso social, pero a la vez les convertía en puntos de referencia hacia la patria de origen, a diversos niveles (local, regional o estatal), muchas veces de modo complementario. De modo particular tras 1898, los periodistas, intelectuales y profesionales gallegos expatriados, al igual que el resto de los españoles, se arrogaron la función de ser mejores intérpretes de los males de la patria que los connacionales de aquende el mar. En parte, esa percepción tenía origen en su autoimagen de hombres forjados a sí mismos, libres de las ataduras de un sistema caciquil y dominado por el oscurantismo político y religioso, y en los que la experiencia de la emigración había operado como una suerte de agente de selección social, en un darwinismo *avant la lettre* (Duarte 1998).

341 Vid. F. Grandmontagne, «El bachiller», *Caras y Caretas*, 15.4.1899; en el mismo sentido, caricaturizando lo que el autor denominaba inmigración burocrática de profesionales, periodistas y funcionarios que pasaban de los cuarenta años, vid. R. Gálvez Encinar, «Mitad en serio, mitad en broma», *España*, Buenos Aires, 28.6.1908; o la denuncia de los ufanos y poco preparados hijos «de la clase media pobre de nuestra nación» que llegaban a Buenos Aires en búsqueda de colocación (Salaverría 1913: 103-06).

La élite profesional y de *bachilleres* se alió con las élites inmigrantes favorecidas por el ascenso económico, fusionándose también en el ámbito privado, y estuvo en el origen de las primeras instituciones representativas de la colectividad gallega, como lo había estado en las de la comunidad española. Su vehículo de actuación privilegiado fue la prensa, aunque también se expresó a través de la literatura, la oratoria y, andando el tiempo, las tribunas radiofónicas. Presentó perfiles diversos entre 1870 y 1930, y estuvo compuesta de diversas capas generacionales, que se fueron diversificando políticamente y sufrieron igualmente distintos influjos político-ideológicos. Para el caso gallego, podemos distinguir una primera fase (1873-1895) en la que predominaron los expatriados republicano-federales de orientación más o menos regionalista liberal, y que estuvieron en el origen del primer Centro Gallego de Buenos Aires (1879-1892), así como de varios de los Orfeones galaicos de la década de 1890 y las primeras publicaciones dirigidas a la colectividad gallega (*El Gallego*, 1879; *Revista Galaica*, 1880, y *El Eco de Galicia*, 1892). Eran hombres como los periodistas Manuel Barros, César Cisneros Lucas, Bernardo B. de Vázquez-Varela, Manuel Castro López o José M.^a Cao Luaces, además del notario Ricardo Conde Salgado, el historiador Benigno Teijeiro Martínez (residente en Entre Ríos) y el bibliotecario católico Bernardo Rodríguez Ribeira. La búsqueda de un nuevo ideal interclasista que aglutinase a la mayoría de los inmigrantes en torno a sus proyectos les llevó a profesar, junto a un republicanismo de perfiles cada vez más moderados, una cercanía tácita al regionalismo gallego. Y concibieron una serie de postulados resumibles en la necesidad de regenerar política, social y culturalmente Galicia, que a su vez incluían una carga vindicativa del buen nombre de la región, tanto hacia dentro –para combatir los prejuicios y estereotipos negativos asociados con el gentilicio *gallego*, presentes en la Argentina desde el final de los tiempos coloniales– como hacia afuera, con el fin de reclamar de los poderes públicos españoles una mayor atención hacia la situación de Galicia, cuyo atraso socioeconómico y cultural se imputaba a los males del caciquismo y el centralismo.

Esos principios básicos fueron compartidos por la siguiente capa de expatriados y bachilleres, entre ellos el republicano Manuel A. Bares Giráldez

o el pedagogo Ignacio Ares de Parga, promotor de la Liga Republicana Española en la Argentina, el periodista Julio Carballo Enríquez, el también regionalista Miguel Revestido Rodilla o el que sería periodista de *La Nación* Xaquín Pesqueira. Todos ellos conocieron en mayor o menor medida la influencia del regeneracionismo hispanoamericanista y oscilaron entre un republicanismo inicial y el regeneracionismo tardío; y todos otorgaron gran valor al potencial renovador de la educación como auténtica savia vivificadora del cuerpo de la nación. Si la instrucción escolar contribuiría a erradicar el caciquismo mediante la creación de nuevos ciudadanos conscientes desde la más tierna infancia, y los capacitaría para invertir sus energías en el progreso de la tierra de origen, la difusión del espíritu cívico redimiría a Galicia de sus tribulaciones y le otorgaría un papel director dentro del conjunto hispánico.

DOS PERIODISTAS Y UN DESTINO ULTRAMARINO

A esa segunda generación pertenecían dos personajes polifacéticos, pero que desarrollaron su actuación fundamentalmente en el campo de la prensa étnica. A pesar de llegar al Río de la Plata con no mucha distancia temporal (uno, emigrado con quince años de edad primero a Rosario, en 1885; otro, que primero arribó a Montevideo con veintiún años, en 1894), y de pertenecer a la misma generación, representaron dos estilos distintos de enfocar las estrategias de liderazgo en el interior de la colectividad gallega inmigrante; representaron opciones político-ideológicas no siempre coincidentes, sobre todo a partir de 1914; y promovieron iniciativas de diferente calado en lo referente a la articulación institucional de la colectividad inmigrante. Se trataba, por un lado, del periodista José R. Lence (1874-1951), director del semanario *Correo de Galicia* desde su fundación en 1908; y por otro lado del procurador y abogado Fortunato Cruces (1870-1961), director del también semanario *Nova Galicia* desde octubre de 1901, e incluso por un breve tiempo (1914) del diario *La Colonia Gallega*. Mientras el primero fue el gran inspirador de la fundación del Centro Gallego a partir de un artículo publicado en el periódico *El Diario Español* en noviembre de 1906, y mantuvo de forma permanente su opción por una gran institución que agrupase al conjunto de la colectividad, el segundo fue uno de los más activos promotores de la

constitución de decenas de sociedades de instrucción. Y mientras el primero demostró una obsesión casi permanente por prestigiar el buen nombre de Galicia ante los círculos respetables de la sociedad argentina, y encabezó una opción antiobrerista y poco amiga de las veleidades populistas, el segundo cultivó un populismo que le acercaba más, al menos en teoría, a los sectores más subalternos de la colectividad inmigrante.

Ambos periodistas, en fin, representaron claramente la no siempre fácil convivencia entre un proyecto identitario –el de una Galicia fuerte y consciente dentro de una España que seguía siendo vista como una nación– interclasista y de perfiles comunitarios, y unos posicionamientos políticos ante la realidad gallega cambiantes, pero que del regeneracionismo inicial se trocaron en una deriva cada vez más conservadora, patente en el caso de Cruces desde el advenimiento de la dictadura de Primo de Rivera en 1923, y en el caso de Lence desde la proclamación de la II República española en 1931. Esa deriva se vio reforzada desde la irrupción con fuerza en la década de 1920 de una generación de líderes societa-rios y de intelectuales, periodistas y profesionales gallegos que abrazaban principalmente dos credos, el socialismo y el nacionalismo gallego, y que superaron claramente a la «vieja generación» representada por Cruces y Lence por la izquierda y por la vía del abandono del regionalismo populista a favor de un nuevo proyecto nacional en el que Galicia era el sujeto de derechos políticos colectivos, y el gallego la lengua de expresión más o menos preferente. En 1936, ambos personajes pusieron su pluma al servicio de la causa del bando insurgente en la Guerra Civil española, particularmente José Ramón Lence.

Los dos periodistas venían del mismo país, pero tenían también orígenes sociales y culturales más bien distintos. José Ramón Lence –que siempre firmó como José R. Lence, en parte para ocultar su condición de hijo de madre soltera– nació en la ciudad de A Coruña, pero estudió en la villa lucense de Monforte de Lemos en una institución eclesiástica de arraigo local. Ya en su primera juventud empezó a descollar como periodista en la propia Galicia, publicando varios artículos en periódicos locales. A los veinte años, después de ver frustrada una incipiente carrera política, re-

solvió emigrar a América, dirigiéndose primero a Montevideo. En 1905 Lence se trasladó a Buenos Aires para incorporarse a la redacción de *El Diario Español*, periódico fundado por Justo López de Gomara. Pero el recién llegado deseaba tener su propio espacio de actuación. De este modo, y tras su éxito en promover la fundación del Centro Gallego, en 1908 Lence fundó su propio semanario, *Correo de Galicia*, aunque coeditado con varios socios –como el también periodista José Vázquez Romaguera–, cabecera que se convertiría en el periódico gallego de mayor difusión en Sudamérica y que salió a la calle de manera ininterrumpida entre su fundación y 1946. En este año cambió su denominación por *Nuevo Correo*, título que se mantuvo hasta la muerte de su director en 1951.

José Ramón Lence fue un personaje ambiguo y de actitudes políticas cambiantes. En un principio abrazó un regeneracionismo entusiasta fuertemente teñido de catolicismo social, que lo llevó a simpatizar claramente con el maurismo español, al menos hasta los años de la I Guerra Mundial. En los primeros años veinte, desengañado ante el fracaso de toda tentativa para reformar la Monarquía parlamentaria española desde arriba, y después de un viaje a Galicia, Lence mantuvo un fugaz idilio político con el nacionalismo gallego, y durante los años de la Dictadura de Primo de Rivera se situó claramente en la oposición a la misma. A lo largo de la década de 1930, experimentó un desapego creciente respecto al régimen republicano español, culminado con su alineamiento con el bando franquista en 1936. El sentir mayoritario de la colectividad gallega durante la década de 1940, favorable a la causa republicana, redujo su protagonismo y lo relegó en posiciones casi testimoniales (Lence 1945).

Lence fue, no obstante, un actor político y publicístico multifuncional e hiperactivo. Además de periodista y orador, también cultivó el teatro para consumo interno de la colectividad gallega, como el muy representado monólogo *Pedro da Portela*. Con todo, la mayor parte de su obra literaria –de la que solo conservamos los títulos, en la mayoría de los casos– se encuentra escrita en castellano. En ella no solo trataba temas costumbristas, sino que intentaba abordar cuestiones de cierta actualidad y desarrollar en forma alegórica debates que eran de interés para el conjunto de los inmigrantes. Fue

el caso de la zarzuela *La galleguita* (1914, en coautoría con Ramón Fernández Mato), en la que se recreaba el reencuentro con Galicia de los emigrados. También fue el caso de las obras *La Conquista de América* (1914), *Rosina de Belesar*, *El almacenero*, *Gente de Casa* (1915) y *Luz de Aurora* (1917). En esta última se abordaba el debate de la concesión automática de la doble ciudadanía a los inmigrantes, de actualidad en la esfera pública argentina tras la victoria electoral del Partido Radical en 1916, posicionándose a favor de la ampliación del derecho de sufragio a los extranjeros residentes en el país (Lence 1945: 147-50, 202-205).

Fortunato Cruces Angueira era natural de Lestrove (A Coruña), localidad cercana a Padrón, donde todavía conoció de niño a la poetisa Rosalía de Castro. De orígenes campesinos más o menos acomodados, emigró por primera vez a la Argentina en 1885, con quince años. Allí desempeñó, como cualquier emigrante de su edad, diversos oficios en periódicos y comercios, a la par que cuidaba de su formación, hasta que entró como pasante en la escribanía (notaría) de un abogado porteño y, tras cursar los estudios correspondientes, se convirtió en procurador con matrícula. Fundó en Barracas al Norte el semanario *La Justicia*, y colaboró en diversos medios de la colectividad gallega y española de Buenos Aires y Montevideo. Cruces era un hombre de origen rural, más populachero y folclorista que Lence, y más cercano a los inmigrantes del común. No por ello, sin embargo, descuidaba sus relaciones sociales en el seno de la colectividad gallega: formaba parte de las *veladas literarias*, suerte de «grupo distinguido, que actuaba ante los acontecimientos colectivos de 1900 y se reunían y deliberaban», que el doctor Ángel Anido, presidente de la Asociación Patriótica Española entre 1900-1901, celebraba en su céntrica consulta, a las que asistían profesionales y hombres de negocios gallegos.³⁴² En 1907, cuando el periodista inmigrado Andrés Martínez Morás reunía en un libro las biografías de los personajes que «proyectan luz esplendorosa en el ceniciento círculo de la colectividad», unidos por un anhelo común de buscar el «bien para la pequeña patria», incluía dentro de ese selecto grupo a Cruces (y todavía no al recién arribado Lence), junto al ya venerable José M.^a Cao Luaces (Martínez Morás 1907).

342 Cf. *Nova Galicia*, 14.11.1929.

Cruces era, con todo, mucho más propenso a la acción y al cultivo de la morriña como vínculo comunitario que el resto de sus compañeros en la élite galaica. A lo largo de la década de 1890 mantuvo colaboraciones en varios periódicos argentinos, gallegos (*Eco de Galicia*) y españoles (*Páginas de España*); en 1893 dirigió por breve tiempo en la capital argentina la revista *El río Sar*, y en 1895 cofundó el fugaz Centro Galaico de Barracas al Norte, cuyas notificaciones oficiales redactaba en gallego, junto con el después colaborador habitual del Centro Gallego de Avellaneda, Idilio Pá-jaro Nieves, quien a lo largo de las dos primeras décadas del siglo xx fue el auténtico «intelectual» y alma del boletín de aquel centro.

En 1898, Cruces participó en la fundación del primer *Correo de Galicia*, de cuya redacción fue miembro hasta 1900. Compañeros suyos en esa empresa fueron Juan González Montenegro, novelesco periodista que había emigrado a Cuba en 1875 con catorce años, donde había fundado varios periódicos y había ejercido como comandante de una partida de guerrilleros españolistas contra los insurrectos cubanos; y Antonio Paredes Rey, juez de paz de Avellaneda, personaje influyente en la política local y alma del Centro Gallego de aquel partido desde 1899. Quizás gracias a los recursos allegados por tan influyentes amistades, en octubre de 1901 Cruces pudo fundar un periódico enteramente de su dirección y propiedad, *Nova Galicia*, bilingüe aunque con predominio del castellano, y que tendría continuidad hasta 1940.³⁴³ Su difusión, particularmente durante las dos primeras décadas del siglo xx, fue más que notable. En 1906 contaba con la respetable cifra de cinco mil suscriptores, que se mantuvo estable en los años siguientes, pero que nunca fue suficiente para consolidar un proyecto de diario que pudiese hacer sombra al único diario con que contó la colectividad española (*El Diario Español* desde 1905). Solo hacia 1917-1918, según varios indicios, el periódico de Cruces fue eclipsado por el *Correo de Galicia* de José R. Lence, más moderno —y menos personalista— en diseño y contenidos.

Al igual que Lence, Cruces fue un prolífico autor teatral, y escribió varias obras tanto en lengua gallega como castellana, que gozaron de gran

343 Para un perfil biográfico de Cruces, vid. A. Díaz, «Fortunato Cruces Decano de los Periodistas Gallegos en América», *Galicia Emigrante*, 4, octubre 1956.

popularidad entre la colonia galaica de Buenos Aires. Incluso su hijo argentino Ignacio Cruces, fallecido muy joven, escribió obras teatrales en lengua gallega con el pseudónimo de *Manoel o Coxo*. En ellas, además de hacer gala de un costumbrismo tendencialmente arcaizante, se pasaba revista a algunos de los problemas sociales más acuciantes de la Galicia rural de su tiempo, en particular el caciquismo y la emigración. Sin embargo, el enfoque era notoriamente más conservador y moralizante que en el caso de Lence.³⁴⁴

LA PATRIA LEJOS DEL TERRUÑO

Tanto Cruces como Lence compartían una matriz discursiva de carácter prepolítico, que incluía una serie de postulados comunes a todos los representantes y líderes en sentido amplio de la colectividad inmigrante gallega de Buenos Aires. Exponentes de una prensa étnica de vocación comunitaria, su propósito explícito era reforzar los lazos de solidaridad interclasista entre los inmigrantes gallegos de Buenos Aires (y de toda la Argentina), robustecer en lo posible su articulación institucional mediante la constitución de asociaciones potentes, defender el prestigio y buen nombre de los gallegos como colectivo ante la opinión pública argentina y ante los poderes del Estado austral, y presentarse como intermediarios entre los supuestos intereses generales del colectivo inmigrante, la política exterior española y las autoridades argentinas. Esa vocación interclasista no siempre ocultaba sus simpatías explícitas por bandos políticos concretos, por tendencias ideológicas presentes en la política española, e incluso por personalidades de la escena política gallega y española. Al mismo tiempo, se trataba de un discurso comunitario que tenía claros límites.

Postulado crucial del discurso de Lence y de Cruces era la defensa de la dignidad de Galicia en términos tan genéricos como grandilocuentes, la asunción de que los inmigrantes gallegos constituían un colectivo específico dentro del conjunto hispánico, cimentado en una Historia común y

344 De la autoría de Cruces son, como mínimo, el apropósito cómico de cuatro personajes *O palique* (1914), la comedia bilingüe *Mi pegarlle catro tiros* (1916), el juguete cómico *Eu levo o padriño ó lombo* (1917) y el pasatiempo costumbrista *Conto de aldea* (1919): cf. Núñez Seixas (2002b: 311-12).

una etnicidad diferencial, y una denuncia permanente de la situación de postergación socioeconómica del país, de lo que la lacra de la emigración sería una prueba adicional. Ese lamento –lo que en la historiografía gallega se conoce como síndrome *da aldraxe* o del ultraje– era común a publicaciones y actores políticos de muy distinta orientación. No obstante, y aunque podía alcanzar tonos de cierta estridencia retórica, la consecuencia última de todo este discurso no era la negación de la españolidad de Galicia, sino todo lo contrario: la defensa del papel director y protagonista que a Galicia, entendida unas veces como región y concebida otras veces como antigua nacionalidad, le cabía dentro de las glorias hispánicas pasadas y presentes. Y, de modo paralelo, la protesta por el juzgado menosprecio y hasta desprecio con el que Galicia sería tratada por los poderes públicos, por el Estado español y los propios españoles en su conjunto.

El *síndrome da aldraxe* se magnificaba así de modo conveniente en Argentina –como en Cuba o en Uruguay–, y se transformaba en una reacción vindicativa por parte de las élites de la colectividad gallega, de modo muy particular a través de su prensa, ante la persistencia de un estereotipo étnico negativo acerca de los inmigrantes gallegos en la esfera pública y el paralelo distanciamiento que muchos inmigrantes españoles profesaban respecto a la etiqueta *gallego*, entendida como una sinécdoque despectiva (Núñez Seixas 2002b: 27-208; Lojo, Guidotti y Farías 2008). Como resumía Lence en 1945, ya devenido en un ferviente franquista, «lo que puede dolerle más a un gallego, es que sea un español quien haga ostentación de su desdén por una de las regiones más fuertemente unida a la nacionalidad española» (Lence 1945: 159). El desprecio importado desde España, por tanto, reverdecía en Argentina. Visto así, se conseguía el doble objetivo de exculpar a la nación de acogida y acrecentar el sentimiento de agravio comparativo hacia otras regiones españolas. Merced a esa estrategia discursiva se evitaba también entrar en conflicto abierto con la sociedad receptora. Fortunato Cruces sostenía así en 1917 que el significado hiriente asociado al término gallego, que tanta fortuna había tenido en la Argentina, «tuvo su cuna en el mismo Madrid».³⁴⁵ Y tres años después Lence afirmaba ante una distinguida

345 Discurso de F. Cruces, «Galicia en América», reproducido en *Nova Galicia*, 3.4.1917.

audiencia argentina que «el origen del sentido despectivo del “gallego” no proviene de América, sino del propio solar de la patria: de Castilla», lo que sería producto a su vez de la postración política y literaria de Galicia desde el reinado de los Reyes Católicos y de la imagen que habían transmitido unos inmigrantes gallegos de humilde condición, pero que no eran sino víctimas de las «consecuencias de una fatalidad histórica».³⁴⁶

La reivindicación de la dignidad histórica y cultural de Galicia, de sus glorias pasadas y de sus prohombres en el presente, tenía así una funcionalidad doble: relegitimar al conjunto de la colectividad gallega y el ascenso social de sus élites más visibles ante la sociedad argentina; y cimentar la demanda de descentralización, o cuando menos de reparación simbólica, pero también política y cultural, de Galicia por parte del Estado español. Reparación y descentralización que eran entendidas como una manera de regenerar el Estado y la nación española desde la base, tanto desde la periferia hispánica (donde se concentrarían las virtudes más señeras de la raza española, y las tradiciones más ancestrales y liberales de la misma) como desde la emigración, al contemplar a los ausentes como auténticos motores y como una suerte de reservas espirituales de las energías hispánicas. Los emigrantes galaicos serían el gran espejo en el que los gallegos de aquende el mar se deberían mirar para aprender virtudes cívicas, patriotismo y capacidad de superación. Pues la dura lucha por la vida que habría sido la emigración habría operado una suerte de selección natural entre los ausentes, que con su ejemplo de ascenso social individual y de agencia institucional colectiva habrían demostrado que la raza hispánica y sus elementos regionales constituyentes eran capaces de superar el estadio de decadencia que siguió a la derrota de 1898. En ello, las élites emigrantes gallegas no hicieron sino reinterpretar el mensaje del hispanoamericanismo regeneracionista español (Núñez Seixas 1998a: 127-59, 2002b: 101-207).

Consecuencia de esa percepción compartida era también la predisposición favorable de ambos periodistas a acoger en sus semanarios encendidas proclamas a favor de la autonomía de Galicia, entendida básicamente como un derecho histórico que debía tener traducción en un autogobierno político

346 «Homenaje a Concepción Arenal», *Correo de Galicia*, 15.2.1920.

y administrativo, cuya forma concreta –descentralización administrativa y/o política, federalismo o mancomunidades de ayuntamientos– se dejaba en el aire. Aunque tanto *Nova Galicia* como *Correo de Galicia* continuaron en este aspecto la tradición de reivindicación autonomista inaugurada por *El Eco de Galicia* de Manuel Castro López durante la década de 1890, los tonos de su reivindicación regionalista fueron tendencialmente más templados. Rara vez se acercaron a posturas federalistas y más bien tendieron a conjugar un accidentalismo y pragmatismo tácticos con la omnipresente demanda de descuaje del caciquismo a través de la constitución de un poder regional galaico. Fortunato Cruces era, en este aspecto, más propenso que Lence a esgrimir argumentos historicistas y moderadamente etnicistas, como la existencia en Galicia de una cultura diferenciada, aun sin hacer de ellos una lectura directamente política o reivindicativa en clave de derechos de naturaleza política. Pero incluso en aquel caso, los límites teóricos de la reivindicación autonomista eran imprecisos, y tendían a verla como un correlato de la regeneración de la nación española.

En la Navidad de 1901, transcurridos apenas dos meses desde la aparición del periódico, Cruces exponía en un editorial de *Nova Galicia* redactado en gallego lo que entendía por regionalismo: una contribución a la grandeza de la patria, que «*surxirá d-o progreso d'as súas rexións*», lo que solo ocurriría si se formaba en Madrid un gobierno «*de bos patriotas, deixando en compra libértá n-a administración, con autonomía n-o seu xeneral funcionamento, ás rexións [...]. Desfáise por eso a patria? Non*». A esa autonomía, cuya forma institucional y cuyos contenidos políticos no se concretaban, habrían de añadirse «*outras reformiñas que teñen d'agregarse*», gracias a las que se podría conseguir en el futuro no solo que finalizase el éxodo migratorio, sino que los más capaces entre los ausentes retornasen a Galicia.³⁴⁷ Y en julio del mismo año, Cruces promovió la constitución de un *Ateneo Rosalía de Castro* en la capital argentina, junto con otros literatos y periodistas gallegos (el sastre, poeta y comediógrafo Avelino Veloso, el periodista Manuel Nóvoa Costoya, la poetisa María de los Ángeles Vázquez...) con el objetivo de recaudar fondos para erigir un mausoleo a la memoria de Rosalía de Castro

347 «O rexionalismo», *Nova Galicia*, 25.12.1901.

en Padrón, y el fin genérico de divulgar las «cousas de Galicia», así como de actuar como grupo de presión a favor del buen nombre del país de origen. Fines genéricos y propósitos regionalistas sanos que también informaron la *Comisión Curros Enríquez* creada pocos años después.³⁴⁸

Aunque *Nova Galicia* reproducía noticias de las actividades de la Liga Republicana Española en la Argentina desde 1903, y celebraba en particular que dentro de las romerías republicanas organizadas por aquella tuviesen cabida las diversas regiones españolas con pabellones específicos, su abrazo del republicanismo nunca iba más allá.³⁴⁹ Pero, aunque el semanario se ubicaba más bien en el campo del regeneracionismo más o menos regionalista, su posición inicial frente a la cuestión religiosa era de acerba crítica. En abril de 1904, *Nova Galicia* afirmaba que Galicia, además de ser víctima de la «indiferencia política y administrativa» del Estado y de la clase gobernante, así como del caciquismo que la devoraba con «canibalesca voracidad», era presa de la «despiadada prepotencia del fanatismo clerical».³⁵⁰

Fortunato Cruces nunca fue más allá. Su periódico mantuvo a lo largo de los cuatro lustros siguientes una mezcla de populismo folclórico, regionalismo cultural poco elaborado y basado en la idealización del sentimiento de lejanía y nostalgia —*morriña*—, y énfasis en la necesidad de una descentralización administrativa y/o política de límites poco definidos. En los momentos de presión del catalanismo a favor de la consecución de un Estatuto de Autonomía, entre mediados de 1917 y principios de 1919, *Nova Galicia* apoyó a distancia las iniciativas de regionalización y hasta federalización de la Monarquía, siempre y cuando ello no se entendiese como una negación de la unidad de España y de su existencia como nación: se trataba de una «unidad de España, por sistema autonomista regional», según rezaba el lema reproducido en la cabecera del semanario.³⁵¹

El cultivo del idioma gallego por parte del director de *Nova Galicia* nunca estuvo cargado de connotaciones que fuesen más allá del costum-

348 Vid. *Nova Galicia*, 17.7.1904.

349 «Romería original», *Nova Galicia*, 16.10.1904; Duarte (1998: 117).

350 *Nova Galicia*, 23.4.1904.

351 Cf. «El verdadero concepto regional», *Nova Galicia*, 4.9.1917.

brismo. A pesar de simpatizar en un primer momento, como buena parte de los órganos periodísticos gallegos de América, con el movimiento de recuperación y dignificación del uso público del idioma gallego que representó la fundación de las *Irmandades da Fala* en 1916, la rápida asunción por parte de esta organización de postulados políticos nacionalistas, que hacían a Galicia una nación en razón de postulados orgánico-historicistas, alejó rápidamente a Cruces de cualquier connivencia con el nuevo nacionalismo gallego, que empezó a ganar adeptos de forma significativa entre los gallegos de Buenos Aires a principios de la década siguiente (Núñez Seixas 1992: 106-08, 119-27). Por el contrario, el periodista padronés expresó de modo intermitente sus posicionamientos frente al «separatismo» que percibía en el catalanismo, así como la solidaridad de *Nova Galicia* con los objetivos de guerra de la Monarquía hispánica y con las tropas españolas en la guerra de África, cuyas victorias celebraba.³⁵²

En febrero de 1920 Cruces dejaba claro cuáles eran sus postulados glotopolíticos, declarándose contrario a las reivindicaciones culturales y lingüísticas de los nacionalistas gallegos y erigiéndose en defensor confeso de la diglosia compuesta (social y funcional), a favor del castellano. Pues, si los emigrantes gallegos necesitaban del dominio del idioma de Castilla para labrar su futuro en la emigración, salvo en Brasil, no había más solución que una: «en Galicia debe reinar el idioma español, que es el idioma de nuestra Patria, y el que cada día se extiende más en el orbe». ¿Y la lengua gallega, en la que tanto escribió? Debía sin duda ser conservada. Pero solo como un «segundo idioma local» y de cultivo preferentemente literario.³⁵³ Un idioma que, por lo demás, Cruces nunca se preocupó de depurar literariamente desde el punto de vista léxico o sintáctico, utilizando una grafía y unas normas morfológicas irregulares, y del que hacía uso de modo preferente para géneros literarios menores. Con todo, y a diferencia de Lence, Fortunato Cruces también recurría en ocasiones al gallego para escribir artículos de opinión, yendo en ese aspecto más allá de lo que era usual en los periódicos de información general editados en la propia Galicia. Y nunca

352 Cf. por ejemplo «¡Por la Patria! Todos uno», *Nova Galicia*, 8.8.1909.

353 «En contra d'una cousa y-en favor d-outra cousa», *Nova Galicia*, 25.2.1920.

acabó de definirse en la disputa acerca de si el idioma propio de Galicia era una lengua o meramente un dialecto.

El ideario de Cruces recogía los principios básicos del programa regeneracionista-reformista característico de las sociedades de instrucción, basado en la educación del individuo como medio fundamental de promover el progreso colectivo. Pero le dotaba de un alcance más amplio: de un proyecto a nivel gallego, en que la reivindicación de autonomía para el país se vinculaba directamente a la necesidad de la regeneración social para erradicar el caciquismo. Así lo expresaba en un discurso pronunciado ante la sociedad *Hijos de San Julián de Sales* en abril de 1914:

En un Arco-Iris que circunda nuestra tierra se grabó un lema de esperanza, resurgido precisamente de la acción de las Sociedades gallegas y de la oratoria del cura de Beiro [Basilio Álvarez]. «Galicia y redención», o lo que es lo mismo, lucha reformista, económica-político-agraria. La creación del Poder regional, sin herir la unidad del Estado. O como decía el Apóstol Alfredo Brañas: «Queremos el individuo libre, en la familia libre; el Municipio libre, en la Provincia libre; y la Región libre, dentro del Estado libre».

La reivindicación autonómica de Galicia no tenía necesariamente como argumento primordial de legitimidad la existencia de una etnicidad diferencial en el país. Ni siquiera la posesión, de una Historia que vindicar. Por el contrario, la autonomía no era sino un medio para regenerar desde la base el conjunto de España, eliminando el «centralismo español», simbolizado en «un Madridapestado de favoritismos en perjuicio del adelanto de las Regiones, sosteniendo con fondos de las regiones una colmena nacional de inactivos e improductores; ese centralismo es un pozo sin fondo que se traga la savia de nuestros pueblos provinciales, y absorbe todos los sudores y aniquila juventudes». El regionalismo era una panacea que permitiera que las energías de España aflorasen en todos los órdenes (Cruces 1928: 42-43, 49-50).

Al igual que *Correo de Galicia*, el periódico de Cruces simpatizó abiertamente con el ágrarismo gallego en sus diversas manifestaciones. Se trataba del principal movimiento social que recorrió el campo gallego durante el primer tercio del siglo xx, y que desde su primera década se extendió mediante una tupida red de asociaciones de ámbito parroquial y comarcal por

las zonas rurales del país, articulando las demandas socioeconómicas y (en parte) políticas del campesinado parcelario en una doble dirección: la consecución de la propiedad plena de la tierra, que acabase con el relictos del Antiguo Régimen que era el foro, y la conquista de una mejor relación con el mercado. Como ya mencionamos, se trató además de un movimiento social cuya dinámica descoordinada y multiforme estuvo apoyada por los recursos materiales e inmateriales aportados por los emigrantes, tanto por retornados como por las asociaciones de los ausentes en Buenos Aires o La Habana.

Toda iniciativa agrarista suscitaba la solidaridad de las élites y los elementos movilizados de la colectividad gallega de Buenos Aires. Así, ante la formación de la Solidaridad Gallega en 1907, eco lejano de la *Solidaritat Catalana* que reunía a agrario-regionalistas, republicanos y monárquicos en una inestable coalición que buscaba derrotar electoralmente al turnismo dinástico, *Nova Galicia* puso su órgano a disposición de todas las iniciativas tendentes a coordinar el apoyo a la misma desde Buenos Aires. Lo mismo sucedió con las organizaciones agraristas posteriores, desde el Directorio de Teis a Acción Gallega y la figura del sacerdote Basilio Álvarez. Al igual que su rival *Correo de Galicia*, Cruces respaldó a todas las organizaciones que se crearon de forma sucesiva en Buenos Aires para enviar fondos a Galicia en pro de la causa agrarista, buena parte de las cuales acabaron naufragando por mor de la tendencia a la dispersión asociativa, las disputas internas entre los sectores dirigentes de la colectividad gallega, y la falta de interlocutor claro en la misma Galicia (Núñez Seixas 1998a: 264-72). En esta última el agrarismo se caracterizó a lo largo de su andadura por ser un gigante en el ámbito de la movilización social a escala local y comarcal, pero un enano político por su incapacidad de unificar las dinámicas de base en un entramado organizativo estable, que diese lugar a un Partido Agrario similar a los existentes en la Europa centro-oriental y nórdica del momento (Cabo Villaverde 1998).

Sin embargo, pasado el momento de fulgor de la *Acción Gallega* de Basilio Álvarez, el protagonismo adquirido por Fortunato Cruces en la representación del agrarismo gallego en Buenos Aires pasó a otros actores. Estos últimos pertenecían a una generación más joven de inmigrantes, de extracción mesocrática campesina y nacidos en la última década del siglo XIX, que

habían arribado a Buenos Aires entre 1905 y 1915 y se habían socializado en parte en el movimiento obrero argentino. Eran, además, proclives en su mayoría a la adopción de posturas más radicales para la resolución de la cuestión agraria en Galicia (la abolición de los foros), en parte por provenir de zonas del país en las que la reivindicación antiforal tenía más fuerza. Su protagonismo se había dejado sentir en varios núcleos societarios escorados hacia la izquierda y desgajados del tronco agrarista, como las sociedades de emigrantes de Teo y Vedra (comarca de Compostela), las de oriundos de las comarcas del Baixo Miño y el valle del Deza (provincia de Pontevedra), así como algunas entidades ourensanas de impronta obrerista; y sus líderes acometieron desde principios de la década de 1920 un esfuerzo de coordinación asociativa que dio sus frutos tanto en la constitución de la Federación de Sociedades Agrarias e Instructivas de la provincia de A Coruña, creada en 1919 a partir de una inicial federación de asociaciones del distrito de Padrón, en cuya gestación intervino el mismo Cruces; como, sobre todo, en la constitución en 1921 de la Federación de Sociedades Gallegas, Agrarias y Culturales [FSG]. En su seno cristalizó la cooperación, y después el enfrentamiento, entre los dos nuevos protagonistas que irrumpieron con fuerza en el ámbito de la comunidad inmigrante: el socialismo reformista de impronta agrarista, y el nacionalismo gallego.

Cruces y su periódico *Nova Galicia* empezaron a quedar claramente orillados ante el ímpetu de nuevas cabeceras de prensa –*El Despertar Gallego*, luego sustituido por *Galicia*, como portavoz de la FSG– y el crecimiento de la influencia y difusión de órganos de instituciones cuyo radio de actuación también abarcaba toda Galicia, como eran el potente Centro Gallego, la Casa de Galicia surgida en septiembre de 1918 de la fusión de varios orfeones y asociaciones culturales gallegas, además de la Asociación Regionalista «A Terra» (Núñez Seixas 1998a: 283-305). Curiosamente, el propio Cruces había contribuido con su frenético laborar por la articulación societaria de los inmigrantes gallegos a que dentro de ese nuevo tejido asociativo se generasen nuevos marcos de movilización política e identitaria que desbordaron claramente los postulados defendidos por la generación de entresiglos.

Lence no desmereció en su entusiasmo por la causa de los agraristas. Pero su fe en las posibilidades políticas del movimiento agrario, y asimismo en sus potencialidades como motor de la regeneración del país de origen, se empezaron a difuminar claramente a principios de la década de 1920. Con motivo de un viaje a Galicia en el verano de 1922, donde participó en el homenaje tributado al escultor Francisco Asorey en Cambados, el director de *Correo de Galicia* tuvo oportunidad de conocer a la flor y nata de la intelectualidad galleguista. El espíritu de hermandad y el impulso regenerador que Lence creyó ver en los intelectuales nacionalistas, cuya aura de respetabilidad le fascinó (los Vicente Risco, Ramón Otero Pedrayo, Antón Losada Diéguez, Alfonso R. Castelao, etcétera), transformó al periodista por un tiempo en un moderado defensor y difusor de las ideas galleguistas en la Argentina. Ante la «agonía de un estado que parece marchar hacia el suicidio», tanto los agraristas como los nacionalistas gallegos —que Lence todavía denominaba «regionalistas avanzados»— simbolizarían «el alma viva y palpitante de una Galicia nueva, que nace pujante y vigorosa, de una Galicia que no conocemos ahí o conocemos muy imperfectamente [...]»; es Galicia, pero no la Galicia de la resignación y la masedumbre» (Lence 1924: 147).

Retornado a la capital argentina, Lence se convirtió en un apasionado difusor de la buena nueva, tanto en su tribuna fija en *Correo de Galicia* como en sus conferencias en orfeones y fiestas gallegas; y permitió que los escasos nacionalistas gallegos de Buenos Aires hiciesen propaganda de forma regular en las páginas de su periódico. A ello no era ajena la presencia desde 1922 como secretario de redacción en el equipo del semanario de Rodolfo Prada Chamochín, inmigrante ourensano que había participado en la fundación de la Casa de Galicia en 1918 y que en los años treinta y cuarenta devendría en uno de los factótums del nacionalismo gallego en Buenos Aires.

Sin embargo, Lence nunca se convirtió en un nacionalista gallego. Ciertamente, pasó a utilizar de forma titubeante la expresión «nación» o «nacionalidad» para referirse a Galicia. Y se mostró abierto a una solución federal para toda la península ibérica, basada en la libre unión de las nacionalidades que la integrarían para así dar paso a la «gran nación ibérica federada y española»: es decir, a una nueva España que ahora englobaba Portugal, pero

que distaba de ser una (con)federación plurinacional, como preconizaban los galleguistas (Lence: 1924: 151-156). En el fondo, Lence continuaba apegado a los viejos postulados regeneracionistas, que ahora hallaban refugio seguro en la región como sujeto impulsor de una refundación nacional de España. Al mismo tiempo, el robustecimiento de la identidad de las «nacionalidades» pasaba a convertirse también, en su perspectiva, en un baluarte frente a «las teorías emancipadoras del socialismo»; y había de servir de «foco de luz que alumbra los destinos de una España futura más grande y más respetada en el mundo de las inteligencias», capaz a su vez de protagonizar una eficaz política de expansión intelectual y comercial en Latinoamérica, y que habría de recuperar las «tradiciones gloriosas de esta raza nuestra, noble, fuerte e inmortal» (Lence 1924: 147-49).

Con todo, las ambigüedades y las libertades terminológicas que ahora se tomaba Lence despertaron la reacción de *El Diario Español*, a lo que el periodista coruñés replicaba afirmando el carácter regenerador del galleguismo como promotor de una nueva estructuración política de España, presentando a los «nacionalistas y hasta los separatistas» como «grandes patriotas atormentados e inquietos que reniegan de los poderes centrales».³⁵⁴ Esa fe en el galleguismo y en los nacionalismos peninsulares como posibles elementos refundadores de España tendió a desvanecerse, sin embargo, durante la segunda mitad de la década de 1920.

PARROQUIAS DE ACÁ Y DE ALLÁ

La promoción del asociacionismo de los inmigrantes gallegos en Buenos Aires fue otro de los campos en los que los periodistas de la colectividad jugaron un papel fundamental. Los periódicos gallegos actuaron muchas veces de catalizador de las inquietudes asociativas, de vehículo de comunicación entre los coterráneos y de auténtico crisol de muchas iniciativas fundacionales de las sociedades de instrucción. Fortunato Cruces fue pionero en ese aspecto. En 1888 promovió la fundación en la ciudad de Rosario, donde residió por breve tiempo, de una asociación de los naturales de su municipio de origen

354 J. R. Lence, «No hay tal separatismo», *Correo de Galicia*, 25.10.1922; id., «El toque de rebato», *Correo de Galicia*, 12.11.1922, y «El problema español en América», *Correo de Galicia*, 27.5.1923.

(Rois, A Coruña), cuya actividad y vida institucional fue efímera. Desde su primer número, *Nova Galicia* dejó clara su voluntad de contribuir a la fundación de asociaciones gallegas de todos los colores y tamaños. La primera sociedad parroquial de Buenos Aires, *La Concordia*, fundada en abril de 1904, tuvo así una amplia acogida en las páginas de *Nova Galicia*.³⁵⁵

Fortunato Cruces se convirtió desde ese momento en un adalid del asociacionismo parroquial, en el que veía el germen de un movimiento de regeneración de Galicia y de España partiendo desde su base más natural, las identidades parroquiales. Y en el que, asimismo, contemplaba un ámbito racional de actuación que se podía coordinar con los marcos territoriales de movilización del movimiento agrarista, que eran precisamente las identidades parroquiales. Así, en la asamblea fundacional de la sociedad *Hijos del Distrito de Salceda* en abril de 1915, Cruces exhortaba a los naturales de ese municipio en Argentina a apoyar «las suscripciones realizadas para suavizar desgracias aun en favor de enemigos afiliados al caciquismo local, y nuestro apoyo decidido a la buena prensa» —es decir, a la prensa agrarista y anticaciquil—, así como a continuar respaldando la constitución de sociedades de instrucción: «aún faltan por formarse nuevas Sociedades que agrupen hermanos de cada Ayuntamiento [...] la obra grandiosa a realizarse de Acción Gallega requiere la existencia de tales agrupaciones» (cruces 1923: 49-50). El mismo Cruces intervino de modo activo en la constitución de la sociedad *Hijos de Lestrove*, su parroquia natal, en marzo de 1913, junto a dos comerciantes y un profesional coterráneos.³⁵⁶

En sus varios discursos pronunciados en fiestas de sociedades gallegas y en asambleas fundacionales de nuevas asociaciones microterritoriales, el director de *Nova Galicia* defendía invariablemente la necesidad de introducir en las sociedades de instrucción un compromiso político y ciudadano explícito con la regeneración de Galicia y España. En diciembre de 1913 resumía a las claras esos postulados:

[H]a de verse Galicia transformada respecto a su vida laboriosa, de progreso y de paz, con el exterminio de alacranes y sanguijuelas caciquiles y con

355 R. Sestelo, «Nuevas iniciativas. Los naturales de Fornelos», *Nova Galicia*, 14.8.1904.

356 Vid. «Brisas patrióticas. Sociedad Hijos de Lestrove», *Nova Galicia*, 2.3.1913.

el calor salvable de una autonomía [...] Y en esa batalla de regeneración al lado de los apóstoles que de aldea en aldea van buscando soldados, está en alerta, una retaguardia poderosa, los emigrados en América, las sociedades galaicas y la prensa regional. (Cruces 1923: 26).

Cruces era un defensor de la dispersión organizativa, que consideraba más eficaz y racional para que los postulados del regeneracionismo agrario se concretasen en obras positivas en los lugares de origen de los emigrantes. Pero esa dimensión microterritorial también ofrecía un campo de actuación en el que su influencia podía hacerse valer de modo más decisivo que entre los magnates de la colectividad gallega. No excluía la necesidad de una federación de sociedades gallegas, que de forma concéntrica se englobaría en una gran confederación española, y que, como expresaba en un discurso en 1907, serviría para moldear la imagen de la colectividad gallega, editaría un periódico diario y proporcionaría a los inmigrantes galaicos servicios de naturaleza asistencial y mutualista (Cruces 1913: 156-161). El director de *Nova Galicia* se mostró, en general, muy activo en la tarea de pregonar la constitución de federaciones comarcales de las sociedades de instrucción, con la finalidad de que estas, a su vez, influyesen en la búsqueda de unidad de las sociedades agrarias actuantes en sus comarcas de origen. Si la causa agraria carecía de un partido, las sociedades de instrucción podían ser los arietes necesarios para espolear la conciencia cívica del campesinado galaico.³⁵⁷

Los planteamientos de José R. Lence diferían en buena parte de los de Fortunato Cruces. Y, sobre todo, también se distinguían sus estrategias. Para empezar, Lence había trabajado en el *Diario Español* de López de Gomara. Y desde este último se había distinguido por apelar a la constitución de un gran centro que prestase servicios mutualistas y asistenciales, que superase el vacío dejado por la desaparición del primer Centro Gallego de Buenos Aires (1879-1892) casi quince años antes, y que actuase como «la casa de los inmigrantes gallegos que llegan a esta tierra desconocida para ellos, y allí podrían ser recibidos para dar a cada uno colocación adecuada a sus aptitudes y conocimientos», según el artículo que publicó en el *Diario Español*

357 Cf. por ejemplo «Alientos desde América a la regeneración de Galicia», *Nova Galicia*, 4.3.1914.

el 3 de noviembre de 1906, aprovechando el eco del festival de homenaje al compositor Pascual Veiga –autor de la música del himno gallego– celebrado por tres orfeones galaicos tres días antes (Rodríguez Díaz 1940: 27).

El éxito de su convocatoria, secundada por varios dirigentes de sociedades comarcales y de orfeones, así como miembros de la élite más acomodada de inmigrantes gallegos que habían hecho fortuna en el comercio y la industria, culminó en la constitución el 2 de mayo de 1907 del Centro Gallego de Buenos Aires. Sin duda, la popularidad alcanzada y el hecho de considerarse en lo sucesivo como padre de la idea de refundar el Centro Gallego confirió a Lence una notoriedad e influencia que supo capitalizar para sacar a la calle diez meses después, en marzo de 1908, su propio periódico, *Correo de Galicia*, asociado como ya vimos con el abogado José Vázquez Romaguera. Sus fines no se diferenciaban mucho de *Nova Galicia*, al menos en teoría. En el editorial de su primer número, Lence proclamaba la voluntad del nuevo semanario de ser «fiel exponente de la cultura y aspiraciones de nuestro país», combatiendo la «falsa leyenda» que ensuciaría el buen nombre de Galicia.³⁵⁸

A partir de entonces, *Correo de Galicia* también se alinearía con el agrarismo gallego, apoyaría al carismático líder de Acción Gallega Basilio Álvarez (a quien Lence llegó a nombrar corresponsal en Galicia del semanario porteño) y secundaría las diversas iniciativas de articulación de organismos de apoyo desde Buenos Aires al movimiento de redención y abolición de los foros. En ello cupo a Lence, más obligado a ganar adeptos y clientes para su periódico que un más asentado Cruces, un mayor protagonismo, como mostraba su presencia en las asambleas constituyentes de varios de aquellos organismos –desde la Unión Redencionista Gallega constituida en la capital argentina en octubre de 1910 a la Liga de Acción Gallega de Buenos Aires de 1913–. Lence defendió igualmente con ahínco la necesidad de arribar a una confederación de sociedades españolas, tanto con ocasión del primer congreso celebrado con ese fin en la capital argentina en mayo de 1913, como cuando en 1919-1920 la Asociación Patriótica Española [APE] intentó promover una iniciativa semejante. En este último caso, la postura defendida por Lence consistió en trasladar el peso de la iniciati-

358 *Correo de Galicia*, 22.3.1908.

va, y por tanto de la capacidad de decisión, a las asociaciones españolas de ámbito regional y local que participaban en el proyecto, lo que chocaba con el deseo de protagonismo de la APE, por entonces muy mermada de efectivos e influencia, e incapaz de imponerse, ni siquiera desde un punto de vista simbólico, a los pujantes centros y asociaciones de ámbito territorial inferior, así como a los boletines y periódicos regionales de la colectividad española en Buenos Aires.³⁵⁹

Lence se diferenciaba en un punto crucial de las posiciones de Cruces en lo relativo a la política interna de la colectividad gallega: él optaba por reforzar las instituciones mesoterritoriales, y particularmente en las de ámbito gallego o, cuando menos, provincial. No es que Lence descuidase el mercado étnico que ofrecía el tejido de asociaciones microterritoriales y sociedades de instrucción para la difusión de su periódico y su obra literaria. El coruñés se convirtió en un orador también frecuente en muchas de ellas, rivalizando abiertamente con Cruces. Desde principios de la década de 1920, *Correo de Galicia* dedicaba buena parte de su espacio —al menos el 25 por ciento— a informar de las actividades sociales de las entidades gallegas, de sus reuniones y asambleas, de sus fiestas y crónicas, así como a servir de portavoz de litigios y disputas por el liderazgo, o simples colaboraciones de los dirigentes societarios. Sin embargo, la principal apuesta de Lence siempre consistió en el reforzamiento del Centro Gallego.³⁶⁰

ALIADOFILIA, GERMANOFILIA Y ANTI(NORTE)AMERICANISMO

Una diferencia más entre los posicionamientos públicos de *Correo de Galicia* y los expresados por *Nova Galicia* se manifestó de forma lacerante durante los años de la I Guerra Mundial. La opinión pública argentina, como la de otros países neutrales, se dividió entre germanófilos y aliadófilos. Y la presencia de una nutrida colectividad inmigrante italiana otorgó un especial significado a esa disputa. Pues además de convertirse en un

359 Vid. *Correo de Galicia*, 14.12.1919 y 14.3.1920; J. R. Lence, «Federación de Sociedades Españolas ¿...?», *Correo de Galicia*, 18.4.1920; J. R. Lence, «La Federación», *Correo de Galicia*, 20.2.1921.

360 Vid. por ejemplo «En la colectividad gallega. El mal de la vanidad», *Correo de Galicia*, 16.11.1924.

campo de conflicto simbólico entre conservadores y progresistas, una parte significativa de la colonia inmigrante española, y de la gallega en particular, aireó sus simpatías por el bando de los Imperios centrales. En ello jugó un cierto papel la acción venal de la Embajada alemana y muy especialmente de las grandes compañías navieras germanas, que junto con las británicas eran los dueños del negocio del transporte de emigrantes hacia la América austral desde el Viejo Continente, y que desde tiempo atrás subvencionaban generosamente con su propaganda a los periódicos de comunidades inmigrantes. Pasados los fastos de la conmemoración del Centenario de la independencia argentina en 1910, las élites de la colectividad española en la Argentina se enzarzaron, como hemos visto, en algunas batallas simbólicas con la colectividad italiana.

Entre 1914 y 1918 la colonia española era mayoritariamente germanófila o, cuando menos, neutralista. Al menos, si nos atenemos a la opinión publicada en su seno. Y otrosí se puede afirmar de la gallega. *Nova Galicia* denunció que estaba incluida en la lista negra de la diplomacia inglesa en la Argentina, y no dudaba aún en abril de 1918 en declararse neutral, pero asimismo en simpatizar en conciencia con los alemanes y corear con ellos «Gott, Vaterland und Kaiser».³⁶¹ No por casualidad *Nova Galicia* insertaba abundante publicidad de bancos y comercios germanos; y justificaba a la altura de 1922 su germanofilia pasada y presente por el buen trato que las navieras germanas (Hamburgo-SudAmericana y Norddeutscher Lloyd) habrían dispensado tradicionalmente a los emigrantes gallegos.³⁶²

Como ya se expuso en el capítulo 6, la germanofilia española en la Argentina tenía otras motivaciones, sobre todo a partir de la intervención de Estados Unidos en favor de la Entente en 1917: la rivalidad con el otrora despreciado gigante norteamericano, alimentada desde la movilización a favor de la españolidad de Cuba que habían protagonizado los españoles residentes en el Río de la Plata en 1898. Ese sentimiento se mantuvo vivo en las décadas siguientes y fue retroalimentado tanto por la retórica anti-

361 Vid *Nova Galicia*, 20.4.1918.

362 «Apreciaciones de Nova Galicia que interpretan la opinión colectiva», *Nova Galicia*, 28.8.1922.

norteamericana del propio nacionalismo argentino como por la oposición a la política expansionista de los EE.UU. en Latinoamérica. No obstante, Lence no participaba de ese sentimiento generacional. El republicano Julio Carballo proclamaba en abril de 1917 su equidistancia de Francia, Alemania e Inglaterra, pero su «¡Desprecio a los Estados Unidos!».³⁶³

La opción decididamente aliadófila de *Correo de Galicia*, según se jactaba en sus memorias el propio Lence, contribuyó a evitar que los enfrentamientos se enconasen más allá de incidentes esporádicos y de acres disputas en la tribuna periodística. Pero esa posición le costó la enemiga de otros órganos periodísticos y de sectores de la colectividad gallega. En particular, cuando promovió en 1916 el Comité Español Pro-Aliados, con sede en la redacción de *Correo de Galicia*, que no contaba con más de cuatrocientos adherentes. En noviembre de 1917, Lence apadrinó también la constitución de un Comité Gallego Pro-Aliados, con apoyo de algunos prohombres de la colectividad gallega, que celebró varias veladas teatrales en las que se tocaba la Marsellesa al lado de la Marcha de Garibaldi. Esto constituía una herejía imperdonable para *Nova Galicia*.³⁶⁴ Independientemente de los intereses materiales concretos que decidiesen a Cruces por la causa de los Imperios centrales, aunque solapada bajo un neutralismo aparente, eran el nacionalismo español y los rescoldos de la movilización antinorteamericana de 1898 los elementos que más pesaban en su decisión.

EL RECHAZO AL ANARQUISTA Y EL «BUEN OBRERO» GALLEGO

Tanto Lence como Cruces compartían una actitud semejante hacia la cuestión social. En una Argentina sacudida por los conflictos obreros, particularmente desde la I Guerra Mundial, y cuyas autoridades estaban obsesionadas por el discurso del higienismo social y la relación entre delincuencia, terrorismo anarquista e inmigración europea, los periódicos principales de la colectividad gallega se centraron en preconizar la teoría del justo medio, en marcar claras distancias con los «maximalistas» de origen gallego que

363 J. Carballo, «Sobre la conflagración europea», *Nova Galicia*, 3.4.1917; Lence (1945: 152-54).

364 Las críticas de *Nova Galicia* al Comité Gallego pro-Aliados en «Cinematógrafo gratuito», *Nova Galicia*, 5.12.1917, así como en «¿Dónde está el amor por Galicia?», *Nova Galicia*, 3.1.1918.

cobraron cierta relevancia en momentos concretos –caso del protagonismo del ferrolano Antonio Soto Canalejo en la revuelta de los obreros de la lana en el territorio patagónico de Santa Cruz en 1920-1921– y en subrayar que existía un ideal de «buen obrero» inmigrante, comprometido con una ética del trabajo, pero también con un acendrado sentido de la justicia social.

Tanto *Nova Galicia* como *Correo de Galicia* acostumbraban a silenciar los casos de conflicto laboral intraétnico, es decir, aquellos en los que se enfrentaban patronos y obreros gallegos, en empresas o establecimientos que eran propiedad de miembros de la élite de la colectividad inmigrante. Por el contrario, ambos periódicos insistían de modo esporádico pero constante en las virtudes del ascenso social a través del ahorro, la instrucción y el esfuerzo individual. En consecuencia, denunciaban o, en la mayoría de los casos, ignoraban a los anarquistas y las huelgas promovidas por ellos, y destacaban que el conjunto de los gallegos nada tenía que ver con una minoría violenta y subversiva que empañaría el buen nombre de la colectividad y la respetable posición social lograda por su élite rectora. Lence retrataba así en sus memorias a los anarquistas de modo poco benevolente, aunque con cierto paternalismo (Lence 1945: 301-03).

No obstante, cuando los conflictos sociales provocaban en la esfera pública argentina manifestaciones de desprecio hacia el conjunto de los gallegos como colectivo, entonces podía tener lugar una reacción solidaria de las instituciones mutualistas, y también por parte de *Nova Galicia* y *Correo de Galicia*. Ante todo, procuraban combatir la extendida creencia en el supuesto carácter indolente de los inmigrantes gallegos –interpretación enarbolada en ocasiones por la patronal y los medios conservadores argentinos, que releían así el estereotipo negativo y no veían en las protestas obreras de inmigrantes gallegos móvil idealista alguno–, aduciendo un argumento alternativo: si los gallegos recurrían a la huelga, era por alguna razón digna y objeto de sabia reflexión, no por inclinaciones revolucionarias congénitas. Cruces ya afirmaba en enero de 1904 que los inmigrantes galaicos no eran revolucionarios holgazanes. Por el contrario, se trataría de obreros «amantes del trabajo», que si protestaban era porque no se dejaban avasallar en la defensa de la merecida ganancia a su esfuerzo:

El obrero gallego es dócil, es noble [...] A la vez, abriga la convicción de deberse a sí mismo, es decir, a sus solos esfuerzos, imponiéndose para ello todo género de sacrificios, el porvenir que pudiera crearse, cimentado sobre el sudor de su frente. El obrero gallego se resigna y se habitúa más pronto que otros a vivir en las condiciones (algo penosas, por cierto) que las condiciones le imponen. [...]

Pero el gallego, a la vez de tener estas buenas cualidades [...] sabe defender sus intereses, su dignidad y su buen nombre y no le falta valor para manifestar sus opiniones allí donde se establezca torneo para la emisión del pensamiento.³⁶⁵

Igualmente, desde la prensa gallega se rechazaba de modo vehemente la no siempre velada hispanofobia del discurso nacionalista argentino de la década de 1920, al que se hacía responsable de la pervivencia de los prejuicios antigallegos. Era el caso de organizaciones como la Liga Patriótica Argentina fundada en 1919, o de las diatribas de Leopoldo Lugones acerca de la presunta responsabilidad de los inmigrantes en las huelgas.³⁶⁶ Y de vez en cuando tanto Cruces como Lence denunciaban algún caso de maltratos o torturas contra obreros gallegos acusados de anarquistas o de haber encabezado una huelga. El alegato en pro de los detenidos se apoyaba siempre en que el carácter arbitrario de la privación de libertad suponía una vulneración simbólica de la dignidad de Galicia o de España. Este fue el caso, por ejemplo, en abril de 1917, cuando tanto *Nova Galicia* como *El Diario Español* se solidarizaron expresamente con el obrero gallego Jesús Bustos, detenido y torturado por la policía argentina como líder de una huelga de barrenderos municipales. La campaña de prensa llevó a que el embajador español se interesase por el preso, ante los epítetos despectivos prodigados contra los trabajadores gallegos por parte de altos funcionarios de la Municipalidad porteña.³⁶⁷ Fortunato Cruces, de hecho, puso a veces su condición

365 «Por el obrero gallego», *Nova Galicia*, 24.1.1904.

366 Vid. por ejemplo «El sentimiento de la nacionalidad», *Correo de Galicia*, 25.5.1919; «El error en marcha», *Correo de Galicia*, 7.3.1920, y «La nueva ideología de Leopoldo Lugones», *Correo de Galicia*, 15.7.1923.

367 Vid. «En plena capital argentina. Gravísima ofensa a la dignidad nacional», *Nova Galicia*, 3.4.1917.

de abogado a disposición de coterráneos detenidos con ocasión de protestas laborales, como fue el caso ya en 1901, cuando defendió a varios trabajadores galaicos encausados por su participación en la huelga de enero de aquel año; y en 1910 también asumió la defensa del obrero gallego residente en la localidad bonaerense de Olavarría Serafín Loureiro, quien fue acusado de actividades anarquistas.

Después de las huelgas en los frigoríficos de la localidad de Berisso (La Plata) en noviembre de 1917, entre el mes de diciembre y enero de 1918 también se registraron varios conflictos laborales protagonizados por los trabajadores, en buena proporción gallegos, de las empresas frigoríficas de capital norteamericano radicadas en Avellaneda (*La Negra* y *La Blanca*). La huelga fue duramente reprimida por el Gobierno de Yrigoyen, que llegó a enviar soldados para forzar el fin del conflicto, y los gerentes de las empresas reclutaron esquiroles. La violenta represión y las despectivas acusaciones proferidas por la patronal contra los trabajadores gallegos, que echaron mano de tópicos burlescos de profundo poso popular, provocaron incluso una reacción solidaria por parte del Centro Gallego de Avellaneda, que por una vez se puso de parte de los trabajadores, aunque no por obreros sino en nombre de su identidad étnica y de la dignidad del conjunto de la colectividad inmigrante (Núñez Seixas 2002b: 116-25). Sin embargo, esa reacción no fue secundada por *Nova Galicia*, que censuró al Centro Gallego de Avellaneda por haber ido demasiado lejos en su crítica a las autoridades, en un clima social de temor a la extensión de la revolución bolchevique por el hemisferio austral.³⁶⁸

Fortunato Cruces insistía en los mismos argumentos al informar de un nuevo conflicto laboral en la Compañía del Tranvía Anglo-Argentino, que contaría con un 50 por ciento de gallegos entre sus doce mil trabajadores. Según el periodista gallego, la labor de la prensa étnica no debía consistir en denunciar los abusos de las empresas o en «sublevar» a los obreros de su mismo origen, sino que la opción más ponderada para el conjunto de la colectividad y para los trabajadores galaicos y sus familias consistía en intermediar entre obreros y patronos, evitando así que los empresarios «pu-

368 «No siempre es culpable la autoridad», *Nova Galicia*, 16.2.1918.

dieran ir tomando mala ojeriza contra los gallegos empleados subalternos». La prensa galaica de Buenos Aires, por lo tanto, tendría los siguientes cometidos, en nombre de la armonía comunitaria:

[C]onciliar en los puntos de discordia; aplaudir a las autoridades que dirigen la empresa, en bien de los intereses gallegos que allí tienen parte, haciéndolo bajo una fórmula que no resulte tampoco servilismo; peticionar a los Jefes superiores por los medios posibles, amablemente, diplomáticamente, que subsista el aprecio y mejoría a favor de nuestros paisanos, por su orden, sin alterar los méritos de los demás empleados de otras nacionalidades, instando a todos al mutuo consorcio y amistad.

¿Cuál era la solución ideal? La práctica del mutualismo bien orientado, poniendo como ejemplo la propia asociación de socorros mutuos de la compañía de tranvías.³⁶⁹

A lo largo de 1919 se sucedieron varios conflictos laborales más, principiando por la huelga general de la llamada Semana Trágica de enero de ese año –donde tuvieron cierto protagonismo los tranviarios, muchos de ellos gallegos–, y continuando con la oleada de huelgas en pequeñas empresas y en el sector servicios –por ejemplo, los empleados del Banco Español del Río de la Plata– que se extendió entre los meses de marzo y mayo. Para posicionarse frente a esas huelgas, varias sociedades gallegas –particularmente el Centro Gallego y la Casa de Galicia–, junto con los semanarios *Correo de Galicia* y el tradicional *El Eco de Galicia*, suscribieron un manifiesto promovido por la APE en el que proclamaban que la colectividad española estaba integrada por «gente de orden», que poco o nada tendría que ver con una «minoría de agitadores profesionales [...] catalogados como elementos peligrosos para el orden y el progreso evolutivo de la República».³⁷⁰ En un sentido similar se había manifestado *Nova Galicia* ya en enero, poco antes de la huelga general que había dado inicio a la Semana Trágica.³⁷¹ Dos años más tarde, un editorial de *Correo de Galicia* se felicitaba del fracaso del paro

369 «En la Compañía de Tranvías Anglo-Argentino», *Nova Galicia*, 15.9.1921.

370 «Por el buen nombre español. Actitud adoptada. Un manifiesto preliminar», *Correo de Galicia*, 18.5.1919.

371 «Relaciones hispano-argentinas», *Nova Galicia*, 4.1.1919.

general convocado por las organizaciones obreras a principios de junio de 1921 y lamentaba que desde el sindicato de *chauffeurs*, oficio en el que también predominaban los inmigrantes gallegos, se emitiesen «términos irrespetuosos o insolentes para el sentimiento patriótico del pueblo argentino», razón por la que la mayoría de la opinión pública pasaba a «achacarnos a todos los gallegos lo que, en último término, solo alcanzaría a unos cuantos influenciados por la prédica de los utopistas». Esos huelguistas perdían así la condición de coterráneos por abominar del sentimiento de patria, consustancial a los buenos gallegos (leales tanto a España como a Argentina), quienes solo estaban animados del propósito de labrarse un futuro en su nuevo país de adopción:

[L]a fuerte y numerosa colectividad gallega de Buenos Aires y de toda la República Argentina nada tiene que ver con los extraviados, si ellos existen, que, habiendo nacido en Galicia, olvidan la tradicional hidalguía de nuestro pueblo y se convierten en elementos perturbadores de un país al cual hemos venido por nuestra voluntad, para ser hombres de trabajo y de progreso y no ensayistas de doctrinas avanzadas.³⁷²

El discurso étnico solidario desde las grandes instituciones mutualistas presentaba claros límites reformistas, y señalaba que los trabajadores gallegos eran reivindicativos por ser más modernos y, en consecuencia, superiores a los demás obreros de otras nacionalidades. En esa posición coincidía José R. Lence, frecuente debelador de las actividades de los anarquistas y preocupado por alejar de la colectividad gallega cualquier sombra de sospecha de que en sus filas abundasen los partidarios de la anarquía. Había un justo medio entre la explotación capitalista y la supresión de la propiedad privada, y los gallegos habían de luchar además contra el peso del estereotipo social desfavorable, que podía hacer degenerar en xenofobia el temor de las clases medias del país.³⁷³ Y el galleguista Rodolfo Prada afirmaba que, si los gallegos se contaban entre «quienes dan el mayor porcentaje entre los promotores y directores de huelgas», los motivos no eran otros que la situación de desprotección que padecían por parte de las autoridades estatales españolas y argentinas,

372 «Las luchas de nuestra época y el concepto de patria», *Correo de Galicia*, 5.6.1921.

373 J. R. Lence, «El buen sentido no es siempre el sentido justo», *Correo de Galicia*, 24.6.1923.

así como la explotación de que eran objeto por las compañías navieras y los agentes de emigración. A eso se uniría la no menor explotación de agencias de colocación, contratistas de braceros y «otros traficantes de carne humana». Pero el trabajador inmigrante sufría la peor ofensa de todas, el desprestigio social asociado en Argentina al gentilicio *gallego*: «y desde el superior más mediano hasta el más alto, todos han de tratarlo despectivamente y han de hacerlo objeto de insultos y vejámenes a la menor equivocación en que incurra». Ahí se agotaba la paciencia de los buenos trabajadores galaicos: que se les menospreciase como grupo étnico, y no como clase social. Pero gracias a la prensa étnica y su discurso solidario e interclasista, de dignificación de Galicia, también los problemas obreros tendrían solución.³⁷⁴

ENTRE LA DICTADURA Y LA REPÚBLICA (1923-36): MIRADAS CONVERGENTES SOBRE GALICIA Y ESPAÑA

Ante el golpe de Estado del general Miguel Primo de Rivera, las reacciones de los periódicos principales de la colectividad gallega no pudieron ser más divergentes. José R. Lence combatió el advenimiento del régimen dictatorial con su pluma y su oratoria, llegando a convergencias ocasionales con actores políticos situados mucho más a su izquierda dentro de la colectividad gallega, como la FSG o la Federación de Sociedades de la provincia de A Coruña, además de los sectores agrupados en el Centro Republicano Español. En un mitin celebrado en el Teatro Nuevo de Buenos Aires el 6 de septiembre de 1924, Lence peroró acerca de la naturaleza «corrupta y decadente» del Directorio Militar gobernante en España, al que presentaba como una transmutación del antiguo y decadente régimen de la Restauración cimentado en los mismos políticos corrompidos. Ni siquiera la figura del rey Alfonso XIII se libraba ahora de sus diatribas.³⁷⁵

Sin embargo, el entusiasmo de la oposición de *Correo de Galicia* a Primo de Rivera, aun sin desaparecer hasta la caída del dictador, empezó claramente a diluirse en 1925, tal vez por constatar la consolidación del régimen dictatorial en España, en parte por un cambio de perspectiva en la valora-

374 R. Prada, «Rápidas. El trabajador gallego», *Correo de Galicia*, 11.6.1922.

375 Vid. *Correo de Galicia*, 7.9.1924.

ción de sus resultados, particularmente en la puesta a raya de la agitación obrera. En un tiempo en el que también en Argentina se sentía la tentación de las soluciones militares con el propósito de acabar con la *vieja política*, Lence pasó a adoptar una postura de menor combatividad hacia la dictadura española, particularmente durante el periodo en el que Ramiro de Maeztu ejerció como embajador de España en Buenos Aires (febrero de 1928 - febrero de 1930). Previamente, no adoptó una actitud hostil frente al vuelo del hidroavión *Plus Ultra* en febrero de 1926, que intentó ser capitalizado por la Asociación Patriótica Española como una adhesión, bajo el manto del nacionalismo español, a la nueva España de Primo de Rivera. Por el contrario, aplaudió la gesta de Ramón Franco y sus compañeros, y prestó amplia cobertura al acontecimiento, presentándolo eso sí como una muestra del orgullo renovado de Galicia, de su renacer espiritual y como una explosión de prestigio patrio. No obstante, el periodista coruñés se negó a poner *Correo de Galicia* a disposición del régimen español, y no se prestó a las presiones del embajador Maeztu para que apoyase y difundiese la implantación de la Unión Patriótica entre los inmigrantes (González Cuevas 2003: 247-249).

Fortunato Cruces, por el contrario, hizo otra lectura del golpe de Estado de Primo de Rivera, cuyo acceso al poder saludó de modo entusiasta desde *Nova Galicia* (Cruces 1923: 167). Vio en él al cirujano de hierro predicado por Joaquín Costa años atrás, al posible regenerador desde arriba que necesitaba España y Galicia en particular, así como al flagelador de caciques y de la *vieja política*. La postura de Cruces se veía reforzada por el cierto apoyo que prestaron a la dictadura numerosas sociedades agrarias, retornados de la emigración y aun asociaciones de emigrantes gallegos desde Cuba, así como desde la misma Argentina y Uruguay. Y no decayó pese a la escasa popularidad de que gozaban Primo de Rivera y su régimen entre los sectores más movilizados de las sociedades de instrucción que tanto contribuyó a fundar a través de *Nova Galicia*. De este modo, en 1928 Cruces afirmaba que el vuelo del Plus Ultra simbolizaba el triunfo de una España católica y eterna. Y en marzo del año siguiente, con motivo de la visita a Buenos Aires del general Millán Astray, coruñés de nacimiento y

fundador de la Legión, *Nova Galicia* se aprestaba a saludarle fervorosamente como paladín de la nueva España.³⁷⁶

El entusiasmo de *Nova Galicia* por la dictadura y sus logros no decayó ni siquiera en los estertores del régimen de Primo de Rivera, cuyo periodo de gobierno consideraba un paso adelante en la regeneración del país, y contemplaba como una plasmación de los ideales pedagógicos y cívicos que propugnarían las escuelas sostenidas en Galicia por las sociedades de instrucción desde Buenos Aires.³⁷⁷ Ahondando en sus postulados anteriores, Cruces también expresó su adhesión al papel otorgado a la identidad regional dentro del proyecto nacionalista español de la dictadura, con su reconocimiento del valor «familiar y filológico» de los idiomas «vernáculos», pero su clara subordinación al predominio del idioma castellano, contemplado como un vehículo de expansión del prestigio español en el mundo.³⁷⁸ Y frente a unas declaraciones de Francesc Macià en las que equiparaba las aspiraciones independentistas de Cataluña con las de Galicia, Fortunato Cruces respondía airado que la mayoría de los gallegos abjuraba de todo separatismo y afirmaba que «España será España, mientras vivan los gallegos».³⁷⁹

Durante la década de 1930, y hasta el estallido de la guerra civil en España, *Nova Galicia* vio disminuir de modo progresivo su calidad, su número de páginas y el montante de sus suscriptores. Y, por tanto, su influencia en la opinión pública inmigrante, de modo paralelo al declive físico del propio Fortunato Cruces. El protagonismo en la prensa gallega de Buenos Aires correspondía ahora, además de a *Correo de Galicia*, al órgano de la FSG de tendencia galleguista *Galicia*, a su rival agrario-socialista *Acción Gallega*, y a otros periódicos semanales de menor tirada, desde *Heraldo Gallego* hasta el independentista *A Fouce*. El debate alrededor de la consecución de un Estatuto de Autonomía para Galicia se convirtió, de hecho, en uno de los temas dominantes de la prensa, y de la opinión publicada, de la colonia gallega

376 «El héroe de África», *Nova Galicia*, 24.3.1929.

377 «Glorioso aniversario de la próspera evolución de España», *Nova Galicia*, 25.9.1929. Pocos meses después, Cruces añoraba la época de Primo de Rivera: vid. «Un deber a seguirse: Contra preferencias injustas», *Nova Galicia*, 26.4.1930.

378 «Todas las Regiones están de acuerdo», *Nova Galicia*, 28.3.1928.

379 «El Ex-coronel Maciá [*sic*] y Galicia», *Nova Galicia*, 24.1.1928.

de Buenos Aires. Lo que era comprensible, dado el hecho de que la FSG había enviado tres delegados a Galicia –junto a otro del Centro Gallego de Montevideo– al proclamarse la II República para participar en las elecciones constituyentes y laborar por la autonomía del país, y que un dirigente galaico-porteño (el galleguista de izquierda y antiguo dirigente comunista en Argentina Ramón Suárez Picallo) había salido elegido diputado en las Cortes de 1931, en las listas de la Organización Republicana Gallega Autónoma (ORGA), participando después junto con otro delegado de la FSG (el agrarista y galleguista Antón Alonso Ríos) en la fundación del *Partido Galeguista* (PG) en diciembre de 1931 (Núñez Seixas 1992: 182-237; Díaz 2008). Cruces, por el contrario, apenas participó ya de esta fiebre republicano-galleguista.

Lence tampoco participó ni del fervor galleguista y federalista que embargaba a buena parte de la opinión publicada galaico-porteña, ni mostró entusiasmo por la causa republicana. Mantuvo esperanzas hasta abril de 1931 en una solución que pasase por un *aggiornamento* de la Monarquía constitucional. Y al proclamarse el nuevo régimen en España, su primera reacción fue desear que una forma de pacto federal evitase el desmembramiento del territorio español en varias repúblicas independientes, así como manifestar el temor de que una radicalización social y el auge del socialismo marxista acabasen por desbordar a la república burguesa.³⁸⁰

Ante los hechos consumados, *Correo de Galicia* se sumó por un tiempo a la fiebre autonomista que recorrió la prensa de la colectividad gallega de Buenos Aires –incluso al portavoz del tradicionalmente apolítico Centro Gallego–, y dio amplia cobertura a las actividades parlamentarias del flamante diputado Ramón Suárez Picallo. Pero al verse obligado a definirse por un tipo de estatuto de autonomía para Galicia, Lence se limitaba a recordar que la «obra patriótica del resurgimiento de Galicia» solo se podría realizar «dentro de la unidad nacional y de un sistema federalista». En noviembre de 1931, no obstante, el periodista coruñés dio un giro de 180 grados y pasó a postular que Galicia no sentía la autonomía, su pueblo no otorgaba prioridad a la satisfacción del pleito regional y que, en consecuencia, concederle un autogobierno que no reclamaba «equivaldría a crear

380 *Correo de Galicia*, 19.4.1931.

un ambiente para el entronizamiento de un caciquismo de nuevo cuño». Argumento, por lo demás, muy del gusto de la izquierda obrera gallega en aquel momento, y de amplio predicamento entre los sectores antiautonomistas de orientación socialista, como el periódico *Acción Gallega*, órgano de la facción escindida de la FSG en 1929 (Núñez Seixas 1992: 211; 2002b: 230-32). Para legitimar su postura, *Correo de Galicia* llevó a cabo durante la primera mitad de 1932 una amplia encuesta entre los inmigrantes gallegos residentes en Buenos Aires, cuyos resultados publicó a mediados de julio. De 410 respuestas, 160 (40,48 por ciento) eran favorables al centralismo, 84 (20,48 por ciento) a la autonomía de Galicia, 97 (23,65 por ciento) a la implantación de una república federal, y 51 (12,43 por ciento) a la independencia de Galicia. Solo un 27 por ciento se mostraba proclive a admitir la plena cooficialidad u oficialidad exclusiva del idioma gallego en una futura Galicia autónoma (Núñez Seixas 2002b: 233-243).³⁸¹ Eran resultados que supusieron un jarro de agua fría para los fervores autonomistas de muchas asociaciones gallegas, empezando por la FSG.

Lence mantuvo en los años siguientes en una postura de aceptación forzada del régimen republicano, pero de rechazo a la política del Gobierno de coalición republicano-socialista del primer bienio (1931-1933). Ese rechazo se expresó de entrada en su escaso entusiasmo hacia el cambio de bandera y de himno acordados por el nuevo régimen, y de hecho en las páginas de *Correo de Galicia* se desarrolló una amplia polémica acerca de la conveniencia de adoptar la enseña tricolor.³⁸² El desencanto de Lence llegó a su máximo al observar desde la distancia la política seguida por la ORGA liderada por el repúblico coruñés Santiago Casares Quiroga, devenido en flamante ministro de la Gobernación en el primer gabinete republicano. Sobre todo, Lence denunció el desinterés progresivo de Casares Quiroga, y con él de la mayoría de los líderes de su partido, por la causa de la autonomía gallega.³⁸³

381 *Correo de Galicia*, 17.7.1932, p. 4. Para un análisis detallado, Núñez Seixas (2002b: 233-43).

382 Vid. por ejemplo «La bandera española», *Correo de Galicia*, 19.4.1931; «Sobre el cambio de la bandera española», *Correo de Galicia*, 26.4.1931; «La bandera rojo y gualda no es monárquica ni borbónica sino profundamente española», *Correo de Galicia*, 31.5.1931, y «El pleito de las banderas», *Correo de Galicia*, 19.7.1931. Igualmente, Lence (1945: 57-59).

383 Cf. J. R. Lence, «Galicia de pie», *Correo de Galicia*, 6.3.1932.

La primera fase del proceso autonómico, culminada con la celebración de la Asamblea de Municipios de toda Galicia en Santiago de Compostela del 17 al 19 de diciembre de 1932, fue contemplada con igual escepticismo por Lence, quien ahora jugaba la carta del galleguismo «práctico» y defendía la equiparación del futuro Estatuto gallego con el de Cataluña, en parte por usar también ese aura en su apoyo a una candidatura conservadora que concurría a las elecciones del Centro Gallego de Buenos Aires de 1932. Con todo, no dejó de expresar por escrito al alcalde de Santiago de Compostela su adhesión, y con ella la de su periódico, a las resoluciones de la Asamblea y al proyecto de Estatuto aprobado en aquella, que se suponía pasaría a ser tramitado por las Cortes de la República y sometido a referéndum en 1933.³⁸⁴ Ante el peligro de que en España se generalizase un sistema autonómico asimétrico donde solo Cataluña y/o el País Vasco accediesen a la autonomía, y frustrada la posibilidad de que la República adoptase una estructuración federal simétrica, «que partiese del centro a la periferia», Lence pasó a promulgar un autonomismo *enragé* que quería superar al de la FSG y otros sectores galleguistas de la colectividad galaica de Buenos Aires, e incluso promovió una colecta de fondos a favor de la causa de la autonomía de Galicia.³⁸⁵

Ese autonomismo circunstancial, sin embargo, desapareció en la práctica cuando el nuevo Gobierno radical-cedista asumió el poder en España tras las elecciones de noviembre de 1933. A partir de ese momento, la deriva conservadora y proautoritaria de Lence no hizo sino acentuarse. Todavía, sin embargo, envió su adhesión a la causa regional al celebrarse el plebiscito para la ratificación popular de la Autonomía de Galicia el 28 de junio de 1936 (Núñez Seixas 1992: 236-237). Al llegar a Buenos Aires la noticia del levantamiento en armas del ejército en África y su extensión a la península, a Lence le faltó tiempo para proclamar su apoyo a los insurrectos, al igual que lo hicieron *El Diario Español* y *Nova Galicia* (Moure Mariño 1939: 272).

384 Carta de J. R. Lence al alcalde de Santiago de Compostela, Buenos Aires, 21.12.1932 (Instituto Padre Sarmiento, Santiago de Compostela).

385 J. R. Lence, «El galleguismo y el Estatuto regional», *Correo de Galicia*, 27.11.1932; id., «Sálvese el que pueda», *Correo de Galicia*, 30.10.1932; «Para la propaganda de la causa galleguista», *Correo de Galicia*, 15.1.1933.

Al contrario que en 1923, estaba ahora de parte del orden social frente a lo que había constituido siempre su mayor temor: la anarquía y la amenaza del socialismo. Se puede argüir que en determinadas coyunturas políticas esa prioridad había sido determinante en la búsqueda de un refugio circunstancial por parte de Lence, y en cierto modo también por parte de Cruces, en el galleguismo y en la identidad regional. Aunque no abrazó el ideario religioso de los insurrectos, manifiesto desde septiembre/octubre de 1936, ni tampoco en toda su literalidad el discurso de *Cruzada*, el periodista coruñés certificó con su apoyo laico y contrarrevolucionario a los generales insurrectos su opción conservadora y su vuelta al maurismo de juventud. Pero ahora su periódico perdió la batalla por el control de la opinión dentro de la colectividad gallega, lo que se puso de manifiesto en la derrota de la candidatura profranquista en las elecciones al Centro Gallego el 23 de octubre de 1938.

ALGUNAS CONCLUSIONES

Lence y Cruces constituyen dos modelos de trayectorias profesionales en el contexto del crecimiento acelerado de la comunidad inmigrante española y gallega en Buenos Aires durante las dos primeras décadas del siglo xx. Fueron profesionales con una opción definida: la articulación de la creciente y diversificada esfera pública de la comunidad inmigrante. Era un momento, además, en el que el acceso rápido para un inmigrante a las élites sociales argentinas ya se había cerrado, y en el que la actividad como líder político de la colectividad, al contrario que en la generación de los Calzada o Malagarriga, no llevaba aparejado el ascenso económico. Tanto Lence como Cruces mantuvieron solo lazos débiles con el poder económico, argentino y de la comunidad inmigrante; pero, profesionales formados y autodidactas, aspiraban a dirigir la articulación organizativa de la comunidad inmigrante, dotándola de una voz y una imagen propia y defendiendo su autonomía organizativa dentro del conjunto de la colectividad española.

Ambos periodistas eran, empero, intermediarios políticos que tenían claros límites: ejercían influencia dentro de la comunidad inmigrante gallega, y hasta cierto punto en el conjunto de la española, pero se movían con más dificultad en los márgenes de aquellas. Ahí precisaban de otros

intermediarios –españoles, gallegos o argentinos– más influyentes que fuesen capaces de llegar a los despachos del poder, o al menos hacerlo de forma fluida. Lence tenía en ese sentido un abanico mayor de influencias que Cruces, particularmente por su relación con López de Gomara y su acceso a los círculos profesionales de la prensa argentina, así como con lo que podríamos denominar el entramado de la prensa étnica inmigrante, en particular los periódicos de la colectividad italiana. Igualmente, la velada simpatía de Lence hacia el Partido Radical, y en particular hacia el proyecto político de Yrigoyen, le permitió ser recibido en persona por este último en alguna ocasión.³⁸⁶

Por último, cabe recordar que la actividad de los dos principales periodistas de la colectividad gallega de Buenos Aires también tenía un punto de apoyo en la esfera pública de la Galicia europea. El país de origen constituía no solo una referencia nostálgica, sino también una constante fuente de retroalimentación y de comunicación. La sociedad civil gallega seguía con cierta atención las opiniones de la prensa emigrante de Buenos Aires, y en algunos momentos la consideró una suerte de tribuna pública mejor informada que la propia prensa del país. Ahí surgió un auténtico espacio transnacional de interacción entre las esferas públicas gallegas de ambos lados del océano.

386 Vid. Lence (1945: 234–36). Por otro lado, el secretario general de la Presidencia de Yrigoyen era el periodista y escritor gallego Luis Sánchez Abal, antiguo colaborador de *Correo de Galicia* y después director del periódico porteño *La Época*, lo que sin duda debió facilitar los contactos.

Bibliografía

- ACOSTA PADRÓN, V. (2005), *El Nacionalismo en Canarias. Regionalismo + Insularismo + Nacionalismo*, Santa Cruz de Tenerife / Las Palmas: Benchomo.
- ADAMOVSKY, E. (2009): *Historia de la clase media argentina*, Buenos Aires: Planeta.
- AGUILAR, P. (1995): *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*, Madrid: Alianza Editorial.
- AKERS, C. E. (1893): *Argentine, Patagonian and Chilian Sketches, with a few notes on Uruguay*, Londres: Harrison & Sons.
- ALBELO MARTÍN, M.^a C. (1982): «Canarias y los indianos repatriados durante la primera mitad del siglo XIX», en E. Morales Padrón (coord.): *IV Coloquio de Historia Canario-Americana*, Las Palmas: Eds. del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, vol. II, pp. 513-35.
- ALSINA, Juan. A. (1910): *La inmigración en el primer siglo de la independencia*, Buenos Aires, Felipe S. Alsina.
- (1913): *España. I. Un verano en Galicia*, Buenos Aires: Felipe S. Alsina
- ALMOND, G. (1988): «Separated Tables», *Political Science Review*, 21, pp. 828-842.
- ALONSO, A. y OIARZÁBAL, P. J. (eds.) (2010): *Diasporas in the New Media Age: Identity, Politics and Community*, Reno: Univ. of Nevada Press
- ALONSO DA ROCHA, A. (2001): *Los gallegos en Olavarría*, Olavarría: Ed. del autor.
- ALONSO MONTERO, X. (1995): *Lingua e literatura na Galicia emigrante*, Santiago de Compostela: Xunta de Galicia.

- ALTED VIGIL, A. (2005): *La voz de los vencidos: El exilio republicano español de 1936*, Madrid: Aguilar.
- ALTED VIGIL, A., y ASENJO, A. (coord.) (2006): *De la España que emigra a la España que acoge*, Madrid: Fundación Largo Caballero.
- ALTMAN, I. (1989): *Extremadura and America in the Sixteenth Century*, Berkeley/Los Angeles/Londres: Univ. of California Press.
- ÁLVAREZ, B. (1976): *Abriendo el surco. Manual de lucha campesina* (edición de J. A. Durán), Madrid: Akal.
- ÁLVAREZ ACEVEDO, J. M. (1936): *La colonia española en la economía cubana*, La Habana: Ed. Ucar
- ÁLVAREZ GILA, O. (1995): «La formación de la colectividad inmigrante vasca en los países del Río de la Plata (siglo XIX)», *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 30, pp. 299-331.
- (1996): «“Vascos y vascongados”: Luchas ideológicas entre carlistas y nacionalistas en los Centros Vascos del Río de la Plata (1900-1930)», en R. Escobedo Mansilla, A. de Zaballa Beascoechea y O. Álvarez Gila (eds.): *Emigración y redes sociales de los vascos en América*, Leioa: UPV/EHU, 171-92.
- (1998): «La vinculación entre clero e inmigración vasca en Argentina: Razones y formas», *Hispania Sacra*, L:102, pp. 557-587.
- (1999): «Clero vasco y nacionalismo: del exilio al liderazgo de la emigración (1900-1940)», *Studi Emigrazione/Migration Studies*, XXXVI:133, 103-18.
- (2000): «Los inicios del nacionalismo vasco en América. El Centro Zapirak Bat de Rosario (Argentina)», *Sancho el Sabio*, 12, pp. 153-76.
- (2005a): «De ‘América y los vascos’ a la ‘octava provincia’: 20 años de historiografía sobre la emigración y presencia vasca en las Américas (siglos XIX y XX)», *Vasconia*, 34, pp. 275-300.
- (2005b): «Las nuevas Euskal Herrias americanas. Los vascos y las emigraciones ultramarinas (1825-1950)» en J. Agirreazkuenaga (dir.): *La crisis de la civilización de los vascos del Antiguo Régimen y estrategias de revolución liberal e industrial: 1789-1876*, San Sebastián: Lur, pp. 319- 91.

- (2010): «¿Vascos o euskaldunak? Una aproximación al papel del Euskara en la conformación de las colectividades vascas de América, siglo XIX», *Sancho el Sabio*, 32, pp. 71-84.
- (2011): «Desde el 'solar patrio' a la 'nación naciente': Cultura, identidad y política en los centros vascos de América (1880-1900)», *Historia Social*, 70, pp. 43-61.
- ÁLVAREZ QUINTANA, C. (1991): *Indianos y arquitectura en Asturias (1870-1930)*: Oviedo: Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de Asturias.
- ÁLVAREZ SILVAR, G. (1997): *La migración de retorno en Galicia*, Santiago de Compostela: Xunta de Galicia.
- (2001): *De volta ao lar*, Sada: Eds. do Castro.
- ALVES, J. FERNANDES (1994): *Os Brasileiros. Emigração e retorno no Porto oitocentista*, Porto: n. ed.
- AMEZAGA CLARK, M. y AITA, N. (1991): *El exilio vasco en América*, San Sebastián: Txertoa, 1991.
- ANASAGASTI, I. (coord.) (1988): *Homenaje al Comité Pro-Inmigración Vasca en Argentina (1940)*, San Sebastián: Txertoa.
- ANES, R. (1993): *La emigración de asturianos a América*, Colombes: Archivo de Indianos.
- ANES, R., y OTAZU y LLANA, A. de (1987): *El Banco Herrero. 75 años de Historia, 1912-1987*, Oviedo: Banco Herrero.
- ANIDO, A. (1898): «La despedida», *Almanaque Gallego para 1898*, Buenos Aires: El Correo Español.
- ARÁOZ, E. M. (1919): *La inmigración en la Argentina y sus vinculaciones con la cuestión social*, Salta: Impr. Pascual y Baleirón de las Llanas.
- ARÉVALO VIEYTES, J. (1929): *Por tierras de Galicia (crónicas de la vida íntima y una conferencia pública al Sindicato agrícola de Santa Ana de Mera)*, La Habana, Biblioteca de A. S.
- ASÍN, F. J. (1992): *Aragón y América*, Madrid: MAPFRE.
- ASTIGARRAGA, A. de. (1986): *Abertzales en la Argentina*, Bilbao: Alderdi.
- AZCONA PASTOR, J. M. (1992a): *Los paraísos posibles. Historia de la emigración vasca a Argentina y Uruguay en el siglo XIX*, Bilbao: Univ. de Deusto

- (2011): *El ámbito historiográfico y metodológico de la emigración vasca hacia América*, Vitoria-Gasteiz: Gobierno Vasco.
- AZCONA PASTOR, J. M., et al. (1992b): *Historia de la emigración vasca a Argentina en el siglo XX*, Vitoria: Gobierno Vasco.
- BAHAMONDE, A. y CAYUELA, J. (1992): *Hacer las Américas. Las élites coloniales españolas en el siglo XIX*, Madrid: Alianza Ed.
- BACELAR, J. (1994): *Galegos no paraíso racial*, Salvador de Bahía: Ianamá/CEAF/UFBA.
- BAILY, S. (1999): *Immigrants in the Land of Promise. Italians in Buenos Aires and New York City (1870-1914)*: Ithaca/Londres: Cornell UP.
- BAILY, S., y RAMELLA, F. (1988): *One family, two worlds. An Italian Family's Correspondence across the Atlantic, 1901-1922*, New Brunswick/Londres: Rutgers UP.
- BALGOPAL, P. R., y THOMAS, V. V. (1983): *Groups in Social Work: An Ecological Perspective*, Londres-Nueva York: Macmillan.
- BALLESTEROS GAIBROIS, M. (1992): *Valencia y América*, Madrid: MAPFRE.
- BAÑA POSE, J. (1921): *Vida e milagros de Pepe de Xan Baña en trinta anos de Cuba [vindicación]*, La Habana: Cía. Impresora y Papelera La Universal.
- BARES, M. A. (1889): *Prosa (colección de artículos)*, Madrid, Tip. Jaramillo.
- (1899): *Más prosa (colección de artículos)*: Buenos Aires: Imp. de El Correo Español.
- (1907): *Los sermones del padre Gonzalo*, Buenos Aires: Talleres Gráficos.
- BARTH, F. (ed.) (1969): *Ethnic Groups and Boundaries. The Social Organization of Cultural Difference*, Bergen-Oslo-Londres: Universitetsforlaget-Allen & Unwin.
- BARTON, H. A. (1975): *Letters from the Promised Land: Swedes in America, 1840-1914*, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- BASA, L. (1915), *El premio*, Madrid, Hijos de M.G. Hernández.
- BELL, A. F. G. (1994): *Galicia vista por un inglés*, Vigo: Galaxia.
- BELLIDO NAVARRO, P. (1993), *Literatura e ideología en la prensa socialista (1885-1917)*, Sevilla: Alfar.
- BERMEJO LORENZO, C. (1998): *Colombres y los hermanos Ybáñez Posada*, s.l.: Archivo de Indianos.

- BERNASCONI, A. y FRID, C. (eds.) (2006): *De Europa a las Américas. Dirigentes y liderazgos (1880-1960)*: Buenos Aires: Biblos
- BERTONI, L. A. (1994): «De Turquía a Buenos Aires. Una colectividad nueva a fines del siglo XIX», *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 26, pp. 67-94.
- (1996): «La hora de la confraternidad. Los inmigrantes y la Argentina en conflicto, 1895-1901», *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 32, pp. 61-84.
- (2001): *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires: FCE.
- BESTENE, J. O. (1997): «Dos imágenes del inmigrante árabe: Juan A. Alsina y Santiago M. Peralta», *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 36, pp. 281-303.
- BIAGINI, H. (1995): *Intelectuales y políticos españoles a comienzos de la inmigración masiva*, Buenos Aires: Cedeal
- BJERG, M. (1992): «Como faros en la tormenta... Los líderes étnicos de la comunidad danesa», *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 7, 21, pp. 291-308
- (1995): «Sabiendo el camino o navegando en las dudas. Las redes sociales y las relaciones impersonales en la inmigración danesa a la Argentina (1848-1930)», en M. Bjerg y H. Otero (eds.): *Inmigración y redes sociales en la Argentina moderna*, Tandil: CEMLA-IEHS, pp. 107-132
- BLANCO AMOR, E. (1992a) *Obra en galego completa. I. Narrativa*, Vigo: Galaxia.
- (1992b): *Obra en galego completa. II. Poesía. Teatro*, Vigo: Galaxia.
- BLANCO RODRÍGUEZ, J. A. (ed.) (2003): *Zamora y Castilla y León en las migraciones españolas*, Zamora: Diputación de Zamora / UNED.
- (2005): *El sueño de muchos. La emigración castellana y leonesa a América*, Zamora: Diputación de Zamora / UNED.
- (2006): «Emigración y asociacionismo castellano y leonés en América». *Alcores*, 1, pp. 169-206
- ed. (2008): *El asociacionismo en la emigración española a América*, Zamora: UNED.
- BLASCO IBÁÑEZ, V. (1910): *La Argentina y sus grandezas*, Madrid: Ed. Española Americana.

- BLASCO-MARTEL, Y. (2007): «Retornos de América, banca y capital humano: El caso de Jaime Badía», *Historia Social*, 59, pp. 125-50.
- BLASCO MARTÍNEZ, R. M. y RUBALCABA PÉREZ, C. (2003): «Para hablarte a tan larga distancia...». *Correspondencia de una familia montañesa a ambos lados del Atlántico*, Santander: Ediciones de Librería Estudio.
- BLÁZQUEZ, A., BRUNETON-GOVERNATORI, A. y PAPY, M., (2002): «La documentación privada y la emigración: la correspondencia de emigrantes bearneses hacia América», en O. Álvarez Gila y A. Angulo Morales (eds.): *Las migraciones vascas en perspectiva histórica (siglos XVI-XX)*, Bilbao: UPV, pp. 209-33.
- BLÁZQUEZ, F. (1974): *Líderes revolucionarios negros*, Barcelona: Paulinas.
- BLENGINO, V. (1990): *Oltre l'oceano. Un progetto d'identità i gli immigranti italiani in Argentina (1837-1930)*, Roma: Edizioni Associate.
- BOBILLO, M.^a et al. (1996): «La Alianza Aresana en la emigración», *Ferrol Análisis*, 9 (1996), pp. 88-93.
- BODELÓN, J. (1995): *Vida azarosa de un emigrante*, Lugo: Alvarellos.
- BOURDIEU, P. (1986): «L'illusion biographique», *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 62-63, pp. 69-72.
- BOVENKERK, F. (1974): *The Sociology of Return Migration: A Bibliographic Essay*, La Haya: Mouton.
- BRETTELL, C. B. (1991): *Homens que partem, mulheres que esperam. Consequências da emigração numa freguesia minhota*, Lisboa: Dom Quixote.
- BREY, G. (2001): «Sociabilidad obrera y prácticas teatrales en Galicia (1891-1910)», en Valín, A. (ed.): *La sociabilidad en la Historia Contemporánea. Reflexiones teóricas y ejercicios de análisis*, Ourense: Duen de Bux, pp. 97-121.
- BRIOSO SANTOS, H. (1998): «La figura del indiano teatral en el Siglo de Oro español», en C. Reverte Bernal y M. de los Reyes Peña (eds.): *II Congreso Iberoamericano de Teatro: América y el teatro español del Siglo de Oro*, Cádiz: Patronato del Festival Iberoamericano de Teatro/Universidad de Cádiz, pp. 423-34.
- BROWN, T. N. (1966): *Irish-American Nationalism*, Philadelphia-Nueva York: J.B. Lippincot Co.

- BRUMME, J. y SCHUBERT, R. (1991): «Die Katalanen in Kuba: Sprache und Kultur im 19. und 20. Jahrhundert», *Zeitschrift für Katalanistik*, 4, pp. 263-83.
- BRUNETON-GOBERNATORI, A., y MOREAUX, B. (1996): «*Cher père et tendre mère...*» *Lettres de Béarnais émigrés en Amérique du Sud (XIX siècle)*: Biarritz: J. & D. Éditions.
- (1997): «Un modèle épistolaire populaire. Les lettres d'émigrés béarnais», en D. Fabre (dir.): *Par écrit: ethnologie des écritures quotidiennes*, París: Maison des Sciences de l'Homme, pp. 79-103.
- BUADES I CRESPI, J. (1995): *Emigrants illencs al Rio de la Plata (la vida associativa a Buenos Aires i Montevideo)*, Palma de Mallorca: Govern Balear.
- BUSTOS Y BUSTOS, A. de (s. f.): *La patria de Cristóbal Colón*, Madrid: Ed. Ibero-Africano-Americana.
- CABO VILLAVERDE, M. (1998): *O agrarismo*, Vigo: A Nosa Terra.
- CABRERA DÉNIZ, G. J. (1996): *Canarios en Cuba: Un capítulo en la historia del archipiélago (1875-1931)*, Las Palmas: Cabildo Insular de Gran Canaria.
- CAGIAO VILA, P. (1990): *Participación económico-social de la inmigración galega en Montevideo, 1900-1970*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid.
- (1996): «La imagen de España en América: el caso uruguayo», en VV. AA.: *Historia y presente de América Latina*, València: Fundació Bancaixa, pp. 205-236.
- (1997): *Muller e emigración*, Santiago de Compostela: Xunta de Galicia.
- (1999): «A vida cotiá dos emigrantes galegos en América», en P. Cagiao Vila (comp.): *Galegos en América e Americanos en Galicia*, Santiago de Compostela: Xunta de Galicia, pp. 115-135.
- CAGIAO VILA, P., y NÚÑEZ SEIXAS, X. M. (2007): *Os galegos de Ultramar. II. Galicia e o Río da Prata*, A Coruña: Arrecife Eds. Galegas.
- CALZADA, R. (1925): *Obras completas. Tomo III. La patria de Colón*, Buenos Aires: Jesús Menéndez.
- CANÉ, M. (1919): *Prosa ligera*, Buenos Aires: La Cultura Argentina.

- CARAMÉS MARTÍNEZ, X. (1993): *A imaxe de Galicia e dos Galegos na literatura castelá*, Vigo: Galaxia.
- CARBIA, R. D. (1918): *Origen y patria de Cristóbal Colón*, Buenos Aires: s. ed.
- CARDELLE ZAMORA, G. (ed.) (1998): *Presencia eterna de gallegos en La Habana*, Santiago de Compostela: Xunta de Galicia.
- CARMAGNANI, M. (1994): *Emigración mediterránea y América. Formas y transformaciones, 1860-1930*, Colombres: Archivo de Indianos.
- CARMONA, X. (1982): «Los indianos y la cuestión industrial en la Galicia del siglo XIX», en *Indianos. Monografías de los Cuadernos del Norte*, 2.
- CARNERO LORENZO, F. (1991): «Las remesas de los emigrantes canarios en Cuba, 1886-1914», *Historia Contemporánea*, 19, pp. 275-85.
- (2001): «Capital indiano e crecemento económico en Canarias, 1850-1936. Unha primeira aproximación», *Estudos Migratorios*, 11-12, pp. 123-40.
- CARNERO LORENZO, F., y NÚEZ YÁNEZ J. S. (2006): *Canarias-Uruguay-Canarias. El papel de los emigrantes canarios en el tejido empresarial de Canarias y Uruguay*, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Idea.
- CAROLI, B. B. (1973): *Italian Repatriation from the United States, 1900-1914*, Nueva York: Garland.
- CARTOSIO, B. (1992): «Sicilian Radicals in Two Worlds», en M. Debouzy (ed.): *In the Shadow of the Statue of Liberty. Immigrants, Workers and Citizens in the American Republic (1880-1920)*, Urbana-Chicago: University of Illinois Press, pp. 117-28.
- CASAI S SANTALÓ, J. (1915): *Emigración española y particularmente gallega a ultramar*, Madrid, Victoriano Suárez.
- CASANOVA, J. (1991): *La historia social y los historiadores*, Barcelona: Crítica.
- CASQUETE, J. (1998): *Política, cultura y movimientos sociales*, Bilbao: Bakeaz.
- CASTELAO, A. R. (2000): *Obras*, Vigo: Galaxia, 6 vols.
- CASTELLS, V. (1986): *Catalans d'América per la independència*, Barcelona: Pòrtic.
- CASTILLO GÓMEZ, A. (2001): «Tras la huella escrita de la gente común», en A. Castillo Gómez (ed.): *Cultura escrita y clases subalternas: una mirada española*, Oiartzun: Sendoa, pp. 9-33.

- CASTRILLO SAGREDO, B. (1926): *El aporte de los indianos a la Instrucción Pública en España. Otras formas de la protección a la beneficencia y al progreso*, Oviedo: Impr. Región.
- CASTRO, R. de (1980) [1861], «El Cadiceño», en id., *Obra completa*, Madrid: Akal, vol. III, pp. 493-504.
- CASTRO LÓPEZ, M. (1911): *El Tercio de Galicia en la defensa de Buenos Aires: Documentos inéditos*, Buenos Aires: Talleres Heliográficos de Ortega y Radaelli.
- CASTRO LÓPEZ, R. (1923): *La emigración en Galicia*, A Coruña: Tipografía de El Noroeste.
- CASTROVIEJO, A. (1912): *Pro Hispanica Gens*, Madrid: Impr. Revista de Archivos.
- CATTARUZZA, A. (2007): *Los usos del pasado. La historia y la política argentinas en discusión, 1910-1945*, Buenos Aires: Sudamericana.
- CAVA MESA, B. (1996): «El asociacionismo vasco en Argentina. Política cultural», en R. Escobedo, A. de Zaballa y O. Álvarez Gila (eds.): *Emigración y redes sociales de los vascos en América*, Leioa: UPV/EHU, pp. 137-69.
- CAVA MESA, B. et al. (1992): *La sociedad Laurak Bat de Buenos Aires*, Vitoria: Gobierno Vasco.
- CAZORLA PÉREZ, J., ed. (1981), *Emigración y retorno. Una perspectiva europea*, Madrid: Instituto Español de Emigración.
- CERASE, F. (1967): «A Study of Italian Migrants Returning from the USA», *International Migration Review*, 1, pp. 67-74.
- (1971): *L'emigrazione di ritorno: innovazione o reazione?*, Roma: Università di Roma «La Sapienza».
- (1974): «Expectations and Reality: A Case Study of Return Migration from the United States to Southern Italy», *International Migration Review*, 8, pp. 245-62.
- (1975): *Sotto il dominio dei borghesi. Sottosviluppo ed emigrazione nell'Italia meridionale, 1860-1910*, Roma: IRE.
- (2001): «L'onda di ritorno: I rimpatri», en P. Bevilacqua, A. De Clementi y E. Franzina (eds.): *Storia dell'emigrazione italiana. Partenze*, Roma: Donzelli, pp. 113-25.

- CÉSAR, G. (1969): *O «brasileiro» na ficção portuguesa. O direito e o avesso de um personagem-tipo*, Lisboa: Parceria A.M. Pereira.
- CHARLÓN ARIAS, E. y SÁNCHEZ HERMIDA, M. (1921): *Mal de Moitos*, Ferrol, Ed. Céltiga.
- CHEPULIS, R. L. (1984): «Return Migration: An Analytical Framework», en D. Kubat (ed.): *The Politics of Return. International Return Migration in Europe*, Roma/Nueva York: CSER/CSM, pp. 239-45.
- CLAWSON, M. A. (1989): *Constructing Brotherhood: Class, Gender, and Fraternatism*, Princeton: Princeton UP.
- CIAFARDO, E. O. (1991): «Cadenas migratorias e inmigración italiana. Reflexiones a partir de la correspondencia de dos inmigrantes italianos en Argentina, 1921-1938», *Studi Emigrazione/ Études Migrations*, 102, pp. 233-45.
- CINEL, D. (1982): *From Italy to San Francisco. The Immigrant Experience*, Stanford: Stanford UP.
- (1984): «Land Tenure Systems, Return Migration and Militancy in Italy», *Journal of Ethnic Studies*, 12, pp. 55-76.
- (1991): *The National Integration of Italian Return Migration, 1870-1929*, Cambridge: CUP.
- CORBACHO QUINTELA, A. (2009): *A aculturação e os galegos do Brasil: O vazio galeguista*, Tesis doctoral, Universidade de Santiago de Compostela.
- CORBIN, A, GÉRÔME, N. y TARTAKWSKI, D. (Eds.) (1987): *Les usages politiques des fêtes aux XIXe-XXe siècles*, París: Publ. de la Sorbonne
- CORRADINI, E. (1910): *La patria lontana*, Milán: Treves.
- CORTINA, R. D. de la (1893): *El Indiano, comedia en tres actos y en prosa en inglés y en español, inspirada en una de las obras del famoso vate García de la Vega*, Nueva York: R. D. Cortina.
- COSTA, Ll. (1999): *L'illa dels somnis. L'emigració de Begur a Cuba al segle XIX*, Begur: Ajuntament de Begur.
- COSTA FIGUEIRAS, J. (1919): *España en ultramar. I. La sugestión de América*, Barcelona: Ramón Sopena Ed.
- COSTAS COSTAS, M. (1996): «Laicismo masónico versus clericalismo católico: su enfrentamiento reflejado a través de la publicística gallega de principios de siglo», en J. A. Ferrer Benimeli (coord.): *La masonería en la*

- España del siglo XX*, Toledo: UCM/Cortes de Castilla-La Mancha, vol. II, pp. 769-87.
- CREXELL, J. (1984): *Origen de la bandera independentista*, Barcelona: El Llamp.
- CRISTÓFORIS, N. A. de (2006): *Las migraciones de gallegos y asturianos a Buenos Aires (1770-1860)*, Tesis doctoral, Universidad de Buenos Aires.
- (2008): *Proa al Plata: Las migraciones de gallegos y asturianos a Buenos Aires (fines del siglo XVIII y comienzos del XIX)*, Madrid: CSIC.
- (2009): *Bajo la Cruz del Sur: Gallegos y asturianos en Buenos Aires (1820-1870)*, A Coruña: Fundación Barrié de la Maza.
- CROMPTON, R. (1997): *Clase y estratificación. Una introducción a los debates actuales*, Madrid: Tecnos.
- CROSSICK, G y HAUPT, H. G. (1995): *The petite bourgeoisie in Europe, 1780-1914*, Londres/Nueva York: Routledge.
- CRUCES, F. (1913): *Castañolas. Contos, cartas, discursos, cantares e outras cousas*, Buenos Aires: s. ed.
- (1928): *Cousas Gallegas*, Buenos Aires: La Iberia.
- CRUPI, P. (1979): *Letteratura ed emigrazione*, Reggio Calabria: Casa del Libro Editrice.
- CUADRIELLO, J. D. (1998) «Aventuras y desventuras de un periodista ferrolano en La Habana», *Ferrol Análisis*, 13, pp. 50-61.
- CUÉ ROMANO, S. J. (1950): *El indiano, embajador de España*, Santander: Eds. Cantabria.
- CUESTA, M. (1992): *Extremadura y América*, Madrid: MAPFRE.
- CUPEIRO, B. (1989): *A Galiza de alén mar*, Sada-A Coruña: Eds. do Castro.
- DA ORDEN, M.^a L. (1991): «Una fiesta popular y la consolidación de una dirigenma étnica: Las romerías españolas de Mar del Plata, 1897-1930», *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 19, pp. 379-403.
- (1995): «Liderazgo étnico, relaciones personales y participación política: los españoles de Mar del Plata (1883-1930)», en M.^a Bjerg y H. Otero (comps.): *Inmigración y redes sociales en la Argentina moderna*, Tandil: CEMLA/IEHS, pp. 133-67.

- (2005): *Inmigración española, familia y movilidad social en la Argentina moderna. Una mirada desde Mar del Plata (1890-1930)*, Buenos Aires: Biblos.
- (2010): *Una familia y un océano de por medio: La emigración gallega a la Argentina: Una historia a través de la memoria epistolar*, Rubí: Anthropos.
- DAIREAUX, E. (1888): *Vida y costumbres en la Plata. Tomo Segundo. Industrias y productos*, Buenos Aires/Paris: Félix Lajouane/Libr. de Ch. Bouret.
- DALLA CORTE, G., y PRADO, G. H. (2005): «El movimiento americanista español en la coyuntura del centenario. Del impulso ovetense a la disputa por la hegemonía entre Madrid y Cataluña», *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 56, pp. 31-64.
- DE GOEJE, H. (1997): «El cacique como political middleman: El poder local en el concejo de Ponga (Asturias) 1900-1923», en L. Fernández Prieto et al. (eds.): *Poder local, élites e cambio social na Galicia non urbana (1874-1936)*, Santiago de Compostela: usc/ Parlamento de Galicia, pp. 393-413.
- DE LUÍS MARTÍN, F. (1993): *La cultura socialista en España. 1923-1930*, Salamanca: Univ. de Salamanca/Csic.
- DEL RÍO, G. (1933): *Un argentino en Galicia. Crónicas de la aldea*, Buenos Aires: Ed. Tor.
- DEVOTO, F. (1984): «Las sociedades italianas de ayuda mutua en Buenos Aires y Santa Fe. Ideas y problemas», *Studi Emigrazione / Études Migrations*, 75, pp. 321-41.
- (1986): «Elementi per un analisi delle ideologie e dei conflitti nella comunità italiana d'Argentina (1860-1919)», *Storia Contemporanea*, xvii, 2, pp. 279-92.
- (1988): «Las cadenas migratorias italianas: algunas reflexiones a la luz del caso argentino», *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 8, pp. 103-23.
- (1989): «La primera élite política italiana de Buenos Aires (1852-1880)». *Studi Emigrazione / Études Migrations*, 94, pp. 168-93.
- (1990): «Catolicismo y anticlericalismo en un barrio italiano de Buenos Aires (La Boca) en la segunda mitad del s. xix», en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 14, pp. 183-210.
- (1991a): «Algo más sobre las cadenas migratorias de los italianos a la Argentina», *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 19, pp. 323-43.

- (1991b): *Estudios sobre la emigración italiana a la Argentina en la segunda mitad del siglo XIX*, Nápoles: Edizioni Scientifiche Italiane.
- (1992a): *Del crisol al pluralismo. Treinta años de estudios sobre las migraciones europeas a la Argentina*, Buenos Aires: Instituto Torcuato Di Tella-Centro de Investigaciones Sociales.
- (1992b): «¿Inventando a los italianos? Imágenes de los primeros inmigrantes en Buenos Aires (1810-1880)», en *Anuario del IEHS* (vii), pp. 121-35.
- (1993a): «En torno a la historiografía reciente sobre las emigraciones española e italiana a Latinoamérica», *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 25, pp. 441-60.
- (1993b): *Le migrazioni italiane in Argentina. Un saggio interpretativo*, Nápoli: ISI.
- (1997): «As migrações internacionais e a questão da escala», *Estudos Migratorios*, 3, pp. 9-34.
- (1999): «Ideas, políticas y prácticas migratorias argentinas en una perspectiva de largo plazo», *Exils et Migrations Ibériques au XXe Siècle*, 7, pp. 29-60.
- (2000): «Imigração europeia e identidade nacional nas imagens das elites argentinas (1850-1914)», en Fausto, B.(ed.): *Fazer a América. A Imigração em Massa para a América Latina*, São Paulo: Edusp, pp. 33-60.
- (2001): *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2003): *Historia de la inmigración en la Argentina*, Buenos Aires: Sudamericana.
- (2010): «Bos Aires, 1910: Imaxes das elites, os inmigrantes e as súas comunidades no Primeiro Centenario», en R. Farías (comp.): *Bos Aires galega. Inmigración, pasado e presente*, Noia: Toxosoutos, pp. 39-46.
- DEVOTO, F. J., y FERNÁNDEZ, A. E. (1990): «Mutualismo étnico, liderazgo y participación política. Algunas hipótesis de trabajo», en D. Armus (comp.): *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de historia social argentina*, Buenos Aires: Sudamericana, pp. 128-52.
- DEVOTO, F. J., y GONZÁLEZ-BERNALDO, P., eds. (2001): *Émigration politique. Une perspective comparée. Italiens et Espagnols en Argentine et en France (XIXe - Xxe siècles)*, París: L'Harmattan/CEMLA.

- DEVOTO, F. J., y OTERO, H. (2003): «Veinte años después: Una lectura sobre el crisol de razas, el pluralismo cultural y la Historia nacional en la historiografía argentina», *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 50, pp. 181-227.
- DEVOTO, F. J., y ROSOLI, G., eds. (1988): *L'Italia nella società argentina*, Roma: Cser.
- DÍAZ, H. ed. (2008): *Ramón Suárez Picallo. Años de formación política. Selección de textos (1916-1931)*, Buenos Aires: Alborada.
- DÍAZ ESCULIES, D. (1991): *El catalanisme polític a l'exili (1939-1959)*, Barcelona: La Magrana.
- DÍAZ PARDEIRO, J. R. (1992): *La vida cultural en La Coruña. El teatro 1882-1915*, A Coruña: Concello da Coruña.
- DICCIONARI (1992): *Diccionari dels catalans d'América*, Barcelona, Generalitat de Catalunya, 4 vols.
- DÍEZ BORQUE, J. M.^a (1976): *Sociología de la comedia española del siglo XVII*, Madrid: Cátedra.
- DIVASSÓN MENDÍVIL, B. (2006), *Secundino Delgado Rodríguez 1867-1912*, Santa Cruz de Tenerife: Parlamento de Canarias / Fundación Víctor Zurita Soler.
- DOMÉNECH, J. (1993): «Els indians de Lloret de Mar», *L'Avenç*, 169, pp. 26-29.
- DOMÍNGUEZ ALMANSA, A. (1997): *A formación da sociedade civil na Galicia rural. Asociacionismo agrario e poder local en Teo (1890-1940)*: s.l. [Teo]: Concello de Teo.
- DOUGHERTY, D. y VILCHES, M.^a F. (1990): *La escena madrileña entre 1918 y 1926. Análisis y documentación*, Madrid: Fundamentos.
- (1997): *La escena madrileña entre 1926 y 1931. Un lustro de transición*, Madrid: Fundamentos.
- DOUGLAS, W. y TOTOMICAGÜENA, G. (1999): «Identidades complementarias. La sociabilidad y la identidad vascas en la Argentina entre el pasado y el presente», en A. E. Fernández y J. C. Moya (eds.): *La inmigración española en Argentina*, Buenos Aires: Biblos, pp. 257-71.
- DREYFUS-ARMAND, G. (2000): *El exilio de los republicanos españoles en Francia. De la Guerra Civil a la muerte de Franco*, Barcelona: Crítica.

- DUARTE, A. (1998): *La República del Emigrante. La cultura política de los emigrantes españoles en Argentina (1875-1910)*, Lleida: Milenio.
- (2000): «A patria lonxe da casa. Emigración política e identidade nacional dos españois en Arxentina (ca. 1880-ca. 1914)», *Estudios Migratorios*, 9, pp. 33-59
- (2001): «La patrie loin de chez soi. Emigration politique et identité nationale des Espagnols en Argentine (1880-1914)», en Devoto y González-Bernaldo (eds.): *Émigration politique. Une perspective comparée*, pp. 213-31.
- (2004): «España en la Argentina. Una reflexión sobre patriotismo español en el tránsito del siglo XIX al XX», *Illes i Imperis*, 7, pp. 177-99.
- (2009): *El otoño de un ideal. El republicanismo histórico español y su declive en el exilio de 1939*, Madrid: Alianza.
- DURÁN, J. A. (1976): *Agrarismo y movilización campesina en el país gallego: 1875-1912*, Madrid: Siglo XXI.
- (1982): «La parroquia de acá y de acolá en la Galicia tradicional», en *Indianos. Monografías de los Cuadernos del Norte*, pp. 63-68.
- DUROUX, R. y MONTANDON, A. (eds.) (1999): *L'émigration: le retour*, Clermont-Ferrand: Université Blaise Pascal (CRLMC).
- EASTMAN ATTEBERY, J. (2007): *Up in the Rocky Mountains: Writing the Swedish Emigrant Experience*, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- ÉBELOT, A. (1994): *La guerre dans la Pampa. Souvenirs et récits de la frontière argentine (1876-1879)*, París: L'Harmattan.
- EGAÑA, I. (ed.) (1997): *José Antonio Aguirre y Lekube. Diario de Aguirre*, Tafalla: Txalaparta.
- EIJÁN, S. (1913): *Cuadros de mi tierra*, Santiago de Compostela: Tip. El Eco Franciscano.
- EIRAS ROEL, A. (1988): «En torno a la emigración gallega a América en el siglo XIX. Algunas consideraciones a la luz del ejemplo canario», *Espacio, Tiempo y Forma. IV. Historia Moderna*, 1, pp. 225-40.
- (1989): «Sobre las motivaciones de la emigración gallega a América y otros aspectos. Un enfoque comparativo», *Revista da Comisión Galega do Quinto Centenario*, 2, pp. 57-71.

- (1991): *Emigración española y portuguesa a América*, Alicante: Instituto de Cultura Juan Gil Albert.
- ed., (1992a): *Aportaciones al estudio de la emigración gallega. Un enfoque comarcal*, Santiago de Compostela: Xunta de Galicia.
- (1992b): «La emigración gallega a las Américas en los siglos XIX y XX. Nueva panorámica revisada», en A. Eiras Roel (ed.): *Aportaciones al estudio de la emigración gallega. Un enfoque comarcal*, Santiago de Compostela: Xunta de Galicia, pp. 185-215.
- EIRAS ROEL, A. y REY CASTELAO, O. (1992): *Los gallegos y América*, Madrid: MAPFRE.
- eds., (1994): *Migraciones internas y medium-distance en la Península Ibérica, 1500-1900*, Santiago de Compostela: Xunta de Galicia/CIDH, 3 vols.
- ELLIOTT, B. S., GERBER, D. A., y SINKE, S. M., (eds.) (2006): *Letters across borders: The epistolary practices of international migrants*, Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- ERICE, F. (1995): *Propietarios, comerciantes e industriales. Burguesía y desarrollo capitalista en la Asturias del siglo XIX, 1830-1885*, Oviedo: Universidad de Oviedo.
- (1996): «Los asturianos en Cuba y sus vínculos con Asturias: rasgos y desarrollo de una colectividad regional en la etapa final del colonialismo español», en P. Gómez Gómez (coord.): *De Asturias a América. Cuba (1850-1930). La comunidad asturiana de Cuba*, s. l.: s. ed., pp. 71-152.
- (1999): «Retorno y retornados de la emigración a América: el caso de Asturias», en J. Cuesta Bustillo (coord.): *Retornos (De exilios y migraciones)*, Madrid: Fundación Largo Caballero, pp. 39-73.
- ERIKSON, Ch. (1972): *Invisible Immigrants. The Adaptation of English and Scottish Immigrants in Nineteenth Century America*, Londres: University of Miami Press.
- ESCOBEDO, R. et al. (eds.) (1996a): *Euskal Herria y el Nuevo Mundo: La contribución de los vascos a la formación de las Américas*, Leioa: UPV/EHU.
- (1996b): *Emigración y redes sociales de los vascos en América*, Leioa: UPV/EHU.
- ESTAVAN, L. (comp.) (1991): *The Italian Theater in San Francisco*, San Bernardino, Ca: R. Reginald / The Borgo Press.

- FABREGAT, R. (1956): *Macià. La seva actuació a l'estranger*, México: Edicions Catalanes de Mèxic, 2 vols.
- FAIR, Th. (1972): *The Indiano during the Spanish Golden Age from 1550-1650*, Tesis doctoral, Temple University.
- FALLERS, L. A. (ed.) (1967): *Inmigrants and Associations*, La Haya: Mouton.
- FARÍAS IGLESIAS, R. G. (ed.) (2007): *Buenos Aires gallega. Inmigración, pasado y presente*, Buenos Aires: Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
- (2008): «Galicia y los gallegos desde la mirada de *Caras y Caretas*», en Lojo, R. M.^a, Guidotti de Sánchez, M. y Farías, R. (2008): *Los gallegos en el imaginario argentino. Literatura, sainete, prensa*, A Coruña: Fundación Barrié de la Maza, pp. 199-269.
- (2009): «Unha sociedade galaica cun ámbito de referencia crioulo: O Centro Gallego de Barracas al Sud-Avellaneda», *Estudos Migratorios*, 2:2, pp. 109-32.
- (2010): *La inmigración gallega en el Sur del Gran Buenos Aires, 1869-1960*, Tesis doctoral, Universidade de Santiago de Compostela.
- FAUSTO, B. (ed.) (2000): *Fazer a América. A imigração em massa para a América Latina*, São Paulo: Edusp.
- FERNÁNDEZ, A. (1909): *Para gloria del Terruño. Obra amena, interesante y de gran utilidad para todos los gallegos residentes en Cuba*, La Habana: s. ed.
- FERNÁNDEZ, A. E. (1987): «Patria y cultura. Aspectos de la acción de la élite española de Buenos Aires (1890-1920)», *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 6-7, pp. 291-307.
- (1989): «El mutualismo español en un barrio de Buenos Aires: San José de Flores (1890- 1900)», *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 13, pp. 609-41.
- (1990): «La colectividad española de Buenos Aires y el asociacionismo étnico», *Arbor*, 536-537, pp. 25-51.
- (1992): «Las asociaciones catalanas de Buenos Aires (1860-1930). Un estudio comparativo», en VV. AA., *Catalunya i la Restauració, 1876-1923*, Manresa: Centre d'Estudis del Bages, pp. 507-14.

- (2001): «Los gallegos dentro de la colectividad y las asociaciones españolas en el primer tercio del siglo XIX», en Núñez Seixas (ed.): *La Galicia austral*, pp. 139-60.
 - (2004): *Un «mercado étnico» en el Plata: Emigración y exportaciones españoles a la Argentina, 1880-1935*, Madrid: CSIC.
 - (2010): «Historiografía das asociacións galegas: O caso arxentino e algunhas comparacións latinoamericanas», en De Cristóforis, N. A. (ed.), *Baixo o signo do franquismo: Emigrantes e exiliados galegos na Arxentina*, Santiago de Compostela: Sotelo Blanco, 2010, pp. 139-62.
 - (2011): «'Prédiques de germanor'. Las asociaciones catalanas de Buenos Aires y sus prácticas institucionales (1850-1940)», *Historia Social*, 70, pp. 63-80.
- FERNÁNDEZ, A. E., y MOYA, J. C., eds. (1999): *La inmigración española en la Argentina*, Buenos Aires: Biblos.
- FERNÁNDEZ CLEMENTE, E. y PINILLA NAVARRO, V. (2003): *Los aragoneses en América (siglos XIX y XX). I. La emigración*, Zaragoza: Gobierno de Aragón, 2 vols.
- FERNÁNDEZ-CORDERO y AZORÍN, C. (1970): *La sociedad española del siglo XIX en la obra literaria de D. José M.^a de Pereda*, Santander: Institución Cultural de Cantabria.
- FERNÁNDEZ DE LARRINO, K. (1992): *Ospakizuna, errituala eta historia: mendebako urrutiko euskal jaiak antropologiaren harira*, Vitoria: Gobierno Vasco.
- FERNÁNDEZ DE MIGUEL, D. (2010): «El peligro viene del Norte: La larga enemistad de la España conservadora a los Estados Unidos», en Núñez Seixas, X. M., y Sevillano, F. (eds.): *Los enemigos de España. Imagen del otro, conflictos bélicos y disputas nacionales (siglos XVI-XX)*, Madrid: CEPC, pp. 207-32.
- FERNÁNDEZ PESQUERO, J. (1915): *La patria del indiano*, Madrid: Casa Ed.
- FERNÁNDEZ DE PINEDO, E. (1993): *La emigración vasca a América, siglos XIX y XX*, Colombres: Archivo de Indianos.
- FERNÁNDEZ PRIETO, L., et al. (coord.) (1997): *Poder local, élites e cambio social na Galicia non urbana (1874-1936)*, Santiago de Compostela: USC/Parlamento de Galicia.

- FERNÁNDEZ SAAVEDRA, A. (1986): *Antología de un hombre que perdió su futuro*, Sada-A Coruña: Eds. do Castro.
- FERNÁNDEZ SANTIAGO, M. X. (1996): «Associazionismo etnico e considerazione sociale: gli emigranti galiziani in Argentina (1879-1950)», *Memoria e Ricerca*, vol.8, pp. 77-98.
- (2001): «Asociacionismo gallego en Buenos Aires (1936-1960)», en X. M. Núñez Seixas (ed.): *La Galicia Austral. La inmigración gallega en la Argentina*, Buenos Aires: Biblos, pp. 181-201.
- FERNÁNDEZ VICENTE, M.^a J. (2004): *Émigrer sous Franco. Politiques publiques et stratégies individuelles dans l'émigration espagnole vers l'Argentine et vers la France (1945-1965)*, Lille: ANRT.
- (2005): «En busca de la legitimidad perdida. La política de emigración del régimen franquista, 1946-1965», *Estudios Migratorios latinoamericanos*, 56, pp. 3-30.
- FERRAROTTI, F. (1989): «Breve nota sobre Historia, biografía, privacy», *Historia y Fuente Oral*, 2, pp. 51-55.
- FERRÁS, G. L. (2003): «La figura del extranjero en el proyecto político-cultural de las élites», en S. Villavicencio (ed.): *Los contornos de la ciudadanía. Nacionales y extranjeros en la Argentina del Centenario*, Buenos Aires: Eudeba, pp. 11-52.
- (2007): «Ricardo Rojas: Inmigración y nación en la Argentina del Centenario», *Memoria y Sociedad*, II:22, pp. 5-18.
- FERREIRO, J. (1972): *Don Marcelino (Historia de un emigrante)*, Buenos Aires: T.G. Américalee.
- FERRER DEL RÍO, A. (1945): «El indiano» [1851], en VV. AA.: *Estampas del siglo XIX. La Celestina, el indiano, la maja, la gitana, el bandolero*, Barcelona: Colección Cien Bibliófilos.
- FITZPATRICK, D. (1994): *Oceans of Consolation: Personal Accounts of Irish Migration to Australia*, Cork: Cork UP.
- FORCADELL ÁLVAREZ, C. (1995-96), «La fragmentación espacial en la historiografía contemporánea: La historia regional-local y el temor a la síntesis», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, 13-14, pp. 15-27.

- FONER, E. (1978): «Class, Ethnicity and Radicalism in the Gilded Age: The Land League & Irish-America», *Marxist Perspectives*, pp. 6-55.
- FRANCO BAHAMONDE, R. y RUÍZ DE ALDA, J. (1926): *De Palos al Plata*, Madrid: Espasa Calpe.
- FRANCO TABOADA, A. (1989): «Urbanismo indiano en Galicia», *Revista da Comisión Galega do Quinto Centenario*, 1, pp. 103-14.
- FRANÇOIS, E. (1987): «Fecondité de l'Histoire orale», *Les Cahiers de L'IH-TP*, 4, pp. 33-43.
- FRANZINA, E. (1979, 2a. ed. 1994): *Merica! Merica. Emigrazione e colonizzazione nelle lettere dei contadini veneti e friulani in America Latina (1876-1902)*, Milán: Feltrinelli.
- (1992a): «Autobiografías y diarios de la emigración. Experiencia y memoria en los escritos autobiográficos de emigrantes e inmigrados en América entre los siglos XIX y XX», *Historia Social*, 14, pp. 121-42.
- (1992b): *L'immaginario degli emigranti*, Treviso: Pagus.
- (1996): *Dall'Arcadia in America. Attività letteraria ed emigrazione transoceanica in Italia (1850-1940)*, Torino: Fondazione Giovanni Agnelli.
- (1999): «Le risorse dell'etnia e i doni della politica: Approssimazioni sugli italiani americani nella storia politica di un continente», *Italia Contemporanea*, 217, pp. 651-66.
- (2000): «La guerra lontana. Il primo conflitto mondiale e gli italiani d'Argentina», en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 440, pp. 57-83.
- FRID, C. (1993): «Parenti, negozianti e dirigenti: la prima dirigenza italiana di Rosario (1860-1890)», en G. Rosoli (ed.): *Identità degli italiani in Argentina. Reti sociali, famiglia, lavoro*, Roma: Studium, pp. 129-66.
- (2000): «A imigração espanhola na Argentina (1880-1930)», en B. Fausto (ed.): *Fazer a América. A imigração em massa para a América Latina*, São Paulo: Edusp, pp. 93-126.
- (2001): «Movilidad transatlántica y circuitos migratorios: Perspectivas analíticas y problemas metodológicos de las migraciones de retorno de los españoles desde Argentina (1880-1930)», *Estudios Migratorios*, 11-12, pp. 53-74.

- GABACCIA, D. (1984) «Migration and Peasant Militance: Western Sicily 1880-1910», *Social Science History*, 8, pp. 67-80.
- (1988): *Militants and Migrants: Rural Sicilians Become American Workers*, New Brunswick: Rutgers UP.
- (1992) «Clase y cultura: los migrantes italianos en los movimientos obreros en el mundo (1876-1914)», *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 22, pp. 137-55.
- (1998): *We are what we eat: ethnic food and the making of Americans*, Cambridge, Mass.: Harvard UP.
- GALLEGU, J. A., et al. (1992): *Navarra y América*, Madrid: MAPFRE.
- GÁLVEZ, L. (2003): *Historias de inmigración. Testimonios de pasión, amor y arraigo en tierra argentina (1850-1950)*, Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.
- GANDOLFO, R. (1986): «Notas sobre la élite de una comunidad emigrada en cadena: el caso de los agnoneses», *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 8, pp. 137-55.
- (1992): «Las sociedades italianas de socorros mutuos de Buenos Aires: cuestiones de clase y etnia dentro de una comunidad de inmigrantes (1880-1920)», en F. J. Devoto y E. J. Míguez (comps.): *Asociacionismo, trabajo e identidad étnica. Los italianos en América Latina en una perspectiva comparada*, Buenos Aires: CENILA/CSER/IEHS, pp. 311-32.
- GANS, H. (1962): *Urban Villagers: Group and Class in the Life of Italian Americans*, Nueva York: Free Press.
- (1979): «Symbolic Ethnicity: The Future of Ethnic Groups and Cultures in America», en *Ethnic and Racial Studies*, 2:1, pp. 2-20.
- GARCÍA, I. (1998): «‘...Y a sus plantas rendido un león’. Xenofobia antiespañola en Argentina, 1890-1900», *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 13: 39, pp. 195-221.
- GARCÍA ÁLVAREZ, A. y BLANCO RODRÍGUEZ, J. A. (2009): *Gestión económica y arraigo social de los castellanos en Cuba*, Valladolid: Junta de Castilla y León.
- GARCÍA BELSUNCE, C. A., (dir.) (1976): *Buenos Aires. Su gente 1800-1830*, Buenos Aires: Emecé.

- GARCÍA DE LA RIEGA, C. (1897): *La gallega. Nave capitana de Colón en el primer viaje del descubrimiento*, Pontevedra: Viuda de J. A. Antúnez.
- (1914): *Colón español. Su origen y patria*, Madrid: Sucesores de Rivadeneyra.
- GARCÍA LÓPEZ, J. R. (1992): *Las remesas de los emigrantes españoles a América (siglos XIX y XX)*: Colombres: Archivo de Indianos.
- GARCÍA SEBASTIANI, M. (2004): «Crear identidades y proyectar políticas de España en la Argentina en tiempos de transformación del liberalismo. *El Diario Español* de Buenos Aires (1905-1912)», *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 55, pp. 525-54.
- (2008): «Interlocutores y escenarios del liberalismo reformista español en Argentina», en M. García Sebastiani y F. del Rey Reguillo (eds.): *Los desafíos de la libertad. Transformación y crisis del liberalismo en Europa y América Latina*, Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 349-73.
- ed. (2010): *Patriotas entre naciones. Élités emigrantes españolas en Argentina (1870-1940)*, Madrid: Editorial Complutense.
- GARÍ HAYEK, D. (1993): *Historia del nacionalismo canario*, Santa Cruz de Tenerife: Benchomo.
- GARRIDO COUCEIRO, X. C. (1995): *Manuel García Barros. Loitando sempre*, Lugo: Ed. Fouce.
- GERBER, D. (2000): «Epistolary Ethics: Personal Correspondence and the Culture of Emigration in the Nineteenth Century», *Journal of American Ethnic History*, 19:4, pp. 3-23.
- (2005): «Acts of deceiving and withholding in immigrant letters: personal identity and self-presentation in personal correspondence», *Journal of Social History*, Winter, 39:2, pp. 315-30.
- (2007): *Authors of Their Lives. The Personal Correspondence of British Immigrants to North America in the Nineteenth Century*, Nueva York/ Londres: New York UP.
- GIBELLI, A. (1997): «Les témoignages des émigrants entre oralité et écriture», en M. Rouche y C. Maltone (eds.): *Sur le pas des Italiens en Aquitaine au vingtième siècle. Actes du Colloque International Talence-Bordeaux*, Burdeos: Maison des Sciences de l'Homme d'Aquitaine.

- (2002a): «Emigrantes y soldados. La escritura como práctica de masas en los siglos XIX y XX», en A. Castillo (coord.): *La conquista del alfabeto. Escritura y clases populares*, Oviedo: Trea, pp. 189-223.
- ed. (2002b): *Storie di gente comune nell'Archivio Ligure della Scrittura Popolare*, Génova: Università degli Studi di Genova.
- GIBELLI, A., y CAFFARENA, F. (2001): «Le lettere degli emigranti», en Bevilacqua, De Clementi e Franzina (eds.): *Storia dell'emigrazione italiana. Partenze*, pp. 563-74.
- GIRONA, A. y F. MANCEBO, eds. (1995): *El exilio valenciano en América: obra y memoria*, València: Universitat de València.
- GIL DE OTO, M. (Miguel Toledano) (1915): *La Argentina que yo he visto*, Barcelona: B. Bauza.
- GILKEY, G. (1967): «The United States and Italy: Migration and Repatriation», *Journal of Developing Areas*, 2, pp. 23-36.
- GJERDE, J. (1999): «Identidades múltiples y complementarias: inmigrantes, líderes étnicos y el Estado en los Estados Unidos», *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 42, pp. 3-21.
- GLAZER, N. y MOYNIHAN, D. P. (1963): *Beyond the Melting Pot: The Negroes, Puerto Ricans, Jews, Italians, and Irish of New York City*, Cambridge (Mass.): Harvard UP.
- (1983): *Ethnic Dilemmas (1964-1982)*: Cambridge (Mass.): Harvard UP.
- GLICK-SCHILLER, N.; BASCH, L., y BLANCSZANTON, C., eds. (1992): *Towards a Transnational Perspective on Migration: Race, Class, Ethnicity, and Nationalism Reconsidered*, Nueva York: Columbia UP.
- GMELCH, C. (1980): «Return Migration», *Annual Review of Anthropology*, 9, pp. 135-59.
- GÓMEZ FERRER, G. (1989): «El indiano en la novela realista», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 466, pp. 25-45.
- GÓMEZ GÓMEZ, P. (coord.) (1996): *De Asturias a América, Cuba (1850-1930): la comunidad asturiana de Cuba*, Oviedo: Gobierno del Principado de Asturias.
- GONZÁLEZ BESADA, A. (1905): *La emigración*, Madrid: s. ed.

- GONZÁLEZ CUEVAS, P. C. (2003): *Maextu. Biografía de un nacionalista español*, Madrid: Marcial Pons
- GONZÁLEZ LOPO, D. L. (1999): «Los movimientos migratorios en tierras del interior de la provincia de Pontevedra entre 1801 y 1950: características y puntos de destino», *Semata. Ciências Sociais e Humanidades*, 11, pp. 269-98.
- GONZÁLEZ MARTÍNEZ, E. (1990): *Café e inmigración: los españoles en São Paulo, 1880-1930*, Madrid: CEDEAL.
- (2009): «Redes sociales y emigración: El caso de los marplatenses», *Revista de Indias*, 245, pp. 199-224.
- GONZÁLEZ MARTÍNEZ, E., y MERINO HERNANDO, A. (2007): *Historias de acá. La trayectoria migratoria de los argentinos en España*, Madrid: CSIC.
- GONZÁLEZ PAGÉS, J. C. (2003): *Emigración de mujeres gallegas a Cuba: Las Hijas de Galicia*, Vigo: Concello de Vigo
- GONZÁLEZ PÉREZ, C. (1996): «A sociedade de instrucción Santa María de Urdilde y sus contornos da Habana», *Estudios Migratorios*, 2, pp. 177-210
- GONZÁLEZ RAPOSO, B. (1999): *O protestantismo en Galicia. Unha historia centenaria, esquecida*, Vigo: Eds. Xerais
- GONZÁLEZ DE VELASCO, E. (1880): «El señor D. Fabián Fabianes de las Cuestas Altas», en ID.: *Tipos y bocetos de la emigración asturiana*, Madrid: Imprenta de la Revista de Legislación, pp. 71-127.
- GOULDNER, A.W. (ed.) (1950): *Studies in Leadership*, Nueva York: Harper Brothers.
- GRAMMANN, F. y MOSCOVICI, S. (eds.) (1986): *Changing Conceptions of Leadership*, Nueva York: Springer.
- GRANDMONTAGNE, F. (1944): *Los inmigrantes prósperos [1933]*, Madrid: Aguilar.
- GRANOVETTER, M. (1974): *Getting a Job*, Cambridge: Harvard UP.
- (1983): «The Strength of Weak Ties: A Network Theory Revisited», *Sociological Theory*, 1, pp. 201-33.
- GREEN, N. L. (2002): *Repenser les migrations*, París: PUF.
- GREENE, V. R. (1975): *For God and Country. The Rise of Polish and Lithuanian Ethnic Consciousness in America (1860-1910)*, Madison: Wisconsin UP.

- GRIBAUDI, M. (1992): «La metafora della rete. Individuo e contesto sociale», *Meridiana*, 15, pp. 91-108.
- GRIECO, M. (1987): *Keeping it in the Family. Social Networks and Employment Change*, Nueva York: Tavistock.
- GUGENBERGER, E. (2001): «Identidad, conflicto lingüístico y asimilación: observaciones sobre la lengua gallega en Buenos Aires», en Núñez Seixas (ed.): *La Galicia austral*, pp. 251-78.
- (2006): *Migrationslinguistik. Akkulturation, Sprachverhalten und sprachliche Hybridität am Beispiel galicischer Immigranten und Immigrantinnen in Argentinien*, Tesis de Habilitación, Universität Bremen.
- GUIDOTTI, M. (2009): *El imaginario de la inmigración española (los «gallegos») en el sainete argentino*, Tesis doctoral, Universidad de Salvador (Buenos Aires).
- GURRIA GARCÍA, P. A. y LÁZARO RUÍZ, M. (2002): *Tener un tío en América. La emigración riojana a Ultramar (1880-1936)*: Logroño: Instituto de Estudios Riojanos / Gobierno de La Rioja
- GUTMAN, M. y REESE, Th., eds. (1999): *Buenos Aires 1910. El imaginario para una gran capital*, Buenos Aires: Eudeba.
- HALBWACHS, M. (2004): *La memoria colectiva*, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- HALE, F. ed. (1984): *Danes in North America. Seattle and London*, Seattle: University of Washington Press.
- (1991): *Their Own Saga: Letters from the Norwegian Global Migration*, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- HARNEY, R. F. (1984): *Dalla frontiera alle Little Italies. Gli italiani in Canada (1800-1945)*, Roma: Bonacci.
- HARTMAN, G. (1998): «Building the Ideal Immigrant: Reconciling Lithuanianism and 100 Percent Americanism to Create a Respectable Nationalist Movement, 1870-1922», *Journal of American Ethnic History*, 18:1, pp. 36-68.
- HARZIG, Ch., HOERDER, D., y GABACCIA, D. (2009): *What is Migration History?*, Cambridge: Polity Press.

- HELBICH, W. (ed.) (1985): «*Amerika ist ein freies Land ...*», *Auswanderer schreiben nach Deutschland*, Darmstadt u. a.: Luchterhand.
- (1989): «Die deutsche Auswanderung in die USA im 19. Jahrhundert: Die Aussage der Auswandererbriefe zu Information, Motivation und nichtinstitutioneller Fürsorge», *Zeitschrift für Kulturaustausch*, 39, p. 266-78.
- (1997): «Immigrant Adaptation at the Individual Level: The Evidence of Nineteenth-Century German-American Letters», *Amerikastudien / American Studies*, 42:3, p. 407-18.
- HERNÁNDEZ BORGE, J. y GONZÁLEZ LOPO, D. (eds.) (2008): *Mujer y emigración: Una perspectiva plural*, Santiago de Compostela: usc.
- HERNÁNDEZ GARCÍA, J. (1981): *La emigración canario-americana en la segunda mitad del siglo XIX*, Las Palmas: Cabildo Insular de Gran Canaria
- (1982): *Los canarios en la gestación de la república de Venezuela (1831-1863)*, Santa Cruz de Tenerife: Centro de la Cultura Popular Canaria
- HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, M. (1995): *Canarias, la emigración: la emigración canaria a América a través de la Historia*, Santa Cruz de Tenerife: Centro de la Cultura Popular Canaria
- (1996): *La emigración canaria a América (1765-1824). Entre el libre comercio y la emancipación*, Santa Cruz de Tenerife: Centro de la Cultura Popular Canaria
- HETTLING, M. y NOLTE, P. (eds.) (1993): *Bürgerliche Feste. Symbolische Formen politischen Handelns im 19. Jahrhundert*, Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht.
- HIGHAM, J. (ed.) (1978): *Ethnic Leadership in America*, Baltimore: Johns Hopkins UP
- (1986): «La movilización de los inmigrantes». *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 4, p. 461-487
- HOERDER, D. (1982): «Immigration and the Working Class: The Remigration Factor», *International Labor and Working Class History*, 21, p. 28-41.
- HORTELANO, B. (1936): *Memorias de Benito Hortelano*, Madrid: Espasa-Calpe.
- HOVDE, B. J. (1934): «Notes on the Effects of Emigration upon Scandinavia», *The Journal of Modern History*, VI:3, pp. 253-79.

- HOYOS PUENTE, J. de (2009): «Días del destierro: Las conmemoraciones y aniversarios del exilio republicano en México», *Alcores*, 7, pp. 261-89.
- INFANTE, J. D. (1920): *¡¡España!! Reflexiones de un expatriado*, Madrid: Ed. Reus.
- IRIANI, M. (2000): *Hacer la América. Los vascos en la Pampa húmeda: Argentina, 1830-1930*, Leioa: UPV.
- JAURETCHÉ, A. (2001): *Pantalones cortos*, Buenos Aires: Corregidor [1.ª ed. 1972].
- JOFRE CABELLO, A. (1997): *Así emigraron los baleares a la Argentina*, Palma de Mallorca: Govern Balear.
- JULIÁ, S. (1989): *Historia social, sociología histórica*, Madrid: Siglo XXI.
- KAMPFHOEFNER, W., (2007): «The Uses of Immigrant letters», *GHI Bulletin*, 41, pp. 137-40.
- (2009): «Immigrant Epistolary and Epistemology: On the Motivators and Mentality of Nineteenth-Century German Immigrants», *Journal of American Ethnic History*, 28:3, pp. 34-53.
- KAMPFHOEFNER, W., y HELBICH, W. (2006): «How Representative are Emigrant Letters? An Exploration of the German Case», en Elliott, Gerber y Sinke (eds.): *Letters across Borders*, pp. 29-55.
- KAMPFHOEFNER, W., HELBICH, W., y U. SOMMER, eds. (1991): *News From the Land of Freedom: German Immigrants Write Home*, Ithaca: Cornell UP [Munich 1988].
- KANTOWICZ, E. R. (1975): *Polish American Politics in Chicago, 1888-1940*, Chicago: Chicago UP.
- KELLERMAN, B. (ed.) (1984): *Leadership: Multidisciplinary Perspectives*, Nueva York: Prentice Hall.
- KENNY, K. (2009): «Twenty Years of Irish American Historiography», *Journal of American Ethnic History*, 28: 4, pp. 67-75.
- KENNY, M. (1972): «The Return of the Spanish Emigrant», *Nord Nytt*, 2, pp. 119-29.
- KERNBERG, O. F. (1999): *Ideología, conflicto y liderazgo en grupos y organizaciones*, Barcelona: Paidós.

- KERO, R. (1972): «The Return of Emigrants from America to Finland», en V. Nitemaa (ed.): *Publications of the Institute of General History*, Turku: University of Turku, pp. 9-29.
- KING, R. (ed.) (1986): *Return Migration and Regional Economic Problems*, Londres / Sydney / Dover: Croom Helm.
- KLEIN, J. M. (2002), *Spaniards and the Politics of Memory in Cuba, 1898-1934*, Tesis Doctoral, University of Texas at Austin (disponible en: <http://www.lib.utexas.edu/etd/d/2002/kleinj029/kleinj029.pdf>).
- KORTUM, G. (1981): «Migrationstheoretische und bevölkerungsgeographische Probleme bei der nordfriesischen Amerikarückwanderung», en K. D. Sievers (ed.): *Die deutsche und skandinavische Amerikaauswanderung im 19. und 20. Jahrhundert*, Neumünster: Athäneum, pp. 43-61.
- KRALJIC, F. (1978): *Croatian Migration to and from the United States, 1900-1914*, Stanford: Stanford UP.
- KULA, W. (1976): «El Brasil y la Polonia de fines del siglo XIX en las cartas de los campesinos emigrados», *Jahrbücher für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, 13, pp. 38-55.
- KULA, W., y WTULICH, J. (1986): *Writing home: Immigrants in Brazil and the United States, 1890-1891*, Nueva York: Columbia UP.
- KYMLICKA, W. (1996): *Ciudadanía multicultural*, Barcelona: Paidós.
- LARRAZ, E. (1999): «El retorno de los emigrados en el cine español (1948-1989)», en Cuesta Bustillo (coord.): *Retornos*, pp. 371-84.
- LATINO, A. (1910): *Los factores del progreso de la República Argentina*, Buenos Aires: Librería Nacional J. Lajouane & Cía.
- LEAL BRAGA, C. M.^a (1995): *Memórias de imigrantes galegos*, San Salvador: Centro Editorial e Didáctico da UFBA.
- LEIRA, X. (2000): *Manuel Mera, a paixão militante*, Vigo: A Nosa Terra.
- LEMUS, E. (1998): «La investigación de los refugiados españoles en Chile: fuentes y hallazgos en un exilio de larga duración», *Exils et migrations ibériques au XXe siècle*, 5, pp. 273-93.
- LENCE, J. R. (1924): *Jornadas de lucha*, Buenos Aires: E. Menéndez.
- (1945): *Memorias de un periodista*, Buenos Aires: Centro Difusor del Libro.

- LESTA MEIS, X. (1981) [1927]: *Estebo*, Vigo: Xerais.
- (1982) [1930]: *Abellas de ouro*, Vigo: Xerais.
- (1989) [1926]: *Manecho o da Rúa*, Oleiros: Edivar.
- LEVI, G. (1989): «Les usages de la biographie», *Annales ESC*, pp. 1325-36.
- (1990): «Il piccolo, il grande e il piccolo», *Meridiana*, 10, pp. 211-34.
- LHANDE, P. (1971) [1910]: *La emigración vasca*, San Sebastián: Auñamendi.
- LIDA, C. E. (1997): *Inmigración y exilio. Reflexiones sobre el caso español*, México: Siglo XXI/El Colegio de México.
- LIÑARES GIRAUT, A. (1986): *O Val do Barcala, 1900-1936*, Santiago de Compostela: Feiraco.
- (1999): «Verbo do 92.º aniversario da Unión Barcalesa de La Habana (1907-1999)», *Estudos Migratorios*, 7-8, pp. 179-208.
- coord. (2009): *El protagonismo de la mujer en las corrientes migratorias españolas*, Vigo: Grupo España Exterior.
- LISÓN TOLOSANA, B. (1974): *Antropología cultural de Galicia*, Madrid: Akal.
- LLORCA FREIRE, G. (1997): *Ferroláns en Cuba*, Ferrol: Eds. Embora.
- LLORDÉN MIÑAMBRES, M. (1996): «O asociacionismo dos emigrantes españois. Unha explicación histórica», *Estudios Migratorios*, 2, pp. 28-84.
- LOJO, M.^a R. (2008): «Los ‘gallegos’ en la literatura argentina», en Lojo, Guidotti y Farías (eds.): *Los ‘gallegos’ en el imaginario argentino*, pp. 43-130.
- LOJO, M.^a R., GUIDOTTI DE SÁNCHEZ, M. y FARÍAS, R. (2008): *Los gallegos en el imaginario argentino. Literatura, sainete, prensa*. A Coruña: Fundación Barrié de la Maza.
- LÓPEZ, B. (1992): *Hasta la victoria. siempre... Testimonio de Carmen Cornes, emigrante gallega y militante de la vida*, Sada: Ed. do Castro.
- LÓPEZ ÁLVAREZ, J. (1993): «Emigración y localismo. Sociedades asturianas en La Habana», *Astura*, n.º 9, pp. 53-59.
- (1996): «Emigración y localismo: El Club Allandés de La Habana», en P. Gómez Gómez (coord.): *De Asturias a América*, pp. 311-35.
- (2000a): «Cartas desde América. La emigración de asturianos a través de la correspondencia, 1864-1925», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, LV:1, pp. 81-120.

- (ed.) (2000*b*): *Asturianos en América (1840-1940). Fotografía y emigración*, Gijón: Museo del Pueblo de Asturias.
- LÓPEZ DE SÁA, L. (1915): *Los indianos vuelven*, Madrid: Tip. de José Yaglies.
- LOPREATO, F. (1967): *Peasants no More: Social Class and Social Change in an Undeveloped Society*, San Francisco: Brown.
- LOSADA, A. (1995*a*): «The Cuban Labor Market and Immigration from Spain, 1900-1930», *Cuban Studies*, 25, pp. 147-64.
- (1995*b*): «A historia demográfica de Cuba na primeira metade do século XX: O impacto da emigración», *Estudios Migratorios*, 1, pp. 120-65.
- LUACES PARDO, N. (2000): *O Carreiro. Memorias do tío Santos*, Vigo, Galaxia.
- LUCCI, M. (2009): *El activismo patriótico de los «catalanes de América» de Buenos Aires: Desde 1916 hasta el final del Casal Català*, Tesis Doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona.
- LUGILDE, A. (2007): *O voto emigrante. Viaxe pola zona escura da democracia española*, Vigo: Galaxia.
- (2011), *A participación política dos emigrantes galegos, 1905-2011*, Santiago de Compostela: Tórculo.
- MACARRO, J. M. (1994): «La imagen de España en Argentina», VV. AA.: *La imagen de España en América, 1898-1931*, Sevilla: Escuela de Estudios Latinoamericanos, pp. 61-110.
- MACDONALD, J. S., y MACDONALD, L. D. (1970): «Italian Migration to Australia. Manifest Functions of Bureaucracy versus Latent Functions of Informal Networks», *Journal of Social History*, 3:3, pp. 249-75.
- MACÍAS DOMÍNGUEZ, I. (1999): *La llamada del nuevo mundo. La emigración española a América (1701-1750)*, Sevilla: Universidad de Sevilla.
- MACÍAS DOMÍNGUEZ, I., y MORALES PADRÓN, F., (1991): *Cartas desde América, 1700-1800*, Sevilla: Junta de Andalucía.
- MACÍAS HERNÁNDEZ, A. M. (1992): *La migración canaria, 1500-1980*, Colombres: Archivo de Indianos.
- MACÍAS HERNÁNDEZ, A. M., et al. (1999): «Las relaciones económicas canario-cubanas antes y después del 98», *Estudios Canarios. Anuario del Instituto de Estudios Canarios*, XLIII, pp. 169-201.

- MACIEL, C. N. (1924): *La italianización de la Argentina. Tras las huellas de nuestros antepasados*, Buenos Aires: Libr. de Jesús Menéndez e Hijo.
- MAEZTU, R. (1934): *Defensa de la Hispanidad*, Madrid: Fax.
- MARÍA, M. (1989): «O tema da emigración na poesía galega», *Revista da Comisión Galega do Quinto Centenario*, vol.2, pp. 131-55.
- MALAGARRIGA, C. (1908): *Prosa muerta. Herbario de artículos políticos*, Buenos Aires: Librería La Facultad de Juan Roldán.
- MALHEIRO, X. M. (2000): *A Escola da Bandeira. Unha nova escola en Galicia, 1909-1936*, Bandeira: A. C. Vista Alegre.
- (2005): *Herdanza da emigración ultramarina: Catálogo fotográfico da arquitectura escolar indiana na provincia de Pontevedra*, Pontevedra: Deputación Provincial.
- (2006): *As Escolas dos emigrantes e o pensamento pedagóxico: Ignacio Ares de Parga e Antón Alonso Rios*, Sada-A Coruña: Eds. do Castro.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1992): *Nación e inmigración: los españoles en Cuba (ss. XIX y XX)*, Colombres: Archivo de Indianos.
- (1998): «As remesas dos emigrantes na modernización da economía española trala crise colonial (1898-1913)», *Estudios Migratorios*, 6, pp. 43-56.
- MARCILHACY, D. (2007): «Cristóbal Colón, un héroe hispanizado. Controversias en torno a su patria de origen y homenajes monumentales», en J. Moreno Luzón (ed.), *Construir España. Nacionalismo español y procesos de modernización*, Madrid: CEPD, pp. 153-81.
- MÁRQUEZ MACÍAS, R. (1994): *Historias de América. La emigración española en tinta y papel*, Huelva: Ertoil.
- (1995): *La emigración española a América (1765-1824)*: Oviedo: Universidad de Oviedo.
- MARQUIEGUI, D. N. (1993): *La inmigración española de masas en Buenos Aires*, Buenos Aires: CEDEAL.
- MARTÍNEZ DE SALINAS ALONSO, M.^a L. (2007): *Noticias de Cuba. Cartas de emigrantes vallisoletanos en la segunda mitad del siglo XIX*, Valladolid: Instituto Interuniversitario de Estudios de Iberoamérica y Portugal.
- MARTÍNEZ GONZÁLEZ, X. (2007): *Fuco Gómez*, Pontevedra: AGER.

- MARTÍNEZ MARTÍNEZ, M.^a C. (2007): *Desde la otra orilla. Cartas de Indias en el Archivo de la Real Chancillería de Valladolid*, León: Universidad de León.
- MARTÍNEZ MORÁS, A. (1903): *Íntimas. Fragmento de una autobiografía. Impresiones de un viaje*, Buenos Aires: Impr. Didot.
- (1907): *Siluetas. Primera serie*, Buenos Aires: Imprenta A. Arias Lantero.
- MARTÍNEZ TOLENTINO, J. (1991): *El indiano en las comedias de Lope de Vega*, Kassel: Ed. Reichenberger.
- MARTINIELLO, M. (1992): *Leadership et pouuoir dans les cornmunautés ethniques d'origine irnmigrée: l'exemple d'une communauté ethnique en Belgique*, Paris: L'Harmattan.
- MAS y PI, J., y CAMBA, F. (1910): *Los Españoles en el Centenario Argentino*, Buenos Aires: Imprenta Mestres.
- MASSULLO, G. (2001): «Economia delle rimesse», en P. Bevilacqua, A. de Clementi y E. Franzina, (eds.): *Storia dell'emigrazione italiana. Partenze*, Roma: Donzelli, pp. 161-83.
- MERINO HERNANDO, A. (2012): *Emigración, asociacionismo y retorno de los españoles en la Argentina (siglos XIX y XX). El diseño y la práctica de su investigación*, Madrid: Trotta.
- MERTON, R. K., (1970) [1940]: *Teoría y estructura sociales*, México: FCE.
- MIGUÉNS PARRADO, A. (1913): *12 de Octubre. Evocaciones. 1910. Canto secular*, Córdoba: «Imprenta Argentina» Beltrán y Rossi.
- MÍGUEZ, E. (1987): «Política, participación y poder. Los inmigrantes en las tierras nuevas de la provincia de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XIX», *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 6-7, pp. 25-50
- (1999): «Familias de clase media, la formación de un modelo», en F. Devoto y M. Madero (eds.): *Historia de la vida privada en la Argentina. Vol. II: La Argentina Plural: 1870-1930*, Buenos Aires: Taurus, pp. 21-45.
- (2003): «La integración social de los inmigrantes en la sociedad argentina. Un balance metodológico», en N. Sánchez Albornoz, y M. Llordén Miñambres, (comps.): *Migraciones iberoamericanas. Reflexiones sobre economía, política y sociedad*, Colombres: Fundación Archivo de Indianos, pp. 275-318.

- MILLER, K. A. (1988): *Emigrants and Exiles: Ireland and the Irish Exodus to North America*, Oxford: Oxford UP.
- MIONI, U. (1911): *Italia Madre*, Milán: s. ed.
- MOLINA NADAL, E. (1913): *El emigrante en América*, Madrid: Establecimiento Tip. de Antonio Marzo.
- MONNER SANS, R. (1893a): *Los catalanes en la defensa y conquista de Buenos Aires: Boceto histórico*, Buenos Aires: Imprenta Pablo E. Coni.
- (1893b): *La España de hoy*, Buenos Aires: Libr. de Juan Bonmatí.
- MONNINO, G. M. y POZZETA, G. (1987): *The Immigrant World of Ybor City. Italians and their Latin Neighbors in Tampa, 1885-1985*, Chicago: Un. Of Illinois.
- MONTEIRO, M. (1991): *Fafe dos «Brasileiros» (1860-1930). Perspectiva histórica e patrimonial*, Fafe: s.ed.
- (2000): *Migrantes, Emigrantes e «Brasileiros» de Fafe (1834-1926). Territórios, Itinerários e trajetórias*, Fafe: Câmara Municipal.
- MONTEIRO, P. F. (1994): *Emigração. O eterno mito do retorno*, Oeiras: Celta Editora.
- MONTERO, J. (s. f): *Nuevos valores de la política. Basilio Álvarez y los agrarios gallegos*, Madrid: Impr. Cervantina.
- MONTERROSO DEVESA, X. M. (1987): *A emigración en Castela*, Montevideo: Patronato da Cultura Galega.
- MORAIS SARMENTO, C. A. A. de, (1999): «Minha Querida Marida»- subsídios para o estudo da família emigrante através das Cartas de Chamada 1890/1914», en P. Sá Machado, y J. A. Maia Marqués, (coord.): *Maia. História Regional e Local*, Maia: Câmara Municipal, vol. II, pp. 285-96.
- MORALES MONTOYA, M. (2008): *La Generalitat de Josep Irla i l'exili polític català*. Barcelona: Base.
- MORALES PADRÓN, F. (1990): *Primeras cartas sobre América (1493-1503)*, Sevilla: Univ. de Sevilla.
- MORALES PADRÓN, F., y MACÍAS, I. (1991): *Cartas de América*, Sevilla: Univ. de Sevilla.
- MORALES SARO, M. C. (1993): *Llanes, fin del siglo XIX*, Llanes: El Oriente de Asturias.

- MORAWSKA, E. (1991): «Return Migrations: Theoretical and Research Agenda», en R. J. Vecoli y S. M. Sinke (eds.): *A Century of European Migrations, 1830-1930*, Urbana, Ill.: Univ. of Illinois Press, pp. 277-87.
- (1995): *Insecure Prosperity. Small-Town Jews in Industrial America (1890-1940)*, Princeton (NJ): Princeton UP.
- MOREL, A. (1972): «L'espace social d'un village picard», *Études Rurales*, 45, pp. 62-80.
- MORENO LUZÓN, J. (2008): «Nacionalizar la monarquía. Proyectos, logros y fracasos del Partido Liberal español (1898-1913)», en M. García Sebastiani y F. Del Rey Reguillo, (eds.): *Los desafíos de la libertad. Transformación y crisis del liberalismo: Europa y América Latina*, Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 120-40.
- (2010): «Reconquistar América para regenerar España. Nacionalismo español y centenario de las independencias (1910-1911)», *Historia Mexicana*, 237, pp. 561-640.
- MORÍÑIGO, M. A. (1946): *América en el teatro de Lope de Vega*, Buenos Aires: Instituto de Filología de la UBA.
- MOURE MARIÑO, L. (1939): *Galicia en la guerra*, Madrid: Ediciones Españolas.
- MOYA, J. C. (1998): *Cousins and Strangers. Spanish Immigrants in Buenos Aires, 1850-1930*, Berkeley: Univ. of California Press.
- (1999): «La «fiebre» de la emigración: El proceso de difusión en el éxodo transatlántico español, 1850-1930», en A. E. Fernández y J. C. Moya (eds.): *La Inmigración española en la Argentina*, Buenos Aires : Biblos, pp. 19-41.
- (2001): «Los gallegos en Buenos Aires durante el siglo XIX: inmigración, adaptación ocupacional e imaginario sexual», en X. M. Núñez Seixas (ed.): *La Galicia austral. La inmigración gallega en la Argentina*, Buenos Aires: Biblos, pp. 69-85.
- (2008): «Tanos e gaitas: Inmigración, asentamiento e competencia simbólica dos italianos e españois na Arxentina», *Estudos Migratorios*, I: 1, pp. 49-79.
- MYRDAL, G. (1944): *An American Dilemma. The Negro Problem and Modern Democracy*, Nueva York: Harper Brothers.

- NARANJO OROVIO, C. (1988a.): *Cuba, otro escenario de lucha. La guerra civil y el exilio republicano español*, Madrid: CSIC.
- (1988b): *Del campo a la bodega: Recuerdos de gallegos en Cuba (siglo xx)*, Sada: Ed. do Castro.
- (1991): «La inmigración española y el movimiento obrero cubano 1900-1925», *Arbor*, 547-548, pp. 217-39.
- NEIRA VILAS, X. (1985): *A prensa galega de Cuba*, Sada: Ed. do Castro.
- (1998): *Galegos que loitaron pola independencia de Cuba*, Sada: Ed. do Castro.
- NÚÑEZ SEIXAS, X. M. (1992): *O galeguismo en América, 1879-1936*, Sada-A Coruña: Ed. do Castro.
- (1993): «Inmigración y galleguismo en Cuba (1879-1936)», *Revista de Indias*, LIII: 197, pp. 53-95.
- (1998a), *Emigrantes, caciques e indianos*, Vigo: Eds. Xerais.
- (1998b): «Les paroisses d'outre-mer: Politique, leadership et associativisme régional galicien á Buenos-Aires et á La Havane (1890-1930)», *Exils et Migrations Ibériques au Xxe siècle*, 5, pp. 131-77.
- (1998c): «Retornados e inadaptados. El «americano» gallego, entre mito y realidad (1880-1930)», *Revista de Indias*, LVIII: 214, pp. 555-93.
- (1999a): «Révolutionnaires ou conformistes? L'influence socio-politique de l'émigration américaine de retour en Galice, 1900-1936», *Studi Emigrazione/Migration Studies*, XXXVI: 134, pp. 283-308.
- (1999b): «A dimensión política de Roberto Blanco Torres», en J. L. Blanco Valdés (ed.), *Roberto Blanco Torres: 1891-1936: unha fotobiografía*, Vigo: Eds. Xerais, pp. 137-54.
- (1999c): «Asociacionismo local y movilización sociopolítica: Notas sobre los gallegos en Buenos Aires (1890-1936)», en Fernández y Moya (eds.): *La inmigración española*, pp. 195-233.
- (1999d): «Algunas notas sobre la imagen social de los inmigrantes gallegos en la Argentina (1860-1940)», *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Vol. 42, pp. 67-109.
- (1999e): «Una aproximación a la imagen social del emigrante retornado de América en la Península Ibérica (siglos xvi-xx)», en J. Cuesta

- Bustillo (coord.): *Retornos (De exilios y migraciones)*, Madrid: Fundación Largo Caballero, pp. 3-38.
- ed. (2001a): *La Galicia Austral. La inmigración gallega en la Argentina*, Buenos Aires: Biblos.
 - (2001b): «Historiografía española reciente sobre migraciones ultramarinas: Un balance y algunas perspectivas», *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 48, pp. 269-95.
 - (2001c): «Lalinenses emigrados na Arxentina pola República: Notas a un discurso de 1931», *Descubriendo. Anuario de Estudos do Deza*, 3, pp. 111-31.
 - (2001d): «Leadership ethnique, exil politique et ethnonationalisme chez les collectivités ibériques en Amérique Latine (1880-1960)», en F. Devoto y P. González-Bernaido (eds.): *Érnigration politique. Une perspective comparée. Italiens et Espagnols en Argentine et en France*, Paris: L'Harmattan-CEMLA, pp. 263-94.
 - (2001e): «A emigración: Galicia no mundo», en Víctor F. Freixanes (ed.): *Galicia, unha luz no Atlántico*, Vigo: Xerais, pp. 224-47.
 - (2001f): «Colón y Farabutti: Discursos hegemónicos de la élite gallega de Buenos Aires (1880-1930)», en X. M. Núñez Seixas (ed.): *La Galicia Austral. La inmigración gallega en la Argentina*, Buenos Aires: Biblos, pp. 219-49.
 - (2002a): «History and Collective Memories of Migration in a Land of Migrants: The Case of Iberian Galicia», *History and Memory*, 14: 1-2, pp. 229-58.
 - (2002b): *O inmigrante imaxinario. Estereotipos, identidades e representacións dos galegos na Arxentina (1880-1940)*, Santiago de Compostela: usc
 - (2003): «El competidor imaginario: los inmigrantes italianos según la colectividad española de la Argentina (1900-1940)», *Spagna Contemporanea*, 23, pp. 23-67.
 - (2004): «Emigración y exilio antifascista en Alfonso R. Castelao: De la Pampa solitaria a la Galicia ideal», *Anuario del IEHS*, 19, pp. 95-125.
 - (2005a): «La récreation de la paroisse: les immigrants galiciens à Buenos Aires (1900-1940)», *Hommes et Migrations*, 1256, pp. 6-24.
 - (2005b): «Otras miradas a la historia de la emigración gallega: Sobre cartas, memorias y fotos», *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 58, pp. 483-503.

- (2008): «Idea y memoria de España en la emigración», en X. A. Liñares Giraut (coord.): *Ciudadanos españoles en el mundo. Situación actual y recorrido histórico*, Vigo: Grupo España Exterior, pp. 15-34.
- (2010): «A historiografía das migrações ultramarinas espanholas: Uma visão global», *Revista Maracanan*, 6, pp. 11-45.
- (2011): «Deconstruyendo la parroquia *glocal*: Asociacionismo, redes sociales y hábitat urbano de los inmigrantes gallegos en Buenos Aires (1900-1930)», *Historia Social*, 70, pp. 107-33.
- NÚÑEZ SEIXAS, X. M., y CAGIAO VILA, P., eds. (2006): *O exilio galego de 1936: Política, sociedade, itinerarios*, Sada-A Coruña: Eds. do Castro / Consello da Cultura Galega.
- NÚÑEZ SEIXAS, X. M., y FARÍAS, R. (2009): «Transterrados y emigrados: Una interpretación sociopolítica del exilio gallego de 1936». *Arbor. Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 735, pp. 113-127.
- NÚÑEZ SEIXAS, X. M., y GONZÁLEZ LOPO, D., eds. (2011): *Amarras de tinta. Emigración transoceánica e escrita popular na Península ibérica, séculos XIX-XX*, Santiago de Compostela: Consello da Cultura Galega.
- NÚÑEZ SEIXAS, X. M., y SOUTELO VÁZQUEZ, R. (2005): *As cartas do destino. Unha familia galega entre dous mundos (1919-1971)*, Vigo: Galaxia.
- OIARZABAL, P. J. y OIARZABAL, A. (2005): *La identidad vasca en el mundo*, Bilbao: Errorteta.
- OJEDA, G. y ANES ÁLVAREZ, R., (1993): *La emigración de asturianos a América*, Colombres: Archivo de Indianos
- OLIVEROS, A. L. (1982) [1935]: *Asturias en el resurgimiento español (Apuntes históricos y biográficos)*, Gijón: Silverio Cañada.
- ORTIZ Y SAN PELAYO, F. (1915): *Los vascos en América*, Buenos Aires: Libr. La Facultad de Juan Roldán.
- (1917): *Vindicación de los españoles en las Naciones del Plata*, Buenos Aires: Librería «La Facultad» de Juan Roldán.
- (1926): «*Plus Ultra*» en Buenos Aires. *Historia de un cablegrama que nunca existió*, Buenos Aires: Librería y Ed. «La Facultad».
- ORTUÑO, B. (2010): *El exilio y la emigración española de posguerra en Buenos Aires, 1936-1956*, Tesis doctoral, Universidad de Alicante.

- OTERO, H. (2009): *La guerra en la sangre. Los franco-argentinos ante la Primera Guerra Mundial*, Bos Aires: Sudamericana.
- OTERO, J. (1927): *Ideas Novas. Comedia dramática en un acto dividida en dos cuadros y un epílogo, escrita en dialecto gallego*, Buenos Aires: Alborada.
- OTERO LAGO, J. O. (1993): «Los Mosenses en la Argentina (en la primera mitad de siglo)», en *Asociación Residentes de Mos, Revista Memoria 1993 75.º Aniversario*, Buenos Aires: s. ed., pp. 25-28.
- OTERO PEDRAYO, R. (2001) [1952]: *Polos vieiros da saudade*, Vigo: Galaxia.
- OTTE, E. (1988): *Cartas privadas de emigrantes a Indias, 1540-1616*, Sevilla: Junta de Andalucía.
- OUCINDE, L. M. (1910): *Cristóbal Colón, su origen y patria, carta dea Juan Solari*, Buenos Aires: s. ed.
- (1913): *Colombinos, Art Nouveau. Nuevo campeón. Un zapatero que ahorca el tirapié*, Buenos Aires: s. ed.
- OVED, Y. (1978): *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*, México: Siglo XXI.
- ØVERLAND, O. (1996): «Learning to Read Immigrant Letters: Towards a Textual Theory», en O. T. Gulliksen et al. (eds.): *Norwegian-American Essays 1996*, Oslo: NAHA-Norway / Norwegian American Museum, pp. 207-25.
- ØVERLAND, O. y SKÆRHEIRN, S. (1992-2002): *Fra Amerika til Norge*, Oslo: Solum, 4 vols.
- OYAMBURU, J. (1997) (coord.): *Espanoles en Costa Rica*, San José: Embajada de España/Centro Cultural Español.
- PAJARES, N. (1923): *El Conquistador de los Trópicos*, Madrid: s. ed.
- (1925): *El pensador en la selva (La indiada, la negrada y la gringada de las Repúblicas del Plata). Ideas, impertinencias, diatribas, extravagancias y fantasías del pensador celtíbero Don Francisco Fernández Sinsegundo, fallecido en América*, Madrid: Ed. Páez.
- (1929): *Atorrántida. Novela Romántica*, Madrid: Sociedad Gral. Española de Librería.
- (1930): *Don Quijote y Tío Sam*, Madrid: Cía. Ibero-Americana de Publicaciones.
- (1931): *Cómo pervirtieron a Palleiros*, Madrid: Eds. Oriente.

- PASCUAL PACHECO, R. (1987): *Liderazgo y participación. Mitos y realidades*, Bilbao: Universidad de Deusto.
- PAZ MÍGUEZ, P. (1936): *Da emigración. Notas d'un galego*, Santiago de Compostela: Nós.
- PEÑA SAAVEDRA, V. (1991): *Éxodo, organización comunitaria e intervención escolar. La impronta socioeducativa de la emigración transoceánica en Galicia*, Santiago de Compostela: Xunta de Galicia, 2 vols.
- (1995-96): «Cuatro siglos de intervención escolar de los gallegos de América en la Galicia escindida», *Historia de la Educación*, vol. XIV-XV, pp. 301-32.
- PEREDA DE LA REGUERA, M. (1968): *Indianos de Cantabria*, Santander: Institución Cultural de Cantabria.
- PEREIRA BERNÁRDEZ, J. R. (2008): «Cambio e continuidade migratoria: De Salceda de Caselas a América (1861-1920)», *Estudos Migratorios*, 1:2, pp. 103-29.
- PÉREZ DE CASTRO, L. (1977): «Tipología del Americano», en VV. AA.: *Asturias*, Madrid: BBB, pp. 21-24.
- PÉREZ GALDÓS, B. (1923): *Obras inéditas. I. Fisonomías sociales*, Madrid: Libr. Renacimiento.
- PÉREZ LEDESMA, M. (2008): «Historia Social e Historia Cultural (sobre algunas publicaciones recientes)», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 30, pp. 227-48.
- PÉREZ MURILLO, M.^a D. (1999): *Cartas de emigrantes escritas desde Cuba: Estudio de las mentalidades y valores en el siglo XIX*, Sevilla/Cádiz: Aconcagua/Univ. de Cádiz.
- (2000) (coord.): *Oralidad e historias de vida de la emigración andaluza hacia América Latina (Brasil y Argentina) en el siglo XX*, Cádiz: Univ. de Cádiz.
- PÉREZ PLACER, H. (1895): *Contos da terraña*, A Coruña: Libr. Gallega de A. Martínez Salazar.
- PÉREZ PRADO, A. (1973): *Los gallegos y Buenos Aires*, Buenos Aires: La Bastilla.

- PÉREZ PRENDES, J. M. (1993): *El marco legal de la emigración española en el Constitucionalismo*, Colombres: Archivo de Indianos.
- PÉREZ RODRÍGUEZ, L. (1996): *Fernando Iglesias «Tacholas», un actor auriense na Galicia ideal*, Sada: Ed. do Castro, 1996.
- PERSSON, M. (2007), *Coming Full Circle? Return Migration and the Dynamics of Social Mobility on the Bjäre Peninsula 1860-1930*, Lund: Sisyfos Förlag.
- PERRI, F. (1978) [1928]: *Emigranti*, Milán: Lerici.
- PIANETTO, O y GALLIARI, M. (1989): «La inserción social de los inmigrantes españoles en la ciudad de Córdoba (1870-1914), *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 13, pp. 583-607.
- PIENKOS, D. E. (1991): *For your Freedom Through Ours: Polish-American Efforts ort. Poland's Behalf (1863- 1991)*, Boulder-Nueva York: Columbia UP.
- PIKE, F. B. (1971): *Hispanismo 1898-1936. Spanish Conservatives and Liberals and their Relations with Spanish America*, Nôtre Dame-Londres: Univ of Notre Dame Press.
- PLA BRUGAT, D. (1994): «Características del exilio en México en 1939», en C. E. Lida (comp.): *Una inmigración privilegiada. Comerciantes, empresarios y profesionales españoles en México en los siglos XIX y XX*, Madrid: Alianza, pp. 218-231.
- (1999): *Els exiliats catalans. Un estudio de la emigración republicana española en México*, México D. F.: INAH/Orfeo Català/Libros del Umbral.
- (2002): «El exilio republicano en Hispanoamérica. Su historia e historiografía», *Historia Social*, 42, pp. 99-121.
- ed. (2007): *Pan, trabajo y hogar. El exilio republicano español en América Latina*, México: SEGOG-INM-INAH DGE eds.
- POMER, L. (1998): *La construcción del imaginario histórico argentino*, Buenos Aires: Eds. de América Latina.
- PORTELA PÉREZ, F. (1896): *Notas descriptivas sobre as Romarías en Galicia*, Pontevedra: Impr. y Comercio de Andrés Landín.
- PORTES, A. (2001): «Debates y significación del trasnacionalismo de los inmigrantes», *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 49, pp. 469-85.

- POSE ANTELO, X. M. y PERNAS OROZA, H. (1997): «O desenvolvemento da política local no marco dun concello rural: A Baña, 1900-1936», en Fernández Prieto et al. (eds.): *Poder local*, pp. 373-92.
- POZZETA, G. E. (ed.) (1991): *The Immigrant Religious Experience*, Nueva York: Garland.
- PRADA, J. M. (2001): *Desgarrados y escéntricos*, Barcelona: Seix Barral.
- PRADO, G. H. (2004): *Rafael Altamira, el hispanoamericanismo liberal y la evolución de la historiografía argentina en el primer cuarto del siglo XX*, Tesis doctoral, Universidad de Oviedo.
- PRADO, X. Lameiro (1995): *Obra completa*, Ourense: Concello de Ourense. [ed. de M. Valcarcel y B. Muñoz].
- PRECEDO LEDO, A. y DOVAL ADÁN, A. (1987) «El retorno de los emigrantes. Las iniciativas locales y la innovación rural en Galicia», in VV. AA.: *Jubilatio. Homenaje de la Facultad de Geografía y Historia a los profesores D. Manuel Lucas Álvarez y D. Angel Rodríguez González*, Santiago de Compostela: USC, vol. II, pp. 535-43.
- PRÍAMO, L. (1999): «Fotografía y vida privada», en F. Devoto y M. Madero (eds.): *Historia de la vida privada en la Argentina*, Buenos Aires: Alfaguara Argentina, pp. 275-301.
- PUGA, J. (1988): *Así fue nuestro destino*, s. l. [Buenos Aires]: s. ed.
- PUJOL, S.A. (1991): «Presencia de la música española en la cultura popular porteña», en H. Clementi, (ed.): *Inmigración española en la Argentina (Seminario 1990)*, Buenos Aires: Embajada de España, pp. 249-57.
- QUESADA, E. (1918): *El día de la raza y su significado en Hispano-América*, Buenos Aires: Araujo Hnos.
- QUIJADA MAURIÑO, M. (1989): «Política inmigratoria del primer peronismo. Las negociaciones con España», *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, 47, pp. 43-64
- QUIRÓS LINARES, F. (1993): «Cuarenta años de cartas entre Cuba y Pravia (1909-1947)», *Astura*, 9, pp. 39-52.
- RAMELLA, F. (1995): «Por un uso fuerte del concepto de red en los estudios migratorios», en M.^a Bjerg y H. Otero (comps.): *Inmigración y redes sociales en la Argentina moderna*, Tandil: CEMLA/IEHS, pp. 9-21.

- (2001): «Reti sociali, famiglie e strategie migratorie», en Bevilacqua, De Clementi y Franzina (eds.): *Storia dell'Emigrazione italiana*, pp. 143-160.
- RAMÍREZ GOICOECHEA, E. (2007): *Etnicidad, identidad y migraciones: Teorías, conceptos y experiencias*, Madrid: Centro de Estudios Ramón Areces.
- RAMOS MEJÍA, J. M.^a (1899): *Las multitudes argentinas. Estudio de psicología colectiva para servir de introducción al libro «Rozas y su tiempo»*, Buenos Aires: Coni.
- REGO DOS SANTOS, D. P. (1961): *Os «brasileiros» de Camilo*, Vila Nova de Famalicão: Cámara Municipal.
- REGUERA, A. (2006): *Patrón de estancias: Ramón Santamarina, una biografía de fortuna y poder en la Pampa*, Buenos Aires: Eudeba.
- RICHMOND, A. H. (1984): «Explaining Return Migration», in D. Kubat (ed.): *The Politics of Return. International Return Migration in Europe*, Roma/Nova York: CSER/csm, pp. 269-275.
- RÍO, G. DEL (1933): *Un argentino en Galicia. Crónicas de la aldea*, Buenos Aires: s.ed.
- RÍPODAS ARANAZ, D., ed. (1986): *El indiano en el teatro menor español del setecientos*, Madrid: Eds. Atlas.
- ed., (1991): *Lo indiano en el teatro menor español de los siglos XVI y XVII*, Madrid: Eds. Atlas.
- RIQUER, B. de (1994): «La débil nacionalización española del siglo XIX», *Historia Social*, 20, pp. 97-114.
- RISCO, V. (1980) [1930]: «El problema político de Galicia», en E Bobillo (ed.): *Vicente Risco. Obra completa. 1. Teoría nacionalista*, Madrid: Akal.
- ROCA MARTÍNEZ, J. L. (1990): «Emigración y literatura hispánicas», en J. de Juana y X. Castro (eds.): *Galicia y América. El papel de la emigración*, Ourense: Deputación Provincial, pp. 71-94.
- (1992): «El indiano en la narrativa de Constantino Suárez», en VV.AA.: *Avilesinos en América*, Avilés: Casa Municipal de Cultura de Avilés, pp. 277-90.
- ROCAMORA, J. (1991): *El Casal de Catalunya a Buenos Aires*, Barcelona: Curial.
- RODRIGO ALHARILLA, M. (2007), *Indians a Catalunya. Capitals cubans en l'economia catalana*, Barcelona: Fundació Noguera.

- RODRÍGUEZ CAMPOS, X. (1994): «¿Qué es la parroquia rural en Galicia, una institución o una imagen?», en R. Sanmartín (ed.): *Antropología sin fronteras. Ensayos en honor de Carmelo Lisón*, Madrid: CIS, pp. 445-54.
- (1997): «As festas patronais e a identidade em Galicia», en VV. AA.: *Galicia. Antropoloxía*, A Coruña: Hércules, Tomo XXVII, pp. 355-75.
- RODRÍGUEZ CRESPO, M. (1983): *Lucha y generosidad de los hermanos Naveira*, Betanzos: Concello de Betanzos/Comisión Pro-Homenaje a los Hnos. Naveira.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, R. (1940): *Historia del Centro Gallego de Buenos Aires*, Buenos Aires: s. ed.
- RODRÍGUEZ GALDO, M.^a X. (1993): *Galicia, país de emigración*, Colombres: Archivo de Indianos.
- RODRÍGUEZ GALDO, M.^a X., et al. (1999): «Mujeres que emigran, mujeres que permanecen. Contribución a un estudio de la relación entre mujeres, economía campesina y emigración. Galicia, 1900-1930», *Arenal*, 6, pp. 265-94.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, J. J. (1992): *Asturias y América*, Madrid: MAPFRE.
- (2000): *La cultura sindical en Asturias, 1875-1917*, Oviedo: Real Instituto de Estudios Asturianos.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, R. (1998): «A emigración de retorno nas pequenas cidades galegas», *Estudos Migratorios*, 5, pp. 29-52.
- ROJAS, R. (1909): *La restauración nacionalista: Informe sobre educación*, Buenos Aires: Talleres Gráficos de la Penitenciaría Nacional.
- ROMERO, E. (2006): «Amusement Parks, Bagpipes, and Cemeteries: Fantastic Spaces of Galician Identity through Emigration», *Journal of Spanish Cultural Studies*, 7: 2, pp. 155-69.
- ROMERO MASIÁ, A. (2003): *Severino Chacón, líder sindical do mundo do tabaco*, A Coruña: Fundación Luis Tilve.
- ROY, J. (ed.) (1986): *Josep Conangla i Fontanilles. La Constitució de l'Havana i altres escrits*, Barcelona: La Magrana/Diputació de Barcelona.
- (1988): *Catalunya a Cuba*, Barcelona: Barcino.
- (1999): *Josep Conangla i Fontanilles (Montblanc 1875-l'Havana 1965). Patriarca del nacionalisme català a Cuba*, Tarragona: Eds. El Mèdol.

- ROSETE (1913): *La Emigración*, Sama/Mieres: Establcto. Tipográfico «La Diamante».
- ROSOLI, G. F. (1977): «L'emigrazione di ritorno: alla ricerca di una impostazione», *Studi Emigrazione/Études Migrations*, 47, pp. 235-246.
- RUEDA HERRANZ, G. (1993): *La emigración contemporánea de españoles a Estados Unidos, 1820-1950. De «Dons» a «Místers»*, Madrid: MAPFRE.
- (2000): *Emigrantes españoles en América (siglos XVI-XX)*, Madrid: Arcolibros.
- RUIBAL, J. y BARROS, D. (1989): «Un palacio en la plaza: El Centro Gallego de Avellaneda, 1899-1919», *Revista da Comisión Galega do Quinto Centenario*, 5, pp. 41-55.
- RUIZ DE AZÚA, E. (1992): *Vascongadas y América*, Madrid: MAPFRE.
- RUIZ DE LA PEÑA, A. R. (1993): «El indiano en la narrativa asturiana», *Astura. Cartafueyos d'Asturies*, 9, pp. 18-85.
- RUMBOLD, H. (1887): *The Great Silver River. Notes of a Residence in Buenos Aires in 1880 and 1881*, Londres: John Murray.
- SÁENZ DÍEZ, J. I. (1992): *Los riojanos en América*, Madrid: MAPFRE.
- SAGASTUME, J. P. (1916): *La inmigración. Su influencia en el país*, La Plata: s. ed.
- SALAVERRÍA, J. M.^a (1910): *Tierra argentina. Psicología, tipos, costumbres, valores de la República del Plata*, Madrid: Fernando Fe.
- (1913): *A lo lejos. España vista desde América*, Madrid/ Buenos Aires: Renacimiento.
- (1918): *El poema de la Pampa «Martín Fierro» y el criollismo español*, Madrid: Calleja.
- SALOUTOS, T. (1956): *They Remember America: The Story of the Repatriated Greek-Americans*, Berkeley/Los Angeles: Univ. of California Press.
- SALVADOR RUIZ, A. (2002): *Emigración riojana a México. Siglo XX*, Logroño: Instituto de Estudios Riojanos / Gobierno de La Rioja.
- SAMPEDRO, C. (2000): *Madres e hijas. Historias de mujeres inmigrantes*, Buenos Aires: Planeta.
- SAMUELLE LAMELA, C. (2001): *La emigración gallega al Río de la Plata*, Santiago de Compostela: Xunta de Galicia.
- SAN SEBASTIÁN, K. (1988): *El exilio vasco en América, 1936-1946*, San Sebastián: Txertoa.

- SAN SEBASTIÁN, K., y AJURIA, P. (1992): *El exilio vasco en Venezuela*, Vitoria: Gobierno Vasco.
- SÁNCHEZ ABAL, L. (1917): *Unos años de emigración en Buenos Aires*, Buenos Aires: Rosso.
- SÁNCHEZ ALBORNOZ, N. (comp.) (1988): *Españoles hacia América. La emigración en masa, 1880-1930*, Madrid: Alianza.
- SÁNCHEZ ALONSO, B. (1992): *La inmigración española en la Argentina, siglos XIX y XX*, Colombes: Archivo de Indianos.
- (1995): *Las causas de la emigración española, 1880-1930*, Madrid: Alianza
- (2000): «Those who moved and those who remained. Explaining Emigration from the Regions of Spain, 1880-1914», *The Journal of Economic History*, 60: 3, pp. 732-57.
- (2009): «Argentina y España: Siglo y medio de intercambios migratorios», en D. S. Reher y M. Requena (eds.): *Las múltiples caras de la inmigración en España*, Madrid: Alianza, pp. 77-116.
- SÁNCHEZ RUBIO, R., y TESTÓN NÚÑEZ, I. (1999): *El hilo que nos une. Las relaciones epistolares en el Viejo y el Nuevo Mundo (siglos XVI-XVIII)*, Cáceres: Editora Regional.
- SÁNCHEZ SUÁREZ, S. (1992): «Els indians de Catalunya. Un balanç bibliogràfic», *IIIes Jornades d'Estudis Catalano-Americanes*, Barcelona: Comissió Amèrica i Catalunya, pp. 209-20.
- SANFILIPPO, M. (2005): *Problemi di storiografia dell'emigrazione italiana*, Viterbo: Sette Città, (2.^a ed.).
- SANTERO, X. (1905): *El indiano*, Buenos Aires: Imprenta Hispania.
- SANTOS, R. E. dos (1996): *Política migratoria española a Iberoamérica, aporte Brasil a través de los informes consulares en el período 1890-1950*, Sada-A Coruña: Eds. do Castro.
- SANZ, V. (1995): *El exilio español en Venezuela*, Caracas: Eds. Casa de España/El Centauro.
- SARMIENTO DA SILVA, E. (2006a): *Os galegos no Rio de Janeiro (1880-1939)*, Tesis doctoral, Universidade de Santiago de Compostela.
- (2006b), *O outro río: A emigración galega a Rio de Xaneiro*, Santa Comba: TresCTres.

- SCARZANELLA, E. (1983): *Italiani d'Argentina. Storie di contadini, industriali e missionari italiani in Argentina, 1850-1912*, Venecia: Marsilio.
- SCHMIDT, S. (2009): *De Argentina a España: historias vividas e intercambios imaginados en las migraciones recientes*, Tesis doctoral, Universidad de Salamanca.
- SCHNIEDEWIND, K. (1994): *Begrenzter Aufenthalt im Land der unbegrenzten Möglichkeiten: Bremer Rückwanderer aus Amerika, 1850-1914*, Stuttgart: Franz Steiner.
- SCHWARZSTEIN, D. (2001): *Entre Franco y Perón. Memoria e identidad del exilio republicano español en la Argentina*, Barcelona: Crítica.
- SCOBIE, J. R. (1986): *Buenos Aires. Del centro a los barrios, 1870-1910*, Buenos Aires: Eds. Solar.
- SCOTT, F. D. (1946): «American Influences in Norway and Sweden», *The Journal of Modern History*, XVIII:1, pp. 37-47.
- SEGOVIA, A. M.^a (1871): *El indiano y la planchadora*, Madrid: Impr. de G. Alhambra.
- SEGOVIA ROCAERTI, E. (1887): *El indiano*, Madrid: Florencia Fiscowich, ed.
- SEMMINGSSEN, I. (1950): *Veien mot West: Utvandringen fra Norge til Amerika, 1865-1915*, Oslo: s. ed.
- SENDÓN, C. J. (1934): *Amor que se afirma*, Barcelona, La Revista Blanca.
- SEPÚLVEDA, I. (1994): *Comunidad cultural e hispanoamericanismo, 1885-1936*, Madrid: UNED.
- (2005): *El sueño de la Madre Patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*, Madrid: Marcial Pons/Fundación Carolina.
- SERRANO, C. (1999): *El nacimiento de Carmen. Símbolos, mitos, nación*, Madrid: Taurus.
- SEVILLANO CALERO, F. (2001): «La Historia Contemporánea en España: viejas polémicas y nuevos enfoques historiográficos», *Ayer*, 43, pp. 225-44.
- SHUBERT, A. (1999): *Death and Money in the Afternoon. A History of the Spanish Bullfight*, Nueva York: Oxford UP.
- SHUMWAY, N. (1993): *La invención de la Argentina. Historia de una idea*, Buenos Aires: Emecé [Berkeley 1991].

- SIEGRIST DE GENTILE, N. L. y ÁLVAREZ GILA, O. (1998): *De la Ría del Nervión al Río de la Plata. Estudio histórico de un proceso migratorio 1750-1850*, Portugalete: Ayto. de Portugalete.
- SIERRA BLAS, V. (2004): «“Puentes de papel”: Apuntes sobre las escrituras de la emigración», *Horizontes Antropológicos*, 22, pp. 121-47.
- (2006): «“Baúles de memoria”. Las escrituras populares y el fenómeno migratorio», en Alted Vigil, A. et al.: *De la España que emigra a la España que acoge*, Madrid: Fundación Francisco Largo Caballero, pp. 157-75.
- (2009): *Palabras huérfanas. Los niños y la Guerra Civil española*, Madrid: Taurus.
- SIGÜENZA, X. (1930): *Galicia cara y cruz*, Montevideo: Impr. Uruguaya.
- SILVA, B. A. PEREIRA DA (2007): «Cartas de chamada: A emigração para o Brasil no concelho de Sernancelhe (1900-1920)», en F. de Sousa, I. Martins y C. Meireles Pereira (eds.): *A emigração portuguesa para o Brasil*, Porto: Eds. Afrontamento/Cepese, pp. 305-09.
- SILVA, J. F. V. (1918): *Reparto de América Española y Pan-Hispanismo*, Madrid: Francisco Beltrán.
- SILVA BRUMMEL, F. (1987): «*E todos, todos se vão*». *Emigration und Emigranten in der portugiesischen Literatur*, Frankfurt a.M.: Haag & Herchen.
- SILVESTRE RODRÍGUEZ, J. (2000): «Aproximaciones teóricas a los movimientos migratorios contemporáneos: un estado de la cuestión», *Historia Agraria*, 21, pp. 157-92.
- SIXIREI, C. (1988): *A emigración*, Vigo: Galaxia.
- SKRBIS, Z. (1999): *Long-Distance Nationalism: Diaspora, Homelands and Identities*, Aldershot: Ashgate.
- SOLÁ, J. (1918a): *Ramo Cativo (Por el Ribero del Avia)*, Vigo: Tall. Gráficos de Vida Gallega.
- (1918b): *El alma de la aldea*, Vigo: Tall. Gráficos de Vida Gallega.
- SOLÀ PARERA, A. (2001), «Os «Americanos» cataláns e o seu impacto económico en Catalunya ó longo do século XIX», *Estudos Migratorios*, 11-12, pp. 141-68.
- SOLARI, J. (1910): *La cuna del descubridor de América. Cristóbal Colón gloria latina, honor de Italia, lustre de España, homenaje al centenario de la Re-*

- pública Argentina 1810-25 de mayo-1910*, Buenos Aires: Imprenta de Isidoro de Benedetti.
- SOLBERG, C. E. (1970): *Immigration and Nationalism. Argentina and Chile, 1890-1914*, Austin/Londres: University of Texas Press.
- SOLDEVILLA, E. (1905): *El indiano. Boceto dramático en un acto y tres cuadros, en prosa*, ARANJUEZ: Establecimiento Tipográfico de «El Herald de la Ribera».
- SOLDEVILLA ORIA, C. (1992): *Cantabria y América*, Madrid: MAPFRE.
- (1997): *La emigración de Cantabria a América. Hombres, mercaderías y capitales*, Santander: Ayto. de Santander/Ed. Tantín.
- (1998): *La Cantabria del exilio: una emigración olvidada*, Santander: Univ. de Cantabria.
- SONESSON, B. (1995): *Catalanes en las Antillas. Estudio de casos*, Colombres: Archivo de Indianos.
- SORI, E. (1980): *L'emigrazione italiana dall'Unità alla Seconda Guerra Mondiale*, Bologna: Il Mulino.
- SOUTELO VÁZQUEZ, R. (1997): «Novas vías de acceso ó poder local. Instrumentación da violencia na protesta agraria e represión institucional no mundo rural: Ourense, 1890-1936», en L. Fernández Prieto et al. (eds.): *Poder local, elites e cambio social na Galicia non urbana (1874-1936)*, Santiago de Compostela: usc / Parlamento de Galicia, pp. 495-514.
- (1999) «La actuación sociopolítica de los retornados en la Galicia rural: el Ribeiro y el Noroeste ourensanos, 1890-1936», en J. Cuesta Bustillo (coord.): *Retornos*, pp. 75-114.
- (2001): *Cartas de América. Correspondencia familiar de emigrantes galegos en Uruguai, Brasil, Arxentina e Venezuela, 1914-1964*, Santiago de Compostela: Consello da Cultura Galega.
- (2003): «La correspondencia familiar de los emigrantes gallegos en América Latina durante el franquismo», en A. Castillo y F. Montero (comps.): *Franquismo y memoria popular. Escrituras, voces y representaciones*, Madrid: Siete Mares, 123-76.

- (2006): «Proyectos migratorios, itinerarios laborales y redes microsociales de los emigrantes en su correspondencia familiar: dos gallegos en Buenos Aires, 1950-1966», *Migraciones & Exilios*, 7, pp. 115-135.
- (2007): *Emigración de retorno e dinámicas sociopolíticas locais na Galicia rural: unha microanálise dende Valga, 1890-1950*, Valga: Concello de Valga.
- (2012): *Emigración, cambio social e politización na Galicia rural: 1880-1960. Unha perspectiva local e microsocial*, Tesis doctoral, Universidade de Vigo.
- SOUTO GONZÁLEZ, M. (1993): «A emigración pontesa e a Sociedad Naturales del Ayuntamiento de Puentes de García Rodríguez», *Festas do Carme 16-25 xullo 93*, As Pontes: Concello das Pontes, pp. 61-71.
- SOYER, D. (1997): *Jewish Immigrant Associations and American Identity in New York (1880-1939)*, Cambridge/Londres: C UP.
- STOLARIK, M. M. (1989): *Immigration and Urbanisation: The Slovak Experience (1870-1918)*, Nueva York: Columbia UP.
- STRAUMANIS, A. (1983): «Latvian-American Theatre», en M. Schwartz-Seller, (ed.): *Ethnic Theatre in the United States*, Westport, Con./Londres: Greenwood, pp. 277-318.
- SUÁREZ, C. *Españolito* (1924): *La Verdad Desnuda (Sobre las relaciones entre España y América)*, Madrid: Sucesores de Rivadeneyra.
- (1915): *¡Emigrantes!*, La Habana: Imprenta El Avisador Comercial.
- SUÁREZ, J. L. (1917): *Carácter de la Revolución Americana. Un nuevopunto de vista más verdadero y justo sobre la independencia hispano-americana*, Buenos Aires: Imprenta Suiza [2.^a ed.].
- SUÁREZ GARCÍA, J. M.^a (1942): *Memorias de Manuel Suárez Martínez, seguidas de los «Apuntes biográficos de D. Manuel Suárez Martínez»*, Tandil: s. ed.
- SUÁREZ MORENO, E. (1998): *Indianos, árabes y emigrantes. Apuntes para el estudio de los movimientos migratorios de La Aldea*, Gran Canaria: Ayto. de La Aldea de San Nicolás/ Centro de la Cultura Popular Canaria.
- SURIANO, J. (1983): *Movimientos sociales. La huelga de inquilinos de 1907*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- (2001): *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires 1890-1910*, Buenos Aires: Manantial.

- TABANERA GARCÍA, N. (1998): «Conmemoración e historiografía: Los estudios sobre emigración española a América Latina en el Quinto Centenario», *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 38, pp. 3-15.
- (1999): «La política migratoria española entre la dictadura y la República (1923-1936)», *Exils et Migrations Ibériques au XXe siècle*, 7, pp. 73-93.
- TAGG, J. (1995) [1988]: *The Burden of Representation. Essays on Photographies and Histories*, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- TARROW, S. (1997): *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid: Alianza.
- TATO FONTAÍÑA, L. (1997): *Teatro galego 1915-1931*, Santiago de Compostela: Laiovento.
- TAYLOR, M., y SINGLETON, S. (1993): «The Communal Resource: Transaction Cost and the Solution of Collective Action Problems», *Politics and Society*, 21:4, pp. 195-214.
- TEDEBRAND, L. G. (1985): «Remigration from America to Sweden», en D. Hoerder (ed.): *Labor Migration in the Atlantic Economies: The European and North American Working Classes during the Period of Industrialization*, Westport (Conn.): Greenwood, pp. 357-80.
- THOMAS, W. I. y ZNANIECKI, F. (1958) [1918]: *The Polish Peasant in Europe and America*, Nueva York: Dover Publications, 2 vols.
- TRONCOSO ALONSO, B. (1996): *Memórias de uma Vida. La Herencia no Olvidada*, editada por C. Troncoso Castillo, s.l. [Birigüi-São Paulo]: Ed. privada.
- UCELAY-DA CAL, E. (1979): *Estat Català. The Strategies of Separation and Revolution of Catalan Radical Nationalism, 1919-1936*, Tesis doctoral, Columbia University of New York.
- (1997): «Cuba y el despertar de los nacionalismos en la España peninsular», *Studia Historica – Historia Contemporánea*, 15, pp. 151-92.
- UGALDE, A. (1996): *La acción exterior del nacionalismo vasco (1890-1939): Historia, pensamiento y relaciones internacionales*, Oñati: IVAP.
- URÍA GONZÁLEZ, (1982): «Los indianos y la instrucción pública en Asturias», en *Indianos. Monografías de los Cuadernos del Norte*, pp. 102-19.
- URTIAGA, A. (1965): *El indiano en la dramática de Tirso de Molina*, Madrid: Ed. Revista de Estudios.

- USUNÁRIZ GARAYOA, J. M.^a (1992): *Una visión de la América del XVIII: Correspondencia de emigrantes guipuzcoanos y navarros*, Madrid: MAPFRE.
- VALÉRIO, N. (2000): «A imagem do «brasileiro» na obra literária de Júlio Dinis», *Ler História*, 39, pp.141-52.
- VALES FAILDE, J. (1902): *La emigración gallega*, Madrid: Est. Tip. de Antonio Haro.
- VALÍN, A. (1994): «A francmasonería americana do século XIX, lugar de encostro e de integración social dunha pequena e selecta zona da emigración galega», *Minius*, n.º 2-3, pp. 127-33.
- VALLE, J. M.^a del (1967): *Las instituciones de la República en el exilio*, París: Ruedo Ibérico.
- VARELA, L. (1996): *De Galicia a Buenos Aires –Así es el cuento–. Recuerdos desde el Bar La Cancha*, Buenos Aires: Eds. Volpe.
- VARELA CASTRO, P. (1923): *La Estrada*, Santiago de Compostela: Tip. El Eco de Santiago.
- VARELA LENZANO, I. (1904): *Los orfeones españoles en la República Argentina. Su pasado, presente y porvenir*, Buenos Aires: Robles y Cía.
- VÁZQUEZ GONZÁLEZ, A. (1989): «Coordenadas de la emigración gallega a América: Un estudio comparativo», *Revista da Comisión Galega do Quinto Centenario*, 2, pp. 15-36.
- (1992a): «Las dimensiones microsociales de la emigración gallega a América: la función de las redes sociales informales», *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 22, pp. 497-533.
- (1992b): «Causas de la emigración y tipología de los emigrantes. I. Factores de expulsión en las regiones de procedencia», en VV. AA., *Historia General*, vol. I, pp. 201-18.
- (1996): «O uso das fontes persoais para o estudo da emigración galega a América (1830-1930): estado, presente e perspectivas», *Estudos Migratorios*, 2, pp. 139-75.
- (1999): «La reducida aportación gallega a la agricultura americana, 1830-1936: Una interpretación», en Fernández y Moya (eds.): *La inmigración española*, pp. 71-93.

- (2000): *La emigración gallega a América, 1850-1930*, Tesis doctoral, Universidade de Santiago de Compostela.
- VÁZQUEZ DE PARGA Y SOMOZA, M. (1996) [1874]: «La mujer de Lugo» en R. Polín (ed.): *A muller tradicional*, Vigo: Xerais, pp. 99-100.
- VEJARANO ALVARADO, F., MARTÍNEZ GORROÑO, M.^a E. y HOYOS URIBE, C. (2004): *Memoria y sueños. Españoles en Colombia. Siglo XX*, Bogotá: Fundación Españoles en Colombia.
- VEJO VELARDE, E. (1976): *Memorias de un emigrante*, Santander: s. ed.
- VELASCO SOUTO, C. (1987): *A sociedade galega da Restauración no obra literaria de Pardo Bazán*, Pontevedra: s. ed.
- VERA DE FLACHS, M.^a C. (1996): *Españoles en Argentina. Redes sociales e inserción ocupacional. Córdoba, 1840-1930*, Córdoba: Ediciones del Copista.
- VICENTI, A. (1984): «A orillas del Ulla (Perfiles gallegos): 1875-1879», en J. A. Durán (ed.): *Aldeas, Aldeanos y Labriegos en la Galicia Tradicional*, Madrid: Ministerio de Agricultura.
- VIDAL, J. A. (2000): «El monopolio laboral español en Cuba, 1899-1933: la lucha por el control del trabajo entre cubanos y españoles», *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 46, pp. 489-525.
- (2002): «A muller galega en Cuba: Da exclusión á tutelaxe, 1898-1968», *Estudos Migratorios*, 13-14, pp. 191-245.
- (2005): *La emigración gallega a Cuba: trayectos migratorios, inserción y movilidad laboral, 1898-1968*, Madrid: Csic.
- (2008): *A Galicia antillana: Formación e destrución da identidade galega en Cuba, 1899-1968*, A Coruña: Fundación Barrié de la Maza.
- VIEITES TORREIRO, D. (1998): «O anarquismo na Arxentina: A participación dos inmigrantes galegos, 1880-1930», en L. Pérez Leira (coord.): *O galego Soto, líder da Patagonia rebelde*, Vigo: Ed. Xerais, pp. 57-107.
- VIERA, I. (1994) [1916]: «El indiano», en *Costumbres canarias*, s. l.: Cabildo Insular de Lanzarote/ A.S.C. Litoral-Elguinaguaira, pp. 17-22.
- VILAR, J. B. (1992): *Los murcianos y América*, Madrid: MAPFRE.
- (1999): *Las emigraciones murcianas contemporáneas*, Murcia: Universidad de Murcia.
- (2006): *La España del exilio*, Madrid: Síntesis.

- VILAR, J. B., y VILAR, M.^a J. (1999): *La emigración española al Norte de África (1830-1999)*, Madrid: Arcolibros.
- VILAR, J. B., et al. (2008): *Migración de retorno desde Europa: Su incidencia en la modernización de la región de Murcia (1975-2005)*, Murcia: Universidad de Murcia.
- VILLA ÁLVAREZ, X. M. (1998): «Puertorriqueños» en las alcaldías de Galicia: El caso de A Guarda, 1869-1962», *Boletín de la Academia Puertorriqueña de la Historia*, XIX:56, pp. 185-218.
- (2000): *Los gallegos de Puerto Rico, 1821-1963: Un proceso de formación de burguesía a ambos lados del Atlántico*, Tesis doctoral, Universidade de Santiago de Compostela.
- VILLAR GRANGEL, D. (1919): *El Municipio en Galicia*, Barcelona: Seix & Barral.
- VILLARES, R. (1997): *Figuras da nación*, Vigo: Xerais.
- VILLARES, R., y FERNÁNDEZ SANTIAGO, M. (1996): *Historia da emigración galega a América*, Santiago de Compostela: Xunta de Galicia.
- VILLAVERDE, E. (2001): *Pioneiros na corrente do Golfo. A primeira emigración galega a México (1837 - 1936)*, Vigo: Xerais.
- (2003): *Galegos en Mexico (1878-1936)*, Santiago de Compostela: Sotelo Blanco.
- VINCENT, D. (2000): *The Rise of Mass Literacy: Reading and Writing in Modern Europe*, Cambridge: Polity Press.
- VIRGILI, D. A. (2000): «Las esquinas de la Pampa. Pulperos y pulperías en la frontera bonaerense (1788-1865)», en C. Mayo (dir.): *Vivir en la frontera. La casa, la dieta, la pulpería, la escuela (1770-1880)*, Buenos Aires: Biblos, pp. 99-121.
- VIRTANEN, K. (1979): *Settlement or Return: Finnish emigrants (1860-1930) in the international overseas return migration movement*, Helsinki: Societas Scientiarum Fennica.
- (1984): «Return Migration of the Finns from Overseas Countries», en D. Kubat (ed.): *The Politics of Return. International Return Migration in Europe*, Roma/Nueva York: CSER/CSM, pp. 221-28.
- VÖCHTING, F. (1951): *Die italienische Südfrage*, Berlín: Heymanns.

- VV. AA. (1990): «*Americanos*» «*Indianos*». *Arquitectura i urbanisme al Garraf, Penedès i Tarragonès (Baix Gaià). Segles XVIII-XX*, Vilanova i La Geltrú: Biblioteca-Museu Balaguer.
- (1991): *América y Mallorca. Del predescubrimiento hasta el siglo XX*, Palma de Mallorca: Ajuntament de Palma.
- (1992): *Historia general de la emigración española a Iberoamérica*, Madrid: Historia 16.
- (1994): *Inmigración española en Chile*, Santiago de Chile: Serie Nuevo Mundo.
- (2002): *Memorias del Primer Congreso sobre la Emigración Española hacia el área del Caribe desde finales del Siglo XIX*, Santo Domingo: Fundación García Arévalo.
- (2008): *Ciudadanos españoles en el mundo*, Vigo: Grupo España Exterior.
- WALASZEK, A. (1984): «Return Migration from the USA to Poland», en Kubat (ed.): *The Politics of Return*, pp. 213-19.
- (1995): «Preserving or Transforming Role? Migrants and Polish Territories in the Era of Mass Migrations», en D. Hoerder y J. Nagler (eds.): *People in Transit: German Migrations in Comparative Perspective, 1829-1930*, Cambridge (Ma): Harvard UP/German Historical Institute, pp. 101-24.
- (1998): «Polish Immigrants in the USA and their Homeland 1914-1923», *Drus Istraz*, 7, pp. 89-108.
- WALSH, R. (1985): «Irish Nationalism and Land Reform: the Role of the Irish in America», en P. J. Drudy (ed.): *The Irish in America. Migration, Assimilation and Impact*, Cambridge: CUP, pp. 121-48.
- WEBER, E. (1982): «Comment la Politique Vint aux Paysans: A Second Look at Peasant Politicization», *The American Historical Review*, 87:2, pp. 357-89.
- WEBER, M. (1944) [1922]: *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- WHYTE, W. F. (1971) [1943]: *La sociedad de las esquinas*, México D. F.: Fondo de Cultura Económica.

- WILDE, J. A. (1908): *Buenos Aires desde setenta años atrás*, Buenos Aires: Biblioteca de «La Nación».
- WYMAN, M. (1993): *Roundt-trip to America. The Immigrants Return to Europe, 1880-1930*, Ithaca/Londres: Cornell UP.
- YANES MESA, J. A. (1993): *La emigración del municipio canario de Güítmar, 1917-1934*, La Laguna: Centro de la Cultura Popular Canaria.
- (2006): *El ocaso de la emigración canaria a Cuba, 1920-1935*, Tegueste: Baile del Sol.
- (2010): *Las remesas indianas en el Valle de Güítmar. Islas Canarias, 1868-1898*, Las Palmas: Anroart.
- (2012): *Emigración y movilidad social en el Suroeste de Tenerife. Islas Canarias, 1868-1898*, s. l. [Santa Cruz de Tenerife]: Densura.
- YANS-McLAUGHLIN, V. (1990): «Metaphors of Self in History: Subjectivity, Oral Narrative, and Immigration Studies», en id. (ed.): *Immigration Reconsidered: History, Sociology, and Politics*, Nueva York / Oxford: Oxford UP, pp. 254-91.
- YÁÑEZ GALLARDO, C. (1992): *Sortir de casa per anar a casa. Comerç, navegació i estratègies familiars en l'emigració de Sant Feliu de Guixols a Amèrica en el segle XIX*, Sant Feliu de Guixols: Ajuntament.
- (1994): *La emigración española a América (siglos XIX y XX). Dimensión y características cuantitativas*, Colombres: Archivo de Indianos.
- (1995): *Emigración ultramarina y familia catalana en el siglo XIX. Los Mo-reu Rabassa de Calella*, Mataró: Caixa d'Estalvis Laietana.
- (1996): *Saltar con red. La temprana emigración catalana a América, ca. 1830-1870*, Madrid: Alianza.
- ZABALLA BEASCOECHEA, A. de. (1999): «Cartas de vascos en México. Vida privada y relaciones de paisanaje», en A. Garritz (coord.): *Los vascos en las regiones de México siglos XVI a XX*, México: UNAM/ Euzko Jaurlaritza / Instituto Vasco-Mexicano de Desarrollo, pp. 83-99.
- ZAMACOIS, E. (1913): *Dos años en América. Impresiones de un viaje por Buenos Aires, Montevideo, Chile, Brasil, New-York y Cuba*, Barcelona/Buenos Aires: Casa Editorial Maucci.

- ZAS, E. (1923), *Galicia, patria de Colón. Obra patrocinada por el Comité Pro-Colón de La Habana* La Habana: Imp. P. Fernández y Cía.
- ZEMPEL, S. (1991): *In Their Own Words. Letters from Norwegian Immigrants*, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- ZUBILLAGA, C. (1988): «La inmigración gallega y los orígenes del sindicalismo uruguayo». *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 9, pp. 179-98.
- (1996): «Inmigración española y participación política en Uruguay», *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 32, pp. 3-23.
- ed. (1997): *Espanoles en el Uruguay. Características demográficas, sociales y económicas de la inmigración masiva*, Montevideo: Universidad de la República, 1997.
- (1998): *La Utopía Cosmopolita: Tres perspectivas históricas de la inmigración masiva en Uruguay*, Montevideo: Universidad de la República.



Noviembre, 2014



Colección Ciencias Sociales y Humanidades

1. Walter Lippmann. *El público fantasma*.
2. Alessandro Roncaglia. *El mito de la mano invisible*.
3. Diego Palacios Cerezales. *A culatazos. Protesta popular y orden público en el Portugal contemporáneo*
4. Joseba Louzao Villar. *Soldados de la fe o amantes del progreso: catolicismo y modernidad en Vizcaya (1890-1923)*.
5. Jesús de Felipe Redondo. *Trabajadores: Lenguaje y experiencia en la formación del movimiento obrero español*.
6. María Cátedra. *Paisajes de antropología urbana*.
7. Carla Carmona Escalera. *La idea pictórica de Egon Schiele. Un ensayo sobre lógica representacional*.
8. Antonio Rodríguez-Moñino. *Estudios y ensayos de literatura hispánica de los Siglos de Oro*.
9. Daniel Fernández de Miguel. *El enemigo yanqui. Las raíces conservadoras del antiamericanismo español*.
10. Fermín Navaridas Nalda (coord.). *Procesos y contextos educativos: nuevas perspectivas para la práctica docente*.
11. José María Ferri Coll y Enrique Rubio Cremades (Eds.). *La Península romántica*.
12. Xosé M. Núñez Seixas. *Las patrias ausentes: Estudios sobre historia y memoria de las migraciones ibéricas (1830-1960)*.

Se recogen en *Las patrias ausentes* varios artículos publicados en diversas revistas y libros colectivos de Europa y América a lo largo de los primeros tres lustros del siglo *xxi*, cuyo denominador común es la historia de las migraciones ibéricas y, particularmente, las migraciones gallegas a América entre 1850 y 1960. Se agrupan en torno a tres ejes temáticos. Primero, la reflexión historiográfica y comparativa acerca del pasado de las migraciones ibéricas, abordando cuestiones como las fuentes epistolares, la migración de retorno o la construcción de liderazgos en las comunidades emigrantes. Segundo, el estudio de las imágenes, los estereotipos y las representaciones de los colectivos migrantes, así como de sus identidades colectivas de índole territorial. Y, tercero, diversos aspectos de la historia de las migraciones gallega a América Latina, como la inserción social de los gallegos en la Argentina, la articulación de espacios asociativos en Argentina y Cuba, y el papel de la prensa en la conformación de una esfera pública emigrante capaz de influir en los destinos del país de origen. Todos los ensayos responden a un enfoque centrado en la historia sociocultural del fenómeno migratorio, que busca aprehender sus dinámicas sociales, grupales e identitarias mediante la combinación de la mirada local con la global, de la microhistoria con la reflexión teórica, de la visión desde Europa con la perspectiva desde las sociedades de destino americanas. Y tiene como objetivo dar protagonismo a los actores de los procesos migratorios, en particular a los migrantes individuales y sus estrategias.

Colección
Ciencias Sociales y
Humanidades



ISBN 978-84-945814-2-7 18 €



genuveediciones.es